

Émile Zola

La taberna

PRÓLOGO

La colección de Los Rougon-Macquart se compondrá de una veintena de novelas. El plan general está trazado desde 1869, y lo sigo con extremo rigor. La Taberna ha venido a su hora. La he escrito, como escribiré las otras obras, sin apartarme ni por un segundo de mi línea recta. Es esto lo que constituye mi fuerza. Me encamino hacia un objetivo.

Cuando La Taberna apareció publicada en un diario, fue atacada y denunciada con una rudeza sin precedentes, y se le imputaron todos los crímenes. ¿Es indispensable que aquí, en algunas líneas, explique mis intenciones de escritor? He querido describir la trayectoria, fatalmente en decadencia, de una familia obrera, dentro del marco corrompido de nuestros arrabales. La embriaguez y la ociosidad conducen al relajamiento de los lazos familiares, a las impurezas de la promiscuidad, al olvido progresivo de los sentimientos honestos, que tienen como lógica conclusión la vergüenza y la muerte. Se trata simplemente de la moral en acción.

A ciencia cierta, La Taberna es el más casto de mis libros. Con frecuencia he debido tocar de otra manera plagas espantosas. Y la sola forma en que lo hice ha causado estremecimiento. Se han irritado contra las palabras. Mi crimen consiste en haber tenido la curiosidad literaria de reunir y hacer fluir en un molde bien trabajado el lenguaje popular. ¡Ah, la forma, he ahí el gran crimen! Sin embargo, existen diccionarios de este lenguaje y hay escritores que lo estudian y gozan con su vigor y con lo imprevisto de la fuerza de sus imágenes. Además, constituye un regalo para los gramáticos investigadores. Pero no importa, nadie ha entrevisto que mi deseo consiste en hacer un trabajo puramente filológico, que a mi parecer es de gran interés histórico y social.

Por otra parte, no me defiendo. Mi obra bastará para defenderme. Y ésta es una obra verídica, el primer estudio sobre el pueblo, que no miente, y que lleva el olor de ese pueblo. En ella no se puede concebir que el pueblo entero sea malvado, pues mis personajes no son malos, sino sólo ignorantes e influenciados por el ambiente de rudo trabajo y de miseria en que viven. Sólo el hombre del pueblo podrá leer mis novelas, comprenderlas y comulgar en absoluto con ellas, antes que hacerse eco de los juicios grotescos y odiosos ya establecidos que circulan sobre mi persona y mis obras. ¡Ah, si supieran de qué modo se burlan mis amigos de la leyenda funesta con que se divierte la multitud! ¡Si supieran hasta qué punto el novelista feroz, el bebedor de sangre es un digno burgués, un hombre de estudio y un literato que vive tranquilamente en su rincón y cuyo único anhelo consiste en dejar una obra lo más extensa e imperecedera que le sea posible! No pido recompensa alguna, me limito a trabajar y me remito al tiempo y a la buena fe pública, esperando que al fin me descubrirán bajo el cúmulo de injurias con que hoy tratan de abrumarme.

ÉMILE ZOLA.
París, 1.º de enero de 1877.

CAPÍTULO PRIMERO

Gervasia había esperado a Lantier hasta las dos de la mañana. Después, temblando de frío por haber permanecido en camión, expuesta al aire crudo que penetraba por la ventana, se había adormecido, tendida en la cama, afiebrada y con las mejillas humedecidas por las lágrimas. Hacía ocho días que, al salir del *Veau à deux têtes*, donde comían, él la enviaba a acostarse con los niños, y no reaparecía sino muy entrada la noche, pretextando haber pasado el tiempo en busca de trabajo. Aquella noche, mientras esperaba su regreso, creyó haberlo visto entrar en el baile del Grand Balcon, cuyas diez ventanas resplandecientes iluminaban como una cascada de luz la hilera negra de los bulevares exteriores; tras él había advertido a Adelita, una bruñidora que comía en el restaurante, que caminaba a cinco o seis pasos de distancia, balanceando las manos, como si acabara de soltarle el brazo a fin de que no los viesen pasar juntos bajo la viva luz de los globos de la puerta.

Cuando Gervasia se despertó hacia las cinco, aterida y con los riñones doloridos, estalló en sollozos, pues Lantier no había vuelto aún. Por vez primera no dormía en su casa. Permaneció sentada al borde de la cama, bajo el jirón de una desteñida tela de Persia que colgaba de una anilla sujeta al techo por un bramante. Y lentamente, con los ojos bañados en lágrimas, recorrió la miserable habitación amueblada, que contaba con una cómoda de nogal, a la que faltaba un cajón, tres sillas de paja y una mesita grasienta, sobre la cual se veía una jarra desportillada. A este mobiliario se añadía una cama de hierro para los niños, que obstruía el paso hacia la cómoda y ocupaba las dos terceras partes de la habitación. El enorme baúl de Lantier y Gervasia, horadado en una esquina, mostraba sus lados vacíos; en el fondo, veíase un viejo sombrero de hombre, medio oculto entre camisas y calcetines sucios: mientras que, a lo largo de las paredes, sobre el respaldo de los muebles, pendían un chal agujereado y un pantalón salpicado de barro, últimos despojos desdeñados por los ropavejeros. En el centro de la chimenea, entre dos desiguales candelabros de cinc, había un rollo de papeletas de las casas de empeño, de un color rosa claro. Y era ésta la mejor habitación del hotel, la del piso primero, con frente al bulevar.

Entretanto, acostados uno al lado del otro y reposando la cabeza sobre una misma almohada, dormían los dos niños. Claudio, que contaba ocho años, con sus manecitas fuera del embozo, respiraba con dificultad, mientras Esteban, que apenas llegaba a los cuatro, sonreía abrazado al cuello de su hermano. Cuando la mirada anegada en lágrimas de su madre se detuvo en ellos, la atacó una nueva crisis de sollozos, teniendo que taparse la boca con un pañuelo para ahogar los ligeros gritos que se le escapaban. Y con los pies desnudos, sin pensar en calzar sus chancletas caídas, volvió a asomarse a la ventana, retornando a su espera de la noche y dirigiendo su vista a las aceras de la calle.

El hotel se encontraba situado en el bulevar de la Chapelle, a la izquierda de la barrera Poissonniers. Era una casucha de dos pisos, pintada hasta el segundo de un color rojo semejante al vino turbio, con persianas podridas por la lluvia. Por encima de una linterna de vidrios agrietados conseguía leerse entre las dos ventanas: *Hotel Boncœur, a cargo de Marsoullier*, en grandes letras amarillas, a las que faltaban algunos trozos, a causa de las resquebrajaduras del revoque. Gervasia, a quien la linterna no permitía ver bien, alzábale en puntillas con el pañuelo entre los labios. Miraba hacia la derecha, por el lado del bulevar Rochechouart, donde se estacionaban grupos de carniceros, con sus mandiles llenos de sangre, delante de los mataderos; y el viento frío llevaba hasta ella, a intervalos, un hediondo olor a reses degolladas. Luego dirigió la vista hacia la izquierda, abarcando una larga extensión de la avenida, deteniéndose, casi enfrente de ella, en la blanca masa del hospital Lariboisière, entonces en construcción. Lentamente, de un extremo al otro del horizonte, siguió avizorando por el muro del resguardo, tras del cual, por las noches, oía a veces gritos de asesinados. Y escudriñó los ángulos más apartados, los rincones sombríos, negros de humedad e inmundicia, temerosa de descubrir el cuerpo de Lantier con el vientre agujereado a puñaladas. Al levantar la vista más allá de aquella muralla gris e interminable que rodeaba la ciudad como una faja de desierto, podía distinguir un gran resplandor, una polvareda de sol, rebosante ya del zumbido matinal de París. Pero era siempre hacia la barrera Poissonniers a donde reiteradamente volvía los ojos, alargando el cuello, aturdiéndose al ver correr entre las dos achatadas casillas del resguardo la ininterrumpida oleada de hombres, de animales y de carros, que descendían de las alturas de Montmartre y de la Chapelle. Advertíanse allí las pisadas de rebaño de una multitud que, con paradas repentinas, se extendía en marejada sobre la calzada; era un interminable desfile de obreros que iban a su trabajo, con las herramientas en la espalda y el pan bajo el brazo; y la turba se sumergía en París, donde continuamente se anegaba. Cuando Gervasia creía reconocer a Lantier, entre toda esa multitud, se inclinaba más aún, a riesgo de caer: luego, apretaba con más fuerza el pañuelo contra la boca, como si pretendiera ahogar su dolor.

Una voz juvenil y alegre la obligó a abandonar la ventana.

—¿No está en casa el patrón, señora Lantier?

—No, señor Coupeau —respondió ella, tratando de sonreír.

Era un obrero pizarrero, que ocupaba, en lo más alto del hotel, una habitación de diez francos. A la sazón llevaba su saco echado a la espalda. Al encontrar la llave puesta en la cerradura, había entrado como buen amigo.

—¿Sabe usted —siguió diciendo— que ahora trabajo allá, en el hospital?... ¡Ah! ¡Qué hermoso mes de mayo! Vaya, que no pica poco esta mañana.

Y miraba el rostro de Gervasia, enrojecido por las lágrimas. Cuando vio que la cama no estaba deshecha, movió suavemente la cabeza; luego se dirigió hasta la camita de los niños que, con sus rosados semblantes de querubines, continuaban durmiendo, y dijo, bajando la voz:

—¡Vamos! El amo no es muy juicioso, ¿verdad?... Pero no se aflija usted, señora Lantier. Lo que ocurre es que su esposo se ocupa mucho de política; días pasados, cuando se votó por Eugenio Sué, una buena persona, según parece, se puso como loco. Es muy probable que haya pasado la noche con algunos amigos hablando mal de ese crápula de Bonaparte.

—No, no —murmuró ella, haciendo un esfuerzo—. No es lo que usted cree. Yo sé dónde está Lantier... Nosotros, como todo el mundo, tenemos nuestras desazones. ¡Dios mío!

Coupeau guiñó los ojos, como dando a entender que no era fácil engañarlo. Y partió, no sin antes haberle ofrecido ir en busca de leche, si ella no quería salir; podía contar con él cuando se viese en algún apuro, la estimaba, pues veía lo hermosa y buena mujer que era. Cuando Coupeau se hubo alejado, Gervasia volvió a asomarse a la ventana.

En la fría mañana continuaba el ruido del rebaño que pasaba por la barrera. Era fácil reconocer a los cerrajeros por sus mandiles azules, a los albañiles por sus blusas blancas, a los pintores por sus sobretodos, bajo los cuales aparecían largas blusas.

Desde lejos, esta multitud ofrecía un aspecto borroso, un matiz indefinible, en el que dominaban el azul descolorido y el gris sucio. De cuando en cuando un obrero se detenía y encendía su pipa, mientras los demás pasaban por su lado sin detenerse, sin sonreír, sin decir una palabra al camarada, con las mejillas terrosas, la cara dirigida, hacia París, que uno tras otro los devoraba por la anchurosa calle del arrabal Poissonniers. No obstante, en los dos extremos de la calle Poissonniers, frente a la entrada de dos tabernas, cuyos dueños abrían las puertas, algunos hombres, con los brazos caídos, listos ya a pasar un día de vagancia, moderaban el paso y dirigían miradas oblicuas hacia París. Delante de los mostradores, varios grupos bebían ya en rueda, olvidándose de sí mismos, llenando las salas, escupiendo, tosiendo, limpiándose el gáznate a fuerza de copas.

Gervasia atisbaba, a la izquierda de la calle, la taberna del tío Colombe, en donde creía haber visto a Lantier, cuando una mujer corpulenta, con la cabeza descubierta, la interpeló desde el centro de la calzada:

—Señora Lantier, ¿no está usted poco madrugadora esta mañana!

Gervasia se inclinó.

—¡Ah! ¡Es usted, señora Boche!... ¡Oh! ¡Tengo tanto que hacer hoy!

—Sí, es verdad, las cosas no se hacen solas.

Y se entabló la conversación desde la ventana a la acera. La señora Boche era portera de la casa cuyos bajos ocupaba el restaurante *Veau à deux têtes*. Muchas veces Gervasia había esperado a Lantier en la portería, para no sentarse sola a la mesa, entre los hombres que comían a su lado. La portera le dijo que iba muy cerca de allí, a la calle de la Charbonnière, para encontrar en la cama a un empleado a quien su marido no podía sacar el importe de la compostura de una levita. Después habló de uno de sus inquilinos, que la noche anterior había entrado con una mujer y no dejó dormir a

nadie hasta las tres de la madrugada. Pero, al tiempo que iba charlando, escudriñaba a la joven, con viva curiosidad, pareciendo que se había acercado a la ventana con la sola idea de enterarse.

—¿Todavía está en la cama el señor Lantier? —preguntó de improviso.

—Sí, duerme todavía —respondió Gervasia, poniéndose colorada, sin poder evitarlo.

La señora Boche vio que las lágrimas le brotaban de los ojos e indudablemente satisfecha, se alejó, tratando a los hombres de incurables haraganes; mas, de pronto, se volvió para gritar:

—Irás usted esta mañana al lavadero, ¿no es cierto?... Yo tengo algunas cositas que lavar, le guardaré sitio a mi lado y charlaremos.

Después, como acometida por súbita piedad:

—¡Pobrecita mía! —exclamó—; mejor sería que no permaneciese ahí; puede coger una enfermedad... Está usted morada.

Gervasia se empeñó en quedarse todavía en la ventana dos horas mortales, hasta las ocho. Las tiendas estaban ya abiertas. Había cesado el oleaje de blusas, que descendía de lo alto, y sólo algunos rezagados atravesaban la barrera a grandes pasos. En las tabernas, los mismos hombres, de pie, continuaban bebiendo, tosiendo y escupiendo. A los obreros habían sucedido las obreras, las bruñidoras, las modistas, las floristas, arrebujadas en sus escasas ropas, avanzando a lo largo de los bulevares exteriores; iban en grupos de tres o cuatro, charlando vivamente, riendo con desenvoltura y dirigiendo en torno suyo miradas centelleantes; de vez en cuando, alguna de ellas, completamente sola, delgada, pálida y de aspecto serio, seguía la muralla del resguardo, evitando los regueros de inmundicias. Después pasaron los empleados soplándose los dedos y comiendo, mientras caminaban, su panecillo de cinco céntimos; jóvenes extenuados con vestidos demasiado estrechos, los ojos caídos y aún empañados por el sueño; viejecillos de cara descolorida, que arrastraban los pies, consumidos por las largas horas de oficina, mirando el reloj para ajustar su paso a las exigencias del tiempo. Y, por fin, los bulevares tomaron su pacífico aspecto mañanero; los rentistas de la vecindad se paseaban al sol; las madres, despeinadas, con los vestidos sucios, mecían en sus brazos criaturas, de pecho y mudábanles de pañales en los bancos; toda una chiquillería desarrapada, con las narices sucias, se atrepellaba, se arrastraba por el suelo en medio de chillidos, de risas y de lágrimas. Gervasia, entonces; sentíase desfallecer, presa de un vértigo angustioso que la atenaceaba hasta lo más hondo; parecíale que todo había terminado, que el fin del mundo había llegado, que Lantier no volvería jamás. Sus miradas extraviadas seguían indefinibles direcciones, desde los viejos mataderos, ennegrecidos por la sangre y por la fetidez, hasta el hospital nuevo, de color gris, que dejaba ver por los huecos aún abiertos de sus hileras de ventanas, salas desnudas donde la muerte debía de hacer su agosto. Frente a ella, detrás de la muralla del resguardo, la deslumbraba el cielo brillante, la salida del sol que se elevaba sobre el gigantesco despertar de París.

La joven permanecía sentada en una silla, con los brazos caídos. No lloraba ya, cuando Lantier entró tranquilamente.

—¡Eres tú! ¡Eres tú! —gritó queriendo estrecharlo en sus brazos.

—Sí, soy yo, ¿y qué? —respondió él—. ¡Supongo que no empezarás con tus tonterías!

Y la apartó de sí. Después, con un gesto que indicaba pésimo humor, arrojó su sombrero de fieltro negro encima de la cómoda. Era un hombre de veintiséis años, pequeño, muy moreno, de aspecto simpático y escaso bigote que atuzaba a cada momento maquinalmente. Llevaba una blusa de obrero y una vieja levita manchada que ceñía a su talle, y al hablar notábasele un acento provenzal muy pronunciado.

Gervasia se dejó caer de nuevo sobre la silla y quejábase pausada y entrecortadamente.

—No pude pegar los ojos... Creí que alguien te había dado un mal golpe... ¿Dónde fuiste? ¿Dónde pasaste la noche? ¡Oh, Dios mío! No vuelvas a hacerlo, me volveré loca... Dime, Augusto, ¿adónde fuiste?

—¡Fui a donde tenía que hacer, pardiez! —respondió Lantier encogiéndose de hombros—. Estuve a las ocho en la Glacière, en casa de ese amigo que ha de instalar una fábrica de sombreros. Se me hizo tarde, y entonces preferí quedarme a dormir... Por otra parte, tú sabes bien que no me gusta que me espíen; conque déjame en paz.

La joven volvió a sollozar. Los gritos y movimientos bruscos de Lantier, que atropellaba las sillas, terminaron por despertar a los niños, que se incorporaron sobre la cama medio desnudos, desenredándose el cabello con las manos. Al oír llorar a su madre prorrumpieron en terribles gritos, llorando también ellos, con los ojos apenas abiertos.

—¡Bah!, ¡ya tenemos música! —gritó Lantier furioso—. Te advierto que tomaré de nuevo la puerta, ¡y ahora será de una vez por todas!... ¿No quieres callarte?... ¡Buenas noches! Regreso al lugar de donde he venido.

Ya había tomado su sombrero de encima de la cómoda, cuando Gervasia se precipitó hacia él balbuceando:

—¡No, no!

Y sofocó las lágrimas de los pequeños, a fuerza de caricias. Besaba sus cabellos: nuevamente los acostó, dirigiéndoles las palabras más tiernas. Calmados de súbito, los pequeñuelos reían sobre la almohada, divirtiéndose en pellizcarse el uno al otro. Mientras tanto, el padre, sin quitarse siquiera los zapatos, se echó sobre la cama, derregado, y con el rostro marmóreo por la noche pasada en vela. No durmió, sino que permaneció con los ojos abiertos, recorriendo toda la habitación.

—¡Qué limpio está esto! —murmuró.

En seguida, después de haber mirado un instante a Gervasia, añadió maliciosamente:

—¿No te has lavado todavía la cara?

Gervasia apenas contaba veintidós años. Era alta, un poco delgada, de facciones finas y ya un tanto ajadas por la vida ruda que llevaba. Despeinada, en chancletas y tiritando bajo su camisión blanco, en el que los muebles habían dejado polvo y grasa, parecía que las horas de angustia y de lágrimas que acababa de pasar la habían envejecido diez años. La frase de Lantier la hizo salir de su actitud temerosa y resignada.

—No tienes razón —dijo, animándose—. Tú sabes muy bien que hago cuanto puedo. No es mía la culpa que hayamos caído así... Quisiera verte, con los dos niños, en un cuarto donde no existe siquiera un hornillo para calentar un poco de agua... Mejor hubiera sido que al llegar a París, en lugar de comernos tu dinero, nos hubiésemos establecido inmediatamente, como me lo prometiste.

—Y dime —gritó él—, ¿no has participado conmigo en vaciar la hucha? Y ahora no vas a ser precisamente tú la que escupa después de haberte comido buenos trozos.

Pero Gervasia pareció no escucharle, y continuó:

—En fin, me parece que con un poco de esfuerzo, aun podríamos salir adelante... Ayer por la noche vi a la señora Fauconnier, la lavandera de la calle Nueva, quien me tomará a su servicio el lunes. Si consigues trabajo con tu amigo de la Glacière, nos pondremos a flote antes de seis meses, el tiempo preciso para proveernos de lo que necesitamos y alquilar un hueco en cualquier parte, donde podamos decir que estamos en nuestra casa... ¡Oh!, es necesario trabajar, trabajar...

Lantier se dio vuelta hacia la pared, con aire de fastidio. Entonces Gervasia no pudo más y salió de sus casillas:

—Sí, claro está, ya se sabe que el amor al trabajo no te atormenta lo más mínimo. Te domina la ambición: tú quisieras vestirte como un caballero y pasear con mujerzuelas adornadas de sedas. ¿No es cierto? Ya no me encuentras de tu gusto, después que me obligaste a empeñar toda mi ropa en el Monte de Piedad... Mira, Augusto, no quería hablarte de esto; hubiera esperado todavía, pero sé muy bien dónde has pasado la noche; te he visto entrar en el Grand Balcon, acompañado de esa arrastrada de Adela. ¡Ah! Las eliges bien. ¡Y bastante limpia que es esa!... No le falta razón para gastarse esos aires de princesa. Ha dormido ya con todos los parroquianos del restaurante.

De un salto, Lantier se bajó de la cama. Sus ojos negros parecían aún más oscuros en su cara pálida. En aquel hombrecillo, la cólera soplaba como una tempestad.

—¡Sí, sí, con todo el restaurante! —repitió la joven—. La señora Boche está por despedirlas, como se merecen, a ella y a la gran inmundicia de su hermana, porque siempre hay una cola de hombres en la escalera esperando el turno...

Lantier levantó ambos puños. Después, resistiéndose a su deseo de pegarle, la cogió por los brazos, la sacudió violentamente y la arrojó sobre la cama de los niños, quienes volvieron a gritar. Y otra vez volvió a acostarse, tartamudeando, con el aire huraño de quien ha tomado una resolución ante la cual vacilaba todavía:

—No sabes lo que acabas de hacer, Gervasia... Has procedido muy mal, ya verás.

Los niños continuaron sollozando durante un momento. Su madre quedó encorvada en el borde de la cama y los oprimía en un mismo abrazo, repitiendo con voz monótona, una y otra vez, esta frase:

—¡Ah!, ¡si no os tuviera conmigo, mis pobres pequeños!... ¡Si no os tuviera conmigo!... ¡Si no os tuviera conmigo!...

Tendido tranquilamente, con los ojos fijos en el jirón de tela que servía de colgadura, Lantier no escuchaba ya; parecía sumido en una idea fija. Así permaneció cerca de una hora, sin rendirse al sueño, pese a la fatiga que entorpecía sus párpados. Cuando se volvió, apoyándose en el codo y con el semblante duro, donde parecía haberse grabado una determinación, Gervasia acababa de arreglar la habitación. Estaba haciendo la cama de los niños, a los que había levantado y vestido; Lantier advirtió que barría un poco y sacudía los muebles, pero la habitación permanecía negra, lamentable, con su techo ahumado, su papel despegado por la humedad, sus tres sillas y su cómoda desvencijadas, en donde la grasa se ostentaba con más obstinación a medida que se les frotaba. En seguida, mientras Gervasia se lavaba con mucha agua, después de haber anudado sus cabellos, ante el espejito redondo colgado de la falleba, que le servía para arreglarse, parecía que él examinaba sus brazos desnudos, su cuello descubierto y todas las desnudeces que ella dejaba ver, como si íntimamente estableciera alguna comparación. E hizo una mueca despectiva. Gervasia cojeaba de la pierna derecha, pero apenas si se le notaba, salvo cuando se fatigaba demasiado o cuando se abandonaba, por tener las caderas doloridas. Aquella mañana, deshecha por la mala noche, arrastraba su pierna y se apoyaba en las paredes.

El silencio reinaba allí. No volvieron a cambiar una sola palabra. Lantier parecía aguardar algo, y ella, rumiando su dolor, se esforzaba por manifestarse indiferente, trabajando más de prisa. Como le viera hacer un paquete con ropa sucia que se hallaba abandonada en un rincón, detrás del baúl, él despegó por fin los labios para preguntar:

—¿Qué es lo que haces?... ¿Adónde vas?

Gervasia no respondió inmediatamente. Luego, como él repitiera la pregunta, airadamente, se decidió a contestar:

—Me parece que lo ves bien... Voy a lavar todo esto... Los niños no pueden vivir en medio de esta porquería.

Lantier dejó que recogiera dos o tres pañuelos. Y después de un nuevo silencio agregó:

—¿Tienes, acaso, dinero? Gervasia sintió que de golpe, todo se rebelaba en ella, y, sin soltar las camisas sucias de los niños, que tenía en la mano, respondió:

—¡Dinero! ¿Dónde quieres que lo haya robado? Sabes muy bien que me dieron tres francos antes de ayer por mi vestido negro. Con eso hemos almorzado ya dos

veces, y el dinero se va rápido en la salchichería... No; no tengo dinero. Me quedan veinte céntimos para el lavadero... Yo no lo consigo como ciertas mujeres...

Lantier no hizo caso a esta alusión. Había bajado de la cama y pasaba revista a algunos pingajos colgados alrededor de la habitación. Por último descolgó un pantalón y un chal, abrió la cómoda, añadió al paquete una camisa y dos blusas de mujer, y luego, poniendo todo esto en manos de Gervasia, le dijo:

—Toma, lleva esto al Monte.

—¿No quieres que también lleve a los niños? —preguntó ella—. ¡Ah!, ¡sí se prestase sobre los niños, no sería poco el desahogo!

Sin embargo, fue al Monte de Piedad. Cuando volvió, al cabo de más de una hora, puso una moneda de cinco francos encima de la chimenea, y añadió la nueva papeleta a las otras que estaban colocadas entre los dos candelabros.

—Esto es lo que me han dado —dijo—. Pedí seis francos, pero no he podido lograr que me los dieran. ¡Oh!, ¡de seguro que esos se arruinarán!... ¡Y siempre hay allí tanta gente!

Lantier no tomó de inmediato la moneda de cinco francos. Hubiera querido que ella hubiese traído moneda suelta para dejarle algo. Pero al fin se decidió y la deslizó en el bolsillo de su chaleco, cuando vio sobre la cómoda, en un papel, algunas sobras de jamón con un pedazo de pan.

—No he podido ir a casa de la lechera porque le debemos ocho días —dijo Gervasia—. Pero volverá pronto, tú bajarás a buscar pan y chuletas rebozadas mientras yo no estoy; con eso almorzaremos... Trae también un litro de vino.

Él no se negó. La paz parecía renacer. La joven acababa de hacer un lío con la ropa sucia; pero cuando quiso tomar las camisas y las medias de Lantier del fondo del baúl, éste le gritó que dejara aquello en su sitio.

—Deja mi ropa. ¿Has entendido? ¡No quiero!

—¿Qué es lo que no quieres? —preguntó Gervasia incorporándose—. No creo que pienses ponerte esas inmundicias. Hay que lavarlas.

Y lo miraba atentamente, con inquietud, notando en su semblante de muchacho apuesto una persistente dureza, como si en adelante nada pudiera doblegarlo. Lantier se encolerizó, le arrancó de las manos la ropa y la arrojó nuevamente dentro del baúl.

—¡Truenos y relámpagos! Obedéceme por lo menos una vez. ¡Cuando te digo que no quiero!

—¿Pero por qué? —preguntó Gervasia palideciendo, asaltada por una sospecha terrible—. Ahora no tienes necesidad de tus camisas, pues por el momento no vas a ausentarte. ¿Qué importancia tiene que las lleve?

Él vaciló un momento, mortificado por las ardientes miradas que Gervasia le dirigía.

—¿Por qué?, ¿por qué? —tartamudeó—. ¡Pardiez!, para que vayas diciendo por todas partes que me mantienes, que lavas, que remiendas... ¡Pues bien, estoy harto de

ello! Haz tus cosas, que yo haré las mías... Las lavanderas no trabajan para los perros.

Ella le suplicó, negándole que se hubiera quejado jamás; pero Lantier cerró brutalmente el baúl, se sentó encima y le gritó: ¡No!, en la misma cara, añadiendo que era dueño de lo que le pertenecía. En seguida, para huir de las miradas que Gervasia le dirigía, volvió a echarse sobre la cama, diciendo que tenía sueño y que no le calentara más la cabeza. Esta vez, en realidad, pareció dormir.

Gervasia permaneció indecisa un momento. Tentada estuvo de rechazar con el pie el lío de ropa y de sentarse a coser allí. Acabó por tranquilizarla la respiración regular de Lantier. Tomó la bolita de añil y el pedazo de jabón que le había quedado de su último lavado de ropa, y, acercándose a los chiquillos, que jugaban tranquilamente con botones viejos delante de la ventana, los besó, murmurándoles en el oído:

—No hagáis bulla, sed buenos. Papá duerme.

Cuando dejó la habitación, solamente se oían las risas atenuadas de Claudio y de Esteban en medio del gran silencio que reinaba bajo el techo negro. Eran las diez, y un rayo de sol entraba por la entreabierta ventana.

Ya en el bulevar, Gervasia tomó hacia la izquierda y siguió la calle Nueva de la Goutte-d'Or. Al pasar ante la tienda de la señora Fauconnier la saludó con un imperceptible movimiento de cabeza. El lavadero se hallaba situado hacia el centro de la calle, donde el pavimento comenzaba a ascender. Encima de un edificio vulgar erigíanse tres enormes depósitos de agua, cilíndricos, de cinc, fuertemente asegurados, los que exhibían sus grises redondeces. Detrás se levantaba el secadero, un segundo piso muy alto y cercado por persianas de tiras delgadas, a través de las cuales circulaba el aire libre y se veían las piezas de ropa secándose sobre alambres de latón. A la derecha de los depósitos, el tubo estrecho de la máquina de vapor despedía con ruido y acompasado resoplido surtidores de blanco humo. Gervasia penetró sin levantarse las faldas, a pesar de hallarse la puerta repleta de tinajas de lejía, como mujer acostumbrada a los charcos. Conocía ya a la dueña del lavadero, una mujercita delicada, con los ojos enfermos, sentada en un gabinete de cristales con el libro del registro delante, algunos panes de jabón sobre los estantes, una gran cantidad de bolitas de azul y paquetes de bicarbonato de soda. Al pasar le pidió su paleta y su escobilla, que le había dejado a guardar desde su última lavada. Una vez que hubo tomado su número, entró.

El lavadero estaba formado por un inmenso cobertizo con techo plano, en el que se destacaban las vigas, sostenido por pilares de hierro fundido y cerrado por espaciosa ventanas claras. Una luz pálida se difundía a través del vapor caliente de la lejía, que, como una neblina lechosa, se hallaba en suspenso. De algunos rincones subían humaredas, extendiéndose y anegando los fondos de azulado velo. Llovía como una densa humedad, sobrecargada de cierto olor jabonoso y acre, y de cuando en cuando dominaban bocanadas de lejía más fuerte. A lo largo de las cubetas para lavar, colocadas a ambos lados del pasadizo central, se hallaban dos filas de mujeres,

con los brazos desnudos hasta los hombros, con el cuello descubierto, con las faldas suspendidas, dejando ver sus medias de color y sus fuertes zapatos atados. Golpeaban furiosamente y se reían, incorporándose para gritar una palabra en medio de aquella algazara; se agachaban al fondo de sus cubetas, inmundas, brutales, desmadejadas, con la ropa empapada como por un chaparrón, con las carnes enrojecidas y humeantes. A sus pies corría un verdadero arroyo. Los cubos de agua caliente traídos y vaciados de un golpe, las canillas de agua fría abiertas y fluyendo desde lo alto, las salpicaduras de las palas y los escurrimientos de la ropa enjuagada, formaban charcos donde chapoteaban y desde los que se deslizaban pequeños regatos sobre las baldosas en declive. Y en medio de los gritos, de los golpes cadenciosos, del ruido murmurador de la lluvia, de aquel clamor de tempestad, apagado bajo el húmedo techo, la máquina de vapor, blanqueada por fina llovizna, jadeaba y roncaba a la derecha, sin reposo, con la trepidación danzarina de su volante, que parecía regular la enormidad de aquella algazara.

Entretanto, Gervasia seguía por el pasadizo central, mirando a derecha e izquierda. Llevaba el paquete de ropa bajo el brazo, rengueando muy pronunciadamente, con una cadera más alta que la otra, entre el vaivén de las lavanderas que la atropellaban.

—¡Eh! por aquí, mi pequeña —gritó la voz estentórea de la señora Boche.

Después, cuando la joven se le hubo acercado, al extremo de la fila izquierda, la portera, que restregaba con fuerza una media, sin abandonar su tarea comenzó a charlar entrecortadamente.

—Colóquese por aquí, le he guardado su sitio... ¡Yo acabaré pronto! Boche casi no ensucia su ropa... ¿Y usted?... Tampoco tardará mucho, ¿no es cierto? Su envoltorio es bastante pequeño. Antes del mediodía habremos terminado y podremos ir a almorzar... Yo antes daba ropa a una lavandera de la calle Poulet, pero me la arruinaba completamente con su cloro y sus cepillos. De manera que prefiero lavarla yo misma. Y salgo ganando, porque de este modo no gasto más que en jabón... Me parece que aquí tiene dos camisas que debería haber puesto en lejía. ¡Cómo ensucian esos tunantuelos! A decir verdad, tienen hollín en el trasero.

Gervasia desataba su lío y sacaba las camisas de los niños; mas como la señora Boche le aconsejaba que tomara un cubo de lejía, ella respondió:

—¡Oh, no! Bastará el agua caliente... Soy del oficio.

Había escogido la ropa, poniendo aparte algunas piezas de color. En seguida, habiendo llenado su cubeta con cuatro baldes de agua fría que tomó de la canilla situada detrás, sumergió el montón de ropa blanca, se suspendió la falda sujetándola entre sus muslos y se metió en un cajón colocado boca arriba y que le llegaba hasta el vientre.

—Ya se ve que conoce el oficio —repetía la señora Boche—. Usted ha sido lavandera en su tierra, ¿no es cierto, querida mía?

Gervasia, con las mangas remangadas y mostrando sus hermosos brazos de mujer rubia, que todavía estaban frescos y apenas sonrosados en los codos, comenzaba a desengrasar su ropa. Acababa de extender una camisa sobre la tabla estrecha de la batería gastada y emblanquecida por el roce del agua; frotábala con jabón, le daba vueltas y la restregaba del otro lado. Antes de contestar tomó su paleta y comenzó a golpear, hablando a gritos y acentuando las palabras con golpes fuertes y cadenciosos.

—Sí, sí, lavandera... Desde los diez años... Ya hace doce que comencé... Allá íbamos al río... Y aquello olía, por cierto, mejor que esto... Había que verlo, un rinconcito bajo los árboles..., con el agua clara que corría... ¿sabe usted? en Plassans... ¿Usted no conoce Plassans?... Cerca de Marsella...

—¡Caramba! —exclamó la señora Boche maravillada por los tremendos golpes que Gervasia daba con su paleta—. ¡Qué fuerza! ¡Podría muy bien machacar hierro, con esos brazos de señorita!

La conversación continuó en voz muy alta; a ratos la portera tenía que inclinarse para oír. Toda la ropa blanca fue golpeada, y duro. Gervasia volvió a ponerla en la cubeta y nuevamente la sacó pieza por pieza para restregarla otra vez con jabón y cepillarla. Con una mano sujetaba la ropa sobre la tabla; con la otra manejaba el corto cepillo de grama y sacaba de la ropa la espuma sucia, que caía como baba espesa. Entonces, como apenas se oía el ruido del cepillo, las dos mujeres se aproximaron y comenzaron a charlar de un modo más íntimo.

—No, no estamos casados —respondió Gervasia a una pregunta formulada por la señora Boche—. Yo no lo oculto. Lantier no es nada del otro mundo para que yo me muera por ser su mujer. Si no fueran los niños, ¡quién sabe!... Yo tenía catorce años y él dieciocho cuando tuvimos el primero. El otro vino cuatro años después... Esto sucedió como sucede siempre, ¿sabe usted? Yo no era feliz en casa; el viejo Macquart, por un quítame allá esas pajas me atizaba cada puntapié en los riñones... Y, entonces, claro, a una le venía el deseo de divertirse fuera... Nos habríamos casado, pero, no sé por qué, se opusieron nuestros padres.

Gervasia sacudió sus manos, que aparecían enrojecidas bajo la blanca espuma.

—En París el agua es terriblemente cruda —dijo.

La señora Boche ya no lavaba sino lentamente. Se detenía, prolongando su enjabonado, para quedarse todavía allí y enterarse de aquella historia que desde hacía días picaba su curiosidad. Su gruesa cara mostraba la boca entreabierta y sus ojos saltones relucían. Con la satisfacción de haber adivinado, se decía:

—Es claro, la muchacha charla mucho. Habrá habido riña.

En seguida, en voz alta:

—Entonces, ¿no es bueno con usted?

—No me hable usted de ello —respondió Gervasia—; allá era muy bueno conmigo, pero desde que estamos en París, por más que hago, no puedo lograr nada... Debo advertirle que su madre murió el año pasado dejándole algo, unos mil

setecientos francos, más o menos. Y se empeñó en venir a París. Entonces, como el viejo Macquart me abofeteaba constantemente, sin ningún motivo, consentí en acompañarlo, y viajamos con los dos niños. Habíamos convenido en que yo me establecería como lavandera y él trabajaría en su oficio de sombrerero. Pero ¡a qué pensar en ello! Lantier es un ambicioso, un derrochador, un hombre que no piensa más que en divertirse. Lo cierto es que no vale gran cosa... Al llegar nos alojamos en el hotel Montmartre, en la calle Montmartre. Y todo se fue en comidas, coches y teatros; un reloj para él, un vestido de seda para mí; porque, eso sí, cuando tiene dinero no es de mal corazón. Pero usted comprenderá que de este modo al cabo de dos meses todo había volado. A partir de entonces vinimos a vivir al hotel Boncœur, y comenzó el calvario.

Gervasia quedó silenciosa, sintiendo que un nudo le oprimía la garganta, y contuvo las lágrimas. Había terminado de cepillar la ropa.

—Tengo que traer el agua caliente —dijo en voz baja.

Pero la señora Boche, muy contrariada por esta interrupción de las confidencias, llamó al mozo del lavadero que en ese momento pasaba por allí.

—Carlitos, ¿sería tan amable de ir a buscar un cubo de agua para la señora, que tiene prisa?

El mozo tomó el cubo y lo devolvió lleno. Gervasia pagó; cinco céntimos costaba el servicio. Vació el agua caliente en la cubeta y jabonó por última vez la ropa, inclinándose por encima de la tabla, en medio de un vapor que adhería hilillos de humo gris a sus cabellos rubios.

—Tome usted; use la sosa que aquí tengo —dijo la portera muy obsequiosamente.

Y vació en la cubeta de Gervasia lo que quedaba de bicarbonato de sodio en el fondo de una bolsa que había llevado. Le ofreció también agua de lejía; pero la joven rehusó; eso era bueno para quitar tanto las manchas de vino como las de grasa.

—Me parece que es un poco andariego —prosiguió la señora Boche, volviendo a Lantier, sin nombrarlo.

Gervasia, con los riñones doloridos y las manos hundidas y crispadas en la ropa, se contentó con mover la cabeza.

—Sí, sí —continuó la otra— me he dado cuenta de muchísimas cosas...

Pero ante el brusco movimiento de Gervasia, que se incorporó pálida y la miró de hito en hito, se limitó a exclamar:

—¡Oh no! ¡Yo no sé nada! Creo que le gusta bromear, eso es todo... Así lo hace con Adela y Virginia, las dos muchachas que viven en nuestra casa; usted las conoce. ¡Pues bien! se chanea con ellas, pero estoy segura de que la cosa no va más allá.

Erguida la joven ante ella, con el rostro sudoroso y los brazos chorreando, continuaba mirándola fija y profundamente. Entonces la portera se sintió molesta, y asestándose un puñetazo en el pecho empeñaba su palabra de honor y gritaba:

—Yo no sé nada más de eso; ¡cuánto sé lo digo a usted!

Luego, ya calmada, añadió con voz dulzona, como se habla a alguien a quien no se quiere decir la verdad:

—Por lo que a mí toca, leo la franqueza en sus ojos... ¡Se casará con usted, querida mía, se lo aseguro!

Gervasia se enjugó la frente con su mano húmeda y sacó del agua otra pieza de ropa, agachando de nuevo la cabeza. Por un momento las dos quedaron calladas. En torno suyo el lavadero se había apaciguado. Daban las once, y la mitad de las lavanderas, sentadas de costado en el borde de sus cubetas, y teniendo a los pies una botella de vino destapada, comían sándwiches de salchicha preparados por ellas. Sólo se apuraban las amas de casa que habían ido allí a lavar pequeños atados de ropa, y miraban el reloj clavado encima del despacho. Aún se oían algunos golpes aislados de paleta en medio de risas apagadas, de conversaciones que se perdían entre el ruido de glotonas quijadas; en tanto que la máquina de vapor proseguía su marcha sin tregua ni reposo y parecía levantar la voz retumbando en mil vibraciones que llenaban la inmensa sala. Pero ninguna de las mujeres la escuchaba; era como la propia respiración del lavadero, era un aliento ardiente que concentraba, bajo las vigas del techo, el eterno vapor en suspensión. El calor se hacía intolerable; por la izquierda, dos rayos de sol penetraban desde las altas ventanas, iluminando los humeantes vapores con ondas opalinas de color gris-rosáceo y gris-azulado muy suaves. Y como se oyeran quejas, el mozo Carlos fue de una ventana a la otra cerrando las cortinas de lona; en seguida pasó al otro lado, a la sombra, y abrió los postigos. Las mujeres lo aplaudieron y aclamaron, produciéndose un regocijo ensordecedor. Pronto enmudecieron hasta las últimas paletas. Las lavanderas, con la boca llena, no hacían otra cosa que gesticular con las navajas abiertas en la mano. El silencio llegó a tal punto que se oía regularmente, de un extremo a otro, el rechinar de la pala del fogonero que levantaba el carbón de piedra y lo arrojaba en el horno de la máquina.

Sin embargo, Gervasia lavaba su ropa de color en el agua caliente y llena de jabón que se había reservado. Al terminar, aproximó un caballete y colocó encima todas las piezas que, al chorrear agua, dejaban en el suelo charcos azulados. Púsose luego a aclarar la ropa. A su espalda la canilla llenaba de agua una gran cubeta fija en el suelo, que tenía dos listones de madera atravesados para sostener la ropa. Por encima, en el aire, pasaban otras dos barras donde la ropa terminaba de escurrirse.

—¡Vaya, al fin termina esto, gracias a Dios! —dijo la señora Boche—. Me quedo para ayudarle a secar la ropa.

—¡Oh! no vale la pena, muchas gracias —respondo la joven, que empleaba sus puños y chapuzaba las piezas de color en el agua clara—. Si todavía tuviera sábanas no me negaría.

Pero terminó por aceptar la ayuda de la portera. Cada una retorció por un extremo una falda de lanilla color café, mal teñida, de la que se escurría un agua amarillenta, cuando la portera exclamó:

—¡Mire, ahí está la gran Virginia!... ¿Qué vendrá a lavar ésa aquí, con sus cuatro guñapos en un pañuelo?

Gervasia levantó vivamente la cabeza. Virginia era una muchacha de su edad, más alta que ella, morena, bonita, a pesar de tener la cara un poco larga. Llevaba un viejo vestido negro con volantes y una cinta roja en el cuello; iba peinada con esmero, sujetándose el moño con una redecilla azul.

Por un momento se detuvo en el centro del pasillo central, entornando los párpados como si buscara a alguien; luego, cuando divisó a Gervasia, se acercó y pasó por delante de ella, erguida, insolente, balanceando las caderas, e instalóse en la misma fila, a cinco cubetas de distancia.

—¡Vaya un capricho! —exclamó la señora Boche en voz baja—. ¡Nunca jabona un par de mangas!... ¡Ah!, yo puedo asegurarle que es una grandísima holgazana. ¡Una costurera incapaz de zurcir un par de medias! Es como su hermana, la bruñidora; esa bribona de Adela, que falta al taller dos días de cada tres. No tienen padre ni madre conocidos, viven nadie sabe de qué, y si una se pusiera a hablar... ¿Qué es lo que está restregando? ¡Oh! ¿Una falda? No puede estar más asquerosa. ¡Bastantes cosas limpias ha debido ver esa falda!

Evidentemente, el propósito de la señora Boche era congraciarse con Gervasia. La verdad es que ella tomaba con frecuencia el café en compañía de Adela y Virginia cuando las muchachas tenían dinero. Gervasia no respondió; se daba prisa, moviendo las manos febrilmente. Acababa de disolver el azul en una pequeña cubeta montada sobre un trípode. Empapaba las piezas de ropa blanca, las agitaba un instante en el fondo del agua teñida, cuyo reflejo adquiría un tono de laca y, después de haberlas retorcido ligeramente, las extendía arriba sobre los listones de madera. Mientras hacía estos menesteres, daba la espalda a Virginia afectadamente. Pero oía muy bien sus burlas y sentía posarse sobre ella sus miradas oblicuas. Parecía que Virginia no había ido con otro fin que el de provocarla. Gervasia volvió un momento la cabeza, y ambas quedaron mirándose fijamente.

—No le haga usted caso —murmuró la señora Boche—. Espero que no irán ustedes a tirarse de las greñas... ¡Cuando le digo a usted que no hay nada! ¡Además, no es ella!

En ese momento, cuando Gervasia tendía su última pieza de ropa, se escucharon risas en la puerta, del lavadero.

—¡Son dos chiquillos que preguntan por su mamá! —gritó Carlos.

Todas las mujeres se volvieron. Gervasia reconoció a Claudio y a Esteban. Apenas la divisaron corrieron hacia ella por entre los charcos, taconeando sobre las baldosas con sus zapatos desatados. Claudio, el mayor, daba la mano a su hermanito. A su paso, las lavanderas dirigíanles palabras cariñosas al verlos un poco asustados, pero sonrientes. Sin soltarse, los niños se detuvieron delante de su madre, levantando hacia ella sus cabecitas rubias.

—¿Es papá quien os envía? —preguntó Gervasia.

Pero al agacharse para atar los cordones de los zapatos de Esteban vio que el niño balanceaba, colgada de su dedo, la llave de la habitación, con su número de cobre.

—¡Vamos, me has traído la llave! —dijo muy sorprendida—. ¿Por qué?

Cuando el niño vio la llave, que había olvidado, pareció hacer memoria y exclamó con voz clara:

—Papá se ha ido.

—¿Ha ido a comprar el almuerzo y os ha dicho que vinieseis a buscarme aquí?

Claudio miró a su hermano, vaciló y no dijo nada. Luego, de un tirón, prosiguió:

—Papá se fue... Se levantó de la cama, metió todas las cosas en el baúl, lo bajó a un coche... Y se marchó.

Gervasia, que estaba agachada, se puso lentamente en pie, con la cara descompuesta, y llevóse las manos a las mejillas y a las sienes, como si sintiese crujir su cabeza. No pudo sino pronunciar dos palabras, que repitió como veinte veces:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Mientras tanto, la señora Boche hacía preguntas a los niños, encantada de verse mezclada en esta historia.

—Veamos, hijo mío, hay que aclarar las cosas. ¿Fue él quien ha cerrado la puerta y os ha enviado con la llave, no es así?

Y bajando la voz, dijo al oído de Claudio:

—¿Había, acaso, una señora en el coche?

El niño titubeó nuevamente, y en seguida repitió otra vez su historia, con aire de satisfacción:

—Se levantó de la cama, metió todas sus cosas en el baúl y se fue...

Como la señora Boche lo dejara libre, llevó a su hermano delante de la canilla. Y los dos se distrajeran viendo correr el agua.

Gervasia no podía llorar. Se ahogaba, con los riñones apoyados contra la cubeta y cubriéndose continuamente la cara con las manos. Sacudíanla ligeros estremecimientos y, a intervalos, dejaba escapar un hondo suspiro, mientras que más y más se hundía los puños en sus ojos, como si quisiera aniquilarse en la obscuridad de su abandono. Era aquel un abismo de tinieblas, en el fondo del cual le parecía estar próxima a caer.

—Vamos, hija mía, ¡qué diablo! —murmuraba la señora Boche.

—¡Si usted supiera! ¡Si usted supiera! —dijo al fin Gervasia en voz muy baja—. Él me envió esta mañana a llevar mi chal y mis camisas al Monte de Piedad para pagar ese coche...

Y lloró. El recuerdo de su ida al Monte de Piedad, que evidenciaba algo sucedido aquella misma mañana, le había arrancado los sollozos que parecían estrangularle la garganta.

Aquella ida al Monte era abominable, y constituía el dolor más grande en medio de su desesperación. Las lágrimas corrían por sus mejillas, humedecidas ya por sus manos, sin que siquiera pensara en servirse del pañuelo.

—Sea razonable, conténgase usted, que la miran —repetía la señora Boche, cuya solicitud era cada vez mayor—. ¿Es posible amargarse tanto la sangre por un hombre? Lo ama usted todavía, ¿no es así? Pobrecita. Hace un memento, no más, estaba furiosa contra él, y ahora llora hasta hacerse pedazos el corazón... ¡Señor, si seremos bestias las mujeres!

Y en seguida se mostró maternal.

—¡Una muchacha tan bonita como usted! Si me fuera permitido... Ahora sí se le puede contar todo, ¿verdad? Y bueno, usted se acordará cuando pasé bajo su ventana, yo ya sospechaba... Imagínese que anoche, cuando Adela regresó, oí pasos de hombre al compás de los suyos. Naturalmente, quise enterarme y miré hacia la escalera. El individuo estaba ya en el segundo piso, pero pude reconocer muy bien la levita del señor Lantier. Boche, que se puso a espiar esta mañana, lo vio bajar con toda tranquilidad... La cuestión era con Adela, usted comprende... Virginia se ha acomodado ahora con un señor, a cuya casa va dos veces por semana. Sólo que la cosa, sea como fuere, no es muy limpia, ellas no tienen más que una habitación y una cama, por lo que me resulta inexplicable dónde ha podido acostarse Virginia.

Por un instante se interrumpió, volviéndose hacia la dirección de Virginia, y luego siguió cuchicheando con su gruesa voz:

—Esa desalmada se está riendo de verla llorar. Yo pondría mi mano en el fuego y aseguraría que su lavado no es más que una farsa... Ha dejado encerrados a los otros dos y ha venido para contarles qué cara pone usted.

Gervasia apartó sus manos de la cara y miró. Cuando vio a Virginia que, rodeada de tres o cuatro mujeres, hablaba en voz baja y la miraba provocativamente, fue asaltada por una terrible cólera. Con los brazos hacia adelante, la mirada fija en el suelo, girando sobre sí misma y temblándole todos los miembros, avanzó algunos pasos, encontró un cubo lleno, lo tomó con ambas manos y se lo vació de un solo golpe.

—¡Grandísima zorra! —gritó Virginia.

Había dado un salto hacia atrás, y sólo sus botines se mojaron. Entretanto, todo el lavadero, al que las lágrimas de la joven habían revolucionado desde hacía un instante, se arremolinó para presenciar la batalla. Algunas lavanderas, que acababan de comer su pan, se subieron a las cubetas; otras acudieron con las manos llenas de jabón. Se hizo un círculo.

—¡Ah! ¡La muy zorra! —repetía Virginia—. ¿Qué le ha dado a esa furia?

Gervasia, en suspenso, con la barbilla temblorosa y la faz convulsionada, no contestó; desconocía aún la jerga de París. La otra continuó:

—¿Qué busca aquí? Es una de esas, corridas de su provincia; no tenía diez años cuando ya servía de jergón a los soldados; ha dejado allá en su tierra una pierna... Se le cayó de podredumbre...

Escuchóse una risotada. Al advertir su éxito, Virginia se aproximó dos pasos enderezando su alto talle y gritó más fuerte:

—¡Vamos, acércate un poco para darte tu merecido! Sabes muy bien que no es muy sencillo venir a molestarnos acá... ¿Acaso no conozco yo a esta arrastrada? Si me hubiera mojado le habría arremangado a mi gusto las faldas y ¡qué lindo espectáculo! Que diga, por lo menos, qué le he hecho... Habla, desgraciada, ¿qué te he hecho?

—No hay para qué hablar tanto —tartamudeó Gervasia—. Usted lo sabe muy bien... Han visto a mi marido anoche... Y, ¡cállese, porque sería capaz de estrangularla!

—¡Su marido! ¡Ah! ¡No es mala la salida! El marido de la señora... ¡Como si hubiera maridos para fachas como ésta!... Yo no tengo la culpa si él te ha dejado. Yo no te lo he robado, me parece... Pueden registrarme... Y escucha lo que te digo: ¡tú envenenabas a ese hombre! Era demasiado buen mozo para ti... ¿Llevaba collar siquiera? ¿Quién ha encontrado al marido de la señora? Se le dará una gratificación...

Las risas se repitieron. Gervasia, a media voz, se contentaba con murmurar constantemente:

—Usted lo sabe muy bien, usted lo sabe muy bien... Es su hermana, yo estrangularé a su hermana...

—Sí, anda a arreglártelas con mi hermana —repuso Virginia mofándose—. ¡Ah! ¡Es mi hermana! ¡Muy bien pudiera ser! Mi hermana tiene otro *chic* que tú... ¿Pero hasta cuándo me va a mirar ésta? ¿Es que no puede una lavar su ropa tranquilamente? Déjame en paz, ¿lo entiendes? ¡Ya estoy harta!

Y después de haber dado cinco o seis golpes de paleta, empezó de nuevo, embriagada y arrebatada por las injurias. Se calló y volvió a decir luego unas tres veces:

—¡Pues bien, sí, es mi hermana! ¿Estás contenta? Los dos se adoran. ¡Hay que ver cómo se picotean! ¡Y te ha dejado con tus bastardos! ¡No están mal los chicuelos con sus caras llenas de costras! Uno de ellos es de un gendarme, ¿no es cierto?; y tú hiciste reventar otros tres, porque no querías cargar con ese exceso de equipaje... Tu Lantier es quien nos lo ha contado todo. ¡Ah! Hay que oír las lindezas que cuenta; está harto de tu estantigua.

—¡Puerca, puerca, puerca! —aulló Gervasia, fuera de sí y presa de un temblor furioso.

Se dio vuelta, buscando algo por el suelo, y como no encontrara más que la cubeta, la tomó por debajo y lanzó el agua de azul a la cara de Virginia.

—¡Desgraciada! ¡Me ha estropeado el traje! —gritó ésta, quien tenía un hombro todo mojado y la mano izquierda teñida de azul—. ¡Espera, inmundicia!

Tomó a su vez un cubo y lo vació sobre Gervasia. Entonces se trabó un terrible combate. Corrían ambas a lo largo de las pilas, apoderándose de los cubos llenos y se volvían, arrojándoselos mutuamente a la cabeza. Y cada chaparrón iba acompañado de gritos. Gervasia misma ya no se quedaba atrás y replicaba:

—¡Toma, porquería!... Te cayó en buen sitio... Eso te refrescará y calmará el trasero.

—¡Ah!, ¡carroña! Eso es para tu grasa. Lávate siquiera una vez en tu vida.

—Sí, sí, voy a desalarte, ¡gran bacalao!

—¡Ahí va otro!... Enjuágate los dientes, hazte el tocado para tu guardia de esta noche en la esquina de la calle Belhomme.

Acabaron por llenar los cubos en las canillas. Y mientras esperaban que se llenasen seguían con sus procacidades. Los primeros cubos, mal dirigidos, apenas si hicieron blanco. Pero luego adquirieron práctica, y fue Virginia la que recibió el primero en pleno rostro; el agua entró por su cuello, corrió por su espalda y se escurrió por debajo del vestido. Todavía estaba aturdida cuando un segundo la tomó por un lado, dándole un fuerte golpe en la oreja izquierda y empapando su moño, que desenrolló como una cuerda. A Gervasia, primero le alcanzó el agua en las piernas; un cubo le llenó los zapatos, salpicando hasta sus muslos; otros dos la empaparon hasta las caderas. Mas pronto fue imposible saber dónde caía el agua. Ambas estaban chorreando de la cabeza a los pies, con las blusas pegadas a la espalda y las faldas a los riñones. Enflaquecidas, tiasas y tiritando, escurrían agua por todos lados, igual que un paraguas durante un aguacero.

—No son poco divertidas —dijo la voz enronquecida de una lavandera.

El lavadero gozaba de lo lindo. Las mujeres se fueron alejando, para no recibir las salpicaduras. Menudeaban los aplausos y las bromas, en medio del ruido de esclusas de los cubos que se vaciaban cruzando el espacio. En el suelo, los charcos se trocaban en arroyos, y las dos mujeres chapoteaban hasta los tobillos. De pronto, Virginia se apoderó brusca y alevosamente de un cubo de lejía hirviendo que una de sus vecinas acababa de pedir, y lo arrojó a su contendora. Oyóse un grito y se creyó que Gervasia había sido escaldada. Pero no tenía sino el pie izquierdo ligeramente quemado. Y, exasperada por el dolor, con todas sus fuerzas, sin llenarlo esta vez, lanzó un cubo a las piernas de Virginia, quien cayó al suelo.

Todas las lavanderas hablaban al mismo tiempo.

—¡Le ha partido una pata!

—¡Diantre! A la otra no le han faltado ganas de cocerla.

—Después de todo, la rubia tiene la razón, ¡si le han quitado a su hombre!

La señora Boche levantaba los brazos al cielo, prorrumpiendo en exclamaciones. Se había resguardado prudentemente entre dos cubetas; y los niños, Claudio y Esteban, llorando, sofocados y llenos de espanto, se agarraban de su traje, mientras gritaban sin cesar y entre sollozos: ¡mamá!, ¡mamá! Cuando vio a Virginia en el suelo, se acercó a Gervasia y tirándole de las faldas repetía:

—¡Vamos, váyase usted! Sea razonable. Tengo la sangre revuelta, se lo aseguro. Nunca se ha visto una carnicería semejante.

Pero retrocedió y volvió a refugiarse entre las dos cubetas con los niños. Virginia acababa de saltar a la garganta de Gervasia; le apretaba el cuello tratando de

estrangularla. Entonces ésta se desprendió con un violento sacudón y se colgó de la trenza de Virginia como si quisiera arrancarle la cabeza. La batalla volvió a empezar, muda, sin gritos, sin una injuria. No se golpeaban en el cuerpo; dábanse en la cara, con las manos agarrotadas, pellizcando y tratando de desgarrar cuanto podían. La cinta roja y la redecilla azul de la morena fueron arrancadas; su blusa, destrozada en el cuello, dejaba ver la piel hasta el hombro; mientras que la rubia, medio desnuda, desprendida sin saber cómo la manga de su blusa blanca, y con un desgarrón en su camisa, dejaba al descubierto el pliegue de su cintura. Volaban jirones de tela. La primera que sangró fue Gervasia; tres largos rasguños bajaban de la boca a la barba y trataba de resguardar sus ojos cerrándolos a cada bofetada por temor de quedarse tuerta. Gervasia no perdía de vista las orejas de Virginia, que aún no sangraban, y se enfurecía de no poder agarrarlas; pero al fin asió uno de los aretes, una pera de vidrio amarillo, tiró hasta desgarrar la oreja y la sangre corrió.

—¡Se matan! ¡Separad a esas arpías! —dijeron muchas voces.

Las lavanderas se iban aproximando. Se formaron dos bandos. Unas agujijoneaban a las dos mujeres como a dos perros que pelearan; otras, más nerviosas, temblando de pies a cabeza, se volvían, repitiendo que no les era posible soportar más aquel espectáculo, que con seguridad caerían enfermas. Y por poco no tuvo lugar una batalla campal: tratábase de mujeres sin corazón, de inútiles; tendíanse los brazos desnudos de las mujeres y resonaron tres bofetadas.

Mientras tanto, la señora Boche buscaba al mozo del lavadero.

—¡Carlos! ¡Carlos!... ¿Pero en dónde está?

Y lo encontró contemplando el espectáculo en primera fila, con los brazos cruzados. Era buen mozo, y tenía un cuello enorme. Reía y gozaba a más no poder contemplando la piel desnuda que ambas mujeres mostraban. La rubiecita era regordeta como una codorniz: sería completa la comedia si la camisa se le desgarrara.

—¡Miren! —murmuró, guiñando un ojo—. Tiene una fresa bajo el brazo.

—¡Cómo! ¡Usted estaba por acá!... —gritó la señora Boche al descubrirlo—. Pero ayúdenos a separarlas. ¡Usted solo podría hacerlo muy bien!

—¡Ah, no, muchas gracias! ¡Si no hay nadie más que yo! —dijo tranquilamente—. Para que me arañen el ojo como el otro día... ¿No es cierto? No estoy acá para eso; buen trabajo tendría que darme... Por otra parte, no tema usted nada. Esto les hace bien; es una pequeña sangría. Más bien las ablandará.

Entonces la portera habló de dar parte a la policía. Pero la dueña del lavadero, la joven delicada de ojos enfermos, se opuso resueltamente diciendo:

—No, no, no, no lo admitiré; eso compromete la casa.

La lucha continuaba en el suelo. De repente Virginia se levantó sobre sus rodillas; acababa de coger una paleta y la blandía. Comenzó a bramar con voz alterada:

—¡Te voy a dar tu merecido! ¡Prepara tu ropa sucia!

Gervasia alargó la mano vivamente y se apoderó, a su vez, de otra paleta, manteniéndola levantada como un mazo. Y replicó con voz también enronquecida:

—¡Ah!, ¿tú quieres la gran lejía?... ¡Bueno está tu pellejo para hacerlo papilla!

Quedaron así durante un momento, arrodilladas y amenazándose. Con los cabellos sobre la cara, el pecho jadeante, cubiertas de lodo, entumecidas, se acechaban, esperaban, reteniendo el aliento. Gervasia tomó la iniciativa; su paleta resbaló sobre los hombros de Virginia, quien se inclinó de costado para evitar el golpe, y la paleta pasó rozándole la cadera. Entonces, ya excitadas, se golpeaban del mismo modo que dos lavanderas lo hacen con la ropa, ruda y cadenciosamente. Cuando lograban tocarse, se amortiguaba el golpe como si una palmada cayera en una cubeta de agua.

En torno a ellas las lavanderas ya no reían; muchas se habían ido, repitiendo que aquello les revolvió el estómago; las restantes estiraban el cuello y miraban con los ojos encendidos por un fulgor de crueldad, manifestando que las mozas eran de armas tomar. La señora Boche habíase llevado a Claudio y a Esteban al otro extremo del lavadero, y desde allí se oía el rumor de sus sollozos mezclados al chocar sonoro de las dos paletas.

De pronto, Gervasia lanzó un aullido. Virginia acababa de acertarle un golpe rápido en el brazo desnudo, por encima del codo. Apareció una mancha, y la carne se hinchó inmediatamente. Entonces la rubia se abalanzó; parecía como si quisiera estrangular a su contrincante.

—¡Basta! ¡Basta! —gritaban las espectadoras.

Gervasia puso una cara tan feroz que nadie osó aproximarse. Con las fuerzas decuplicadas cogió a Virginia por el talle, la echó de cara sobre las baldosas, y, a pesar de sus fuertes sacudidas, le suspendió las faldas por completo... En seguida metió la mano por la abertura del calzón y lo desgarró, dejando al descubierto los muslos y las nalgas completamente desnudas. Entonces, con la paleta levantada, comenzó a golpear como antaño, golpeaba en Plassans, a la orilla del Marne, cuando su patrona lavaba la ropa de la guarnición. La paleta se hundía en las carnes con un ruido húmedo. A cada golpe, una lista roja jaspeaba la blanca piel.

—¡Oh! ¡Oh! —murmuraba el mozo Carlos, maravillado y con los ojos desmesuradamente abiertos.

De nuevo se oyeron risas. Pero pronto el grito de ¡basta!, ¡basta!, repitióse. Gervasia, inclinada, no oía, no se cansaba, únicamente atendía a su tarea, ocupada en no dejar ni un punto seco de aquella piel molida, cubierta de vergüenza. Y hablaba, presa de una alegría feroz, recordando una canción de lavandera:

—¡Pam! ¡Pam!, Margot va al lavadero... ¡Pam! ¡Pam!, a golpes de paleta... ¡Pam! ¡Pam!, va a lavar su corazón... ¡Pam! ¡Pam!, todo negro de dolor...

Y proseguía:

—Éste para ti, éste para tu hermana y éste para Lantier... Cuando los veas, se los darás... ¡Atención! Vuelvo a empezar. Éste para Lantier, éste para tu hermana, éste para ti... ¡Pam! ¡Pam!, Margot va al lavadero... ¡Pam! ¡Pam!, a golpes de paleta...

Tuvieron que arrancarle a Virginia de las manos. La morena, con la cara bañada en lágrimas, roja, toda confusa, recogió su ropa y escapó; estaba vencida. Mientras tanto, Gervasia arreglaba la manga de su blusa y se abrochaba las faldas. Le dolía el brazo, de manera que rogó a la señora Boche que le pusiera la ropa al hombro. La portera narraba la batalla, relataba sus emociones y hablaba de examinarle el cuerpo para ver...

—Tal vez tenga usted algo roto... Oí un golpe...

Pero la joven quería marcharse. No respondía a las palabras compasivas ni a la bulliciosa ovación de las lavanderas que la rodeaban, paradas en sus tableros. Cuando le echaron su ropa al hombro, apresuróse a ganar la puerta donde sus hijos la esperaban.

—Son dos horas, lo cual importa diez céntimos —dijo, deteniéndole, la dueña del lavadero, instalada ya en su gabinete de vidrio.

—¿Por qué diez céntimos? —No podía comprender por qué se le pedía el precio de su sitio. Sin embargo, los pagó. Y cojeando acentuadamente bajo el peso de la ropa mojada, que pendía, chorreando, de sus hombros, con el codo amoratado y la mejilla sangrando, se fue, tirando con sus desnudos brazos de Esteban y Claudio, que trotaban a su lado, agitados todavía y con la cara sucia por las lágrimas.

A sus espaldas el lavadero volvía a su gran ruido de esclusa. Las lavanderas habían comido su pan y bebido su vino, y golpeaban cada vez más fuerte, con los semblantes iluminados, regocijadas por la paliza que acababan de propinarse Gervasia y Virginia. De nuevo, a lo largo de las cubetas, agitábase furiosamente los brazos, angulosos perfiles de títeres descoyuntados, de hombros encorvados y doblados violentamente, como sobre goznes. Las conversaciones continuaban de un extremo a otro de los pasillos. Las voces, las risas, las palabras gruesas, se quebraban en el gran chapoteo del agua. Las canillas escupían, los cubos escurrían y un arroyo pasaba bajo las baterías. Apilar la ropa a paletadas era la ocupación de la tarde. En la inmensa sala, los vapores tornábanse rojizos, atravesado sólo por discos de sol, balas de oro, que los desgarrones de las cortinas dejaban pasar. Se respiraba la tibia sofocación de los olores jabonosos. De repente el cobertizo se llenó de un vapor blanco; la enorme cubierta de la tinaja donde hervía la lejía subía mecánicamente a lo largo de una barra central de cremallera; y el anchuroso agujero de la tinaja, al fondo de su mampostería de ladrillos, exhalaba torbellinos de vapor de un sabor azucarado de potasa. Mientras tanto, al lado, los secaderos funcionaban; líos de ropa, en cilindros de hierro fundido, expulsaban el agua a cada vuelta de la rueda de la máquina, que jadeaba, humeante, sacudiendo con mayor rudeza el lavadero con la tarea continua de sus brazos acerados.

Cuando Gervasia llegó al corredor del hotel Boncœur, las lágrimas acudieron otra vez a sus ojos. Era un pasadizo negro, estrecho, con una canaleta para las aguas sucias, que corría a lo largo de la pared; y Gervasia, al volver a sentir aquella hediondez, pensó en los quince días idos ahí con Lantier, quince días de miseria y

reyertas, cuyo recuerdo en aquel momento le producía un dolor agudo. Parecía entrar en su abandono.

Arriba, la habitación estaba desmantelada, llena de sol, con la ventana abierta. Aquel rayo solar, aquella cortina de polvillo de oro danzante, hacía más lamentable el techo negro, las paredes, cuyo papel se despegaba. No había otra cosa a la vista que una pañoleta de mujer retorcida como una cuerda y colgando de un clavo de la chimenea. La cama de los niños, tirada en medio de la habitación, dejaba en descubierto la cómoda, en cuyos cajones abiertos no se veía nada. Lantier se había lavado y concluido toda la pomada, que se hallaba en una cajita de diez céntimos de valor; el agua grasienta de sus manos llenaba la palangana. No se había olvidado de nada, el rincón ocupado hasta entonces por el baúl, parecía a Gervasia un espacio inmenso. No encontró siquiera el espejito redondo enganchado a la falleba. Entonces tuvo un presentimiento, y miró sobre la chimenea: Lantier se había llevado las papeletas, y el paquetito rosa pálido no estaba ya entre los desiguales candelabros de cinc.

Gervasia colgó su ropa en el respaldo de una silla; permaneció de pie, volviéndose, examinando los muebles, poseída de un estupor tal que ni siquiera podía llorar. Le quedaban diez céntimos de los cuarenta reservados para el lavadero. Después, oyendo reír en la ventana a Claudio y Esteban, ya consolados, se aproximó, cogió las cabecitas de los niños entre sus brazos, olvidando por un instante aquella calzada gris, donde, por la mañana, había visto el despertar del pueblo obrero, del trabajo gigantesco de París. En aquella hora el pavimento, recalentado por la circulación diurna, despedía una reverberación ardiente por encima de la ciudad, detrás del muro del resguardo. Era sobre ese pavimento, en aquella atmósfera de fragua, donde la dejaban sola con sus pequeñuelos; y se puso a contemplar los bulevares exteriores, a derecha e izquierda, presa de un espanto sordo, como si su vida en lo venidero hubiere de transcurrir allí, entre un matadero y un hospital.

CAPÍTULO II

Tres semanas después, hacia las once y media de un día de hermoso sol, Gervasia y Coupeau, el obrero plomero, comían juntos ciruelas en almíbar en la taberna del tío Colombe. Coupeau, que fumaba un cigarrillo en la acera, la había obligado a entrar, cuando ella atravesaba la calle, al regresar de la entrega de ropa. Colocó en el suelo su gran cesta cuadrada de lavandera, cerca de ella y detrás de la mesita de cinc.

La taberna del tío Colombe hallábase en la esquina de la calle de los Poissonniers y del bulevar de Rochechouart. Su letrero llevaba, en grandes caracteres azules, de un extremo al otro, esta única palabra: *Destilación*. En la puerta y en dos medios barriles había sendos laureles rosas llenos de polvo. El enorme mostrador, con sus filas de vasos, su fuente y sus medidas de estaño, se extendía a la izquierda de la entrada, y todo el contorno de la amplia sala estaba lleno de grandes toneles pintados de amarillo claro, resplandecientes de barniz, cuyos aros y espitas de cobre relucían. Más arriba y sobre anaqueles, veíanse botellas de licores, tarros de frutas y toda clase de frascos, bien ordenados, que cubrían las paredes, reflejando en el espejo colocado detrás del mostrador sus tintes vivos verde manzana o pálidos de laca tenue. Pero la curiosidad de la casa se hallaba en el fondo, tras de una valla de encina, en un patio con vidrieras; era el aparato para la destilación, que los consumidores veían funcionar, el cual comprendía alambiques de cuellos largos, serpentinas que se hundían en el suelo, cocina del diablo, ante la que acudían a soñar los obreros amigos de emborracharse.

En aquella hora del almuerzo, la taberna estaba vacía. El tío Colombe, hombre corpulento, de cuarenta años, con un chaleco de mangas, despachaba a una chiquilla de unos diez años, que le pedía veinte céntimos de aguardiente en una taza. Un rayo de sol entraba por la puerta y desecaba el piso, siempre húmedo por los salivazos de los fumadores. Y tanto del mostrador, como de los toneles y de toda la sala, subía un olor de licores y un vapor alcohólico, que parecía espesar y obscurecer el flotante polvillo del sol.

Entretanto, Coupeau liaba otro cigarrillo. Estaba muy limpio, con una blusa y una gorrita de paño azul, y se reía mostrando sus dientes blancos. Tenía la mandíbula inferior saliente, la nariz ligeramente aplastada, hermosos ojos pardos, y su expresión era la de un perro alegre y dócil. Mantenía bien peinado su abundante cabello rizado. Conservaba el cutis suave de sus veintiséis años. Frente a él, Gervasia, vestida con un traje de lanilla negra, y sin sombrero, acababa de comer su ciruela, que tenía por el cabo con la punta de los dedos. Estaban cerca de la puerta y en la primera de las cuatro mesas alineadas a lo largo de los toneles, delante del mostrador.

Una vez que el plomero hubo encendido su cigarrillo, apoyó los codos sobre la mesa, adelantó la cara sin pronunciar palabra y miró un instante a la joven, cuyo lindo

rostro de mujer rubia ostentaba aquel día una transparencia lechosa de fina porcelana. Después, haciendo alusión a un asunto conocido por los dos solos y ya discutido, preguntó con sencillez y a media voz:

—Y bien, ¿no?, ¿dice usted que no?

—¡Oh!, puede usted estar seguro que no, señor Coupeau —respondió tranquilamente Gervasia, sonriendo—. No creo que pretenda hablarme de eso aquí. Debe tener presente que me prometió ser juicioso. Si hubiera sabido esto, habría rechazado su invitación.

Coupeau, sin contestar, continuó mirándola de muy cerca, con una ternura insinuante y osada, atraído sobre todo por las comisuras de aquellos labios rosa pálido, un poco húmedos, que cuando sonreían dejaban ver el rojo vivo de la boca. No obstante, Gervasia no se retiraba: por lo contrario, permanecía complaciente y afectuosa. Al cabo de un momento de silencio añadió:

—En verdad que usted está soñando. Yo ya soy vieja; tengo ya un muchacho de ocho años... ¿Qué es lo que haríamos juntos?

—¡Pardiez! —murmuró Coupeau guiñando los ojos—, y... ¡lo que hacen los demás!

Pero en la cara de ella se dibujó un gesto de disgusto.

—¡Ah!, ¡si usted cree que todo es siempre diversión!... Bien se ve que nunca ha tenido un hogar. No, señor Coupeau, es preciso que yo piense en las cosas seriamente. ¡La broma no conduce a nada!, ¿me entiende? Yo tengo en casa dos bocas que tragan de firme, sépalo usted. ¿Cómo quiere que pueda llegar a educar a mis golfillos si me entretengo en fruslerías?... Y por otra parte, mi desgracia ha sido una buena lección para mí. Usted se hará cargo de que por ahora los hombres no me interesan gran cosa. En mucho tiempo no me volverán a pescar.

Hablaba sin enojo, con gran sensatez, muy fríamente, como si tratara sobre una cuestión de trabajo; por ejemplo, los motivos que le impedirían almidonar una pañoleta. No cabía duda que eso lo había fijado en su mente después de maduras reflexiones.

Coupeau, conmovido, repetía:

—Usted me causa una gran pena, una gran pena...

—Sí, es lo que estoy viendo —respondió Gervasia—, y lo siento por usted, señor Coupeau... No se ofenda por ello. Si yo quisiera bromear, sin duda que lo haría con usted antes que con cualquier otro. Parece usted un buen muchacho y es muy amable. Viviríamos juntos, ¿verdad? y haríamos todo lo que estuviera a nuestro alcance. Yo no me hago la princesa, y ni por un momento se me ocurre decir que eso no podría acontecer... Mas ¿para qué hacerlo si no siento ningún deseo? Heme ya en casa de la señora Fauconnier desde hace quince días. Trabajo y estoy contenta... Los niños van a la escuela. Vamos, lo mejor es quedarse como una está.

Y se inclinó para alzar su cesta.

—Usted me hace hablar, y ya me estará esperando en casa la patrona... Seguro que encontrará usted otra, señor Coupeau, más linda que yo y que no tenga dos arrapiezos a la zaga.

Coupeau miraba el reloj encuadrado en el espejo. Hizo que Gervasia se volviera a sentar, exclamando:

—Quédese un poco más. No son más que las once y treinta y cinco..., dispongo aún de veinticinco minutos... No tema que haga ninguna tontería; la mesa está entre ambos. Vamos, ¿usted me detesta hasta el extremo de no querer charlar otro poquitín?

Ella dejó nuevamente su cesta por no desairarlo, y hablaron como buenos amigos. Ya había comido antes de salir para llevar su ropa, y él se apresuró esta vez a comer su puchero, con el fin de ir a acecharla. Gervasia contestaba complacientemente y, mientras tanto, entre los frascos de frutas en aguardiente, miraba por los vidrios el movimiento de la calle, donde, a la hora del almuerzo, convergía una multitud extraordinaria. En ambas aceras, oprimidos por las hileras de casas, advertíase un apresuramiento de pasos, de brazos colgantes, y un codearse sin fin. Los rezagados, los obreros detenidos en el trabajo, con el semblante hosco por el hambre, cortaban la calle a grandes trancos, y entraban en una panadería de enfrente: cuando reaparecían, con una libra de pan bajo el brazo, se dirigían tres puertas más arriba, al *Veau à deux têtes*, para comer sus viandas de treinta céntimos. Al lado de la panadería se hallaba también una frutera vendiendo papas fritas y almejas con perejil. Un desfile continuo de obreras, con largos mandiles, llevaban cucuruchos de papel y almejas en tazas; otras, lindas muchachas, con la cabeza descubierta y un aire delicado, compraban manojos de rábanos. Inclinandose, Gervasia podía aún ver una salchichería llena de gente, de la que salían niños llevando en las manos, envuelta en un papel grasiento, una costilleta empanada, una salchicha o un trozo de morcilla caliente. Mientras tanto, a lo largo de la calzada, cubierta de un barro negruzco, aun en el buen tiempo, por el pisotear constante de la multitud algunos obreros dejaban ya los bodegones y bajaban en grupos, ganduleando, golpeándose los muslos con las manos abiertas, y abotagados por la pesada comida, caminando lenta y tranquilamente en medio de los empujones y la barahúnda.

Habíase formado un grupo a la puerta de la taberna.

—Dime, Bibi-la-Grillade —preguntó una voz—, ¿vas a convidarnos a una rueda de vitriolo?

Cinco obreros entraron y permanecieron de pie.

—¡Ah, ladrón de tío Colombe! —prosiguió la voz—. ¡Sepa usted que queremos del añejo, y no en cáscaras de nuez, sino en verdaderos vasos!

El tío Colombe servía tranquilamente. Llegó otro grupo de tres obreros. Poco a poco las blusas se aglomeraban en el ángulo de la acera, hacían allí una breve parada y terminaban por empujarse a la sala, entre los dos laureles-rosas, cubiertos de polvo.

—¡Qué tonto es usted! No piensa más que en porquerías —decía Gervasia a Coupeau—. Sin duda que ya lo quería... Sólo que, después de la forma repugnante en

que me ha dejado...

Hablaba de Lantier. Gervasia no había vuelto a verle; sospechaba que vivía con la hermana de Virginia en la Glacière, en casa de aquel amigo que iba a establecer una fábrica de sombreros. Desde luego que no pensaba en correr detrás de él. En un principio aquello le había producido un dolor inmenso, y hasta pensó en arrojarse al agua: pero ahora, después de meditarlo bien, todo resultaba a pedir de boca. Tal vez en compañía de Lantier nunca habría podido educar a los niños. ¡A tal punto malgastaba el dinero! Él podía ir a abrazar a Claudio y Esteban; ella no lo echaría fuera. Sólo que, en relación a ella, preferiría que la cortaran en pedazos antes que dejarse tocar por él ni la punta de los dedos. Y decía estas cosas en el tono de mujer resuelta que ya tiene trazado su plan de vida. Coupeau, que no abandonaba su deseo de poseerla, seguía bromeando, tomándolo todo en suciedades y haciéndole preguntas muy crudas sobre Lantier, pero en forma alegre, mostrando sus blancos dientes juveniles, de tal modo que ella no podía molestarse.

—Usted era quien le sacudía —dijo, por último—. ¡Oh, usted no es tan buena! Me parece que sería capaz de zurrar al mundo entero.

Gervasia le interrumpió con una carcajada. La cosa tenía su fondo de verdad, pues buena había sido la zorra dada a aquella larguirucha de Virginia. Aquel día habría estrangulado de buena gana al primero que se le presentase. Y se puso a reír más fuerte cuando Coupeau le contó que Virginia, desolada por haber puesto todo al descubierto, acababa de abandonar el barrio. Su rostro, no obstante, trasuntaba una dulzura infantil; extendiendo sus manos regordetas, aseguraba que ella no era capaz de aplastar ni una mosca, que sólo sabía lo que significaban los golpes por haberlos recibido siempre a granel. Entonces comenzó a hablarle de su juventud en Plassans. De ningún modo era una buscona; pero los hombres le llenaban la cabeza. Cuando a los catorce años la tomó Lantier, encontró la cosa de su agrado, porque él decía que era su marido y a ella le parecía jugar a los casados... Aseguraba que su único defecto consistía en ser demasiado sensible, en querer a todo el mundo y apasionarse por personas que luego le hacían mil perrerías. De modo que, al querer a un hombre, no pensaría en necedades, y su único sueño sería el de vivir con él siempre, unidos y muy felices. Y como Coupeau se burlara un poco habiéndole de sus dos hijos, a los que de seguro ella no habría puesto a empollar bajo el almohadón, Gervasia le dio unos golpecitos en los dedos y agregó que, por supuesto, estaba hecha en el mismo molde que las demás mujeres; sólo que era un error creer que las mujeres andaban siempre locas detrás de aquello; las mujeres pensaban en su hogar, se multiplicaban en las tareas de la casa, y al llegar la noche se acostaban en extremo fatigadas y se dormían de inmediato. Por lo demás, ella se parecía a su madre, una trabajadora a toda prueba, que sirvió como bestia de carga al viejo Macquart durante más de veinte años. Ella era delgada en comparación con su madre, quien tenía unos brazos capaces de derribar a su paso las puertas; pero eso no impedía que se le pareciera en su afán desesperado de encariñarse con la gente... Hasta si cojeaba un poco, seguramente era

debido a la pobre mujer, a quien el viejo Macquart molía a golpes. Cien veces su madre le había hablado de las noches en que el padre, volviendo ebrio, se mostraba tan brutalmente galante, que le descoyuntaba los miembros, y que con seguridad una de aquellas noches la habría tomado con la pierna en mala posición.

—¡Oh! eso no es nada; casi no se advierte —dijo Coupeau con galantería.

Ella movió la cabeza. Muy bien se daba cuenta de que aquello se notaba, y que a los cuarenta años se encorvaría. Y luego, sonriendo dulcemente, dijo:

—¡Qué gusto tan extraño tiene usted al enamorarse de una coja!

Entonces él, siempre con los codos sobre la mesa, acercó aún más la cara y la cortejó con cuantas palabras pudo encontrar, como tratando de embriagarla. Pero ella se negaba, constantemente, con la cabeza, sin dejarse tentar, halagada, no obstante, por aquella voz zalamera. Y escuchaba, mirando hacia fuera, como si volviese a interesarse por la multitud que cada vez crecía más. Ya a esa hora se comenzaba a barrer en las tiendas vacías; la frutera retiraba su última sartenada de patatas fritas, en tanto que el salchichero ponía en orden los platos esparcidos por el mostrador. De todos los bodegones salían grupos de obreros; mozos barbudos se daban manotadas, empujándose como pilluelos y armando algazara con sus gruesos zapatos claveteados, que, al resbalar, raspaban el empedrado; otros, con ambas manos en el fondo de los bolsillos, fumaban en actitud reflexiva, mirando al sol y parpadeando. Se producía una invasión completa de las aceras y la calzada, un oleaje perezoso fluyendo de las puertas abiertas, deteniéndose en medio de los carruajes, formando una estela de blusas, de chaquetas y de viejos gabanes, pálida y descolorida bajo la cortina de dorada luz que enfilaba la calle. A lo lejos se oían las campanas de las fábricas; los obreros no se apresuraban y encendían sus pipas; y con las espaldas encorvadas, después de llamarse de una taberna a otra, se decidían a emprender el camino del taller, arrastrando los pies. Gervasia se entretenía siguiendo con la vista a tres obreros, uno alto y dos bajos, que se daban vuelta cada diez pasos y que terminaron por tomar calle abajo, encaminándose directamente a la taberna del tío Colombe.

—¡Muy bien! —murmuró—. ¡Ahí vienen tres a quienes el trabajo no matará!

—¡Bueno! —dijo Coupeau—. Conozco al alto: es Mes-Bottes, un compañero.

La taberna se había llenado. Hablábase muy fuerte, con inflexiones de voz que hendían el rumor torpe de las carrasperas. Los puñetazos que se daban sobre el mostrador hacían, a veces, tintinear los vasos. De pie, con las manos cruzadas sobre el vientre y echados hacia atrás, los bebedores formaban pequeños grupos, muy cerca unos de otros; había algunos junto a los toneles, que debían esperar un cuarto de hora antes de que consiguieran pedir sus ruedas al tío Colombe.

—¡Bah! ¡Es el aristócrata de Cadet-Cassis! —exclamó Mes-Bottes, aplicando un fuerte golpe en la espalda de Coupeau—. Un señoritingo que fuma papel y usa ropa blanca. Se ve que quiere deslumbrar a su acompañante convidándola con golosinas.

—¡Vaya, no seas cargante! —respondió Coupeau muy contrariado.

Mas el otro siguió mofándose.

—¡Basta! Hay que ponerse a tono, compañero; las bromas son bromas, y nada más.

Y volvió la espalda, después de haber bizqueado terriblemente al mirar a Gervasia. Ésta retrocedió un tanto asustada. El humo de las pipas y el acre olor que despedían todos aquellos hombres impregnaban el aire cargado de alcohol; y ella se ahogaba, acometida de una ligera tos.

—¡Oh, qué feo es beber! —dijo a media voz.

Y contó que antes, en Plassans, bebía anisete con su madre. Pero un día estuvo a punto de morir, lo cual le produjo un disgusto tan grande, que desde entonces no podía ni ver los licores.

—Mire —añadió, enseñando su vaso—; he comido mi ciruela, pero no tomo lo demás porque me haría daño.

Coupeau tampoco comprendía que se pudiesen tragar de un sorbo vasos llenos de aguardiente. Una ciruela de vez en cuando, no hacía mal, pero en cuanto al vitriolo, el ajeno y otras porquerías por el estilo, ¡muchas gracias!, ninguna necesidad tenía de ellas. Ya podían hacerle cuantas bromas quisieran sus compañeros; pero él se quedaría en la puerta cada vez que esos viciosos se metieran en tales antros. El viejo Coupeau, que había sido plomero como él, se estrelló la cabeza contra el pavimento de la calle Coquenard, al caer un día de juerga desde el alero del número veinticinco; y aquel recuerdo hacía prudente a toda la familia. Cuando pasaba por la calle Coquenard y veía aquel sitio, mil veces habría preferido beber agua del arroyo que aceptar una copa gratis en la taberna. Y concluyó con estas palabras:

—En nuestro oficio hace falta tener las piernas firmes.

Gervasia había vuelto a tomar su cesta. Sin embargo, no se levantó; la tenía sobre las rodillas, con la mirada perdida, soñadora, como si las palabras del joven obrero despertaran en ella vagos recuerdos de su lejana existencia. Y dijo lentamente, sin aparente transición:

—¡Dios mío! Yo no soy ambiciosa, no pido grandes cosas..., mi ideal sería trabajar tranquila, no carecer nunca de pan, y contar con un agujero un poco limpio para dormir, con lo más necesario: una cama, una mesa y dos sillas... ¡Ah! quisiera, además, poder educar a mis hijos, hacerlos hombres de bien, si ello fuera posible... También tengo otro ideal: no ser golpeada si volviera a unirme a otro hombre; no, no me gustaría que me sacudieran el polvo... Y eso es todo, créamelo, eso es todo...

Y buscaba aún, examinaba sus deseos y no encontraba ninguna otra cosa de importancia que la tentase. Sin embargo, luego de un momento de vacilación, añadió:

—Sí se puede, por último, tener el deseo de morir una en su cama... Después de haber correteado toda una vida moriría satisfecha en mi cama y en mi casa.

Y se levantó. Coupeau, que aprobaba vivamente sus anhelos, estaba ya de pie, intranquilo por la hora. Pero no salieron inmediatamente; ella tuvo la curiosidad de ir a mirar al fondo, tras la valla de encina, el gran alambique de cobre rojo que

funcionaba bajo la vidriera del panecillo; el plomero, que la había seguido, le explicaba cómo funcionaba aquello, indicándole con el dedo las diferentes piezas del aparato y mostrándole la enorme retorta en la que caía un transparente hilillo de alcohol. El alambique, con sus recipientes de forma extraña, sus tubos enroscados e interminables, presentaba un aspecto sombrío: no se escapaba ni la más insignificante humareda; apenas se oía un resoplido interior, un ronquido subterráneo; era como el ruido de una labor nocturna hecha en pleno día por un obrero taciturno, potente y mudo. Entretanto, Mes-Bottes, acompañado de dos compinches, se había ido a poner de codos en la valla, como esperando que quedase libre un extremo del mostrador. Se reía haciendo un ruido de polea mal engrasada y movía la cabeza, fijando los ojos tiernamente en la máquina de emborrachar. ¡Por las barbas de Cristo! ¡Era lindísima! En ese gordo tambor de cobre había para refrescar el gaznate durante ocho días. Hubiera querido que le soldaran el extremo del serpentín entre los dientes, para sentir el vitriolo todavía caliente que lo llenara y bajara hasta los talones, siempre, siempre, como un riachuelo. ¡Diantre! Así no tendría por qué molestarse más y reemplazaría muy ventajosamente los dedos de ese rocín de tío Colombe. Los compinches del borracho bromeaban y decían que, a pesar de todo, ese animal de Mes-Bottes sabía expresarse. Sordamente, el alambique, sin una llamarada, sin un tono alegre en los reflejos apagados de sus cobres, continuaba dejando correr su sudor de alcohol, semejante a un manantial lento y obstinado que, con el tiempo, hubiese de invadir la sala, esparcirse por los bulevares exteriores e inundar la hoya inmensa de París. Entonces Gervasia, presa de un escalofrío, retrocedió y trató de sonreír, murmurando:

—¡Si seré tonta! Esta máquina me da frío... La bebida también me da frío...

Luego, volviendo a la acariciada idea de una dicha perfecta:

—¡Bah!, ¿no es cierto que es mejor lo que yo pienso? Es mil veces preferible trabajar, comer su pan, tener un rinconcito propio para dormir, educar a sus hijos, morir en su cama...

—Y no ser zurrada —agregó Coupeau, bromeando—. Pero le aseguro que si me aceptara, señora Gervasia, yo no le pegaría... No hay nada que temer, nunca bebo y, sobre todo, la quiero enormemente... Vamos, que sea esta noche y nos calentaremos los piecitos...

Había bajado la voz y le hablaba al oído, mientras ella, con la cesta delante, se abría camino entre los hombres. Repetidas veces continuó diciendo que no con la cabeza; no obstante, se volvía sonriendo a su acompañante y parecía feliz al saber que éste no tomaba licores. Con seguridad que le habría dado el sí, de no haberse jurado no volver a unirse con ningún hombre. Al fin llegaron a la puerta y salieron. A sus espaldas quedaba la taberna llena de gente, expeliendo a la calle el ruido de las voces enronquecidas y el olor a licor de las ruedas de vitriolo. Se oía a Mes-Bottes llamar ratero al tío Colombe, acusándole de haber llenado su vaso sólo hasta la mitad. En cuanto a él, era de los buenos, un verdadero trabajador... Pero ¡chist!, ya podía enfurecerse el ogro de su patrón, él no volvería a la jaula; aquel día tenía ganas de

divertirse. Después proponía a sus compañeros ir al *Petit bonhomme qui tousse*, otra taberna de la barrera de Saint-Denis, en donde se bebía *chien* (aguardiente de ínfima calidad) del más puro.

—¡Vaya!, aquí se respira —dijo Gervasia en la acera—. Conque adiós, y gracias, señor Coupeau... Estoy de prisa.

Iba a seguir por el bulevar; pero él le había tomado de la mano y no la soltaba, repitiendo:

—Dé usted la vuelta conmigo, pasemos por la calle de la Goutte-d'Or que no está muy lejos de su destino... Yo tengo que ir a casa de mí hermana antes de volver al taller... Nos acompañaremos uno al otro.

Gervasia terminó por aceptar y subieron lentamente por la calle de los Poissonniers, uno al lado del otro y sin darse el brazo. Coupeau le hablaba de su familia: la madre, mamá Coupeau, antigua chalequera, trabajaba como sirvienta en las horas que tenía libres, a causa de su mala vista, que ya no le ayudaba en la costura. El 3 del mes pasado había cumplido 62 años. Él era el menor; una de sus hermanas, la señora Lerat, viuda de treinta y seis años, era florista y vivía en la calle de los Frailes, en las Batignolles, La otra, de treinta años, se había casado con un fabricante de cadenas, el taimado Lorilleux. Se dirigían a casa de este último, en la calle de la Goutte-d'Or. Vivía en la casa grande de la izquierda. Por las noches él comía su cocido en casa de los Lorilleux, lo cual constituía una economía para los tres. Ahora pasaba por su casa para advertirles que no lo esperasen, porque estaba invitado por un amigo.

Gervasia, atenta, le cortó de repente la palabra para preguntarle, sonriendo:

—¿Pero usted no se llama Cadet-Cassis, señor Coupeau?

—Sí —respondió él—, es un apodo que me dan los compañeros, porque generalmente no tomo más que grosella (cassis) cuando, casi a la fuerza, me llevan a la taberna... es mejor llamarse Cadet-Cassis que Mes-Bottes, ¿no es cierto?

—Seguramente, Cadet-Cassis no es feo —aseguró la joven.

Y comenzó a hacerle preguntas sobre su ocupación. Siempre trabajaba allí, en el nuevo hospital, detrás de la muralla del resguardo. ¡Oh!, el trabajo no falta y no lo dejaría ciertamente en todo el año. Había metros y metros de aleros con goteras.

—Ha de saber usted —dijo él—, que cuando estoy allí arriba, veo el hotel *Boncœur*... Ayer estaba usted en la ventana y le hice señas de adiós con las manos; pero no se dio cuenta.

Mientras conversaban así, habían avanzado como un centenar de pasos en la calle de la Goutte-d'Or, cuando Coupeau se detuvo y, levantando los ojos, dijo:

—Ésta es la casa... Yo nací más lejos, en el número 22... Pero, mirándolo bien, esta casa forma un buen conjunto de mampostería. Por dentro es tan grande como un cuartel.

Gervasia levantó la cara y examinó la fachada. El edificio se componía de cinco pisos que daban a la calle, cada uno de los cuales presentaba una hilera de quince

ventanas, cuyas persianas negras, de listones rotos, daban un aspecto ruinoso a ese frente del edificio. La planta baja se hallaba ocupada por cuatro tiendas: a la derecha de la puerta, un amplio bodegón grasiento; a la izquierda, una carbonería, una mercería y una tienda de paraguas. La casa parecía tanto más colosal cuanto que se elevaba entre dos pequeñas y pobres construcciones bajas, pegadas a ella, y semejaba una mole cuadrada de argamasa toscamente amasada, que se pudría y desmenuzaba con la lluvia, perfilándose sobre el cielo claro, por encima de los techos vecinos, su enorme cubo tosco, sus costados sin blanquear, su interminable desnudez de muros de prisión, cuyas hileras de sillares salientes parecían mandíbulas decrepitas, bostezando en el vacío. Pero Gervasia miraba sobre todo la puerta, un inmenso portón redondo que llegaba hasta el segundo piso y que daba paso a un largo zaguán, al extremo del cual veíase la claridad grisácea de un gran patio. Por el centro de este zaguán, empedrado como la calle, corría una acequia arrastrando agua de color rosa pálido.

—Entre usted —dijo Coupeau—. Nadie la comerá.

Gervasia quiso esperarlo en la calle. Sin embargo no pudo menos que internarse en el zaguán hasta el cuchitril del portero, que estaba a la derecha. Y una vez en el umbral, levantó de nuevo los ojos. En el interior las fachadas tenían seis pisos y constituían cuatro frentes regulares que encerraban el vasto cuadrado del patio. Las paredes grises, carcomidas por una lepra amarilla, rezumaban un líquido baboso, debido al gotear de los tejados, que se levantaban, desde el suelo hasta los aleros, completamente lisos, y sin una moldura; sólo los caños del desagüe se acodaban a los pisos, ostentando por sus abiertas bocas las manchas de su herrumbre. Las ventanas sin persianas mostraban sus vidrios desnudos, de un color verduzco, como de agua turbia. Las que estaban abiertas dejaban ver colchones a cuadros azules que, colgados, se ventilaban. Delante de otras, lucíanse piezas de ropa blanca, que se secaban sobre cuerdas tensas; era, seguramente, todo el lavado de una familia: camisas del marido, chambras de la mujer, calzoncillos de los chicos. En el tercer piso había una que ostentaba un pañal de criatura, en el que se veía un trozo de inmundicia adherido. De arriba abajo, los minúsculos cuartos irrumpían hacia afuera dejando ver por todos los resquicios, señales de la miseria que allí había. En la planta baja, y para el servicio de cada fachada, había una puerta alta y estrecha, sin ensambladura, abierta en la lisa pared por la que se veía un vestíbulo agrietado, en cuyo fondo se enroscaban los peldaños angostos de una escalera con pasamanos de hierro, pudiéndose contar hasta cuatro escaleras como la anteriormente descrita y señaladas por las cuatro primeras letras del alfabeto, pintadas en la pared. En los bajos había inmensos talleres cerrados por enormes vidrieras ennegrecidas por el polvo. Allí echaba chispas la fragua de un cerrajero; más lejos se oía el cepillar de un carpintero, mientras que, cerca de la portería, un taller de tintorería dejaba escapar a grandes borbotones aquel arroyuelo rosa pálido que corría por el zaguán. Sucio por los charcos de agua teñida, por las virutas, por los residuos de carbón, por la hierba que crecía en sus bordes y entre las piedras del piso, inundaba el patio una cruda

claridad, como cortándolo en dos por la línea en que el sol se detenía. Del lado de la sombra, en torno a la fuente, cuya canilla mantenía una humedad constante, tres gallinas picoteaban el suelo, buscando gusanos con sus patas enlodadas. Y Gervasia paseaba lentamente su mirada desde el sexto piso hasta el pavimento, volviéndola a levantar, sorprendida de aquella enormidad y sintiéndose en medio de un organismo viviente, en el propio corazón de una ciudad, como si ante ella se irguiese una persona gigantesca.

—¿La señora pregunta por alguien? —inquirió intrigado el portero, apareciendo en la puerta de su garita.

La joven respondió que esperaba a una persona. Luego se dirigió a la calle, mas como Coupeau tardaba, volvió a entrar, mirando todavía con curiosidad. No le parecía fea la casa. Por entre los harapos colgados en las ventanas, reían jirones de alegría; en un tiesto florecía un alhelí, más allá, una jaula de canarios, de la que descendía, constante, un gorjeo; después, espejos en los que se miraban para afeitarse, los cuales proyectaban al fondo de la sombra reflejos de estrellas redondas. En la planta baja cantaba un carpintero, acompañado por los silbidos isócronos de su garlopa; mientras que en el taller de cerrajería, una algazara de martillos, golpeando cadenciosamente, producían un agudo repiqueteo argentino. En casi todas las ventanas abiertas, sobre el fondo de la miseria entrevista, aparecían las cabezas de muchachos, sucios y alegres, y veíanse mujeres que cosían inclinadas sobre sus labores, con los rostros tranquilos. Aquello era la reanudación de la tarea después del almuerzo; las habitaciones de los hombres que trabajaban afuera estaban vacías; la casa volvía a esa gran paz, interrumpida solamente por el ruido de los diferentes oficios y el compás de un estribillo, siempre el mismo, repetido durante horas.

Sólo el patio le parecía un poco húmedo a Gervasia. De vivir allí, hubiera querido un cuartito al fondo, del lado del sol. Habiendo caminado unos cinco o seis pasos, respiraba aquel olor desabrido de las casas pobres, un olor de polvo antiguo, de suciedad rancia; pero como sobre todo percibíase el acre olor de la tintorería, llegó a la conclusión de que aquello era mucho más soportable que el ambiente respirado en el Hotel Boncœur. Y hasta llegó a escoger su ventana, una que se hallaba situada en el rinconcito de la izquierda, donde se veía un cajoncito sembrado con judías verdes, cuyos débiles tallos comenzaban a enroscarse alrededor de una red de bramantes.

—Le hice esperar demasiado, ¿no es cierto? —dijo Coupeau, a quien de súbito sintió ella a su lado—. Es una verdadera historia cuando no como con ellos, tanto más cuanto que hoy mi hermana ha comprado ternera.

Y como Gervasia había hecho un leve movimiento de sorpresa, él, a su vez, siguió la dirección de sus miradas.

—Observaba usted la casa, ¿verdad? Siempre está alquilada de arriba a abajo. Me parece que hay trescientos inquilinos. Por lo que a mí toca, si hubiera contado con muebles, habría echado el ojo a algún cuartito... Aquí se estaría a gusto, ¿no le parece?

—Sí; se estaría bien —murmuró Gervasia—. Nuestra calle, en Plassans, no era tan poblada como esto... Mire, ¡qué linda es aquella ventana, en el quinto piso, con esas judías!

Entonces él, con su testarudez, volvió a preguntarle si aceptaba aquello. Cuando tuvieran una sola cama alquilarían una pieza allí. Pero Gervasia se evadía, introduciéndose en el zaguán y rogándole que no volviera a sus tonterías. Podía hundirse la casa antes de que se acostara con él bajo las mismas colchas. Sin embargo, Coupeau, al dejarla delante del taller de la señora Fauconnier, estrechó un instante en la suya la mano que ella le abandonaba muy amistosamente.

Durante un mes continuaron las buenas relaciones entre la joven y el obrero. Él comprobaba la laboriosidad de Gervasia, al verla matarse en el trabajo, cuidar a los niños y todavía darse maña para coser en la noche toda clase de trapos. Había mujeres nada limpias, callejeras y glotonas, pero ¡por Cristo! no se les parecía en absoluto; ella tomaba la vida demasiado en serio. Entonces Gervasia reía y defendíase con modestia. Para ella era una gran desgracia no haber sido siempre tan juiciosa. Y hacía alusión a sus primeras relaciones amorosas, cuando tenía catorce años; recordaba los litros de anisete, bebidos en compañía de su madre en tiempos pasados. Con la experiencia se había corregido un poco; eso era todo. Quién la creyera de una gran voluntad estaba equivocado; al contrario, era muy débil, se dejaba llevar a cualquier parte por temor de causar un pesar. Su sueño era vivir con personas honestas, porque la gente mala, según ella, era como un golpe de maza, que así como aplasta un cráneo en un santiamén, del mismo modo aplasta una mujer. A veces sentía que le temblaba el cuerpo, pensando en el porvenir, y se comparaba a una moneda echada al aire que cae cara o cruz, según las desigualdades del empedrado. Todo lo que ya había visto, y los malos ejemplos que desde niña tuviera ante sus ojos, fueron una dura lección.

Pero Coupeau le hacía bromas sobre sus negras ideas, le infundía valor y trataba de pellizcarle las caderas; entonces Gervasia lo rechazaba, dándole golpes en las manos, mientras que él chillaba, riéndose de que, a pesar de tratarse de una mujer débil, no era tan sencillo un ataque. Por lo que a sí mismo concernía, el porvenir no le preocupaba gran cosa. Los días sucedían a los días, ¡pardiez!

No le faltaría nunca un rincón donde dormir ni un pedazo de pan para comer. El barrio le parecía decente, salvo una regular cantidad de borrachines, de los que irían desembarazándose. Él no era mala persona; en ocasiones sabía hablar con sensatez; tenía, asimismo, un poquitín de coquetería, peinábase con una primorosa raya hacia un lado y le gustaban las lindas corbatas y los zapatos charolados para los domingos. A esto uníase una destreza y descaro sin iguales, una tunantería burlona y osada de obrero parisiense, que hacía aun más encantadores sus labios juveniles.

Habían terminado ambos por prestarse multitud de servicios en el Hotel Boncœur. Coupeau iba en busca de su leche, encargábase de sus comisiones, le llevaba los líos de ropa; luego, por las tardes, como llegara primero del trabajo, paseaba a los niños

por el bulevar próximo. Gervasia devolvíale sus atenciones subiendo al cuartucho que Coupeau ocupaba en la buhardilla, para reparar sus vestidos, pegar botones y remendar. Se estableció una gran familiaridad entre ellos. Gervasia no se aburría cuando él la acompañaba, y divertíase con las coplas que le cantaba, aprendidas en su continuo caminar por los arrabales de París; y para ella tan nuevas todavía. Con este roce constante, él se iba enamorando cada vez más. ¡Estaba atrapado, y de veras!

Aquello terminó por convertírsele en una verdadera tortura. Reía siempre, pero sentía tal angustia y el corazón tan oprimido, que no experimentaba ya su alegría de antes. Las bromas continuaban y no podía encontrarla sin preguntarle, ¿y para cuándo? Gervasia comprendía lo que con eso quería decirle, y le contestaba que para la «semana de los cuatro jueves». Entonces se impacientaba y se dirigía hacia su habitación, con las pantuflas en la mano, como para mudarse de casa; ella bromeaba y pasaba muy bien el tiempo, sin ruborizarse por las continuas alusiones picarescas y licenciosas, a las que la había acostumbrado. Con tal de que él no fuera brutal, lo toleraba todo. Solamente se enojó un día en que quiso darle un beso a la fuerza, y le arrancó unos cabellos.

Hacia los últimos días de junio, Coupeau perdió su alegría. Estaba completamente cambiado. Gervasia, inquieta por ciertas miradas que le dirigía, formaba por las noches barricadas con los muebles detrás de su puerta. Luego, después de un enojo que había durado desde el domingo hasta el martes, sin hablarse ni una palabra, en la noche de este último día vino a tocarle la puerta a eso de las once. Gervasia no quería abrirle, pero el mozo tenía la voz tan dulce y temblorosa que acabó por retirar la cómoda arrimada contra la puerta. Al entrar, ella lo creyó enfermo, tan pálido le pareció; tenía los ojos enrojecidos y el rostro marmóreo. Se quedó de pie tartamudeando y moviendo la cabeza. No, no; no estaba enfermo. Había llorado en su cuarto, arriba, desde hacía dos horas, y lo había hecho como un niño, mordiendo su almohada para no ser oído por los vecinos. Había pasado tres noches sin pegar los ojos. Aquello no podía continuar así.

—Escuche usted, señora Gervasia —dijo, con la garganta oprimida, hasta el extremo de que se le volvieron a saltar las lágrimas—. Es preciso terminar con esto, ¿no le parece? Vamos a unirnos en matrimonio. Yo lo quiero, estoy decidido.

Gervasia manifestó una gran sorpresa. Estaba muy seria.

—¡Oh!, señor Coupeau —murmuró—. ¿Qué es lo que va usted a conseguir con ello? Yo no le he pedido semejante cosa; usted lo sabe muy bien... Aquello no me convenía; eso es todo... ¡Oh!, no, no; es demasiado lo que quiere ahora, reflexiónelo bien, se lo suplico.

Pero Coupeau continuaba moviendo la cabeza con un aire de resolución inquebrantable. Todo lo tenía pensado. Había bajado, porque le era necesario pasar una buena noche. No permitiría Gervasia que subiera a llorar de nuevo. Cuando ella dijera que sí, no la atormentaría más, podría acostarse tranquilo. Simplemente quería oírla dar el sí. Ya hablarían a la mañana siguiente.

—Puede usted estar seguro de que no le diré sí tan fácilmente —respondió Gervasia—. No estoy dispuesta a que después me acuse de haberlo obligado a cometer una tontería. Ya ve, señor Coupeau, que es inútil que se obstine. Usted mismo ignora lo que siente por mí. Si no me volviera a ver durante ocho días, esto terminaría, se lo apuesto. Los hombres casi siempre se casan por una noche, la primera, y luego las noches se suceden, los días se hacen interminables y se aburren de lo lindo... Siéntese ahí, quiero hablarle bien claro ahora mismo.

Entonces, en la habitación negra ya la claridad nebulosa de una vela que se olvidaban de despabilar, discutieron casi hasta la una de la mañana sobre su casamiento, bajando la voz para no despertar a los niños, que dormían respirando suavemente con la cabeza en la misma almohada. Y Gervasia a cada momento volvía la cabeza hacia ellos, mostrándoselos a Coupeau: eran una linda dote que ella aportaría; no le era posible, en verdad, estorbarlo con los dos chiquillos. Luego, sentía también vergüenza por él... ¿Qué dirían en el barrio? La habían conocido con su amante, sabían su historia. No era muy propio que los vieran casarse al cabo de dos meses escasos de su abandono. A todas estas razones, Coupeau respondía encogiéndose de hombros. Le importaba un bledo todo el barrio. Él no metía su nariz en los asuntos de los demás; desde luego, habría tenido buen temor de sacarla sucia. Y, ¡bueno!, ella había sido antes de Lantier, y ¿qué tenía esto de malo? No hacía mala vida, no llevaba hombres a su casa, como lo hacían tantas mujeres, incluso las más ricas. Cuando los niños crecieran, se les educaría, ¡pardiez! Nunca encontraría una mujer tan animosa, tan buena, tan llena de todas las cualidades. Además, no sólo era eso. Ella habría podido rodar por las aceras, ser fea, holgazana, repugnante, tener una pandilla de chiquillos sucios, nada le hubiera importado, él la quería.

—Sí, yo la quiero —repetía, golpeando el puño sobre su rodilla, en un movimiento continuo—. ¿Lo oye usted? Yo la quiero. Contra eso, no hay nada que decir, me parece.

Gervasia se enternecía poco a poco. En medio de aquel deseo brutal en que se sentía envuelta, cierta laxitud invadía su corazón y sus sentidos. Con las manos caídas sobre la falda, la faz inundada de dulzura, no arriesgaba ya sino objeciones tímidas. Desde fuera, por la ventana entreabierta, la bella noche de junio enviaba sus soplos ardientes, que agitaban la vela, cuya mecha torcida y rojiza se carbonizaba. En medio del gran silencio del barrio dormido se oían solamente los sollozos pueriles de un borracho echado de espaldas en mitad del bulevar; mientras que muy lejos, allá en el fondo de algún restaurante, un violín ejecutaba un rigodón procaz en alguna boda nocherniega, con una musiquilla ligera, cristalina, limpia y desleída como una frase de armónica. Coupeau, viendo que la joven no encontraba más argumentos y había quedado silenciosa, con una vaga sonrisa, se apoderó de sus manos y la atrajo hacia sí. Ella estaba en una de esas horas de abandono de las que desconfiaba tanto, vencida, demasiado emocionada para rehusar nada ni causar ningún dolor. Pero el plomero no se dio cuenta de que se entregaba y se contentó con apretarle las muñecas

hasta triturárselas, para tomar posesión de ella, y ante este ligero dolor, los dos lanzaron un suspiro, con el cual se satisfacía un tanto su ternura.

—¿Dice usted que sí, no es cierto? —preguntó él.

—¡Cómo me atormenta usted! —murmuró Gervasia—. Ya que usted lo quiere, digo que sí... ¡Dios mío, si haremos una gran locura!

Coupeau se puso de pie, la abrazó por el talle y le dio un fuerte beso en la cara, al azar. Luego, como esta caricia hiciera mucho ruido, fue el primero en inquietarse, y miró a Claudio y Esteban: caminó despacito y dijo en voz baja:

—¡Chist! Seamos prudentes; no hay que despertar a los retoños... Hasta mañana.

Y subió a su habitación. Gervasia, temblorosa, se quedó cerca de una hora sentada al borde de la cama, sin pensar en desnudarse. Estaba conmovida y encontraba a Coupeau muy honrado, pues un momento antes había estado segura de que aquello terminaría, que la iba a poseer. Abajo, el borracho, al pie de la ventana, dejaba escapar un gemido ronco de bestia extraviada. A lo lejos, el violín de la ronda procaz habíase callado.

En los días siguientes, Coupeau quiso decidir a Gervasia para que fuese un día a casa de su hermana, a la calle de la Goutte-d'Or. Pero la joven, muy tímida, no mostraba el menor deseo de hacer esa visita a los Lorilleux. Se daba cuenta perfecta de que el plomero sentía cierto temor, que no se atrevía a confesar, por ese matrimonio. Sin duda no dependía de la hermana, que ni siquiera era la mayor. Mamá Coupeau daría su consentimiento con mil amores porque nunca contrariaba a sus hijos. Solamente que en la familia, los Lorilleux pasaban por ganar hasta diez francos diarios, y esto les daba una verdadera autoridad. Coupeau no se hubiera atrevido a casarse sin haber aceptado ellos antes a su mujer.

—Ya les he hablado de usted y están al tanto de nuestros proyectos —explicaba Coupeau a Gervasia—. ¡Dios mío! ¡Qué niña es usted! Venga esta tarde... Queda convenido, ¿no es cierto? Encontrará a mi hermana un poco dura, y Lorilleux tampoco es muy amable siempre. En el fondo, están muy molestos, porque si yo me caso no seguiré comiendo en su casa, y eso les significará una economía menos. Pero esto no es nada, no la van a echar a la calle... Hágalo por mí, que es absolutamente necesario.

Estas palabras aterrizaron a Gervasia cada vez más. Hasta que, por fin, un sábado por la noche cedió. Coupeau fue a buscarla a las ocho y media. Ella llevaba un traje negro, un chal de muselina estampada con palmas y un gorrito blanco adornado con una fina puntilla. Desde hacía seis semanas que trabajaba, había economizado los siete francos para el chal y los dos cincuenta para el gorrito; el vestido era uno viejo, limpiado y reformado.

—La esperan —díjole Coupeau mientras daban la vuelta a la plaza Poissonniers—. ¡Oh! ya comienzan a acostumbrarse a la idea de verme casado. Esta noche tienen un aspecto bastante agradable... Además, si no ha visto usted nunca hacer cadenas de

oro, esta noche tendrá ese entretenimiento. Precisamente les han hecho un pedido urgente para el lunes.

—¿El oro está en su casa? —preguntó Gervasia.

—Ya lo creo, lo hay en las paredes, en el suelo y por todas partes.

Entretanto, habían llegado a la puerta redonda y atravesado el patio. Los Lorilleux habitaban, en el piso sexto, escalera B. Coupeau, riéndose, le recomendó que se sujetara con fuerza del pasamanos y que no lo soltase. Ella levantó la vista y parpadeó al contemplar la alta torre hueca de la gavia de la escalera, iluminada cada dos pisos por tres mecheros de gas; el último, colocado en la parte más alta, parecía una estrella titilante en un cielo negro, en tanto que los otros dos despedían resplandores difusos, extrañamente recortados a lo largo de la espiral interminable de los peldaños.

—¡Ajá! —dijo el plomero al llegar al rellano del primer piso—; aquí huele de lo lindo a sopa de cebolla. No cabe duda que han comido sopa de cebolla.

En efecto, la escalera B, oscura y sucia, el pasamanos, los peldaños grasientos y las paredes arañadas, mostrando el yeso, aun estaban llenas de un penetrante olor a cocina. En cada rellano extendíanse corredores en los que vibraba la algazara, abríanse las puertas pintadas de amarillo y ennegrecidas cerca de la cerradura por la grasa de las manos, y al ras de la ventana la cañería emanaba una humedad fétida, cuyo hedor se mezclaba al penetrante de la cebolla cocida. Desde los bajos hasta el sexto piso, oíanse ruidos de vajilla, de ollas que se lavaban, de cacerolas que, para limpiarlas, se raspaban con cucharas. En el primer piso Gervasia vio por una puerta entreabierta, sobre la que se hallaba escrita en grandes letras la palabra «Dibujante», dos hombres sentados ante una mesa con el hule levantado discutiendo acaloradamente en medio del humo de sus pipas. En el segundo y el tercer pisos, más tranquilos, apenas si pudo percibir por las hendiduras el movimiento cadencioso de una cuna, el llanto ahogado de un niño y la ronca voz de una mujer, que parecía un sordo murmullo de agua corriente, y cuyas palabras no se distinguían; en un cartel clavado leyó este nombre: «Señora Gaudron, cardadora», y más lejos: «Señora Madinier, taller de cartonería». En el cuarto piso había trifulca: un ir y venir que hacía retumbar el piso, muebles volcados, y un alboroto espantoso de golpes y juramentos, lo que no impedía a los vecinos del frente jugar a las cartas, con la puerta abierta para ventilarse. Pero cuando llegaron al quinto, Gervasia no pudo menos que jadear, no tenía costumbre de subir; aquella pared que giraba siempre, aquellas habitaciones apenas entrevistas que desfilaban sin cesar, la mareaban. Una familia obstruía el rellano: el padre lavaba platos sobre una hornalla de barro, cerca de la canaleta, mientras la madre, apoyada en la baranda, limpiaba a un mocosito antes de ir a acostarlo. Entre tanto Coupeau alentaba a la joven. Ya llegaban, y cuando, finalmente, él estuvo en el sexto, se volvió con una sonrisa como para animarla. Gervasia, con la cabeza levantada, trataba de localizar un hilillo de voz claro y penetrante que, dominando los otros ruidos, estaba oyéndose desde el primer escalón.

Provenía del desván, donde una viejecilla cantaba, mientras vestía muñecas de sesenta y cinco céntimos. Gervasia pudo ver todavía, en el momento en que una muchacha entraba a una habitación vecina con un cubo en la mano, una cama deshecha donde un hombre en mangas de camisa esperaba y se revolvía con los ojos fijos en el techo; sobre la puerta, ya cerrada, una tarjeta de visita escrita a mano decía: «Señorita Clemencia, planchadora». Una vez arriba, con las piernas molidas, casi sin aliento, tuvo la curiosidad de inclinarse sobre la baranda. Ahora el mechero de la planta baja era el que parecía una estrella en el fondo del pozo angosto de los seis pisos; y los olores, la vida gigantesca y rugiente de la casa, llegaban hasta ella en un solo hálito, azotando con un sople ardiente su rostro inquieto, que se aventuraba a inclinarse como hacia el fondo de un abismo.

—No hemos llegado todavía —dijo Coupeau—. ¡Oh, es un verdadero viaje!

Había tomado a la izquierda por un largo corredor. Dobló dos veces, la primera también a la izquierda, y la segunda a la derecha. El corredor se alargaba continuamente y se bifurcaba, estrechándose, agrietado, decrepito, iluminado por una mísera llama de gas; las puertas, todas iguales y en fila, como las de una prisión o un convento, continuaban mostrando, la mayoría abiertas, sus interiores de miseria y de trabajo, que la calurosa noche de junio llenaba de niebla rosa. Por fin llegaron a un extremo del corredor, totalmente oscuro.

—Ya estamos —advirtió el plomero—. ¡Atención!, arrímese a la pared: hay tres escalones.

Y Gervasia, prudentemente, dio todavía una docena de pasos en la oscuridad. Tropezó y contó los tres escalones. Coupeau, ya en el fondo del corredor, acababa de empujar una puerta, sin anunciarse. Una viva claridad se extendió en el pavimento. Entraron.

Era una pieza estrecha, especie de intestino, que parecía la misma prolongación del corredor. Una cortina de lana desteñida, y plegada en ese momento por un bramante, cortaba el intestino en dos. El primer compartimento contenía una cama, colocada bajo un ángulo del techo abuhardillado; una sartén, que se conservaba todavía caliente, desde la comida; dos sillas, una mesa y un armario, al que hubo necesidad de aserrarle la cornisa para que pudiera estar entre la cama y la puerta. En el segundo compartimento se hallaba instalado el taller; en el fondo, una reducida fragua: a la derecha, un torno empotrado en la pared debajo de un aparador, en el cual se veían hierros viejos; a la izquierda, al lado de la ventana, un tablero muy pequeño atestado de pinzas, de tijeritas, de sierras microscópicas, todo grasiento y muy sucio.

—Somos nosotros —dijo Coupeau, adelantándose hasta la cortina de lana.

Pero no obtuvo de inmediato una respuesta. Gervasia, muy emocionada, conmovida sobre todo ante la idea de que iba a entrar en un hogar lleno de oro, se mantenía detrás del obrero, balbuceante, arriesgando inclinaciones de cabeza para saludar. Una viva claridad, una lámpara ardiendo sobre el tablero, y abundante cantidad de carbón llameando en la fragua, acrecentaban aún más su turbación. No

obstante, alcanzó a ver a la señora Lorilleux, pequeñita, roja, muy fuerte, tirando con toda la energía de sus brazos cortos, y con ayuda de una enorme tenaza, de un hilo de metal negro que pasaba por los agujeros de una hilera sujeta en el torno. Ante el tablero, Lorilleux, también de baja estatura, pero de hombros más cenceños, trabajaba con sus pinzas, desplegando la vivacidad de un mono en una cosa tan menuda que se perdía entre sus nudosos dedos. Fue el marido quien levantó primero la cabeza, de escasos cabellos, y mostró su cara pálida y amarillenta, alargada y enfermiza, como de cera vieja.

—¡Oh, son ustedes; bien, bien! —murmuró—. Estamos apurados, saben ustedes... No entren en el taller. Quédense en el dormitorio.

Y volvió a su fino trabajo, con la cara iluminada de nuevo por el reflejo verdoso de un globo de agua, a través del cual la lámpara proyectaba un círculo de viva luz sobre su tarea.

—Toma las sillas —exclamó a su vez la señora Lorilleux—. Ésta es la señora, ¿verdad? ¡Muy bien, muy bien!

Había enrollado el hilo; lo llevó a la fragua, y allí, activando el fuego con un enorme abanico de madera, lo puso a recocer antes de pasarlo por los últimos huecos de la hilera.

Coupeau adelantó las sillas e hizo sentar a Gervasia al lado de la cortina. La pieza era tan estrecha que no pudo colocarse junto a ella. Se sentó detrás, inclinándose, para darle al oído explicaciones sobre el trabajo. La joven, turbada por la extraña acogida de los Lorilleux e incomodada por sus miradas oblicuas, tenía un silbido en los oídos que no la dejaba escuchar. Encontraba que la mujer era muy vieja para sus treinta años y que tenía un aspecto arisco y desaseado, con sus cabellos de cola de vaca, que le caían en desorden sobre su blusa entreabierta. El marido, que sólo le llevaba un año, parecióle un anciano: tenía labios delgados y malévolos, estaba en mangas de camisa y con los pies desnudos metidos en pantuflas sin tacones. Lo que más la afligía era lo reducido del taller, las paredes tiznadas, la herrumbre de los instrumentos, toda la negra inmundicia amontonada como en un baratillo de mercader de clavos viejos.

Hacía un calor espantoso. Gotas de sudor rodaban por la cara verdosa de Lorilleux, mientras que su señora decidió quitarse la blusa, quedando con los brazos desnudos y la camisa pegada a sus senos caídos.

—¿Y el oro? —preguntó Gervasia a media voz.

Sus miradas inquietas recorrían la habitación, buscando en medio de toda aquella porquería el resplandor que había soñado.

Pero Coupeau se echó a reír:

—¿El oro? —dijo—. ¡Véalo usted a sus pies, aquí, allí y más allá!

Y, acompañando a sus palabras, indicó el hilo que trabajaba su hermana, y otro rollo de hilo, semejante a alambre, que colgaba de la pared, cerca del torno; luego, agachándose, concluyó por recoger del suelo, bajo la estera que cubría el piso del

taller, un residuo o brizna comparable a la punta oxidada de una aguja. Gervasia se sintió defraudada. Era imposible, ¡ese metal negruzco y feo como el hierro no era oro! Para convencerla, Coupeau tuvo que morder la partícula y enseñarle la huella brillante que habían dejado sus dientes. Y le daba nuevas explicaciones: los patrones, suministraban hilillos de oro en aleación. Los obreros pasábanlo primero por la hilera para obtener el grosor deseado, debiendo hacerlo recocer cinco o seis veces durante la operación, para evitar que se quebrara. ¡Oh, hacían falta buenos puños, y estar acostumbrado! Su hermana no toleraba al marido que tocara las hileras, porque tosía. La señora Lorilleux tenía buenos brazos, y él la había visto obtener oro tan fino como un cabello.

En esto, Lorilleux, acometido por un acceso de tos, se doblaba sobre su taburete. En medio de su acceso habló, diciendo con voz sofocada, siempre sin mirar a Gervasia, como si hubiera querido aclarar la cuestión sólo para sí:

—Pero yo hago la columna.

Coupeau obligó a Gervasia a levantarse. No había inconveniente en que se aproximase a mirar. El cadenista consintió con un gruñido. Envolvía el hilo preparado por su mujer alrededor de un mandril, baqueta de acero sumamente delgada. Luego, dio una leve aserrada, cortando el hilo a todo lo largo del mandril, de modo que cada vuelta formaba un eslabón. En seguida, soltó; los eslabones estaban colocados sobre un gran pedazo de carbón vegetal; humedecíalos con una gota de bórax, tomada del fondo de un vaso roto, que estaba a su lado, y rápidamente los enrojecía en la lámpara, a la llama horizontal del soplete. Después, cuando tuvo un centenar de eslabones, volvió de nuevo a su minuciosa tarea, apoyado en el borde de la clavija, compuesta por un retazo de madera que el roce de sus manos había pulido. Plegaba un eslabón con la pinza, lo ajustaba de un lado e introducía en el eslabón superior; ya en su sitio, lo volvía a abrir con la ayuda de un punzón; todo este trabajo lo ejecutaba con una regularidad constante; los eslabones sucedían a los eslabones tan rápidamente que la cadena se alargaba poco a poco ante los propios ojos de Gervasia, sin permitirle seguir todos los movimientos ni comprender su ejecución.

—Es la columna —dijo Coupeau—; hay también la «cadeneta», la «barbada», el «presidiario», la «cuerda». Pero ésta es la columna. Lorilleux no hace otra cosa.

El cadenista dio muestra de satisfacción, y mientras continuaba engarzando los eslabones invisibles entre sus negros dedos, dijo:

—¡Fíjate, Cadet-Cassis!... He hecho un cálculo esta mañana. Comencé a los doce años, ¿verdad? Y, ¡bueno! ¿Te figuras cuál es la extensión de columna que he debido fabricar desde entonces hasta ahora?

Y levantó su cara pálida, guiñando sus párpados enrojecidos.

—Ocho mil metros, ¿te das cuenta? ¡Casi dos leguas!... ¡Fíjate! ¡Una tira de columna de dos leguas! Habría para apretar el pescuezo a todas las mujercillas del barrio... Y, como ves, la tira continúa alargándose. Espero llegar de sobra de París a Versalles.

Gervasia había vuelto a sentarse, desilusionada, encontrándolo todo muy feo. Sonrió para agradar a Lorilleux. Lo que más le incomodaba era el silencio completo sobre su matrimonio, aquel asunto tan importante para ella, sin el cual nunca hubiera ido allí. Los Lorilleux continuaban tratándola como a una curiosa importuna llevada por Coupeau. Por fin se entabló una conversación que giró únicamente sobre los inquilinos de la casa.

La señora Lorilleux preguntó a su hermano si al subir no había oído «sonarse» a las gentes del cuarto piso. Aquellos Bénard se daban duro todos los días; el marido volvía borracho como un cerdo, la mujer también se divertía por su lado y gritaba cosas muy sucias. Luego se habló sobre el dibujante del primero, aquel desvergonzado de Baudequin, hombre presumido y acribillado a deudas, que pasaba el tiempo fumando y ganduleando con sus compinches. El taller de cartonería del señor Madinier se sostenía apenas en una pata; la víspera había despedido a dos obreros; no tendría nada de extraño que pronto se hundiera por completo, porque todo se lo comía, y sus hijos andaban con el trasero al aire. La señora Gaudron cardaba de modo muy extraño sus colchones; estaba embarazada otra vez, lo que, a su edad, al fin y al cabo, no era muy decente. El propietario acababa de despedir del quinto a los Coquet, que debían tres trimestres y además se encaprichaban en encender el hornillo en el descanso, y eso que el sábado anterior la señorita Remanjou, la vieja del sexto, al ir a entregar sus muñecas, había llegado a tiempo para impedir que el niño de los Linguerlot se abrasara todo el cuerpo. En cuanto a la señorita Clemencia, la planchadora, hacía lo que se le antojaba, pero nada podía decirse en su contra; adoraba a los animales y poseía un corazón de oro. ¡Ah! ¡Era una lástima que una muchacha tan simpática tuviera que ver con cuanto hombre había! No sería difícil encontrársela cualquier noche por una de esas calles.

—¡Toma, aquí tienes una! —dijo Lorilleux a su mujer entregándole la tira de cadena en que trabajaba desde la hora del almuerzo—. Puedes enderezarla.

Y añadió, con la insistencia de un hombre que no deja pasar fácilmente un chiste:

—¡Cuatro pies y medio más!... Esto me aproxima a Versalles.

Entretanto, la señora Lorilleux enderezaba la columna después de haberla hecho cocer otra vez, pasándola por la hilera de ajuste. En seguida la introdujo en una cacerolita de cobre de mango largo, llena de agua renovada y la limpió, poniéndola al fuego de la fragua. Otra vez, estimulada por Coupeau, Gervasia debió seguir esta última operación. Cuando la cadena quedó limpia, tomó un color rojo oscuro. Estaba terminada y lista para su entrega.

—Se entrega en blanco —explicaba el plomero—. Son las pulidoras quienes las frotan con un paño.

Pero Gervasia sentía que la entereza la abandonaba poco a poco. La sofocaba el calor cada vez más fuerte. La puerta permanecía cerrada, porque la corriente más insignificante resfriaba a Lorilleux. Y viendo que hasta ese momento no se hacía la menor alusión a su matrimonio, juzgó que debía marcharse, y tiró suavemente del

traje a Coupeau. Éste comprendió; comenzaba a sentirse igualmente molesto y, además, humillado por este silencio hiriente.

—Bueno, nos vamos —dijo—. Les dejaremos trabajar.

Y, vacilando un instante, se detuvo en espera de una palabra, de una alusión cualquiera. Finalmente se decidió a ser él quien primero hablara:

—Lorilleux, no olvide que contamos con usted para que sirva de testigo a mi mujer.

El cadenista levantó la cabeza, manifestándose sorprendido, y rió socarronamente; mientras que su mujer, dejando las hileras, se plantó en medio del taller:

—¿Con que la cosa va en serio? —murmuró Lorilleux—. Con este Cadet-Cassis, uno no sabe nunca si habla en broma o en serio.

—¡Ah, sí!, ¿esta señora es la persona? —dijo a su vez la mujer, mirando de hito en hito a Gervasia—. ¡Dios mío! Por nuestra parte no tenemos ningún consejo que darles... Sea como sea, la idea de casarse no deja de ser una chuscada. Pero, si al uno y al otro les parece bien... Si estas cosas no resultan, no queda más recurso que echarse a sí mismos la culpa; y con mucha frecuencia no resultan, con frecuencia, con frecuencia...

Recalcó las últimas palabras, y moviendo la cabeza, examinaba a la joven deteniendo la mirada, primero en la cara y luego en las manos y en los pies, como queriendo desnudarla, para verle hasta los poros de la piel. Debió encontrarla mucho mejor de lo que hubiera querido.

—Mi hermano es completamente libre —continuó en tono más afectado—. Indudablemente, la familia habría deseado, quizás...; siempre se hace una proyectos. Pero las cosas ocurren en forma tan rara... Soy la primera que no quiero disputas. Podría habernos traído la última de las últimas, y yo le hubiera dicho: «Cásate con ella si te viene en gana y déjame en paz». Me parece que aquí no lo tratábamos mal. Está bastante gordito, se advierte a la legua que no ayuna mucho. Y siempre tiene su sopa caliente en el instante preciso... Di, Lorilleux, ¿no encuentras que la señora se parece a Teresa, sabes a quien me refiero, esa mujer del frente que murió tuberculosa?

—Sí, se parece algo —respondió el cadenista.

—¿Y es verdad que usted tiene dos hijos, señora? Sobre esto no he podido contenerme y he dicho a mi hermano: «No comprendo cómo puedes casarte con una mujer que tiene dos hijos...». Y no hay por qué enojarse si defiende sus intereses; es muy natural... Y no tiene usted aspecto de ser fuerte. ¿No te parece Lorilleux que la señora no es muy fuerte?

—No, no; no parece fuerte.

No hablaron de su pierna, pero Gervasia advirtió que se miraban de soslayo y se mordían los labios, y comprendió a qué aludían. Permaneció ante ellos encogida bajo

su chal de palmas amarillas, respondiendo con monosílabos, como si se hallara ante sus jueces. Coupeau, viéndola sufrir, terminó por exclamar:

—No sé a qué viene todo esto... Lo que acaban ustedes de decir y nada es la misma cosa. La boda se llevará a cabo el sábado veintinueve de julio. He consultado el almanaque. ¿Convenido? ¿Les parece bien?

—¡Oh! de todos modos nos parecería bien —dijo su hermana—. No tenías necesidad de consultarnos... Yo no impediré que Lorilleux sea testigo. Quiero que haya paz.

Gervasia, con la cabeza inclinada y no sabiendo qué hacer, había introducido la punta del pie en un hueco de la estera que cubría el piso del taller; luego, temerosa de haber descompuesto alguna cosa al retirarlo, se inclinó tanteando con la mano. Lorilleux se aproximó rápidamente con la lámpara y le examinó los dedos desconfiadamente.

—Hay que estar al cuidado —dijo—; los pedacitos de oro pueden pegarse en la suela de los zapatos, y uno se los lleva sin saberlo.

El asunto era muy serio. Los patronos no perdonaban que se desperdiciara ni un miligramo. Y mostró la pata de liebre con que barría las partículas de oro que quedaban en la clavija, y la piel que ponía sobre sus rodillas para recibirlas. Dos veces por semana se barría cuidadosamente el taller. Guardábase la basura para quemarla, se cernían las cenizas y lo que se encontraba entre ellas cada mes ascendía a veinticinco o treinta francos de oro.

La señora Lorilleux no apartaba la vista de los zapatos de Gervasia.

—Pero no hay por qué incomodarse —murmuró con una sonrisa amable—. La señora puede mirarse la suela.

Y Gervasia, muy colorada, se sentó y levantó los pies, para mostrar que no había nada en las suelas. Entretanto, Coupeau abrió la puerta exclamando: «Buenas noches», con acento brusco y llamándola desde el corredor. Entonces Gervasia salió, después de haber balbuceado una frase de cortesía; esperaba que volvieran a verse y que cuando se conocieran bien, se entenderían. Pero los Lorilleux ya habían puesto manos a la obra en el fondo del hueco negro que constituía su taller, donde la pequeña fragua brillaba como un último carbón que se convirtiera en cenizas por el insoportable calor de un horno. La mujer, con un extremo de la camisa caído sobre la espalda, la piel roja por el reflejo del brasero estiraba un nuevo hilo, y a cada esfuerzo se hinchaba su cuello, cuyos músculos plegábanse como cuerdas. El marido, encorvado bajo la luz verde del globo de agua, comenzaba otro pedazo de cadena, arqueaba el eslabón con la pinza, lo ajustaba de un lado, introducíalo en el eslabón superior y volvíalo a abrir con la ayuda de un punzón, sin descanso, mecánicamente, sin un solo gesto ni movimiento para enjugarse el sudor que corría por su cara.

Cuando Gervasia, después de atravesar los corredores, llegó al descansillo del sexto, no pudo menos que decir con las lágrimas en los ojos:

—Esto no anuncia mucha felicidad. —Coupeau movió furiosamente la cabeza. ¡Lorilleux le pagaría lo que había hecho aquella noche! ¡Habríase visto nunca un mezquino semejante! ¡Creer que le iban a llevar tres granos de su polvo de oro! Todas aquellas historias no eran otra cosa que avaricia pura. Seguramente su hermana se figuró que él no se casaría nunca para economizar los cuatro céntimos de su puchero.

En fin, la boda se haría el veintinueve de julio, a pesar de todo. No se reiría poco de ellos.

Pero Gervasia, mientras bajaban las escaleras, se sentía con el corazón oprimido, atormentada por un miedo tan insensato, que la vista de las sombras gigantescas de la baranda le daba inquietud. A esa hora la escalera dormía, desierta, iluminada tan sólo por el mechero de gas del segundo piso, cuya llama, reducida a su mínimo, se reflejaba en el fondo de aquel pozo de tinieblas como el suave resplandor de una lamparilla.

Detrás de las puertas cerradas no se oía sino un gran silencio, el sueño pesado de los obreros, acostados después de comer. Sin embargo, una risa apagada salía de la habitación de la planchadora mientras que un hilo de luz deslizábase por la cerradura de la señorita Remanjou, que todavía cortaba con un leve ruido de tijeras los vestidos de gasa para las muñecas de sesenta y cinco céntimos. En la planta baja un niño seguía llorando en casa de la señora Gaudron. Y los canalones despedían un hedor más fuerte en medio de la gran paz negra y muda.

Luego, ya en el patio, mientras Coupeau, con voz sonora, pedía que le abriesen la puerta, Gervasia se volvió mirando por última vez la casa. Parecía haberse agigantado bajo el cielo sin luna. Las fachadas grises, como limpias de su lepra y estucadas de sombra, se extendían, subiendo, y estaban más desnudas aún, desprovistas de los pingajos que en el día secaban al sol. Las ventanas cerradas dormían. Algunas, en diversos sitios, vivamente alumbradas, abrían los ojos, pareciendo desviar la mirada de ciertos rincones. Encima de cada vestíbulo, de abajo arriba, en hilera, los vidrios blancos de los seis descansillos de la escalera, con su pálido fulgor, formaban una estrecha torre luminosa. El resplandor de una lámpara, que bajaba desde el taller del cartonero del segundo piso, proyectaba un reguero amarillo sobre el empedrado del patio, hendiendo las tinieblas que inundaban los talleres de los bajos. Y en el húmedo rincón, al fondo de esas tinieblas, sonoras gotas de agua que violaban el silencio, caían una a una del grifo mal ajustado de la fuente. Entonces a Gervasia le pareció que la casa se le venía encima, sintiéndola sobre sus hombros, aplastante y glacial. Ésa era siempre su obsesión, una puerilidad de la que luego se reía.

—¡Tenga cuidado! —exclamó Coupeau.

Y para salir ella debió saltar por encima de un gran charco que manaba de la tintorería. Aquel día el charco era de un azul profundo de cielo estival, al que la linterna pequeña del portero encendía estrellas.

CAPÍTULO III

Gervasia no quería fiesta alguna en su boda. ¿Con qué objeto iban a malgastar el dinero? Y, además, se sentía un poco avergonzada, le parecía fuera de lugar hacer ostentación de su casamiento ante todo el barrio. Pero Coupeau no escuchaba razones; no era posible casarse como si nada ocurriera, sin alegrarse en compañía de unos cuantos amigos. Por su parte, le importaba un comino lo que pensara el barrio. ¡Oh! se trataba de una cosa muy sencilla, darían una vueltecita por la tarde mientras llegaba la hora de ir a retorcer el pescuezo a un conejo en el primer figón que les saliera al paso. Y nada de música para amenizar los postres, nada de clarinete que hiciera mover el trasero a las señoras. Cuestión de brindar por su felicidad antes de volver a dormir cada cual a su casa.

El plomero, bromeando y muy alegre, convenció a la joven, no sin haberle prometido antes que no se embriagarían. Buen cuidado tendría él de no despegar los ojos de los vasos, para evitar que alguno «se quemara». Entonces organizó un *picnic* a cinco francos por cabeza, en casa de Augusto, *Moulin-d'Argent*, bulevar de la Chapelle. Era una taberna de poca monta, donde se comía a precios módicos, con una sala de baile popular en el fondo de la trastienda, bajo las tres acacias del patio. En el primer piso estarían perfectamente bien. Durante diez días reclutó convidados en la casa de su hermana, en la calle de la Goutte-d'Or; el señor Madinier, la señorita Remanjou, la señora Gaudron y su marido. Y acabó por hacer que Gervasia aceptara a sus dos compinches Bibi-la-Grillade y Mes-Bottes: ciertamente que Mes-Bottes empinaba el codo, pero tenía un apetito tan cómico, que hacía que lo invitaran a los picnics, aunque no fuera sino por contemplar la cara que ponía el dueño al verlo devorar, porque aquello más parecía un abismo que una boca; se tragaba de una sentada doce libras de pan. La joven, por su parte, prometió llevar a su patrona, la señora Fauconnier, y a los Boche, tres personas que bien valían la pena. Haciendo la cuenta se comprobó que eran quince, y eso era bastante. Cuando se reúne demasiada gente, siempre se acaba en disputas.

A todo esto Coupeau no tenía un centavo. No pretendía darse importancia, pero quería portarse como persona decente. Pidió prestados cincuenta francos a su patrón, e inmediatamente compró la alianza, un anillo de oro de doce francos, que Lorilleux le sacó de la fábrica a precio de costo por nueve francos; mandóse hacer luego una levita, un pantalón y un chaleco en una sastrería de la calle Mirray, donde dio solamente a cuenta veinticinco francos; sus zapatos de charol y su sombrero podían todavía pasar. Cuando hubo separado los diez francos para el picnic, su cuota y la de Gervasia —los niños no pagaban—, le quedaban exactamente seis francos justos: el precio de una misa en el altar de los pobres. En realidad, él no quería a los cuervos; sólo de pensar en dar a aquellos tragones sus seis francos, sentía destrozársele el

corazón, pues no les hacían falta para tener bien fresco el gaznate. Pero un matrimonio sin misa, había que confesarlo, no era tal matrimonio. Y se dirigió él mismo a la iglesia, para regatear; durante una hora tuvo que vérselas con un sacerdote viejecillo de sotana sucia y ladrón como él solo. Sintió en el alma no poder largarle unos cuantos mojicones; luego, bromeando, le preguntó si por casualidad no tenía en su tienda alguna misa de lance, no muy deteriorada, con la cual pudiera darse todavía tono una pareja no mal parecida. El viejecillo, refunfuñando que Dios no se regocijaría de bendecir su unión, terminó por dejarle la misa en cinco francos. Era de todos modos una economía de un franco, y lo único que le quedaría.

Gervasia, por su parte, quería presentarse bien. Desde que su casamiento quedó decidido, se las arregló como pudo, trabajando horas extras, y llegó a reunir treinta francos. Tenía verdadera ansia por adquirir una manteleta de seda marcada en trece francos en la calle Faubourg-Poissonnier, y se dio el gusto; luego compró por diez francos, al marido de una lavandera, muerto en la casa de la señora Fauconnier, un vestido de lana azul, que adaptó perfectamente a su medida. Con los siete francos que le quedaban compró un par de guantes de algodón, una rosa para su gorro y un par de zapatos para Claudio, su hijo mayor. Felizmente, los chicos tenían blusas presentables. Pasó cuatro noches limpiándolo todo, repasando hasta los más pequeños puntos de sus medias y su camisa.

Por fin, el viernes por la tarde, víspera del gran día, Gervasia y Coupeau, al volver del trabajo, tuvieron que trajinar aún bastante hasta las once. Luego, antes de acostarse cada uno en su habitación, pasaron una hora juntos en la pieza de la joven, muy alegres por hallarse al fin de tanto ajeteo. A pesar de su resolución de reírse a mandíbula batiente de cuanto pudiera chismearse en el barrio, terminaron por tomar la cosa a pecho, y se mataron trabajando. Cuando se despidieron, se hallaban tan rendidos que se dormían de pie; mas, de todos modos, ambos exhalaban un suspiro de satisfacción. Ya estaba todo dispuesto; Coupeau tenía por testigos al señor Madinier y a Bibi-la-Grillade; Gervasia contaba con Lorilleux y Boche. Se había arreglado que los seis deberían ir con toda tranquilidad a la alcaldía y a la iglesia, sin arrastrar en pos de sí una cola de gente. Las dos hermanas del marido habían dicho, a su vez, que preferían quedarse en casa, ya que su presencia no era necesaria. Sólo mamá Coupeau habíase puesto a llorar, diciendo que ella marcharía antes, para esconderse en un rincón, y le habían prometido llevarla. En cuanto al lugar de la cita de toda la reunión, se había convenido que fuese el *Moulin-d'Argent*. De allí irían hasta la llanura Saint-Denis, para abrir el apetito; tomarían el ferrocarril y regresarían a pie, siguiendo el camino real. La partida prometía resultar espléndida, no se trataba de nada en grande, pero se divertirían un poco de manera alegre y honesta.

El sábado a la mañana, mientras se arreglaba, Coupeau fue presa de una gran inquietud al contemplar su moneda de un franco. Acababa de pensar que, por educación, le tocaría ofrecer un vaso de vino o una lonja de jamón a los testigos, en tanto se celebraba la comida. Además podían surgir gastos imprevistos.

Decididamente, un franco no le alcanzaría para nada. Entonces, después de haber conducido a Claudio y a Esteban a casa de la señora Boche, que debía llevarlos por la tarde a la comida, se dirigió precipitadamente a la calle de la Goutte-d'Or y subió resuelto a pedirle prestados diez francos a Lorilleux; no hay para qué decir lo que le costaba este paso, sentía que el gznate se le desollaba, pues ya esperaba ver el gesto que pondría su cuñado. Éste gruñó y se burló con aire de animal dañino, y, finalmente, le entregó las dos monedas de cinco francos. Pero Coupeau oyó decir a su hermana entre dientes que aquello comenzaba muy bien.

La ceremonia en la alcaldía estaba fijada para las diez y media. Hacía un tiempo hermoso, y un sol centelleante caldeaba las calles. Para evitar ser objeto de la curiosidad, los novios, la mamá y los cuatro testigos, se separaron en dos grupos. Delante, caminaba Gervasia, del brazo de Lorilleux, mientras que el señor Madinier conducía a mamá Coupeau; luego, a veinte pasos de distancia, por la otra acera, marchaban Coupeau, Boche y Bibi-la-Grillade, abrochado hasta el cuello, sin chaleco, dejaba ver solamente la punta de una corbata retorcida como una cuerda. Únicamente el señor Madinier llevaba frac, un elegante frac de faldones cuadrados; y los transeúntes se detenían para ver a aquel señor conduciendo a la gorda mamá Coupeau envuelta en su chal verde y luciendo una gorra negra, adornada con cintas rojas. Gervasia, cuyo rostro expresaba dulzura y alegría, con su vestido de un azul oscuro y los hombros ceñidos bajo estrecha manteleta, escuchaba complaciente los chistes de Lorilleux, que casi desaparecía dentro de un inmenso sobretodo, con el que se había cubierto, a pesar del calor; y, de cuando en cuando, al doblar las esquinas, volvía un poco la cabeza y sonreía ligeramente a Coupeau, a quien molestaban sus vestidos nuevos, que relucían con el sol.

A pesar de haber caminado muy lentamente, llegaron a la alcaldía con más de media hora de anticipación. Y, como el alcalde llegase retrasado, les tocó su turno sólo a eso de las once. Esperaron sentados en un extremo de la sala, mirando el alto techo y la severidad de las paredes, hablando en voz baja y retirando respetuosamente sus sillas hacia atrás, por exceso de educación, cada vez que un empleado de la oficina pasaba; mientras que, por lo bajo, murmuraban contra el alcalde, llamándolo holgazán y diciendo que con seguridad habría estado en casa de su rubia, para que le friccionara la gota; y no tendría nada de raro que se hubiera engullido la banda. Pero cuando el funcionario apareció, se pusieron de pie respetuosamente. Se les hizo volver a sentar. Y tuvieron que presenciar todavía tres matrimonios de gente burguesa, con las novias vestidas de blanco, jovencitas con el cabello rizado, señoritas con cinturones color de rosa y cortejos interminables de señores y señoras que representaban unos treinta y un años y de aspecto muy distinguido. Luego, cuando se les llamó, faltó poco para que no se les casara: Bibi-la-Grillade había desaparecido. Boche lo encontró abajo, en la plaza, fumando una pipa. ¡Lindos tipos aquellos que se encontraban en la sala! ¡Creían poder burlarse de la gente, porque no llevaban guantes color de manteca fresca para pasárselos por las narices! Y las

formalidades, la lectura del código, la firma de los documentos, todo fue hecho tan de prisa, que no pudieron menos que mirarse; se sentían defraudados; habíaseles robado por lo menos la mitad de la ceremonia. Gervasia, aturdida, con el corazón que parecía habersele dilatado, apoyaba el pañuelo contra los labios. Mamá Coupeau lloraba a moco tendido. Todos se habían inclinado sobre el registro, dibujando sus nombres con toscas letras, salvo la novia, que había trazado una cruz por no saber firmar; cada uno dio veinte céntimos para los pobres. Cuando el escribiente entregó a Coupeau el certificado de matrimonio, éste, a quien Gervasia había hecho una seña con el codo, se decidió a sacar veinticinco céntimos más.

Desde la alcaldía a la iglesia tenían que andar un buen trecho. Por el camino, los hombres bebieron un vaso de cerveza; Gervasia y mamá Coupeau grosella con agua. Y tuvieron que seguir por una calle interminable donde el sol caía a plomo, sin un átomo de sombra. Cuando llegaron, el sacristán que los esperaba en medio de la iglesia vacía, los empujó hacia una capillita, preguntándoles furiosamente si era por burlarse de la religión por lo que llegaban tan retrasados. Un sacerdote salió a grandes pasos, con aire de pocos amigos y rostro pálido por el hambre, precedido de un acólito, con la sobrepelliz sucia, que caminaba, trotando. Despachó la misa, comiéndose las palabras latinas, se volvió, extendió los brazos, se inclinó, dirigiendo miradas oblicuas sobre los novios y los testigos. Los novios, puestos ante el altar, sumamente embarazados, no sabiendo cuándo debían ponerse de pie, cuándo arrodillarse, ni cuándo sentarse esperaban una seña del monaguillo. Los testigos, para no pasar por ignorantes, permanecieron de pie todo el tiempo, mientras que la señora Coupeau, sumida de nuevo en el llanto, dejaba caer las lágrimas en el libro de misa que le había prestado una vecina. Mientras tanto, las doce habían dado, la última misa acababa de decirse; se escuchaba el ir y venir de los sacristanes y el ruido de las sillas puestas en su sitio. Debían estar arreglando el altar mayor para alguna festividad, porque se oía el martillo de los tapiceros que clavaban colgaduras. Y, en el fondo de aquella capilla, perdido en medio del polvo que la escoba del sacristán producía, el sacerdote, con aire aburrido, extendía rápidamente sus manos sobre las cabezas inclinadas, de Coupeau y Gervasia, pareciendo unirlos mientras se efectuaba una mudanza, durante una ausencia del bondadoso Señor y en el intermedio de dos misas de verdad. Cuando en la sacristía hubieron firmado otra vez en el registro y, finalmente, se encontraron en pleno sol, bajo el pórtico, quedaron un instante estupefactos, sin aliento por haber sido despachados tan de prisa.

—¡Gracias a Dios! —dijo Coupeau, riendo de modo poco espontáneo, y caminaba balanceándose, no encontrando muy divertida por cierto la cosa. No obstante, agregó:

—Tanto mejor, esto no demora mucho. Terminan con ello en cuatro movimientos... Es igual que con los dentistas, uno no tiene tiempo de decir ¡ay!, y ya está casado, sin haber experimentado el menor dolor.

—Sí, sí, la obra es linda —murmuró Lorilleux en tono de mofa—; el primer acto concluye en cinco, minutos, y luego hay para toda la vida... ¡Ah, pobrecito Cadet-Cassis!

Y los cuatro testigos palmearon la espalda del plomero, que se manifestaba muy satisfecho. Mientras tanto, Gervasia abrazaba a mamá Coupeau, sonriente, no obstante hallarse humedecidos sus ojos. Respondía a las palabras entrecortadas de la anciana:

—No tenga usted ningún temor, haré cuanto esté de mi parte para que todo marche bien, y mía no será la culpa si las cosas cambian. No, ciertamente; tengo mucho deseo de ser feliz... En fin, ya está hecho, ¿verdad? y nos corresponde ahora, a él y a mí, procurar entendernos y seguir felizmente adelante. —Entonces se dirigieron en dirección al *Moulin-d'Argent*. Coupeau había tomado el brazo de su mujer y caminaban ligeros, sonrientes, sin mirar las casas, los transeúntes ni los coches. Los ruidos ensordecedores de la calle sonaban como campanas en sus oídos. Cuando llegaron a la taberna, Coupeau dio inmediatamente dos litros de vino, pan y lonjas de jamón, en el gabinete con cristales de la planta baja, sin platos ni manteles, solamente para aplacar un poquitín el hambre y la sed. Luego, como viera que Boche y Bibi-la-Grillade manifestaban un verdadero apetito, pidió un litro más de vino y un pedazo de queso de Brie. La señora Coupeau no tenía hambre, estaba demasiado emocionada para comer; Gervasia, que se moría de sed, bebía grandes vasos de agua, con unas gotas apenas de vino.

—Esto me corresponde —dijo Coupeau, yéndose derecho al mostrador, donde pagó cuatro francos y veinticinco céntimos.

Entretanto era ya la una y los convidados comenzaban a llegar. La señora Fauconnier, mujer gorda pero bella todavía, acudió la primera; llevaba un vestido de seda cruda con flores estampadas, una corbata roja y un gorro cuajado, de flores; luego llegaron en compañía, la señorita Remanjou, toda enclenque, parecía deshacerse bajo su eterno vestido negro, del que no se separaba nunca, ni siquiera para acostarse, y el matrimonio Gaudron; el marido, hombre tosco y grosero, hacía crujir una chaqueta oscura al menor movimiento; la esposa, de una corpulencia extraordinaria, lucía su vientre de mujer embarazada al que el vestido de un color violeta fuerte hacía todavía más notable. Coupeau dijo que no era necesario esperar a Mes-Bottes, pues su compañero se les reuniría en el camino de Saint-Denis.

—¡Magnífico! —exclamó la señora Lerat entrando en ese momento—. Vamos a tener un lindo chaparrón. ¡Tiene gracia esto!

E hizo que toda la comitiva se llegara a la puerta de la taberna para ver las nubes, una tempestad de tinta negra que cubría rápidamente la región sur de París. La señora Lerat, la mayor de los Coupeau, era una mujer alta, seca, hombruna, que hablaba con voz gangosa, vestida ridículamente con un traje color pulga, demasiado largo, cuyos flecos le hacían parecer un perro magro recién salido del agua. Jugaba con su sombrilla, como si fuera un bastón. Cuando hubo abrazado a Gervasia continuó:

—No pueden ustedes formarse idea; cuando se va por la calle es como si se recibiera una bofetada. Se diría que le echan fuego a una en la misma cara.

Entonces todos dijeron que hacía largo rato que presentían la tormenta. Al salir de la iglesia, el señor Madinier se había dado cuenta de lo que se les venía encima. Lorilleux expuso que los callos no lo habían dejado dormir desde las tres de la mañana, lo que era una señal infalible. Además aquello no podía terminar de otra manera, tres días que hacía un calor terrible.

—¡Oh!, esto va a pasar posiblemente —repetía Coupeau, de pie en la puerta, dirigiendo miradas inquietas al firmamento—; ya no esperamos más que a mi hermana, y en cuanto ella llegue me parece que podríamos ponernos en camino.

La señora Lorilleux, efectivamente, se retardaba. La señora Lerat había pasado por su casa para sacarla, pero, como la encontró en el momento de ponerse el corsé, disputaron, pues ya era tarde; y la viuda añadió al oído de su hermano:

—La he dejado plantada. Está de un humor... ¡Ya verás qué cara trae!

Y no hubo más remedio que esperar aún un cuarto de hora, yendo de un lado a otro en la taberna, tropezando, codeándose, en medio de los hombres, que entraban a tomar la sopa en el mostrador. A ratos, Boche o la señora Fauconnier o Bibi-la-Grillade, salían un poco, avanzando hasta el borde de la acera para inspeccionar la atmósfera. Aquello no tenía trazas de componerse. El día se obscurecía, las ráfagas de viento parecían barrer el suelo y levantaban ligeros torbellinos de polvo blanco. Al oírse el primer trueno, la señorita Remanjou se santiguó. Todas las miradas se posaron ansiosamente sobre el reloj, colocado encima del espejo; eran las dos menos veinte.

—¡Está bueno! —exclamó Coupeau—. Ya comienzan los ángeles a llorar.

Una ráfaga de viento trajo la primera lluvia barriendo la calzada, de la cual las mujeres huyeron, levantándose las faldas con las dos manos. Y fue precisamente al descargarse este primer chaparrón cuando llegó la señora Lorilleux, furibunda, sofocada, descargando golpes en el suelo con su paraguas que no quería cerrarse.

—¡Habrás visto nunca algo semejante! —tartamudeaba—. Justamente me sorprendió en la puerta. Buenos deseos tuve de volver a subir y desvestirme. Y habría hecho muy bien... ¡Ah!, ¡linda está la boda! Yo lo decía, quería que todo se dejara para el sábado próximo, y llueve porque no se me ha querido escuchar. ¡Mejor! ¡Tanto mejor! ¡Qué el cielo reviente!

Coupeau trató de calmarla, pero ella lo envió a paseo. No sería él quien pagaría el vestido si se le echaba a perder. Llevaba un vestido de seda negro que parecía ahogarla: el corpiño era tan estrecho que tiraba de los ojales y le mortificaba los hombros, y la falda, cortada como una funda, le ajustaba de tal modo los muslos que se veía obligada a caminar a pasitos menudos. No obstante las mujeres allí reunidas la contemplaban, mordiéndose los labios y llenas de admiración por su tocado. Ella parecía no haber visto siquiera a Gervasia sentada junto a mamá Coupeau. Llamó a

Lorilleux, le pidió un pañuelo y, cuidadosamente, en un rincón de la tienda, enjugó una por una las gotas de agua que habían humedecido la seda.

Entretanto, el chaparrón había cesado; pero la obscuridad era cada vez mayor, parecía casi de noche, una noche lívida interrumpida por grandes relámpagos. Bibi-la-Grillade repetía riendo que iban a llover seguramente curas. Entonces la tempestad se desencadenó con terrible violencia. Durante una media hora el agua cayó a cántaros. El trueno retumbó sin descanso. Los hombres, parados delante de la puerta, miraban el velo gris que formaba la lluvia y los arroyos crecidos; el polvo de agua flotante subía de los azotados charcos. Las mujeres se habían sentado atemorizadas, cubriéndose los ojos; no se hablaba nada, las gargantas se hallaban oprimidas. Un chiste lanzado por Boche sobre los truenos, diciendo que San Pedro estornudaba en las alturas, no hizo sonreír a nadie. Pero cuando los rayos fueron haciéndose cada vez más lejanos, la reunión comenzó a impacientarse, rezongaban contra la tempestad, jurando y mostrando el puño a las nubes. Luego, el cielo tomó un color ceniciento, caía una lluvia finísima interminable.

—Hace rato que dieron las dos —exclamó la señora Lorilleux—. No creo que pensemos quedarnos a dormir aquí.

Como la señorita Remanjou hubiera hablado de ir al campo de todos modos, aun cuando tuviesen que quedarse en los fosos de las fortificaciones, todos pusieron el grito en el cielo; lindos estarían los caminos, y no les quedaba siquiera el recurso de sentarse sobre la hierba: además no parecía haber terminado la fiesta y no sería extraño que comenzara otra vez. Coupeau, que seguía con la mirada a un obrero calado hasta los huesos, caminando tranquilamente bajo la lluvia, murmuró:

—Si ese animal de Mes-Bottes nos espera en el camino de Saint-Denis, no sufrirá seguramente una insolación.

Esto hizo reír, pero el malhumor crecía por momentos. Y aquello debía terminar de algún modo; había que decidir alguna cosa. No era posible, sin duda, seguir mirándose hasta lo blanco de los ojos mientras llegaba la hora de comer. Entonces, durante un cuarto de hora, y en vista de la obstinación de la lluvia, todo fue destrozarse la cabeza buscando recursos. Bibi-la-Grillade propuso jugar a las cartas. Boche, de carácter tan travieso como cazurro, sabía un jueguito graciosísimo, el juego del confesor; la señora Gaudron hablada de ir a comer torta con cebolla a la calzada Galignacourt; la señora Lerat habría deseado que se contaran cuentos; Gaudron no se aburría, se encontraba bien allí, sufría sólo por no ponerse a comer inmediatamente. Y, a cada proposición, se discutía y se molestaba a la gente; aquello era tonto, como para hacer dormir a todo el mundo o para que se les tomara por unos granujas. Luego, como Lorilleux queriendo meter también su cuchara, encontrara como la cosa más sencilla dar un paseíto por los bulevares exteriores, hasta el cementerio del Père-Lachaise, donde podrían entrar y visitar la tumba de Abelardo y Eloísa si les alcanzaba el tiempo, la señora Lorilleux no pudo contenerse más y estalló. ¡Maldito lo que le importaba a ella el campo! ¿Se burlaban acaso de la gente? Ella se había

vestido, había recibido la lluvia, y todo ello para encerrarse en una taberna. No y mil veces no, estaba hasta el tuétano con una boda semejante, y prefería irse a su casa. Coupeau y Lorilleux tuvieron que atajarle el paso. Ella repetía:

—¡Retírense ustedes; les digo que me voy!

Su marido consiguió calmarla. Coupeau se aproximó a Gervasia, que había permanecido tranquila en un rincón, conversando con su suegra y la señora Fauconnier.

—Pero usted no propone nada —le dijo, sin atreverse todavía a tutearla.

—¡Oh!, todo lo que quieran —respondió riendo—; soy fácil de contentar. Salgamos o quedémonos, me es igual. Estoy contenta y no pido nada más.

Y tenía, en efecto, el rostro resplandeciente por un gozo apacible. Desde que los invitados se encontraban allí, había hablado a cada uno en voz más bien baja y emocionada, con ademán sosegado, sin mezclarse en las disputas. Durante la tempestad se había quedado con la mirada fija, observando los relámpagos, como si percibiera cosas muy graves, muy lejos, allá en el porvenir, en sus repentinos fulgores.

El señor Madinier era el único que no había hecho ninguna proposición. Hallábase apoyado contra el mostrador, con los faldones del frac separados, conservando su importancia de patrón. Escupía a cada momento y movía sus grandes ojos de un lado a otro.

—¡Dios mío! —dijo—, podría irse al Museo... —y se acarició la barba, consultando a los concurrentes con un guiño de sus párpados.

—Existen antigüedades, imágenes, cuadros, una multitud de cosas. Aquello era instructivo..., y bien podría ser que ustedes no hayan estado allí nunca. ¡Oh!, valía la pena de ser visto, por lo menos una vez.

Todos se miraban en silencio. No, Gervasia no conocía eso; la señora Fauconnier tampoco, ni Boche ni los otros. Coupeau creía haber estado un domingo, pero no se acordaba muy bien. Se vacilaba, sin embargo, hasta que la señora Lorilleux, sobre la que la importancia del señor Madinier producía una gran impresión, encontró la proposición espléndida y muy decente. Ya que se había sacrificado el día y la gente puesto de acuerdo, estaba muy acertado, hacer algo, por lo menos para instruirse. Todo el mundo aprobó. Y como la lluvia caía todavía, pidieron prestados al tabernero algunos paraguas, viejos paraguas azules, verdes, marrones, olvidados por los clientes, y se encaminaron en dirección al Museo.

Se dirigieron hacia la derecha, bajando a París por el arrabal Saint-Denis. Coupeau y Gervasia iban otra vez a la cabeza, corriendo y adelantándose a los demás. El señor Madinier daba ahora el brazo a la señora Lorilleux, la señora Coupeau habíase quedado en la taberna, pues sus piernas no la ayudaban. Venían en seguida Lorilleux y la señora Lerat, Boche y la señora Fauconnier, Bibi-la-Grillade y la señorita Remanjou, y, por último, el matrimonio Goudron. Eran doce y formaban una curiosa hilera en la acera.

—¡Oh! puedo jurarle a usted que no nos hemos metido en nada —decía la señora Lorilleux al señor Madinier—. No sabemos dónde ha ido a conseguírsela, o mejor dicho, lo sabemos demasiado; pero no es a nosotros a quien toca hablar, ¿verdad? Mi marido tuvo que comprar la alianza, y esta mañana, al levantarnos, ha habido que prestarles diez francos, sin los cuales no habría podido hacerse esto... ¡Una novia que no llevaba ni un pariente a su boda! Dice ella que tiene en París una hermana salchichera. ¿Por qué no la ha invitado, entonces?

Y se interrumpió para señalar a Gervasia, a quien la pendiente de la acera hacía cojear demasiado.

—¡Mírela usted! ¿Qué le parece? ¡Oh! la Banbán.

Y esa palabra, la Banbán, corría entre toda la concurrencia. Lorilleux, burlándose, decía que había que llamarla por aquel nombre. Pero la señora Fauconnier tomó la defensa de Gervasia: no había razón para burlarse de ella, era linda como pocas, y cuando hacía falta una verdadera fiera en el trabajo, ahí estaba ella. La señora Lerat, que tenía siempre una colección de alusiones picarescas llamó a la pierna de la joven *une quille d'amour*; añadiendo que a muchos hombres les gustaba aquello, sin ir más lejos en explicaciones.

Desembocaron de la calle Saint-Denis y atravesaron el bulevar; allí se detuvieron un momento, a causa de la multitud de carruajes, aventurándose luego a cruzar la calzada, convertida por la tempestad en un pantano de barro corriente. El aguacero volvía, viéndose precisados a abrir de nuevo los paraguas; y cubiertos con estos despojos, que se balanceaban sostenidos por los hombres, las mujeres se arremangaban las faldas. El desfile se espaciaba en el lodo, pasando de una acera a la otra; entonces dos granujas gritaron: «¡A las máscaras!». Los transeúntes acudieron; los tenderos, con aire de mofa, se asomaron tras de sus vitrinas. En medio del bullicio de la multitud, sobre los fondos grises y húmedos del bulevar, las parejas, en procesión, ponían tonos violentos; el vestido azul oscuro de Gervasia, el traje crudo con flores estampadas de la señora Fauconnier, el pantalón amarillo patito de Boche; esta tiesura de gente endomingada daba lugar a burlas de carnaval, dirigidas, en especial, a la levita reluciente de Coupeau y al frac de faldones cuadrados del señor Madinier; mientras que el hermoso tocado de la señora Lorilleux, los flecos de la señora Lerat, las faldas arrugadas de la señorita Remanjou formaban una mezcla de modas y ponían de manifiesto, una tras otras, las heces que constituyen el lujo de los pobres. Pero eran sobre todo los sombreros de los hombres los que divertían más, antiguos sombreros guardados, empañados por la obscuridad del armario, de las formas más cómicas: altos, terminados en punta, con alas extraordinariamente grandes, retorcidas, planas, muy largas o muy estrechas. Y las risas subieron de punto cuando, a la cola, cerrando el espectáculo, la señora Gaudron, la cardadora, avanzaba con su vestido color violeta, subido, ostentando su enorme vientre de mujer embarazada. Sin embargo, la comitiva no apresuró su marcha; se hallaban felices de que se les mirase y se divertían con los chistes que les dirigían.

—¡Ahí está la novia! —exclamó uno de los pilluelos, señalando a la señora Gaudron—. ¡Ah! ¡Qué desgracia!, se ha tragado una pepita, y no muy chica, a lo que parece.

Todo el grupo estalló en una carcajada. Bibi-la-Grillade, volviéndose, dijo que el pillete había hablado muy bien. La cardadora reía más fuerte que los demás y no trataba de ocultarse; aquello no era ninguna deshonra, todo lo contrario. Había más de una dama que la miraba de reojo al pasar y que hubiera querido estar en su lugar.

Habían tomado por la calle de Clery, siguieron por la de Mail, y en la Plaza de la Victoria hicieron un alto; a la novia se le había desatado el cordón del zapato izquierdo; y como se agachase a anudarlo, al pie de la estatua de Luis XIV, las parejas se apretaron en torno a ella, esperando, mientras hacían bromas sobre su pantorrilla, que apenas si se veía. En fin, después de haber bajado por la calle Croix-des-Petits-Champs, llegaron al Louvre.

El señor Madinier, con toda finura, pidió ir a la cabeza de la comitiva.

Aquello era muy grande, podían perderse, y, además, él conocía los lugares donde se encontraba lo mejor, porque había ido con frecuencia, acompañando a un artista, un muchacho sumamente inteligente, al cual una importante casa de cartonería compraba sus dibujos para ponerlos en las cajas. Cuando hubieron penetrado en la planta baja, donde estaba el Museo Asirio, sintieron un ligero escalofrío. ¡Demonio! No hacía nada de calor; la sala habría podido ser muy bien una bodega. Y lentamente avanzaron las parejas, con la cara levantada y parpadeando por entre los colosos de piedra; los dioses de mármol negro, mudos en su rigidez hierática; los animales monstruosos, mitad gatos y mitad mujeres, con rostros de muertas de narices afiladas y labios hinchados. Hallaron todo esto muy feo; se trabaja con mucho más primor en los tiempos actuales. Una inscripción en caracteres fenicios los dejó estupefactos; no era posible que nadie hubiera podido leer jamás aquel galimatías; pero ya en el primer peldaño, acompañado de la señora Lorilleux, el señor Madinier los llamaba, gritando bajo las bóvedas:

—Vengan. Eso no vale la pena; es en el primer piso donde hay que ver. —La desnudez, plena de severidad, de las escaleras, los tornó serios. Un ujier con chaleco rojo y librea galoneada de oro, que parecía esperarlos en el rellano, redobló su emoción; aunque muy llenos de respeto, y caminando con tanta suavidad como podían, entraron en la galería francesa.

Entonces, sin detenerse, saturándose sus ojos únicamente con el oro de los marcos, atravesaron pequeños salones, viendo pasar ante sus ojos las imágenes, demasiado numerosas para poder apreciarlas. Habría hecho falta detenerse una hora ante cada una, si hubieran querido comprenderlas. ¡Qué de cuadros! ¡Pardiez! Aquello no terminaba nunca. ¡Cuánto dinero debía haber en ello!

Por fin, el señor Madinier los detuvo bruscamente ante la «Almadía de la Medusa»; y les explicó el asunto. Todos, absortos, inmóviles, escuchaban, y cuando

siguieron adelante, Boche resumió el sentimiento general con estas palabras: ¡Espléndido, muy bien!

En la galería de Apolo, lo que maravilló a la reunión fue el piso reluciente, limpio como un espejo, donde se reflejaban las patas de las banquetas. La señorita Remanjou cerraba los ojos, porque se le figuraba estar caminando sobre agua. Le decía en voz alta a la señora Gaudron, que procurara mantener firmes los pies sobre el suelo, a causa de su estado. El señor Madinier quiso mostrarles los dorados y las pinturas del techo, pero se fatigaban de tener el cuello levantado y, además, no podían ver nada. Entonces, antes de entrar al salón cuadrado, indicó con el gesto una ventana, diciendo:

—Vean el balcón desde el cual Carlos X hizo fuego contra el pueblo.

Mientras tanto no perdía de vista la cola del cortejo, y los hizo detenerse en medio del salón cuadrado. «Ahí no había sino obras maestras», murmuró a media voz, como si se hallase en un templo. Dieron la vuelta al salón. Gervasia quiso saber la historia de las «Bodas de Canaán»; ¡qué tonto era eso de no escribir los relatos en los mismos cuadros! Coupeau se detuvo ante «La Gioconda», a la que encontró parecido con una de sus tías. Boche y Bibi-la-Grillade sonreían picarescamente y se mostraban con el rabillo del ojo las mujeres desnudas, los muslos de Antílope, sobre todo, les produjeron indecible estupor. Y, en un extremo, el matrimonio Gaudron, el hombre con la boca abierta, la mujer con las manos sobre el vientre, permanecía estupefacto frente a la Virgen de Murillo.

Terminada la vuelta al salón, el señor Madinier quiso que volvieran a empezar; aquello sí que tenía valor. Y dedicaba especiales cuidados a la señora Lorilleux, a causa de su vestido de seda; y cada vez que ella le hacía alguna pregunta, respondía con aire grave y gran aplomo. Como ella mostrase interés por la querida del Ticiano, cuya cabellera amarilla encontraba parecida a la suya, le dijo que se trataba de la Bella Ferroniere, una de las queridas de Enrique IV, sobre la cual se había dado un drama en el Ambigú.

Luego penetraron en la larga galería donde se hallan las escuelas italiana y francesa. Cuadros y más cuadros, santos, hombres y mujeres cuyos rostros les resultaban incomprensibles, paisajes completamente negros, animales que se habían vuelto amarillos, un conglomerado de personas y cosas cuya mezcla de mil colores comenzaba a producirles un fuerte dolor de cabeza. El señor Madinier ya no hablaba, precedía lentamente al cortejo, que le seguía en orden, con los cuellos ladeados y los ojos en el espacio. Siglos de arte pasaban ante su ignorancia estupefacta; la delicada aridez de los pintores primitivos; la vida exuberante y plena de luz de los holandeses. Pero lo que a ellos más les interesaba eran los copistas, con sus caballetes instalados entre la gente; una anciana señora, encaramada sobre una gran escalera, pasando un pincel de estucar por el cielo suave de una inmensa tela, los impresionó de un modo especial. Poco a poco se había esparcido la voz de que una boda visitaba el Louvre; los pintores acudían, tratando de contener la risa; los curiosos se sentaban en las

banquetas del camino para asistir cómodamente al desfile; mientras que los guardianes se mordían los labios para contener ingeniosos chistes. Y los de la boda, ya cansados, perdían su aire digno; arrastraban sus zapatos claveteados, haciendo retumbar el sonoro pavimento, como si fuera el patear de un rebaño desbandado librado a su antojo en medio de la limpieza esmerada y recogida de aquellas salas.

El señor Madinier se callaba, porque preparaba una sorpresa. Se fue en derechura a la «Kermesse» de Rubens. Allí no dijo tampoco una palabra, se contentó con indicar la tela con una viva mirada. Cuando las señoras tuvieron la nariz metida en la tela, lanzaron cortas exclamaciones; luego, se volvieron con los rostros enrojecidos. Los hombres las retenían bromeando y buscando los detalles más obscenos.

—¡Miren esto! —repetía Boche—. Esto vale cualquier dinero. Ahí está uno que devuelve cuanto comió; y el otro riega las florecillas... Y ¡aquel! ¡Oh, aquél!... Bien, bien; son muchos, pero muy limpios aquí.

—Vámonos —dijo el señor Madinier entusiasmado con su éxito—. No hay nada más que ver por acá.

Y volvieron sobre sus pasos, atravesando de nuevo el salón cuadrado y la galería de Apolo. La señora Lerat y la señorita Remanjou, comenzaron a quejarse, diciendo que sus piernas ya no podían sostenerlas más tiempo. Pero el cartonero quería mostrar a Lorilleux las alhajas antiguas. Aquello se encontraba al lado, en una salita a la que podría conducirlos con los ojos cerrados; no obstante, se equivocó y arrastró a la gente a lo largo de seis o siete salas, desiertas, frías, adornadas solamente por severas vitrinas donde se encontraba una cantidad innumerable de cacharos rotos y de figurillas por demás feas. Todos tiritaban y se aburrían de lo lindo. Luego, como buscaran una puerta, fueron a dar a la Sección de Dibujos, y esa fue una nueva excursión interminable; los dibujos no terminaban nunca; los salones sucedían a los salones, sin nada divertido, hojas y más hojas de papel garrapateadas bajo las vitrinas contra las paredes. El señor Madinier perdía la cabeza; no queriendo confesar que se había equivocado, tomó por una escalera, haciendo subir un piso al cortejo. Esta vez caminaron en pleno Museo de Marina, por entre modelos de instrumentos y cañones, de planos en relieve y de barcos del tamaño de juguetes. Tropezaron con otra escalera en el extremo opuesto, después de un cuarto de hora de marcha; descendieron y volvieron a encontrarse en la Sección de Dibujos. Entonces fueron presas de la mayor desesperación, rodaban al azar, de sala en sala, las parejas, siempre en fila y siguiendo al señor Madinier que se enjugaba la frente, fuera de sí, furioso contra la administración del Museo, a la que acusaba de haber cambiado de lugar las puertas. Los guardianes y los visitantes los veían pasar llenos de admiración; en menos de veinte minutos se les había visto en el salón cuadrado, en la galería francesa, y a lo largo de las vitrinas donde duermen los pequeños dioses de Oriente. No saldrían nunca de allí; las piernas les flaqueaban y hacían un gran alboroto, dejando siempre en pos el vientre enorme de la señora Gaudron.

—¡Se cierra, se cierra! —gritaban las potentes voces de los guardianes.

Y faltó poco para que quedaran encerrados; fue necesario que un guardián se pusiera a su cabeza y los condujera hasta una de las puertas. Luego, en el patio del Louvre, cuando hubieron retirado del vestíbulo los paraguas, respiraron. El señor Madinier recobró su aplomo; había hecho mal en tomarse a la izquierda; ahora se acordaba de que las alhajas se encontraban a la derecha; por lo demás, todos los asistentes a la visita afectaban mostrarse contentos de cuanto habían visto.

Daban las cuatro. Tenían todavía dos horas antes de la comida; resolvieron dar una vuelta para matar el tiempo. Las señoras, muy cansadas, hubieran preferido sentarse de buena gana, pero como nadie se brindara a convidar a algo, volvieron a ponerse en marcha, siguiendo esta vez a lo largo de los muelles. Allí los cogió un nuevo diluvio, tan fuerte, que, a pesar de los paraguas, los tocados de las señoras quedaron maltrechos. La señora Lorilleux sentía achicarse su corazón a cada gota de lluvia que humedecía su ropa, y propuso que se refugiaran bajo el Pont Royal; por lo demás, si los otros no querían seguirla, ella descendería sola. Y la comitiva se dirigió bajo el Pont Royal. Allí se estaba divinamente bien, y aquella sí que había sido una excelente idea. Las señoras extendieron sus pañuelos por el suelo, sentáronse con las rodillas separadas y se pusieron a arrancar las briznas de hierba que crecían en las juntas de las piedras, viendo correr el agua negra, como si en realidad se encontraran en el campo. Los hombres se divertieron, gritando en voz muy alta, para despertar el eco del arco. Boche y Bibi-la-Grillade insultaban al vacío, gritando con todos sus pulmones: «¡Marrano!», y reían a más no poder cuando el eco les devolvía la palabra; luego, con la garganta enronquecida, cogieron guijarros y jugaron a hacerlos rebotar en el agua negra del río. La lluvia había cesado, pero se encontraban tan bien allí que no pensaban en moverse. El Sena arrastraba toda clase de basuras, viejos tapones, desperdicios de legumbres: una mezcla de inmundicia que un remolino detenía un instante en el agua turbulenta, más sombría aún por la sombra que proyectaba la bóveda; mientras tanto, sobre el puente, se oía el rodar de los ómnibus y los coches, la eterna barahúnda de París, del que sólo se distinguían los techos a derecha e izquierda como desde el fondo de un agujero. La señorita Remanjou suspiraba; si hubiese allí hojas, le parecería encontrarse en un rincón del Marne, adonde ella iba hacia el año 1817 con un joven al que lloraba todavía.

Pero el señor Madinier dio la señal de partida. Atravesaron el jardín de las Tullerías en medio de una multitud de chiquillos, cuyos aros y pelotas descompusieron el orden de las parejas. Luego, al llegar a la plaza Vendôme, pusiéronse a contemplar la columna, y el señor Madinier, queriendo ser galante con las señoras, les propuso subir para ver París desde lo alto. Su oferta pareció muy graciosa. Sí, sí; había que subir, así podrían reír un rato a su gusto. Por otro lado, aquello no carecía de interés para quienes nunca habían dejado la tierra firme.

—Sí, ustedes creen que la Banbán va a arriesgarse a arrastrar su pata coja — murmuraba la señora Lorilleux.

—¡Yo subiría con mucho gusto —decía la señora Lerat—; pero no quiero que ningún hombre vaya detrás de mí!

Y la comitiva subió. En la estrecha espiral de la escalera, los doce se encaramaban encima, tropezando con los peldaños gastados y sosteniéndose contra la pared. Luego, cuando la obscuridad fue completa, comenzaron a reír a sus anchas; las señoras lanzaban ligeros gritos, los hombres les hacían cosquillas y les pellizcaban las piernas; pero habrían sido tontas por demás si hubieran hablado de ello; se hacía como si se creyera que eran ratones. Además, aquello no podía tener ninguna consecuencia, y los hombres sabían detenerse donde lo requería la honestidad. Después, Boche dijo una broma que toda la reunión repitió. Pusieron a llamar a voces a la señora Gaudron, como si se hubiera quedado en el camino, y le preguntaban si su vientre podría pasar. Habría que pensar en qué compromiso los pondría si se atascaba allí, sin poder subir ni bajar, y si el agujero quedase obstruido y no pudieran volver a salir de allí. Y se reían a su gusto a costa de aquel vientre de mujer embarazada, hasta el punto de nacer estremecer la columna. En seguida Boche, puesto ya en camino, manifestó que se envejecerían en aquel tubo de chimenea, aquello no tenía fin. ¡Iban acaso al cielo! Y trataba de asustar a las señoras, gritando que la columna se balanceaba de un lado a otro. Mientras tanto Coupeau no decía nada, subía detrás de Gervasia, sosteniéndola por la cintura y sentía que se le abandonaba. Cuando, de repente, salieron a la claridad, estaba precisamente a punto de darle un beso en el cuello.

—¡Qué bien! ¡Es muy decente esto! ¡No pierden un momento ustedes dos! —dijo la señora Lorilleux con aire escandalizado.

Bibi-la-Grillade hacía como si se encontrase en extremo furioso, repitiendo entre dientes:

—¡Qué bulla han hecho todos! No he podido ni contar los escalones.

El señor Madinier, ya en la plataforma, enseñaba los monumentos; pero ni la señora Fauconnier, ni la señorita Remanjou quisieron por nada del mundo salir de la escalera, sólo el pensamiento de contemplar el pavimento desde esa altura les daba vértigo, y se contentaron con lanzar alguna que otra mirada por la portezuela. La señora Lerat, más resuelta, iba de un lado a otro en la estrecha terraza, apoyándose en el bronce de la cúpula. Pero aquello producía una tremenda emoción con pensar que bastaba pasar una pierna por encima. ¡Qué voltereta, santo Dios! Los hombres, un poco pálidos, contemplaban la plaza. Podían creerse en el aire, alejados de todo el mundo. No; decididamente, aquello producía frío en las tripas. El señor Madinier recomendaba que se levantase la vista, dirigiéndola adelante tan lejos como fuera posible, eso impedía el vértigo. Y continuó señalando con el dedo los Inválidos, el Panteón, Nuestra Señora, la torre de Saint-Jacques y los cerros de Montmartre. Después, a la señora Lorilleux, se le ocurrió preguntar si podía descubrirse en el bulevar de la Chapelle la taberna donde se iba a comer, el *Moulin-d'Argent*. Entonces, durante diez minutos, se buscó, llegando hasta disputar porque cada cual creía ver la

taberna en una dirección distinta. París, en torno a ellos, extendía su inmensidad gris, sus azuladas lontananzas, sus valles profundos en los que se destacaban una infinidad de techos; toda la orilla derecha estaba sumida en la sombra bajo un inmenso jirón de nubes; y de los bordes de esas nubes, con franjas de oro, se desprendía un rayo de sol que iluminaba los millares de cristales de la orilla izquierda con un centelleo de chispas, destacando como un cuadro luminoso aquel rincón de la ciudad sobre un cielo purísimo, lavado por la tempestad.

—No valía la pena subir hasta acá para cascarnos las narices —dijo Boche furioso, tomando de nuevo las escaleras.

El cortejo descendió mudo, enfurruñado, sin más ruido que el producido por los zapatos en los escalones. Abajo, el señor Madinier quiso pagar, pero Coupeau se opuso, apurándose a poner en la mano del guardián un franco y veinte céntimos, dos por persona. Eran casi las cinco y media y tenían el tiempo justo para regresar. Volvieron ahora por los bulevares y el arrabal Poissonniers. Coupeau, no obstante, dijo que el paseo no podía terminar de aquel modo, y obligó a entrar a todo el mundo en una taberna donde se tomó un vermouth.

La comida estaba encargada para las seis: hacía veinte minutos que se esperaba a la boda en el *Moulin-d'Argent*. La señora Boche, que había dejado su portería a una señora de la casa, charlaba con mamá Coupeau en el salón del primer piso, frente a la mesa servida, y los dos pilluelos, Claudio y Esteban, a los que ella había conducido, andaban correteando debajo de la mesa en medio de un desorden de sillas. Cuando Gervasia, al entrar, divisó a los niños, a los que no había visto en todo el día, los tomó en sus rodillas acariciándolos y llenándolos de besos.

—¿Habéis sido buenos? —preguntó a la señora Boche—; ¿no molestasteis demasiado?

Y como la señora Boche le contara los dichos de los chicuelos, que la habían casi hecho morir de risa, ella los levantó de nuevo estrechándolos entre sus brazos en un arranque de ternura.

—No deja de ser divertido esto para Coupeau —decía mientras tanto la señora Lorilleux a las otras damas en el fondo del salón.

Gervasia había conservado su tranquilidad alegre de la mañana; no obstante, después del paseo, sentíase por momentos triste, contemplaba a su marido y a los Lorilleux con semblante pensativo y resignado. Se daba cuenta de que Coupeau era cobarde cuando estaba delante de su hermana. La víspera, no más, levantaba la voz y juraba que pondría en su lugar a esas lenguas viperinas si le faltaban en algo. Pero en lugar de eso, Gervasia no podía menos de notarlo, se agachaba ante ellos, escuchando complaciente cuanto decían y no sabía qué hacer cuando los creía incomodados. Y esto, pensando en el porvenir, inquietaba a la joven.

Ya no se esperaba más que a Mes-Bottes, que aún no había aparecido.

—¡Ah! lo mejor que podemos hacer —dijo Coupeau— es sentarnos a la mesa. Ya lo veremos llegar, tiene un olfato maravilloso, y el olor de la bazofia tiene poder para

atraerlo, por lejos que se encuentre... ¿No les parece que debe reírse mucho si está todavía de plantón en el camino de Saint-Denis?

Entonces los concurrentes, muy alegres, sentáronse a la mesa con un gran ruido de sillas. Gervasia estaba entre Lorilleux y el señor Madinier, y Coupeau entre la señora Fauconnier y la señora Lorilleux. Los demás convidados se acomodaron como mejor les pareció, porque cuando se indicaban los sitios, ello terminaba las más de las veces en celos y disputas. Boche se colocó cerca de la señora Lerat. Bibi-la-Grillade tenía por vecinas a la señorita Remanjou y a la señora Gaudron. En cuanto a la señora Boche y a mamá Coupeau, sentadas en un extremo, cuidaban de los niños, encargándose de cortarles la carne y darles de beber; pero no mucho vino, naturalmente.

—¿Nadie bendice la mesa? —preguntó Boche, mientras que las señoras arreglaban sus faldas bajo el mantel, por temor a las manchas. Pero a la señora Lorilleux no le gustaban esa clase de bromas. Y la sopa de fideos fue tomada de prisa, casi fría, con grandes silbidos de labios en las cucharas. Dos pilluelos servían a la mesa, vestidos con chaquetas grasientas y mandiles de dudosa blancura. Por las cuatro ventanas abiertas que dejaban ver las acacias del patio, penetraba la claridad resplandeciente del fin de un día de tormenta, despejado y tibia todavía. El reflejo de los árboles, en un rincón húmedo, prestaba tintes verdosos a la sala llena de humo, haciendo bailar las sombras de las hojas sobre el mantel, impregnado de un vago olor a moho. Había allí dos espejos, llenos de cagadas de moscas, uno a cada lado, que parecían prolongar hasta el infinito la mesa cubierta por la grosera vajilla de color amarillento, en la cual la grasa del agua del fregadero quedaba depositada en los arañazos producidos por los cuchillos. En el fondo, cada vez que uno de los muchachos subía de la cocina, golpeaba la puerta dejando pasar un fuerte olor a bazofia.

—No hablemos todos al mismo tiempo —dijo Boche, viendo que todo el mundo guardaba silencio con la nariz metida en el plato.

Y se bebía el primer vaso de vino, siguiendo con los ojos dos pasteles de ternera servidos por los mozos, cuando Mes-Bottes hizo su aparición.

—¡Qué bien, buenos canallas son todos! —gritó—. He estado tres horas de plantón en el camino, hasta el extremo de que llamé la atención de un gendarme que me pidió mis papeles. ¡Por ventura se hacen estas porquerías con un amigo! Por lo menos habrían debido enviarme un coche con un mandadero. Y, bromas aparte, esto llega al colmo. ¡Por Satanás! Llovía tan fuerte que tenía el agua metida en los bolsillos... Y ahora mismo podría encontrar en ellos lo necesario para hacer una fritada.

Todos reían a más no poder. Aquel animal de Mes-Bottes había bebido ya por lo menos sus dos litros; quería únicamente que no le tomaran el pelo por aquel jarabe de ranas que la tempestad había escupido sobre su persona.

—¡Eh, señor conde de Gigog-Fin! Ve a sentarse allá, al lado de la señora Gaudron; ya ves que te esperábamos.

¡Oh! El haber llegado tarde no le preocupaba gran cosa; pronto daría alcance a los demás; pidió tres platos de sopa y varios de fideos, en los que remojaban grandes rebanadas de pan. Y cuando atacó las tortas causó la más profunda admiración a toda la mesa. ¡Qué manera de devorar! Los mozos, espantados, hacían cadena para pasarle el pan, pedazos finamente cortados que tragaba de un bocado. Y terminó por enfadarse; él quería un pan entero a su lado. El tabernero, muy inquieto, apareció un momento en el umbral de la puerta. La reunión, que lo esperaba, se desternillaba de risa. Aquello no podía convenirle al figonero. ¡Era el diablo en persona este Mes-Bottes! Y se contaba que un día se había comido doce huevos duros y bebido doce vasos de vino mientras daban las doce campanadas del mediodía. ¡Oh, era difícil encontrar quien lo igualara! Y la señorita Remanjou, enternecida, miraba mascar a Mes-Bottes, mientras que el señor Madinier, buscando una palabra para expresar su admiración, casi respetuosa, declaró que tal capacidad era extraordinaria. Por un momento reinó silencio. Un mozo acababa de poner sobre la mesa un guiso de conejo en una fuente espaciosa y honda como una ensaladera, y, Coupeau, bromista como él solo, aprovechó para salir con una de las suyas:

—Mozo, dígame, ¿ese conejo es acaso de tejadillo?... Hace *miau* todavía.

Y, en efecto, un ligero maullido, perfectamente imitado, parecía salir de la fuente. Era Coupeau quien emitía aquel ruido con la garganta, sin mover los labios; gracia que siempre tenía éxito; por lo que nunca comía fuera de su casa sin encargarse un guiso de conejo. Luego se puso a ronronear. Las señoras se cubrían la cara con las servilletas, pues reían más de lo necesario.

La señora Fauconnier pidió la cabeza, pues era lo único que le gustaba. La señorita Remanjou se volvía loca por los chicharrones. Y como Boche dijera que prefería a todo las cebollitas cuando estaban a punto, la señora Lerat murmuró entre dientes:

—No es difícil saber por qué.

Era seca como una espátula, llevaba una vida de obrera enclaustrada en su rutina diaria, no había visto asomar la nariz de un hombre en su casa desde su viudez, pero ello no impedía que manifestara una marcada predilección por las obscenidades; una manía de emplear palabras de doble sentido y alusiones picarescas de una profundidad tal, que sólo ella misma podía comprender. Boche se inclinó y le pidió una explicación muy bajito, en la oreja; ella respondió:

—Sin duda las cebollitas... Ya es bastante claro, me parece.

La conversación se hizo seria. Cada uno hablaba de su oficio. El señor Madinier alababa la industria cartonera; en ella podían encontrarse verdaderos artistas. Citaba, por ejemplo, las cajas para aguinaldos, cuyos modelos le eran conocidos y que constituían verdaderas maravillas de lujo. Lorilleux, no obstante, reíase burlonamente, sentía una gran vanidad porque trabajaba el oro, cuyo reflejo creía ver

en sus dedos y en toda su persona. Decía, por último, que los joyeros en tiempos pasados llevaban espadas, y citaba a Bernardo de Palissy, sin saber por qué. Coupeau, por su parte, hablaba de una veleta, obra maestra de uno de sus camaradas: componíase de una columna, después de una gavilla, luego de una canasta de frutas y por último de una bandera, todo ello fielmente, reproducido y hecho sólo de pedazos de cinc recortados y soldados. La señora Lerat explicaba a Bibi-la-Grillade cómo se retorció un tallo de rosa, dando vueltas al mango de su cuchillo entre sus huesudos dedos. Y a todo esto la conversación se había hecho general, se hablaba en voz alta, las palabras se cruzaban: oíanse en medio del ruido palabras emitidas, muy fuertemente por la señora Fauconnier, que se lamentaba de sus obreras. El día anterior, sin ir más lejos, una aprendiz le había quemado un par de sábanas.

—Puede decirse lo que se quiera —gritaba Lorilleux, dando un puñetazo sobre la mesa—, pero el oro es siempre oro.

Y en medio del silencio producido por esta enorme verdad, no quedó sino la voz meliflua de la señorita Remanjou diciendo:

—Entonces les levanto el fustán y las coso por dentro; les clavo un alfiler en la cabeza para sujetarles el gorro, y se acabó: las vendo en sesenta y cinco céntimos.

Daba esta explicación a Mes-Bottes, cuyas mandíbulas continuaban moviéndose lentamente como la rueda de un molino. Él no pensaba en escucharla, agachaba la cabeza, acechando a los mozos para impedir que se llevaran los platos antes de que él los hubiera dejado completamente limpios. Había comido ternera mechada con salsa y habichuelas verdes. Aparecía ahora el asado; dos pollos esqueléticos, acostados sobre un lecho de berros, marchitos y retostados por el horno. Afuera el sol moría sobre las altas ramas de las acacias. En la sala, el reflejo verdoso se espesaba con los vapores que subían de la mesa, manchada de vino y de salsa y atestada por el desorden de la vajilla y cubiertos; a lo largo de la pared veíanse platos sucios, botellas vacías dejadas allí por los mozos, y desperdicios barridos y arrojados de los manteles. Hacía un fuerte calor; los hombres se quitaron las levitas y siguieron comiendo en mangas de camisa.

—Señora Boche, le suplico que no me los atraque usted tanto —dijo Gervasia, que hablaba poco, vigilando desde lejos a Claudio y a Esteban.

Se levantó y fue a charlar un momento, de pie, detrás de las sillas de los muchachos. Los chicos no sabían todavía lo que hacían, y eran capaces de estarse comiendo todo el día sin rehusar un pedazo; y ella misma les sirvió un trozo de pechuga de pollo. Pero la señora Coupeau dijo que podían muy bien, por una vez, coger una indigestión. La señora Boche, en voz baja, acusó a su marido de pellizcar las rodillas a la señora Lerat ¡Oh! Era un solapado y empinaba el codo de lo lindo. Ella había visto muy bien cómo desaparecía su mano. Si empezaba de nuevo, ¡por lo más santo!, ella era mujer capaz de estrellarle una botella en la cabeza delante de todos.

Cuando se producía el silencio, el señor Madinier aprovechaba para hablar a su gusto de política; la ley del 1.º de mayo era una verdadera abominación; ahora eran necesarios dos años de permanencia. Tres millones de ciudadanos han sido borrados de las listas... Me han dicho que Bonaparte, en el fondo, está muy molesto, porque ama al pueblo, de lo que ha dado pruebas.

Él era republicano, pero admiraba al príncipe, a causa de su tío; un, hombre como aquel no volvería a verse nunca. Bibi-la-Grillade se enfadó; él había trabajado en el Eliseo; había visto a Bonaparte como veía ahora a Mes-Bottes, así, enfrente a él; ¡y bien!, aquel pobre diablo de presidente le parecía un rocín, y nada más. Se hablaba de que iba a hacer una gira por el lado de Lyon; lo mejor que podía ocurrir es que se desbarrancara por ahí, de buen peso se verían libres. Y como la conversación comenzara a hacerse violenta, Coupeau intervino.

—¡Muy bien! No creía que fueseis tan inocentes como para preocuparos todavía por la política. ¡Valiente farsa es la política!... ¿Existe, acaso, para nosotros?... Pueden poner a quien se les antoje, un rey, un emperador o nadie, eso no me impediría ganarme mis cinco francos, comer y dormir. ¿Es o no es así? Buena necesidad es la política.

Lorilleux movió la cabeza. Había nacido el mismo día que el conde de Chambord, el 23 de septiembre de 1790. Esa coincidencia le daba mucho que pensar. Lo llenaba, a veces de un vago ensueño, en el que establecía relación entre la vuelta del rey de Francia y su fortuna personal. No decía claramente lo que esperaba, pero daba a entender que le sucedería una cosa extraordinariamente agradable. Así que cuando le asaltaba uno de sus deseos, demasiado grande para ser satisfecho, lo aplazaba para más tarde, «cuando el rey volviera».

—Por lo demás —añadió—, una tarde vi al conde de Chambord...

Todos los rostros se volvieron hacia él.

—Lo vi perfectamente. Un hombre grueso, con gabán y aspecto de buen muchacho... Yo estaba en casa de Pequignot, un amigo mío que vende muebles, Grand Rue de la Chapelle... El conde de Chambord había dejado allí la víspera un paraguas... El conde entró y dijo sencillamente: ¿Quiere usted hacer el favor de devolverme mi paraguas? ¡Santo Dios! Sí, era él. Pequignot me ha dado su palabra de honor.

Ninguno de los convidados dejó oír una palabra de duda. Hallábanse en los postres. Los mozos desocupaban la mesa con un gran ruido de vajilla. Y la señora Lorilleux, hasta entonces muy circunspecta, dejó escapar un: «¡Qué animal!» porque uno de los mozos, al levantar un plato, le había derramado algo de líquido en el cuello. Con seguridad que su vestido de seda había sido manchado; el señor Madinier tuvo que mirarle la espalda, pero no había nada, podía jurarlo. En ese momento pusieron en la mesa huevos nevados, en una fuente ensaladera, en medio de dos platos de queso y otros dos de fruta. Los huevos nevados, cuyas claras demasiado cocidas nadaban en la crema amarilla, provocaron un gran estupor: no se les

esperaba, y se encontró aquello muy distinguido. Mes-Bottes seguía comiendo; había pedido más pan, dio fin a los dos quesos, y como quedara crema, se hizo alcanzar la ensaladera, a cuyo fondo echó grandes rebanadas de pan como para una sopa.

—El señor es en verdad notable —dijo el señor Madinier, que había vuelto a su estado de admiración.

Entonces los hombres se levantaron para tomar sus pipas, quedaron un instante detrás de Mes-Bottes, dándole golpecitos en la espalda y preguntándole si estaba mejor. Bibi-la-Grillade lo levantó junto con la silla; pero —¡rayos y truenos!— el muy animal había, doblado su peso. Coupeau, bromeando, decía que el camarada apenas comenzaba a animarse y que iba a seguir comiendo pan en la misma forma toda la noche. Los mozos, aterrados, desaparecieron; Boche, que bajó al cabo de un momento, contó que el tabernero tenía una cara que daba gusto verlo; estaba en su mostrador pálido como un muerto, y la dueña, consternada, acababa de mandar a ver si las panaderías estaban abiertas, y hasta el gato de la casa presentaba un aspecto trágico. No podía ser más cómico aquello, y Mes-Bottes valía en oro lo que pesaba. No habría picnic en adelante en que no contaran con él. Y los hombres, con sus pipas encendidas, le dirigían miradas de envidia, porque al fin y al cabo, para comer de esa manera, hacía falta tener una naturaleza de hierro.

—No querría estar encargada de alimentarle —dijo la señora Gaudron—. ¡Eso sí que no! ¡Por nada del mundo!

—¡Vamos!, comadrita mía. No hay que burlarse de la gente —respondió Mes-Bottes, mirando con el rabillo del ojo el vientre de su vecina—. Usted ha engullido mucho más que yo.

Lo aplaudieron, se gritó «¡bravo!». El dicho había sido muy bueno. La noche era muy oscura, en la sala ardían tres mecheros de gas derramando su turbia claridad en medio del humo de las pipas. Los mozos, después de haber servido el café y el coñac, acababan de llevarse los últimos platos sucios. Abajo, junto a las tres acacias, el baile comenzaba con un cornetín de pistón y dos violines que tocaban muy fuerte; unido a esto oíanse enronquecidas risas de mujer en la noche calurosa.

—¡Hay que hacer un brulote! —exclamó Mes-Bottes—. Dos litros de aguardiente, mucho limón y poco azúcar.

Pero Coupeau, viendo frente a él la cara inquieta de Gervasia, se levantó, declarando que no se bebería más. Se habían tomado veinticinco litros de vino, cada cual su litro y medio, contando a los niños como personas mayores, y eso era bastante. Acababan de comer un bocado juntos, como buenos amigos, sin algazara, porque sentían estima los unos por los otros, y habían querido celebrar una fiesta como en familia. Y todo se había realizado divinamente, se sentían alegres y no veía la necesidad de que ahora fueran a emporcarse con esas inmundicias, sobre todo si querían guardar el respeto debido a las damas. En una palabra, como un fin de fiesta, se habían reunido para brindar a la salud de los cónyuges, y no para emborracharse. Este discursillo, pronunciado con tono convencido por el plomero que se llevaba la

mano al pecho al terminar cada frase, tuvo la más viva aprobación de Lorilleux y del señor Madinier; pero los demás, Boche, Gaudron, Bibi-la-Grillade, y sobre todo Mes-Bottes, que se había echado al colete buena cantidad de vino, se mofaron a su antojo, quejándose de sentir una sed de todos los diablos que necesitaban saciarla.

—Los que tienen sed, tienen sed, y los que no la tienen, no la tienen —dijo Mes-Bottes—. Teniendo en cuenta esto se va a encargar el brulote. No se obliga a nadie. Los aristócratas pueden encargar agua azucarada.

Y como el plomero intentara comenzar a sermonear de nuevo, el otro, que se había puesto de pie, se dio una palmada en las nalgas, exclamando:

—Mira, bésame aquí... Mozo, dos litros del añejo.

Entonces Coupeau dijo que estaba muy bien, pero que se iba a arreglar solamente la cuestión de los gastos inmediatamente, de ese modo se evitarían disputas. Las personas bien educadas no estaban obligadas a pagar por los borrachos. Y precisamente Mes-Bottes, después de haber buscado largo rato en sus bolsillos, no encontró sino tres francos y treinta y cinco céntimos. Él no tenía la culpa. ¿Por qué lo habían hecho estar de plantón en el camino de Saint-Denis? No iba a esperar que la lluvia lo inundara, y había echado mano a la moneda de cinco francos. Los otros eran los responsables... Y terminó entregando los tres francos, y se guardó los treinta y cinco céntimos para su tabaco de la mañana siguiente. Coupeau, furioso, le hubiera dado unos cuantos golpes de buena gana, pero Gervasia le tiró de la levita, muy asustada y suplicante. Y no tuvo más remedio que pedirla prestados dos francos a Lorilleux, que al principio los rehusó, acabando por esconderse para dárselos, porque su mujer no habría consentido jamás.

Entretanto, el señor Madinier había tomado un plato; las señoritas y las señoras que habían ido solas, y que eran la señora Lerat, la señora Fauconnier y la señorita Remanjou, fueron las primeras en depositar discretamente una moneda de cinco francos. En seguida los hombres se retiraron al otro extremo de la sala a hacer las cuentas. Eran quince, por lo tanto la misma ascendía a setenta y cinco francos. Cuando los setenta y cinco francos estuvieron en el plato, cada hombre añadió cinco sueldos de propina para los mozos. Fue necesario un cuarto de hora de cálculos intrincados antes de que todo quedara arreglado a completa satisfacción de cada uno.

Pero cuando el señor Madinier, que quería arreglar el asunto con el patrón, hizo llamar al tabernero, los reunidos quedaron estupefactos al oírle decir sonriente, que aquello no satisfacía la cuentas. Había «suplementos», y como esa palabra «suplementos» fuera acogida con exclamaciones furibundas, el hombre dio detalladamente sus explicaciones; veinticinco litros de vino en lugar de veinte convenidos de antemano; los huevos nevados, que él había añadido, dada la escasez de los postres, y, por último, una botella de ron servida con el café, por si hubiera alguien a quien le gustara el ron. Armóse entonces un gran estrépito. Coupeau se debatía como un desesperado; él no había hablado nunca de veinte litros; en cuanto a los huevos a la nieve, entraban en el postre; tanto peor si el figonero los había

añadido por su propia voluntad; quedaba la botella de ron, una guasa, un modo de aumentar la cuenta, deslizándose en la mesa licores en los que nadie se fijaba.

—La botella estaba en la bandeja del café —gritaba—; por tanto debe formar parte del café... No nos moleste más. Tome su dinero y que nos corten la cabeza si volvemos a poner los pies en este tugurio.

—Son seis francos más —repetía el tabernero—. ¡Denme mis seis francos, ya que no les cobro los tres panes que se ha comido el señor!

La concurrencia, agrupada alrededor de él, hacía toda clase de gestos y lanzaba toda clase de improperios, sofocados por la cólera. Las mujeres, sobre todo, saliendo de su mutismo, rechazaban la idea de agregar un solo céntimo. ¡Vaya; vaya! Bonita estaba la boda. ¡No sería la señorita Remanjou quien se volviera a mezclar en comilonas como aquella! La señora Fauconnier había comido muy mal; en su casa, por cuarenta céntimos, se habría confeccionado un plato como para chuparse los dedos. La señora Gaudron se quejaba amargamente de haber sido colocada al extremo de la mesa, al lado de Mes-Bottes, quien no había demostrado la menor consideración. En fin, estas fiestas acababan siempre mal; cuando se quería tener gente en la boda había que invitarles, obsequiarles, ¡voto a cribas! Y Gervasia, refugiada cerca de mamá de Coupeau ante una de las ventanas, no decía nada, llena de vergüenza, sintiendo que todas estas recriminaciones caían sobre ella.

El señor Madinier acabó por bajar con el tabernero y se les oyó discutir abajo. Al cabo de una media hora, el cartonero subió; había terminado la discusión dando tres francos. Pero la concurrencia se sentía vejada, exasperada, hablando sin cesar del tema de los suplementos. Y el estruendo fue mayor debido a un rapto de celos de la señora Boche. No perdía de vista a su marido, y como lo viera en un rincón pellizcar el talle de la señora Lerat, se levantó y, con toda su fuerza, le lanzó una botella que fue a estrellarse contra la pared.

—¡Cómo se nota que su marido es sastre, señora! —dijo la viuda, con una mueca significativa—. Es el faldero número uno. He tenido que largarle buenos puntapiés por debajo de la mesa.

La fiesta se había agitado, y cada vez estaban los ánimos más excitados. El señor Madinier propuso cantar, pero Bibi-la-Grillade, que tenía una hermosa voz acababa de desaparecer, y la señorita Remanjou, que se hallaba acodada a una ventana, lo vio bajo las acacias, haciendo saltar a una gran moza con los cabellos sueltos. El cornetín de pistón y los dos violines tocaban «Le marchand de moutarde», un rigodón al que acompañaban con palmadas. Entonces comenzó la desbandada; Mes-Bottes y el matrimonio Gaudron bajaron; Boche se largó también. Desde las ventanas se veía a las parejas dar vueltas entre las hojas, a las que las linternas colgadas de las ramas daban un tinte verdoso subido, como de decoración teatral.

La noche dormía sin el más leve soplo, como agotada por el gran calor. En la sala se entabló una conversación seria entre Lorilleux y Madinier, mientras que las

señoras, no sabiendo cómo aliviar su contenida cólera, miraban sus vestidos, buscando posibles manchas.

Los flecos de la señora Lerat se empaparon de café. El traje de seda cruda de la señora Fauconnier estaba lleno de salsa. El chal verde de mamá Coupeau se había caído de la silla y lo acababan de encontrar en un rincón, arrugado y pisoteado. Pero la más sofocada era la señora Lorilleux. Tenía una mancha en la espalda, pero inútil decirle que no existía tal porque ella la sentía, y acabó volviéndose ante un espejo para vérsela.

—¿No lo decía yo? —gritaba—. Es salsa de pollo. El mozo pagará el vestido, y si no lo llevaré a los tribunales... Ha sido el día completo. Hubiera hecho mucho mejor en quedarme en la cama tranquilamente. Me voy ahora mismo, ¡ya estoy harta de esta maldita boda!

Se marchó toda rabiosa, haciendo temblar la escalera con sus taconazos. Lorilleux corrió detrás de ella. Pero todo lo que pudo obtener fue que le esperaría cinco minutos en la acera si quería irse con ella. Ella debiera haberse largado después de la tempestad, como fue su primera intención. Coupeau le pagaría este «divino» día. Cuando este último la vio tan furiosa pareció consternarse, y Gervasia, para evitarle enfados, accedió a volverse a casa en seguida.

Se despidieron apresuradamente, y el señor Madinier se encargó de acompañar a mamá Coupeau. La señora Boche debía llevarse, por esta primera noche, a Claudio y Esteban a dormir a su casa; su madre podría estar tranquila, los pequeños dormirían en sillas, atontados por una pesada digestión de huevos a la nieve. Por fin los recién casados se escaparon con Lorilleux, dejando el resto de la comitiva en casa del tabernero, cuando una batalla se entablaba de nuevo en el baile, entre su gente y la de la otra reunión; Boche y Mes-Bottes, que habían besado a una señora, no querían devolverla a dos militares con los que iba acompañada, y amenazaban con armar un escándalo mayúsculo en medio del desenfrenado alboroto que producía el cornetín de pistón y los dos violines que tocaban la polca de las *Perlas*.

Eran apenas las once. En el bulevar de la Chapelle y en todo el barrio de la Goutte-d'Or, la paga de la quincena entera, cobrada el sábado, producía una algarabía enorme de gente borracha. La señora Lorilleux esperaba a veinte pasos del *Moulin-d'Argent* de pie, bajo un farol de gas. Se agarró del brazo de Lorilleux y echó a andar hacia adelante, sin volverse, con un paso tal, que Gervasia y Coupeau iban tras de ella con la lengua afuera. A veces bajaban de la acera para dejar sitio a un borracho caído en ella despatarrado. Lorilleux se volvió, buscando la manera de dejar las cosas en su sitio.

—Vamos a acompañaros hasta la puerta de vuestra casa —dijo a los novios.

La señora Lorilleux, alzando la voz dijo que le parecía una broma pesada el que pasasen su noche de bodas en un infecto local llamado Boncœur. ¿No hubiera sido mejor aplazar el matrimonio para ahorrar cuatro céntimos y comprar algunos muebles que les permitieran pasar la primera noche en su casa? ¡Ah!, iban a estar divinamente

bajo los tejados apilados, los dos en un cuartucho de diez francos, donde no había ni aire para respirar.

—Lo he dejado, no nos quedaremos arriba —objetó tímidamente Coupeau—. Nos quedamos con el cuarto de Gervasia, que es mucho más grande.

La señora Lorilleux, olvidándose de todo, se volvió con un movimiento brusco.

—¡Ésta sí que es buena! —gritó—. ¡Conque vas a dormir en la habitación de la Banbán!

Gervasia se puso completamente pálida. Aquel apodo que recibía en la cara por primera vez la hería como una bofetada. Ella comprendía bien el significado de la exclamación de su cuñada; el cuarto de la Banbán era aquel en que ella había vivido durante un mes con Lantier, y donde los restos de su vida pasada flotaban aún en el ambiente. Coupeau no comprendió; pero le hirió el tono del apodo.

—Haces mal en bautizar a los demás —respondió con mal humor—. ¿Es que tú no sabes que te llaman en todo el barrio «Cola de vaca» a causa de tus cabellos? Vaya, vaya; parece que no te hace gracia. ¿Por qué no habríamos de quedarnos en la habitación del primero? Esta noche los chicos no duermen allí, por lo que estaremos divinamente.

La señora Lorilleux no añadió ni una palabra, encerrándose en su dignidad, enormemente ofendida al oírse llamar «Cola de vaca». Coupeau, para consolar a Gervasia, le estrechaba suavemente el brazo; y hasta consiguió distraerla contándole al oído que constituirían una familia con la enorme cantidad de treinta y cinco céntimos en conjunto, en tares monedas de diez céntimos y una de cinco, que hacía sonar con la mano metida en el bolsillo de su pantalón. Cuando llegaron al hotel Boncœur se despidieron con aire de mal humor, y en el momento en que Coupeau empujaba a las dos mujeres para que se abrazaran, tratándolas de animales, un borracho, que quería pasar por la derecha, dio un tumbo hacia la izquierda y vino a colocarse entre ellas.

—¡Anda, si es el tío Bazougue! —dijo Lorilleux—. Va hoy bien cargado.

Gervasia, asustada, se pegaba contra la puerta del hotel. El tío Bazougue, un sepulturero de unos cincuenta años, llevaba su pantalón negro sujeto a la espalda, y el sombrero de cuero negro abollado, sin duda a causa de alguna caída.

—No tengáis miedo, no es mala persona. Es el vecino de la tercera habitación del corredor antes de llegar a nuestra casa... ¡Bueno quedaría si su administración le viera en tal estado!

Entretanto, al tío Bazougue le molestaba el terror de la joven.

—¡Bueno, y qué! —gruñó—. Entre nosotros nadie se come a nadie... Yo soy igual que otro cualquiera, para que lo sepas, pequeña... Sin duda he bebido un poco más de la cuenta. Cuando la tarea da de sí, es preciso echar una cana al aire. No es usted ni la compañía los que habrían cargado con el caballero particular de seiscientas libras de peso que, entre dos, hemos bajado desde el cuarto piso a la acera, sin la menor fractura... Me gusta la gente alegre.

Pero Gervasia se apretaba cada vez más contra el ángulo de la puerta, poseída de un gran deseo de llorar que le echaba a perder su día de justa alegría. No pensaba ya en abrazar a su cuñada. Suplicaba a Coupeau que la alejara del borracho. Bazougue, tambaleándose, le lanzó un gesto lleno de desdén filosófico.

—Esto no será obstáculo para que pase usted por ello, pequeña mía... Estará muy satisfecha de pasar un día por ello... Sí, yo conozco a mujeres que estarían encantadas si cargásemos con ellas.

Y como los Lorilleux se decidieran a llevárselo, él se volvió y balbuceó una última frase entre dos hipos:

—Cuando se muere..., fíjense bien..., cuando se muere es para mucho tiempo.

CAPÍTULO IV

Transcurrieron cuatro años de duro trabajo. En el barrio, Gervasia y Coupeau constituían un buen matrimonio. Vivían apartados, sin disputas, dándose su paseo regularmente los domingos, del lado de Saint-Ouen. La mujer trabajaba doce horas en casa de la señora Fauconnier y, a pesar de ello, aún tenía tiempo de sobra para limpiar su casita y dejarla como los chorros del oro y hacer, por la mañana y por la noche, la comida a toda su gente. Él no se emborrachaba, entregaba sus quincenas, y para tomar el aire fumaba una pipa en la ventana antes de acostarse. Se les citaba como modelos por su amabilidad, y como ganaban entre los dos cerca de nueve francos diarios se calculaba que podían ahorrar una cantidad nada despreciable.

Pero sobre todo en los primeros tiempos les fue preciso esforzarse mucho para cubrir todos los gastos. Su boda les había cargado la espalda con una deuda de doscientos francos. Además, el hotel Boncœur les resultaba insoportable; lo encontraban repugnante y frecuentado por gente de mala reputación; soñaban con verse en su casita, con muebles suyos, que cuidarían. Veinte veces hicieron sus cálculos para reunir la suma necesaria; en números redondos, el gasto ascendería a 350 francos, si no querían en seguida verse dificultados para conseguir las cosas necesarias y tener a mano una cacerola o una sartén cuando les fuere menester. No creían fácil poder reunir antes de dos años una suma tan enorme, cuando la casualidad les deparó una ocasión: un anciano caballero de Plassans les pidió a Claudio, el mayor de los muchachos, para hacerle ingresar en un colegio; generoso capricho de un original aficionado a la pintura, a quien habían llamado la atención los monigotes garrapateados por el chiquillo. Claudio les costaba ya un ojo de la cara. Cuando ya no tuvieron a su cargo más que a Esteban, ahorraron los 350 francos en siete meses y medio. El día en que compraron sus muebles en casa de un revendedor de la calle Belhomme, dieron un paseo por los bulevares exteriores antes de volver a casa con el corazón rebosante de alegría. Tenían una cama, una mesita de noche, una cómoda con tablero de mármol, un armario, una mesa redonda con su hule y seis sillas de antigua caoba; sin contar la ropa de cama, la ropa blanca y los utensilios de cocina, todo ello casi nuevo. Esto representaba para ellos una entrada seria y definitiva en la vida, algo que, al hacerles propietarios, les daba cierta importancia entre las gentes bien acomodadas del barrio.

La elección de una vivienda les preocupaba desde hacía dos meses; querían ante todo alquilarla en la gran casa de la calle de la Goutte-d'Or; pero, como ninguna habitación estaba desocupada, tuvieron que renunciar a su antiguo sueño. A decir verdad, Gervasia no lo sintió gran cosa en el fondo; la vecindad de los Lorilleux, puerta por puerta, la horrorizaba. Entonces buscaron por otra parte. Coupeau, con mucho acierto, no quería alejarse del taller de la señora Fauconnier, para que

Gervasia pudiera, de un salto, estar en su casa a todas horas del día. Y por fin encontraron una ganga, un gran cuarto con gabinete y cocina en la calle Nueva de la Goutte-d'Or, casi enfrente de la planchadora. Era una casita de un solo piso, con una escalera muy empinada, encima de la cual sólo había dos habitaciones, una a la derecha y otra a la izquierda; el piso bajo estaba habitado por un alquilador de coches, cuyo material ocupaba unos cobertizos en un gran patio a lo largo de la calle. La joven, llena de gozo, creía haber vuelto al pueblo: nada de vecinos, ni chismes que temer; un rincón tranquilo que le recordaba una callejuela de Plassans, detrás de los cuarteles, y para colmo de dicha, podía ver su ventana, desde su taller, sin dejar las planchas, con sólo alargar la cabeza.

La mudanza se realizó en los últimos días de abril. Gervasia se hallaba a la sazón encinta de ocho meses; pero sentíase muy animosa y decía riendo que el niño la ayudaba cuando trabajaba; sentía que sus manitas la empujaban y le daban fuerza. ¡Ah! ¡Cómo se reía de Coupeau cuando éste se empeñaba en hacerla acostar para que descansara! Ya se acostaría cuando viniesen los dolores fuertes, siempre sería demasiado pronto; pues ahora, con una boca más, iba a ser preciso hacer un gran esfuerzo. Y fue ella misma quien limpió la casita antes de ayudar a su marido a colocar los muebles en su sitio. Sentía adoración por estos muebles, limpiándolos con cuidados maternales, partiéndosele el corazón a la vista del menor arañazo; parábase sobresaltada, como si hubiera sido ella misma la que se hubiera golpeado cuando los tropezaba al barrer. La cómoda, sobre todo, era su delicia; la encontraba encantadora, sólida, de aspecto serio. Un gran deseo que no se atrevía a exponer, era el de un reloj para ponerle encima del mármol, donde, sin duda, ofrecería un aspecto magnífico. A no ser por el bebé que iba a venir se hubiera arriesgado a comprarlo. En fin, suspirando, abandonaba la idea para más adelante.

El matrimonio vivió en la gloria en su nueva morada. La cama de Esteban ocupaba el gabinete, en donde todavía podía instalarse otra camita de niño. La cocina cabía en un puño, y era oscura como boca de lobo; pero dejando abierta la puerta se podía ver lo suficiente; a más, Gervasia no tenía que hacer comida para treinta personas; bastaba que tuviese sitio para colocar su puchero. La sala grande constituía su orgullo. En cuanto amanecía corría las cortinas de la alcoba, cortinas de percal blanco, y la habitación se transformaba en comedor, con la mesa en medio y el armario y la cómoda uno enfrente de la otra. Como la chimenea gastaba hasta setenta y cinco céntimos de carbón de piedra por día, la habían tapiado, sustituyéndola por una estufilla de hierro que colocaban sobre la plancha de mármol y que les calentaba por treinta y cinco céntimos, cuando el frío arreciaba. Coupeau, por su parte, había adornado las paredes como mejor pudo, prometiéndose embellecimientos sucesivos; un gran grabado representando a un mariscal de Francia, caracoleando con su bastón en la mano, entre un cañón y un montón de granadas, hacía las veces de espejo; encima de la cómoda, las fotografías de la familia estaban colocadas en dos hileras, a derecho e izquierda de una antigua pila de agua bendita, de porcelana dorada, en la

que se ponían los fósforos; sobre la cornisa del armario había un busto de Pascal haciendo juego con otro de Beranger, el uno grave, el otro sonriente, próximos al reloj de cuclillo, cuyo tic-tac parecía que escuchaban. Era, sin duda alguna, una linda habitación.

—¿A qué no aciertan ustedes cuánto pagamos? —preguntaba Gervasia a cada visitante.

Y cuando indicaban un precio superior al real, exclamaba, triunfante y satisfecha de encontrarse tan bien instalada por tan poco dinero:

—Ciento cincuenta francos, ni un céntimo más. ¡Si es regalado!

Una gran parte de su alegría era la calle Nueva de la Goutte-d'Or. Gervasia vivía en ella, yendo sin cesar de su casa a la de la señora Fauconnier. Coupeau, por la noche, bajaba a fumarse su pipa en el umbral de la puerta. La calle sin aceras y con el empedrado levantado formaba una cuesta. En la parte alta, del lado de la calle de la Goutte-d'Or, se veían tiendas sombrías, con vidrieras sucias, zapateros, toneleros, una lóbrega tienda de comestibles, un tabernero en quiebra, cuyas puertas cerradas desde hacía varias semanas se cubrían de anuncios. En el otro extremo, hacia París, las casas de cuatro pisos ocultaban el cielo; las plantas bajas se hallaban ocupadas por planchadoras, muy cerca unas de otras, hacinadas; únicamente una fachada de peluquería de provincia, pintada de verde y llena de frascos de distintos colores; ponía una nota alegre en este rincón sombrío, con el vivo resplandor de las bacías de cobre, siempre limpias. Pero la alegría de la calle se encontraba en medio, en el sitio en que las construcciones eran más escanciadas y más bajas, dejando entrar el aire y el sol. Entre los cobertizos del alquilador de carruajes y el establecimiento vecino donde se fabricaba agua de seltz, el lavadero permitía dejar un vasto espacio libre, silencioso, en el que las voces ahogadas de las lavanderas y el ronquido regular de la máquina a vapor parecían aumentar el recogimiento. Grandes hondonadas y avenidas que se hundían entre muros negros hacían de aquello un poblacho. Y Coupeau, distraído por los escasos transeúntes que saltaban por encima de las aguas jabonosas, creía recordar un lugar al que le había llevado uno de sus tíos a la edad de cinco años. La alegría de Gervasia la constituía un árbol plantado en un patio, a la izquierda de su ventana; una acacia con una única rama, y cuyo pobre verdor bastaba para el solaz de toda la calle.

En el último día del mes de abril dio a luz la joven. Los dolores comenzaron hacia las cuatro de la tarde, cuando se encontraba planchando un par de cortinas en casa de la señora Fauconnier. No quiso retirarse en seguida, se quedó retorciéndose en una silla, planchando cada vez que aminoraban los dolores; el trabajo corría prisa y ella se empeñó en terminarlo; además, quizá fuera un cólico; no había que hacer demasiado caso a un dolor de vientre. Pero cuando hablaba de comenzar con unas camisas de hombre se quedó blanca como la cera. Tuvo que abandonar el taller atravesando la calle completamente encorvada y apoyándose en las paredes. Una obrera se ofreció para acompañarla; no quiso, únicamente le rogó que fuera a avisar a la comadrona,

que vivía al lado, en la calle de la Charbonnière. No se iba a prender fuego a la casa, bien, seguro; tendría para toda la noche, y aquello no la impediría, al llegar, preparar la cena de Coupeau y en seguida se echaría sobre la cama sin desnudarse. En la escalera fue acometida de angustia tal, que tuvo que sentarse en medio de los peldaños, metiéndose los puños en la boca para no gritar, pues hubiese experimentado un gran bochorno si la encontrasen allí hombres al subir la escalera. El dolor pasó; aliviada, pudo abrir la puerta, pensando decididamente haberse equivocado. Para aquella noche tenía preparado un guiso de carne con trocitos de costillas. Todo fue bien mientras pelaba las patatas. Removía los trocitos de costilla en una sartén cuando los sudores y los dolores se volvieron a presentar. Continuó removiendo el guiso, pateando ante el hornillo, cegada por gruesas lágrimas.

El que ella pariese no era un motivo para dejar a Coupeau sin comer. Por fin el guiso se fue haciendo sobre un fuego cubierto de ceniza. Volvió al cuarto, creyendo tener tiempo de poner un cubierto a un lado de la mesa. Tuvo que dejar la botella del vino, no tuvo ni fuerza para acercarse al lecho, cayó al suelo y allí mismo, sobre una estera, dio a luz. Cuando la comadrona llegó, un cuarto de hora después, tuvo que prestarle ayuda donde estaba.

El plomero continuaba trabajando en el hospital. Gervasia no quiso que se le fuese a molestar. Cuando llegó, a las siete, la encontró acostada, bien arropada y con el rostro muy pálido sobre la almohada. La criatura lloraba, envuelta en un chal, a los pies de la madre.

—¡Ah, pobrecita mía! —exclamó Coupeau, besando a Gervasia—. Y yo que bromeaba no hace ni una hora mientras tú pasabas las de Caín... Pero, dime, estás tan tranquila, sueltas eso en menos tiempo que se necesita para estornudar.

Ella se sonrió débilmente y murmuró:

—Es una niña.

—¡Estupendo! —repuso el plomero, bromeando para animarla—. Yo había encargado una niña y se me ha complacido. Está visto, haces todo cuanto quiero...

Y tomando a la niña continuó:

—Venga que la vea un poco, ¡señorita Souillon! (puerca)... Tiene usted una carita bien negra; pero no hay que apurarse, ya blanqueará; es preciso que sea usted seria y no coquette, hay que ser juiciosa como papá y mamá.

Gervasia, callada, miraba a su hija con los ojos muy abiertos, un tanto ensombrecidos de tristeza. Bajó la cabeza; habría querido un niño, porque los muchachos se desenvuelven siempre mejor y no corren tantos riesgos en este París. La comadrona tomó la muñeca de manos de Coupeau. Prohibió también a Gervasia que hablara; ya era mala cosa que se hiciera tanto ruido alrededor. Entonces el plomero dijo que sería preciso avisar a mamá Coupeau y a los Lorilleux; pero se moría de hambre, quería comer antes. Fue una contrariedad para la recién parida verle servirse a sí mismo, correr a la cocina, buscar el guiso, comer en un plato soperó y que no encontrase el pan. A pesar de la prohibición se lamentaba, revolviéndose entre

las sábanas. Había sido una tonta no pudiendo poner la mesa; el dolor la había tirado al suelo como si la hubieran dado un garrotazo. Su pobre marido dejaría de quererla al verla allí tan descansada y él comiendo tan mal. ¿Estarían las patatas bastante cocidas?... No se acordaba si les había echado sal.

—¡Cállese! —gritó la comadrona.

—¡Oh! no podrá impedirle que se dé mal rato —dijo Coupeau con la boca llena—. Si no estuviera usted aquí, estoy seguro que se levantaría a partirme el pan... Estáte quieta boca arriba, tontona. Si no obedeces, ni en quince días te verás de pie... Está muy bueno tu guisado. Usted comerá conmigo, ¿no es cierto, señora?

La comadrona no aceptó; pero se dispuso a beberse un vaso de vino, porque la había emocionado, decía, encontrar a la infeliz mujer con el bebé sobre la estera. Coupeau marchó por fin a dar la noticia a la familia. Una media hora después vino con toda la gente: mamá Coupeau, los Lorilleux y la señora Lerat, que se encontraba en casa de éstos cuando él llegó. Los Lorilleux, ante la prosperidad de la pareja, estaban muy amables, elogiando a Gervasia desmedidamente, pero dejando escapar gestecillos restrictivos, movimientos de cabeza y de párpados como para posponer su verdadero juicio. En fin, ellos sabían lo que sabían; pero en modo alguno querían ir contra la opinión de todo el barrio.

—¡Aquí te traigo a toda la gente! —gritó Coupeau—. Han querido verte... Tú no abras el pico, que te lo han prohibido. Permanecerán aquí mirándote tranquilamente con formalidad, ¿no es cierto?... Y, entretanto, yo voy a hacerles café.

Desapareció en la cocina. Mamá Coupeau, después de haber besado a Gervasia, se maravillaba de la hermosura de la nena. Las otras dos mujeres aplicaron igualmente sonoros besos en las mejillas de la enferma. Y los tres, de pie delante de la cama, comentaban, haciendo mil exclamaciones, contando detalles de partos raros; apenas era nada aquello, como sacarse una muela, y pare usted de contar. La señora Lerat examinaba minuciosamente a la pequeña, declaraba que estaba perfectamente formada e incluso añadía, con intención, que sería una guapa moza, y como le encontrase la cabeza muy puntiaguda la presionaba ligeramente con el fin de redondeársela, a pesar de los gritos de la nena.

La señora Lorilleux le quitó la criatura, incomodándose: aquello bastaba para transmitir todos los vicios a una criatura, sobándola de tal manera cuando aun tenía el cráneo tan tierno. En seguida se puso a buscar el parecido. Poco faltó para que se pelearan. Lorilleux, que estiraba el cuello por detrás de las mujeres, repetía que la recién nacida no tenía nada de Coupeau; quizá la nariz un poco, y ni aun eso; se parecía en todo a su madre, menos en los ojos; con seguridad, esos ojos no venían de la familia.

Entretanto, Coupeau no aparecía. Se le oía en la cocina pelear con el hornillo y la cafetera. Gervasia se quemaba la sangre; no era ocupación de un hombre hacer café y le gritaba lo que tenía que hacer, sin hacer caso de los siseos enérgicos de la comadrona.

—¡Aparten ustedes a la pequeña! —dijo Coupeau entrando con la cafetera en la mano—. ¡Buena está la bulla que le hemos metido!... Necesitará reposar un poco... Tendremos que beber en vaso, porque las tazas se han quedado en la tienda.

Sentáronse alrededor de la mesa, y el plomero se empeñó en servir el café por su propia mano. Oía agradablemente, no era cosa de broma. Cuando la comadrona hubo paladeado su vaso se marchó: todo iba como una seda, ya no hacía falta ninguno allí; si la parturienta no pasaba bien la noche podían mandar a buscarla al día siguiente. No había terminado de bajar la escalera, cuando la señora Lorilleux se puso a tratarla de bebedora y de inútil para todo. Echaba cuatro terrones de azúcar en su café y cobraba quince francos por dejar parir sola a una mujer.

Pero Coupeau salió en su defensa; con el mayor gusto daría los quince francos; después de todo, estas mujeres se pasan su juventud estudiando, y tienen razón en cobrar tan caro. En seguida, Lorilleux se puso a disputar con la señora Lerat; él afirmaba que para tener un varón era preciso colocar la cabecera de la cama orientada hacia el norte; mientras que ella alzaba los hombros, tratando aquello de niñería y daba otra receta, que consistía en esconder bajo el colchón, sin que se enterase la interesada, un puñado de ortigas frescas, cogidas al sol. Colocaron la mesa junto a la cama. Hasta las diez Gervasia, acometida poco a poco de una gran fatiga, permaneció sonriente y como atontada, con la cabeza vuelta sobre la almohada; veía, oía, pero no tenía fuerzas para hacer un solo gesto ni pronunciar una palabra; tenía la sensación de estar muerta, con una muerte muy dulce, desde el fondo de la cual contemplaba feliz la vida de los demás. De vez en cuando se oía un vagido de la niña, en medio de las fuertes voces y las reflexiones interminables sobre un asesinato cometido el día anterior en la vieja calle de Bon-Puitz, al final de la Chapelle.

Por último, cuando la concurrencia pensaba en marcharse, se habló del bautizo. Los Lorilleux aceptaron ser los padrinos, en su interior lo hacían a regañadientes; no obstante, si el matrimonio no se hubiera dirigido a ellos, habrían hecho un papel ridículo. Coupeau no sentía gran necesidad de bautizar a la pequeña; pues tenía por seguro que esto no le proporcionaría diez mil libras de renta, sino por el contrario, se corría peligro de que la chiquilla se resfriara. Cuanto menos tuviera que ver con los curas era mucho mejor, pero mamá Coupeau lo trató de ateo. Los Lorilleux, sin comerse a los santos, se preciaban de ser religiosos.

—Lo podemos dejar para el domingo, si les parece —dijo el cadenista.

Gervasia consintió con un signo de cabeza; todo el mundo la besó, recomendándole que se cuidase. Se despidieron también de la recién nacida. Uno a uno se fueron inclinando sobre este cuerpecito que tiritaba con risitas y palabras de ternura, como si hubiera podido comprenderles. Y la llamaban Naná, designación cariñosa del nombre de Ana que llevaba su madrina.

—Buenas noches, Naná... Vamos, Naná, a ser buena niña...

Cuando por fin se fueron, Coupeau puso su silla al lado de la cama y terminó su pipa, con la mano de Gervasia entre las suyas. Fumaba lentamente, lanzando, muy

conmovido, frases entre bocanada y bocanada.

—¿Te han mareado mucho, viejita mía? Como puedes comprender, no he podido evitar que viniesen. Aparte de todo, así prueban su amistad... Pero ¿no te parece que se está mejor solos? Por mi parte, yo tenía necesidad de encontrarme solo contigo, como estoy ahora. ¡La reunión me ha parecido tan larga!... ¡y esta pobre pollita!... ¡También ha tenido que soportar esta noche!... Cuando estos renacuajos vienen al mundo, no se dan cuenta del mal que hacen. Debe de ser una cosa así como si nos abrieran los riñones... ¿Dónde está la pupita, para que yo la bese?

Delicadamente le había deslizado bajo la espalda una de sus gruesas manos, y la atraía y besábale el vientre por encima de la sábana, dominado por una ternura de hombre rudo ante aquella fecundidad dolorida aún. Preguntaba si le hacía daño. Habría querido curarla con su aliento. Gervasia se sentía muy feliz, jurándole que no sufría en absoluto. Únicamente pensaba en levantarse lo más pronto posible, porque en lo sucesivo no había que estarse mano sobre mano. Pero él la tranquilizaba. ¿Es que no se iba a encargar él de ganar lo suficiente para la niña? Sería un ruin si alguna vez llegara él a echarle esta carga encima... En realidad, hacer un niño no era una cosa difícil; el verdadero mérito estaba en alimentarlo.

Aquella noche, Coupeau apenas durmió. Había cubierto el fuego de la estufa. Tuvo que levantarse cada hora para dar al bebé cucharaditas de agua tibia con azúcar. Esto no le impidió que, llegada la mañana, marchase al trabajo como de costumbre: y hasta aprovechó la hora del desayuno para ir a la alcaldía a hacer su declaración. Mientras tanto, prevenida la señora Boche, fue a pasar el día al lado de Gervasia; pero ésta, después de diez horas de profundo sueño, se lamentaba, diciendo que estaba dolorida de hallarse en la cama. Caería enferma si no la dejaban levantarse. Por la noche, cuando Coupeau volvió, le contó sus tormentos: desde luego que tenía confianza en la señora Boche, pero la ponía fuera de sí ver a una extraña instalarse en su cuarto, abrir los cajones y tocar sus cosas. Al día siguiente, la portera, al volver de hacer un recado, la encontró ya en pie, vestida, barriendo y ocupándose de la comida de su marido; y ya no quiso volver a acostarse. Quizá se burlarían de ella. Es bueno para las señoras estar descansando; pero cuando no se es rico no se tiene tiempo para esas cosas. Tres días después de haber dado a luz, planchaba enaguas en casa de la señora Fauconnier, removiendo sus planchas y empapada en sudor por el enorme calor del hornillo.

El sábado por la noche, la señora Lorilleux trajo sus regalos de madrina; un gorro, de un franco sesenta y cinco, y un faldón de acristianar, plisado y guarnecido con un pequeño encaje que había obtenido por seis francos, por hallarse deslucido. Al día siguiente, Lorilleux, como padrino, dio a la recién parida seis libras de azúcar. Hacían las cosas con rumbo. Ni aun por la noche, con motivo de la cena que tuvo lugar en casa de los Coupeau, se presentaron con las manos vacías. El marido llegó con un litro de vino debajo de cada brazo, mientras que la señora se presentó con un gran flan comprado en una pastelería muy nombrada, de la calzada de Clignancourt. Lo

único malo fue que los Lorilleux contaron sus larguezas a todo el barrio; habían gastado cerca de veinte francos.

Enterada Gervasia de sus comadres, se abochornó y no les agradeció, por ello, nada de lo que habían hecho.

Durante la comida del bautizo, los Coupeau acabaron de trabar estrecha amistad con los vecinos del rellano. El otro departamento estaba ocupado por dos personas, madre e hijo, los Goujet, como se les llamaba. Hasta ese momento se habían limitado a saludarse en la escalera y en la calle, nada más; los vecinos parecían un poco retraídos; pero como la madre le había subido un cubo de agua, al día siguiente de su alumbramiento, Gervasia juzgó oportuno invitarlos a la comida, tanto más cuanto que le parecían personas decentes. Y de esta manera trabaron relaciones.

Los Goujet eran oriundos del norte. La madre se dedicaba a arreglar encajes; el hijo, herrero de oficio, trabajaba en una fábrica de pasadores. Ocupaban el cuarto desde hacía cinco años. Tras de la paz muda de su existencia se ocultaba toda una antigua amargura: el viejo Goujet, en un día de embriaguez furiosa, en Lille, mató a un compañero a fuerza de golpes con una barra de hierro, y luego se estranguló en la prisión con el pañuelo. La viuda y el niño, llegados a París después de su desgracia, sentían constantemente este drama sobre sus cabezas, y lo recataban con una honradez absoluta, dulzura y valor inalterables. Hasta se mezclaba un poco de orgullo en su situación, pues llegaban a sentirse mejores que los demás. La señora Goujet, siempre vestida de negro, con la frente ceñida por una cofia monacal, tenía una faz blanca y reposada de matrona, como si la blancura de los encajes, el trabajo minucioso de sus dedos, le hubiesen comunicado un destello de serenidad. Goujet era un coloso de 32 años, robusto, con el semblante rosado, los ojos azules, de una fuerza hercúlea; en el taller, los camaradas le llamaban Gueule-d'Or, a causa de su bella barba rubia.

Gervasia se sintió atraída inmediatamente por estas gentes. Cuando entró por primera vez en su casa, se quedó maravillada de la limpieza que allí reinaba. No había nada que decir, se podía soplar en cualquier sitio, y ni un ápice de polvo se levantaría; el suelo brillaba como un espejo. La señora Goujet la hizo entrar en la alcoba de su hijo, para que la viera; era linda y blanca como el cuarto de una muchacha; una camita de hierro con cortinas de muselina, una mesa, un lavabo, y una reducida biblioteca adosada a la pared; por todas partes se veían grabados en colores, fijados con cuatro clavos, retratos de toda clase de personajes recortados de los periódicos ilustrados. La señora Goujet solía decir, sonriendo, que su hijo era un niño grande; por la noche, cuando la lectura le cansaba, se entretenía mirando sus grabados. Gervasia, una hora después de entrar en la casa, se había olvidado de la vecina, que estaba sentada ante la ventana con el bastidor. Se entretenía viendo los centenares de alfileres que sujetaban el encaje, feliz de estar allí, respirando el olor de limpieza de la habitación a la que esta delicada tarea comunicaba un recogido encanto.

Los Goujet se hacían más simpáticos al ser tratados. Ganaban buen dinero y colocaban más de la cuarta parte de sus quincenas en la caja de ahorros. En el barrio se les saludaba, y se hablaba de sus economías. A Goujet no se le veía nunca roto; salía siempre con sus blusas muy blancas, sin una mancha. Era muy cortés, y hasta un tanto tímido, a pesar de sus anchas espaldas. Las lavanderas del extremo de la calle se divertían viéndole bajar la cabeza cuando pasaba. No le gustaban las palabrotas, encontraba desagradable que las mujeres tuviesen continuamente suciedades en la boca. Sin embargo, un día vino un poco bebido. Entonces, la señora Goujet, por todo reproche, le enseñó un retrato de su padre, detestable pintura guardada piadosamente en el fondo de la cómoda. Después de esta lección, Goujet no volvió a beber más que lo corriente, sin que por ello llegase a odiar el vino, pues éste constituye una necesidad para el obrero. Los domingos salía con su madre, a la que daba el brazo; casi siempre la conducía hacia Vincennes, otras veces la llevaba al teatro. Su madre era su única pasión, le hablaba como si todavía fuese un niño. Testarudo, con las carnes pesadas por el rudo trabajo del martillo; tenía algo de irracional; aunque de escasa inteligencia, era una buena persona.

Los primeros días, Gervasia le molestó mucho. Pasadas algunas semanas se habituó a ella. La acechaba para subirle los paquetes, la trataba como a una hermana, con brusca familiaridad, y recortaba figuras para complacerla. Una mañana, habiendo entrado sin llamar, la sorprendió media desnuda, lavándose el cuello; durante ocho días no se atrevió a mirarla a la cara, de tal manera que acabó por turbarla a ella misma.

Cadet-Cassis decía en su argot parisién que Gueule-d'Or era un animal. Bien estaba que no bebiera más de la cuenta, que no piropease a las muchachas en la calle, pero era preciso, sin embargo, que un hombre fuera un hombre; de no ser así, era preferible que continuara llevando enaguas. Le gastaba bromas delante de Gervasia, acusándole de mirar a todas las mujeres del barrio, y Goujet se defendía violentamente. Esto no impedía que los dos obreros fueran buenos camaradas. Se llamaban por la mañana y marchaban juntos, bebiendo algunas veces un vaso de cerveza antes de volver. A partir de la comida del bautizo, se tuteaban, porque decir siempre usted, alarga las frases. Su amistad no pasaba de aquí, hasta que Gueule-d'Or prestó a Cadet-Cassis un buen servicio, de esos señalados servicios de los que se guarda memoria toda la vida. Era el 2 de diciembre. El plomero, por divertirse, tuvo la buena idea de bajar a ver la revuelta; lo mismo se burlaba de la República, que de Bonaparte, o que de un temblor de tierra; pero adoraba la pólvora, y los tiros le parecían divertidos. Hubiera sido tumbado tras de una barricada si el herrero no se hubiera encontrado allí en el preciso momento para protegerle con su cuerpo de gigante y facilitarle la huida. Goujet, al subir por la calle del arrabal Poissonniers, marchaba de prisa, con el semblante grave. Él se ocupaba de política, era republicano moderadamente, en nombre de la justicia y por el bien de todos. No obstante, él no había disparado un solo tiro. Daba sus razones: el pueblo se cansaba de pagar a los

burgueses las castañas que les sacaba de las cenizas, quemándose las manos. Febrero y junio eran famosas elecciones; por tanto, los arrabales dejarían a la capital que se las arreglara como pudiera. Al llegar a la altura de la calle de Poissonniers había vuelto la cabeza, mirando hacia París; allí se continuaba luchando; quizá llegaría un día en que el pueblo se tendría que arrepentir de haberse cruzado de brazos. Pero Coupeau bromeaba e insultaba a los asnos que arriesgaban su piel con el sólo fin de que conservaran sus veinticinco francos los despreocupados de la Cámara. Por la noche, los Coupeau invitaron a los Goujet a comer, y al llegar a los postres, Cadet-Cassis y Gueule-d'Or se dieron mutuamente dos hermosos besos en las mejillas. Afirmaban su amistad a vida o muerte.

Por espacio de tres años, la existencia de las dos familias transcurrió a los dos lados del rellano, sin el menor acontecimiento. Gervasia había criado a la pequeña, encontrando el medio de no perder más que dos días de trabajo por semana. Habíase convertido en una excelente obrera de trabajos finos, y ganaba hasta tres francos. Se había decidido a poner a Esteban, que iba para los ocho años, en una modesta pensión de la calle de Chartres, donde pagaba cinco francos. El matrimonio, a pesar de la carga de los dos niños, llevaba sus veinte y sus treinta francos cada mes a la Caja de Ahorros. Cuando sus economías alcanzaron la suma de seiscientos francos, la joven ya no dormía, obsesionada por un sueño ambicioso; quería establecerse, alquilar una tiendecita, y tomar a su vez obreras. Todo lo tenía calculado. Al cabo de veinte años, si el trabajo iba adelante, podrían tener una renta que se irían a comer a cualquier parte, al campo. Sin embargo no se atrevía a arriesgarse: hablaba de buscar una tienda, para dar tiempo a la reflexión. El dinero estaba seguro en la Caja de Ahorros e iba aumentando con el interés. En tres años había satisfecho uno solo de sus deseos, se había comprado un reloj de mesa; y aun aquel reloj, de palisandro, de columnas salomónicas, de péndulo de cobre dorado, tenía que pagarlo a plazos de un franco semanal durante un año. Se enfadaba cuando Coupeau hablaba de darle cuerda; ella sola quitaba el globo, limpiaba religiosamente las columnas, como si el mármol de su cómoda se hubiera transformado en capilla. Debajo del globo, detrás del reloj, guardaba la libreta de la Caja de Ahorros. A menudo, cuando soñaba con su tienda, se pasaba el tiempo ante la esfera mirando fijamente el girar de las manecillas, como queriendo esperar algún minuto especial y solemne para decidirse.

Los Coupeau salían casi todos los domingos con los Goujet. Eran excursiones alegres, un frito en Saint-Ouen o un conejo en Vincennes, comidos sin etiqueta bajo el emparrado de la fonda. Los hombres bebían sin excederse y regresaban completamente serenos, dando el brazo a las señoras. Por la noche, antes de acostarse, ambas familias hacían cuentas partiendo el gasto por la mitad; y no hubo jamás discusión por céntimo de más o de menos. Los Lorilleux estaban celosos de los Goujet. Les parecía raro ver a Cadet-Cassis y a la Banbán ir sin cesar con extraños cuando tenían familia. ¡Bastante se les importaba a ellos su familia! Desde que habían ahorrado cuatro céntimos, parecía que se les habían subido a la cabeza. La

señora Lorilleux, muy molesta de ver que su hermano no la hacía caso, volvía a vomitar injurias contra Gervasia. La señora Lerat, por lo contrario, sacaba la cara por la joven y la defendía, contando de ella cosas extraordinarias, tentativas de seducción por la noche en el bulevar en las que se mostraba como una heroína de drama, largando un par de bofetadas a sus agresores. En cuanto a mamá Coupeau trataba de contentar a todos y tener buena acogida entre sus hijos; su vista se debilitaba cada día más, y se daría por satisfecha con encontrar en casa de unos y de otros cinco francos.

El mismo día en que Naná cumplía los tres años, Coupeau, al volver por la noche, encontró a Gervasia trastornada. No quería hablar, decir que nada le sucedía; pero como pusiera la mesa automáticamente, deteniéndose con los platos en la mano, para hundirse en profundas reflexiones, su marido se empeñó en averiguar qué le pasaba.

—Pues bien, he aquí lo que pasa —terminó por confesar—: la tiendecita del mercero de la calle de la Goutte-d’Or está por alquilar... La he visto hace una hora al ir a comprar hilo. Me dio un vuelco el corazón.

Era una tienda muy limpia, precisamente en la casa grande donde ellos soñaban habitar en otro tiempo. Estaba compuesta de la tienda, y una trastienda con dos habitaciones a derecha e izquierda; contenía todo lo que les hacía falta: las piezas eran algo pequeñas, pero bien distribuidas. Únicamente ella la encontraba un poco cara: el propietario hablaba de 500 francos.

—¿Entonces, además de verla, has preguntado el precio? —inquirió Coupeau.

—¡Oh! Por simple curiosidad —respondió, afectando un aire de indiferencia—. Se busca, se habla con los encargados, y esto no compromete a nada... Pero de todas maneras es demasiado cara, y quién sabe si será un disparate establecerse.

Sin embargo, después de la comida, volvió a hablar de la tienda del mercero. Dibujó el plano en el margen de un periódico. Y poco a poco, mientras hablaba, medía los rincones, disponía las habitaciones, como si la tuviera ya alquilada. Entonces Coupeau, viendo su gran deseo, la animó a hacerlo; seguramente no encontraba nada decente por menos de quinientos francos; además se podría obtener quizá una rebaja. Lo único fastidioso era tener que ir a habitar a la casa de los Lorilleux, a quienes no podía sufrir. Gervasia se enfadó, ella no odiaba a nadie; en el calor de su deseo, incluso defendió a los Lorilleux; no eran malos en el fondo, podrían llegar a entenderse; y una vez acostados, mientras Coupeau dormía, ella continuaba disponiendo interiormente la casa, sin haberse, no obstante, decidido de una manera clara a tomarla en alquiler.

Al día siguiente, habiéndose quedado sola, no pudo resistir a la tentación de levantar el globo del reloj y mirar la libreta de la Caja de Ahorros. ¡Pensar que su tienda estaba allí dentro, en estas hojitas llenas de garabatos! Antes de ir al trabajo consultó a la señora Goujet, quien aprobó su proyecto de establecerse; con un marido como el suyo, buen hombre, que no bebía, podía tener la seguridad de llevar a cabo su negocio, en lugar de ser explotada. A la hora del almuerzo subió a casa de los Lorilleux para saber su opinión; ella deseaba obrar sin ocultarse de la familia. La

señora Lorilleux se quedó estupefacta. ¡Cómo!, la Banbán iba a tener una tienda, y en aquellos tiempos. Y con el corazón a punto de reventar, se vio obligada a mostrarse muy contenta; sin duda, la tienda era conveniente, Gervasia hacía bien en tomarla. Sin embargo, cuando se hubo serenado un poco, ella y su marido hablaron de la humedad del patio y de la triste obscuridad de las piezas bajas. Era un buen sitio para el reumatismo. Pero, en fin, si estaba resuelta a alquilar la tienda, sus observaciones de nada le habían de servir.

Por la noche, Gervasia confesaba, riendo francamente, que hubiera caído enferma de encontrar dificultades para quedarse con la tienda. De todos modos, antes de decir «está hecho», quería llevar a Coupeau a ver el local y tratar de obtener una disminución en el alquiler.

—Entonces mañana, si te parece —dijo su marido—. Irás a buscarme a eso de las seis a la casa donde trabajo, calle de la Nación, y al venir pasaremos por la calle de la Goutte-d'Or.

Coupeau estaba terminando la techumbre de una casa nueva de tres pisos. Precisamente ese día tenía que colocar las últimas planchas de cinc. Como quiera que el techo era casi plano, había instalado allí su banco de trabajo, una ancha tabla sobre dos caballetes. Un espléndido sol de mayo se ponía dorando las chimeneas. En lo alto, en el cielo claro, el obrero cortaba tranquilamente su cinc con las tijeras, inclinado sobre el banco, semejante a un sastre que en su taller cortara un par de pantalones. Junto a la pared de la casa vecina, su ayudante, un pilluelo de 17 años, delgado y rubio, mantenía el fuego del hornillo, maniobrando con un enorme fuelle, y a cada golpe de éste, saltaba un montón de chispas.

—¡Eh, Zidoro, pon los hierros! —le dijo Coupeau.

El ayudante puso los hierros de soldar en medio de la brasa, de un rosa pálido en la luz del día. En seguida comenzó a soplar. Coupeau tenía en la mano la última hoja de cinc que había de poner al borde del tejado, cerca del canalón; en aquel punto hacía una brusca pendiente, y el final de ella aparecía abierto sobre la calle. El plomero, que se encontraba como en su casa, en zapatillas de orillo, avanzó arrastrando los pies, silbando la cancioncilla *Oh, les petits agneaux!* Una vez llegado al hueco, se deslizó, sosteniéndose con una rodilla contra la mampostería de una chimenea, quedando con la mitad del cuerpo asomando a la calle. Una de sus piernas colgaba. Cuando se volvió para llamar a aquella víbora de Zidoro se apretó a un rincón de la mampostería, por miedo a caer sobre la acera que veía allá abajo.

—¡Anda, pelma!... ¡Dame los soldadores! ¡Cuándo dejarás de mirar el aire, pícaro! ¡Te creerás que el maná va a venirte del cielo!

Pero Zidoro no se daba ninguna prisa. Le interesaba mirar por encima de los tejados vecinos una gran humareda que subía en el fondo de París, del lado de Grenelle; muy bien podía ser un incendio. No obstante púsose boca abajo sobre el abismo y pasó los hierros a Coupeau. Entonces éste comenzó a soldar la hoja. Se encogía, se alargaba, sentado a medias, sujeto con la punta de un pie, sostenido por

un dedo. Tenía una serenidad maravillosa, un atrevimiento exagerado, familiar, desafiando al peligro. El oficio le conocía; era la calle quien tenía miedo de él. Como no soltaba su pipa, se volvía de vez en cuando y escupía tranquilamente a la calle.

—¡Anda! ¡La señora Boche! —y gritó sin más ni más—. ¡Eh! ¡Señora Boche!

Acababa de ver a la portera, que atravesaba el arroyo. Ésta levantó la cabeza y le reconoció. Se entabló una conversación desde el tejado a la calle. La portera tenía sus manos bajo el delantal. Él, de pie, pasando su brazo alrededor de un tubo, se inclinaba.

—¿Ha visto usted a mi mujer? —preguntó.

—No, ciertamente —respondió la portera—, ¿es que está por aquí?

—Tiene que venir a buscarme...; y en su casa, ¿están todos bien?

—Sí, sí; muchas gracias. Soy yo la que anda peor. Voy a la calle Clignancourt a buscar una pata de carnero. El carnicero, cerca del Moulin-Rouge, no la vende en menos de ochenta céntimos.

Levantaba la voz, porque pasaba un coche por la calle de la Nación, larga y desierta; sus palabras, lanzadas enérgicamente, habían hecho asomar a la ventana a una viejecita que se quedó allí acodada, distrayéndose con la emoción de mirar a este hombre sobre el tejado de enfrente, como si esperase verlo caer de un momento a otro.

—No le distraigo más, buenas tardes —gritó la señora Boche.

Coupeau se volvió, tomó un hierro que Zidoro le alargaba, pero en el momento en que la portera se alejaba, advirtió ésta, sobre la otra acera, a Gervasia, que llevaba a Naná de la mano. Levantaba ya la cabeza para prevenir al plomero cuando la joven le cerró la boca con un gesto enérgico. Y a media voz, a fin de no ser oída desde arriba, le dio a entender su temor de que si se mostraba de repente, la sorpresa hiciera caer a su marido. En los cuatro años que llevaban de casados no había ido más que una sola vez a buscarle al trabajo; ésta era la segunda. Ella no podía ver esto. La sangre se le paralizaba cuando veía a su hombre entre cielo y tierra, en sitios en que ni los monos se arriesgarían a subir.

—Sin duda no es muy agradable —murmuró la señora Boche—. Como mi marido es sastre no tengo sobresaltos.

—Si usted supiese, en los primeros tiempos —dijo Gervasia— vivía en un susto continuo de la mañana a la noche. Veíale siempre con la cabeza rota, sobre unas parihuelas... Ahora ya no me preocupo tanto. A todo se acostumbra una. Hay que ganar el pan... Es un pan bastante caro, pues se arriesgan los huesos más de lo que uno quisiera.

Se calló, ocultando a Naná en su falda, por miedo de que gritase. A su pesar, muy pálida, no quitaba la vista de su marido. Precisamente Coupeau soldaba el borde extremo de la hoja, junto al canalón; se estiraba todo lo que podía, sin lograr alcanzar su objeto. Entonces se arriesgó con uno de esos movimientos de los obreros, llenos de desembarazo y de seguridad. Por un momento se mantuvo suspendido sobre la calle,

sin sujetarse ya, tranquilo, atento a su trabajo, y desde abajo, con el hierro paseado por una mano experta, se veía la llama que salía de él. Gervasia, muda, con la garganta seca de angustia, había juntado las manos elevándolas al cielo maquinalmente, con ademán de súplica, respiró ruidosamente. Coupeau acababa de subir suavemente al tejado, sin apresurarse, tomándose el tiempo necesario para escupir por última vez a la calle.

—¿Se me espiaba, eh? —gritó alegremente al verla—. Que tonta has sido, ¿no es cierto, señora Boche? No ha querido llamarme... Espérame, tengo aún para diez minutos.

Le quedaba por colocar un capitel de chimenea, una bicoca, nada en suma. La planchadora y la portera se quedaron en la acera, charlando del barrio y vigilando a Naná para impedirle chapotear en el arroyo donde quería buscar pececitos; y las dos mujeres volvieron a mirar al tejado, sonriéndose, con movimientos de cabeza como para indicarle que no se impacientara. Enfrente, la vieja no había abandonado su ventana, mirando al hombre y esperando.

—¿Qué es lo que tiene que atisbar esa cabra? —dijo la señora Boche—. ¡Vaya un espantajo!

Y allá arriba se oía la voz potente del plomero cantando: «¡Ah, qué bueno es recoger fresas!». Entretanto, inclinado sobre su banco, cortaba el cinc como un verdadero artista. Con una vuelta de compás había trazado una línea, y, con la ayuda de unas tijeras curvas, obtuvo un trozo en forma de abanico; luego, delicadamente, con ayuda del martillo, plegó aquel abanico en forma de hongo puntiagudo. Zidoro se puso a soplar nuevamente la brasa del hornillo. El sol se ponía detrás de la calle, en medio de un gran resplandor rosado, que palidecía lentamente, hasta llegar al tono lila claro. En pleno cielo, en aquella hora de recogimiento, las siluetas de los dos obreros, agrandadas desmesuradamente, se recortaban sobre el límpido fondo de la atmósfera, con la obscura sombra del banco y el extraño perfil del fuelle.

Cuando el capitel quedó cortado. Coupeau volvió a llamar:

—¡Zidoro, los hierros!

Pero Zidoro acababa de desaparecer. El plomero, renegando, lo buscó con la vista y lo llamó por el tragaluz de la buhardilla, que había quedado abierto. Por fin lo descubrió sobre un tejado vecino, dos casas más allá. El galopín se paseaba explorando los alrededores, con sus escasos cabellos al aire y guiñando los ojos ante la inmensidad de París.

—¡Oye, gandul!, ¿te has creído que estás en el campo? —gritó Coupeau furioso—. Te pareces al señor Beranger... Quizá llegarás a componer versos... ¿Querrás darme los hierros? ¿Habrás visto?, ¡paseándose por los tejados! Trae en seguida a tu novia, para cantarle tiernos amores... ¡Querrás darme los soldadores, pedazo de atún!

Terminó y gritó a Gervasia:

—Ya he terminado... Bajo en seguida.

El tubo, al que tenía que adaptar el capitel, se encontraba en medio del tejado. Gervasia; más tranquila, continuaba sonriendo, siguiendo sus movimientos. Naná, muy alegre al ver de repente a su padre, aplaudía con sus manecitas. Se había sentado en el borde de la acera para mejor mirar hacia arriba.

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba con todas sus fuerzas—. ¡Papá, mírame!

El plomero quiso inclinarse. Entonces, bruscamente, torpemente, como un gato cuyas patas se enredan, rodó, descendió la pendiente ligera del tejado sin poder sujetarse.

—¡Santo Dios! —gritó con voz ahogada.

Cayó. Su cuerpo describió una ligera curva, dio dos vueltas sobre sí mismo, y fue a aplastarse en medio de la calle, produciendo un ruido sordo, semejante a un lío de ropa tirado desde lo alto.

Gervasia, estupefacta, desgarrándose la garganta con un gran grito, se quedó con los brazos en alto. Acudieron algunos transeúntes, y en un instante formaron corro. La señora Boche, trastornada, doblándosele las piernas, tomó a Naná entre sus brazos para ocultarle la cabeza e impedir que mirara. Enfrente, la viejecilla, como si ya estuviera satisfecha, cerró tranquilamente la ventana.

Cuatro hombres acabaron por llevarse a Coupeau a una farmacia, en la esquina de la calle de Poissonniers; allí permaneció cerca de una hora, en medio de la botica, echado sobre una manta, mientras que se iba a buscar una camilla al hospital Lariboisière. Respiraba todavía, pero el farmacéutico movía ligeramente la cabeza. En tanto, Gervasia, arrodillada, sollozaba sin cesar, inundada por las lágrimas, ciega, atontada; con un movimiento mecánico avanzaba las manos y tocaba los miembros de su marido dulcemente. En seguida las retiraba, mirando al farmacéutico que le había prohibido tocarle; y recomenzaba unos segundos más tarde, no pudiendo renunciar a asegurarse si estaba caliente aún, creyendo así hacerle un bien. Cuando por fin llegó la camilla y se habló de ir al hospital, ella se levantó, y dijo enérgicamente:

—¡No, no: de ninguna manera al hospital!... Vivimos en la calle nueva de la Goutte-d'Or.

En vano se le explicó que la enfermedad le costaría muy cara si se llevaba su marido a su casa. Ella repetía con terquedad:

—Calle nueva de la Goutte-d'Or. Yo indicaré la puerta... ¿Qué les importa a ustedes?... ¡Tengo dinero!... ¿Acaso no es mi marido? Es mío, lo quiero.

Y tuvieron que llevar a Coupeau a su casa. Cuando la camilla atravesó por entre la multitud que se amontonaba ante la farmacia, las mujeres del barrio hablaban de Gervasia con animación: cojeaba un poco la buena moza, pero no obstante tenía muchos atractivos; seguramente sacará adelante a su marido, mientras que en el hospital, los médicos, para no molestarse en curarlos, dejan morir a los enfermos demasiado estropeados. La señora Boche, luego de haber dejado a Naná en su casa, volvió, emocionada todavía, y contó el accidente con pelos y señales.

—Iba a comprar un trozo de carnero, estaba allí y le vi caer —repetía—. La culpa fue de la niña, la quiso mirar, y ¡cataplum! ¡Ah, Dios, Dios! No permitas que vuelva a caer otro... No obstante, tengo que ir por la carne.

Durante ocho días, Coupeau estuvo muy mal; la familia, los vecinos, todo el mundo temía verle cerrar los ojos de un momento a otro. El médico, un médico muy caro, que se hacía pagar cinco francos la visita, temía que hubiera lesiones internas, y esta palabra les ponía los pelos de punta: se decía en el barrio que el plomero se había desprendido el corazón por la sacudida. Únicamente Gervasia, pálida por las vigili­as, seria, resuelta, se encogía de hombros. Su marido tenía la pierna derecha rota, esto todo el mundo lo sabía; se la compondrían, y allí estaba todo. Por lo demás, aquello del corazón desprendido no significaba nada. Ya se lo colocaría ella en su sitio. Ya sabía ella cómo se pegan los corazones, con cuidados, con limpieza, y con un gran cariño. Y mostraba una convicción firme y segura de curarle, solamente con permanecer a su lado y tocarle con sus manos en las horas de fiebre. Ella no lo puso en duda ni un minuto. Toda una semana se la vio en pie, hablando poco, abstraída en su empeño de salvarlo, olvidando los niños, la calle, la ciudad entera. El noveno día, la noche en que el médico respondió al fin del enfermo, se dejó caer sobre una silla, sin fuerzas en las piernas, con el cuerpo roto, los ojos arrasados en lágrimas. Aquella noche consintió en dormir dos horas, con la cabeza apoyada a los pies de la cama.

El accidente de Coupeau había puesto a toda la familia en movimiento. Mamá Coupeau pasaba las noches con Gervasia, pero llegando las nueve, se dormía invariablemente sobre una silla. Todas las tardes, a la vuelta de su trabajo, la señora Lerat daba un gran rodeo para saber noticias. Los Lorilleux fueron en un principio dos o tres veces cada día, ofreciéndose a velar, llevando incluso un sillón para Gervasia. No tardaron en promoverse querellas sobre la manera de cuidar a los enfermos. La señora Lorilleux pretendía haber salvado muchas personas en su vida, para saber muy bien cómo había de componérselas. Acusaba también a la joven de empujarla y apartarla del lecho de su hermano. Era natural que la Banbán quisiera curar a Coupeau, pues al fin y al cabo, si ella no hubiera ido a molestarle a la calle de la Nación, no se hubiera caído. Únicamente que, con la manera que tenía de cuidarle, iba a terminar con él.

Cuando vio a Coupeau fuera de peligro, Gervasia dejó de estar al lado de su cama con tan celosa aspereza; entonces ya no se lo podían matar, y dejaba aproximarse a las gentes, sin desconfianza. La familia se instaló en la alcoba. La convalecencia resultaría muy larga; el médico había hablado nada menos que de cuatro meses. Durante los prolongados sueños del plomero, los Lorilleux trataron a Gervasia de estúpida. Bastante provecho tenía con tener a su marido en casa; en el hospital se habría curado en la mitad del tiempo... Lorilleux hubiera querido estar enfermo, atrapar una enfermedad cualquiera para demostrarle que no titubearía un segundo en entrar en el Lariboisière. La señora Lorilleux conocía una dama que acababa de salir de allí; pues bien, había comido pollo por la mañana y por la noche. Y ambos, por

vigésima vez, hacían cálculos sobre lo que le costarían al matrimonio los cuatro meses de convalecencia: en primer lugar, los días de trabajo perdidos; luego, el médico, las medicinas; y después el buen vino y las carnes succulentas. Si los Coupeau no gastaban más de sus cuatro cuartos de economías, se darían por muy satisfechos. Pero, con seguridad se llenarían de deudas; allá ellos, eso sí, que no contasen con la familia, que no era lo suficientemente rica para sostener un enfermo en su casa. Tanto peor para la Banbán, que bien podía obrar como los demás, dejando llevar a su marido al hospital. Eso la retrataba: era una orgullosa.

Una tarde, la señora Lorilleux tuvo la maldad de preguntarle bruscamente:

—Y la tienda, ¿cuándo la alquiláis?

—Sí —dijo burlonamente Lorilleux—, el portero os espera todavía.

Gervasia se quedó azorada. Había olvidado por completo la tienda. Pero se daba cuenta de la mala intención de estas gentes al pensar que lo de la tienda había que darlo de lado. Desde ese día acecharon todas las ocasiones para mortificarla por su ilusión deshecha. Cuando se hablaba de una esperanza irrealizable, aplazaban el asunto para el día en que ella fuera dueña de un buen establecimiento con vistas a la calle. Y detrás de ella sus burlas eran más sangrientas. Gervasia no quería hacer tan viles suposiciones; pero, a decir verdad, los Lorilleux daban la sensación de estar muy satisfechos por el accidente ocurrido a Coupeau, el cual impedía a la joven establecerse de planchadora en la calle de la Goutte-d'Or.

Entonces ella también quiso reír y demostrarles con cuánto placer sacrificaba el dinero para la curación de su marido. Cada vez que tomaba en su presencia la libreta de la Caja de Ahorros de debajo del globo del reloj, decía alegremente:

—Salgo ahora mismo a alquilar mi tienda.

—No había querido retirar el dinero de una sola vez. Lo sacaba de cien en cien francos, para no tener en casa un gran montón de monedas; además, esperaba vagamente algún milagro, un restablecimiento repentino que les permitiera no echar mano de la suma entera. Cuando volvía de cada viaje a la Caja de Ahorros, apuntaba en un papel el dinero que todavía le quedaba. Era por buena administración. A pesar de que cada vez el pellizco era mayor, ella, con su tranquila sonrisa, no dejaba de hacer las cuentas de este desmoronamiento de sus economías. ¿No era un buen consuelo emplear tan bien el dinero y haberlo tenido en la mano en el momento de la desgracia? Y sin la menor pena, con mano cuidadosa, volvía a colocar la libreta detrás del reloj, bajo el globo.

Los Goujet se mostraron muy amables con Gervasia durante la enfermedad de Coupeau. La señora Goujet estaba completamente a su disposición; no bajaba una sola vez sin preguntarle si necesitaba azúcar, manteca, sal... Le ofrecía siempre el primer caldo; por las noches le ponía un puchero; incluso si la veía muy ocupada, cuidaba de su cocina, y la ayudaba a limpiar la vajilla. Goujet, cada mañana, tomaba los cubos de la joven e iba a llenarlos a la fuente de la calle Poissonniers; esto constituía una economía de diez céntimos. Después de la comida, cuando la familia

no invadía la alcoba, los Goujet venían a hacer compañía a los Coupeau. Durante dos horas, hasta las diez, el herrero fumaba su pipa, mirando a Gervasia dar vueltas alrededor del enfermo. No decía ni diez palabras durante la velada. Con su ancha cara rubia, hundida entre sus hombros de coloso, se enternecía al verla verter tisana en una taza, y remover el azúcar con la cuchara, sin hacer ruido. Cuando se acercaba a la cama para dar ánimos a Coupeau, con voz dulce, el herrero se sentía conmovido. Nunca había visto una mujer semejante. Ni siquiera la afeaba el cojear; al contrario, le daba mayor mérito el que se contonease todo el día cerca de su marido... No se sentaba ni un cuarto de hora, casi ni el tiempo de comer. Corría sin cesar a la farmacia, metía la nariz en cosas no muy limpias y se daba un mal rato para poner en orden aquel cuarto donde se hacía de todo. Y a pesar de ello ni una queja, siempre amable, hasta en las noches en que se dormía de pie, con los ojos abiertos, tanto era su cansancio. El herrero, en aquel ambiente de devoción, en medio de las drogas, que se veían hasta sobre los muebles, iba tomando un gran afecto a Gervasia, al verla amar y cuidar a Coupeau con todo su corazón.

—¡Vaya, mi viejo, ya estás recompuesto! —dijo un día al convaleciente—. La verdad, ya me lo esperaba: tu mujer es un Dios de bondad.

El herrero debía casarse; por lo menos su madre había encontrado una joven muy conveniente, encajera como ella, con quien tenía gran empeño en casarle. Por no disgustarla, él decía que sí, y la boda se fijó para los primeros días de septiembre. El dinero para establecerse dormía desde hacía mucho tiempo en la Caja de Ahorros; pero él bajaba la cabeza cuando Gervasia le hablaba de este matrimonio, y murmuraba con voz lenta:

—Todas las mujeres no son como usted, señora Coupeau. Si todas las mujeres fuesen así, habría quien se casara con diez.

Entretanto Coupeau, al cabo de dos meses, pudo comenzar a levantarse. No andaba mucho, del lecho a la ventana, y aun esto sostenido por Gervasia. Sentábase allí en el sillón de los Lorilleux, con la pierna derecha extendida sobre un taburete. Este bromista, a quien en otro tiempo le hacía gracia oír que se perniquebraban los transeúntes en días de escarcha, estaba muy molesto con su accidente. Le faltaba filosofía; había pasado estos dos meses en la cama, jurando como un carretero y haciendo rabiar a todo bicho viviente. Eso no era vivir; estarse siempre boca arriba con una «quilla» rota, atada y envuelta como un salchichón... ¡Ah, no se le olvidaba nunca el techo de la alcoba! Había una hendidura, en un rincón de ella, que hubiera podido dibujarla con los ojos cerrados... y después, cuando se instaló en el sillón, fue otra historia. ¿Es que iba a estar mucho tiempo clavado allí, como una momia? La calle no era tan divertida, no pasaba nadie, apestaba a porquería durante todo el día. Se sentía envejecer, habría dado diez años de su vida por saber siquiera cómo andaban las fortificaciones, y a cada momento volvía a sus violentas acusaciones contra la suerte. Su accidente no había sido justo; no debía haberle sucedido a él, a un buen obrero, ni holgazán ni borracho. Otros, quizás, lo habrían merecido.

—Papá Coupeau —decía—, se rompió la cabeza un día que estaba «amonado». No puedo decir que aquello fuera su merecido, pero, en fin, la cosa tenía explicación... Mientras que yo estaba en ayunas, tranquilo como Bautista, sin una gota de líquido en el cuerpo, y he aquí que doy la voltereta al querer volverme para dirigir una sonrisa a Naná... ¿No os parece que esto pasa de la raya? Si es que hay un buen Dios, arregla muy mal las cosas. Y no me sacarán de esto.

Y cuando recobró por completo las piernas concibió un sordo rencor contra el trabajo. Sí que era un oficio desgraciado pasarse los días como los gatos andando por los tejados. ¡No son tontos los burgueses, no! Ellos nos envían a la muerte, ya que son demasiado cobardes para arriesgarse a subir por una escalera; y mientras, se instalan sólidamente ante el hogar, hablando mal de la gente pobre. Y hasta llegaba a decir que cada hijo de vecino pusiera el cinc en su casa. ¡Caramba! En buena justicia, debían de llegar a eso; si no quieres mojarte, tápate. Después lamentaba no haber aprendido otro oficio más bonito y menos peligroso: el de ebanista, por ejemplo. También esto era culpa del viejo Coupeau; los padres, tenían esta mala costumbre de enseñar a los hijos su mismo oficio.

Durante otros dos meses, Coupeau anduvo con muletas. Había empezado bajando a la calle para fumarse una pipa en la puerta; poco después había llegado hasta el bulevar exterior arrastrándose al sol, y pasando las horas muertas sentado en un banco. La alegría renacía en él, su locuacidad se agudizaba con sus largas correrías. Con la alegría de vivir hallaba satisfacción en no hacer nada, con los miembros abandonados, los músculos deslizándose en un dulce sueño; aquello era como una lenta conquista de la pereza que aprovechaba su convalecencia para entrar en su piel y aturdirle con dulce cosquilleo. Volvía a casa muy contento, bromeando, encontrando hermosa la vida, sin pensar que aquel estado de cosas no duraría siempre. En cuanto pudo desembarazarse de las muletas, alargó sus paseos, fue a los talleres a ver a sus camaradas. Se quedaba con los brazos cruzados delante de las casas en construcción; con risas maliciosas, con movimientos de cabeza, se burlaba de los obreros que se afanaban, y alargaba sus piernas, para mostrarles adonde llevaba el esforzarse en el trabajo. Esta contemplación de la tarea de los otros satisfacía su rencor hacia el trabajo. Indudablemente, él tendría que volver; pero sería lo más tarde posible. ¡Oh, bien había pagado su entusiasmo! Además, ¡le parecía tan agradable descansar un poco!

Las tardes en que Coupeau se aburría, subía a casa de los Lorilleux, los cuales le compadecían y procuraban atraerle con toda clase de atenciones. En los primeros años de su matrimonio, se les había escapado, gracias a la influencia de Gervasia. Ahora le volvían a atrapar, gastándole bromas sobre el miedo que le causaba su mujer. ¡No era un hombre precisamente! No obstante, los Lorilleux mostraban una gran discreción, celebrando de una manera exagerada los méritos de la planchadora. Coupeau, sin discutir, juraba a ésta que su hermana la adoraba, y le suplicaba que fuese menos huraña con ella. La primera querrela del matrimonio surgió una noche

con motivo de Esteban. El plomero había pasado la tarde en casa de los Lorilleux. Al volver, como la comida se hacía esperar y los chicos gritaban pidiendo la sopa, agarró bruscamente a Esteban, propinándole un par de cachetes. Y durante una hora estuvo refunfuñando: aquel chicuelo no era suyo y no sabía por qué lo toleraba en casa; acabaría por ponerlo de patitas en la calle. Hasta ese momento había aceptado sin rodeos al muchacho. Al día siguiente hablaba de su dignidad. Tres días después lo trataba a puntapiés, desde la mañana hasta la noche, a pesar de que el chiquillo, en cuanto le oía subir se refugiaba en casa de los Goujet, donde la anciana encajera le reservaba un rinconcito en la mesa para hacer sus deberes.

Hacía largo tiempo que Gervasia había vuelto a trabajar. Ya no se tomaba el trabajo de levantar y volver a colocar el globo del reloj, pues todas sus economías se habían agotado; era preciso trabajar de firme, trabajar para cuatro, pues eran cuatro bocas a la mesa. Ella sola mantenía a toda su gente. Cuando oía que la compadecían, se apresuraba a excusar a Coupeau. ¡Ya ven ustedes, ha sufrido tanto, no es extraño que su carácter se haya agriado! Pero ya le pasaría en cuanto recobrase la salud. Y, si le daban a entender que Coupeau estaba bien y que podía volver al taller, ella se rebelaba. ¡No, no; todavía no! No quería volverle a tener de nuevo en la cama. Bien sabía ella lo que el médico le decía. Ella misma se oponía a que volviera al trabajo, repitiéndole cada mañana que no se apresurase, y hasta de vez en cuando le metía una moneda de un franco en el bolsillo del chaleco. Coupeau aceptaba esto como una cosa natural; se quejaba de toda clase de dolores para hacerse mimar, y, por esta causa, su convalecencia duraba todavía al cabo de seis meses. En cambio, los días en que iba a ver trabajar a los demás entraba con el mayor contento a beberse una copita con sus compañeros; así como así no se estaba tan mal en casa del tabernero; se bromeaba y se pasaba unos minutos, ya que ello no deshonoraba a nadie. Los que se las daban de personas graves preferían morir de sed a la puerta. Tiempo atrás tenían razón los que se burlaban de él, pues un vasito de vino no mató jamás a un hombre. Pero se golpeaba el pecho, alardeando de no beber más que vino, siempre vino, nunca aguardiente; el vino prolongaba la existencia, no indisponía, no emborrachaba, no hacía perder la salud. Sin embargo, varias veces, después de estos días de vagancia, pasados de taller en taller y de taberna en taberna, había vuelto completamente «alumbrado». Gervasia, cuando esto sucedía, cerraba su puerta, pretextando un fuerte dolor de cabeza para impedir que los Goujet oyesen las tonterías de Coupeau.

Poco a poco, sin embargo, la joven fue perdiendo la alegría. Por la mañana y por la tarde iba a la calle de la Goutte-d'Or a ver la tienda que estaba aún sin alquilar; y se ocultaba como si hubiera cometido una niñería indigna de una persona mayor. Aquella tienda volvía a ser su obsesión; por la noche, cuando la luz estaba apagada, encontraba el encanto de un placer prohibido en soñar con ella, con los ojos abiertos. Volvía a hacer sus cálculos: doscientos cincuenta francos para el alquiler, ciento cincuenta francos de útiles de trabajo e instalación, cien francos adelantados para vivir quince días; total quinientos francos, por lo menos. Si no hablaba de ello en voz

alta, continuamente, era por el temor de que creyeran que echaba de menos las economías invertidas en la enfermedad de Coupeau. Palidecía enormemente con frecuencia ante el temor de dejar escapar su deseo, y retiraba su frase con la confusión de un mal pensamiento. Ahora sería preciso trabajar cuatro o cinco años antes de ahorrar una suma tan grande. Su desolación residía precisamente en no poder establecerse en seguida; habría podido subvenir a las necesidades de la casa sin contar con Coupeau, a quien podría dejar meses y meses hasta que volviese a tomar gusto al trabajo. Se hubiera tranquilizado de este modo, segura del porvenir, libre de miedos secretos, de los que se sentía sobrecogida algunas veces, cuando él volvía muy alegre, cantando, y refiriendo alguna broma pesada del animal de Mes-Bottes, a quien había convidado un litro de vino.

Una noche en que Gervasia se encontraba sola en su casa, Goujet entró y no se retiró como de costumbre. Se había sentado y fumaba mirándola. Debía tener algo grave que decirle; le daba vueltas, le maduraba, sin poder darle una forma conveniente. Por último, después de un embarazoso silencio, se decidió, y retiró su pipa de la boca para decirlo todo de un tirón.

—Señora Gervasia, ¿me permitiría usted que le prestara dinero?

Ella estaba inclinada sobre un cajón de la cómoda buscando unos trapos. Se levantó roja como una amapola. ¿La habría visto, pues, por la mañana, permanecer en éxtasis ante la tienda, durante más de diez minutos? Él sonreía, con aire embarazado, como si le hubiera hecho una proposición humillante. Ella rehusó vivamente; no aceptaría jamás dinero sin saber cuándo podría devolverlo. Además, se trataba de una cantidad importante. Y, como insistiera, consternada, exclamó:

—Pero ¿y su boda? De ninguna manera puedo aceptar el dinero destinado a su casamiento.

—¡Oh! no le inquiete a usted eso —respondió enrojeciendo él a su vez—. Ya no me caso; tengo mi idea... prefiero prestarle a usted el dinero.

Los dos bajaron la cabeza. Mediaba entre ellos algo muy dulce que no se decían. Y Gervasia acabó por aceptar. Goujet ya había hablado del asunto con su madre; atravesaron el rellano y fueron a verla en seguida. La encajera estaba seria, un poco triste, su rostro sereno inclinado sobre el bastidor. No quería contrariar a su hijo, pero no aprobaba el proyecto de Gervasia, y dijo claramente por qué: Coupeau andaba muy mal, Coupeau le comería la tienda. Lo que menos le perdonaba al plomero era haberse rehusado a aprender a leer durante su convalecencia; el herrero se había ofrecido a enseñarle, pero el otro lo había despachado con cajas destempladas, acusando a la ciencia de debilitar a la humanidad. Esto casi había roto la amistad de los dos obreros, y cada uno iba por su lado. Por otra parte, la señora Goujet, viendo las miradas suplicantes de su hijo, se mostró muy amable con Gervasia. Se convino en que se prestarían quinientos francos a los vecinos; los reembolsarían en plazos de veinte francos mensuales.

—¡Dime! ¡El herrero te hace carantoñas! —exclamó Coupeau riendo cuando supo el asunto—. ¡Oh! pero estoy bien tranquilo, ¡es tan simplón!... Le devolveremos su dinero, mas si no fuéramos gente decente saldría lindamente estafado.

Al día siguiente los Coupeau alquilaron la tienda. Gervasia corrió durante todo el día de la calle Nueva a la calle de la Goutte-d'Or. En el barrio, al verla pasar así, ligera, entusiasmada hasta el punto de no cojear, decían que debía haberse hecho una operación.

CAPÍTULO V

Dio la casualidad que los Boche, al finalizar abril, habían abandonado la calle de Poissonniers y conseguido la portería de la gran casa de la calle de la Goutte-d'Or. ¡Qué feliz coincidencia! Uno de los temores de Gervasia, que había vivido tan tranquila sin portera en su zaquizamí de la calle Nueva, era caer bajo la sujeción de alguna mala bestia con la que habría que estar todo el día en danza por un poco de agua que cayera, o por cerrar la puerta con estrépito por la noche. ¡Son de tan mala ralea los porteros! Pero con los Boche estaría encantada. Se conocían y se entenderían siempre. En fin, que estarían como en familia. El día que la alquilaron, en el momento de firmar el contrato, Gervasia se sintió con el corazón henchido de alegría al pasar bajo la puerta. Iba por fin a habitar aquella casa grande como una ciudad, que se extendía mezclando y entrecruzando la red de sus escaleras y corredores. Las fachadas grises, con los pingajos secándose al sol; el patio descolorido, con su aspecto de plaza pública por su pavimento levantado, y el murmullo de trabajo que salía de las paredes le causaba inmensa turbación. En cambio, ahora, la invadía una inmensa emoción al pensar que iba a triunfar y a verse libre de aquella enorme lucha contra el hombre cuyo mugido oía. Le parecía emprender una gran tarea, arrojarse en medio de una gran máquina en movimiento, mientras que los martillos del cerrajero y las garlopas del ebanista golpeaban y silbaban en el fondo de los talleres de la planta baja. Aquel día las aguas de la tintorería, deslizándose bajo el porche eran de un verde manzana muy claro; Gervasia saltó por encima, sonriente; en este color veía un feliz presagio.

La cita con el propietario se efectuaba en la misma habitación de los Boche. El señor Marescot, un gran fabricante de cuchillos de la calle de la Paz, había dado vueltas antaño a la rueda de amolar a lo largo de las aceras. Pero en esta época se le tenía por persona de muchos millones. Era un hombre de cincuenta y cinco años, fuerte, seco, condecorado, que exhibía sus manazas de antiguo obrero; una de sus delicias era llevarse los cuchillos y las tijeras de sus inquilinos para afilarlos por sí mismo, cosa que hacía por gusto. Pasaba por no ser orgulloso, porque durante horas enteras charlaba con sus porteros, oculto en la sombra de su portería, tomando las cuentas. Allí ventilaba todos sus asuntos. Los Coupeau le encontraron ante la mesa grasienta de la señora Boche, escuchando como la costurera del segundo, de la escalera A, se había negado a pagar, soltando una palabra indecente. Cuando hubo firmado el contrato dio un apretón de manos al plomero; estimaba mucho a los obreros. En otro tiempo las había pasado negras. Pero el trabajo lo vencía todo. Y después de haber contado los doscientos cincuenta francos del primer semestre, que sepultó en su bolsillo, narró su vida y mostró su condecoración.

Gervasia, entretanto, se encontraba desconcertada viendo la actitud de los Boche, quienes hacían como que no la conocían. Se humillaban ante el propietario, doblando el espinazo, esperando sus palabras y aprobándolas con la cabeza. La señora Boche salió vivamente para despachar a una banda de chiquillos que chapoteaban delante de la fuente, cuyo grifo del todo abierto inundaba el empedrado; y cuando volvió, tiesa y severa en su papel, atravesó el patio lanzando lentas miradas a todas las ventanas, como para asegurarse del buen orden de la casa y frunció los labios para hacer ver la autoridad de que estaba investida, ahora que tenía, bajo ella, trescientos inquilinos nada menos. Boche volvió a hablar de la costurera del segundo; él creía que había que expulsarla; calculaba los alquileres atrasados, con una importancia de intendente cuya gestión podía verse comprometida. El señor Marescot aprobó la idea de expulsión; pero quería esperar hasta la mitad del nuevo trimestre. Era algo duro poner a las gentes en la calle, tanto más cuanto que con esto no metía ni un céntimo en el bolsillo. Y Gervasia, con un ligero estremecimiento, se preguntaba si le echarían a ella también el día en que la desgracia le impidiera pagar. La portería, ahumada y llena de muebles negros, rezumaba de humedad y era oscura como una bodega; delante de la ventana, toda la luz caía sobre el banco del sastre en el que colgaba una vieja levita para darle la vuelta, mientras que Paulina, la pequeñuela de los Boche, una niña de cuatro años, de pelo rojizo, sentada en el suelo, miraba ansiosamente cómo se cocía un trozo de ternera, envuelta en aquel fuerte olor de grasa que subía de la sartén.

El señor Marescot tendió de nuevo la mano al plomero cuando éste le habló de las reparaciones, recordándole su promesa verbal de charlar de esto alguna vez; pero el propietario se enfadó. Él no se había comprometido a nada; por otra parte, no se hacían nuevas reparaciones en una tienda. No obstante, consintió en ir a verla, seguido de los Coupeau y de Boche. El mercerillo se había marchado llevándose todos los estantes y mostradores; la tienda, desmantelada, mostraba su techo negro, paredes agrietadas, de las que colgaban jirones de un viejo papel amarillo. Allí, en el vacío sonoro de las habitaciones, se entabló una discusión furiosa. El señor Marescot gritaba que correspondía a los comerciantes embellecer sus tiendas, pues a fin de cuentas un comerciante podía pretender que se le adornaran todo con oro, y el propietario, no tenía por qué acceder; contó su propia instalación en la calle de la Paz, donde había gastado más de veinte mil francos. Gervasia, con su testarudez femenina, repetía un razonamiento que le parecía irrefutable: en una habitación particular, ¿haría poner papel? Entonces, ¿por qué no consideraba la tienda como una vivienda? No le pedía otra cosa sino que blanqueara el techo y empapelara las paredes.

Boche, entretanto, permanecía impenetrable y digno; volvíase de un lado a otro, miraba el espacio, sin declararse a favor de nadie. Por más que Coupeau le guiñase los ojos, afectaba no querer abusar de su gran influencia sobre el propietario. Acabó, sin embargo, por dejar escapar una especie de mueca, una sonrisita acompañada de un movimiento de cabeza. Precisamente, el señor Marescot, exasperado, con aire

malhumorado, separando sus diez dedos como una garra de avaro al cual se arranca su oro, cedía a la petición de Gervasia, prometiendo el techo y el empapelado a condición de que ella pagara la mitad del papel. Se apartó rápidamente, no queriendo oír hablar más de este asunto.

Cuando Boche estuvo solo con los Coupeau les dio golpecitos en las espaldas, muy efusivos. ¡Eh!, ¿qué tal? Si no hubiera sido por él no tendrían nunca ni el papel ni el techo. ¿No habían notado como el propietario le había consultado con el rabillo del ojo y se había decidido bruscamente, viéndole, sonreír? Confidencialmente confesó ser el verdadero dueño de la casa: él despedía a los inquilinos, alquilaba las habitaciones si las personas le agradaban: cobraba los alquileres que guardaba durante quince días en su cómoda. Por la noche, los Coupeau, para dar las gracias a los Boche, creyeron de buen gusto enviarles dos litros de vino, pues bien merecían un regalo. Desde el lunes siguiente, los obreros se pusieron a trabajar en la tienda. La compra del papel fue de gran complicación. Gervasia quería un papel gris con flores azules para dar claridad y alegría a las paredes. Boche le ofreció acompañarla para que ella eligiera, pero como tenía órdenes terminantes del propietario, no podía pasar de setenta y cinco céntimos el rollo. Una hora estuvieron en la tienda: la planchadora insistiendo siempre en un color persa muy bonito de noventa céntimos, y se desesperaba porque encontraba los demás papeles espantosos. Por último, el portero cedió. Él arreglaría la cosa, contando un rollo más si fuera preciso. Gervasia, al volver, compró unos pasteles para Paulina; no le gustaba quedarse atrás. Los que la complacían salían siempre beneficiados.

La tienda debía quedar lista en cuatro días. Los trabajos duraron tres semanas. Al principio se había hablado nada más que de lavar las pinturas con lejía. Pero aquéllas, que antiguamente fueron de color de vino, estaban tan sucias y tan tristes que Gervasia se dejó arrastrar para hacerlo pintar todo en azul claro con filetes amarillos. De esta manera las reparaciones se eternizaron. Coupeau, que no trabajaba aún, llegaba desde por la mañana para ver si aquello iba adelante. Boche se quitaba la levita y el pantalón y venía por su parte también a vigilar a los demás. Ambos, de pie, enfrente de los obreros, con las manos en la espalda, fumando y escupiendo, se pasaban el día opinando sobre cada pincelada. Por un solo clavo que hubiera que arrancar hacían reflexiones interminables y divagaciones profundas. Los pintores, dos muchachos de buen humor, abandonaban a cada instante las escaleras, plantándose ellos también en medio de la tienda, mezclándose en la discusión y estando sin trabajar durante horas, mirando la tarea comenzada. El techo se encontró embadurnado bastante rápidamente. Era con la pintura con lo que no había manera de acabar; no se secaba nunca. Hacia las nueve, los pintores venían con sus tarros de color, los ponían en un rincón, echaban una ojeada y desaparecían para no volvérselos a ver el pelo. Se habían ido a desayunar, o bien habían tenido que acabar una chapuza al lado, calle Myrrha. Otras veces, Coupeau llevaba a todos a beber una copita. Boche, los pintores y los camaradas que encontraba; era otra tarde echada a perder. A

Gervasia se le quemaba la sangre. Precipitadamente, en dos días, todo quedó terminado, las paredes barnizadas, el papel pegado, y las basuras echadas al carro. Los obreros habían embetunado aquello como jugueteando, silbando en sus escaleras y cantando hasta dejar sordo al barrio.

La mudanza tuvo lugar en seguida. Gervasia, en los primeros días, sentía alegrías infantiles cuando atravesaba la calle, de vuelta de algún encargo. Detenía el paso, y se sonreía mirando a su casa. Desde lejos, en medio de la negra fila de las otras fachadas, su tienda le parecía clara, como una alegría nueva, con su rótulo azul claro donde se leía: «Planchadora de fino», en grandes letras amarillas. En la vitrina cerrada en el fondo con cortinas de muselina, tapizadas de papel azul para hacer resaltar la blancura de la tela, se veían de muestra camisas de hombre y cofias de mujer colgadas de los alambres, con las cintas anudadas. Su tienda le parecía preciosa, color de cielo. Dentro, continuaba el tono azul; el papel que imitaba un persa pompadour, representaba un emparrado donde se entrelazaban campanillas; el banco, una inmensa madera que ocupaba las dos terceras partes de la pieza, cubierto con una gruesa colcha orlada con una falda de cretona, con grandes ramos azulados que ocultaban la madera. Gervasia se sentaba en un taburete, respiraba con satisfacción, feliz en tanta limpieza, acariciando con sus ojos todo su tesoro. Pero su primera, mirada se dirigía siempre a su fogón, estufa de hierro fundido, donde se podrían calentar diez planchas a la vez, colocadas en torno de él, sobre placas inclinadas. Se ponía de rodillas y miraba con un miedo constante, no fuera a ser que su zafia aprendizaje hiciese estallar la estufa por echar demasiado cok.

Detrás de la tienda, la habitación tenía mejores condiciones. Los Coupeau dormían en el primer cuarto, donde cocinaban y comían; una puerta, en el fondo, daba al patio de la casa. La cama de Naná se encontraba en la habitación de la derecha, un gran gabinete, que recibía durante el día la luz por una claraboya redonda, colocada cerca del techo. En cuanto a Esteban, compartía el cuarto de la izquierda con la ropa sucia, en la cual se amontonaban siempre grandes cantidades por el suelo. Sin embargo, había un inconveniente: los Coupeau no quisieron verlo en un principio; los muros rezumaban humedad, y desde las tres de la tarde no se veía nada.

La nueva tienda produjo en el barrio una gran emoción. Acusaban a los Coupeau de ir demasiado rápido y de darse tono. En efecto, habían gastado los quinientos francos de Goujet en la instalación, sin guardar ni siquiera para sostenerse una quincena como habían calculado anteriormente. La mañana en que Gervasia abrió sus puertas por primera vez, tenía por todo capital seis francos en su bolsillo. Pero esto no le daba apuro, los parroquianos iban llegando, y sus asuntos se presentaban bastante bien. Ocho días más tarde, el sábado, antes de acostarse, se quedó dos horas haciendo cuentas sobre un pedazo de papel; despertó a Coupeau con el rostro resplandeciente, para decirle que había grandes cantidades a ganar, si eran razonables.

—¡Muy bonito! —exclamaba la señora Lorilleux en toda la calle de la Goutte-d'Or—. ¡El idiota de mi hermano lo ve todo color de rosa!... No le faltaba más a la Banbán que hacerse la carrera... Bien le está, ¿no es cierto?

Los Lorilleux habían declarado la guerra a Gervasia. En primer lugar, mientras se hacían las reparaciones de la tienda, les faltó poco para morir de rabia; con sólo ver a los pintores, desde lejos, cambiaban de acera y subían a su casa renegando. Una tienda pintada de azul para aquella doña nadie..., a menos que fuera para sacar el jugo a la gente honrada... Así fue que desde el segundo día, como la aprendiz hubiese vaciado un cubo de almidón en el preciso momento en que la señora Lorilleux salía de casa, empezó a dar voces, acusando a su cuñada de azuzar a sus obreras contra ella. Las relaciones quedaron rotas, no cruzándose entre ellos más que miradas terribles, cuando se encontraban.

—¡Bonita vida! —repetía la señora Lorilleux—. ¡Ya se sabe de dónde procede el dinero de su barraca! Lo ha ganado con el herrero... ¡Buenos estaban también esos! ¿No se había cortado el padre la cabeza con un cuchillo para quitar trabajo a la guillotina? ¡Cuánta porquería!

Le acusaba descaradamente a Gervasia de acostarse con Goujet. Mentía, pretendiendo haberle sorprendido una noche juntos, en un banco del bulevar exterior. La idea de estas relaciones, los placeres que debía gustar su cuñada, la excitaban más, en su honestidad de mujer fea. Día tras día el grito de su corazón le subía a los labios:

—Pero ¿qué tiene de extraordinario esta lisiada para hacerse amar? ¿Por qué no gusto yo?

Originaba chismes interminables con la vecindad. Contaba toda la historia. ¡Vamos, el día del casamiento hubiera engañado a cualquiera! ¡Oh!, pero ella tenía la nariz muy larga y olía ya en qué iba a acabar aquello. Después, la Banbán se había presentado tan dulce, tan hipócrita, que ella y su marido, por consideración a Coupeau, consintieron en ser padrinos de Naná, aunque les había costado un ojo de la cara un bautizo como aquél. Pero ahora vean ustedes; la Banbán podría encontrarse con el agua al cuello y tener necesidad de ayuda, que no sería ella quien se la prestara. No le gustaban las insolentes, las pícaras ni las desvergonzadas. En cuanto a Naná, siempre sería bien recibida si subiera a visitar a sus padrinos. ¡Qué culpa tenía la pequeña! No tenía nada que ver con las malas acciones de la madre. En cuanto a Coupeau, no necesitaba consejos; en su lugar, otro cualquiera habría propinado a su mujer unas duchas y unos azotes; en fin, allá él, únicamente le pedían que exigiese el debido respeto a la familia. ¡Ira de Dios! Si su marido llega a encontrar a la señora Lorilleux en flagrante delito, las cosas no hubieran quedado tan tranquilas, le habría hundido las tijeras en el mismísimo vientre.

Sin embargo, los Boche, jueces severos de las querellas de la casa, no daban la razón a los Lorilleux. Sin duda, los Lorilleux eran gente corriente, tranquila, que trabajaba todo el santo día y que pagaban sus alquileres con puntualidad, pero, francamente, la envidia los cegaba. A esto había que añadir que eran muy apegados al

dinero. Que llegaban a esconder la botella del vino cuando se subía, para no verse obligados a ofrecer un vaso: eran gente sucia. Un día, Gervasia acababa de invitar a los Boche a tomar una grosella con agua de seltz, y se la bebían en la portería, cuando acertó a pasar la señora Lorilleux, muy estirada y haciendo como que escupía en la puerta de los porteros. A partir de aquel día, todos los sábados, la señora Boche al barrer las escaleras y los pasillos, dejaba la basura ante el mismo umbral de los Lorilleux.

—¡Atiza! —exclamaba la señora Lorilleux—. ¡La Banbán los infla a esos glotones! ¡Ah! ¡Todos son unos!... Pero que no me tienten, porque iré a quejarme al propietario. Ayer, sin más, vi a ese cazurro de Boche restregándose contra las faldas de la señora Gaudron. ¡Atreverse con una mujer de esa edad, con una docena de hijos!... ¡Marranería pura!... Una porquería más, y aviso a la señora Boche para que arme un escándalo a su hombre... ¡Pues no se reiría poco la gente!

Mamá Coupeau visitaba a las dos familias, que llegaban a hacerla prolongar sus visitas invitándola a comer, y escuchaba con complacencia una tarde a cada una.

La señora Lerat no había vuelto a casa de los Coupeau porque habían tenido una agarrada con motivo de un zuavo que había cortado la nariz a su querida, con una navaja de afeitar; defendía al zuavo diciendo que el navajazo era prueba de cariño, sin alegar razón alguna. Y había exasperado en mayor grado las iras de la señora Lorilleux, afirmándole que la Banbán, en sus conversaciones, delante de quince o veinte personas, la llamaba Cola de Vaca sin el menor reparo. ¡Santo Dios! Era cierto: los Boche, los vecinos, todos la llamaban ahora Cola de Vaca.

En medio de tanto barullo, Gervasia, tranquila, sonriente, en el umbral de su tienda, saludaba a sus amigos con una inclinación de cabeza. Le agradaba asomarse de vez en cuando, entre dos planchadas, para sonreír a la calle, con la satisfacción de quien se sabe poseedora de un trozo de acera. La calle de la Goutte-d'Or le pertenecía; y las calles contiguas y el barrio entero. Cuando sacaba la cabeza en chambrá blanca, los brazos al aire, y los cabellos rubios alborotados por el calor del trabajo, lanzaba miradas a derecha y a izquierda y a los dos extremos, para abarcar de un solo golpe a los transeúntes, al cielo y a la tierra; a la izquierda, la calle de la Goutte-d'Or se prolongaba apacible, desierta, como un rincón de pueblo, donde las mujeres hablaban quedo en sus puertas; a la derecha, a pocos pasos, la calle Poissonniers, presentaba una barahúnda de carruajes, un continuo ruido de pasos de los transeúntes que reflúa y hacía de este rincón una encrucijada de sabor popular. A Gervasia le gustaba la calle, los tumbos de los carros en los baches del empedrado, los empujones de la gente a lo largo de las estrechas aceras, interrumpidas por grandes piedras desniveladas; los tres metros de arroyo delante de su puerta, tomaban una importancia enorme. Era un ancho río, que quería mantener muy limpio, un río extraño y con vida, cuyas aguas coloreaba caprichosamente con los tonos más delicados, en medio del negro lodo, la tintorería de la casa.

Luego se interesaba por las tiendas, un importante almacén, con su escaparate de frutas secas, resguardadas por pequeñas alambradas, lencería y gorrería para obreros, balanceándose al menor soplo de viento, calzones y blusas azules, con las piernas colgando y las mangas extendidas. Desde la casa de la frutera y de la tripicallera veía los ángulos del mostrador, donde unos gatos soberbios y tranquilos ronroneaban. Su vecina, la señora Vigouroux, la carbonera, devolvíale su saludo; una mujer pequeñita, gruesa, morena, con ojos chispeantes, que bromeaba con los hombres, apoyada en la fachada de la tienda, decorada con troncos de leña pintados sobre un fondo color borra de vino, que daban la impresión de un complicado dibujo de chalet rústico. Las señoras Coudorgue, madre e hija, otras vecinas que tenían tienda de paraguas, no se dejaban ver nunca; su escaparate era sombrío, su puerta, adornada con dos sombrillas de cinc pintadas con una espesa capa de vivo bermellón, permanecía cerrada. Antes de retirarse, Gervasia echaba siempre una ojeada enfrente de ella, a una gran pared blanca, sin una sola ventana; únicamente tenía una gran puerta cochera, a través de la cual se veían las llamaradas de una herrería, en un patio atestado de carretas y carretones con las varas en alto. En la pared, el siguiente letrero: «Herrería», en grandes letras, encuadradas en un abanico formado de herraduras. Los martillos sonaban sobre el yunque durante todo el día, las chispas iluminaban el sombrío patio. En la parte baja de la pared, en el fondo de un agujero, no más grande que un armario, entre una vendedora de hierro viejo y otra de patatas fritas, hallábase un relojero, todo un señor, con levita y aspecto aseado, que continuamente examinaba relojes con instrumentos diminutos, ante una mesa en la que dormían cosas delicadas debajo de vasos de vidrio, mientras que a su espalda los péndulos de dos o tres docenas de relojes de cucú, pequeñitos, oscilaban a la vez entre la miseria negra de la calle y el cadencioso golpear de la herrería.

El barrio encontraba a Gervasia muy simpática. Indudablemente, se hablaba a su costa, pero unánimemente se decía que tenía hermosos ojos, una boca como un piñón y dientes muy blancos. Era, en fin de cuentas, una linda rubia, y habría podido ponerse entre las más bonitas a no ser por la desgracia de la cojera. Tenía 28 años y había engordado un poco. Sus rasgos finos se acentuaban y sus gestos adquirían una dulce placidez.

Mientras calentaba la plancha, se sentaba en el borde de una silla, abstraída, con una sonrisa vaga y el semblante inundado de alegría. Se estaba haciendo golosa; todos lo decían, pero aquello no era un defecto, sino al contrario; cuando se gana, hay que regalarse con bocados exquisitos: tonta sería de limitarse a comer mondas de patatas. Con mayor motivo que trabajaba mucho, desviviéndose por sus parroquianos, pasándose ella misma las noches en claro, con la puerta cerrada, cuando el trabajo era urgente. Como decían los vecinos, estaba de suerte, todo prosperaba. Planchaba para los inquilinos de la casa, para el señor Madinier, la señorita Remanjou, los Boche, y hasta llegó a quitar a su antigua maestra, la señora Fauconnier, algunas clientas de París, que habitaban en las calles del arrabal Poissonniers. A partir de la segunda

quincena, tuvo que tomar dos obreras, la señora Putois y una buena moza llamada Clemencia, aquella muchacha que habitaba en el sexto piso; con esto ya eran tres personas en su casa, incluyendo a la aprendiz Agustina, aquella bizca, más fea que el culo de un pobre. Otras, en su lugar, habrían perdido la cabeza con tan buena suerte. Bien se podía disculpar que los lunes se diese buena vida, después de haberse matado durante toda la semana. Por lo demás, aquello le era necesario. Las camisas hubieran tenido que plancharse solas de no darse la satisfacción de tomar cosas por las que se moría.

Jamás Gervasia se había mostrado tan complaciente: era dulce como un cordero y buena como el pan. Prescindiendo de la señora Lorilleux, a la que en venganza llamaba Cola de Vaca, no odiaba a nadie, disculpaba a todo el mundo. En el ligero abandono de su conversación, cuando había almorzado bien y tomado su café, cedía a la necesidad de una indulgencia general. Su palabra era: «Debemos perdonarnos unos a otros si no queremos vivir como salvajes». Cuando se le hablaba de su bondad se reía. «¡No faltaba más que hubiera sido mala!». Se defendía diciendo que no tenía ningún mérito el ser buena. Acaso su sueño, ¿no se había realizado? ¿Le quedaba alguna cosa más que ambicionar en la existencia? Recordaba su ideal de otro tiempo; cuando se encontraba tirada en la calle: trabajar, comer pan, tener un hueco para sí, educar a sus hijos, no ser maltratada, morir en su cama. Ahora su ideal se había sobrepasado; lo tenía todo, y aun más. En cuanto a morir en su cama, agregaba en tono de broma: «Cuento con ello, pero lo más tarde posible, desde luego».

Sobre todo con Coupeau. Gervasia se mostraba siempre cariñosa. Ni una palabra más alta que otra, ni una queja detrás de su marido. El plomero había terminado por volver al trabajo; y como su taller estaba entonces al otro extremo de París, ella le daba todas las mañanas céntimos para su desayuno, la copita y el tabaco; sólo que él, dos días por semana, se paraba en el camino para beberse los cuarenta céntimos con un amigo, y volvía a casa a desayunar contando cualquier invento; hasta llegó a hacerlo en un lugar próximo a su casa, en «Capucin», en la barrera de la Chapelle, y convidó a Mes-Bottes y a otros tres a un estupendo banquete de caracoles, asado, y vino embotellado; pero como sus cuarenta céntimos no eran suficientes, envió por el mozo la cuenta a su mujer, advirtiéndole que le dijera que estaba detenido en la comisaría. Ella se echó a reír y alzó los hombros, «¿qué había de malo en que su hombre se distrajera un poco?». Era conveniente dejar a los hombres la rienda suelta si se quería vivir en paz en su casa; de palabra en palabra, podían llegar pronto a los golpes. ¡Dios mío! había que ser comprensiva. Coupeau padecía todavía de su pierna, además, se encontraba arrastrado y forzado a hacer lo que los otros, so pena de pasar por un salvaje. Por lo demás, aquello no tenía consecuencias; si volvía un tanto alegre, se echaba en la cama, y dos horas después todo había concluido.

Entretanto se echaron encima los fuertes calores. Una tarde de junio, un sábado en que el trabajo apremiaba, Gervasia había cargado de cok el hornillo, alrededor del cual se calentaban diez planchas. En aquella hora el sol caía a plomo sobre la

fachada, la acera despedía el reflejo del sol, cuya luz daba de rechazo en el techo de la tienda; y este haz de luz azulada por el papel de los estantes y del escaparate daba por encima de la mesa un tono enceguecedor, como polvo de sol, tamizado a través de fino lienzo. Hacía una temperatura capaz de hacer estallar. La puerta de la calle la había dejado abierta, pero ni un soplo de viento penetraba; las piezas que se secaban colgadas de los alambres despedían vaho y se ponían tiesas como palos, en menos de tres cuartos de hora. Hacía un instante que bajo esta pesadez de horno reinaba un profundo silencio, en medio del cual sólo se oía el golpeteo de las planchas, ahogado por la gruesa colcha.

—¡Ah! —dijo Gervasia—. ¡Si no nos derretimos hoy!... ¡Se quitaría una hasta la camisa!

Se había puesto en cuclillas ante un barreño, para almidonar la ropa, en enaguas blancas, con la chambra remangada y los brazos al aire, el cuello desnudo, sonrosada y sudorosa con los mechoncitos rubios de sus cabellos despeinados y adheridos a la piel. Cuidadosamente remojaba, en el agua lechosa, gorros, pecheras de camisa de hombre, enaguas enteras y adornos de pantalones de mujer. En seguida retorció cada pieza y las colocaba en el fondo de una cesta cuadrada, después de haber metido en un cubo la mano y haberla sacudido sobre las camisas y los pantalones que no estaban almidonados.

—Este canasto es para usted, señora Putois —dijo Gervasia—. Hay que aligerar el trabajo. Esto se va a secar en seguida y habrá que volver a empezar dentro de una hora.

La señora Putois, mujer de cuarenta y cinco años, flaca, pequeña; planchaba sin sudar una gota, envuelta en una vieja bata color marrón. Ni siquiera se había quitado la cofia, una cofia negra con cintas verdes tirando a amarillo. Permanencia tiesa, ante la mesa, demasiado alta para ella, con los codos levantados, moviendo la plancha con extraños gestos de marioneta. De repente exclamó:

—¡Oh, no, señorita Clemencia! Póngase su chambra. Ya sabe usted que no me gustan las indecencias. Una vez así, puede usted seguir enseñando lo que quiera. Ya hay tres hombres parados en frente.

Clemencia la trató de vieja ridícula, para sus adentros. Se asfixiaba y bien podía ponerse a sus anchas: todo el mundo tenía piel de yesca. Y además, ¿se le veía algo? Y levantaba sus brazos; su turgente seno de muchacha fuerte le hacía saltar la camisa, y sus hombros hacían crujir las cortas mangas. Clemencia no quería llegar a los treinta años sin aprovecharse de la vida; al día siguiente de una juerguecita, no veía ya ni donde pisaba, y daba cabezadas sobre la tarea, como si estuviera agotada. A pesar de ello, Gervasia no la despedía, porque no había otra oficiala capaz de planchar una camisa con el buen gusto que ella lo hacía. Estaba especializada en camisas de hombre.

—Esto es mío —acabó por declarar, dándose golpes en el pecho—, y ni muerde ni hace pupa a nadie.

—Clemencia, póngase su chambra —dijo Gervasia—. La señora Putois tiene razón, no es conveniente. Podrían tomar mi casa por lo que no es.

Clemencia se volvió a arreglar, refunfuñando: «¡Qué hipocresía! ¡Cómo si los que pasaban no hubieran visto nunca el pecho a una mujer!». Descargó su cólera sobre la aprendiz, aquella bizca de Agustina, que planchaba a su lado ropa lisa, medias y pañuelos; la empujó con el codo y la hizo tambalear. Pero Agustina, arisca, de una perversidad cazurra, por ser juguete de todos, como venganza le escupió por detrás en el vestido, sin que la vieran.

Gervasia acababa de empezar a planchar una cofia de la señora Boche y quería esmerarse. Había preparado almidón cocido para ponerla como nueva. Planchaba suavemente en el fondo de la cofia, con el polonés, que era un hierrecito redondo por los dos extremos, cuando entró una mujer huesuda, con la cara llena de manchas rojas y con las faldas empapadas de agua. Era una lavandera que tenía a su cargo tres obreras en el lavadero del barrio.

—Llega usted demasiado temprano, señora Bijardt —dijo Gervasia—. Le había dicho que esta noche... Tan temprano me molesta bastante.

Pero como la lavandera se lamentaba por temor de no hacer la colada aquel mismo día, quiso entregarle la ropa sucia en seguida. Fueron a buscar los paquetes a la pieza de la izquierda donde dormía Esteban, y volvieron con brazadas enormes, que apilaron en el suelo, en el fondo de la tienda. El apartado duró más de media hora. Gervasia formaba montones a su alrededor, poniendo juntas las camisas de hombre, las de mujer, los pañuelos, los calcetines y los repasadores. Cuando alguna pieza de un nuevo cliente pasaba por sus manos, la marcaba con una cruz de hilo rojo para distinguirla. En aquel aire cálido, un olor nauseabundo subía de toda esta ropa sucia removida.

—¡Qué peste! —dijo Clemencia tapándose la nariz.

—¡Caramba!, si estuviera limpia no nos la darían —contestó tranquilamente Gervasia—. Cada casa huele a lo que es... Decíamos catorce camisas de mujer, ¿no es esto, señora Bijardt?... Quince, diez y seis, diez y siete...

Continuó contando en alta voz; acostumbrada a la suciedad, no le causaba mayor molestia; metía sus brazos desnudos y sonrosados en medio de las camisas amarillas de sudor, en los trapos tiesos por la grasa de haber limpiado la vajilla, en los calcetines agujereados y podridos por el sudor. Con todo este penetrante olor, que subía a su cara inclinada sobre los montones de ropa, sentíase acometida de flojedad; se sentó en el borde de un taburete, encorvándose, y extendía las manos de derecha a izquierda lentamente, como si le agradase aquella fetidez humana, sonriendo vagamente y con los ojos húmedos. Parecía que sus primeros abandonos viniesen de esto, de la asfixia producida por la ropa vieja que envenenaba el aire a su alrededor.

Precisamente en el momento en que sacudía un pañal, que de sucio que estaba era imposible reconocerlo, entró Coupeau.

—¡Grandísimo pícaro! —tartamudeó—. ¡Qué solazo!... Parece que penetra en los sesos.

El plomero se sujetó a la mesa para no caerse al suelo. Era la primera vez que pescaba una borrachera semejante. Hasta entonces no había pasado de alegrarse un poco. Pero en esta ocasión venía con un chichón en el ojo, causado por alguna «amistosa» bofetada extraviada en cualquier altercado. Sus cabellos rizados, en los que ya peinaba canas, debían haber limpiado el polvo a algún rincón de cualquier tugurio, pues una tela de araña colgaba de uno de sus mechones sobre la nuca. Estaba tan bromista como siempre, con las facciones un tanto alteradas y envejecidas, y con la mandíbula inferior más saliente que de costumbre; pero siempre buen muchacho —como decía él mismo—, y con el cutis todavía bastante suave para dar envidia a una duquesa.

—Te voy a explicar —dijo, dirigiéndose a Gervasia—. Ha sido Pied-de-Célieri, ya le conoces tú, el que tiene una pata de palo... Como regresa a su país ha querido invitarnos... ¡Oh! Estábamos serenos, y si no hubiera sido por el sol..., en la calle la gente se pone enferma... ¡Caramba! Parece que el mundo hace eses...

Como Clemencia se riera de que hubiese visto la calle dando vueltas, él también, por su parte, se vio acometido de una gran alegría, que por poco lo ahoga. Gritaba:

—¡Ah!, ¡los santos borrachos!... ¡Qué graciosos son!...; pero la culpa no es de ellos, sino del sol.

Toda la tienda se reía, hasta la señora Putois, que no podía ver a los borrachos. La bizca Agustina se reía como una gallina, con la boca abierta casi ahogándose. Gervasia, entretanto, sospechaba que Coupeau no venía derecho, sino que había pasado un buen rato en casa de los Lorilleux, donde recibía malos consejos. Cuando le hubo jurado que no, echóse a reír a su vez, llena de indulgencia, sin reprocharle siquiera que hubiera perdido otro día de jornal.

—¡Cuántas tonterías, Dios mío! —dijo por lo bajo—. ¿Cómo se podrán decir bobadas semejantes?

En seguida expresó con acento maternal:

—Anda a acostarte. Como ves, estamos ocupadas; nos estorbas... Van treinta y dos pañuelos, señora Bijardt, y, dos más, treinta y cuatro...

Pero Coupeau no tenía sueño. Se quedó allí contorneándose con movimientos de péndulo de reloj, riendo con aire bobo y testarudo. Gervasia, que quería quitarse de encima a la señora Bijardt, llamó a Clemencia y le hizo contar la ropa, mientras ella la anotaba. A cada pieza, esta gran libertina, soltaba una palabrota, una obscenidad; enseñaba las miserias de los parroquianos, las aventuras de las alcobas, tenía bromas de taller, a propósito de cualquier agujero, y sobre todas las manchas que pasaban por su mano. Agustina hacía como si no entendiese, aguzando los oídos de muchachilla viciosa. La señora Putois se mordía los labios, encontrando esta tarea estúpida: hablar tales cosas delante de Coupeau. Un hombre no tiene por qué ver la ropa; es una de las operaciones que se evitan en todas las casas decentes. En cuanto a Gervasia,

entregada a su quehacer, parecía no oír. Sin dejar de anotar, seguía las piezas con una mirada atenta para reconocerlas al pasar; y no se equivocaba nunca; acertaba el nombre de los dueños de cada una por el olor o por el color. Aquellas servilletas pertenecían a los Goujet; saltaba a la vista, se veía que no habían limpiado con ellas el culo de las sartenes. Aquella funda de almohada procedía ciertamente de los Boche, a causa de las manchas de crema que provenían, sin duda, de la pomada que usaba la señora y con la que embadurnaba toda su ropa. No había necesidad de ponerse en la nariz los chalecos de franela del señor Madinier para saber que eran suyos; empapaba la lana de sudor, por lo grueso que era. Y no ignoraba otras particularidades, secretos de limpieza de cada uno; los de todas las vecinas, que atravesaban la calle con falda de seda: el número de medias, pañuelos, camisas, que ensuciaban por semana, el modo como las personas rompían ciertas piezas, siempre por el mismo sitio. Estaba enterada de todo. Las camisas de la señorita Remanjou, por ejemplo, eran objeto de comentarios interminables. Se gastaban por la parte de arriba: la solterona debía tener los huesos y las espaldas puntiagudos; y nunca estaban sucias, aunque las hubiese tenido puestas quince días, lo que probaba que a esa edad se está exactamente igual que un pedazo de leño, del que costaría trabajo extraer ningún jugo. En la tienda, cada vez que se hacía el recuento de ropa, se arrancaba la piel a todo el barrio de la Goutte-d'Or.

—¡Esto sí que es una golosina! —exclamó Clemencia deshaciendo un nuevo envoltorio.

Gervasia, acometida bruscamente por una gran repugnancia, retrocedió.

—El paquete de la señora Gaudron —dijo—. No quiero lavar más su ropa. Estoy buscando un pretexto... No es que yo ponga más dificultades que otra, pues yo he tocado ropa bien sucia en mi vida, pero con ésta no puedo: acabaría por ponerme enferma... ¿Qué hará esa mujer para ponerla de semejante manera?

Rogó a Clemencia que se diera prisa, pero la obrera continuaba sus observaciones, metía sus dedos en los agujeros, haciendo alusiones a las piezas que agitaba como banderas de la porquería triunfante. Entretanto, los montones habían llegado hasta cerca de Gervasia, la cual, sentada en el borde de un taburete, desaparecía entre las camisas y las enaguas: tenía ante ella las sábanas, pantalones, manteles, un revoltillo de suciedad; y en medio de aquella charca siempre en aumento, seguía con sus brazos y su cuello desnudo, con sus mechoncitos de cabellos rubios pegados a las sienes, más sonrosada y más lánguida. Recobraba su ademán repesado, su sonrisa de patrona atenta y cuidadosa, olvidándose de la ropa de la señora Gaudron, revolviendo con una mano en el montón para comprobar si había errores. La bizca Agustina, a quien encantaba echar paletadas de cok en el fogón, acababa de atestarlos de tal modo que las planchas estaban al rojo. El sol, con sus rayos oblicuos dando sobre la fachada, había puesto la tienda en llamas. Coupeau, a quien el extremado calor mareaba más, se sintió poseído de una repentina ternura, y adelantándose hacia Gervasia, con los brazos abiertos y muy conmovido, dijo:

—Qué buena eres. Necesito besarte. Pero se enredó de tal manera en las enaguas que halló en el camino que dio con sus huesos en el suelo.

—¡Qué bruto eres! —dijo Gervasia sin enfadarse—. Estáte tranquilo, que en seguida terminamos.

Pero él quería besarla; tenía necesidad de hacerlo, porque la quería mucho. Tartamudeando, daba vueltas alrededor del montón de enaguas y tropezó con el de las camisas; y como se obstinara, trabáronsele los pies y fue a caer de narices en medio de los trapos. Gervasia, que empezaba a impacientarse, le empujó, gritando que iba a revolverle todo. Pero Clemencia, y hasta la señora Putois, le dieron la razón; después de todo era bien amable. Quería besarla, pues que se dejara.

—Contenta puede estar, señora Coupeau —dijo la señora Bijardt, a quien el borracho de su marido, cerrajero, le daba de golpes cada día—. Si el mío fuese así cuando se amona, ¡estaría encantada!

Gervasia, más sosegada, sentía ya haberse molestado. Ayudó a Coupeau a ponerse de pie y le tendió la mejilla sonriendo; pero el plomero, sin preocuparse de nadie, le agarró el pecho.

—No es hablar en balde —dijo entre dientes—; tu ropa huele lindamente, pero yo te quiero siempre, bien lo sabes.

—Déjame, no me hagas cosquillas —gritó Gervasia, riendo cada vez más fuerte—. ¡Qué bruto eres! No hay que llegar a tanto.

La había cogido y no la soltaba. Ella se abandonaba, aturdida por el ligero vértigo que le producía el montón de ropa, y sin repugnancia por el aliento a vino que exhalaba Coupeau. El ruidoso beso que cambiaron en plena boca, en medio de las suciedades del oficio, era como una primera caída en la lenta pendiente de su vida.

Mientras, la señora Bijardt ataba la ropa en paquetes. Hablaba de su pequeña niña de dos años, llamada Eulalia, que tenía ya tanto juicio como una mujer. Se la podía dejar sola, no lloraba nunca y no jugaba con los fósforos. Por último se echó a cuestras los paquetes de ropa, uno por uno, encorvando su elevado talle por el peso, llenándosele el rostro de manchas violetas.

—Esto no hay quien lo aguante; nos asamos —dijo Gervasia, enjugándose el sudor del rostro antes de ponerse nuevamente a trabajar con el gorro de la señora Boche.

Se habló de aplicar algunos cachetes a Agustina cuando vieron que el fogón estaba al rojo. Las planchas también enrojecían. ¡Tenía el diablo en el cuerpo! No podía uno dar la vuelta sin que hiciese de las suyas. Tendrían que esperar un cuarto de hora para poderse servir de las planchas. Gervasia cubrió el fuego con dos paletadas de ceniza. Se le ocurrió, además, tender un par de sábanas en los alambres del techo a modo de cortinas para amortiguar el sol. Hecha esta operación se encontraron divinamente en la tienda. La temperatura era aún bastante tibia; podía uno creerse en una alcoba blanca, como encerrado en su casa, lejos del mundo, aunque se oyese detrás de las sábanas a la gente andando de prisa por la acera, y se estaba más libre

para ponerse a sus anchas. Clemencia se quitó su chambrá, Coupeau se negaba a ir a dormir; se le permitió quedar, pero tuvo que prometer que estaría quieto en un rincón, pues el trabajo no permitía dormirse sobre las pajas.

—¿Qué hará esta lombriz con el polonés? —murmuró Gervasia, refiriéndose a Agustina.

Buscaban por todas partes el hierrecillo que se encontraba en sitios especiales en que la aprendiz, según decían, lo ocultaba por malicia. Gervasia acabó por fin la cofia de la señora Boche. Había rizado los encajes, estirándolos con la mano y realizándolos con un planchazo. Era una cofia cuya labor, muy recargada, se componía de pequeños abullonados, alternando con entredoses bordados. Planchaba todo ello cuidadosamente por medio de un hierro en forma de huevo, sujeto en un pie de madera.

Reinó un profundo silencio; no se oía más que los golpes sordos, apagados, de las planchas sobre la manta. A ambos lados de la gran mesa cuadrada, la maestra, las dos oficialas y la aprendiz, de pie, se aplicaban cada una a su tarea, con las espaldas arqueadas, y los brazos en un vaivén continuo. Cada cual tenía a su derecha un ladrillo quemado por las planchas demasiado calientes. En medio de la mesa había una cazuela llena de agua clara adonde empapaban un trapo y un cepillito. Un ramo de lirios, en una lata vieja de cerezas en aguardiente, se marchitaba, poniendo con su blancura una nota alegre. La señora Putois la había emprendido con la cesta de ropa preparada por Gervasia, servilletas, pantalones, chambras, manguitos. Agustina se eternizaba con sus medias y sus trapos, mirando a un moscardón que volaba. En cuanto a Clemencia, estaba desde la mañana temprano con las camisas de hombre.

—¡Siempre vino y nunca aguardiente! —dijo el plomero, sintiendo necesidad de hacer esta declaración—. ¡El aguardiente me sienta mal, y no lo quiero!

Clemencia tomó una plancha del hornillo con el agarrador de cuero y latón y se la aproximó a la mejilla para comprobar si estaba bastante caliente. La frotó contra el ladrillo, la limpió con un lienzo colgado a su cintura y la emprendió con la camisa número treinta y cinco, planchando primero faldones y mangas.

—¡Bah! Señor Coupeau —le dijo al cabo de un minuto—, una copita de aguardiente no hace mal a nadie. A mí me da fuerza... Y al fin de cuentas, cuanto más pronto se acabe mejor. ¡Oh!, no me hago ninguna ilusión. Sé que no durará mucho tiempo.

—¡Qué pesada te pones con tus ideas de entierro! —la interrumpió la señora Putois, a quien no le gustaban las conversaciones tristes.

Coupeau se había levantado y se incomodaba, creyendo que lo acusaban de haber bebido aguardiente. Juraba por su cabeza, por la de su mujer y su hija: no tenía ni una gota de aguardiente en el cuerpo. Se acercaba ahora a Clemencia echándole el aliento en la cara, para que comprobara. Cuando acercó las narices a sus desnudos hombros se puso a bromear con malicia. Quería ver. Clemencia, después de doblar la espalda de la camisa y dado un planchazo por los dos lados, se ocupaba de los puños y el

cuello. Pero como él continuaba empujándola, le hizo hacer una arruga; y tuvo que tomar el cepillo del borde del plato hondo para darle almidón.

—¡Señora! —dijo— dígale que se quite de encima.

—Déjala —dijo tranquilamente Gervasia—. Sé juicioso. Tenemos prisa, ¿sabes?

Tenían prisa; pues bien, ¿y qué culpa tenía él? Él no hacía daño a nadie. No tocaba; miraba solamente. ¿Es que estaba prohibido mirar las cosas bonitas que el buen Dios ha creado? ¡Aquella pícara de Clemencia tenía buenas formas! Podía exhibirse por diez céntimos, y hasta dejarse tocar: a nadie le dolería el dinero. La oficiala, entretanto, no se defendía ya, reía de estas frases crudas del hombre bebido y acababa por bromear con él. Coupeau chanceaba, a propósito de las camisas de hombre, siempre estaba con ellas. Pero ¿es que vivía dentro? ¡Válgame Dios, las conocía de punta a punta! ¡Y que no sabía cómo estaban hechas!... ¡Cuántos cientos y cientos le habrían pasado por las manos!... Todos los rubios y todos los morenos del barrio llevaban obra suya en el cuerpo. Ella continuaba riéndose; había hecho otros cinco grandes pliegues en la espalda, introduciendo la plancha por la abertura de la pechera; levantaba el faldón delantero y lo plegaba igualmente en anchos dobleces.

—¡Esto es el pendón! —dijo riendo cada vez más fuerte.

La bizca Agustina soltó una carcajada; tan graciosa le pareció la ocurrencia. La riñeron. ¡Miren el monigote riendo de las palabras que no debía comprender! Clemencia le pasó su plancha; la aprendiz la aprovechaba para sus trapos y sus medias cuando no estaban lo bastante calientes para las piezas almidonadas. Pero esta vez la cogió tan torpemente que se hizo una gran quemadura en la muñeca. Se puso a llorar y a acusar a Clemencia de haberla quemado a propósito. La oficiala, que había ido por una plancha muy caliente para la pechera de la camisa, la consoló en seguida, amenazándola con plancharle las dos orejas si seguía echándole la culpa. Mientras esto decía, había metido una bola de trapos bajo la pechera y pasaba lentamente la plancha, dando tiempo al almidón para secarse, hasta que adquiriría una rigidez y un lustre como si fuera cartulina.

—¡Santa mañana! —chilló Coupeau, que rondaba detrás de ella con obstinación de ebrio.

Se levantaba riéndose, como una polea mal engrasada. Clemencia, apoyada firmemente sobre la mesa, con las muñecas vueltas y los codos en alto y apretados, doblaba el cuello con gran trabajo; toda su carne desnuda se levantaba, sus hombros subían con el juego lento de los músculos latentes bajo la piel fina; hinchábasele el seno, empapado en sudor, en las sombras rosa de su camisa entreabierta. Coupeau alargó las manos e intentó tocarla.

—¡Señora, señora! —exclamó Clemencia—. Dígale que se esté quieto... Si esto continúa, me marchó. No quiero que se metan conmigo.

Gervasia acababa de poner la cofia de la señora Boche sobre un molde vestido de tela, y acanalaba minuciosamente los encajes con la tenacilla. Levantó los ojos en el

preciso momento en que el plomero intentaba meter las manos dentro de la camisa de Clemencia.

—Está visto. Coupeau, no eres razonable —le dijo Gervasia un poco enfadada, como si estuviera regañando a un niño que se empeñara en tomar confituras sin pan—. Vamos a acostarte.

—Sí, vaya a acostarse señor Coupeau, será mucho mejor —indicó la señora Putois.

—¡Bueno! —gruñó, sin cesar de bromear—. ¡Vaya la perra que habéis cogido!... No se puede ni gastar una broma. Las mujeres me conocen divinamente, nunca les he roto nada. Que se pellizca a una señora, ¡verdad!, pero no se va más lejos; con esto se honra al bello sexo..., y además, cuando lucen lo que tienen, es para que se elija, ¿no es así? ¿Por qué, si no, la rubia enseña todo lo que tiene? No, eso no está decente.

Volviéndose hacia Clemencia, añadió:

—Y tú, pichona, haces mal en poner mala cara..., si es porque hay gente delante...

No pudo continuar. Gervasia, sin violencia, lo llevó de una mano y le tapó la boca con la otra. Él se debatía, como en broma, mientras que ella lo llevaba hacia el fondo de la tienda, a su cuarto. Se destapó la boca y dijo que quería acostarse, pero que la gran rubia tenía que venir a calentarse los piecitos. Después se oyó a Gervasia quitarle los zapatos. Le desnudaba y le gruñía un poco maternalmente. Cuando le fue a quitar el pantalón, él se moría de risa y se entregaba tumbado, revolcándose encima de la cama, y diciendo que le hacía cosquillas. Por fin Gervasia lo envolvió con sumo cuidado, como a un chiquillo. Él gritó a Clemencia:

—Anda, pichona, yo ya estoy, te espero.

Cuando Gervasia volvió a la tienda, Agustina acababa de recibir un cachete de Clemencia. Había sido a propósito de una plancha sucia, encontrada en el fogón por la Putois; ésta no se dio cuenta y tiznó una chombra; y como Clemencia, para defenderse de no haber limpiado la plancha, acusaba a Agustina, jurando por todos los santos que la plancha no era suya, a pesar de la mancha de almidón quemado que quedó debajo, la aprendiz, molesta por tal injusticia, le escupió en el vestido, por delante, sin ocultarse. De aquí provenía el magnífico cachete. La bizca se tragó las lágrimas, limpió la plancha, rascándola y secándola después de haberla frotado con un cabo de vela; cada vez que tenía que pasar por detrás de Clemencia la escupía, riéndose para su capote, cuando aquello se deslizaba a lo largo de la blusa.

Gervasia prosiguió acanalando los encajes de la cofia. En medio de la repentina calma que se hizo, se oyó en el fondo de la trastienda la gruesa voz de Coupeau. Seguía siendo razonable, se reía solo, pronunciando a medias palabras y frases incongruentes.

—¡Qué animal es mi mujer! ¡Empeñarse en acostarme! ¡Qué bobada, en pleno día y sin tener sueño!

De repente se puso a roncar. Gervasia lanzó un suspiro de alivio, dichosa por saberle tranquilo, durmiendo la mona en dos buenos colchones. Se puso a hablar en silencio, con una voz lenta y continua, sin levantar los ojos de la tenacilla que manejaba velozmente.

—¿Qué quieren ustedes? No está bien y no se puede una enfadar; aunque yo le maltratara, no adelantábamos nada, prefiero llevarle la corriente y acostarlo, así siquiera todo se acaba en seguida y yo me quedo tranquila... Además, que no es malo, me quiere bien. Lo acabáis de ver; se hubiera hecho picar por besarme. Aun esto es agradable, porque hay otros que cuando han bebido se van a buscar otras mujeres... Él viene aquí derecho, bromea con las obreras, sin ir más lejos. Óigalo bien, Clemencia, no debe darse por ofendida. Ya se sabe lo que es un hombre borracho; capaz de matar al padre y a la madre y no acordarse al día siguiente... Yo le perdono de todo corazón. Es como los demás.

Todo esto lo decía blandamente, sin pasión, habituada ya a las escapatorias de Coupeau y hasta justificando sus debilidades. No veía mal que pellizcase, en su propia casa, las caderas de las muchachas. Cuando se calló, se hizo silencio de nuevo en la tienda, y ya no fue turbado.

La señora Putois, a cada pieza que tomaba, sacaba la cesta, metida bajo la cubierta de cretona que adornaba la mesa, y, una vez la pieza planchada, la levantaba con sus brazos para colocarla en un estante. Clemencia acababa de planchar su trigésima primera camisa de hombre: el trabajo abundaba; habían calculado que habría que quedarse hasta las once, y aun así dándose prisa. Y no teniendo ya más distracción, todo el taller intensificaba su trabajo. Los brazos desnudos iban y venían iluminando con sus manchas rosa la blancura de la ropa. Habían llenado una vez más de cok el fogón, y como el sol, deslizándose entre las sábanas, daba de lleno sobre el hornillo, se veía por sus rayos subir el bochornoso calor como una invisible llama cuyo temblor sacudía la atmósfera. Ésta llegaba a ser tan sofocante bajo las enaguas y las manteletas que se secaban colgando del techo que Agustina, agotada la saliva, asomaba la puntita de la lengua por entre los labios. Oía a hierro recalentado, a agua de almidón agrio, a hierro candente: un olor tibio de baño al que mezclaban las cuatro obreras el más fuerte de sus moños y de sus nuca empapadas en sudor, mientras que el ramo de lirios se marchitaba en el agua verde del bote, exhalando un perfume purísimo y muy fuerte. De vez en cuando, en medio del ruido de las planchas y del atizador removiendo el fogón, se oían los ronquidos de Coupeau con la regularidad de un tic tac de reloj enorme, regularizando la gran tarea del taller.

Al día siguiente de la borrachera, el plomero tenía grandes dolores de cabeza que le impedían peinarse en todo el día, el aliento apestado y la cara de fiera. Se levantaba tarde, a eso de las ocho, sacudía sus malas pulgas, escupía y empezaba a pasear por la tienda sin decidirse a marchar para el trabajo. Otro día perdido. Por la mañana se quejaba de tener las piernas de algodón y se insultaba a sí mismo por trasegar de esa manera, ya que esto le descomponía por completo. Pero se encontraba uno con un

montón de haraganes, que se pegaban a él y, quieras que no, echaban copa tras copa hasta que se hallaba borracho. Pero ¡caracoles! No volvería a suceder nunca más. No quería ponerse las botas para el otro barrio en la flor de la edad. Pero después del almuerzo se acicalaba y lanzaba varios «¡hum, hum!», para probar que se encontraba muy fuerte. Empezaba por negar la juerga de la víspera. ¡Un poco bebido, quizá! Otros no podían decir lo que él, siempre firme, con un puño fuertísimo y bebiendo todo lo que quería sin pestañear. En aquella buena vida pasaba la jornada metiendo la nariz en todo lo que sucedía en el barrio. Después se marchaba, iba a comprar su tabaco a le *Petite-Civette*, calle Poissonniers, donde se tomaba un trago cuando se encontraba con un amigo. En seguida acababa de gastar la moneda de un franco en casa de Francisco, esquina de la calle de la Goutte-d'Or, donde había un vino delicioso, nuevecito, que hacía cosquillas en la garganta. Era un tabernucho viejo, una tienda obscena, de bajo techo, con un salón ahumado al lado, en el cual se servía sopa. Allí se estaba hasta la noche jugándose copas al torniquete; tenían convenido que en casa de Francisco no podía darse la nota burguesa. ¿No es cierto? Había que enjuagarse un poco la garganta para limpiarla de las grasas de la víspera. Un vaso de vino llama a otro. Por lo demás, el buen punto, no daba de lado al sexo contrario gustándole la broma, alegrándose de cuando en cuando; pero finamente, despreciando a esos borrachos que dejan una borrachera para atrapar otra. Volvía a casa alegre y galante como un pájaro.

—¿Ha venido tu enamorado? —preguntaba algunas veces a Gervasia para hacerla rabiar—. No se le ve en ningún sitio, será preciso que vaya a buscarle.

Ni que decir tiene que el enamorado era Goujet. Desde luego, éste evitaba, visitar a Gervasia muy a menudo por temor de estorbar y dar lugar a habladurías. De todas maneras siempre buscaba algún pretexto para llevar la ropa y pasar veinte veces por la acera. Había un rincón, allá en el fondo de la tienda, donde le gustaba permanecer horas enteras, sentado, sin moverse, fumando su corta pipa. Por la noche, después de cenar, se arriesgaba a instalarse allí una vez cada diez días; no era muy hablador, lo único que hacía era permanecer con la boca cerrada, los ojos sobre Gervasia, sacando solamente su pipa de la boca para reír con cuanto ella decía. Los sábados que había que velar, parecía olvidarse de todo, más divertido que si hubiera ido a un espectáculo. A veces las obreras planchaban hasta las tres de la madrugada. Una lámpara pendía del techo colgada de un alambre y proyectaba una viva claridad, que daba a las ropas blandas blancuras de nieve. La aprendiz cerraba las maderas de la tienda, pero como las noches de julio eran abrasadoras, se dejaba abierta la puerta de la calle. A medida que la hora avanzaba las obreras se aligeraban de ropa para estar más a gusto. Tenían fino el cutis, dorado a la luz de la lámpara. Gervasia, sobre todo, que se había puesto gruesa, tenía los hombros redondos, relucientes como seda, con un pliegue de niña en el cuello que Goujet, de tanto mirarlo, podría dibujarlo de memoria. Invadido por el ambiente, por el terrible calor del hornillo, por el olor que despedían las telas humeando bajo las planchas; poco a poco le hacían caer en un

ligero aturdimiento: el pensamiento entorpecido, los ojos ocupados por estas mujeres que se apresuraban, balanceando sus brazos desnudos y pasándose la noche en claro para endomingar al barrio. Alrededor de la tienda, las casas vecinas se adormecían en el gran silencio de la noche. Daban las doce, después la una, luego las dos. Los coches y los transeúntes se habían retirado. En la desierta y negra noche la puerta de la tienda dejaba ver un rayo de luz, semejante a un jirón de tela amarilla extendido en el suelo. A veces sonaban a lo lejos unos pasos, un hombre se acercaba al atravesar por el rayo de luz, alargaba la cabeza, sorprendido de los planchazos que oía, llevándose la visión de las obreras despechugadas en una atmósfera rojiza.

Goujet, viendo a Gervasia preocupada por Esteban y queriendo librarle de los puntapiés de Coupeau, se lo había llevado para que moviese el fuelle en su fábrica de pasadores. El oficio de clavero, si no tenía nada seductor en sí mismo a causa de la suciedad de la fragua y del aburrimiento de golpear siempre sobre los mismos pedazos de hierro, era un oficio lucrativo, en el que se ganaban diez y doce francos por día. El muchacho, que contaba entonces doce años, podía aprenderlo en seguida, si le agradaba. De este modo Esteban llegó a constituir una cadena entre la planchadora y el herrero. Éste recogía al niño, y daba noticias de su buena conducta. Todo el mundo decía riendo a Gervasia que Goujet estaba enamorado de ella. Que de sobra lo sabía. Ella se ruborizaba como una colegiala, flor pudorosa que le hacía subir a las mejillas tonos vivos como los de las manzanas. ¡Pobre muchacho! No molestaba nunca, nunca le había hablado de eso; ni un gesto sucio, ni una palabra con doble intención. No abundaban muchos hombres como éste. Sin ella quererlo, experimentaba una gran alegría en ser amada así, como una virgen. Cuando tenía alguna pena o disgusto, pensaba en el herrero, y aquello la consolaba. Cuando se hallaban al lado el uno del otro, aunque estuvieran solos, no se sentían violentos, mirábanse sonriendo, cara a cara, sin decir lo que pensaban.

Era una ternura juiciosa que no les inducía a pensar en cosas deshonestas, porque valía más guardar su tranquilidad cuando, conservándola, se podía ser feliz.

Por aquel entonces Naná, hacia el fin del verano, revolucionó la casa. Contaba seis años y se anunciaba como una viciosa consumada. Su madre la llevaba todas las mañanas, para que no incomodara durante el día, a un pequeño colegio de la calle Polonceau, dirigido por la señora Josse. Allí se entretenía en prender por detrás los vestidos de sus compañeras, llenaba de ceniza la tabaquera de la maestra e inventaba además cosas tan sucias que no se podían explicar. Dos veces la señora Josse la puso en la calle, pero la volvió a admitir para no perder los seis francos mensuales. En cuanto salía de clase, Naná se vengaba de su encierro haciendo una vida de infierno en el zaguán y en el patio, donde las planchadoras, aturdidas con sus ruidos, la mandaban ir a jugar. Allí, se encontraba con Paulina, la hija de los Boches, y con el hijo de la antigua patrona de Gervasia, Víctor, un gran simplón de diez años, a quien le gustaba en extremo corretear en compañía de todas las chicuelas. La señora Fauconnier, que no se había indisputado con los Coupeau, era la que enviaba allí a su

hijo. Por lo demás, en la casa había gran abundancia de chiquillos, un verdadero enjambre, que bajaban y subían las cuatro escaleras a todas las horas del día, cayendo sobre el empedrado como gorriones vocingleros y ladrones. Solamente la señora Gaudron soltaba nueve, morenos y rubios, mal peinados, con las narices sucias, con los calzones hasta la garganta, las medias caídas sobre los zapatos, las chaquetillas rotas, enseñando su piel blanca bajo la suciedad. Otra mujer, repartidora de pan, que vivía en el quinto piso, tenía siete chiquillos; de todas las habitaciones salían a montones. Entre aquel ruido de ratoncillos de rosados hocicos lavados únicamente cuando llovía, los había de todos los tamaños y de todas las figuras: grandulones, delgaduchos, gruesos, barrigones ya como hombres, pequeñitos escapados de la cuna que casi no se podían tener en pie, andando a cuatro patas cuando querían correr. Naná reinaba sobre aquel montón de sapos. Ella era la señorita mandona con chicos mucho mayores que ella, dignándose solamente ceder un poco de su poderío a Paulina y a Víctor, dos confidentes íntimos que apoyaban siempre lo que ella quería. Esta despabilada chicuela hablaba constantemente de jugar a las mamás, desnudaba a los más pequeños para volverlos a vestir, quería registrar a los otros por todas partes, les daba vueltas y ejercía un fantástico despotismo de persona mayor y ya dada al vicio. Bajo su dirección se hacían los juegos más extravagantes. La pandilla chapoteaba en las aguas de color de la tintorería, saliendo de allí con las piernas teñidas de azul o rojo hasta las rodillas; después se introducían en la cerrajería donde robaban clavos y limaduras de hierro, y volvían a marchar para echarse sobre las virutas del carpintero, montones enormes que los divertían y en los cuales se revolcaban mostrando el trasero. El patio les pertenecía y retumbaba bajo el ruido de las zapatillas cuando corrían a la desbandada, con atronadores gritos, que aumentaban cada vez que la pandilla levantaba el vuelo. Había días que ni el patio les bastaba; entonces bajaban a los sótanos, volvían a subir, trepaban por las escaleras, enfilaban un corredor, volvían a bajar, tomaban otra escalera y luego otro corredor, y todo sin cansarse, durante horas enteras, gritando siempre y haciendo conmovér a la casa gigantesca con un galope de animales dañinos salidos del fondo de todos los rincones.

—Son de la piel del diablo esos granujas —decía la señora Boche—. Verdaderamente es preciso que las gentes tengan poco en qué ocuparse para hacer tantos críos... ¡Y aun se quejan de que les falte el pan!

Boche decía que los muchachos crecen en la miseria como los hongos en el estercolero. La portera se pasaba el día entero gritando, y les amenazaba con la escoba. Tuvo que terminar por cerrar la puerta de los sótanos porque supo por Paulina, a la que largó un par de cachetes, que a Naná se le había ocurrido jugar a los médicos, allá abajo en la obscuridad; aquella viciosa ponía lavativas a las otras, valiéndose de un palo.

Una tarde hubo una escena desagradable. Aquello tenía que suceder. Ocurriósele a Naná un juego bien divertido; había robado del cuchitril del portero un zueco a la

señora Boche. Atóle un bramante y se puso a arrastrarlo como si fuera un coche. Víctor tuvo la ocurrencia de llenarlo con mondas de patata. El cortejo se organizó. Naná marchaba la primera, tirando del zueco; Paulina y Víctor, uno a la derecha y otro a la izquierda. Después, seguía toda la caterva, los mayores primero, y luego los pequeños, dándose empujones; un pequeñín con enagüillas, no más alto que un zapato, llevando una chichonera, cerraba la marcha. La comitiva cantaba algo triste, con sus: «¡Oh!» y sus «¡Ah!». Naná había dicho que iban a jugar a un entierro; las mondas de patatas eran el difunto. Cuando hubieron dado la vuelta al patio se empezó de nuevo, pues encontraban aquello muy divertido.

—Pero ¿qué estáis haciendo? —dijo la señora Boche, que salió de la garita para ver, siempre desconfiada y en acecho.

Y dándose cuenta gritó:

—¡Pero si es mi zueco! ¡Ah, grandísimos tunantes!

Distribuyó algunos cachetes, abofeteó a Naná en ambas mejillas y dio un puntapié a Paulina, aquella sosa que dejaba que cogieran el zueco de su madre. En aquel mismo momento Gervasia llenaba un cubo en la fuente; y cuando vio a Naná sangrando por la nariz, ahogándose en sollozos, por poco no se agarra el moño de la portera. ¿Es que se podía pegar a un niño como si fuera un buey? Se necesitaba no tener corazón, ser la última de las últimas. Como era natural, la señora Boche replicó. Cuando se tiene un hijo semejante, se le encierra con llave. Por último el mismo Boche apareció en el umbral de la puerta para decir a su mujer que se metiera dentro y no diera tantas explicaciones a esa suciedad. Aquello fue un escándalo mayúsculo.

La verdad es que desde hacía un mes no iban muy bien las cosas entre los Boche y los Coupeau. Gervasia, espléndida por naturaleza, les regalaba a cada momento botellas de vino, tazas de caldo, naranjas, y trozos de pastel. Una tarde les llevó a la portería una ensalada, verdura y remolacha, sabiendo que la portera se moría por ella; pero al día siguiente se quedó de una pieza al oír contar a la señorita Remanjou que la señora Boche había tirado la ensalada delante de todo el mundo, con ademán desdeñoso y diciendo que, a Dios gracias, no tenía necesidad de alimentarse con platos de segunda mesa. Desde aquel momento Gervasia cortó de raíz todos los obsequios: nada de vino, nada de tazas de caldo, nada de naranjas, nada de pedazos de pastel, nada de nada. ¡Había que ver la cara de los Boche! Les parecía que aquello era un robo que los Coupeau les hacían. Gervasia comprendía su falta; pues si ella no hubiera cometido la tontería de atiborrarles no estarían mal acostumbrados y serían amables. A causa de esto la portera decía de ella pestes. Al finalizar el alquiler de octubre le contó toda clase de chismes al señor Marescot, porque la planchadora, que se gastaba el dinero en golosinas, se había retrasado un día en pagar el alquiler; y hasta el señor Marescot, no muy galante por cierto, entró en la tienda, sin quitarse el sombrero, pidiendo su dinero, que sin decir nada le fue entregado. Como era natural, los Boche se acercaron a los Lorilleux. Ahora era con ellos con quien echaban traguitos en la portería entre las ternuras de la reconciliación. Nunca se habrían

enfadado a no ser por esta Banbán que era capaz de indisponer a las montañas. ¡Ah!, ahora sí que la conocían bien los Boche y comprendían cuánto debían sufrir los Lorilleux. Cuando Gervasia pasaba por la puerta se echaban a reír.

Sin embargo, Gervasia subió un día a casa de los Lorilleux. Se trataba de mamá Coupeau, que tenía ya sesenta y siete años. Se había quedado completamente ciega y sus piernas tampoco la obedecían. Por fuerza acababa de renunciar a su último medio de ganarse la vida y corría el riesgo de morir de hambre si no se la socorría. Gervasia estimaba bochornoso que una mujer de esta edad, con tres hijos, fuese así abandonada por todos. Como Coupeau se negase a hablar a los Lorilleux, diciendo a Gervasia que podía hacerlo ella, ésta subió llena de indignación.

Una vez arriba entró sin llamar, como una tromba. Nada había cambiado desde la noche en que los Lorilleux, por primera vez, le dispensaron una acogida tan poco afectuosa. El mismo pedazo de lana desteñida separaba la habitación del taller. Un alojamiento a modo de cañón de escopeta, que parecía construido para una anguila. En el fondo, Lorilleux, inclinado sobre su mesa, unía uno a uno los eslabones de un pedazo de columna, mientras que la señora Lorilleux estiraba un hilo de oro en la hiladora, de pie delante del horno. La pequeña fragua, en pleno día, tomaba un reflejo color de rosa.

—Soy yo, ¿qué pasa? —dijo Gervasia—. ¿Os asombra porque estamos a matar? Yo no vengo aquí ni por vosotros ni por mí, como podéis figuraros... Es por mamá Coupeau. Vengo a ver si la vamos a dejar esperar un pedazo de pan de la caridad ajena.

—¡Vaya un principio! —murmuró la señora Lorilleux—. ¡Buen tupé se necesita!

Volvió la espalda, reanudando su tarea de estirar su hilo de oro y afectando ignorar la presencia de su cuñada. Pero Lorilleux había levantado su semblante macilento gritando:

—¿Qué dice usted?

Como habían oído perfectamente continuó:

—Siguen las habladurías, ¿no es eso? ¡Está bueno, mamá Coupeau llorando miserias en todos los sitios!... Pues antes de ayer ha comido aquí, y por nuestra parte hacemos cuanto podemos. Nosotros no tenemos el Perú: ahora que si va a chismear con los demás, puede quedarse con ellos, porque no queremos espías.

Continuó con el trozo de cadena, volvió la espalda a su vez, y añadió a regañadientes:

—Cuando todos den cinco francos por mes, nosotros daremos otro tanto.

Gervasia se había calmado, serenándose al contemplar las caras de los Lorilleux. Jamás había puesto los pies en aquella casa sin experimentar disgusto. Los ojos en tierra, sobre los rombos del pavimento donde caían las partículas de oro. Ella se expresaba ahora con un aire razonable. Mamá Coupeau tenía tres hijos: si cada uno daba cinco francos aquello no sería en total más que quince francos, lo que no era suficiente, no se podía vivir así. Cuando menos, había que triplicar la cantidad.

Lorilleux ponía el grito en el cielo. ¿De dónde querían que sacase él quince francos al mes? La gente era muy graciosa, le creían rico, porque tenía oro en su casa. Después cargaba contra mamá Coupeau; no quería pasarse sin su café por la mañana, bebía sus copitas y tenía exigencias de capitalista. ¡Pardiez! A todo el mundo le gustaban comodidades; pero cuando no se había sabido ahorrar se hacía lo que los compañeros de fatigas, apretarse bien el vientre. ¿Es así o no? Por lo demás, mamá Coupeau no era tan vieja como para que no pudiese trabajar; bien claro veía cuando se trataba de pinchar un buen bocado en el fondo del plato: en fin, era una vieja marrullera que no quería más que mimos. Aunque tuviese los medios suficientes le seguiría pareciendo mal mantener a nadie en la vagancia.

Gervasia permanecía conciliadora, y discutía apaciblemente esos falsos argumentos. Trataba de enternecer a los Lorilleux, pero el marido acabó por no contestarle. La mujer estaba delante de la fragua limpiando un trozo de cadena en la cacerolita de cobre llena de agua. Afectaba volver la espalda, como si se hallase a cien leguas de allí. Gervasia seguía hablando, mirándoles obstinarse en el trabajo en medio del polvo negro del taller, con el cuerpo encorvado, remendada y grasienta la ropa, embrutecidos como viejas herramientas en su mecánica tarea. Bruscamente le subió la cólera a la garganta y exclamó:

—¡Mejor, lo prefiero, guardaos vuestro dinero!... Me quedo con mamá Coupeau. ¿Lo oís bien? La otra noche recogí un gato, bien puedo recoger a vuestra madre. ¡No le faltará de nada: y tendrá su café y su copa!... ¡Dios mío! ¡Qué familia más indecente!

La señora Lorilleux se volvió repentinamente, enarbolando la cacerola como si fuese a echar el agua en la cara a su cuñada. Tartamudeaba:

—¡Largo de aquí o no respondo de mí!... Y no cuentes con los cinco francos, porque lo que es yo no pienso dar ni un rábano, ¡ni un rábano!... ¡Cinco francos! Sí, sí: para que la mamá os sirviera de criada y vosotros os aprovecharais de mis cinco francos. Si ella va a vuestra casa, decídselo, ya puede reventar, que yo no le enviaré ni un vaso de agua... ¡Vamos, largo de aquí!

—¡Qué monstruo de mujer! —dijo Gervasia cerrando la puerta con violencia.

Al día siguiente se llevó a mamá Coupeau a su casa; puso su cama en el gabinete donde dormía Naná, que recibía la luz por una claraboya que había junto al techo. El traslado no dio mucho que hacer, pues mamá Coupeau, por todo mobiliario, tenía la cama, un viejo armario de nogal que colocaron en el cuarto de la ropa sucia, una mesa y dos sillas; vendieron la mesa y pusieron asientos a las sillas. La anciana, desde la noche misma de su instalación, daba algún escobazo, fregaba los platos y se hacía lo más útil posible, contentísima de salir con bien de su apuro. Los Lorilleux reventaban de rabia, tanto más, cuanto que la señora Lerat acababa de reconciliarse con los Coupeau. Un buen día las dos hermanas, la florista y la cadenista, anduvieron a los golpes con motivo de Gervasia; la primera se había arriesgado a aprobar la conducta de aquélla respecto de su madre. A continuación, con mala intención,

porque veía a la otra exasperada, había llegado a encontrar los ojos de la planchadora magníficos. Ojos en los cuales se habría podido encender fuego; después de haberse zurrado juraron no volverse a hablar más. Ahora la señora Lerat pasaba las veladas en la tienda, donde se divertía de lo lindo con las indecencias de Clemencia.

Transcurrieron tres años. Se enfadaron e hicieron migas de nuevo varias veces más. Gervasia se burlaba de los Lorilleux, de los Boche y de todos los que no pensaban como ella. Si no estaban contentos que se fueran con la música a otra parte. Ella ganaba lo que quería, que era lo principal. En el barrio acabaron por tenerle gran consideración, porque en realidad no se encontraban parroquianas tan buenas que pagasen puntualmente sin regatear. Compraba el pan en casa de la señora Coudeloup, calle de Poissonniers; la carne en casa del gordo Carlos, un carnicero de la calle Polonceau, y los comestibles en casa Lehongre, calle de la Goutte-d'Or, casi enfrente de su tienda. Francisco, el tabernero de la esquina, le llevaba el vino por damajuanas de cincuenta litros. El vecino Vigouroux, cuya mujer debía tener las caderas azules — de tanto pellizco que los hombres le daban—, le vendía el cok al precio de la compañía de gas. Podía decirse que los proveedores la servían a conciencia, pues sabían que, mostrándose amables, saldrían ganando con ella. Así, cuando ésta salía por el barrio en zapatillas y sin sombrero, todo el mundo la saludaba; estaba como en su casa, las calles vecinas las consideraba como dependencias naturales de su alojamiento, abierto al ras de la calle. Cuando tenía que hacer algún encargo, se sentía feliz de encontrarse en medio de sus amistades. Los días en que le faltaba tiempo para poner alguna cosa al fuego, se iba a comprar raciones, y charlaba en casa del fondista, que ocupaba la tienda del otro lado de la casa: un vasto salón, con grandes vidrieras polvorientas, a través de cuya suciedad se distinguía la opaca claridad del patio en el fondo. O bien se detenía y charlaba con las manos cargadas de platos y vasos ante la ventana de los bajos, donde vivía el zapatero remendón, por la que se veía la cama deshecha, el suelo lleno de guiñapos, dos cunas cojas y un tarro lleno de agua negra. Pero el vecino que más respetaba era el relojero de enfrente, el señor de la levita, de aspecto decente, que examinaba continuamente relojes con sus diminutas herramientas; y de vez en cuando atravesaba la calle para saludarlo, y reía de muy buena gana, viendo en la estrecha tienda, como un armario, la alegría de los cuclillos, cuyos péndulos se balanceaban dando las horas todos a la vez.

CAPÍTULO VI

Una tarde de otoño, Gervasia, que venía de llevar ropa a casa de un parroquiano, calle de Portes Blanches, se encontró al atardecer en la parte baja de la calle de Poissonniers. Había llovido por la mañana, la temperatura era muy agradable, y un olor de humedad subía del pavimento; la planchadora, cargada con su gran cesto, respiraba con dificultad, andando despacio, con el cuerpo desmadejado, subía la calle con la vaga preocupación de un deseo sensual aumentado por su cansancio. De buena gana se hubiera comido alguna golosina. Pensando esto, levantó los ojos y distinguió el rótulo de la calle Marcadet, y le asaltó la idea de ir a ver a Goujet a la herrería. Veinte veces le había dicho éste que fuera por allí a ver trabajar el hierro, que era cosa muy curiosa. Delante de los obreros preguntaría por Esteban, para que no pareciera que la movía otro objeto que el de ver a su hijo.

La fábrica de pasadores y clavos remachados debía encontrarse por allí cerca, hacia el extremo de la calle Marcadet, pero no lo sabía exactamente; la cosa se volvía más difícil, debido a que los números faltaban a cada paso a lo largo de las construcciones separadas por solares. Era una calle en la que no habría vivido por todo el oro del mundo, una calle ancha, sucia, negra por el polvo del carbón de las fábricas vecinas, con el empedrado hundido y con baches de agua corrompida. A cada lado había una fila de cobertizos, grandes talleres con cristales, construcciones grises, sin terminar, exhibiendo sus ladrillos y sus armaduras y una barahúnda de mampostería oscilante cortada por huecos que miraban al campo, flanqueados de oscuras casuchas y de figones tétricos. Sólo se acordaba de que la fábrica estaba cerca de un almacén de trapos y de hierros viejos, una especie de cloaca abierta a ras de tierra, donde dormían centenares de miles de francos en mercancías, según decía Goujet. Procuraba orientarse en medio del ruido de las fábricas; delgados tubos en los tejados soltaban violentamente ráfagas de vapor; un aserradero mecánico dejaba oír chirridos regulares, semejantes al brusco desgarrar de una pieza de tela; manufacturas de botones sacudían el suelo con el rodar y el tic tac de sus máquinas. Como ella mirara hacia Montmartre, indecisa, no sabiendo si debía avanzar o no, una ráfaga echó hacia abajo el humo de una chimenea apestando la calle; cerraba los ojos, sofocada, cuando llegó a sus oídos un ruido cadencioso de martillos: sin darse cuenta había llegado enfrente mismo de la fábrica, reconociéndola por la tienda de trapos viejos que tenía al lado.

No sabiendo por dónde entrar, dudaba aún enfrente de una empalizada, abierta a un pasaje que parecía hundirse en medio de los cascotes de un taller de construcciones. En mitad de la calle había una gran balsa de agua cenagosa sobre la que habían echado dos tablas para poder pasar de un lado a otro. Acabó por arriesgarse a pasar sobre ellas, volvió hacia la izquierda y se encontró perdida en un

extraño bosque de viejas carretas, apoyadas en el suelo con las varas al aire y casuchas en ruina, cuyos esqueletos de madera estaban en pie milagrosamente. En el fondo, agujereando la noche como un resto del día, una luz roja brillaba. El ruido de los martillos había cesado. Gervasia avanzaba prudentemente, en dirección a la luz, cuando un obrero pasó por su lado, la cara tiznada de carbón, con enmarañadas barbas de chivo y con unos ojos apagados de oblicuo mirar.

—Señor —preguntó ella—, ¿trabaja aquí un niño que se llama Esteban?... Es mi hijo...

—Esteban, Esteban... —repetía el obrero, balanceándose con la voz ronca—; no, no le conozco...

Con la boca abierta, exhalaba ese olor de alcohol de los viejos toneles de aguardiente, a los que se ha quitado el tapón. Como el encuentro con una mujer en este rincón sombrío comenzaba a hacerle soez, Gervasia se echó para atrás murmurando:

—Y el señor Goujet, ¿trabaja aquí?

—¡Ah, Goujet sí! —dijo el obrero—. Goujet es conocido... Si es Goujet por quien usted viene..., vaya hasta el fondo.

Volviéndose, gritó con su voz de cobre cascado:

—¡Eh! Gueule-d'Or, aquí tienes una señora que viene a verte.

Pero un estruendo de hierro ahogó aquel grito. Gervasia se dirigió al fondo; llegó a una puerta y alargó el cuello. Vio una vasta sala donde en un principio no distinguió nada. La fragua, como muerta, dejaba ver en un rincón una débil claridad de estrella, que hacía más intensa la obscuridad de las tinieblas. Grandes sombras flotaban en el espacio, veíanse a intervalos masas negras pasando delante del fuego, tapando la luz, hombres desmesuradamente agrandados, cuyos gigantescos miembros se adivinaban. Gervasia, sin atreverse a entrar, llamaba desde la puerta a media voz:

—Señor Goujet, señor Goujet...

Bruscamente todo quedó iluminado. Al ronquido del fuelle, un chorro de llama blanca había surgido. Distinguióse el cobertizo, cerrado por tabiques de plancha, con agujeros cerrados groseramente, con rincones reforzados por medio de paredes de ladrillo. El polvo que despedía el carbón lo pintarrajeaba todo de un gris ceniciento. Telas de araña colgaban de las vigas como harapos puestos a secar, sobrecargados por la suciedad de muchos años... Alrededor de las paredes, sobre estantes sostenidos por clavos y arrojados en los oscuros rincones, veíanse mezclados hierros viejos, utensilios semirrotos, enormes herramientas, presentando sus siluetas quebradas, suaves y duras a la vez... La blanca llama subía siempre, deslumbrante, iluminando como un rayo de sol el desigual pavimento donde el acero pulimentado de cuatro yunques, empotrados en sus pies, tomaba un reflejo de plata salpicada de oro.

Entonces Gervasia reconoció a Goujet ante la fragua, con su hermosa barba rubia. Esteban manejaba el fuelle. Había dos obreros más, pero ella no vio más que a Goujet; avanzó y se puso delante de él.

—¡Anda! ¡La señora Gervasia! —exclamó con gran alegría—. ¡Qué agradable sorpresa!

Pero como los compañeros pusieran cara de broma, prosiguió, empujando a Esteban hacia su madre:

—Viene usted a ver al pequeño... Es muy aplicado, empieza a tener muñeca.

—Muy bien —dijo ella—. Es difícil llegar hasta aquí... Pensé que me encontraba en el fin del mundo.

Y le refirió su viaje. En seguida preguntó por qué no se conocía el nombre de Esteban en el taller. Goujet se echó a reír y le dijo que todo el mundo le llamaba Zouzou, porque llevaba el pelo al rape, como un zuavo. Mientras estaban charlando, Esteban no tiraba del fuelle, por lo que la llama de la fragua disminuía, produciendo una claridad roja moribunda en medio del cobertizo envuelto de nuevo en las tinieblas. El herrero, conmovido, miraba a la joven, que sonreía presentando aspecto de frescura en esta luz. Mas como nada se decían en aquella tibia obscuridad, Goujet pareció hacer memoria y rompió el silencio:

—Con su permiso, señora Gervasia, tengo que terminar mi trabajo. Quédese, aquí, que no molesta a nadie.

Gervasia se quedó. Esteban se agarró de nuevo al fuelle y la llama subió otra vez, haciendo saltar miles de chispas; mucho más, porque el pequeño, para mostrar su muñeca a su madre, desencadenaba un enorme huracán. Goujet, en pie, vigilando una barra de hierro que se calentaba, esperaba, con las pinzas en la mano. La viva claridad le iluminaba violentamente, sin una sombra. Su camisa, con las mangas remangadas, abierta por delante, descubría sus brazos desnudos, su pecho, un cutis rosado de doncella, donde se le ensortijaba el rubio vello; la cabeza inclinada entre sus anchas espaldas, fija la atención de sus claros ojos sobre la llama, sin pestañear, parecía un coloso en descanso, tranquilo en su fuerza. Así que la barra estuvo blanca, la cogió con las tenazas y la cortó con el martillo, sobre un yunque, en pedazos regulares, como si hubiera partido trozos de cristal con golpe suave. Volvió a poner los trozos al fuego de donde los sacó uno a uno para darles forma. Forjaba pasadores de seis lados; ponía los extremos en un yunque pequeño, machacaba el hierro que formaba la cabeza, aplanaba seis caras y arrojaba los clavos terminados, rojos todavía, cuyo color vivo se extinguía en el negro suelo; y todo esto con un martilleo continuo, balanceando en su mano derecha un martillo de cinco libras, acabando un detalle a cada golpe, dando vueltas y trabajando el hierro con destreza que podía charlar y mirar a cualquiera al mismo tiempo. El yunque producía un sonido argentino, y Goujet, sin una gota de sudor, muy a gusto, golpeaba tranquilamente, sin que aparentase esforzarse más que cuando por las noches cortaba grabados en su casa.

—Son pequeños pasadores de veinte milímetros —decía contestando a las preguntas de Gervasia—. Puede uno hacer hasta trescientos por día... Pero es preciso estar acostumbrado, porque el brazo se entorpece pronto...

Como ella le preguntase si la muñeca no se le adormecía al final de la jornada, él se echó a reír de buena gana. ¿Es que le creía una señorita? Su muñeca había hecho lo suyo durante quince años; de tanto tratar con las herramientas se le había hecho de hierro. Por lo demás, ella tenía razón: un caballero que en su vida hubiese forjado un pasador ni un clavo, y que hubiera querido jugar con su martillo de cinco libras, saldría todo dolorido al cabo de dos horas. A simple vista no parecía nada, pero a menudo acababa con sólidos mozos en muy poco tiempo. Entretanto, los otros obreros golpeaban todos a la vez. Sus grandes siluetas danzaban a la luz, los relámpagos rojos de hierro saliendo de la fragua atravesaban el fondo negro; salpicaduras de estrellitas saltaban bajo los martillos, brillando como multitud de soles al nivel de los yunques. Gervasia se encendía, atraída por la fragua, satisfecha y sin decidirse a marchar. Daba un largo rodeo para aproximarse a Esteban, procurando no quemarse las manos, cuando vio entrar al obrero sucio y barbudo a quien se había dirigido en el patio.

—¿Encontró usted lo que buscaba; señora? —dijo con acento de borracho burlón—. Gueule-d’Or, he sido yo quien le indiqué a la señora... ¿sabes?

Este último se llamaba Bec-Salé, y de apodo Boit-sans-Soif, el flamenco de los flamencos, un experto en la fabricación de clavos, que regaba su hierro con un litro de matarratas al día. Había ido a beber una copa, porque no se sentía lo suficientemente «engrasado» para esperar seis horas. Cuando supo que Zouzou se llamaba Esteban le pareció muy divertido y se echó a reír, mostrando su negra dentadura. Después reconoció a Gervasia; precisamente la víspera se había echado una copita en compañía de Coupeau. Podía hablarle de Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif con seguridad de que diría en seguida:

—¡Es todo un hombre! ¡Buen animal está hecho Coupeau! Era la mar de amable, pagaba las rondas antes de que le llegase el turno.

—Mucho me agrada que sea usted su mujer...; merece tener una bonita compañera. ¿No es cierto, Gueule-d’Or, que la señora es una hermosa mujer?

Se las daba de galante, acercándose a la planchadora, la cual tomó su cesta y se la puso delante para mantenerlo a distancia. Goujet, contrariado, comprendiendo que el compañero iba demasiado lejos en su amistad con Gervasia, le gritó:

—¡Dime, holgazán! ¿Para cuándo guardas los cuarenta milímetros?... ¿Estás en vena ahora que te hallas templado, bonachón?

El herrero se refería a un pedido de gruesos clavos que necesitaban dos golpeadores en el yunque.

—Para en seguida, si quieres, niño grande —contestó Bec-Salé—. ¡Todavía se mama el dedo y se las da de hombre! Por muy hombrón que seas, otros tan grandes como tú me he comido.

—¿Sí?, pues en seguida. Acércate y vamos los dos.

—¡Vamos allá!

Desafiábanse, encendidos por la presencia de Gervasia. Goujet puso al fuego los trozos de hierro cortados anteriormente; después fijó sobre un yunque una clavera de grueso calibre. El compañero había cogido dos mazos de veinte libras que estaban contra la pared, las dos grandes hermanas del taller que los obreros llamaban *Fifine* y *Dedele*. Proseguía soltando bravatas, hablaba de media gruesa de pasadores que había forjado para el faro de Dunquerque, verdaderas joyas, dignas de ser colocadas en un museo; tan lindas eran. ¡Por los clavos de Cristo!..., él no temía a la competencia; antes de encontrar un muchacho como él habría que remover todos los escondrijos de la capital. Se iban a reír y se iba a ver lo que era bueno.

—La señora juzgará —dijo volviéndose hacia la joven.

—¡Basta de charla! —gritó Goujet—. ¡Vamos, Zouzou! Apenas caliente, pequeño.

Pero Bec-Salé, apodado Boit-sans-Soif, siguió preguntando:

—Entonces, ¿vamos a golpear juntos?

—¡De ninguna manera! Cada uno su perno, mi valiente.

La proposición cayó como un jarro de agua fría, y el compañero, a pesar de su charlatanería, se quedó sin saliva en la boca. Jamás se había visto pasadores de cuarenta milímetros forjados por un solo hombre, y mucho menos siendo éstos con la cabeza redonda, trabajo de gran dificultad, verdadera obra maestra. Los otros tres obreros del taller habían abandonado su tarea para mirar; uno alto y seco apostaba un litro de vino a que Goujet sería vencido. Los dos forjadores tomaron cada uno una maza, a ojos cerrados, porque *Fifine* pesaba media libra más que *Dedele*, Bec-Salé tuvo la suerte de echar mano a *Dedele*; *Gueule-d'Or* cayó sobre *Fifine*. Mientras el hierro blanqueaba, el primero, vuelto a su fanfarronería, se colocó delante del yunque lanzando tiernas miradas a la planchadora; poníase en guardia, golpeando con el pie como un señor que va a batirse, dibujando el gesto de balancear a *Dedele*. ¡Rayos y truenos! ¡Bueno era él! ¡Era capaz de hacer añicos a la columna Vendôme!

—¡Vamos, empieza! —dijo Goujet colocando él mismo en la clavera uno de los pedazos de hierro del grosor de una muñeca de jovencita. Boit-sans-Soif se echó para atrás y enarboló a *Dedele* con las dos manos. Pequeño, seco, con su barba de chivo y sus ojos de lobo relucientes bajo su mal peinado cabello, se doblaba a cada bolea del martillo, saltando en el suelo como arrastrado por su empuje. Era un colérico, que se batía con su hierro, por testarudez de encontrarlo tan duro; y hasta lanzaba un gruñido cuando creía haberle aplicado un buen golpe. Podía ser muy bien que el aguardiente ablandase los brazos de los demás, pero él tenía necesidad de aguardiente en las venas en lugar de sangre; la copita que tomara un poco antes le calentaba como una caldera, y sentía dentro de él una potente fuerza de máquina de vapor; era el hierro el que tenía miedo de él esta tarde; lo dejaba más aplastado que un insecto. ¡Y había que ver cómo danzaba *Dedele*! Ejecutaba la gran cabriola con las patitas al aire, cual una danzarina del Elysée-Montmartre, enseñando sus interiores; pues allí no se trataba de andarse con tonterías, el hierro es tan canalla que se enfría en seguida con el único fin

de burlarse del martillo. En treinta golpes Bec-Salé había dado forma a la cabeza de su clavo. Soplabá, los ojos fuera de sus órbitas, y estaba invadido por una furiosa cólera al oír que sus brazos crujían. De repente, danzando de un lado para otro descargó dos golpes de más con el solo objeto de vengarse del trabajo que le había costado. Cuando lo retiró de la clavera, el clavo tenía su cabeza como la de un jorobado: deformada.

—¡Eh! ¿Qué tal? —dijo, no obstante, con gran aplomo, presentando su trabajo a Gervasia.

—Yo no entiendo de eso, señor —respondió la planchadora un tanto reservada.

Pero muy bien veía sobre el clavo los dos últimos golpes de *Dedele*, y estaba muy satisfecha por ello. Se mordía los labios para no reír, contenta porque se le presentaban a Goujet todas las probabilidades de éxito.

Le tocaba a Gueule-d'Or. Antes de comenzar dirigió a la planchadora una mirada llena de confiada ternura. En seguida, sin apresurarse, midió la distancia, y comenzó a lanzar el martillo desde gran altura a grandes voleos regulares. Su trabajo era clásico, correcto, equilibrado y flexible. *Fifine*, en sus manos, no danzaba un can-can de tabernucho, con las faldas remangadas por encima de las piernas, sino que se alzaba y caía cadenciosamente, como una noble dama, con aspecto grave, dirigiendo un antiguo minuet. Los talones de *Fifine* llevaban gravemente el compás; se hundían en el hierro al rojo, sobre la cabeza del pasador, con una ciencia reflexiva, primero aplastando el metal en el centro, y después modelándole con una serie de golpes de rítmica precisión. Con seguridad, no era aguardiente lo que Gueule-d'Or tenía en las venas. Era sangre, pura sangre, que latía poderosamente hasta en su martillo y regulaba la tarea. Estaba magnífico en su trabajo, semejante a un coloso. Recibía de lleno la enorme llama de la fragua. Sus cortos cabellos caían rizados sobre su frente, su hermosa barba rubia y rizada se encendía y le iluminaba el rostro con sus hilos de oro, verdadero rostro de oro, sin exagerar. Añádase a esto un cuello semejante a una columna, blanco como el de un niño; un ancho pecho, lo suficiente para que una mujer pudiera reposar en él; hombros y brazos esculturales que parecían copiados de los de un gigante de algún museo. Cuando tomaba ímpetu, se hinchaban sus músculos y montañas de carne se agitaban y endurecían bajo la piel; espaldas, pecho y cuello aumentaban de volumen; esparcía claridad alrededor suyo y aparecía hermoso, omnipotente como un dios. Veinte veces había golpeado ya con *Fifine*, con los ojos sobre el hierro, respirando a cada golpe, viéndose tan sólo en sus sienes dos gruesas gotas de sudor que se deslizaban. Iba contando: veintiuno, veintidós, veintitrés... *Fifine* continuaba tranquilamente sus reverencias de gran señora.

—¡Qué presumido! —murmuraba zumbonamente Bec-Salé.

Gervasia, enfrente de Gueule-d'Or, miraba con tierna sonrisa. ¡Dios mío! ¡Qué necios son los hombres! ¡Acaso aquellos dos no golpeaban sobre los clavos más que para hacerle la corte! ¡Oh, ella comprendía bien! Se la disputaban a martillazos. Ellos estaban como dos grandes gallos rojos que hacen gallardías delante de una pequeña

pollita blanca. Hay que inventar cosas nuevas, ¿no es esto? Algunas veces el corazón tiene modos peregrinos de declararse. Sí, era por ella aquel estruendo de *Dedele* y de *Fifine* sobre el yunque; por ella aquella fragua en movimiento, con el fulgor de un incendio, llena de chispas vivas. Forjábanle allí un amor, se la disputaban, para aquel que forjara mejor. A decir verdad, en el fondo aquello le agradaba, pues al fin y al cabo a las mujeres les gustan los cumplimientos. Los martillazos de Gueule-d'Or, sobre todo, le repercutían en el corazón, sonaban dentro de él como sobre el yunque, con música clara, que acompañaba a los violentos latidos de su sangre. Aquello parecía una tontería, pero ella sentía como si algo le penetrara, algo sólido, un poco del hierro del clavo. Al atardecer, antes de entrar, había sentido a lo largo de las aceras húmedas un deseo vago, casi una necesidad de regalarse con un buen bocado; ahora se encontraba satisfecha como si los martillazos de Gueule-d'Or la hubiesen alimentado. ¡Oh, no dudaba de su victoria! A él era a quien pertenecería. Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, era demasiado feo, con su chaquetón y su delantal sucio, saltando con movimientos de mono escapado de la jaula. Gervasia esperaba encendida, feliz en medio de tan gran calor, regocijándose de ser sacudida de pies a cabeza por las últimas voleadas de *Fifine*.

Goujet seguía contando.

—¡Y veintiocho! —gritó por último, dejando el martillo en tierra—. Se terminó: lo podéis ver.

La cabeza del perno estaba pulida, limpia, sin ninguna rebarba, un verdadero trabajo de joyería, una redondez de bola de billar hecha con molde. Los obreros la miraban bajando la cabeza; nada había que oponer, era para ponerse de rodillas delante. Bec-Salé trató de seguir bromeando, pero mascullando se volvió a su yunque con mal humor. Gervasia se había arrimado a Goujet como para ver mejor. Esteban había dejado el fuelle, y la fragua volvía a llenarse de sombra, como una puesta de sol rojo que cayera de repente en una noche cerrada. El herrero y la planchadora experimentaban una inefable dulzura sintiéndose envueltos por aquella noche, en este cobertizo lleno de hollín y limadura, donde se esparcían olores de hierro viejo; no se habrían sentido más solos en el bosque de Vincennes, si se hubieran dado una cita en el fondo de una enramada. Tomóla de la mano como si la hubiese conquistado.

Una vez fuera no cambiaron ni una sílaba. Goujet no encontraba nada que decir; limitóse a murmurar que se podía haber llevado a Esteban, si no le quedase aún media hora de trabajo. Marchábase, por último, Gervasia, cuando él la llamó, procurando retenerla unos minutos más.

—Venga —le dijo—. No lo ha visto usted todo... No, por cierto, y hay cosas muy curiosas.

La condujo a la derecha a otro cobertizo, donde su patrón instalaba toda una fabricación mecánica. En el umbral vaciló, sobrecogida de un miedo instintivo. El inmenso local, sacudido por las máquinas, temblaba; y se veían flotar grandes sombras manchadas de fuego rojo. Pero él la tranquilizó, sonriente, jurando que no

había nada que temer; únicamente debía tener cuidado de no acercarse demasiado sus faldas a los engranajes. Echó a andar delante, y ella le siguió en medio de aquel estruendo ensordecedor en donde toda clase de ruidos silbaban y roncaban, envueltos en humaredas pobladas de seres fantásticos, de hombres negros, atareados y de máquinas agitando sus brazos. De tal modo que la planchadora no diferenciaba unas de otras. Los pasos eran estrechísimos y resultaba necesario saltar sobre los obstáculos, evitar los agujeros y apartarse para resguardarse de un carretón. No se oía hablar. Gervasia nada distinguía aún, todo danzaba a su alrededor. Después, como experimentara por encima de su cabeza la sensación de un gran batir de alas, levantó los ojos y se entretuvo en mirar las correas, las largas cintas que tendían en el techo una gigantesca tela de araña, cada uno de cuyos hilos se devanaba en un extremo, detrás de un pequeño muro de ladrillos; las correas parecían hilar por sí mismas y traer el movimiento desde el fondo de la sombra, con su resbalar continuo, regular, dulce como el vuelo de un ave nocturna. Pero estuvo a punto de caer al chocar consuno de los tubos del ventilador que se ramificaban sobre el revuelto suelo, para distribuir un soplido de viento áspero a las pequeñas fraguas que estaban cerca de las máquinas. El herrero comenzó por enseñarle esto; dirigió el viento sobre uno de los hornillos y grandes llamas se extendieron por los cuatro costados en forma de abanico, como una pañoleta de fuego hecho encaje, resplandeciente, matizada apenas con una punta de laca; la luz era tan viva, que las lamparillas de los obreros parecían gotas de sombra en el sol. Después alzó la voz para dar explicaciones, pasando a continuación a las máquinas: las tijeras mecánicas que se comían barras de hierro mascando un pedazo a cada dentellada, escupiéndolos por detrás uno a uno; las máquinas para la construcción de clavos y pasadores, altas y complicadas, forjando las cabezas con una sola pasada de su potente tornillo; las desbarbadoras, con volante de hierro fundido, batiendo el aire furiosamente a cada pieza cuyas rebarbas quitaban; las taladradoras, manejadas por mujeres, taladrando los clavos y sus tuercas con el tic tac de sus rodajes de acero reluciente bajo la grasa y el aceite. De este modo podía la joven irse enterando de todo el trabajo, desde el hierro en barras, apoyado contra la pared, hasta los pernos y pasadores fabricados, cuyas cajas llenas se amontonaban en todos los rincones. Ella comprendió y se sonreía moviendo la cabeza; mas, a pesar de todo, continuaba con la garganta oprimida, inquieta de encontrarse tan pequeña y tan débil entre aquellos rudos trabajadores del metal, y se volvía a veces, con la sangre helada, al sordo golpe de una desbarbadora. Se acostumbraba a la obscuridad, veía rincones donde hombres inmóviles arreglaban la danza jadeante de los volantes, cuando un hornillo dejaba escapar bruscamente el chorro de luz de su pañoleta de llamas. Muy a su pesar volvía a mirar al techo, en la vida, en la sangre misma de las máquinas, en el flexible volar de las correas, la fuerza enorme y muda pasando en la vaga obscuridad de los armazones.

Entretanto, Goujet se había parado ante una de las máquinas de clavos remachados; permanecía allí soñador, la cabeza baja, la mirada fija. Aquella máquina

forjaba remaches de cuarenta milímetros con una tranquilidad de gigante. En realidad, no había nada más sencillo. El encargado de la máquina cogía el pedazo de hierro de la fragua; el golpeador lo colocaba en la clavera, que un continuo chorrito de agua regaba para evitar que se destemplara el acero, y hecho esto el tornillo bajaba y el remache saltaba a tierra con su cabeza redonda como fundida en molde. En doce horas aquella potente máquina fabricaba centenares de kilos. Goujet no tenía maldad, pero en ciertos momentos de buena gana hubiera cogido a *Fifine* para emprenderla a golpes con todo aquel hierro, de rabia de verle con brazos más sólidos que los suyos. Esto le causaba una honda pena, a pesar de hacerse razonamientos, al tener que confesar que la carne no podía luchar contra el hierro. Seguramente un día la máquina matará al obrero; ya sus salarios habían bajado de doce a nueve francos, y se hablaba de rebajarlos todavía más; en fin, no tenían nada de divertido aquellas enormes bestias que hacían remaches y pasadores como podían haber hecho salchichas. Estuvo mirando esto por espacio de tres largos minutos sin decir nada; frunciendo las cejas, y en su hermosa barba rubia se dibujaba un erizamiento de amenaza. Poco a poco un gesto de dulzura y de resignación fue ablandando sus rasgos. Se volvió hacia Gervasia, que se estrechaba contra él y le dijo con triste sonrisa:

—¡Esto nos disgusta enormemente! ¡Pero quién sabe si andando el tiempo no contribuirá a la felicidad de todos!

Gervasia se burlaba de la dicha de todos. Le parecía que los pasadores a máquina estaban mal hechos.

—Compréndame usted —exclamó con fuego—, están demasiado bien hechos...; prefiero los de ustedes. Por lo menos se ve la mano del artista.

Le hizo un gran bien hablando así, porque hubo un momento en que tuvo miedo de que le despreciara después de haber visto las máquinas. ¡Caramba! Pero si él era más fuerte que Bec-Salé, las máquinas eran más fuertes que él. Cuando por fin la dejó en el patio, le apretó las muñecas hasta magullárselas, tal era su alegría.

La planchadora iba todos los sábados a casa de los Goujet para llevarles su ropa. Continuaban habitando la casita de la calle Nueva de la Goutte-d'Or. El primer año, Gervasia les había devuelto regularmente veinte francos cada mes, a cuenta de los quinientos: a fin de no embrollar las cuentas, sólo se sumaba la libreta a fin de mes, y ella añadía el resto hasta completar los veinte francos, pues el lavado y planchado de los Goujet no llegaba apenas a siete u ocho francos al mes. Acababa de saldar aproximadamente la mitad de la suma, cuando un día de vencimiento de alquiler, no sabiendo ya cómo componérselas, pues algunos parroquianos le debían dinero, tuvo que acudir a su casa para pedirles prestado el importe del alquiler. Otras dos veces, para pagar a sus obreras, se había dirigido igualmente, a ellos, de tal forma que la deuda había ascendido a cuatrocientos veinticinco francos. Ahora ya no volvía a dar un céntimo, se liberaba únicamente por el planchado y el lavado. No era que trabajase menos, ni que su negocio fuera mal: al contrario. Cada vez gastaba más: el dinero parecía derretirse, y se daba por satisfecha cuando podía juntar los dos cabos del mes.

¡Dios mío! Con tal de que se pueda vivir, no hay por qué quejarse tanto, ¿no es así? Iba engordando, cedía a todos los pequeños abandonos de su naciente obesidad, no teniendo ya fuerza para asustarse pensando en el porvenir. ¡Tanto peor! El dinero seguiría viniendo; el que se guarda cría moho. La señora Goujet, a pesar de todo, seguía portándose bien con Gervasia; a veces la sermoneaba con dulzura, no a causa de su dinero, sino porque la quería y temía llegar a verla con el agua al cuello. No hablaba para nada de su dinero; ponía en su trato una gran delicadeza.

El día siguiente de la visita de Gervasia a la fundición era precisamente el último sábado del mes. Cuando llegó a casa de los Goujet, donde tenía empeño en ir ella misma, el cesto le había cansado de tal manera el brazo, que se quedó sin respiración durante dos largos minutos. Nadie sabe lo que pesa la ropa blanca. Sobre todo cuando hay sábanas.

—¿Lo trae usted todo? —preguntó la señora Goujet.

Sobre este particular se mostraba muy severa. Quería que se le llevase su ropa sin faltar una sola pieza, según decía, por el buen orden. Otra de sus exigencias consistía en que la planchadora viniera exactamente el día fijado y a la misma hora; de esta manera no se pierde el tiempo.

—¡Oh!, todo está aquí —respondió Gervasia sonriendo—. Ya sabe usted que no dejo nada atrasado.

—Es cierto —confesó la señora Goujet—. Tiene usted algunos defectos, pero ése todavía no se le ha echado encima.

Mientras la planchadora vaciaba su cesta, poniendo la ropa encima de la cama, la anciana señora hizo su elogio: no quemaba las piezas ni las desgarraba como tantas otras, no arrancaba los botones con la plancha; solamente ponía demasiado añil y almidonaba mucho las pecheras de las camisas.

—Fíjese, esto es cartón —le dijo haciendo crujir una pechera—. Mi hijo no se queja, pero le siega el cuello... Mañana lo tendrá lleno de sangre cuando volvamos de Vincennes.

—No; no diga usted, eso —exclamó Gervasia afligida—. Las camisas para vestir deben estar un poco tiesas, si no se quiere llevar un guiñapo en el cuerpo. Fíjese en los caballeros... Soy yo quien plancha la ropa de ustedes; nunca la toca ninguna obrera, la trato con todo esmero, se lo aseguro, y la plancharía diez veces más si fuera preciso, tratándose de ustedes.

Enrojeció ligeramente, balbuceando el fin de la frase. Temía dejar comprender el placer que sentía al planchar ella misma las camisas de Goujet. Desde luego, sin ningún mal pensamiento; pero no por ello se sentía menos avergonzada.

—¡Oh!, no censuro su trabajo; lo hace perfectamente, lo sé —dijo la señora Goujet—. A la vista está, una cofia que ni pintada. Nadie más que usted podría dejar los bordados de esta manera. Y el encañonado se ve tan igual... Vamos, que conozco sus manos enseñada. Cuando usted da, aunque sólo sea una rodillera a una obrera, se

conoce a la legua... ¿Es cierto o no? Ponga un poco menos de almidón, y a las mil maravillas. Goujet no tiene empeño en presumir como un *dandy*.

Entretanto había tomado el libro y borraba las piezas de un plumazo. Todo estaba conforme. Al ajustar la cuenta vio que Gervasia por una cofia le ponía treinta céntimos; le sorprendió, pero debió convenir que en realidad no era caro en comparación con lo que acostumbraban a llevar; las camisas de hombre, veinticinco céntimos; los calzones de mujer, veinte; las fundas de almohadas, cinco; los delantales cinco; no era caro, sobre todo sabiendo que muchas planchadoras llevaban hasta cinco céntimos más por cada una de esas piezas. Cuando Gervasia recogió la ropa sucia que la anciana apuntaba y la metió en su cesta, no se decidía a marcharse; estaba turbada, pues tenía a flor de labio una petición que la torturaba.

—Señora Goujet —dijo al fin—, si no la molestara, este mes me quedaría con el dinero del planchado.

Precisamente aquel mes, la cuenta, que acababan de sacar, ascendía a una suma mayor que de costumbre: eran diez francos treinta y cinco céntimos. La señora Goujet la miró un momento con aspecto serio y le respondió:

—Hija mía, será lo que usted desee; no quiero negarle ese dinero ya que lo necesita... Sólo le diré que éste no es el camino para que acabe de saldar su cuenta. Esto lo digo por usted, ya me entiende. En realidad, debe andar con cuidado.

Gervasia, con la cabeza baja, recibió la lección. Los diez francos habían de completar el importe de un pagaré que había firmado a su proveedor de carbón. La señora Goujet se mostró más severa al sólo nombre del pagaré. Se puso ella misma como ejemplo: desde que habían rebajado el jornal de Goujet, de doce a nueve francos, ella redujo sus gastos. Cuando en la juventud faltaba cordura, se morían de hambre en la vejez. Sin embargo, se contuvo y no dijo a Gervasia que le daba su ropa únicamente para proporcionarle el medio de pagar su deuda; en otros tiempos ella lavaba todo y lavaría de nuevo si el lavado y planchado le hiciera sacar tales cantidades del bolsillo. Cuando Gervasia tuvo los diez francos treinta y cinco, dio las gracias y se marchó más que de prisa. Ya en el pasillo se sintió a gusto, y hasta ganas tuvo de ponerse a bailar, pues ya se acostumbraba a las desazones y suciedades del dinero, no quedándole de estos trastornos más que el placer de haber salido de ellos...; y hasta la próxima.

Fue precisamente el sábado cuando Gervasia tuvo un encuentro singular. Al bajar por la escalera de los Goujet, se vio precisada a apretarse contra la rampa con su cesta, para dejar pasar a una mujer alta, sin sombrero, que subía llevando en la mano, en un pedazo de papel, un lenguado muy fresco, echando sangre. Fue grande su sorpresa al reconocer a Virginia, la muchacha a la que había remangado las faldas en el lavadero. Las dos se miraron cara a cara. Gervasia cerró los ojos, pues creyó un instante que iba a recibir el lenguado en el rostro. Pero no; Virginia le dirigió una pequeña sonrisa; y entonces la planchadora, cuyo cesto interceptaba la escalera, quiso mostrarse bien educada.

—Perdone usted —dijo.

—Está del todo perdonada —contestó la morena.

Se quedaron en medio de los peldaños conversando; hicieron las paces, sin haber hecho alusión al pasado. Virginia, que contaba a la sazón veintinueve años, se había convertido en una real moza, gallarda, con el rostro un poco alargado entre sus dos grandes ondas de pelo de color negro intenso. Contó, sin esperar más, su historia; se había casado en la primavera con un antiguo obrero ebanista que salía del servicio y que solicitaba una plaza de guardia municipal, porque una plaza de esta clase es más segura y más importante. Precisamente acababa de comprar un lenguado para él.

—Le encanta el lenguado —agregó—. Hay que mimar a esos pícaros de hombres, ¿no le parece a usted? Pero suba y verá nuestra casa... Estamos en medio de una corriente de aire.

Cuando Gervasia, después de haberle contado a su vez su matrimonio, le dijo que había habitado el mismo cuarto e incluso dado a luz a su hija en él, Virginia, con más empeño, la instó a subir. Siempre es agradable volver a ver los lugares donde se ha sido feliz.

Ella había vivido durante cinco años a la otra orilla del río, en Gros-Caillou. Allí había conocido a su marido cuando estaba en el servicio. Se aburría y soñaba con volver al barrio de la Goutte-d'Or, donde conocía a todo el mundo. Desde hacía quince días ocupaba el cuarto frente al de los Goujet ¡Oh! sus trastos estaban todavía en desorden; ya lo iría arreglando poquito a poco.

Cuando estuvieron en el tramo de la escalera se dijeron por fin sus nombres.

—Señora Coupeau.

—Señora Poisson.

Desde entonces llamáronse a boca llena señora Poisson y señora Coupeau, solamente por el placer de ser señoras las que se habían conocido en otro tiempo en posiciones poco católicas. Sin embargo, Gervasia estaba un tanto desconfiada. Podría ser que la morena hiciera las paces para vengarse mejor de la paliza del lavadero, trazando algún plan de hipócrita mala bestia. Gervasia se propuso mantenerse a la defensiva. Por el momento, Virginia se mostraba atenta en extremo, y fuerza era que ella se mostrase atenta también. Arriba, en la habitación, Poisson, el marido, un hombre de treinta y cinco años, de cara terrosa, con bigote y perilla rojos, trabajaba sentado ante una mesa cerca de la ventana. Hacía pequeñas cajas. No tenía más herramientas que un cortaplumas, una sierra no más grande que una lima de uñas y un tiesto con cola. La madera que empleaba, provenía de las cajas viejas de cigarros, delgadas tablitas de caoba sin pulimentar, sobre las cuales se entregaba a recortes y adornos de una delicadeza extraordinaria. Todo el día, desde la mañana a la noche, confeccionaba las mismas cajas, de ocho centímetros por seis. Únicamente al trabajarla introducía modificaciones en la forma de la tapa y hacía compartimientos. Con aquello se distraía; un modo de matar el tiempo en la espera de su nombramiento

de guardia municipal. De su antiguo oficio de ebanista le quedaba la pasión de las cajitas: no vendía su trabajo, lo regalaba a las personas conocidas.

Poisson se levantó, saludó cortésmente a Gervasia, que su mujer le presentó como una antigua amiga. Él no era charlatán, y tomó en seguida su sierrecita. De cuando en cuando lanzaba una mirada sobre el lenguado, puesto encima de la cómoda. Gervasia se alegró mucho devolver a ver su antigua casa; indicó dónde tenía colocados los muebles, y enseñó el sitio en que había dado a luz en el suelo. ¡Todo se volvía a encontrar en la vida! Nunca creyeron volverse a ver de aquel modo, viviendo una después de la otra en el mismo cuarto, cuando hacía largo tiempo se habían perdido de vista. Virginia añadió nuevos detalles de ella y del marido; éste había tenido una pequeña herencia de una tía suya; se establecería más adelante; por el momento ella continuaba ocupándose de la costura, y arreglaba vestidos aquí y allá. Al cabo de una larga media hora la planchadora se dispuso a partir. Virginia, que la acompañó, prometió devolverle la visita; desde luego se ofreció como parroquiana. Como se detuviese con ella en el rellano, Gervasia se imaginó que deseaba hablarle de Lantier y de su hermana Adela, la bruñidora. Estaba completamente turbada en el interior: mas ni una sola palabra de cosas tan desagradables se cruzó entre ambas. Se despidieron diciéndose amablemente: «Hasta la vista».

—Hasta otro rato, señora Coupeau.

—Hasta otro rato, señora Poisson.

Éste fue el punto de partida de una gran amistad. Ocho días más tarde no pasaba una sola vez Virginia por delante de la tienda de Gervasia sin entrar, y se pasaban charlando dos y tres horas, hasta el punto de que Poisson, inquieto, creyéndola aplastada por algún coche, venía a buscarla, con su mudo semblante de desenterrado. Gervasia, al ver diariamente a la costurera, no tardó en concebir una singular preocupación; no podía oírla comenzar una frase sin creer que iba a hablar de Lantier; sin quererlo, pensaba en él mientras la otra permanecía allí. Eso era una cosa estúpida, pues a fin de cuentas ella se burlaba de Lantier y de Adela, y de lo que hubiera podido ser de uno y de otro. Jamás hacía la menor pregunta; ni sentía curiosidad por tener noticias de ellos. No, aquello la perseguía en contra de su voluntad. Tenía la idea en la cabeza, como se tiene en la boca un estribillo estúpido que no nos quiere abandonar. Por otra parte, no guardaba ningún rencor a Virginia, pues seguramente ésta no tenía la culpa. Le agradaba mucho estar con ella y la detenía diez veces antes de dejarla marchar.

El invierno se echó encima: era el cuarto que los Coupeau pasaban en la calle de la Goutte-d'Or. Aquel año, diciembre y enero, fueron singularmente duros. Nevaba sin cesar. Después del primer día del año, la nieve permaneció tres semanas en las calles sin derretirse. El trabajo no se suspendía; al contrario, el invierno es la mejor temporada para las planchadoras. ¡Y qué bien se pasaba dentro de la tienda! Allí no se veían nunca copos en los cristales, como en la tienda de comestibles y en la sombrerería de enfrente. El hornillo, atestado de cok, mantenía un calor de estufa; la

ropa humeaba como en pleno verano; se estaba divinamente con las puertas cerradas, se sentía tanto calor por todas partes que cualquiera hubiera acabado por dormirse con los ojos abiertos. Gervasia decía riendo que se hacía la ilusión de estar en el campo. En efecto, los coches no hacían ningún ruido al rodar sobre la nieve: apenas se oía el paso de los transeúntes; en el gran silencio del frío, sólo las voces de los muchachos se dejaban oír, así como la algarabía de una banda de pilletes que habían hecho del arroyo de la herrera un lago para patinar. Ella se acercaba algunas veces a uno de los cristales de la puerta, quitaba con la mano la veladura de los mismos, miraba lo que pasaba en la calle en aquella temperatura, pero ni una sola nariz se atrevía a asomar fuera de las tiendas de todo el barrio. Bien cubierto de nieve, tenía aspecto encopetado; y Gervasia cambiaba solamente un saludo de cabeza con la carbonera de al lado, que con aquel tiempo se paseaba sin nada en la cabeza, con la boca abierta de oreja a oreja.

Lo mejor de todo en este tiempo de perros era tomar al mediodía su café bien calentito. Las obreras no podían quejarse; la patrona lo hacía muy cargado y no ponía ni cuatro granos de achicoria, apenas se parecía al café de la señora Fauconnier, que era una verdadera agua de borrajas; pero cuando mamá Coupeau se encargaba de pasar el agua por el filtro se hacía interminable, porque se dormía delante de la cafetera. Entonces las obreras, después del almuerzo, esperaban el café dando unos planchazos.

Precisamente al día siguiente de Reyes, dando las doce y media, no habían preparado aún el café; ese día se empeñaba en no querer pasar. En vano mamá Coupeau golpeaba el filtro con una cucharilla, las gotas se oían caer una a una, lentamente, sin apresurarse.

—Déjelo —dijo la buena moza de Clemencia— que lo enturbia... Seguro que hoy habrá para comer y beber.

Clemencia estaba dejando como nueva una camisa de hombre, cuyos pliegues separaba con las uñas. Tenía un resfriado muy fuerte, los ojos hinchados, la garganta escoriada, con accesos de tos que la encorvaban sobre sí misma encima de la mesa. Ni aun así se echaba un pañuelillo al cuello, andaba vestida con una falda de lana de noventa céntimos, bajo la cual tiritaba. Junta a ella, la señora Putois, envuelta en franela, acolchonada hasta las orejas, planchaba unas enaguas, a las que daba vueltas en torno a la plancha de vestidos, cuya parte más estrecha estaba apoyada sobre el respaldo de una silla; en el suelo, un trapo que impedía que las enaguas se ensuciaran al rozar con él. Gervasia ocupaba por sí sola la mitad de la mesa, con unas cortinas de muselina bordada, sobre las cuales hacía pasar su plancha muy derecha, los brazos extendidos para evitar arrugas. De repente el café se puso a correr ruidosamente, y esto le hizo levantar la cabeza. Era que la bizca Agustina acababa de hacer un agujero en medio del filtro, valiéndose de una cuchara.

—¿Quieres estarte quieta? —gritó Gervasia—. ¿Qué diablos tienes en el cuerpo? Ahora no tomaremos más que barro.

Mamá Coupeau había colocado cinco vasos en un extremo libre del mostrador. Entonces las obreras dejaron su trabajo mientras que la patrona servía el café, como siempre, por sí misma, después de haber puesto dos terrones de azúcar en cada vaso. Aquella era la hora más esperada del día. Cuando cada una tomaba su vaso y se acomodaba sobre un banquillo ante la estufa, la puerta se abrió y entró Virginia tiritando.

—¡Ah, hijas mías! —exclamó—. Esto la parte a una por la mitad... ¡Ni me siento las orejas! ¡Qué condenado frío!

—¡Toma! ¡Es la señora Poisson! —dijo Gervasia—. Llega usted a tiempo: tomará café con nosotras.

—A fe mía, que no es de despreciar... Solamente con atravesar la calle se le mete a una el frío en los huesos.

Felizmente quedaba café. Mamá Coupeau fue a buscar un sexto vaso, y Gervasia dejó a Virginia que se sirviera el azúcar, por cortesía. Las obreras se ensancharon y le hicieron un hueco junto al fogón. Continuaron un instante con la nariz enrojecida, poniendo sus entumecidas manos alrededor de su vaso para calentarse. Venía de la tienda de comestibles, donde se helaba una con esperar que le despacharan un cuarto de gruyere. Se admiraba del gran calor que hacía en la tienda; le parecía que estaba en un horno, aquello bastaría para resucitar a un muerto, tan agradable era el cosquilleo que se sentía sobre la piel. Una vez desentumecida estiró las piernas. Entonces las seis paladearon lentamente su café en medio de la tarea interrumpida, y en la sofocación que producía la ropa humeante. Mamá Coupeau y Virginia eran las únicas que estaban sentadas en sillas; las otras, en sus banquillos, parecía que se hallaban en el suelo. Hasta aquella loca de Agustina había extendido un pedazo de trapo bajo su falda para acomodarse. Guardaron un momento silencio, con la nariz metida en los vasos y saboreando el café.

—A pesar de todo, está bueno —declaró Clemencia.

Por poco se ahoga por un golpe de tos. Apoyaba su cabeza contra la pared para toser más fuerte.

—¡Bueno lo ha cogido usted! —dijo Virginia—. ¿Dónde lo ha atrapado?

—¿Quiere saberlo? —repuso Clemencia limpiándose la cara con la manga—. Debe haber sido la otra noche. Había dos que se pegaban a la salida del Grand-Balcón. Lo quise ver y me quedé allí mientras me caía la nieve encima. ¡Qué ensalada de palos! Era para morirse de risa. Una tenía casi arrancada la nariz y la sangre corría por el suelo. Cuando la otra vio la sangre, una grandulona como yo, se le subió a la cabeza... La misma noche comencé a toser. Preciso es decir también que los hombres son unos animales. Cuando duermen con una mujer la tienen destapada toda la noche.

—¡Linda conducta! —murmuró la señora Putois—. ¡Va usted a reventar, hija mía!

—¡Si me divierte eso de reventar!... ¡Como si la vida fuera tan divertida!... Deslomarse todo el santo día para ganar dos francos sesenta y cinco, achicharrarse la sangre desde la mañana hasta la noche ante el hornillo...; sépalo, estoy hasta el último pelo... Este catarro no me hará el señalado favor de cargar conmigo; se irá como vino.

Hubo un momento de silencio. Aquella tunante de Clemencia, que en los bailoteos llevaba la voz cantante con sus desaforados gritos, entristecía a todo el mundo con sus ganas de reventar cuando estaba en el taller. Gervasia, que la conocía bien, se contentó con decir:

—Después de correrse una juerga, siempre está de mal humor.

La verdad era que Gervasia prefería que no se nombrase para nada las peleas de las mujeres. Sentíase molesta, a causa de la zurra del lavadero, siempre que se hablaba de zapatazos en las piernas y de bofetadas estando Virginia delante. En ese instante Virginia la miraba sonriendo.

—¡Oh! —murmuró—, ayer mismo ¡vi una pelea con unos tirones de moños... Se ponían como nuevas...

—¿Quiénes? —preguntó la señora Putois.

—La comadrona de la esquina y su criada, aquella rubita, ¿se acuerdan? ¡Qué sarna de muchacha! Y gritaba a la otra: «Sí, sí, tú has hecho abortar a la frutera, y si no me pagas voy a ver al comisario...». ¡Y había que oír lo que decía!

—La comadrona le largó una buena galleta en pleno hocico, pero ella saltó como una fiera a los ojos de su ama, la arañó y la tiró del cabello... ¡y había que ver de qué manera! Tuvo que intervenir el salchichero y sacársela de entre las patas...

Las obreras se rieron de la mejor gana; en seguida, con aspecto satisfecho, tomaron un sorbito de café.

—¿Creen ustedes eso de que la hizo abortar? —preguntó Clemencia.

—¡Caramba!, el rumor ha corrido así en el barrio entero —respondió Virginia—. Como usted comprende, yo no lo he visto. Por lo demás, eso es cosa del oficio; todas lo hacen.

—Pues bien —dijo la señora Putois—. Se necesita ser animal para confiarse a ellas. Y aun darán las gracias por dejarse estropear...; y sin embargo, hay un remedio infalible. Tomando cada noche un vaso de agua bendita y haciéndose tres cruces en el vientre con el dedo pulgar, desaparece todo como por encanto.

Mamá Coupeau, a quien creían dormida, levantó la cabeza para protestar. Ella sabía otro remedio mucho mejor, que consistía en comerse un huevo duro cada dos horas y aplicarse cataplasmas de espinacas a los riñones. Las otras cuatro mujeres se quedaron serias; pero la puerca Agustina, cuyas alegrías brotaban por sí solas, sin que nadie supiese nunca a qué eran debidas, soltó el cacareo de gallina que era su risa. Nadie se acordaba de ella. Gervasia levantó las enaguas y la vio sobre las sábanas, revolcándose como un cerdillo con las piernas al aire. La sacó de allí y la puso de pie de un cachete. ¿De qué se reía la muy tonta? ¡Ella no tenía por qué escuchar cuando

las personas mayores hablaban! La envió en seguida a llevar la ropa a una amiga de la señora Lerat, en Batignolles. Sin dejar de hablar le colgó la cesta del brazo y la empujó hacia la puerta. La bizca, rezongando y lloriqueando, se alejó arrastrando los pies por la nieve.

Entretanto, mamá Coupeau, la señora Putois y Clemencia, discutían la eficacia de los huevos duros y de los emplastos de espinaca. Virginia, que estaba pensativa, con un vaso de café en la mano, dijo bajito:

—¡Santo Dios! Se sacude una el polvo y se abraza después; eso sucede siempre, y cuando se tiene buen corazón...

E inclinándose a Gervasia, dijo sonriendo:

—Puede usted creerme, no le guardo rencor por lo del lavadero, ¿se acuerda?

La planchadora se quedó algo molesta, aquello era lo que temía, y ahora adivinaba que iba a hablar de Lantier y de Adela. El hornillo roncaba, y un exceso de calor irradiaba del rojo tubo. En aquel sopor, las obreras, que hacían durar el café para tardar el mayor tiempo posible en ponerse a trabajar, miraban la nieve de la calle, con rostros ansiosos y lánguidos. Habíase llegado a las confidencias; divagaban sobre lo que harían si tuvieran diez mil francos de renta. Habrían pasado muchas tardes de aquel modo, calentándose, escupiendo, de lejos al trabajo, sin hacer absolutamente nada. Virginia se había aproximado a Gervasia, de manera que las demás no pudiesen oírla. Gervasia sentía gran flojedad, a causa, sin duda, del excesivo calor; tan desfalleciente y sin fuerzas se encontraba, que hasta le faltaban éstas para desviar la conversación. Podía decirse que esperaba las palabras de la morenota, con el corazón henchido de una emoción de la que disfrutaba sin confesárselo.

—Creo que no la molesto —dijo la costurera—. Más de veinte veces he tenido esta conversación en la punta de la lengua. Y puesto que me he decidido... Pero esto es hablar por hablar, ¿no es cierto?... Puede usted estar segura de que no le guardo rencor alguno. Palabra de honor, ni tanto así de odio.

Movió el fondo del café en el vaso, para aprovechar todo el azúcar, y dio tres sorbitos acompañados de un pequeño silbido. Gervasia, con la garganta oprimida, esperaba siempre, y se preguntaba si realmente Virginia le habría perdonado la paliza hasta ese punto, pues ella veía encenderse chispas en los ojos negros de la otra. Aquella diablesa debía haber guardado su rencor en su bolsillo y puesto su pañuelo encima.

—Tenía usted una excusa —continuó—. Acababan de hacerle una porquería, una abominación... Yo soy justa; en su lugar habría cogido un cuchillo.

Bebió otros tres sorbitos, silbando al borde del vaso. Abandonó el tono de voz que hasta allí empleara, y añadió rápidamente, sin pararse:

—De todas maneras, aquello no les hizo felices —¡Dios mío!— en modo alguno... Se habían ido a vivir al quinto infierno, cerca de Glacière, en una sucia calle donde se mete uno en el barro hasta las rodillas. Dos días después, fui por la

mañana a almorzar con ellos, ¡qué carrera tan interminable de ómnibus! Pues bien, los encontré tirándose los trastos a la cabeza... Cuando entré, se daban cada mojicón. ¡Vaya unos enamorados!... Ya sabe usted que Adela no vale ni la cuerda para que la ahorquen. Es mi hermana, pero eso no me impide decir que es una indecente. Me ha hecho un montón de porquerías, esto sería demasiado largo para contar. Son asuntos para arreglar entre nosotras. En cuanto a Lantier, ¡vaya! ya le conoce usted; también tiene lo suyo... Un señorito, ¿no es cierto? que la pone a una verde por menos de un comino. Y él cierra el puño para pegar... Se han santiguado a conciencia. Cuando subía la escalera, ya oía la sinfonía. Hasta ha llegado a ir la policía. Lantier quería una sopa de aceite, una porquería que toman allá en el Mediodía, y como Adela encontró aquello asqueroso se tiraron la botella de aceite a la cabeza, la cacerola, la sopera, todo un terremoto; en fin, una escena para revolucionar al barrio entero.

Siguió contando más carnicerías, empezaba y no acababa, sabía cosas que hacían poner el pelo de punta. Gervasia escuchaba toda esta historia, sin decir ni una palabra, pálido el rostro y con una contracción nerviosa en los labios, que quería llegar a ser una sonrisa. Pronto haría siete años que no había vuelto a oír hablar de Lantier, y no se sospechaba que al escuchar su nombre, murmurado a su oído; le produjera un calor semejante en la boca del estómago. Ella no creía tener curiosidad por saber lo que había sido de aquel desgraciado que tan mal se había portado con ella. Ya no podía estar celosa de Adela; pero, a pesar de ello, se reía en su interior de sus continuas peloterías y veía el cuerpo de la muchacha lleno de cardenales y aquello la vengaba, y la divertía, y habría continuado hasta el día siguiente oyendo los relatos de Virginia. No hacía preguntas por no parecer interesada hasta tal punto. Era como si bruscamente se colmara el vacío de su existencia: su pasado, en aquel momento iba derecho a su presente.

Virginia acabó por meter otra vez la nariz en el vaso, sorbiendo el azúcar, con los ojos a medio cerrar. Entonces Gervasia, comprendiendo que debía decir alguna cosa, preguntó, haciéndose la indiferente:

—¿Y continúan viviendo en la Glacière?

—¡No! Pero ¿no le he contado a usted?... Hace ocho días que no están juntos. Una mañana lió su petate y se marchó, y le aseguro que Lantier no ha echado a correr detrás de ella.

La planchadora dejó escapar ligero grito y repitió en alta, voz:

—¡Ya no están juntos!

—¿Quién? —preguntó Clemencia, interrumpiendo su conversación con mamá Coupeau y con la señora Putois.

—Nadie —dijo Virginia—; personas que usted no conoce.

Se fijó en Gervasia y la encontró bastante conmovida. Acercóse más y reanudó su historia, con maligno placer. De repente le preguntó qué haría si Lantier volviera a rondarla, porque los hombres son tan malos... Lantier era capaz de querer a sus primeros amores. Gervasia se irguió y se mostró muy honrada y muy digna. Estaba

casada, despacharía a Lantier tranquilamente. No podía ya haber nada entre ellos, ni un apretón de manos. En verdad que no tendría corazón si volviese a mirar a ese hombre a la cara.

—Ya sé que Esteban es suyo, es un lazo que no puede romperse. Si Lantier desea abrazar a Esteban, se lo mandaré, porque es imposible evitar que un padre quiera a su hijo... Pero en cuanto a mí, sépalo usted, señora Poisson, primero me dejaría descuartizar que permitirle me tocara un pelo de la ropa. Se acabó.

Y pronunciando estas palabras trazó en el aire una cruz como para sellar para siempre su juramento; y deseosa de cortar la conversación fingió sobresaltarse y gritó a las obreras:

—Díganme, ¿acaso se creen que la ropa se plancha sola? ¡Vaya unas mujeres! ¡Hala! ¡A la tarea!

Las obreras no se dieron gran prisa, entorpecidas por un letargo, los brazos abandonados sobre las faldas, sosteniendo aún en sus manos los vasos vacíos, y continuaron charlando.

—Era Celestinita —decía Clemencia—. Yo la he conocido. Tenía la manía de los pelos de gato... ¿Usted sabe? Veía pelos de gato en todos los sitios, y torcía siempre la lengua, así, porque creía tener la boca llena de pelos de ese animal.

—Yo —proseguía la señora Putois— he tenido una amiga que tenía un gusano... ¡Son caprichosos estos animalitos!... Le revolvía el vientre cuando no le daba pollo. Calculen ustedes, el marido no ganaba más que siete francos, y todo había que emplearlo en golosinas para el gusano...

—Yo la habría curado al vuelo —interrumpía mamá Coupeau—. Basta con comer un ratón asado, y el gusano se envenena en el acto.

Gervasia, por su parte, también se dejó arrastrar por la pereza, pero se sacudió vivamente y se puso de pie. ¡Vaya tarde perdida holgazanamente! ¡Así no se me llena el bolsillo! Fue la primera en volver a sus cortinas, y como las encontrara sucias con una mancha de café, antes de ponerse a plancharlas, tuvo que frotarlas con un trapo mojado. Las obreras se desperezaban delante del fogón y buscaban sus asideros refunfuñando. En cuanto Clemencia se movió tuvo otro acceso de tos, capaz de hacerla arrojar la lengua; después terminó su camisa de hombre, cuyas mangas y cuello sujetó con alfileres. La señora Putois había vuelto a sus enaguas.

—Bueno, hasta la vista —dijo Virginia—. Había bajado a comprar un poco de gruyere. Poisson va a creer que el frío me ha congelado en el camino.

No había dado tres pasos en la calle cuando volvió a la tienda para advertir que Agustina estaba resbalando por la nieve, en lo alto de la calle, con los pilluelos. Aquella tunante había partido hacía más de dos horas. Gervasia salió hasta la puerta a llamarla; entonces echó a correr, roja, jadeante, con su cesta al brazo y con el moño hecho una masa de nieve a causa de una bola que le habían tirado. Se dejó regañar con un aire socarrón, dando como disculpa que no había podido andar a causa del hielo. Algún granujilla debió de meterle, por broma, bolas de nieve en los bolsillos,

pues al cabo de un cuarto de hora éstos se pusieron a chorrear como si fuesen embudos.

Todas las tardes transcurrían de la misma manera. La tienda, en el barrio, era el refugio de la gente friolenta. Todo la calle de la Goutte-d'Or sabía que allí hacía calor. Constantemente se encontraban allí mujeres charlatanas, que se calentaban delante del fogón, con las faldas levantadas hasta las rodillas, haciendo corrillo. Gervasia estaba orgullosa de esto, y atraía a la gente; tenía salón, como decían maliciosamente los Lorilleux y los Boche. La verdad era que la planchadora era obsequiosa y caritativa hasta el punto de hacer entrar a los pobres cuando los veía tiritando en la calle. Se aficionó, sobre todo, por un anciano obrero pintor, viejecillo de setenta años, que habitaba en la casa un desván donde se moría de hambre y de frío; había perdido sus tres hijos en Crimea y vivía de la caridad de las gentes desde hacía dos años, porque no podía sostener una brocha en la mano. En cuanto Gervasia divisaba al tío Bru, pateando en la nieve para calentarse, lo llamaba y le hacía un sitio cerca de la estufa; a menudo le obligaba a que comiese un pedazo de pan y queso. El tío Bru, con el cuerpo encorvado, la barba blanca, el rostro arrugado como una manzana seca, permanecía horas enteras sin decir nada, escuchando el chisporroteo del cok. Tal vez evocaba sus cincuenta años de trabajo sobre escaleras, el medio siglo pasado pintando puertas y blanqueando techos en los cuatro extremos de París.

—¿En qué piensa, tío Bru? —le preguntaba algunas veces la planchadora.

—En nada y en todo —respondía él con un aire embobado.

Las obreras le gastaban bromas, diciendo que tenía sus penitas en el corazón, pero él, sin oírlas, volvía a su silencio, con su actitud taciturna y reflexiva.

A partir de entonces. Virginia habló a menudo de Lantier a Gervasia. Parecía complacerse en recordarle a su antiguo amante por el único placer de azorarla haciendo suposiciones. Un día dijo que lo había encontrado, y como la planchadora permaneciese muda, no agregó una sola palabra, y únicamente, al otro día, le dio a entender que él había hablado con mucha ternura de ella. Gervasia se sentía muy turbada por estas conversaciones cuchicheadas muy bajito en un rincón de la tienda. Cada vez que oía el nombre de Lantier sentía las entrañas abrasadas, como si aquel hombre hubiese dejado allí, bajo su piel, parte de él. Desde luego, ella se creía lo suficientemente fuerte para resistir, quería vivir como una mujer honrada, ya que la honradez es la mitad de la felicidad. Así es que no teniendo nada que reprocharse, ni aun en pensamiento, ni siquiera se acordaba de Coupeau. Pensaba en el herrero, con el corazón tembloroso y enfermo. Le parecía que el retorno del recuerdo de Lantier, esa lenta posesión que de nuevo la embargaba, la hacía infiel a Goujet, a su amor no confesado, a la dulzura de su amistad. Pasaba días muy tristes cuando se creía culpable hacia su buen amigo. Desearía no tener su afecto más que para él, fuera de su matrimonio. Y esto la colocaba a ella muy por encima de las suciedades cuyo fuego acechaba Virginia en su rostro.

Llegada la primavera corrió a refugiarse cerca de Goujet. Ya no podía reflexionar

en nada sin que acudiera a su memoria su primer amante; le veía abandonar a Adela, poner su ropa en el fondo de aquella vieja maleta y volver a su casa con ésta en un coche. Si se decidía a salir a la calle se veía asaltada de pronto por estúpidos temores: creía oír los pasos de Lantier detrás de ella; no se atrevió a volverse, temblando, imaginando sentir sus manos que la agarraban por la cintura. Estaba segura de que la espiaba; caería sobre ella cualquier tarde; y a esta sola idea le venían unos sudores fríos, pues indudablemente la besaría en la oreja, como tiempo atrás lo hacía para verla enfadada. Era este beso lo que la espantaba; de antemano la dejaba sorda, producíale un zumbido que no le permitía oír más que el ruido de su corazón que la golpeaba furiosamente. Desde que aquellos temores la asaltaban, la herrería era su único asilo. Únicamente allí sentíase tranquila y sonreía bajo la protección de Goujet, cuyo martillo sonoro ponía en fuga sus malos sueños. ¡Qué temporada tan feliz! La planchadora, atendiendo cuidadosamente y de una manera particular a su clienta de la calle de Portes Blanches, le llevaba la ropa, ella misma, porque aquella caminata de todos los viernes era el mejor pretexto para pasar por la calle Marcadet y entrar en la fragua. En cuanto doblaba la esquina de la calle, se sentía ligera, alegre, como si paseara por el campo, en medio de estos solares bordeados de fábricas grises; el arroyo negro de carbón, los penachos de humo sobre los tejados, la divertían tanto como un sendero de musgo en un bosque de las afueras, penetrando entre grandes ramilletes de verdura. Y le agradaba el pálido horizonte sobre el que se dibujaban las chimeneas de las fábricas, el cerro de Montmartre, que tapaba el cielo con sus casas de adobe horadadas regularmente por sus ventanas. Luego acortaba el paso y se entretenía en saltar los charcos, complaciéndose en atravesar los parajes desiertos e intrincados del taller de demoliciones. En el fondo, resplandecía la fragua hasta en pleno día. Su corazón latía al unísono con los martillos. Cuando entraba, estaba encarnada, los rubios cabellos de su nuca revoloteaban como los de una mujer que acude a una cita. Goujet la esperaba, con los brazos y el pecho al aire, golpeando ese día más fuerte sobre el yunque, para hacerse oír desde más lejos. La adivinaba, y la acogía con una silenciosa sonrisa, a través de su rubia barba. Ella no quería que se distrajesen de su trabajo y le suplicaba que reanudase su tarea, porque a ella le gustaba más cuando blandía el martillo con sus gruesos brazos de tan pronunciados músculos. Daba un cariñoso golpecito en la mejilla a Esteban, colgado del fuelle, y permanecía allí una hora contemplando los pasadores. No cambiaban ni diez palabras. No habrían satisfecho mejor su ternura en un cuarto cerrado con doble llave. Las maliciosas burlas de Bec-Salé, por mal nombre Boit-sans-Soif, no les molestaban apenas, pues ni siquiera le oían. Al cabo de un cuarto de hora comenzaba a sentirse sofocada: el calor, el olor fuerte, las humaredas que subían, la aturdían, mientras que los golpes sordos del martillo la sacudían de pies a cabeza. Nada más deseaba entonces, aquel era todo su placer. No hubiera experimentado una tan intensa emoción si Goujet la hubiera estrechado entre sus brazos. Se aproximaba a él para sentir el viento de su martillo en la mejilla, para sentirse más unida a él. Si alguna vez le saltaban chispas a

sus tiernas manos, no las retiraba; por el contrario, gozaba con esa lluvia de fuego que le azotaba la piel. Seguramente que él se daba cuenta de la dicha que ella experimentaba allí, y se reservaba para los viernes los trabajos difíciles, a fin de hacerle la corte con todo su brío y su destreza; no economizaba sus fuerzas, jadeante y sintiéndose todo inundado de alegría, aun a riesgo de partir los yunques en pedazos. Durante toda la primavera, sus amores llenaron la fragua como un rugido de tempestad. Fue un idilio en una labor de gigante, en medio del resplandor de la hulla, de las sacudidas del cobertizo, cuyo armazón, negro de hollín, rechinaba. Todo ese hierro aplastado, moldeado como cera, guardaba las rudas muestras de sus ternuras. El viernes, cuando la planchadora abandonaba a Gueule-d'Or, subía lentamente la calle de Poissonniers, contenta, cansada, el espíritu y la carne tranquilos.

Poco a poco, su miedo por Lantier disminuyó a fuerza de razonamiento. Seguramente hasta se habría encontrado mejor sin Coupeau, que iba de mal en peor. Un día, viniendo de la fragua, creyó reconocer a éste en la taberna del tío Colombe en disposición de echarse al colete una ronda de aguardiente en compañía de Mes-Bottes, Bibi-la-Grillade y Bec-Salé. Pasó rápida para que no creyeran que los espiaba. Pero unos pasos más allá se volvió: desde luego era Coupeau, que se tomaba su copita de *schnick*, con un gesto ya familiar. Mentía. ¿Conque lo que bebía era aguardiente? Se marchó desesperada. Todo el horror que le producía el aguardiente volvía a apoderarse de ella. Le perdonaba el vino, porque, según dicen, el vino nutre al obrero; por el contrario, los alcoholes eran inmundicias, venenos que llevaban a los trabajadores a perder el gusto por el pan. El gobierno debía prohibir la fabricación de esas porquerías.

Cuando llegó a la calle Goutte-d'Or, encontró toda la casa revuelta. Sus obreras habían abandonado la plancha, y estaban en el patio mirando hacia arriba. Preguntó a Clemencia qué sucedía.

—Es el tío Bijardt que le casca las liendres a su mujer —respondió la planchadora—. Él estaba en la puerta, ebrio como un polaco, acechando su vuelta del lavadero... La hizo subir las escaleras a puñetazos, y ahora la continúa pegando allá arriba, en su cuarto... Escuche, ¿siente los gritos?

Gervasia subió rápidamente. Tenía amistad con la señora Bijardt, su lavandera, mujer muy animosa. Esperaba poner paz. Arriba, en el sexto, había quedado la puerta del cuarto abierta y se veía en ella a algunos vecinos, que gritaban mientras que la señora Boche les decía:

—¿Quiere acabar de una vez?... Iré a buscar a los guardias, ¿lo oye usted?

Nadie se arriesgaba a entrar en la habitación, porque sabía que Bijardt era un animal cuando estaba bebido, aunque, si bien es cierto, nunca se hallaba completamente sereno. Los escasos días en que trabajaba ponía un litro de aguardiente al lado de sus herramientas de cerrajero, para beber a chorros cada media hora. De tal manera estaba alcoholizado que si le hubieran acercado una cerilla a la boca hubiera ardido como una antorcha.

—¡Pero no podemos dejar que la mate! —indicó Gervasia toda temblorosa.

Y entró. La habitación, abuhardillada, muy limpia, estaba desmantelada y fría, despojada por las constantes borracheras de aquel hombre, que robaba hasta las sábanas para seguir comprando aguardiente. En la lucha, la mesa había rodado hasta la ventana, las dos sillas estaban patas arriba. En el suelo, en medio de la habitación, la señora Bijardt con las faldas todavía húmedas por el agua del lavadero y pegadas a sus muslos, con los cabellos arrancados, sangrando, respiraba roncamente, exhalando prolongados gemidos a cada patada de Bijardt. La había arrojado al suelo a fuerza de puñetazos, y ahora la pisoteaba.

—¡Ah, zorra!... ¡Zorra! —gruñía con voz ahogada, acompañándose con puñetazos cada vez que pronunciaba esa palabrota, de una manera enloquecida, golpeando cada vez más fuerte a medida que le faltaba la respiración.

Al cabo de un rato le faltó la voz, y continuó, pegando sordamente, locamente, erguido, con su chaleco y blusa hechos un harapo, con la cara azulada bajo su sucia barba, con su calva frente llena de grandes manchas rojas. En el pasillo, los vecinos decían que le pegaba porque le había negado un franco por la mañana. Se oyó la voz de Boche, al pie de la escalera, que llamaba a su mujer, gritándole:

—¡Baja, déjalos que se maten, menos canalla quedará!

El tío Bru había seguido a Gervasia al cuarto. Entre los dos trataban de apaciguar al cerrajero y empujarle hacia la puerta. Pero él se resistió, mudo, con espumarajos en los labios y en sus ojos apagados, el alcohol encendía una llama de muerte. La planchadora sacó el puño magullado, el viejecillo fue a caer sobre la mesa. La señora Bijardt, en el suelo, respiraba más fuerte, con la boca completamente abierta, los párpados cerrados. Ahora Bijardt daba golpes en el vacío, se revolvía rabioso, ciego, pegándose a sí mismo. Y durante toda esta terrible escena, Gervasia vio a la pequeña Palie, que contaba cuatro años, en un rincón de la habitación, mirando cómo su padre golpeaba a su madre. La niña tenía entre sus brazos, para protegerla, a su hermanita Enriqueta, destetada el día anterior. Estaba de pie, con la cabeza cubierta por una gorrita de indiana, pálida, con los ojazos negros abiertos, con una fijeza llena de pensamientos, sin derramar una lágrima.

Cuando Bijardt tropezó contra una silla cayó al suelo cuan largo era, e inmediatamente se puso a roncar. El tío Bru ayudó a Gervasia a levantar a la señora Bijardt. Ésta lloraba amargamente, y Palie, que se había aproximado, la miraba en silencio, habituada a estas escenas, resignada ya. Mientras bajaba la planchadora, con la casa ya en calma, continuaba viendo ante ella la mirada de la niña de cuatro años, grave y animosa como la mirada de una mujer.

—El señor Coupeau está en la acera de enfrente —gritó Clemencia en cuanto le divisó—. Parece que no se tiene muy tieso.

Coupeau atravesaba la calle en ese momento. Poco faltó para que rompiera un cristal de un empujón creyendo que era la puerta. Tenía una borrachera de aguardiente, los dientes apretados y la nariz colorada. Gervasia reconoció en seguida

los efectos del matarratas tomado en la taberna, a través de la sangre envenenada que le decoloraba la piel. Quiso tomarlo a risa y acostarlo, como hacía siempre que traía el vino alegre, pero él le dio un empujón, sin despegar los labios; y al pasar, yendo por sí mismo a la cama, le levantó el puño. Se parecía al otro, al borracho que roncaba allá arriba; cansado de golpear. Se quedó helada, pensó en los hombres, en su marido, en Goujet, en Lantier, con el corazón desgarrado, desesperando de volver a ser feliz.

CAPÍTULO VII

El cumpleaños de Gervasia era el 19 de junio. Los días de fiesta, los Coupeau tiraban la casa por la ventana; eran banquetes de los que se salía redondos como pelotas, con el vientre lleno para toda la semana. Se hacía limpieza general de dinero. En cuanto tenían cuatro cuartos, les daban aire. Se inventaban el almanaque, como pretexto para darse aquellos festines. Virginia aprobaba calurosamente que Gervasia se metiese buenos pedazos entre pecho y espalda. Cuando se tiene un hombre que todo se lo bebe, es justo no dejar que la casa se marche en líquidos; por lo que hacía bien en llenarse el estómago. Puesto que el dinero se esfumaba, lo mismo era hacer ganar al carnicero que al tabernero. Gervasia, engolosinada, tomaba para ello aquella excusa. ¡Tanto peor! La culpa la tenía Coupeau si no se ahorra ni un solo céntimo. Había engordado mucho y cojeaba aún más, porque su pierna, al aumentar de volumen, parecía acortarse en proporción.

Un mes antes ya estaban hablando de la fiesta; se pensaba en los platos y se relamían los labios. Toda la tienda ardía en deseos de que llegara el banquete. Había que hacer algo sonado, alguna cosa poco corriente que dejase nombre. ¡Dios mío! Todos los días no eran de fiesta. La gran preocupación de la planchadora era saber a qué personas debía invitar; deseaba doce en la mesa, ni una más ni una menos. Ella, su marido, mamá Coupeau, la señora Lerat, con ésta eran ya cuatro personas de la familia. Invitaría también a los Goujet y a los Poisson. En un principio había acordado no invitar a sus obreras, la señora Putois y Clemencia, para no darles demasiada familiaridad, pero como se hablaba siempre de la fiesta en su presencia y se ponían de morro, acabó por decirles que asistieran. Cuatro y cuatro ya son ocho, y dos más hacen diez. Entonces, queriendo completar los doce, se reconcilió con los Lorilleux que la rondaban desde hacía algún tiempo; se convino en que los Lorilleux bajarían a comer y se harían las paces con los vasos en la mano. Ciertamente que no se debía estar enfadados indefinidamente entre familia. A más, la idea de la fiesta enternecía todos los corazones. Era una ocasión como para no desperdiciarla. Cuando los Boche se enteraron de la reconciliación proyectada, se aproximaron más a Gervasia, queriendo agradarla con cortesías y sonrisas, y no hubo más remedio que invitarles a ellos también. ¡Qué se le iba a hacer! Serían catorce, sin contar a los niños. Nunca había dado una comida semejante; estaba afanosa y radiante de gozo.

La fiesta caía justamente en lunes. Era una gran suerte: Gervasia contaba con comenzar a prepararlo todo la tarde del domingo. El sábado, cuando las planchadoras terminaron su tarea, hubo una gran discusión en la tienda, a fin de saber decididamente qué menú se pondría. No hubo discusión alguna sobre un plato adoptado desde hacía tres semanas: un pato bien cebado, asadito. Hablaban de él con ojos golosos; hasta estaba ya comprado. Mamá Coupeau fue a buscarle para que

Clemencia y la señora Putois lo tomaran a peso. ¡Qué de exclamaciones! El animal les pareció enorme, con su piel repleta de grasa amarilla.

—Antes de esto, puchero, ¿qué os parece? —dijo Gervasia—. La sopa y un poco de cocido hacen siempre un avío... Después podríamos hacer un plato con salsa.

Clemencia propuso un conejo; pero todos coincidieron en que no se salía de él, y que ya estaban hasta los pelos de semejante animalito. Gervasia pensaba en algo más distinguido. La señora Putois propuso un guiso de ternera con salsa blanca, que tuvo gran aceptación. Era una gran idea; nada podía substituir a la ternera en salsa blanca.

—Después —insistió Gervasia— vendría muy bien otro plato de salsa.

Mamá Coupeau pensó en el pescado. Pero las demás hicieron una mueca, al mismo tiempo que golpeaban fuerte con sus planchas; no sentaba bien al estómago, y además estaba lleno de espinas. La bizca Agustina se aventuró a decir que le encantaba la raya, y Clemencia le contestó con una bofetada. Por último, a la patrona se le acababa de ocurrir un lomo de cerdo con patatas, que volvió a encandilar todos los rostros. En ese momento, Virginia entró como un huracán con la cara alterada.

—¡Qué a tiempo llega! —exclamó Gervasia—. Mamá Coupeau, enséñele usted el bicho.

Y mamá Coupeau fue a buscar por segunda vez al pato, que Virginia tuvo que tomar en sus manos. Exclamó:

—¡Qué barbaridad! ¡Cuánto pesa!

En seguida lo dejó en el borde del banco entre una falda y un paquete de camisas. Tenía la imaginación en otra parte y se llevó a Gervasia al cuarto interior.

—Amiga mía —murmuró rápidamente—, quiero advertirte... ¿A que no adivinas a quién he encontrado al final de la calle?... ¡Lantier, querida mía! Está allí rondando, acechando... Entonces he echado a correr hacia acá. Me ha dado miedo por ti, ¿comprendes?

La planchadora se había puesto pálida. ¿Qué quería de ella aquel desgraciado? Y precisamente llegaba en medio de los preparativos para la fiesta. Sí, nunca había tenido suerte; no podía disfrutar tranquilamente. Pero Virginia le respondía que bien tonta era en revolverse la bilis. ¡Vamos, hombre! Si Lantier se atreviese a seguirla no tendría más que avisar a un guardia y hacerle meter en la cárcel. Desde hacía un mes su marido había obtenido su plaza de municipal, la morena tomaba aires de gran importancia, hablaba constantemente de detener a todo el mundo. Como cada vez iba levantando más la voz, diciendo que deseaba que la pellizcaran algún día para darse la satisfacción de llevar ella misma al insolente al cuartelillo y entregárselo a Poisson, Gervasia, con un gesto, le suplicó que se callara, porque las obreras estaban escuchando. Entró la primera en la tienda y repuso, aparentando mucha calma:

—Ahora sería menester alguna legumbre.

—Guisantes con tocino —dijo Virginia—. Yo no comería nunca otra cosa.

—¡Sí, sí, guisantes con tocino! —aprobaron las demás, mientras que Agustina, entusiasmada, atizaba a grandes golpes el hornillo.

Al día siguiente, domingo, desde las tres, mamá Coupeau encendió los dos fogones de la casa e incluso un tercero que les prestaron los Boche. A las tres y media el guiso hervía en una gran marmita que les cediera el restaurante de al lado, ya que la suya era demasiado pequeña. Decidieron la víspera aderezar la ternera y el lomo de cerdo con salsa blanca, porque estos platos resultan mejor recalentados. Únicamente dejarían la salsa blanca para servirla en el momento de sacarla a la mesa. Aún quedaría bastante tarea para el lunes: la sopa, los guisantes con tocino, el pato asado. El cuarto del fondo estaba completamente iluminado con los tres hornillos; había un fuerte olor a carne quemada, acompañado con una gran humareda producida por la harina tostada. Mientras que la gran marmita dejaba escapar ráfagas de vapor, como una caldera, se oían glu-glús graves y profundos que la hacían bailar de un lado para el otro. Mamá Coupeau y Gervasia, con delantales blancos, andaban de un lado para el otro picando el perejil, administrando la pimienta y la sal, dando vueltas a la carne con cucharas de madera. Habían echado fuera a Coupeau para que no estorbese, y, a pesar de eso, tuvieron durante todo el día gente encima. Tan bien olía, que las vecinas bajaron unas tras de otras para entrar con cualquier pretexto y saber lo que se guisaba, y allí se quedaron en espera de que la planchadora tuviese que levantar las tapaderas. Hacia las cinco de la tarde, Virginia apareció: había vuelto a ver a Lantier; estaba visto, no se podía poner los pies en la calle sin encontrarse con él. La señora Boche también lo había encontrado en el otro lado de la acera, avanzando con la cabeza erguida y aire socarrón. Entonces Gervasia, que se disponía a salir a comprar unos céntimos de cebollas tostadas para el puchero, se vio acometida de pronto por tal temblor, que no se atrevió a salir a la calle, tanto más, cuanto que la portera y la costurera la asustaban contándole historias terribles de hombres que esperan a las mujeres por las esquinas con cuchillos o pistolas escondidos bajo sus abrigo. ¡Caramba! Tenían razón. Cosas semejantes se leían todos los días en los periódicos; cuando uno de esos sinvergüenzas encuentra feliz a una antigua querida, es capaz de todo. Virginia se ofreció amablemente para ir a buscar las cebollas tostadas. Entre mujeres había que ayudarse. No iba a dejar matar a la pobre mujer. Cuando volvió, dijo que Lantier ya no estaba allí: había debido largarse al notarse descubierto. La conversación dio vueltas alrededor del mismo tema durante toda la tarde, en torno a las cacerolas. La señora Boche decía que debía contárselo todo al señor Coupeau, a lo que Gervasia se opuso llena de espanto, suplicándole que no dejara escapar ni una sola palabra de aquello. ¡Buena se preparaba! Su marido debía sospechar algo, pues desde algunos días, cuando se iba a acostar, juraba y daba puñetazos a la pared. Poníasele carne de gallina al pensar que dos hombres podrían matarse por ella; conocía bien a Coupeau: era muy celoso, y, a causa de ello, capaz era de caer sobre Lantier con sus tijeras. Y mientras que las cuatro se enfrascaban en tan terrible tragedia, las salsas, en los hornillos llenos de cenizas, hervían lentamente: sobre todo la ternera y el lomo, que cada vez que mamá Coupeau los destapaba dejaban sentir un rumorcillo, un estremecimiento discreto; el puchero continuaba con su ronquido de

sochantre dormido panza al sol. No pudieron resistir a la tentación de mojar una miga de pan en una taza para probar el caldo.

Por fin llegó el lunes, y Gervasia temía no poder acomodar a tanta gente después de haberlos invitado; así es que se decidió a poner la mesa en la tienda, y por la mañana se entretuvo en medir con un metro la sala para saber en qué dirección podría colocar la mesa. Fue preciso sacar de allí la ropa, desmontar la mesa de plancha, que, apoyada en otros banquillos, serviría para la comida. Cuando estaba en lo mejor de su tarea se presentó una cliente y formó un escándalo de todos los diablos, porque, según decía, esperaba su ropa desde el viernes. Le estaban tomando el pelo... Quería su ropa inmediatamente. Entonces Gervasia, mintiendo con todo descaro, se excusó diciendo que no era culpa suya; estaba limpiando la tienda, y las obreras no volverían hasta el día siguiente, y una vez que hubo tranquilizado a la cliente la despidió, diciéndole que se ocuparía de ella en el primer momento. Y en cuanto la otra hubo dado la vuelta empezó a soltar palabrotas:

—Pues vaya, si se hiciera caso de los clientes no habría tiempo ni para comer. ¡Habría que matarse día y noche por su linda cara! ¡Ni que fuéramos esclavas!

Pues bien, ni aunque viniera el Gran Turco en persona a traerle un cuello postizo, ni aunque con ello fuera a ganar cien mil francos, no tocaría la plancha ese día. Le había llegado el turno de divertirse un poco a ella también.

Toda la mañana fue empleada en hacer las últimas compras. Por tres veces salió Gervasia y volvió cargada como una mula. Pero en el momento en que marchaba de nuevo a comprar vino se dio cuenta de que no tenía bastante dinero. Hubiera podido comprar el vino al fiado, pero aun así y todo, la casa no podía quedarse sin un céntimo, por los gastos imprevistos que pudieran surgir. En la habitación interior, mamá Coupeau y ella se desesperaron al calcular que les serían necesarios por lo menos veinte francos. ¿Dónde encontrar estas cuatro piezas de cinco francos? Mamá Coupeau, que en un tiempo había sido asistente de una comiquilla del teatro de Batignolles, se acordó en seguida del Monte de Piedad, Gervasia lanzó una sonrisa de alivio. ¡Qué tonta era, no haberse acordado antes! Sin perder un momento dobló su vestido de seda negro, lo envolvió en una toalla que sujetó con alfileres y le metió el paquete a mamá Coupeau bajo su falda, recomendándole que lo aplastara bien sobre su vientre, para que los vecinos no fisgaran, pues ellos no tenían necesidad de saber: y se quedó en la puerta acechando si alguien seguía a la vieja. Pero no bien llegaba a la carbonería, la llamaba para que volviera.

—¡Mamá, mamá!

La hizo entrar en la tienda, se quitó del dedo su alianza y le dijo:

—Incluya esto también; así tendremos más dinero.

Y cuando mamá Coupeau le trajo veinticinco francos, bailaba de alegría. Compraría seis botellas más de vino de marca para acompañar al asado. Los Lorilleux quedarían anonadados.

Hacía quince días que aquél era el sueño dorado de los Coupeau: deslumbrar a los Lorilleux. ¿Acaso aquella pareja de cucos no se encerraba cuando comían algún buen bocado, como si lo hubieran robado? Hasta tapaban la ventana con una colcha para que no entrase ni la luz, y para hacer creer a todo el mundo que dormían. Naturalmente, esto impedía a la gente entrar en su cuarto, y de este modo, solos, se atracaban sin decir una palabra más alta que otra. Incluso por la mañana, en vez de tirar los huesos en la basura, para que nadie supiera lo que habían comido, la señora Lorilleux iba al extremo de la calle a tirarlos en una alcantarilla. Gervasia la sorprendió un día cuando vaciaba en ella una cesta llena de caparzones de ostras. Bien seguro que estos miserables no tenían nada de generosos, y toda aquella comedia venía de su afán por aparentar ser pobres. Pues bien, les daría una lección y les probaría que todo el mundo no es roñoso. Gervasia había puesto la mesa en mitad de la calle si hubiera podido, sólo por el placer de invitar a cuantos pasaran. El dinero no ha sido inventado para que se enmohezca. Es precioso cuando brilla al sol. Se parecía tan poco a ellos que los días en que no tenía más de un franco se las componía de manera que hacía creer que tenía el doble.

Mamá Coupeau y Gervasia hablaron de los Lorilleux mientras ponían la mesa. Habían puesto grandes cortinas en el escaparate, pero, como hacía calor, dejaron la puerta abierta, de manera que todo el que pasaba tenía que ver los preparativos. Ambas mujeres no ponían un jarro, una botella o un salero sin procurar que resultase una intención vejatoria para los Lorilleux. Los habían colocado de manera que pudieran ver la soberbia instalación de la mesa, reservándoles la mejor vajilla, sabiendo de antemano que los platos de porcelana les proporcionarían un disgusto.

—No, no, mamá —gritó Gervasia—. No les ponga esas servilletas. Tengo dos que son adamascadas.

—¡Ah!, bueno —murmuró la anciana—. Seguramente van a rabiarse de lo lindo.

Ellas se sonrieron, de pie a cada lado de la gran mesa blanca, donde los catorce cubiertos alineados les causaban una verdadera satisfacción. Daba la sensación de un altar en medio de la tienda.

—¿Por qué serán tan mezquinos?... Ya sabrá usted que el mes pasado mintieron al decir en todos los sitios que habían perdido un trozo de cadena de oro cuando iban a entregar la obra. ¡Como si ella perdiera nunca nada!... Sencillamente era una manera de seguir llorando su miseria para no dar los cinco francos que le corresponden a usted.

—Aún no he visto más que dos veces mis cinco francos —dijo mamá Coupeau.

—¿Qué se apuesta a que el mes que viene inventan otra historia?... Ahí tiene la explicación del por qué tapan su ventana a cal y canto cuando comen un conejo. ¿No le parece que eso da derecho a decirles: «Ya que coméis conejo, bien podíais darle los cinco francos a vuestra madre»? ¿Qué hubiese sido de usted si yo no la traigo a vivir con nosotros?

Mamá Coupeau bajó la cabeza. Aquel día con motivo de la gran comida que los Coupeau daban en su casa, estaba decididamente en contra de los Lorilleux. Le gustaba la cocina, las charlas alrededor de las cacerolas, la casa revuelta por los banquetes de los días de fiesta. Además, de ordinario, ella se entendía a las mil maravillas con Gervasia. Había días, sin embargo, en que las cosas no marchaban tan tranquilas, como sucede en todas las casas, y entonces la anciana rezongaba, creyéndose horriblemente desgraciada por tener que vivir a merced de su nuera. En el fondo, no podía menos de guardar cierta ternura para la señora Lorilleux; después de todo, era su hija.

—¿Que no? —repetía Gervasia—. ¿Estaría usted tan gorda en su casa? Y nada de café, ni tabaco, ni golosina alguna... Dígame, ¿le habrían puesto dos colchones en su cama?

—Seguramente, no —respondió mamá Coupeau—. Cuando vayan a entrar me colocaré en frente de la puerta para ver la cara que ponen.

La cara de los Lorilleux les regocijaba de antemano. Pero ahora no se trataba de quedarse allí plantadas, mirando a la mesa. Los Coupeau habían almorzado muy tarde, casi a la una, con un poco de embutido, porque los tres hornillos estaban ya ocupados, y además no querían ensuciar la vajilla preparada para la noche. A las cuatro de la tarde, ambas mujeres se encontraban en el apogeo de su actividad. El pato se asaba en un hornillo colocado en el suelo, contra la pared, al lado de la ventana abierta. La víctima era tan enorme que había sido preciso emplear la fuerza para meterla en el asador. Agustina, la bizca, sentada, en un banquito, recibiendo de lleno el calor del hornillo, rociaba gravemente al pato con una cuchara de mango largo. Gervasia se ocupaba de los guisantes con tocino. Mamá Coupeau, con la cabeza trastornada en medio de tanta fuente, daba vueltas, esperando el momento de ponerse a calentar el lomo y la ternera. Hacia las cinco comenzaron a presentarse los invitados. Primero llegaron las dos obreras, Clemencia y la señora Putois, endomingadas, la primera con un traje azul y la segunda con uno negro. Clemencia llevaba un geranio y la señora Putois un heliotropo, y Gervasia, con las manos llenas de harina echadas hacia atrás, tuvo que aplicarles dos sonoros besos. A continuación entró Virginia, como una gran señora, con un traje de muselina estampada, con un echarpe y un sombrero, aunque no había tenido más que hacer que cruzar la calle. Traía una maceta de claveles rojos. Abrazó fuertemente a la planchadora. Por último aparecieron los Boche, con una maceta de pensamientos él, y su señora con otra de reseda; la señora Lerat con un toronjil, cuya maceta había ensuciado su vestido de merino violeta. Toda esta gente se abrazaba, se amontonaba en el cuarto, en medio de los tres hornillos y del pequeño, donde se asaba el pato, que despedían un calor asfixiante. Los ruidos de las frituras apagaban las voces. Uno de los vestidos, que se enganchó en el asador, causó una gran emoción. Tan bien olía el pato que las narices se dilataban. Y Gervasia, muy amable, daba las gracias a todos por sus flores, sin dejar por esto de preparar la ternera. Había colocado los tiestos en la tienda, a un

extremo de la mesa, sin despojarlos de su collarín de papel blanco. Un dulce perfume de flores se mezclaba al olor de la cocina.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Virginia—. ¡Cada vez que pienso que estás trabajando desde hace tres días para prepararlo todo y que nos lo vamos a comer en un santiamén!

—¡Vaya! No podría hacerse por sí solo —contestó Gervasia—. Pero no te ensucies las manos. Ya ves, todo está a punto. No falta más que la sopa...

Empezaron todos a ponerse cómodos. Las señoras dejaron sobre la cama los chales y los sombreros, luego levantaron sus faldas, sujetándolas con alfileres para no mancharlas. Boche, que había mandado a su mujer para que cuidase de la portería hasta la hora de cenar, empujaba a Clemencia hacia el rincón del fogón, preguntándole si tenía cosquillas; y Clemencia jadeaba, se retorció, se apelonaba, con el pecho estallando fuera del corsé, pues la sola indicación de las cosquillas le hacía correr un estremecimiento por todo el cuerpo. Las otras mujeres, con el fin de no molestar a las cocineras, acababan de pasar a la tienda, donde se quedaban arrimadas a la pared, enfrente de la mesa; pero como la conversación no se entendía claramente por estar la puerta abierta, cada momento entraban al interior, invadían la habitación, daban voces y rodeaban a Gervasia, que se olvidaba de contestarlas, con su cuchara humeante en la mano. Todas reían y decían cosas fuertes. Como Virginia dijera que hacía dos días que no comía para hacer hueco, la sucia Clemencia se creyó obligada a soltar otra más gorda; ella se había hecho el hueco dándose una lavativa por la mañana a estilo inglés. Entonces, Boche dio una solución para digerir en seguida, que consistía en apretarse contra una puerta después de cada plato; también esto lo practicaban los ingleses, y permitía comer durante doce horas seguidas sin fatigar el estómago. La cortesía quiere que se hagan los honores a la comida, cuando uno está invitado, ¿no es así? No se presentan a la mesa ternera, cerdo, y pato, para que se lo coman los gatos. ¡Oh! la patrona podía estar tranquila: le iban a dejar todo tan limpio que no tendría necesidad de lavar la vajilla al día siguiente. Y a la concurrencia parecía abrírselle el apetito acercándose a oler por encima de las cazuelas y del asador. Las mujeres acabaron por echárselas de niñas jugando a empujarse, corriendo de una pieza a la otra y haciendo temblar el suelo, removiendo y arrastrando los olores de la cocina con sus faldas en medio de un estrépito ensordecedor, donde las risas se mezclaban al ruido del machete de mamá Coupeau, que picaba el tocino.

Goujet apareció en el preciso momento en que todo el mundo saltaba gritando y divirtiéndose. No se atrevía a entrar, intimidado, con un hermoso rosal blanco en los brazos, una planta magnífica, cuyo tallo subía hasta su cara y mezclaba las flores con su barba rubia. Gervasia corrió hacia él con las mejillas enrojecidas por el calor de los hornillos. Él no sabía cómo desembarazarse del tiesto, y así que ella lo cogió de sus manos, se puso a tartamudear, sin atreverse a besarla. Tuvo que ser ella quien le

presentara la mejilla, y tan turbado estaba Goujet que la besó sobre el ojo, tan rudamente que poco faltó para que la dejara sin él. Los dos se quedaron temblorosos.

—¡Oh, señor Goujet, qué hermoso es! —dijo ella colocando el rosal al lado de las otras flores, sobre las que se destacaba luciendo su penacho de follaje.

—No, no lo es —repetía él sin acertar a decir otra cosa.

Y cuando, después de lanzar un ruidoso suspiro, se repuso un poco, dijo que no habría que contar con su madre, porque se lo impedía la ciática. Gervasia se quedó muy contrariada, pues quería a todo trance que la señora Goujet probase el pato, por lo que habló de apartar un pedazo a un lado para que se lo llevaran. Ya no esperaban a nadie más. Coupeau debía estar paseando por el barrio con Poisson, a quien había ido a buscar después de comer; no tardarían en venir, pues prometieron solemnemente estar en casa a las seis. Como la sopa se hallaba casi a punto, Gervasia llamó a la señora Lerat para decirle que ya había llegado el momento de subir a buscar a los Lorilleux. La señora Lerat tomó un aspecto muy grave: ella fue quien preparó todo para reconciliar a los dos matrimonios. Se puso su chal y su cofia, y subió erguida como un rábano y dándose importancia. Allí quedó la planchadora dando vueltas a la sopa de pasta de Italia, sin decir una palabra. Los convidados, bruscamente serios esperaban con solemnidad.

La señora Lerat llegó la primera; había dado la vuelta por la calle, para dar más realce a la reconciliación. Abrió de par en par la puerta de la tienda sosteniéndola por el picaporte, mientras que la señora Lorilleux, con vestido de seda, se paraba en el umbral. Todos los invitados se pusieron de pie, y Gervasia avanzó, besó a su cuñada como estaba convenido, y dijo:

—Vamos, entrad. Se terminó, ¿no es cierto? Seremos buenas amigas.

La señora Lorilleux respondió:

—Lo que deseo es que esto dure toda la vida.

Cuando entró la mujer, Lorilleux se paró igualmente en la puerta, esperando que lo besaran antes de entrar a la tienda. Ni uno ni otro llevaban flores; no había querido hacerlo, para que no pareciera que se sometían demasiado a la Banbán si ya el primer día le llevaban un regalo. Gervasia llamaba a Agustina para que trajese dos botellas, y a continuación, en un extremo de la mesa, llenó los vasos de vino a todo el mundo; cada uno tomó un vaso y lo bebieron por la buena amistad de la familia. Se hizo el silencio, la concurrencia bebía, las señoras empinaban el codo, de un golpe, hasta la última gota.

—No hay nada mejor antes de la sopa —declaró Boche con un chasquido de lengua—. Desde luego, es mucho mejor que una patada en el trasero. Mamá Coupeau se había colocado enfrente de la puerta para ver la cara que ponían los Lorilleux. Tiró de la falda a Gervasia y se la llevó a la pieza del fondo. Y las dos, inclinadas sobre la sopa, charlaron con viveza, en voz baja.

—¡Eh! ¿Qué tal? —dijo la anciana—. Tú no has podido verles bien, pero yo estaba en acecho... Cuando ella vio la mesa, ¡qué hocico puso! Su cara se retorció

así, y las comisuras de la boca le llegaban hasta los ojos. En cuanto a él, por poco no se ahoga, se puso a toser... Mira, míralos ahora, no les queda ni saliva y se muerden los labios.

—¡Qué pena que haya gentes tan envidiosas! —murmuró Gervasia.

En verdad los Lorilleux tenían una manera de ser especial. A nadie le gusta verse humillado, sobre todo entre familia; cuando unos triunfan los otros rabian, es natural. Pero se contienen y no se dan espectáculos. ¡Hay que ver! Los Lorilleux no podían resistir. Era más fuerte que ellos, tenían la mirada atravesada y la boca torcida. Tan claro se veía, que los demás invitados le miraban y preguntaban si se sentían indispuestos. No podrían digerir nunca la mesa con sus catorce cubiertos, su mantel blanco y sus rebanadas de pan cortadas de antemano. Podría pasar muy bien por un restaurante de los bulevares. La señora Lorilleux dio la vuelta, bajó la vista para no mirar a las flores y disimuladamente tocó el mantel, atormentada por la idea de que debía ser nuevo.

—¡Ya estamos! —dijo Gervasia, reapareciendo sonriente con los brazos al aire y sus cabellos rubios revoloteando por la frente.

Los invitados golpearon con los pies alrededor de la mesa. Todos tenían hambre y bostezaban ligeramente como aburridos.

—Si el patrón viniera empezar —dijo la planchadora.

—¡Bueno estaba! Ya tendría tiempo la sopa de enfriarse —dijo la Lorilleux—. Coupeau se olvida siempre de todo. Mejor sería que no se hubiera movido de casa.

Eran ya las seis y media. Todo ardía; el pato estaría demasiado cocido. Entonces Gervasia, desolada, habló de enviar a alguien por todo el barrio para buscarle. Y como Goujet se ofreciera, ella quiso ir con él; Virginia, inquieta por su marido, los acompañó. Los tres, sin sombrero, ocupaban toda la acera. El herrero, en su levita, llevaba a Gervasia de su brazo izquierdo y a Virginia del derecho: iba en jarras, decía él; y la palabra les pareció tan divertida que tuvieron que pararse muertas de risa. Se miraron en el espejo del salchichero y les hizo más gracia todavía. Al lado de Goujet todo de negro, las dos mujeres parecían pajaritas pintadas: la costurera con su vestido de muselina sembrada de ramitos de color rosa, y la planchadora con una batita de percal blanco con lunares azules, las muñecas al aire, y un pañuelito de seda gris anudado al cuello. Todo el mundo se volvía para verlos pasar, tan alegres, tan frescos, tan endomingados en un día de trabajo, empujando a la muchedumbre que llenaba la calle de Poissonniers en la tibia tarde de junio. Pero no se trataba de bromas. Iban derechos a la puerta de cada taberna, alargaban la cabeza y buscaban en el interior. ¿Pero este animal de Coupeau habría ido a beber al Arc-de-Triomphe? Ya habían recorrido la parte alta de la calle, mirando en los mejores sitios: en la Petite-Civette, renombrada por sus ciruelas; en casa de la tía Baquet, que vendía el vino de Orleans a cuarenta céntimos; en el Papillon, el sitio de reunión de los cocheros, gente de gusto delicado. Pero Coupeau no aparecía. Cuando bajaban hacia el bulevar, al pasar por la puerta de Francisco el tabernero, Gervasia lanzó un débil grito:

—¿Qué pasa? —preguntó Goujet.

La planchadora no se reía ya. Se había quedado blanca y tan emocionada que por poco se cae. Virginia comprendió en seguida, al ver en la casa de Francisco, sentado en una mesa a Lantier, que comía tranquilamente. Las dos mujeres arrastraron al herrero.

—Me he torcido un pie —dijo Gervasia, cuando pudo hablar.

Por fin, al final de la calle, descubrieron a Coupeau y a Poisson en la taberna del tío Colombe. Estaban de pie, en medio de un montón de hombres. Coupeau, con su blusa gris, gritaba con gestos furiosos y puñetazos en el mostrador; Poisson, que ese día estaba franco de servicio, embutido en un viejo paletó marrón, le escuchaba con la cara descolorida y silenciosa, retorciendo su perilla y sus mostachos rojos. Goujet dejó a las señoras en el borde de la acera y se acercó a dar una palmada al plomero. Pero cuando este último vio a las mujeres fuera se enfadó. ¿Qué demonios le querían hembras de semejante laya? ¿A qué venían? Pues bien, no se movería de allí, podían comer sus porquerías solas. Para calmarlo fue preciso que Goujet aceptara una ronda, y, aun así, tuvo la mala intención de esperar cinco largos minutos ante el mostrador. Cuando por fin salió, dijo a su mujer:

—Esto no me gusta... Me quedo dónde me da la gana... ¿Lo oyes?

Ella no dijo nada. Estaba temblorosa. Había hablado de Lantier con Virginia, pues ésta empujó a su marido y a Goujet, diciéndoles que fueran delante. Las dos mujeres se pusieron en seguida una a cada lado del plomero, para distraerle e impedirle que viera. Más aturdido estaba Coupeau de haber charlado que de haber bebido. Por llevarles la contraria, al darse cuenta de que querían conducirlo por la acera izquierda les dio un empujón y pasó por la derecha. Se azoraron y quisieron tapar la puerta de Francisco, pero Coupeau debía saber que estaba allí Lantier y gruñó:

—Sí, sí, ¿no lo sabes, paloma? Allí, hay un conocido nuestro. No creas que soy un papanatas... ¡Qué vuelva yo a pescarte otra vez con esas miraditas de reajo!

Y soltó las mayores palabrotas. No era a él a quien ella buscaba con los brazos al aire y la cara enharinada; era a su antiguo querido. De repente fue atacado de una. Rabia loca contra Lantier... ¡Ah, el bribón! ¡El muy crapuloso! Preciso era que uno de los dos se quedara en el arroyo con las tripas fuera como un conejo. A todo esto Lantier parecía no oír nada, seguía comiendo ternera con acederas. Por fin Virginia pudo arrastrar a Coupeau, que se calmó, súbitamente en cuanto hubo dado la vuelta a la esquina de la calle. A pesar de ello volvieron a la tienda menos alegres de lo que habían salido.

Alrededor de la mesa, los invitados esperaban con caras largas. El plomero dio apretones de mano a todo el mundo, inclinándose ante las damas. Gervasia, un poco oprimida, hablaba a media voz mientras colocaba a la gente. De repente se dio cuenta de que al no venir la señora Goujet quedaba un lugar vacío al lado de la señora Lorilleux.

—¡Somos trece! —dijo muy afectada, viendo en eso una prueba de su desgracia, de la que se creía amenazada desde hacía algún tiempo.

Las señoras, ya sentadas, se levantaron inquietas y enojadas. La señora Putois se ofreció para retirarse, ya que, según decía, no había que andarse con bromas con estas cosas; ella no tocaría nada, las viandas no las aprovecharían. En cuanto a Boche, prefería ser trece que catorce; tocarían a más, eso era todo.

—Esperen —dijo Gervasia—. Voy a arreglar esto.

Y saliendo a la acera, llamó al tío Bru, que atravesaba en ese momento la calle. El anciano obrero entró, encorvado, aterido y mudo el semblante.

—Siéntese aquí, buen hombre —dijo la planchadora—. ¿Querrá usted comer con nosotros?

Bajó sencillamente la cabeza. Sí, quería, aunque en el fondo todo le era indiferente.

—Tanto da que sea él como otro cualquiera —dijo ella bajando la voz—. No come casi nunca todo lo que tiene gana. Por lo menos se hartará una vez en su vida... Y así llenaremos bien los huecos, sin ningún remordimiento.

Goujet tenía los ojos húmedos por la emoción. Los demás se apiadaron, encontrando aquello bien hecho, y añadieron que seguramente les proporcionaría buena suerte. Únicamente la señora Lorilleux no parecía muy conforme de estar sentada al lado del viejo; se apartaba, echaba ojeadas de disgusto a sus encallecidas manos, a su blusa remendada y descolorida. El tío Bru permanecía con la cabeza agachada, molesto sobre todo por la servilleta que le ocultaba el plato, y terminó por quitarla y colocarla suavemente en el borde de la mesa, sin pensar en absoluto en colocársela sobre las rodillas.

Por fin, Gervasia sirvió la sopa de pasta de Italia. Tomaban los invitados sus cucharas cuando Virginia hizo notar que Coupeau había desaparecido otra vez. Quizá habría vuelto a casa del tío Colombe. Los invitados se molestaron. Esta vez tanto peor para él, ya no irían a buscarle, podía quedarse en la calle si no tenía apetito. Y cuando comenzaban a meter la cuchara en la sopa apareció Coupeau con dos macetas, una en cada brazo, un alhelí y una balsamina. Todos batieron palmas. Él, galante, fue a poner sus tiestos uno a la derecha y otro a la izquierda del vaso de Gervasia, acto seguido se inclinó y la besó:

—Te había olvidado, paloma... Pero no importa, nos queremos de todas formas... y sobre todo en un día como éste.

—Está muy bien el señor Coupeau esta noche —murmuró Clemencia al oído de Boche—. Tiene todo lo necesario para ser amable.

La galantería del patrón restableció la alegría, comprometida por unos momentos. Gervasia, ya más tranquila, sonreía a todos. Una vez terminada la sopa empezó a correr el vino para que pasara la pasta. En la habitación vecina se oía a los niños discutir. Estaban allí: Esteban, Naná, Paulina y el pequeño Víctor Fauconnier. Se

había decidido a instalarles una mesa para los cuatro, recomendándoles que fueran juiciosos. Agustina mientras vigilaba los hornillos, tenía que comer sobre sus rodillas.

—¡Mamá! ¡Mamá! —exclamó de pronto Naná—. ¡Mira, Agustina está metiendo el pan en el asador!

Echó a correr la planchadora y sorprendió a la bizca casi abrasándose la garganta, por comer más de prisa una rebanada empapada de grasa del pato. Largóla un pescozón, porque este diablo de muchacha aún negaba que fuera cierto.

Después del cocido, cuando apareció la ternera, servida en una ensaladera por no tener otro recipiente de mayor tamaño, provocó la risa en los convidados.

—Esto se va poniendo serio —interrumpió Poisson, que apenas hablaba.

Eran ya las siete y media. Habían cerrado la puerta de la tienda para evitar el cotilleo del barrio; enfrente, sobre todo, el relojero abría unos ojos como platos, mirándoles, con un aspecto tal de glotonería que les impedía comer a gusto. Las cortinas colgadas ante el escaparate dejaban entrar una luz blanca, igual, sin una sombra, que bañaba la mesa con sus cubiertos aún alineados, sus tiestos adornados con los collaretes de papel; y esta claridad pálida, este lento crepúsculo daba a todos los comensales un aspecto distinguido. Virginia dio con la palabra adecuada: miró la pieza cerrada y tapizada de muselina, y dijo que estaba lindísima. Cuando pasaba una carreta por la calle, hacía bailar los vasos sobre el mantel, y las señoras se veían forzadas a levantar la voz como los hombres. Se hablaba poco, se portaban bien, se decían cumplidos. Coupeau estaba con blusa, porque según él decía, entre amigos no hay necesidad de estar molesto; y por otra parte, la blusa es el uniforme de honor del obrero. Las señoras, oprimidas con sus corsés, llevaban postizos empastados por el exceso de pomada, donde se reflejaba la luz; mientras que los señores, sentados lejos de la mesa, abombaban el pecho y apartaban los codos por temor a manchar sus levitas.

¡Truenos! ¡Qué barranco habían abierto en la ternera! Si hablaban poco, bien les daban que hacer a las mandíbulas. El contenido de la ensaladera bajaba de volumen, siempre con su cuchara clavada en el centro, en la salsa espesa, exquisita salsa amarilla que temblaba como gelatina. Dentro, pescaban los trozos de carne; y constantemente veíase a la ensaladera viajando de mano en mano y buscar en su interior alguna seta. Los grandes panes, colocados a espaldas de los convidados, contra la pared, parecían fundirse. Entre bocado y bocado, se oía el ruido de los vasos al ser puestos sobre la mesa. La salsa estaba un poco salada, y fueron precisos cuatro litros de vino para ahogar aquella salazón, que se dejaba comer como si fuera crema, y que al llegar al vientre producía un gran ardor. Sin dejar tiempo para respirar, el lomo de cerdo llegó en medio de una nube de humo, colocado en una fuente honda, rodeado de enormes patatas cortadas. Se oyó un grito de estupor. ¡Santa palabra! A todo el mundo le gustaba esto. Les abrió más, si cabe, el apetito; todos seguían de reajo la fuente, limpiando el cuchillo en el pan para estar bien preparados. En cuanto estuvo servido, todo era darse con el codo y hablar con la boca llena: ¡Oh, qué salsa

la de este lomo! ¡Qué sensación tan dulce y sólida cuando se sentía deslizar por la garganta hasta los pies! Las patatas eran puro azúcar. Aquello no estaba salado, pero precisamente a causa de las patatas pedía a gritos una rociadita a cada minuto. Se destaparon cuatro nuevas botellas. Los platos quedaron tan limpios que no hubo necesidad de cambiarlos para comer los guisantes con tocino. «¡Oh, las legumbres apenas dan que hacer!, se tragan a cucharada, llena como quien no quiere la cosa». Una verdadera golosina, en fin, que bien podría llamarse el placer de las damas. Lo mejor, en los guisantes, eran los chicharrones, tostados, corruscantes. Con dos botellas fue suficiente.

—¡Mamá, mamá! —gritó de repente Naná—. Agustina mete las manos en mi plato.

—¡Me estás molestando! ¡Suéltale un pescozón! —contestó Gervasia con la boca llena de guisantes.

En la habitación de al lado, en la mesa de los niños, Naná hacía de ama de casa. Se había sentado al lado de Víctor y había colocado a su hermano Esteban cerca de la pequeña Paulina; jugaban a los matrimonios. Naná había comenzado por servir a sus invitados muy cortésmente, con graciosas sonrisas y gestos de persona mayor; pero al llegar los chicharrones, que eran su delicia, se los sirvió todos en su plato. Agustina, que rondaba disimuladamente alrededor de los niños, aprovechó esto para coger los chicharrones con la mano, con el pretexto de repartir mejor. Naná, furiosa, la mordió en la muñeca.

—Para que sepas —murmuró Agustina— le contaré a tu madre que después de la ternera has pedido a Víctor que te besara.

Por fin, todo quedó en orden cuando Gervasia y mamá Coupeau llegaron para repartir el pato. En la mesa de los grandes, se respiraba, inclinados sobre los respaldos de las sillas. Los hombres se desabrochaban el chaleco; las mujeres se limpiaban la cara con su servilleta. La comida se interrumpió por un momento; sólo algunos convidados, con las mandíbulas en danza, continuaban comiendo grandes pedazos de pan sin darse cuenta. Se dejaba que la comida se amontonara, se esperaba. La noche caía lentamente; un día sucio, de un gris ceniciento, se extendía detrás de las cortinas. Cuando Agustina colocó dos lámparas encendidas, una a cada lado de la mesa, el desorden de ésta apareció bajo la viva claridad; los platos y los tenedores grasientos, el mantel manchado de vino, cubierto de migas. El fuerte olor que subía les impedía respirar. Sin embargo, las narices se volvían hacia la cocina, atraídas por ciertos efluvios sabrosos.

—¿Se le puede ayudar a ustedes? —dijo Virginia.

Se levantó de la silla, y fue a la pieza vecina. Todas las mujeres, una a una, la siguieron. Rodearon al asador, mirando con un interés profundo a Gervasia y a mamá Coupeau que maniobraban con el ave. Un clamor se elevó, en el que se distinguían las voces agudas y los saltos de alegría de los niños. Hicieron una entrada triunfal: Gervasia llevaba el pato, con los brazos en alto, la faz sudorosa, e iluminada por una

sonrisa expresiva; las demás mujeres marchaban detrás de ella, riéndose también; mientras que Naná, subida en la silla, con los ojos desmesuradamente abiertos, se levantaba para ver. Cuando el pato estuvo sobre la mesa, enorme, dorado, reluciente de grasa, no le atacaron en seguida. Una sorpresa respetuosa, un gran asombro, había cortado la voz a la concurrencia. La demostraban con guiños de ojos y movimientos de cabeza. «¡Qué día, santo Dios!, ¡qué muslos, qué pechuga!».

—¡No se ha cebado lamiendo las paredes! —dijo Boche.

Entonces se entró en detalles sobre el animal. Gervasia precisó los hechos: el pato era la más hermosa pieza que había encontrado en la tienda de aves del barrio Poissonniers; pesó doce libras y media en la balanza del carbonero; fue necesario una arroba de carbón para asarlo, y había soltado tres tazas de grasa. Virginia le interrumpió para vanagloriarse de haber visto el animal crudo: «¡Se podía comer con confianza!», dijo ella. «Su piel era tan fina, tan blanca como la piel de una rubia».

Todos los hombres sonreían con picaresca glotonería, que les hinchaban los labios. Los dos Lorilleux arrugaban la nariz, sofocados de ver un pato semejante en la mesa de la Banbán.

—Veamos, no nos lo comeremos entero —acabó por decir la planchadora—. ¿Quién va a partirlo?... No, no; yo no. Es muy gordo y me da miedo.

Coupeau se ofreció. «¡Dios mío, pero si era tan sencillo! Se le cogía por las patas y se tiraba de ellas; no por eso dejaría de estar tan bueno». Pero pusieron el grito en el cielo, y le quitaron a viva fuerza el cuchillo de cocina; si llegaba a cortar haría un verdadero cementerio en la fuente. Durante unos instantes se buscó a un hombre de buena voluntad.

Por último, la señora Lerat dijo con acento amable:

—Escuchen, el señor Poisson... es el más indicado.

Y como los invitados parecían no comprender, agregó con una intención más lisonjera:

—Naturalmente, es el señor Poisson, que es el que tiene el uso de las armas.

Pasó al guardia municipal el cuchillo de cocina que tenía en la mano. Toda la mesa rió satisfecha con muestras de aprobación. Poisson inclinó la cabeza con empaque militar y puso el pato ante él. Sus vecinas, Gervasia y la señora Boche, se apartaron para hacer sitio a sus codos. Cortaba lentamente, con movimientos pausados, los ojos fijos sobre el animal, como para sujetarlo en el fondo de la fuente. Cuando hundió el cuchillo entre los crujientes huesos, Lorilleux tuvo un arranque de patriotismo, y gritó:

—¡Ah, si fuese un cosaco!

—¿Ha peleado usted con los cosacos, señor Poisson? —preguntó la señora Boche.

—No, con los beduinos —respondió el guardia municipal separando un ala—. Ya no hay cosacos.

Se hizo un profundo silencio. Las cabezas se alargaban; las miradas seguían al cuchillo. Poisson preparaba una sorpresa. De repente asestó un postrer golpe, y la parte trasera del animal se separó y quedó enhiesta con la rabadilla al aire, como mitra de obispo. La admiración subió de punto. No había otra cosa como los antiguos militares para ser amables y cumplidos en sociedad. En esto, el pato acababa de dejar escapar una ola de grasa por el orificio de la rabadilla, y Boche bromeaba:

—Desde luego, me abono —murmuró—, a que me hagan constantemente pipí en la boca, de esta manera.

—¡Habrás cochino! —exclamaron las mujeres—. ¡Se necesita ser sucio!

—¡No he visto en mi vida un hombre más desagradable! —dijo la señora Boche, más furiosa que las demás—. ¡Cállate, oyes! ¡Llegarías a dar asco a un ejército! ¿Pero ustedes no saben que lo hace para comérselo todo?

En medio del barullo, Clemencia repetía insistentemente:

—Señor Poisson, escuche señor Poisson... ¡Guárdeme usted la rabadilla!

—Querida mía, la rabadilla le toca a usted por derecho propio —dijo la señora Lerat en un tono discretamente zumbón.

Por fin el pato quedaba trinchado. El municipal, después de haber dejado admirar la mitra de obispo durante algunos instantes, acabó de cortarle y colocar los pedazos alrededor de la fuente. Podían servirse. Las señoras, desabrochándose los vestidos, se quejaban del calor. Coupeau gritaba que estaban en su casa y que los vecinos le importaban un rábano; y abrió de par en par la puerta de la calle: el banquete continuó en medio del rodar de los coches y de los empujones de los transeúntes. Entonces, en reposo ya las quijadas, y con un nuevo vacío en el estómago, empezó otra vez a comer; cayendo furiosamente sobre el pato. El guasón de Boche decía que sólo ver trincar al animalito le había hecho bajar la ternera y el lomo de cerdo a los talones.

Aquello fue un verdadero zafarrancho de tenedores; en la reunión, nadie recordaba haber cargado en su vida la conciencia con una semejante indigestión. Gervasia, hinchada, apoyada en los codos, comía trozos de pechuga como puños, sin decir palabra por miedo a perder un boceado; locamente se avergonzaba un poco ante Goujet, molesta de mostrarse tan glotona como una gata. Goujet, por su parte, disfrutaba contemplándola toda arrebatada por la comida. «¡Estaba tan amable y bonita, a pesar de la gula!». No hablaba, pero se volvía a cada instante para cuidar al tío Bru y ponerle algún exquisito bocado en su plato. Era, incluso, conmovedor, ver a una golosa semejante, quitarse un pedazo de ala de la boca para dársela al viejo, que no aparentaba apreciar bien los manjares, y que comía todo cuanto le ponían, con la cabeza baja, atontado de tanto tragar, cuando hacía tiempo que su buche había perdido hasta el gusto del pan. Los Lorilleux pagaban su rabia con el asado; comieron para dos días, habrían tragado la fuente, la mesa y la tienda con tal de arruinar a la Banbán. Todas las señoras habían pedido algo de hueso; la caparazón es el placer favorito de las damas. La señora Lerat, la de Boche y la señora Putois roían huesos,

mientras que mamá Coupeau, a quien volvía loca el pescuezo, le sacaba la carne con sus dos últimos dientes. A Virginia le gustaba la piel cuando estaba bien doradita, y cada convidado le cedía su trozo, por galantería; pero Poisson lanzaba a su mujer miradas severas, indicándole que se detuviera, pues tenía bastante: «Ya una vez, por haber comido demasiado pato asado, había tenido que pasarse quince días en la cama, con el vientre hinchado». Pero Coupeau lo llevó a mal y sirvió otro muslo a Virginia, gritando: «¡Rayos y truenos! Si no lo terminaba no era una mujer. ¿Por ventura había hecho el pato daño a alguien alguna vez? Por el contrario, el pato curaba las enfermedades del bazo». Aquello se podía comer sin pan, como si fuera un postre. Por su parte, podría pasarse la noche entera comiendo como si tal cosa, y para hacer alarde se metió un enorme trozo entero en la boca. Clemencia terminaba la rabadilla, chupándola y chasqueando la lengua, retorciéndose de risa en su silla por las indecencias que le decía Boche por lo bajo. «¡Cáspita!». Pues sí que era verdad que se hinchaba el vientre. Pero en la guerra como en la guerra, porque si nos contentásemos con dar un chupetín por aquí, otro por allá, cometeríamos la tontería de no aprovecharnos una vez que se nos presenta la ocasión de forrarnos hasta las orejas. En verdad se veía por momentos cómo se inflaban los vientres. Las señoras parecían embarazadas, y en cuanto a ellos, los muy tragaldabas, estaban a punto de estallar bajo la piel. Con la boca abierta y con la barba embadurnada de grasa, ofrecían cierto parecido con los traseros, y tan rojos, que hubiérase dicho traseros de gente rica, nadando en la abundancia.

Pues, ¿y el vino?, ¡hijos míos! Corría por la mesa como el agua por el Sena. Un verdadero arroyo, como cuando llueve y la tierra tiene sed. Coupeau lo vertía desde gran altura, para ver la espuma que formaba el chorro rojo; y en cuanto una botella se vaciaba, bromeaba poniendo la botella boca abajo y retorciéndola como hacen las mujeres cuando ordeñan a las vacas. «¡Una negra más con el cuello roto!». En un rincón de la tienda, el montón de negras iba en aumento, un cementerio de botellas sobre el que se echaban los desperdicios de la mesa. Como la señora Putois pidiera agua, Coupeau, indignado, retiró las jarras por sí mismo. «¿Acaso las gentes honradas beben agua? ¿Quería criar ranas en el estómago o qué?». Y los vasos se vaciaban en un santiamén, oyéndose el glu glu del líquido al pasar por la garganta, con ruido de lluvia a lo largo de los tubos de desagüe los días de tormenta. Llovía un vino jaranero, que en principio tenía un gustillo a tonel viejo, pero al que se habituaba uno fácilmente, hasta el punto de llegar a encontrarle gusto a miel. A pesar de lo dicho por los jesuitas, el zumo de uva era un invento famoso. Los invitados reían y aprobaban, pues al fin y al cabo el obrero no podría vivir sin el vino; seguro que papá Noel plantó la viña para los plomeros, los sastres y los herreros. El vino desengrasaba y hacía descansar del trabajo y llevaba fuego al vientre de los holgazanes; luego, si el pícaro os hacía alguna de las suyas, ¡qué demonio!, el rey no era vuestro tío. París entero os pertenecía. Como si el obrero, deslomado, sin un céntimo, despreciado por los burgueses, tuviera grandes motivos de alegría, y como si pudiera reprochársele un

exceso de vez en cuando, hecho con el único fin de ver la vida color de rosa. ¡Vaya!, ¿no había quién se burlaba del emperador? Quizás el emperador estuviera también bebido, pero esto no significaba nada y seguían mofándose de él y le desafiaban a beber más para ponerse más contentos. «¡Callen los aristócratas!» Coupeau despreciaba el mundo enhoramala. Encontraba a las mujeres de rechupete, se golpeaba en el bolsillo donde se peleaban quince céntimos, riendo de buena gana como si hubiera removido piezas de cinco francos a paladas. Goujet mismo, tan sobrio de costumbre, estaba también un tanto alegre. Los ojos de Boche se empequeñecían, los de Lorilleux palidecían más y más, mientras que los de Poisson lanzaban miradas cada vez más severas, que entonaban con su cara bronceada de viejo soldado. Estaban ya ebrios como cubas. Las señoras también habían bebido con exceso, por lo que se hallaban con las mejillas al rojo vivo y con unas ganas de desnudarse que las impulsaba a quitarse las toquillas; pero la peor era Clemencia, que comenzaba a estar inconveniente. De repente, Gervasia se acordó de las seis botellas de vino de marca; se le había olvidado servir las con el pato; las trajo y llenaron los vasos nuevamente. Poisson se levantó y dijo con su vaso en la mano:

—Brindo a la salud de la patrona.

Toda la reunión, con gran ruido de sillas removidas, se puso en pie; extendieron los brazos, y chocaron los vasos con un entusiasta clamoreo.

—¡De aquí a 50 años! —dijo Virginia.

—No, no —contestó Gervasia conmovida y sonriente—; sería demasiado vieja. Llega un día en que ya no tiene uno ganas de vivir.

Entretanto, por la puerta abierta de par en par, el barrio miraba y participaba así del festín. Algunos transeúntes se paraban en el espacio de claridad que se extendía por la acera, y reían de buena gana viendo a estas gentes comer con tanta alegría. Los cocheros, inclinados sobre sus pescantes, azotaban a los jamelgos, echaban una mirada y decían alguna broma: «¿Qué, no convidas a nada? ¡Eh!, ¡la madre embaraza voy por la comadrona!...», y el olor del pato regocijaba a toda la calle; los muchachos de la tienda de comestibles creían estar comiéndolo; la frutera y la tripicallera venían a cada momento a plantarse delante de la tienda para olfatear el aire, relamiéndose los labios. Positivamente, la calle reventaba de indigestión. Las señoras Cudorge, la madre y la hija, las vendedoras de paraguas de al lado, a quienes jamás se veía, atravesaron la calle, una detrás de la otra, mirando de reojo encarnadas, como si hubieran hecho alguna travesura. El pequeño relojero, sentado en su establecimiento, no podía ya trabajar, borracho sólo de haber contado las botellas, muy excitado en medio de sus alegres cuclillos. «¡Vaya, los vecinos se comían el humo!» —gritaba Coupeau. ¿A santo de qué había que ocultar la reunión?, lanzada ya, no le daba vergüenza mostrarse en la mesa; por el contrario, aquella gente arremolinada y con la boca abierta de glotonería les adulaba y les enardecía; hubieran querido quitar la puerta y empujar la mesa hasta el arroyo, para tomarse allí los postres en las mismas narices del público, entre el movimiento de la calle. El verles

no resultaba desagradable, ¿no es cierto?; pues entonces no había por qué encerrarse como egoístas. Coupeau, viendo al relojero escupir sin parar, le mostró desde lejos una botella; y como el otro aceptara con un movimiento de cabeza, le alargó ésta y un vaso. De este modo se estableció fraternidad con la calle. Brindaban a la salud de cualquier transeúnte, y se llamaba a los camaradas que parecían barbianses. La comilona se extendía e iba de unos a otros, de tal modo que el barrio de la Goutte-d'Or, en masa, olía la fiesta y se sujetaba el vientre en una bacanal de todos los diablos. Desde hacía un instante, la señora Vigouroux, la carbonera, pasaba y repasaba por delante de la puerta.

—¡Eh! ¡Señora Vigouroux, señora Vigouroux! —aullaron los concurrentes.

Entró, con una risita estúpida, lavado el rostro, gruesa hasta reventar el corsé. A los hombres les gustaba pellizcarla, porque podían hacerlo por cualquier sitio sin encontrar nunca un hueso. Boche la hizo sentar a su lado, y a continuación, disimuladamente, agarró su rodilla por debajo de la mesa; pero ella, habituada a esto, vaciaba tranquilamente un vaso de vino, diciendo que los vecinos estaban asomados a las ventanas y que había gente en la casa que comenzaba a molestarse.

—Esto es cosa nuestra —dijo la señora Boche—. ¿Acaso no somos nosotros los porteros? Pues bien, nosotros respondemos de la tranquilidad... Que vengan a quejarse y verán cómo los recibimos.

En la habitación interior acababa de librarse una furiosa batalla entre Naná y Agustina, con motivo del asador, que las dos querían rebanar. Durante un cuarto de hora, el asador había estado dando saltos por el suelo. En ese momento, Naná cuidaba al pequeño Víctor, que se había atragantado con un hueso de pato: le metía los dedos en la boca y le obligaba a que se tragara buenos terrones de azúcar a guisa de remedio. Esto no le impedía fijarse en lo que pasaba en la mesa grande, y a cada momento pedía vino, pan y carne, para Esteban y Paulina.

—¡Toma, toma; revienta! —le decía su madre—. ¡A ver si me dejas en paz!

Los muchachos no podían ya más, pero seguían tragando, golpeando con sus tenedores para cantar una canción, con lo que se excitaban mucho más.

En medio del ruido habíase entablado una conversación entre el tío Bru y mamá Coupeau. El viejo, a quien la buena comida y el vino tenían pálido, hablaba de sus hijos, muertos en Crimea: «¡Ah!, si los pequeños hubieran vivido, no le hubiera faltado el pan». Pero mamá Coupeau, con la lengua un poco estropajosa, se inclinaba y le decía:

—¡Cuánto se sufre con los hijos! Yo tengo aspecto de ser muy feliz, ¿no es cierto? Pues bien, lloro en más de una ocasión... No, no desee usted tener hijos.

El tío Bru bajó la cabeza.

—No me quieren en ningún lado para trabajar —murmuró—. Soy demasiado viejo. Si consigo entrar en algún taller, los jóvenes se chancean y me preguntan si fui yo quien lustró las botas a Enrique IV... Aun el año pasado pude ganar un franco cincuenta diarios pintando un puente; había que estar boca arriba, con el río

deslizándose por debajo. Desde entonces no me deja la tos... Hoy, ya todo ha concluido, me ponen en la puerta en todos los sitios. Miró sus pobres manos entorpecidas y añadió:

—Y se comprende, puesto que no sirvo para nada. Tienen razón, lo mismo haría yo con ellos... Vea, la desgracia es que yo no me haya muerto. Sí, es mi culpa. Debía uno acostarse y estallar cuando no se es útil para el trabajo.

—En verdad —dijo Lorilleux, que escuchaba—; no comprendo cómo el gobierno no acude en socorro de los inválidos del trabajo... Esto lo leía yo días atrás en un periódico...

Poisson creyó un deber defender al gobierno.

—Los obreros no son soldados —declaró—. Los inválidos son para los soldados... No hay que pedir cosas imposibles.

Habíanse servido los postres. Pusieron en el centro una torta de Saboya, en forma de templete, con un cimborrio de pedazos de melón; y sobre el cimborrio habían plantado una rosa artificial, sobre la cual se balanceaba una mariposa de papel plateado sujeta por un alambre. Dos gotas de goma, en el centro de la flor, imitaban al rocío. A la izquierda, un pedazo de queso blanco nadaba en un plato soperero, mientras que en otro plato, a la derecha, se amontonaban fresones aplastados, cuyo zumo chorreaba. Aun quedaba la ensalada de anchas hojas de lechuga romana empapadas en aceite.

—Vamos a ver, señora Boche —dijo amablemente Gervasia—, un poco más de ensalada. Si ya sé que es lo que más le gusta.

—No, no; gracias. Estoy hasta aquí —respondió la portera.

Cuando la planchadora se volvía del lado de Virginia, ésta se metía los dedos en la boca, como para ver si tocaba la comida.

—En verdad que estoy llena —dijo por lo bajo—. No hay sitio ya ni para un bocado.

—¡Oh!, si empuja un poquito, siempre queda un agujerito. La ensalada se come sin gana... No va usted a despreciar la lechuga —dijo Gervasia.

—Mañana se la comerá usted aliñada —dijo la señora Lerat—. Es como queda mejor.

Las señoras soplaban contemplando con pena la ensaladera. Clemencia contó que un día se había comido tres manojos de berros en el almuerzo; la señora Putois iba más allá todavía, se tomaba los tronchos de la lechuga sin pelar y se comía la ensalada sin condimento. Todas habrían vivido con ensalada, y a creer sus palabras, se la hubieran comido a montones. Con esta conversación, acabaron con ella.

Trajeron los postres, y aquello fue el disloque. Llegaban un poco tarde, pero no importaba; de todos modos se les iba a tratar con cariño. Aunque hubieran tenido que estallar como bombas, no podían dejarse a un lado las fresas y el pastel. Además, no había por qué apresurarse, tenían mucho tiempo: la noche entera era suya. Llenaron los platos de fresas y de requesón. Los hombres encendieron las pipas; y como las

botellas de vino de marca estaban vacías, volvieron a echar mano del corriente, y bebían al par que fumaban. Quisieron que Gervasia cortara inmediatamente el pastel de Saboya. Poisson, muy galante, se levantó para tomar la rosa y ofrecérsela a la patrona entre los aplausos de la concurrencia. Ésta tuvo que prendérsela con un alfiler en el lado izquierdo del pecho, sobre el corazón. Con cada uno de sus movimientos la mariposa revoloteaba.

—Díganme ustedes —exclamó Lorilleux, que acababa de hacer un descubrimiento—, estamos comiendo sobre el banco de trabajo, ¡muy bien! Seguramente nunca se ha trabajado tanto encima como ahora.

Aquella malintencionada broma tuvo un gran éxito. Las alusiones «espirituales» empezaron a llover: Clemencia no tomaba una cucharada de fresas, sin decir que daba un planchazo; la señora Lerat pretendía que el requesón olía a almidón; mientras que la señora Lorilleux, repetía, entre dientes, que era cosa extraña que se hiciera correr tan de prisa el dinero en aquellos útiles que con tanto trabajo se habían ganado. Esto levantó una tempestad de risas y de gritos.

De repente, una gruesa y fuerte voz impuso silencio a todo el mundo; era Boche, que puesto de pie, con ademán descarado y canallesco, cantaba «El volcán de amor, el soldado seductor».

«Yo soy Blavín, el seductor de las hermosas...».

Una tempestad de «bravos» acogió la primera copla. «¡Sí, sí, a cantar!». Cada uno cantaría una canción. Aquello era lo más divertido. Los circunstantes se pusieron de codos sobre la mesa, se retreparon contra los respaldos de las sillas, moviendo la cabeza en los buenos pasajes de las canciones y echándose un trago en los estribillos. Aquel animal de Boche tenía su especialidad en las canciones cómicas. Habría hecho reír a las piedras, cuando imitaba al quinto, con los dedos separados y el morrión echado atrás. A continuación, después del «Volcán de amor», atacó la «Baronesa de Folleviche», uno de sus mayores éxitos. Cuando llegó al tercer cuplé, se volvió hacia Clemencia y murmuró con una voz lenta y voluptuosa:

*«La Baronesa tenía visitas,
pero eran sus cuatro hermanas,
tres morenas y una rubia,
que reunían ocho ojos seductores».*

Los comensales se levantaron para cantar el estribillo. Los hombres llevaban el compás con los tacones. Las mujeres habían cogido sus cuchillos y golpeaban cadenciosamente contra los vasos. Todos vociferaban:

*«¡Cáspita!, ¿quién pagará
el traguito a la pa... a la pa... pa...?».*

*«¡Cáspita!, ¿quién pagará
el traguito a la pa... a la patru... u... lla?».*

Los cristales de la tienda resonaban, y el gran resuello de los cantantes hacía revolar las cortinas de muselina. Virginia había desaparecido ya dos veces, y al volver se había inclinado al oído de Gervasia para darle por lo bajo algún informe. La tercera vez, cuando volvió, en medio del alboroto le dijo:

—Querida mía, continúa en casa de Francisco, hace como que lee un periódico...; seguramente algo trama.

Hablaba de Lantier; era a él al que iba a acechar. A cada nuevo recado, Gervasia se ponía más seria.

—¿Estará borracho? —preguntó a Virginia.

—No —respondió la buena moza—. Tiene el aire tranquilo, esto precisamente es lo que me inquieta. ¿Por qué continúa en la taberna si está sereno? ¡Dios mío, Dios mío!, ¡con tal de que no suceda nada malo!

La planchadora, muy inquieta, le suplicó que se callara. De repente se hizo un profundo silencio. La señora Putois acababa de levantarse y cantaba «Al abordaje». Los convidados, mudos y serios, la miraban; hasta el mismo Poisson había puesto su pipa en el borde de la mesa para oír mejor. Ella estaba derecha, pequeñita y colérica, con el rostro pálido bajo su cofia negra: extendía su puño izquierdo hacia adelante con un orgullo manifiesto, rugiendo con una voz más fuerte que ella:

*«Si un temerario pirata
nos arroja viento atrás
¡desgracia al filibustero!,
¡no hay cuartel para él!,
¡muchachos a los cañones!,
¡que corra el ron a torrentes!
piratas y filibusteros
son caza para colgar del palo mayor».*

Aquello era muy serio; ya daba una idea: muy exacta de la cosa. Poisson, que había viajado por mar, movía la cabeza aprobando los detalles. Desde lejos se veía que aquella canción le salía de dentro a la señora Putois. Coupeau se inclinó para contar cómo la señora Putois había abofeteado a cuatro hombres, una noche, que querían deshonrarla.

Mientras tanto, Gervasia, ayudada por mamá Coupeau, sirvió el café, aunque aún faltaba alguien por comer el pastel de Saboya. No la dejaron sentar, gritándole que le había llegado el turno. Ella se defendió, pálida como la cera, como si se encontrara enferma; hasta le preguntaron si por casualidad el pato no la molestaba. Se puso entonces a cantar: «¡Ah, dejadme dormir!», con voz débil y dulce; cuando llegó al estribillo, cediendo a su deseo de dormir con dulces ensueños, sus párpados se

cerraban poco a poco y su mirada, adormecida, se perdía en la oscuridad de la calle. De repente, Poisson la saludó con un brusco movimiento de cabeza y entonó una báquica canción: «Vinos de Francia»; cantaba como un becerro; la última copla, únicamente, por su sentido patriótico, tuvo éxito, porque al hablar de la bandera tricolor levantó su vaso muy alto, lo balanceó y acabó por vaciarlo en su gran boca abierta de par en par. Se sucedieron romanzas tras romanzas; se trató de Venecia y de los gondoleros, en la barcarola de la señora Boche; de Sevilla y de las andaluzas, en el bolero de la señora Lorilleux, mientras que Lorilleux llegó a hablar de los perfumes de Arabia, a propósito de los amores de Fátima la bailarina. Alrededor de la mesa, en el condensado ambiente con efluvios de indigestión, se abrían horizontes de oro, desfilaban cuellos de marfil, cabellos de ébano, besos bajo la luna al son de las guitarras; bayaderas sembrando a su paso una lluvia de perlas y de pedrerías; los hombres fumaban beatíficamente sus pipas, las damas lanzaban sonrisas de gozo inconsciente, todos creían encontrarse allí para respirar orientales perfumes. Cuando Clemencia se puso a arrullar: «Haz un nido», con temblorosa voz, gustó mucho, pues recordaba el campo, los pajarillos ligeros, los bailes bajo la enramada, las flores de cáliz de miel; en fin, cuanto se veía en el bosque de Vincennes, los días en que se iba a retorcer el cuello a un conejo. Pero Virginia devolvió la alegría con «Mi pequeño riquiquí»; imitaba a la cantinera, con una mano apoyada en la cadera y el codo arqueado; con la otra llenaba la copa en el vacío, dando vuelta a la muñeca. Después todos quisieron que mamá Coupeau cantase «El ratón». La anciana se negaba, diciendo que nada sabía de esas picardías. No obstante dio principio con su cascado hilito de voz y con su cara arrugada, con ojuelos muy vivos; subrayaba las alusiones, y los terrores de la señorita Lise, levantándose las faldas al ver un ratón. Toda la mesa se reía; las mujeres no podían estar serias dirigiendo a sus vecinos chispeantes miradas; no era muy sucio, después de todo, no tenía palabras gruesas. Boche, para no faltar a la verdad, hacía el ratón a lo largo de las piernas de la carbonera. La cosa había podido llegar a ser inconveniente si Goujet, a una mirada de Gervasia, no hubiese impuesto silencio y respeto con «La despedida de Abd-el-Kader», que entonaba con voz de bajo. ¡Qué estupenda voz! Salía de su hermosa barba rubia como de una trompeta de cobre. Cuando lanzó el grito: «¡Oh, mi noble compañera!», refiriéndose a la negra yegua del guerrero, los corazones latieron y se le aplaudió sin esperar al final, pues les había conmovido su potente voz.

—Ahora usted, tío Bru —dijo mamá Coupeau—. Cante usted la suya. Las más antiguas son las más bonitas. ¡Vamos!

Todos se volvieron hacia el anciano, insistiendo y animándole. Él, aletargado, con su inmóvil rostro de piel curtida, los miraba, sin que al parecer los comprendiese. Le preguntaron si sabía las «Cinco vocales»; él bajó la cabeza, ya no se acordaba. Todas las canciones de sus buenos tiempos se hacían un lío en su cabeza. Decidieron dejarlo tranquilo, y entonces él pareció recordar, y tartamudeó con voz cavernosa:

«*Trulala, trulala,*
Trula, trula, trulala».

Su cara se animaba; este estribillo debía despertar en él lejanas alegrías que saboreaba solo, escuchando su voz cada vez más sorda, con alegría infantil.

«*Trulala, trulala,*
Trula, trula, trulala».

—Oye —vino a murmurar Virginia al oído de Gervasia—. Vuelvo otra vez de la calle. Estaba impaciente... Pues bien, Lantier se ha largado de casa de Francisco.

—¿No te lo has encontrado fuera? —preguntó la planchadora.

—No, anduve de prisa, no se me ocurrió mirar.

Pero Virginia, que levantaba los ojos en aquel momento, se interrumpió y lanzó un ahogado suspiro.

—¡Ay, Dios mío!... Está allí, en la acera de enfrente y mira hacia aquí.

Gervasia, sobrecogida, se atrevió a mirar. Habíase amontonado gente en la calle para oír los cantores. Los dependientes de la tienda de comestibles, la tripicallera y el pequeño relojero formaban un grupo como si estuvieran en un espectáculo. Había militares, burgueses con gabán, tres niñas de cinco a seis años, tomadas de la mano, muy serias y con ojos maravillados. Lantier, efectivamente, se encontraba allí, plantado en primera fila escuchando y mirando con aspecto tranquilo. Aquello sí que era tener tupé. Gervasia sintió que un frío le subía de las piernas al corazón, no atreviéndose a moverse, mientras que el tío Bru continuaba:

«*Trulala, trulala,*
Trula, trula, trulala».

—Basta ya, buen viejo: por hoy ya hay bastante —dijo Coupeau—. ¿La sabe usted toda entera?... Ya nos la cantará otro día, ¿eh? Cuando estemos más alegres.

Se oyeron risas. El viejo se quedó cortado, miró con sus pálidos ojos alrededor de la mesa y volvió a su aspecto de animal pensativo. Una vez que tomaron el café, el plomero pidió vino. Clemencia se puso de nuevo a comer fresas. Durante un instante, las canciones cesaron, y se hablaba de una mujer que se había encontrado ahorcada por la mañana en la casa de al lado. Llegaba el turno de la señora Lerat, y empezó a hacer preparativos. Mojó un extremo de su servilleta en un vaso de agua y se la aplicó a la sien porque tenía demasiado calor. Pidió una gota de aguardiente, la bebió y se limpió los labios.

—¿«El hijo del buen Dios», les parece? —dijo—. «El hijo del buen Dios»...

Alta, varonil, con su nariz y sus cuadrados hombros de gendarme; empezó:

«*El niño perdido, a quien su madre abandona,*

*encuentra siempre un asilo en los santos lugares
—Dios, que le ve, le defiende desde su trono—.
El niño perdido es el niño del buen Dios».*

Temblaba su voz al pronunciar ciertas palabras, arrastrando las notas humedecidas de lágrimas; levantaba los ojos hacia el cielo, mientras que su mano derecha se balanceaba delante de su pecho y se apoyaba sobre su corazón, en actitud conmovida. Gervasia, torturada por la presencia de Lantier, no pudo contener el llanto; parecíale que la canción hablaba de su tormento, que era ella la niña perdida y abandonada, cuya defensa tomaba el buen Dios. Clemencia, completamente borracha, estalló en grandes sollozos; y con la cabeza apoyada en el borde de la mesa dejaba caer sus lágrimas en el mantel. Reinaba un silencio impresionante. Las señoras habían sacado sus pañuelos y se enjugaban los ojos, con el rostro levantado como honrándose con su emoción. Los hombres, con la frente inclinada, miraban abstraídos, con los párpados temblorosos. Poisson, ahogándose y apretando los dientes, masticó dos veces pedazos de pipa, escupiéndolos en el suelo, sin cesar de fumar. Boche, que no había apartado la mano de la rodilla de la carbonera, no la pellizcaba ya, invadido por un remordimiento y un respeto vagos; mientras que dos gruesas lágrimas bajaban a lo largo de sus mejillas. Aquellos juerguistas estaban tiesos como la justicia y tiernos como corderos. El vino les salía por los ojos. Cuando el estribillo comenzó, más despacio y más lacrimoso, todos se abandonaron y derramaron lágrimas en los platos, desabotonándose la chaqueta, estallando de ternura.

Gervasia y Virginia, a pesar suyo, no quitaban ojo de la acera. La señora Boche, a su vez, advirtió a Lantier y dejó escapar un ligero grito, sin cesar de lavarse la cara con sus lágrimas. Entonces las tres pusieron las caras ansiosas, cambiando involuntarios signos de cabeza: «¡Dios mío! ¡Qué carnicería, qué matanza!». Tan bien lo hicieron, que el plomero les preguntó:

—¿Pero qué estáis mirando? Se volvió asombrado y reconoció ¿a Lantier?

—¡Por la...! Esto ya es demasiado —murmuró—. ¡Ah, el sinvergüenza!... Ahora se a acabar todo...

Como se levantara lanzando tremendos dicterios, Gervasia le suplicó en voz baja:

—Escucha, te lo suplico... Deja el cuchillo... Quédate en tu sitio; no hagas una barbaridad.

Virginia tuvo que quitarle el cuchillo que había cogido de la mesa. Pero no pudo impedir que saliera y se aproximara a Lantier. Los demás, en su creciente emoción, no veían nada y lloraban a lágrima viva, mientras que la señora Lerat cantaba con expresión desgarradora:

*«La huerfanita se había perdido
su voz no la oían
más que los árboles y el viento».*

El último verso pasó como una ráfaga lamentable de tempestad. La señora Putois, que se disponía a beber, se conmovió tanto que desparramó el vino en el mantel. Entretanto, Gervasia, que se había quedado helada, con la mano puesta en la boca para no gritar, entornaba los ojos espantada, esperando ver de un momento a otro a uno de los dos hombres caer asesinado en medio de la calle. Virginia y la señora Boche seguían la escena con profundo interés. Coupeau, desconcertado por la diferencia de temperatura, por poco no se cae en el arroyo cuan largo era al querer abalanzarse sobre Lantier. Éste, con las manos en los bolsillos, no había hecho más que apartarse. Los dos hombres, el plomero sobre todo, se ponían picantes; le trataba de cerdo y hablaba de comerle las tripas. Oíase el enconado ruido de las voces, se distinguían gestos furiosos como si fueran a descoyuntarse los brazos a fuerza de cachetes. Gervasia, medio desfallecida, cerraba los ojos, porque aquello duraba demasiado y creía verlos a cada momento morderse uno a otro la nariz de tanto como se aproximaban las caras. Como hubiese dejado de percibir voces, abrió los ojos y se quedó atontada al verles charlas tranquilamente.

La voz de la señora Lerat se elevaba, al cantar, arrulladora y plañidera, al comienzo de una nueva copla.

*«Al día siguiente, medio muerta
recogieron a la pobre niña»...*

—¡Hay mujeres que son zorras de verdad! —dijo la señora Lorilleux en medio de la aprobación general.

Gervasia cambió una mirada con la Boche y Virginia. ¿Se arreglaría todo? Coupeau y Lantier continuaban charlando al borde de la acera. Aún se dirigían injurias, pero amistosamente. Se llamaban pedazo de bruto, con un tono en que se adivinaba un asomo de ternura. Viendo que les miraban, acabaron por pasearse lentamente uno al lado del otro, a lo largo de la acera, girando sobre sí mismos cada diez pasos. Se había trabado una conversación muy animada. De repente, Coupeau volvió a enfadarse, mientras que el otro se negaba y se hacía de rogar. Fue el plomero el que empujó a Lantier y le forzó a atravesar la calle, para entrar en la tienda.

—Le digo a usted que es de la mejor voluntad —gritó—. Beberá un vaso de vino... Los hombres son hombres, ¿no es eso? Se comprenden...

La señora Lerat terminó el último estribillo, y las demás repetían a coro dando vueltas a sus pañuelos:

«El niño perdido es el hijo del buen Dios».

Se aplaudió mucho a la cantante, que se sentó, afectando sentirse destrozada. Pidió algo de beber, porque había puesto demasiado sentimiento en la canción y tenía miedo de romperse algún nervio. Sin embargo, nadie quitaba los ojos de Lantier, sentado tranquilamente al lado de Coupeau, comiéndose el resto del pastel de Saboya,

que mojaba en un vaso de vino. Fuera de Virginia y de la señora Boche, nadie le conocía. Los Lorilleux olían a gato encerrado, mas, como nada sabían, adoptaron un semblante afectado. Goujet, que se había dado cuenta de la emoción de Gervasia, miraba al recién llegado de reojo. Como se produjera un silencio molesto, Coupeau dijo sencillamente:

—Es un amigo.

Y dirigiéndose a su mujer:

—¡Vamos, muévete un poco!... Mira si hay todavía café caliente.

Gervasia los contemplaba de una manera dulce y estúpida a la vez. Primero, cuando su marido empujó a su antiguo amante dentro de la tienda, se agarró la cabeza con las dos manos, con el mismo gesto instintivo que en los días de tormenta cada vez que oía un trueno. Aquello no le parecía posible; las paredes caerían y aplastarían a todo el mundo. Y a continuación, viendo a los dos hombres sentados sin que ni siquiera las cortinas de muselina se hubiesen movido, había encontrado súbitamente aquello como lo más natural del mundo. El pato no le había caído muy bien; había comido demasiado, y esto le impedía pensar. Una enorme pereza la amodorraba y la tenía quieta en el borde de la mesa, con el único deseo de que no la molestaran. «¡Dios mío! ¿Por qué hacerse mala sangre cuando los demás no se la hacen y cuando las cosas se arreglan por sí mismas a satisfacción de todos?». Se levantó para ver si quedaba café.

En el cuarto del fondo, los niños dormían. Agustina los había atemorizado durante los postres, endulzándoles las fresas, e intimidándoles con terribles amenazas. Ahora se sentía muy mal y estaba acurrucada sobre un banquillo, con la cara pálida, sin decir nada. La robusta Paulina había dejado caer su cabeza contra el hombro de Esteban, que también estaba dormido, apoyado en la mesa. Naná se encontraba sentada en la alfombra de la cama, cerca de Víctor, a quien tenía puesto un brazo sobre los ojos cerrados, repetía con voz débil e incesante:

—¡Mamá, tengo pupa!... ¡Mamá, tengo pupa!

—¡Caramba! —murmuró Agustina, cuya cabeza le caía sobre los hombros—. Están hechos una sopa; han cantado como personas mayores.

Gervasia recibió un nuevo golpe a la vista de Esteban. Creía que se ahogaba, pensando que el padre de aquel chiquillo estaba allí, al lado, comiendo pastel, sin que hubiese manifestado tan siquiera el deseo de besar al pequeño. Estuvo a punto de despertar a Esteban, y de llevarle a sus brazos, pero se dio cuenta de lo bien que se habían arreglado las cosas, y pensó que no sería conveniente turbar el fin de la comida. Volvió con la cafetera y sirvió un vaso de café a Lantier, quien no parecía ocuparse mucho de ella.

—Ahora me toca a mí —balbuceaba Coupeau con una voz pastosa—. Me han dejado para el último... Pero cantaré «Qué puerco de muchacho».

—Sí, sí. «Qué puerco de muchacho» —gritaron todos.

Volvieron a alborotarse, olvidando a Lantier. Ellas prepararon sus vasos y cuchillos para acompañar el estribillo. Se reían de antemano mirando al plomero que se afirmaba sobre las piernas con chulería. Principió con voz de vieja enronquecida:

*«Todas las mañanas cuando me levanto,
tengo el corazón sin pies ni cabeza,
le mando a comprar a la Grève
una copa de veinte céntimos.
Está a tres cuartos de hora en el camino.
Y cuando vuelve, se ha bebido la mitad de mi copa:
¡Qué puerco de muchacho!».*

Todas golpeaban en sus vasos y cantaban a coro en medio de una gran algarabía:

*«¡Qué puerco de muchacho!
¡Qué puerco de muchacho!».*

La calle de la Goutte-d'Or se mezclaba en el jaleo; todo el barrio cantaba: «¡Qué puerco de muchacho!». Enfrente el relojero, los muchachos de la tienda de comestibles, la tripicallera, la frutera, que sabían la canción, coreaban el estribillo y se largaban pescozones tan sólo por reír. En verdad, la calle acabó por estar borracha nada más que del olor del banquete que salía de la casa de los Coupeau y que hacía hacer eses a las gentes sobre las aceras. Hay que decir, en honor a la verdad, que en ese momento estaban completamente ebrios dentro de la tienda. Aquello había ido aumentando poco a poco, desde que tomaron la primera copa de vino, después de la sopa. Ahora, era el apoteosis: todos berreaban y estaban a punto de reventar de tanto que habían comido. En medio de toda aquella pintura burlesca, la rojiza luz de dos lámparas que tiznaban, ponía un tono adecuado. El clamor del festín apagaba el ruido de los últimos coches. Dos guardias municipales acudieron creyendo que se trataba de un motín, pero al ver allí a Poisson cambiaron un pequeño saludo de inteligencia y se alejaron lentamente junto a las negras casas.

Coupeau se encontraba en aquel verso que dice:

*«El domingo en la Petite Villette,
después del calor
fuimos a cosa de mi tío Tinette
que es pocero.
Por coger huesos de cerezas,
cuando regresamos
se revolvió en la mercancía.
¡Qué puerco de muchacho!».*

La casa se estremeció, tal algarabía ascendía en el aire tibio y tranquilo de la noche, que estos alborotadores se aplaudían a sí mismos, ya que no podían gritar más.

Ninguno de ellos llegó a acordarse nunca cómo terminó aquella juerga. Lo único que tenían por seguro es que era muy tarde, porque no había nadie en la calle. Tal vez hubieran bailado alrededor de la mesa agarrados de las manos. Todo lo veían a través de una neblina amarilla, con rojas figuras que saltaban, la boca abierta de oreja a oreja. Se había festejado con vino a la francesa, y no sabían a quién se le había ocurrido echar sal en los vasos. Los niños debían de haberse desnudado y acostado solitos. Al día siguiente la señora Boche se vanagloriaba de haber sacudido dos cachetes a su marido en un rincón, donde hablaba demasiado pegado a la carbonera; pero Boche, que no se acordaba de nada, decía que todo eso era mentira. En lo que todos estaban de acuerdo era en declarar que la conducta de Clemencia había sido un tanto inconveniente; había terminado por enseñar todos los encantos que poseía, y hasta la acometió tal desarreglo que echó a perder una de las cortinas de muselina. Los hombres, cuando menos, salían a la calle; Lorilleux y Poisson, con el estómago alborotado, marcharon de prisa a la tienda del salchichero. Cuando uno está bien educado se ve en seguida. Así, pues, aquellas señoras, la Putois, la Lerat y Virginia, molestas por el calor, se habían ido al cuarto interior para quitarse el corsé, e incluso Virginia había querido echarse sobre la cama un momento para evitar malas consecuencias. Después la reunión se disolvió; los unos, marchándose detrás de los otros, acompañándose todos, desapareciendo en el fondo del oscuro barrio, en un postrer alboroto, donde se oía una disputa entablada por los Lorilleux, y un «trulala, trulala», continuado y lúgubre del tío Bru. Gervasia creía recordar que Goujet se había puesto a sollozar al marcharse; Coupeau seguía cantando; en cuanto a Lantier, tuvo que permanecer allí hasta el final; Gervasia creía haber sentido un soplido entre sus cabellos, pero no podía decir si provenía de Lantier o de la cálida noche.

Mientras tanto, como la señora Lerat se resistiese a volver a aquella hora a Batignolles, se quitó de la cama un colchón para ella, que se tendió en un rincón de la tienda, después de haber apartado la mesa. Allí durmió en medio de las migas del festín. Durante toda la noche, entre el fatigado sueño de los Coupeau, que dormían la mona, el gato de la vecina, aprovechando una ventana abierta, roía los huesos del pato, acabando de enterrar al animal entre el rumorcillo de sus finos dientes.

CAPÍTULO VIII

El sábado siguiente, Coupeau, que no había vuelto a comer a casa, se presentó con Lantier, hacia las diez. Habían comido juntos patas de carnero, en el restaurante de Thomas, en Montmartre.

—No hay que reñir, patrona —dijo el plomero—. Nos hemos portado muy bien... Con él no hay peligro; siempre lo lleva a uno por el buen camino.

Y se puso a contar cómo se habían encontrado en la calle Rochechouart. Después de comer, Lantier había rechazado la invitación que le hizo para tomar un café en *La Bola Negra*, diciendo que, cuando se está casado con una mujer bonita y honrada, no se debía frecuentar semejantes tugurios. Gervasia escuchaba con sonrisa maliciosa. Desde luego no pensaba en regañarle; se sentía demasiado cohibida. Después del día de la fiesta, de sobra sabía que volvería a ver a su antiguo amante el día menos pensado; pero a semejante hora, en el momento en que se disponía a meterse en la cama, la brusca llegada de los dos hombres la había sorprendido; y con mano temblorosa, se recogía el pelo que le caía por los hombros.

—Escucha —dijo Coupeau—, puesto que ha tenido la delicadeza de rehusar mi invitación, tú vas a darnos una copita... ¡Ah!, ¡bien que nos la debes!

Las obreras se habían marchado hacía un buen rato, y tanto mamá Coupeau como Naná acababan de acostarse.

Entonces, Gervasia, que tenía ya cerrada una de las maderas, dejó la tienda abierta, y sobre un extremo de la mesa puso vasos y lo que quedaba de una botella de coñac. Lantier permanecía de pie, evitando hablarle directamente. No obstante, cuando le servía, exclamó:

—Una gota nada más, señora; se lo suplico.

Coupeau los miró y dijo sin rodeos que no debían hacerse los bobos. ¡Lo pasado, pasado! Si al cabo de nueve años se iba a conservar el rencor, terminaría uno por no querer ver a nadie. Él hablaba con el corazón en la mano. Además, ya sabía con quién se las gastaba, con una mujer honrada y con un hombre de honor; en fin, dos amigos. Estaba completamente tranquilo, pues conocía la integridad de ambos.

—¡Claro..., claro! —repetía Gervasia con los ojos bajos, sin darse cuenta de lo que decía.

—¡Es una hermana para mí, ahora; nada más que una hermana! —dijo a su vez Lantier.

—Pues a darse la mano, ¡por vida de!... —exclamó Coupeau—, y a reírse del mundo entero. Cuando se tiene algo aquí —dijo señalando al corazón—, se vive más satisfecho que los millonarios. Yo pongo la amistad ante todo, porque la amistad es la amistad, y no hay nada por encima de ella.

Tan duros golpes se daba en el estómago, de puro conmovido, que tuvieron que calmarle. Se bebieron su copa en silencio. Entonces Gervasia pudo mirar a Lantier a su gusto; pues la noche de la fiesta lo había visto como entre sueños. Estaba más grueso y parecía que piernas y brazos le pesaran, a causa de su pequeña estatura. Pero la cara conservaba sus agradables facciones bajo la gordura de su vida de holgazán; y como seguía cuidando con todo esmero su pequeño bigote, no se le habría echado más edad de la que tenía: treinta y cinco años. Llevaba un pantalón gris y un grueso abrigo azul, como un señor, y, con cadena de plata, de la que pendía un anillo, un recuerdo.

—Me voy —dijo—. Vivo en el quinto infierno.

Estaba ya en la acera, cuando el plomero le llamó para hacerle prometer que no volvería a pasar por la puerta sin entrar a saludarles. Gervasia, que acababa de desaparecer sin hacer ruido, volvió empujando a Esteban, que en mangas de camisa venía frotándose los ojillos, medio dormido aún y sonriente. Pero en cuanto vio a Lantier empezó a temblar y a azorarse, mirando alternativamente a su madre y a Coupeau.

—¿No te acuerdas de este señor? —preguntó el último.

El niño bajó la cabeza sin responder, y a continuación hizo con ella un leve movimiento afirmativo.

—Bueno, pues no te hagas el tonto y bésale.

Lantier, grave y tranquilo, esperaba. Cuando Esteban se decidió a aproximarse, se inclinó y presentó las mejillas, y él también devolvió un sonoro beso al chiquillo. Entonces éste se atrevió a mirar a su padre. Pero de repente estalló en sollozos y echó a correr como un loco, mientras Coupeau le trataba de salvaje.

—Es la emoción —dijo Gervasia, pálida y conmovida también.

—¡Oh!, generalmente es muy dulce y cariñoso —explicaba Coupeau—. Lo he educado muy bien, como tendrá usted ocasión de ver... Ya se acostumbrará a usted. Tiene que ir conociendo a la gente... En fin, y aunque no hubiera de por medio más que este pequeño, sería motivo más que sobrado para no estar siempre reñidos, ¿no es cierto? Debíamos haber hecho esto hace mucho tiempo, pues yo me dejaría antes cortar la cabeza que impedir a un padre ver a su hijo.

Y con esto habló de poner fin a la botella de coñac. Los tres bebieron de nuevo. A Lantier no parecía asombrarle nada, conservaba su calma. Antes de irse, para devolver las atenciones al plomero, quiso ayudarle a cerrar la tienda, y sacudiéndose las manos por limpieza, dio las buenas noches al matrimonio.

—Que descansen ustedes. Voy a ver si atrapo el ómnibus. Les prometo que volveré pronto.

A partir de esa noche, Lantier fue a menudo a la calle Goutte-d'Or. Iba cuando el plomero se encontraba en casa, preguntaba por él desde la puerta y hacía como que entraba únicamente por verle. Sentado junto al escaparate, siempre con el gabán puesto, afeitado y bien peinado, hablaba con la delicadeza y ademanes de un hombre

que hubiera recibido educación. Así fue como los Coupeau fueron enterándose poco a poco de los detalles de su vida. Durante los últimos ocho años había estado dirigiendo una fábrica de sombreros, por temporadas, y si le preguntaban por qué se había retirado, hablaba de la pillería de un socio, compatriota suyo, un canalla que se había comido la casa con las mujeres. Pero su antiguo título de patrón quedaba sobre su persona, como nobleza de la que no podía prescindir. Decía siempre que estaba a punto de concluir un negocio soberbio, de fábricas de sombreros, que le pondrían a él al frente y le confiarían sus enormes intereses.

Mientras esto llegaba no hacía nada; se paseaba al sol, con las manos en los bolsillos, lo mismo que un burgués. En las ocasiones en que se lamentaba, si alguien le indicaba alguna fábrica que pedía obreros, contestaba, con compasiva sonrisa, que no estaba dispuesto a morir de hambre deslomándose para satisfacer a los demás. Aquel mozo, como decía Coupeau, no podía vivir del aire. Era un vivillo, sabía componérselas; algún asunto debía traer entre manos, pues a fin de cuentas tenía aspecto de prosperidad; sin dinero no se puede llevar ropa limpia y corbatas de niño bien. Hasta una mañana lo vio el plomero hacerse lustrar los zapatos en el bulevar de Montmartre. La verdad era que Lantier, que charlaba sin parar de los demás, se callaba o mentía cuando se trataba de él. Ni siquiera quería decir dónde vivía. No; vivía en casa de un amigo, allá abajo, donde Cristo dio las tres voces, mientras encontraba mejor situación, y no quería que los amigos fuesen a verle, porque no estaba nunca en casa.

—Se encuentran diez colocaciones por cada una que se pierde —decía a menudo—; pero no merece la pena encerrarse; donde no va uno a estar más de veinticuatro horas... Por ejemplo, llego un lunes a casa de Champion, en Montrouge; por la tarde, Champion me molesta con la política; puede no tener las mismas ideas que yo. Pues bien, el martes por la mañana me largo, teniendo en cuenta que no estamos ya en tiempos de esclavitud y que yo no quiero venderme por siete francos diarios.

Eran los primeros días de noviembre. Lantier trajo ramitos de violetas que distribuyó galantemente entre Gervasia y las dos obreras. Poco a poco fue multiplicando sus visitas hasta ir todos los días. Parecía querer conquistar, no sólo a la casa, sino al barrio entero; y comenzó por captarse las simpatías de Clemencia y de la señora Putois, a las que testimoniaba, sin distinción de edades, las más solícitas atenciones. Al cabo de un mes las dos obreras le adoraban. A los Boche los adulaba constantemente, iba a saludarles a la misma portería, y ellos se extasiaban con su cortesía. En cuanto a los Lorilleux, cuando supieron quién era aquel señor que se presentó a los postres el día del festín, empezaron vomitando mil injurias contra Gervasia, que se atrevía a meter en casa a su antiguo amante; hasta que un día Lantier subió a la de ellos, y con tanta habilidad les encargó una cadena para una señora conocida suya, que le rogaron se sentara, reteniéndole una hora, encantados con su conversación y se preguntaban cómo un hombre tan distinguido había podido vivir con la Banbán. En fin, las visitas del sombrerero a casa de los Coupeau ya no

chocaban a nadie, pareciendo completamente normales; hasta tal punto había sabido atraerse a la calle entera. Únicamente Goujet no participaba de esa simpatía. Si se encontraba en la tienda cuando el otro llegaba, se marchaba para no verse obligado a trabar relaciones con él.

En medio de aquella epidemia de cariño por Lantier, Gervasia, en las primeras semanas, vivió en gran desasosiego. Experimentaba la misma turbación que los días en que Virginia le hacía confidencias sobre él. Su enorme miedo provenía de la desconfianza que tenía en las fuerzas que podría oponerle si un día la encontraba sola e intentaba besarla. Pensaba demasiado en él, pero lentamente se fue calmando al verle tan formal, sin mirarla a la cara ni rozarla con la punta de los dedos, cuando los demás volvían la espalda. Virginia, que parecía leer en sus ojos, la hacía avergonzarse de sí misma. ¿Por qué temblar así? No podía encontrarse un hombre más delicioso. No tenía nada que temer. Y un día la morena se las ingenió de manera que reunió a los dos en un rincón y llevó la conversación sobre el tema del sentimiento. Lantier declaró, con voz solemne, escogiendo los términos, que su corazón estaba muerto, que ahora quería únicamente dedicarse a labrar la dicha de su hijo. No hablaba para nada de su hijo Claudio, que continuaba en el Mediodía. Besaba a Esteban en la frente todos los días, pero si el niño se quedaba, no sabiendo qué decirle, lo olvidaba completamente y se ponía a galantear a Clemencia. Así Gervasia, tranquilizada, sentía morir en ella el pasado. La presencia de Lantier borraba los recuerdos de Plassans y del hotel Boncœur. Viéndolo a cada instante, acabó por olvidarlo. Hasta le repugnaba el recuerdo de sus antiguas relaciones. ¡Todo había terminado, completamente terminado! Si él se atreviese un día a proponerle algo deshonesto, le respondería con un par de bofetadas y se la diría a su marido. Y de nuevo pensaba sin remordimientos, con una dulzura extraordinaria, en la buena amistad de Goujet.

Al llegar una mañana al taller, Clemencia contó cómo había encontrado la víspera, hacia las once, al señor Lantier del brazo de una mujer. Al contarle se acompañaba de palabras soeces, poniendo toda la malignidad posible para molestar a la patrona. Sí, sí, el señor Lantier subía por la calle Nôtre-Dame de Lorette; la mujer era rubia, una de esas zorras del bulevar, muerta de hambre y con el trasero desnudo bajo su vestido de seda. Ella los había seguido por broma. La zorra había entrado en una salchichería a comprar jamón. A continuación, en la calle Rochefoucauld, el señor Lantier se había parado en la acera, ante una casa, en espera de que la mujer, que había subido sola, le hiciese señas desde la ventana para que subiera. Pero ya podía Clemencia hacer los más repugnantes comentarios, que Gervasia continuaba impassible planchando un vestido blanco. En algunos momentos le hacía sonreír. Estos provenzales, decía ella, andan siempre locos tras las mujeres; pareciera que constituían una necesidad para ellos; capaces serían de recogerlas con pala de un montón de basura. Y por la noche, cuando llegó el sombrerero, se divertía con las chufas de Clemencia, que le intrigaba con su rubia. Sin embargo, él parecía orgulloso de haber sido sorprendido. Era una antigua amiga, que veía de vez en cuando sin

molestar a nadie; una muchacha muy chic, que tenía una habitación con muebles de palisandro; y citaba los antiguos amantes que había tenido: un vizconde, un almacenista de loza, el hijo de un notario. Le encantaban las mujeres que olían bien. Y acercaba a la nariz de Clemencia su pañuelo, que la otra le había perfumado. En ese momento entró Esteban. Entonces él tomó su aire grave y besó al niño, añadiendo que la aventurilla no tenía consecuencias y que su corazón estaba muerto. Gervasia, inclinada sobre la labor, movió la cabeza con aire de aprobación. Y fue Clemencia quien se llevó el castigo por su malignidad, pues bien sintió que Lantier la pellizcaba, disimuladamente, sintiendo en el alma y llena de celos no apestar a almizcle como la zorra del bulevar.

Al llegar la primavera, Lantier habló de venirse a habitar en el barrio para estar más cerca de sus amigos. Quería un cuarto amueblado en una casa limpia. La señora Boche y la misma Gervasia se desvivieron por encontrarle uno. Se miró en todas las calles próximas; pero no era cosa fácil. Deseaba un gran patio, un piso bajo, en fin, toda clase de comodidades. Y todos los días, en casa de los Coupeau, medía la altura de los techos, estudiaba la distribución de las piezas, deseando encontrar un sitio como aquél. ¡Oh!, no hubiera pedido otra cosa: se habría hecho de buena gana un huequecito en aquel rincón tranquilo y cálido. Y siempre terminaba su examen con esta frase:

—¡Caramba, vosotros sí que estáis bien instalados!

Una noche, cenando en su casa, al terminar de comer los postres, soltó la frase consabida. Coupeau, que había empezado a tutearle, le dijo bruscamente:

—Pues que se quede aquí, cordera, si no tienes inconvenientes... Ya nos arreglaremos...

Dijo que el cuarto de la ropa sucia, bien limpio, sería una linda pieza. Esteban dormiría en la tienda, sobre un colchón tirado en el suelo.

—No, no —dijo Lantier—; no puedo aceptar. Os molestaría demasiado. Yo sé que lo hacéis de todo corazón, pero sería insoportable estar así unos sobre otros. Además, me gusta tener mi libertad. Tendría que atravesar por vuestro cuarto, lo que no siempre sería agradable.

—¡Oh, animal! —repuso el plomero, ahogándose de risa, golpeando en la mesa para aclararse la voz—. ¡Qué tonterías dices!... Pero, cabeza de aserrín, ¡qué poca imaginación! Hay dos ventanas en el cuarto. Pues bien, con echar una abajo ya está hecha la puerta. Así podrás entrar por el patio, e incluso, si nos parece, atrancamos esta puerta de comunicación. Dicho y hecho, tú estás en tu casa y nosotros en la nuestra.

Después de un momento de silencio el sombrerero murmuró:

—Así no digo que no..., y, no obstante, va a ser mucha carga para vosotros.

Evitaba mirar a Gervasia. Pero evidentemente esperaba una palabra por su parte para aceptar. A ésta le contrariaba la ocurrencia de su marido; no era que el ver a Lantier vivir en su casa la hiriese ni la inquietase demasiado, sino que se preguntaba

dónde iba a poner la ropa sucia. Entretanto, el plomero hacía ver las ventajas que les reportaría el arreglo. El alquiler de 500 francos era demasiado elevado, y de esta manera el amigo les pagaría el cuarto amueblado, a veinte francos por mes; no sería caro para él, y sin embargo les ayudaría a pagar el cuarto. Añadía que él se encargaría de agenciarse un gran cajón, que pondrían debajo de la cama, en el que cabría toda la ropa sucia del barrio. Gervasia dudó, consultó con la mirada a mamá Coupeau, a quien Lantier había conquistado desde hacía algún tiempo, trayéndole pastillas de goma para su catarro.

—Usted no nos molestará —terminó por decir—. Ya encontraremos el medio de organizarnos.

—No, no, gracias —repitió el sombrerero—. Sois demasiado buenos y sería abusar por mi parte.

Coupeau ya no se pudo contener: ¿es que iba a estar haciendo remilgos toda la noche? ¡Cuando se lo decían era de todo corazón! ¿No comprendía que les hacía un favor? Y con una voz furibunda gritó:

—¡Esteban, Esteban!

El niño se había dormido sobre la mesa; levantó la cabeza sobresaltado.

—Oye, dile que tú lo quieres... Sí, a este señor... Dile muy fuerte: ¡Lo quiero!

—¡Lo quiero! —balbuceó Esteban, con vocecita turbia por el sueño.

Todos se echaron a reír, y Lantier, con su aire solemne, estrechó la mano a Coupeau por encima de la mesa, diciendo:

—Acepto... Por una y otra parte se procede con amistad, ¿no es así? Acepto por el niño.

Al día siguiente, el propietario, señor Marescot, vino a pasar una hora en la portería de los Boche, y Gervasia lo aprovechó para hablarle del asunto. Primero se mostró inquieto, rechazó, enfadándose, como si le hubiera propuesto echar abajo la de la casa. Después de una minuciosa inspección del sitio, y una vez que hubo mirado arriba para cerciorarse de si los pisos superiores se resentirían, acabó por dar la autorización, pero a condición de no tener que hacer desembolso alguno. Los Coupeau tuvieron que firmarle un papel por el que se comprometían a dejar la casa como estaba a la terminación del contrato de alquiler. Esa misma noche, el plomero trajo a unos compañeros: un albañil, un carpintero y un pintor, buenos muchachos que harían aquella pequeñez después de su jornada, por hacerle un favor. La colocación de la nueva puerta y la limpieza de la habitación no costaron menos de un centenar de francos, sin contar el vino con el que se regó la tarea. El plomero dijo a sus camaradas que les pagaría más adelante, con el primer dinero que cobrara de su inquilino. En seguida se trató de amueblar el cuarto. Gervasia puso allí el armario de mamá Coupeau; añadió una mesa y dos sillas, sacadas de su propia pieza, y tuvo que comprar un lavabo y una cama con su ropa completa, en total ciento treinta francos, que tenía que pagar a razón de 10 francos por mes. Si durante diez meses los veinte

francos de Lantier se los comían las deudas contraídas, más tarde sacarían un buen provecho.

La instalación del sombrerero tuvo lugar en los primeros días de junio. La víspera, Coupeau se ofreció para ir a su casa y traerle el baúl y evitarle de este modo el franco y medio que le iba a costar un coche, pero Lantier pareció contrariado y dijo que su baúl pesaba demasiado. Al parecer quería seguir ocultando hasta el último momento el sitio donde se hospedaba. Llegó hacia las tres de la tarde. Coupeau no se encontraba allí. Y Gervasia, que estaba en la puerta de la tienda, se quedó pálida al reconocer el baúl que venía en el coche. Era su antiguo baúl, aquel con el que había hecho el viaje desde Plassans, ahora descascarillado, roto, sostenido por cuerdas. Lo veía venir, como a menudo se había figurado; se imaginaba que el mismo coche, el coche en que aquella pérdida de bruñidora se había reído de ella, se lo devolvía. Entretanto, Boche echaba una mano a Lantier. La planchadora los siguió muda, un poco aturdida. Cuando hubieron depositado la carga en medio del cuarto, dijo ella por hablar:

—Bueno, ya está todo listo.

Después, recobrándose, viendo que Lantier, ocupado en desatar las cuerdas ni la miraba siquiera, añadió:

—Señor Boche, va usted a beber un traguito.

Se fue a buscar una botella y vasos, en el preciso momento en que Poisson pasaba por la acera, uniformado. Gervasia le hizo un guiño, acompañado de una sonrisa, que el guardia municipal comprendió perfectamente. Cuando estaba de servicio y le guiñaba el ojo quería decir que le ofrecía un vasito de vino, y hasta había veces que se paseaba durante horas enteras delante de la planchadora, en espera de aquel guiño. Entonces, para no ser visto, pasaba por el patio y apuraba su vaso a escondidas.

—¡Ah!, ¡ah! —exclamó Lantier cuando le vio entrar—. ¿Es usted, Badinguet?

Le llamaba Badinguet por broma, por burlarse del emperador. Poisson aceptaba el mote con su tiesura habitual, sin que fuera posible averiguar si aquello lo molestaba o no. Por lo demás, los dos hombres, aunque separados por sus convicciones políticas, habían llegado a ser buenos amigos.

—Ya sabrá usted que el emperador fue guardia municipal en Londres —dijo Boche a su vez—. Sí, palabra de honor; recogía a las mujeres borrachas.

Gervasia llenó tres vasos. Ella no quiso beber, sentía el corazón sobresaltado, pero permaneció allí, mirando cómo Lantier quitaba las últimas cuerdas, llena de curiosidad por saber qué contenía el baúl. Recordaba que había en él, en un rincón, un montón de calcetines, dos camisas sucias, un viejo sombrero; ¿estarían todavía esas cosas allí? ¿Se iría a encontrar con los pingajos del pasado? Lantier, antes de levantar la tapa, tomó un vaso y bebió.

—A la salud de ustedes.

—A la suya —respondieron Boche y Poisson.

La planchadora llenó de nuevo los vasos. Los tres, se limpiaron los labios con la mano. Por fin el sombrerero abrió el baúl. Estaba lleno de una mezcla de periódicos, libros, trajes viejos y ropa blanca en paquetes. A continuación fue sacando una cacerola, un par de botas, un busto de Ledru-Rollin con la nariz rota, una camisa bordada y un pantalón de trabajo. Y Gervasia, inclinada, sentía subir un fuerte olor a tabaco y a hombre sucio, que no se cuida más que del exterior de su persona. No, el viejo sombrero no estaba en el rincón de la izquierda; en su lugar había un paquete que ella no conocía, algún regalo de mujer. Se calmó y experimentó una vaga tristeza, y continuó mirando los objetos que salían, preguntándose si serían de sus tiempos o de tiempos de otras.

—Dígame, Badinguet, ¿no conoce usted esto? —inquirió Lantier.

Le metía por la nariz un librito impreso en Bruselas: *Los amores de Napoleón III*, adornado con grabados. Entre otras anécdotas, allí se refería cómo el emperador había seducido a la hija de un cocinero, niña de trece años, y el grabado representaba a Napoleón III, con las piernas al aire, únicamente vestido con el cordón de la Legión de Honor, persiguiendo a una muchachilla que huía de su lujuria.

—¡Muy bien! —exclamó Boche, cuyos instintos solapadamente voluptuosos se veían halagados—. Siempre sucede lo mismo.

Poisson se quedó consternado, no encontrando ni una palabra para defender al emperador. Estaba en un libro y él no podía decir que no. Entonces, como Lantier continuase metiéndole el grabado por las narices, con ademán chocarrero, dejó escapar esta exclamación, extendiendo los brazos:

—Y después de todo, ¿qué? ¿Acaso no está en la naturaleza?

Lantier se quedó estupefacto con aquella salida. Colocó sus libros y sus periódicos sobre un estante del armario y como se mostrase desolado por no tener una estantería colocada en la pared, Gervasia prometió procurársela. Poseía *La historia de diez años*, de Luis Blanc, menos el primer volumen, que en verdad nunca había tenido; *Los Girondinos*, de Lamartine, por entregas de a diez céntimos; *Los misterios de París* y el *Judío errante*, de Eugenio Sué, sin contar un montón de folletos filosóficos y humanitarios, recogidos en las librerías de compra y venta. Lo que sobre todo miraba con respetuoso cariño eran sus periódicos. Una colección formada por él desde hacía años. Cada vez que en el café se leía en un periódico un artículo que había obtenido éxito, con arreglo a sus ideas, compraba el periódico y lo guardaba en voluminosos fajos, de todas fechas y de todos títulos, apilados sin orden ni concierto. Cuando sacó este atado del fondo del baúl le dio unos golpecitos cariñosos, al mismo tiempo que se dirigía a los otros dos:

—¿Veis esto? Es algo único; nadie puede presumir de tener una cosa tan estupenda... Lo que hay dentro no podéis ni imaginároslo. Si se aplicara la mitad de lo que allí había escrito, se limpiaría de un golpe la sociedad. Sí, tanto vuestro emperador como todos sus rocines se quedarían a caldo...

Fue interrumpido por el guardia municipal, cuya perilla y bigote rojos se alborotaban en su descompuesto semblante.

—Y el ejército —dijo— ¿qué haría usted con él?

Lantier se encolerizó, gritó dando puñetazos en los periódicos:

—Quiero la supresión del militarismo, la fraternidad de los pueblos... Quiero la abolición de los privilegios, de los títulos, de los monopolios... Quiero la igualdad de los salarios, el reparto de los beneficios, la glorificación del proletariado... Todas las libertades, ¿entiende usted? ¡Todas! ¡Y el divorcio!

—Sí, sí, el divorcio por la moral —apoyó Boche.

Poisson tomó aspecto majestuoso y respondió:

—Sin embargo, yo que no quiero vuestras libertades, me considero completamente libre.

—Si usted no las quiere, si usted no las quiere... —balbuceó Lantier, a quien la pasión ahogaba—. ¡No, usted no es libre!... Si no las quiere usted yo le enviaré a Cayena. ¡Yo! Sí, a Cayena, con el emperador y todos los marranos de su laya.

Esas agarradas las tenían cada vez que se encontraban. Gervasia, a quien no gustaban las discusiones, intervenía de ordinario. En esta oportunidad salió del sopor en que la sumía la vista del baúl, oliendo a perfume barato de su antiguo amor, y mostró los vasos a los tres hombres.

—Es verdad —dijo Lantier súbitamente calmado, cogiendo su vaso—. A su salud.

—A la de usted —respondieron Boche y Poisson, bebiendo con él.

Boche se bamboleaba, atormentado por una idea, sin dejar de mirar al guardia con el rabillo del ojo.

—Todo esto se quedará entre nosotros, ¿no es cierto, señor Poisson? —dijo por fin—. Le enseñan y le dicen a usted unas cosas...

Pero Poisson no le dejó acabar. Se apoyó la mano sobre el corazón, para explicar que todo quedaba allí. Él no era espía de sus amigos, podían estar seguros. Con la llegada de Coupeau se bebieron otra botella de vino, el guardia se largó en seguida por el patio, y reanudó por la acera su marcha, rígido y severo, contando sus pasos.

En los primeros tiempos todo estuvo revuelto en casa de la planchadora. Lantier tenía su cuarto separado, su puerta y su llave; pero como en el último momento decidieron no condenar la puerta de comunicación, sucedía muy a menudo que pasaba por la tienda. La ropa sucia estorbaba mucho a Gervasia, ya que su marido no se ocupaba de la gran caja de la que le había hablado; y se veía obligada a tirar la ropa por cualquier sitio, principalmente debajo de la cama, lo que no daba muy buen olor durante las noches de verano. También le enojaba mucho tener que hacer cada noche la cama para Esteban en medio de la tienda; cuando las obreras velaban, el niño dormía en una silla hasta que se iban. Por lo mismo, habiéndole hablado Goujet de mandar a Esteban a Lille, donde su antiguo patrón, un mecánico, pedía aprendices, quedó encantada por este proyecto, sobre todo al ver que el pequeño, poco feliz en la

casa, deseoso de campar por sus respetos, le suplicaba que consintiera. Únicamente temía una negativa por parte de Lantier. Había venido a habitar a su casa solamente por aproximarse a él; no iba a querer perderle quince días después de su instalación. Pero cuando ella le habló, temblando, aprobó muy contento la idea, diciendo que los obreros jóvenes tienen necesidad de correr tierras. La mañana en que Esteban partió, le hizo un discurso sobre sus derechos, después le abrazó y declamó:

—Acuérdate de que el productor no es un esclavo, pero también ten presente que el que no es productor es como el zángano de una colmena.

El ajetreo de la casa cesó, todo se calmó y se hundió en la costumbre.

Gervasia se había acostumbrado al desorden de la ropa sucia y a las idas y venidas de Lantier. Éste hablaba constantemente de grandes negocios; salía algunas veces bien peinado, con ropa limpia y no venía a dormir a casa, apareciendo al día siguiente, afectando estar deshecho, tener la cabeza como un tambor como si hubiera estado discutiendo durante veinticuatro horas los más graves asuntos. La verdad era que se daba la gran vida. ¡No había miedo de que se le hiciesen callos en las manos! Se levantaba de ordinario hacia las diez; si el calor del sol le agradaba daba un paseíto por la tarde, y los días de lluvia permanecía en la tienda y leía el periódico. Estaba en su ambiente, gozaba lo indecible entre las faldas, a las que se acercaba cuanto podía, y le encantaba oír las frases de tono subido, incitando a decirlas, y esmerándose él por su parte, en emplear un lenguaje correcto; y esto explicaba, por qué gustaba tanto arrimarse a las planchadoras, nada remilgonas, por cierto. Cuando Clemencia soltaba de las de su cosecha, la escuchaba tierno y sonriente, atusándose su escaso bigote. El olor del taller, aquellas obreras sudorosas que golpeaban con las planchas, con los brazos al aire, el rincón aquel, semejante a una alcoba donde se arrastraban por el suelo las ropas interiores de las mujeres del barrio, era para él el paraíso soñado, un refugio apetecido por largo tiempo de pereza y de goces.

En los primeros tiempos Lantier comía en casa de Francisco, en la esquina de la calle Poissonniers; pero de cada siete días transcurridos comía tres o cuatro con los Coupeau, terminando por pedirles pensión completa en su casa; les daría quince francos por semana... Desde entonces no abandonó ya la casa. Se le veía allí desde la mañana hasta la noche ir de la tienda al cuarto del fondo, en mangas de camisa, levantando la voz en tono de mando; hasta atendía incluso a las clientas y dirigía la tienda. Como dejara de gustarle el vino de Francisco, persuadió a Gervasia para que lo comprara en casa de Vigouroux, el carbonero de al lado, a cuya mujer pellizcaba en compañía de Boche cuando iba a hacer los pedidos. A continuación fue el pan de Coudeloup lo que le desagradó, y envió a Agustina a buscarlo a la panadería vienesa del arrabal Poissonniers, en casa de Meyer. Dejó también a Lehongre, el tendero, y se quedó tan sólo con el carnicero de la calle Polonceau, el gordo Carlos, por sus opiniones políticas. Al cabo de un mes quiso que todo se guisara con aceite, a lo que le decía Clemencia, embromándole, que la mancha de aceite tenía que aparecerle a este terrible provenzal. Hacía él mismo las tortillas, que freía por los dos lados, más

tostadas que el café, y tan duras como galleta. Estaba siempre tras de mamá Coupeau, exigiéndole los *biftecks* muy fritos, como suelas de zapato, con mucho ajo por encima; enfadándose si mezclaban hortalizas en la ensalada, hierbas nocivas, según él decía, entre las cuales las hay venenosas. Pero su plato favorito era una sopa de fideos cocidos con agua, muy espesos, donde volcaba la mitad de una botella de aceite. Eso sólo lo tomaba él y Gervasia, porque los otros, los parisienses, se arriesgaron un día a probarlo y por poco echan las tripas.

Poco a poco Lantier se metía hasta en los asuntos de la familia. Como los Lorilleux refunfuñaban siempre al sacar del bolsillo los cinco francos de mamá Coupeau, les dijo que podía armarles un «pleito». ¿Creían que se podían burlar de la gente? Diez francos era lo que debían dar al mes. Y subía él mismo a buscar los diez francos con un aspecto tan decidido y tan afable al propio tiempo, que el cadenista no se atrevía a negárselos. La señora Lerat también daba ahora dos piezas de cinco francos. Mamá Coupeau hubiera besado las manos de Lantier, quien, además, era el gran árbitro en las querellas entre la anciana y Gervasia. Cuando la planchadora estaba de mal humor y trataba ásperamente a su suegra, ésta se iba a llorar sobre su cama, pero entonces allí estaba Lantier que las empujaba la una hacia la otra, diciéndoles que se besaran y preguntándoles si se proponían regocijar a la gente con sus agrios caracteres. Lo mismo pasaba con Naná; la educaban muy mal, a su parecer. En esto tenía razón, pues cuando el padre la pegaba, la madre consolaba a la pequeña, y cuando la madre, a su vez, le daba algún pescozón, el padre hacía una escena. Naná, divertida viendo a sus padres reñir, sintiéndose disculpada de antemano, seguía cometiendo travesuras. Ahora el juego favorito consistía en irse a jugar a la herrería de enfrente; se columpiaba durante horas en las varas de los carros; se escondía con una bandada de pilluelos en el fondo del oscuro patio, aclarado únicamente por el fuego de la fragua, y reaparecía bruscamente gritando, corriendo, despeinada y sucia, como si un gran martillo acabase de poner en fuga a aquella porquería de chiquillos. Únicamente Lantier podía regañarla, y aun así, ya sabía ella cómo le podía desarmar. Aquella puerquezuela de diez años se ponía a andar delante de él como una señora, contoneándose y mirándole de reojo, con los ojos ya rebosantes de vicio. Acabó por encargarse de su educación; la enseñaba a bailar y a hablar *patuá*.

De esta manera transcurrió un año. Todo el barrio creía que Lantier tenía rentas, pues era la única manera de explicarse el gran tren de los Coupeau. No había que dudar que Gervasia ganaba dinero, pero ahora que tenía que mantener a dos hombres que no hacían absolutamente nada, parecía extraño que la tienda diera de sí; con mayor motivo ya que habiendo decaído el crédito de la casa, las parroquianas se le marchaban y las obreras ganduleaban desde la mañana a la noche. La verdad era que Lantier no pagaba nada, ni alquiler ni alimentación. Los primeros meses dio algunos adelantos, pero después se contentó con hablar de una gruesa suma que debía cobrar, y gracias a la cual se pondría al día de un solo golpe. Gervasia no se atrevía a pedirle ni un céntimo. Llevaba el pan, la carne y el vino al fiado. Las cuentas aumentaban

constantemente, tres y cuatro francos al día. No había dado un céntimo ni al mueblista ni a los tres compañeros de su marido, el carpintero, el albañil y el pintor. Todos ellos comenzaban a gruñir; eran menos atentos con ella en las tiendas; mas Gervasia se sentía como embriagada por la deuda, se aturdía, compraba las cosas más caras y se abandonaba a su glotonería desde que no pagaba; en el fondo continuaba siendo honrada, soñando ganar de la mañana a la noche centenares de francos, no sabía cómo, para distribuirlos entre sus proveedores. Se hundía, y a medida que iba descendiendo, hablaba de ampliar sus negocios. Hacia mediados de verano Clemencia se marchó porque no había bastante trabajo para dos personas, y además porque no le pagaban su salario desde hacía varias semanas. En medio de aquel desquiciamiento, Coupeau y Lantier reventaban de orondos. Los muy desahogados, acodados en la mesa constantemente, engordaban con la ruina del establecimiento; y se excitaban el uno al otro a ponerse ración doble, y se golpeaban el vientre al llegar a los postres, según decían riendo, para digerir mejor.

El motivo de conversación del barrio entero era saber si realmente Lantier se había acomodado nuevamente con Gervasia. En esto las opiniones se dividían. Si se escuchaba a los Lorilleux, la Banbán hacía lo imposible por atrapar al sombrerero, pero éste no quería saber nada, la encontraba muy estropeada y tenía en la calle muchachas muy bonitas. Según los Boche, la planchadora, por el contrario, había ido en busca de su antiguo marido mientras el Juan Lanás de Coupeau roncaba. Lo mismo de una manera que de otra, aquello no resultaba muy limpio; pero ocurren tantas cosas sucias en la vida, y aun más graves que ésta, que la gente terminó por encontrar natural aquel *ménage à trois*, e incluso gracioso, ya que nunca se pegaban y guardaban las apariencias. Seguramente de haber metido las narices en otras viviendas del barrio hubiera salido uno mucho más sucio. Por lo menos, en casa de los Coupeau todo olía a gente llana. Los tres se entregaban a sus comilonas, se quitaban y ponían los calzones y hacían cama redonda sin quitar el sueño a los vecinos. Además, el barrio entero estaba encantado con los buenos modales de Lantier. Aquel marrullero cerraba el pico a todas las charlatanas. Incluso cuando surgía la duda de sus relaciones con Gervasia, que la frutera negaba delante de la tripicallera, ésta decía que en verdad era una lástima, porque hacía menos interesante a los Coupeau.

Entretanto, Gervasia vivía tranquila por este lado, sin pensar en esas porquerías. Las cosas llegaron a tal punto, que se la acusó de falta de corazón. En la familia no se comprendía su rencor contra el sombrerero. La señora Lerat, a quien encantaba meterse entre los enamorados, venía todas las noches y trataba a Lantier de hombre irresistible, en cuyos brazos debían caer las damas más encopetadas. La señora Boche no habría respondido de su virtud si hubiera tenido diez años menos. Una conspiración sorda, continua, se extendía empujando lentamente a Gervasia; como si todas las mujeres que la rodeaban hubieran encontrado especial placer dándole un amante. Pero Gervasia se asombraba, no descubría en Lantier esas seducciones. Tal

vez habría cambiado con ventaja: llevaba un abrigo, y había aprendido educación en los cafés y en las reuniones políticas. Pero ella le conocía bien, le veía hasta el alma por los dos agujeros de los ojos, y encontraba en ellos un montón de cosas que la hacían estremecer. Pero si le gustaba tanto a las demás, ¿por qué no se arriesgaban ellas a probar al caballero? Esto fue lo que dijo un día a Virginia, que se mostraba la más enardecida. Entonces la señora Lerat y Virginia, para calentarle la cabeza, le contaron los amores de Lantier con Clemencia. Sí, ella no se había apercebido de nada, pero en cuanto salía a algún encargo, el sombrerero metía a la obrera en su cuarto. Ahora se les encontraba juntos, y él la iba a ver a su casa.

—¿Y qué? —dijo la planchadora, con la voz un tanto temblorosa—. ¿Qué puede importarme a mí eso?

Y miraba los amarillos ojos de Virginia, donde relucían chispitas doradas, como en los de los gatos. ¿Se proponía esta mujer que ella se pusiera celosa? Pero la costurera recuperó su aspecto de tonta y respondió:

—Desde luego, no debe importarte mucho... Pero debías aconsejarle que dejara a esa chica, que no puede proporcionarle más que disgustos.

Lo peor era que Lantier conocía que se le apoyaba, y cambiaba de maneras respecto a Gervasia. Ahora, cuando le daba la mano, le retenía un instante los dedos entre los suyos. La perseguía con la mirada, fijando en ella ojos atrevidos, donde leía claramente lo que le pedía. Si pasaba detrás de ella le hundía las rodillas en las faldas, la soplaba en el cuello como para adormecerla. No obstante, esperaba aún para declararse y no parecer brutal. Hasta que una tarde, encontrándose solo con ella, la empujó, sin decir una palabra, arrinconándola contra la pared en el fondo de la tienda e intentó besarla. La casualidad hizo que Goujet entrara en aquel momento; entonces ella pudo escaparse. Los tres cambiaron algunas palabras, como si no hubiera pasado nada. Goujet, completamente pálido, había bajado la cabeza imaginándose que les molestaba, y que ella acababa de revolverse para no ser besada delante de la gente.

Al día siguiente Gervasia trajinó por la tienda muy triste, incapaz de planchar un pañuelo; sentía necesidad de ver a Goujet y explicarle cómo Lantier la empujó contra la pared. Pero desde que Esteban estaba en Lille no se atrevía a entrar en la fragua, donde Bec-Salé, o Boit-sans-Soif, la acogían con sonrisas guasonas. Sin embargo, a mediodía, cediendo a su impulso, marchó con el pretexto de recoger unas enaguas en casa de una parroquiana de la calle Portes-Blanches. Cuando estuvo en la calle Marcadet, ante la fábrica de clavos, acertó el paso, esperando un encuentro providencial. Sin duda, por su parte, también Goujet la esperaba, pues no hacía ni cinco minutos que estaba allí cuando salió como por casualidad.

—¿Está usted de paseo? —dijo él, sonriendo débilmente—. ¿Va usted para casa?

Decía esto por hablar. Gervasia daba la espalda a la calle de Poissonniers. Subieron hacia Montmartre, el uno al lado del otro, sin darse el brazo. Lo hacían por alejarse de la fábrica, para que no pareciera que se habían citado en la misma puerta. Con la cabeza baja, seguían por la desempedrada calzada, en medio del ruido de las

fábricas. A doscientos pasos, con toda naturalidad, como si ellos hubieran estado de acuerdo, tiraron hacia la izquierda, siempre silenciosos y se metieron por un terreno sin edificar, entre un aserradero mecánico y una fábrica de botones, un pedazo de verde pradera, con manchas amarillas de hierba agostada; una cabra, atada a un poste, daba vueltas balando; al fondo, un árbol muerto se desgajaba a pleno sol.

—Verdaderamente, creería una encontrarse en el campo —murmuró Gervasia.

Fueron a sentarse bajo el árbol seco. La planchadora puso su cesta a sus pies. Enfrente de ellos el cerro de Montmartre destacaba sus altas casas amarillas y grises entre macizos de verdor, y volviendo más la cabeza podían ver el cielo de una pureza ardiente, manchado por un grupo de nubéculas blancas. La luz tan viva los cegaba y tuvieron que mirar, a ras del horizonte, las lejanas líneas del arrabal y seguían, sobre todo, la respiración del pequeño tubo del aserradero mecánico, que despedía bocanadas de humo. Los hondos suspiros que lanzaban parecía que les aliviaban sus pechos oprimidos.

—Sí —repuso Gervasia; embarazada por su silencio—, iba de paseo, había salido.

Después de haber deseado tanto una explicación, se encontraba sin saber qué decir. Estaba avergonzada. Y se daba cuenta de que habían ido allí los dos para hablar de eso, incluso hablaban y se entendían sin decir una palabra. El hecho de la víspera quedaba en ellos como un peso enorme.

Entonces, con lágrimas en los ojos, llena de tristeza, contó la agonía de la señora Bijardt, su lavandera, muerta por la mañana, después de espantosos dolores.

—Fue de una patada que le dio Bijardt —contaba con una voz dulce y monótona—. Se le ha hinchado el vientre. Sin duda le habrá roto algo en el interior. ¡Dios mío! Durante tres días se ha estado retorciendo. ¡Con menos motivo van otros a galeras! Pero buen trabajo tendría la justicia si se ocupara de las mujeres molidas por sus maridos. Golpe más, golpe menos, poca importancia tiene cuando se reciben todos los días; tanto más cuanto que la pobre mujer quería salvar a su hombre del cadalso, por lo que decía que se había aplastado el vientre al caer sobre un cubo... Ha pasado en un grito la noche antes de morir.

El herrero se callaba y arrancaba hierbas con sus dedos crispados.

—No hace ni quince días que había destetado a su hijo pequeño, a Julito; y hasta es una suerte, así el niño no padecerá... Hay que ver a la pobrecita de Lalie cargada con dos críos. No tiene ocho años y ya es seria y razonable como una verdadera madre. Pues con todo eso, su padre la muele a golpes... ¡Oh! ¡Hay seres que no han nacido más que para sufrir!

Goujet la miró y le dijo bruscamente, con los labios temblorosos:

—¡Qué daño me hizo usted ayer! ¡Oh, sí, mucho daño!

Gervasia, palideciendo, había juntado sus manos. Pero él continuaba:

—Ya sé, esto tenía que suceder... Pero usted debió tener confianza en mí, confesarme lo que pasaba para evitarme forjar ilusiones...

No pudo acabar. Ella se levantó, comprendiendo que Goujet la creía en relaciones con Lantier, como afirmaba el barrio; y con los brazos extendidos gritó:

—No, no, se lo juro... Me empujaba, quería besarme, es cierto; pero su cara no rozó la mía, y era la primera vez que trataba de hacerlo... ¡Oh, se lo juro por mi vida, por la de mis hijos, por todo lo que haya de más sagrado!...

Entretanto el herrero movía la cabeza. Desconfiaba, porque las mujeres acostumbran a negarlo todo. Entonces Gervasia, poniéndose muy seria, repasó lentamente:

—Ya me conoce usted, señor Goujet, no soy una embustera... Pues bien, ¡no! ¡No hay nada de eso, palabra de honor!... Y no será nunca, ¿oye usted? ¡Nunca! El día en que eso sucediera, yo sería la última de las últimas, y no merecería la amistad de un hombre honrado como usted.

Y según hablaba, tenía un rostro tan bello y tan lleno de franqueza, que él le tomó la mano y la hizo sentarse. Ahora respiraba a gusto, se reía en su interior. Era la primera vez que le tenía una mano entre las suyas. Quedáronse mudos los dos. En el cielo las nubéculas blancas se movían con lentitud de cisne. A un lado la cabra, vuelta hacia ellos, los miraba, lanzando de cuando, un balido muy dulce. Y sin soltarse los dedos y con los ojos anegados de ternura, se perdían a lo lejos, por la pendiente de Montmartre nebuloso, entre la alta enramada de chimeneas de fábricas rayando el horizonte, en aquellos aledaños gredosos y desolados, donde las manchas de los tabernuchos les conmovían hasta derramar lágrimas.

—Su madre no me quiere —dijo Gervasia en voz baja—, yo lo sé. No diga que no... Le debemos tanto dinero.

Pero él mostróse hasta brutal para hacerla callar. Le sacudió la mano como si fuera a rompérsela. No quería que hablase del dinero. Estuvo dudando un momento y por fin dijo:

—Escuche; hace mucho tiempo que pienso proponerle una cosa... Usted no es feliz. Mi madre asegura que la vida cambia para ustedes...

Se detuvo un poco sofocado.

—Pues bien, vámonos juntos...

Ella le miró, sin comprender claramente, sorprendida por esta ruda declaración de un amor del que nunca le había dicho nada.

—¿Qué dice? —preguntó ella.

—Sí —continuó él, con la cabeza baja—. Nos iremos, viviremos en cualquier parte, en Bélgica si quiere... Es casi mi país... Trabajando los dos marcharemos muy bien.

Ella se puso roja. Él la habría besado de buena gana. Tenía gracia proponerle un rapto como sólo pasa en las novelas, y en la alta sociedad. A su alrededor veía constantemente a obreros: que hacían el amor a mujeres casadas y no se las llevaban ni a Saint-Denis, arreglábanse allí, sin tantas ceremonias.

—¡Ah, señor Goujet, señor Goujet!... —murmuró sin saber qué decir.

—Estaríamos los dos solos —repuso él—. Me molestan los demás, ¿comprende usted?... Cuando siento afecto por una persona no la quiero entre otros.

Ella, más calmada, rechazaba ahora y le exponía sus razonamientos.

—No es posible, señor Goujet. Eso estaría muy mal... Estoy casada, tengo hijos... Yo sé bien que usted me quiere y que yo le hago sufrir. Tendríamos remordimientos y no podríamos gozar de nuestra dicha. Yo también le quiero a usted, y le quiero demasiado para consentir que haga tonterías, porque eso sería una tontería... Vale más quedar como hasta ahora. Nos estimamos, estamos de acuerdo en el mismo sentimiento. Ya es bastante, esto me ha sostenido más de una vez. Cuando en nuestra posición se sigue siendo honrado, la recompensa es maravillosa.

Él movía la cabeza al escucharla. Aprobaba, en la imposibilidad de contradecirla. De repente, en pleno día, la tomó en sus brazos y la estrechó hasta estrujarla, la dio un beso, furioso en el cuello, como si hubiera querido comerle la piel. Después la soltó, sin pedir otra cosa, y no volvió a hablar más de sus amores. Ella se desprendía, sin enojarse, comprendiendo que bien ganado tenían los dos aquel pequeño placer.

El herrero, entretanto, sacudido de la cabeza a los pies por un gran estremecimiento, se apartaba de su lado para no ceder al deseo de volver a abrazarla; y se arrastraba de rodillas, no sabiendo en qué ocupar sus manos, cogiendo dientes de león, que desde lejos le echaba en la cesta. En medio de la verde pradera, veíanse unos dientes de león amarillos, soberbios. Poco a poco este juego le calmó, le distrajo; con sus dedos rígidos por el trabajo del martillo, arrancaba delicadamente las flores lanzándolas una a una, y sus ojos bondadosos reían cuando aquéllas caían en la cesta. La planchadora estaba reclinada contra el árbol seco, alegre y reposada, alzando la voz para hacerse oír entre el fuerte ruido del aserradero mecánico. Abandonaron el solar, uno al lado del otro, charlando de Esteban, que se divertía mucho en Lille, y ella se llevó su cesta llena de florecillas.

En el fondo, Gervasia no se sentía ante Lantier tan valerosa como decía. Desde luego, estaba resuelta a no dejarse tocar ni el pelo de la ropa; pero temía, si llegaba a rozarla, su antigua cobardía, aquella blandura y aquella complacencia, a las cuales se entregaba para hacerse agradables todo el mundo. Lantier, por su parte, no volvió a intentar nada. Se encontró varias veces solo con ella y permaneció tranquilo. Parecía ahora ocupado de la tripicallera, una mujer de cuarenta y cinco años, muy conservada. Gervasia, delante de Goujet, hablaba de ella con el fin de tranquilizarle, y contestaba a Virginia y a la señora Lerat, cuando éstas elogiaban al sombrerero, que bien podía pasarse sin su admiración, puesto que todas las vecinas le hacían carantoñas.

Coupeau decía a todo el barrio que Lantier era un verdadero amigo. Ya podían charlar cuanto quisieran, él sabía lo que sabía y se mofaba de las habladurías, desde el momento en que él obraba honradamente. Cuando salían los tres los domingos, obligaba a su mujer y al sombrerero a caminar delante de él, cogidos del brazo, lo que hacía asombrar a cuantos les conocían; y él miraba a las gentes, dispuesto a

suministrarles un linternazo si se hubieran permitido la menor broma. Era indudable que encontraba a Lantier un tanto presuntuoso, acusándole de hacer melindres ante el aguardiente, y le tomaba el pelo porque sabía leer y hablaba como un abogado. Pero, aparte de esto, declaraba que no había cosa mejor. No se habrían encontrado dos tan sinceros como él en la Chapelle; en fin, que ellos se comprendían, estaban hechos el uno para el otro. La amistad con un hombre es más sólida que el amor con una mujer.

En honor a la verdad, hay que añadir que se daban los dos juntitos grandes banquetes. Lantier pedía dinero prestado a Gervasia, unas veces diez, otras veinte francos, cuando se daba cuenta que había abundancia en la casa. Siempre lo pedía para sus grandes negocios. Cuando esto sucedía, arrastraba a Coupeau, proponiéndole una larga correría; y acodados en una mesa, frente a frente, en algún restaurante vecino, se llenaban el estómago con platos que no podían tomar en casa, acompañándolos con vino de marca. El plomero hubiera preferido platos más sencillos, pero no obstante estaba impresionado por los gustos aristocráticos del sombrerero, que leía en el menú nombres extraordinarios. No podía formarse idea de hombre más descontentadizo y más difícil. Al parecer debían de ser así en el Mediodía. No quería nada caliente y discutía cada guisado desde el punto de vista de la salud, devolviendo los platos cuando le parecían demasiado salados o con mucha pimienta. Aun era peor para las corrientes de aire; les tenía verdadero pánico, alborotaba todo el establecimiento si dejaban una puerta entreabierta. Y con todo eso, era la mezquindad en persona: no daba más que diez céntimos de propina al camarero por comidas de siete y ocho francos. Todo el mundo, no obstante, temblaba ante él, y bien que se le conocía en todos los bulevares exteriores, desde Batignolles a Belleville. Iban al final de la calle Batignolles a comer callos a estilo de Caen, que los servían en pequeños recipientes. En la parte baja de Montmartre, encontraban las mejores ostras del barrio, en la *Ville de Bar-le-Duc*. Cuando se decidían a ir a la cumbre del cerrillo, hasta el *Moulin-de-la-Galette*; se comían un guisado de conejo. En la calle de los Mártires, los *Lilas* tenían la especialidad en cabeza de ternera; mientras que en la calzada Clignancourt, los restaurantes *Lion d'Or* y *Deux Marronniers*, les presentaban riñones saltados como para chuparse los dedos. A menudo tiraban hacia la izquierda, del lado de Belleville, allí tenían su mesa reservada en *Vendanges de Bourgogne*, en el *Cadran Bleu* y en *Capucin*, casas de confianza, donde podían pedir de todo con los ojos cerrados. Eran escapatorias escondidas, de las que hablaban al día siguiente a medias palabras, mientras se tragaban las patatas de Gervasia. Hasta llegó un día en que Lantier llevó a una mujer a un bosquecillo del *Moulin-de-la-Galette*, con la que le dejó Coupeau a los postres.

Como es natural, no se puede andar de fiesta y trabajar. Así, pues, desde la entrada de Lantier en la casa, el plomero, que ya no andaba muy bien, llegó a no tocar una sola herramienta. Cuando por fin se decidía a contratarse, cansado de andar vagueando, el compañero volvía a hostigarle hasta el taller, burlándose cuando le encontraba colgado con su cuerda de nudos, como si fuese un jamón ahumado; y le

gritaba para que bajase a echarse un traguillo. Y cosa sabida, el plomero dejaba el trabajo durante días y días. Eran escapatorias famosas, pasaban revista general a todos los figones del barrio, durmiendo la borrachera de la mañana por la tarde y empalmándola con la de por la noche; las rondas de aguardiente se sucedían, perdiéndose en la noche, semejantes a los farolillos de una fiesta, hasta que la última luz se apagaba con la postrera copa. ¡Aquel animal de sombrerero no llegaba nunca hasta el final! Le dejaba a él alumbrarse, lo soltaba y volvía a casa sonriendo con aspecto amable. Él se alegraba también pero no se lo notaban. El que lo conocía bien, se lo advertía en los ojos que se le achicaban, y en sus ademanes más atrevidos con las mujeres. El plomero, por el contrario, se ponía insoportable, no podía beber sin caer en un estado repugnante.

Hacia los primeros días de noviembre, Coupeau hizo una escapatoria que acabó de una manera desagradable para él y para los demás. Había encontrado trabajo la víspera. Lantier, esta vez, estaba animado de las mejores intenciones; ensalzaba el trabajo, diciendo que ennoblece al hombre. Incluso por la mañana se levantó muy temprano y quiso acompañar a su amigo al taller, solemnemente, honrando en él al obrero verdaderamente digno de ese nombre. Pero cuando llegaron a la *Petite-Civette*, que abría en ese momento, entraron a tomar un vasito, nada más que uno, con el solo fin de brindar juntos por la firme resolución de una buena conducta. Enfrente del mostrador, en un banco, Bibi-la-Grillade, con la espalda apoyada en la pared, fumaba su pipa, con cara de pocos amigos.

—¡Atiza! Bibi con mala cara —dijo Coupeau—. ¿Estás amoscado, amigo mío?

—No, no —respondió el camarada estirando los brazos—. Son los patrones los que molestan... He despachado ayer al mío..., Son todos unos sinvergüenzas y unos canallas...

Y Bibi-la-Grillade aceptó una guinda. Probablemente estaba allí esperando que le convidaran. Sin embargo, Lantier defendía a los patrones; de vez en cuando tienen sus quiebras, ya sabía él algo de eso, pues acababa de salir de los negocios. ¡Buenos estaban los obreros! Siempre de juerga, burlándose del trabajo, plantando al fabricante a la mitad de un encargo y volviendo cuando ya no tienen ni un cobre. Recordaba que había tenido un obrero de Picardía, que tenía la manía de hacerse llevar en coche; sí, en cuanto cobraba su semana, tomaba el coche y no lo soltaba. ¿Aquello estaba bien en un obrero? Bruscamente se puso a atacar a los patrones. ¡Oh!, él veía claro; decía las verdades a cada uno. Una raza de canallas al fin y al cabo, explotadores sin vergüenza, esquilmadores de la humanidad. Él, gracias a Dios, podía dormir con la conciencia tranquila, pues siempre había obrado como verdadero amigo con sus obreros y había preferido no ganar millones como los otros.

—Andando, amigo —dijo dirigiéndose a Coupeau—. Hay que ser formal, sino vamos a llegar tarde.

Bibi-la-Grillade, con los brazos colgando, salió con ellos. Afuera apenas empezaba a apuntar el día, una tenue claridad enturbiada por el cenagoso reflejo del

pavimento. Había llovido el día anterior y la temperatura era muy agradable. Acababan de apagar los faroles de gas; la calle, aún en penumbra, se llenaba del sordo rumor de los pasos de los obreros que marchaban hacia París. Coupeau, con su estuche de plomero puesto a la espalda, ofrecía el aspecto de un ciudadano que va a hacer algo una vez por casualidad. Se volvió y preguntó:

—Bibi, ¿quieres contratarte? El patrón me rogó que llevara a algún amigo, si podía.

—Gracias —respondió Bibi-la-Grillade—, estoy de purga. Propónselo a Mes-Bottes, que buscaba ayer dónde meterse... Espera, seguramente está allí dentro.

Y en efecto, al llegar al final de la calle, vieron, a Mes-Bottes en la taberna del tío Colombe. A pesar de lo temprano de la hora, la taberna resplandecía con las ventanas abiertas y el gas encendido. Lantier se quedó en la puerta, recomendando a Coupeau que se diera prisa, pues no les quedaban más que diez minutos.

—¡Cómo!, ¿pero vas a casa de ese animal de Bourguignon? —gritó Mes-Bottes, cuando el plomero le hubo explicado—. No será tan fácil que a mí me encierren en esa caja. Prefiero andar con la lengua fuera hasta el año que viene... Ya verás cómo no paras allí ni tres días; ¡cuando yo te lo digo!

—¿Pero están en mal sitio? —preguntó Coupeau inquieto.

—Lo peor que puedas imaginarte. Siempre tienes al mono a tu espalda con unas pretensiones... La patrona trata siempre de borracho a todo el mundo, y además está prohibido escupir... Les he enviado a freír espárragos desde el primer día.

—Bueno, ahora que estoy prevenido, creo que no podré estar allí ni un momento...; pero voy a probar esta mañana, y si el patrón me molesta, lo agarro y lo siento sobre su mujer, ya sabes, pegados como un par de lenguados.

El plomero sacudía la mano del compañero para darle las gracias por sus buenos informes; ya se iba, cuando Mes-Bottes se enfadó. ¡Rayos!, ¿pero por causa de Bourguignon no iban a echar un traguito juntos? ¿Pero es que ya no había hombres? Bien podía esperar cinco minutos el mono. Lantier aceptó la ronda y entró, quedándose los cuatro obreros de pie ante el mostrador. Entretanto, Mes-Bottes, con sus zapatos sin tacones, la blusa llena de manchas y la gorra aplastada sobre el occipucio, chillaba fuerte y lanzaba miradas de amo y señor, alrededor de la taberna. Acababa de ser proclamado emperador de los borrachos y rey de los cerdos, por haberse comido una ensalada de abejorros vivos y mordido un gato muerto.

—Oiga usted, ¡especie de Borgia! —gritó al tío Colombe—, dénos la dorada de sus orines de asno, número uno.

Y no bien hubo llenado los cuatro vasos el tío Colombe, pálido y tranquilo en su jersey azul, cuando ya se los habían bebido de un trago, para no dejar que se evaporase el líquido.

—Esto siempre hace bien por donde moja —murmuró Bibi-la-Grillade.

Pero aquel animal de Mes-Bottes no dejaba de contar cosas chistosas. El viernes estaba tan borracho que sus camaradas le habían pegado la pipa en la boca con un

puñado de yeso. Otro se hubiera, puesto hecho una fiera, pero él hinchaba el pecho y se pavoneaba.

—¿Van a tomar más estos señores? —preguntó el tío Colombe con su voz pastosa.

—Sí, una ronda más —dijo Lantier—. Ahora me toca a mí.

Luego se pusieron a hablar de las mujeres. Bibi-la-Grillade, el domingo último, había llevado a su amor a Montrouge, a casa de una tía. Coupeau pidió noticias de *La melle des Indes*, una planchadora de Chaillot, conocida en el establecimiento. Iban a beber, cuando Mes-Bottes, violentamente llamó a Goujet y a Lorilleux, que pasaban por allí. Estos se acercaron a la puerta, pero no quisieron entrar. El herrero no sentía necesidad de tomar nada, y el cadenista, pálido y tiritando, estrechaba en su bolsillo las cadenas de oro que llevaba; tosía y se excusaba, diciendo que una sola gota de aguardiente le ponía hecho una cuba.

—¡Vaya cucarachas! —gruñó Mes-Bottes—. Debían tirarse en un rincón.

Y en cuanto hubo metido la nariz en su vaso, la emprendió con el tío Colombe.

—¡Eh, viejo zorro, has cambiado de botella!... Ya sabes que conmigo no hay que disfrazar el matarratas.

El día iba adelantando, una opaca claridad daba luz a la taberna, cuyo patrón apagaba el gas. Coupeau excusaba a su cuñado por no poder beber, ya que, después de todo, aquello no era un crimen. Incluso aprobó a Goujet, diciendo que era una gran suerte no tener nunca sed. Hablaba de ir a trabajar, cuando Lantier vino a darle una lección con sus pretensiones de hombre de altura: tenía que pagar su ronda antes de marcharse; no se dejaba a los amigos como un belitre, ni aun para irse al trabajo.

—¿Es que nos va a fastidiar mucho tiempo con su trabajo? —gritó Mes-Bottes.

—¿Le toca al señor? —preguntó el tío Colombe a Coupeau.

Éste pagó su vez, pero cuando le llegó el turno a Bibi-la-Grillade, se inclinó al oído del patrón, quien se negó con un lento movimiento de cabeza. Mes-Bottes comprendió y se puso a insultar a aquel cicatero del tío Colombe. ¡Pero, cómo! ¡Un bribón de su calaña se permitía malos modales con un camarada!... Todos los taberneros hacían la vista gorda. Era preciso venir a los tugurios para ser insultado de ese modo. El patrón permanecía tranquilo, balanceándose sobre sus gruesos puños, sobre el mostrador, repitiendo cortésmente:

—Préstele dinero al señor, eso será mucho más sencillo.

—¡Ira de Dios! Claro que se lo prestaré —chilló Mes-Bottes—. ¡Toma, Bibi, tírale el dinero a la cara a ese perro!

Lanzado ya, y como se encontrase molesto con el saco que Coupeau llevaba al hombro, continuó dirigiéndose al plomero:

—Pareces un ama de cría. Tira tu zorro. Eso vuelve jorobado a los hombres.

Coupeau dudó un momento y apaciblemente, como si se hubiera decidido después de profundas reflexiones, dejó su saco en tierra, diciendo:

—Es muy tarde. Iré a casa de Bourguignon después de comer. Diré que mi costilla ha tenido cólico... Escuche, tío Colombe, dejo aquí mis herramientas bajo esta banqueta, las recogeré a mediodía.

Lantier aprobó con un movimiento de cabeza, claro está que se debe trabajar, no cabe duda; pero si se encuentra uno con los amigos, la cortesía es ante todo. Un deseo de embriagarse les había ido cosquilleando poco a poco a los cuatro, que, con las manos caídas, se consultaban con la mirada. En vista de que tenían cinco horas libres antes, les entró gran alegría, dándose cachetes y lanzándose a la cara palabras de ternura. Coupeau, sobre todo, aliviado, rejuvenecido, llamaba a los otros «mis viejos amigos». Tomaron una ronda más y después marcharon a la *Puce qui renifle*, pequeño tabernucho, donde había un billar. El sombrerero no puso muy buena cara, porque no era una casa muy limpia: el aguardiente valía allí un franco el litro, cincuenta céntimos una media pinta en dos vasos, y la concurrencia de aquel lugar había hecho tantas porquerías en el billar que las bolas se pegaban. Pero comenzada la partida, Lantier, que tenía un golpe de taco extraordinario, recobró su buen humor, ensanchando su torso y acompañando con un movimiento de caderas cada carambola.

Cuando llegó la hora de almorzar, a Coupeau se le ocurrió una idea. Dio una patada en el suelo, exclamando:

—Hay que ir a buscar a Bec-Salé; yo sé dónde trabaja... Lo llevaremos a comer patitas a la *poulette* a casa de la tía Luisa.

La idea fue acogida con exclamaciones. Sí, Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, tendría ganas de comer patitas a la *poulette*. Se pusieron en marcha. Las calles estaban amarillas, una lluvia menuda caía, pero ellos tenían demasiado calor en su interior para sentir esa ligera rociada sobre sus cuerpos. Coupeau los llevó a la calle Marcadet, a la fábrica de pasadores. Como llegaron una media hora larga antes de la salida, el plomero dio diez céntimos a un chiquillo para que entrase a decir a Bec-Salé que su costilla se encontraba mal y le llamaba con urgencia. El obrero apareció en seguida, balanceándose, con aspecto tranquilo y olfateando la juega.

—¡Ah, borrachos! —dijo en cuanto los vio ocultos tras de una puerta—. Me lo había figurado, ¿qué hay para comer?

Mientras chupaban los huesecillos de las patas, en casa de la tía Luisa, volvieron sobre el tema de los patrones. Bec-Salé contaba que en su cárcel había un pedido que corría prisa. ¡Caramba! El mono se ablandaba por momentos, aunque se faltase a la llamada no se enfadaba, y podía darse por contento cuando se volvía. En primer lugar no había peligro de que ningún patrón se atreviera nunca a despedir a Bec-Salé, porque no abundaban mozos de su capacidad. A continuación de las patitas se tragaron una tortilla. Cada uno se tomó su botella de vino. La tía Luisa lo traía de la Auvernia, un vino color de sangre que se podía cortar con el cuchillo. Aquello comenzaba a estar chistoso. La reunión se animaba.

—¿Qué se propone ese diablo de mono con venir a picarme? —gritó Bec-Salé ya a los postres—. Pues no se le acaba de ocurrir poner una campana en su barraca. Una

campana está bien para los esclavos...; pues lo que es hoy puede tocar cuánto quiera. Ya pueden caer rayos y porque lo que es yo no vuelvo al yunque. Ya van cinco días que trabajo como un negro, bien puedo tener una compensación. Si me suelta una bronca lo mando a paseo.

—En cuanto a mí —dijo Coupeau dándose importancia—, me veo en la necesidad de dejaros, porque voy a trabajar. He jurado a mi mujer... Divertíos, mi corazón se queda aquí con mis camaradas, bien lo sabéis.

Los demás se burlaban, pero él estaba tan decidido, que todos le acompañaron cuando habló de ir por sus herramientas a casa del tío Colombe. Tomó el saco de debajo de la banqueta y se lo puso delante mientras trasegaba la última copa. Era la una, y la reunión continuaba bebiendo. Entonces Coupeau, con cara de aburrimiento, volvió a poner sus útiles bajo la banqueta; le molestaban, no podía aproximarse al mostrador sin tropezar con ellos. ¡Qué bobada! Ya iría al día siguiente a casa de Bourguignon. Los otros cuatro, que andaban a la greña a propósito de los salarios, no se asombraron cuando el plomero, sin más explicaciones les propuso dar una vueltecita por el bulevar para estirar las piernas. La lluvia había cesado, la vueltecita se limitó a andar doscientos pasos, en hilera, con los brazos caídos; no sabían qué decirse, sorprendidos por el aire y aburridos por encontrarse fuera. Lentamente, sin haberse consultado siquiera con el codo, subieron instintivamente la calle de Poissonniers y entraron en casa de Francisco para tomarse un vasito. Tenían necesidad de esto para ponerse a tono. En la calle se hallaban demasiado tristes, y había tanto barro que ni un guardia municipal podía salir a la puerta. Lantier introdujo a los camaradas en el gabinete, un rincón estrecho ocupado por una sola mesa, separado de la sala general por una mampara de vidrios deslustrados. De ordinario, él, se emborrachaba allí, porque resultaba más decoroso. ¿No se encontraban allí bien los camaradas? Podrían creerse en su casa y hasta echar un sueño con toda comodidad. Pidió el periódico, lo extendió del todo y lo recorrió frunciendo el ceño. Coupeau y Mes-Bottes habían comenzado una partida de piquet. Tenían dos botellas y cinco vasos sobre la mesa.

—Vamos a ver, ¿qué es lo que canta ese papel? —preguntó Bibi-la-Grillade al sombrerero.

Éste no contestó en seguida y luego, sin alzar la vista, dijo:

—Aquí está la Cámara: he aquí republicanos de a cuatro céntimos. ¡Estos cochinos republicanos de la izquierda! ¿Acaso los nombra el pueblo para relamerse con el agua azucarada? Aquí hay uno que cree en Dios y le hace carantoñas a esa canalla de ministros. Si a mí me nombraran, subiría a la tribuna y diría: ¡Mierda! Nada más, ésta es mi opinión.

—¿No sabéis que Badinguet se ha dado de pescozones con su cara mitad, la otra noche, en presencia de toda la corte? —preguntó Bec-Salé—. ¡Palabra de honor! Por un quitame allá esas pajas. Badinguet estaba bebido.

—¡Dejadnos en paz con vuestra política! —gritó el plomero—. Leed los asesinatos que es mucho más divertido.

Volviendo a su juego, anunciando una tercera al nueve y tres damas, dijo:

—Tengo una tercera a fondo y tres palomas... Los miriñaques no me abandonan.

Vaciaron los vasos, y Lantier se puso a leer en alta voz:

«Un crimen espantoso acaba de llenar de consternación a la Comuna de Gaillon (Sena y Marne). Un hijo ha matado a su padre a azadonazos para robarle un franco y medio...».

Todos lanzaron un grito de horror. ¡Con cuánto gusto lo hubieran visto ajusticiar! No, la guillotina no era bastante; cortado en pedacitos hubiera estado mejor. El relato de un infanticidio les sublevó igualmente; pero el sombrerero, muy moral, excusó a la mujer, echando toda la culpa al seductor; porque, en verdad, si un canalla de hombre no hubiese hecho un chiquillo a aquella desgraciada, ésta no se habría visto precisada a tirarlo en ningún retrete. Pero lo que más les entusiasmó fueron las hazañas del marqués de T... Al salir de un baile a las dos de la madrugada, se defendió contra tres atracadores en el bulevar de los Inválidos; sin quitarse siquiera sus guantes, se desembarazó de los dos primeros ladrones dándoles cabezazos en el vientre y condujo al tercero al puesto de guardia por una oreja. ¡Vaya puños! ¡Lástima que fuera noble!

—Escuchad esto —continuó Lantier—. Paso a las noticias de sociedad:

«La condesa de Prétigny casa a su hija mayor con el joven barón de Valancay, ayuda de campo de S. M. En su canastilla figuran encajes por valor de más de trescientos mil francos...».

—¿Y qué nos importa eso? —interrumpió Bibi-la-Grillade—. No se les pregunta por el color de la camisa... Por muchos encajes que lleve la pequeña no dejará de ver la luna por el mismo agujero que los demás.

Y como Lantier hiciera ademán de terminar su lectura, Bec-Salé, por mal nombre Boit-sans-Soif, le quitó el periódico y se sentó encima diciendo:

—¡Bueno, bueno!... Ya está puesto a calentar: el papel no sirve más que para eso.

Entretanto Mes-Bottes, que atendía a su juego, dio un puñetazo triunfal sobre la mesa; hacía noventa y tres.

—Tengo la Revolución —gritó—. Quinta comedora, llevando su punto en la hierba a la vaca... ¿Veinte?, ¿verdad?... En seguida, tercera mayor en los vidrieros, veintitrés; tres reyes, veintiséis; tres sotas, veintinueve, y tres ases, noventa y dos... Y juego. Año primero de la República, noventa y tres.

—¡Te apabulló, querido amigo! —gritaron los demás a Coupeau.

Pidieron dos botellas más. Los vasos no estaban un momento vacíos, y la borrachera iba en aumento. Hacia las cinco, aquello comenzaba a estar repugnante, a tal punto que Lantier se callaba pensando en largarse; desde el momento en que se vociferaba y se tiraba el vino por el suelo, ya le desagradaba. Precisamente en aquel momento Coupeau se levantó para hacer la señal de la cruz de los borrachos.

Llevándose la mano a la cabeza, pronunció Montparnasse; sobre el hombro derecho, Menilmonte, y sobre el izquierdo, Lacourtille; sobre el medio del vientre, Bagnolet, y sobre la boca del estómago, tres veces, conejo saltado. Entonces el sombrerero, aprovechando la gritería que se armó, tomó tranquilamente el portante. Los camaradas no se dieron cuenta de su partida. Lantier llevaba ya una buena tajada. Pero en cuanto estuvo fuera, se despezó y recobró su aplomo; marchó tranquilamente a la tienda y contó a Gervasia que Coupeau estaba con los amigos.

Transcurrieron dos días, y el plomero no había regresado. Daba vueltas por el barrio, pero no se sabía a punto fijo dónde. No faltó quien dijera que lo había visto en casa de la tía Baquet, en el *Papillon*, en el *Petit bonhomme qui tousse*. Sólo que, mientras unos aseguraban que estaba solo, otros decían que le habían encontrado en compañía de siete u ocho borrachines de su calaña. Gervasia alzaba los hombros con resignación. ¡Dios mío!, había que irse acostumbrando. Ella no corría tras de su hombre; incluso si lo veía en una taberna daba un rodeo para no encolerizarlo y esperaba que volviera escuchando por la noche si se le oía roncar a la puerta. Solía dormir sobre un montón de basura, o en medio del arroyo. Al día siguiente, con su embriaguez mal dormida, volvía a llamar a las puertas de sus consuelos y se entregaba nuevamente al vértigo furioso de la bebida entre vasitos, copas y botellas, perdiendo y volviendo a encontrar a sus amigos, emprendiendo correrías de las que regresaba lleno de estupor, viendo bailar las calles, caer la noche y renacer el día, sin más idea que la de beber y dormir la borrachera donde la pillaba. Cuando la dormía, todo había concluido. Sin embargo, Gervasia fue al segundo día a la taberna del tío Colombe para saber qué pasaba; le habían visto allí cinco veces, era todo lo que podían decirle. Tuvo que contentarse con recoger las herramientas que se habían quedado bajo el banco.

Por la noche, Lantier; viendo a la planchadora contrariada, le propuso llevarla al café concierto, simplemente para pasar un rato agradable. Empezó por rechazar, pues no estaba de humor para bromas. Si no hubiera sido esto, no habría dicho que no, pues el sombrerero le hacía su ofrecimiento con ademán demasiado honrado para que temiese cualquier traición. Parecía interesarse por su desgracia y se mostraba verdaderamente paternal. Nunca había dejado Coupeau de dormir dos noches seguidas fuera de su casa. Así que, a pesar suyo, cada diez minutos, iba a asomarse a la puerta sin soltar su plancha, mirando a los dos extremos de la calle para ver si su hombre aparecía. Esto le produjo en las piernas una comezón que le impedía estarse quieta. Con toda seguridad, Coupeau podía romperse un miembro, caer bajo un coche y quedarse en el sitio; se libraría bonitamente de él y hasta evitaría guardar en su corazón el menor cariño por un grosero personaje de esa laya. Era a todas luces irritante preguntarse cada momento si volvería o no.

Cuando encendieron el gas, como Lantier le propusiese de nuevo ir al café concierto, aceptó. Después de todo, bien tonta era en privarse de un capricho cuando su marido hacía tres días que llevaba vida de polichinela. Puesto que él no volvía,

también ella iba a salir. La tienducha ardería, si se le ponía en la cabeza; ella misma le prendería fuego. De tal modo la vida comenzaba a cansarla.

Cenaron de prisa. Al salir del brazo del sombrerero, a las ocho de la noche Gervasia rogó a mamá Coupeau y a Naná que se metieran en la cama en seguida. Cerró la tienda. Se marchó por la puerta del patio y dio la llave a la señora Boche, diciéndole que si el cerdo de su marido volvía, tuviese la bondad de acostarle. El sombrerero esperaba en la puerta, bien vestido y silbando una canción. Ella llevaba su vestido de seda. Subieron lentamente la acera, cerca uno del otro, iluminados por las luces de las tiendas, que les hacían visibles, hablando a media voz y sonriendo.

El café concierto estaba en el bulevar de Rochechouart, antiguo cafetín que se había ensanchado por medio de un patio, con cubierta de tablas. En la puerta, una guirnalda de bombas de cristal, trazaba un pórtico luminoso. Grandes anuncios, pegados en tableros, se veían apoyados en el suelo, al ras del arroyo.

—Ya estamos —dijo Lantier—. Esta noche debuta la señorita Amanda, cancionista de género.

Reparó en Bibi-la-Grillade que leía también el cartel. Bibi tenía un ojo amoratado, tal vez por algún puñetazo que le largaron el día anterior.

—¿Qué es de Coupeau? —preguntó el sombrerero, buscando a su alrededor—. ¿Lo habéis perdido?

—Ya hace rato; desde ayer —respondió el otro—. Se armó una tremolina al salir de casa de la tía Baquet. Pero a mí no me hacen gracia los juegos de manos. Hubo sus más y sus menos con el hijo de la tía Baquet, que quería cobrarnos dos veces una botella... Yo, entonces, me largué; me fui a echar un sueñecito.

Todavía bostezaba, y eso que había dormido diez horas. Estaba completamente sereno, más con el rostro embrutecido y con su chaquetón lleno de plumillas, pues, seguramente, se había acostado sin desnudarse.

—¿Y no sabe usted dónde estará mi marido? —interrogó la planchadora.

—En absoluto... Eran las cinco cuando salimos de casa de la tía Baquet. ¡Esto es todo!... Tal vez se fue calle abajo. Sí, y hasta creo recordar haberle visto entrar en *Papillon* con un cochero... ¡Qué estupidez! ¡Es como para matarse!

Lantier y Gervasia pasaron una deliciosa velada en el café concierto. A las once, cuando cerraron las puertas, volvieron tranquilamente, sin darse prisa. El frío se dejaba sentir y la gente se retiraba por grupos; veíanse muchachas que se desternillaban de risa, bajo los árboles, en la sombra, porque los hombres bromeaban con ellas demasiado cerca. Lantier cantaba entre dientes una de las canciones de la señorita Amanda: «Es en la nariz donde me hace cosquillas». Gervasia, como si estuviera ebria y aturdida, repetía el estribillo. Había sentido mucho calor dentro, y además, los dos refrigerios que bebió se le subieron a la cabeza, con el humo del tabaco y el olor de tanta gente aglomerada. Pero sobre todo se llevaba una viva impresión de la señorita Amanda. Jamás se habría atrevido ella a ponerse así, casi en cueros, ante el público. Pero había que ser justa: aquella mujer tenía una piel

envidiable. Escuchaba con curiosidad sensual a Lantier darle detalles sobre la persona en cuestión, como si él le hubiera contado las costillas en la intimidad.

—Todos duermen —dijo Gervasia, después, de haber llamado tres veces, sin que los Boche hubieran tirado del cordón.

Por fin, la puerta se abrió, pero el zaguán estaba obscuro, y cuando llamó en el cristal de la portería para pedir su llave, la portera, medio dormida, le empezó a contar una historia de la cual en un principio no entendió nada. Por último se dio cuenta de lo que se trataba: que el guardia municipal, Poisson, había traído a Coupeau en el estado más gracioso imaginable, y que la llave debía estar puesta en la cerradura.

—¡Diablo! —murmuró Lantier cuando hubieron entrado—. ¿Qué ha hecho aquí? Esto es una verdadera podredumbre.

En efecto, aquello olía de manera inaguantable. Gervasia, que buscaba los fósforos, andaba sobre algo húmedo. Cuando consiguió encender una vela se presentó ante sus ojos un lindo espectáculo: Coupeau había arrojado hasta las tripas, llenando toda la habitación; la cama estaba hecha una plasta, así como la alfombrilla; también a la cómoda habían llegado las salpicaduras. A todo esto, Coupeau, tendido sobre la cama donde Poisson debía haberle echado, roncaba en medio de toda aquella inmundicia. Allí se encontraba revolcado como un cerdo; una de sus mejillas veíase llena de suciedad; un pestilente aliento exhalaba de su abierta boca, y barría sus cabellos ya grises, la gran balsa formada alrededor de su cabeza.

—¡Oh, el cerdo, grandísimo cerdo! —repetía Gervasia indignada, exasperada—. ¡Cómo ha puesto todo! Ni un perro hubiera hecho otro tanto; un perro muerto es mucho más limpio.

Ninguno de los dos se atrevía a moverse, no sabiendo dónde poner los pies. Jamás había venido el plomero con una merluza semejante; ni había nunca puesto el cuarto de tal manera. A la vista de esto sufría un rudo golpe el sentimiento que su mujer podía todavía experimentar por él. Otras veces, cuando volvía achispado o alegre, ella se mostraba complaciente y sin repugnancia. Pero ahora era demasiado, su corazón se rebelaba. No había por dónde agarrarlo. La sola idea de que la piel de este granuja había de tocar la suya, le causaba repugnancia tal como si la hubieran obligado a acostarse al lado de un cadáver descompuesto por repulsiva enfermedad.

—Sin embargo, no tengo más remedio que acostarme —exclamó ella—. No puedo ir a dormir en mitad de la calle... Pasaré por encima de él.

Trató de saltar por encima del borracho, pero tuvo que sujetarse en una esquina de la cómoda para no resbalar en aquella suciedad. Coupeau obstruía completamente la cama. Entonces Lantier, en cuyos labios se veía una sonrisita, al darse cuenta de que ella no pegaría un ojo sobre su almohada aquella noche, le cogió una mano, diciendo en voz baja y ardiente:

—Gervasia...; escucha, Gervasia...

Pero ella, habiendo comprendido, se desprendió desatinada, tuteándole a su vez, como en otro tiempo.

—No, déjame... Te lo suplico, Augusto vete a tu cuarto... Ya me las arreglaré; subiré a la cama por los pies.

—Gervasia, vamos, no seas tonta —repitió—. Aquí huele muy mal; no te puedes quedar. Ven... ven..., ¿qué temes? No nos oye, vamos...

Gervasia luchaba, decía que no con la cabeza enérgicamente. En su turbación, y como para demostrar que se quedaría allí, empezó a desnudarse, echó su vestido de seda en una silla y se quedó de repente en camisa y en enagua, blanca por completo, con el cuello y los brazos al aire. Su cama le pertenecía, ¿no era así?, por tanto quería acostarse en ella. Por dos veces trató de encontrar un sitio limpio y pasar. Pero Lantier no desistía y la tomaba por la cintura, susurrándole palabras a fin de excitarla. ¡Estaba aviada, con un puerco de marido semejante, que le impedía meterse honradamente entre las sábanas, y con un lujurioso a su lado, que pensaba únicamente en aprovecharse de su desgracia para poseerla de nuevo! Como el sombrerero levantase la voz, le rogó que guardara silencio. Y lo escuchaba, puesto el oído en el dormitorio de Naná y mamá Coupeau. La pequeña y la vieja debían dormir, pues se oía una fuerte respiración.

—Augusto, déjame, vas a despertarlos —repuso con ademán suplicante—. Sé razonable. Otro día, en otra parte... Nunca aquí, delante de mi hija...

Él no hablaba ya, estaba risueño; y lentamente la besó en la oreja, lo mismo que la besaba en otro tiempo, para impacientarla y aturdira. Entonces se encontró sin fuerzas, sintió un enorme zumbido y un gran estremecimiento que sacudía su carne. Sin embargo, dio un paso más, pero tuvo que retroceder. No era posible, el asco era tan grande, el olor tomaba tales proporciones, que ella misma hubiese terminado por arrojar en las sábanas. Coupeau, como si estuviera en colchón de plumas, aplastado por la embriaguez, dormía la mona, con los miembros muertos y el cuello torcido. La calle entera podía haber entrado a besar a su mujer, sin que un solo pelo de su cuerpo se hubiese movido.

—Tanto peor —tartamudeó ella—; suya es la culpa, yo no puedo... ¡Ah, Dios mío, Dios mío! Él es quien me echa de su cama, ya no tengo cama... No, no puedo, suya es la culpa.

Temblaba, perdía la cabeza. Mientras que Lantier la empujaba a su cuarto, apareció el rostro de Naná en la puerta vidriera del gabinete, detrás de un cristal. La pequeña acababa de despertarse y se había levantado calladita, en camisa, pálida de sueño. Contempló a su padre revolcado en medio de tanta porquería, y luego, con la cara pegada contra el vidrio, quedóse allí, esperando que las enaguas de su madre desaparecieran en el cuarto de aquel otro hombre de enfrente. Estaba muy seria, muy abiertos sus ojos de niña viciosa, encendidos por una curiosidad sensual.

CAPÍTULO IX

En aquel invierno estuvo en un tris que mamá Coupeau no se muriera por un ataque de sofocación. Todos los años, allá por diciembre, estaba segura de que el asma la tendría en cama durante dos o tres semanas. No tenía ya quince años; iba a cumplir setenta y tres para San Antonio. Aparte de esto, andaba hecha una carraca, con arrechuchos a cada momento, a pesar de estar bien gruesa. Él médico decía que se iría cualquier día al toser, en menos tiempo del que se emplea para decir: «¡Buenas noches, Juanita, se apagó la vela!».

En cuanto caía en la cama, mamá Coupeau se volvía más mala que la sarna. Hay que decir que el cuarto donde dormía con Naná no tenía nada de alegre. Entre su cama y la de la niña había el hueco justo para poner dos sillas. El papel de las paredes, un viejo papel descolorido, caía a jirones. El redondo tragaluz, cerca del techo, dejaba pasar una claridad opaca y pálida de sótano. Forzosamente había que envejecer allí en aquel antro, y más aún una persona que no podía respirar. Todavía por la noche, cuando el insomnio se apoderaba de ella, se entretenía oyendo dormir a la pequeña, y era una distracción. Pero durante el día, como no se le hacía compañía desde por la mañana hasta la noche, refunfuñaba, lloraba y repetía, para ella sola, durante horas enteras dando vueltas con la cabeza sobre la almohada:

—¡Dios mió, qué desgraciada soy!... ¡Dios mío, qué desgraciada soy!... ¡Sí, me dejarán morir en una cárcel, sí, sí, en una cárcel!

Y cuando llegaba alguna visita, Virginia o la señora Boche, para preguntarle cómo seguía su salud, no contestaba, y comenzaba a contar sus innumerables quejas:

—¡Ay, qué caro es el pan que aquí me como! ¡No padecería tanto en casa de un extraño!... Miren; pedí una taza de tisana; pues bien, me han traído un puchero lleno, que es una manera de reprocharme que bebo demasiado... Es como Naná, esta niña que yo he criado; por las mañanas se levanta descalza y ya no la veo más. Cualquiera diría que huelo mal... Por la noche, sin embargo, duerme como un lirón, no se despierta ni una sola vez para preguntarme cómo me encuentro. En fin, les molesto, esperan que me muera... ¡No tardaré mucho! Ya no tengo hijo, esa sinvergüenza de planchadora me lo ha quitado. Me pegaría, acabaría conmigo, si no fuera por el temor a la justicia.

Gervasia, en efecto, se mostraba un tanto malhumorada en algunas ocasiones. La tienda iba mal; el carácter de todos se agriaba y se enviaban enhoramala por cualquier nadería. Una mañana, Coupeau, a quien no se le había pasado la borrachera de la víspera, exclamó: «La vieja dice a cada momento que se va a morir, pero no se muere nunca», palabras que habían herido a mamá Coupeau en el corazón. Se le reprochaba lo que venía a costarles, y decían tranquilamente que si ella no estuviera allí podrían hacer buenas economías. En realidad, tampoco ella se portaba como era debido. Así

es que cuando veía a la hija mayor, la señora Lerat, lloraba sus lástimas y acusaba a su hijo y a su nuera de dejarla morir de hambre, todo por sacarle una moneda de a cinco sueldos, que gastaba en chocherías. También formaba grandes líos con los Lorilleux, refiriéndoles cómo se gastaban sus diez francos en caprichos de la planchadora, en gorritos nuevos, pasteles que se comían en los rincones, y aun en cosas más sucias que no se atrevía a decir. En dos o tres ocasiones estuvo a punto de enzarzar a toda la familia. Tan pronto estaba con los unos como con los otros: en fin, aquello se convertía en un verdadero infierno.

Aquel invierno, en lo más fuerte de su ataque, una tarde en que las señoras Lorilleux y Lerat coincidieron ante su lecho, mamá Coupeau guiñó los ojos para indicarles que se inclinaran. Apenas podía hablar, y murmuró en voz muy queda:

—¡Qué porquería!... Esta noche los he oído. Sí, sí, a la Banbán y al sombrerero... ¡Llevaban un tren! Y Coupeau tan tranquilo; ¡qué porquería!

Y refirió con entrecortadas frases, tosiendo y ahogándose, que su hijo debía haber vuelto borracho como una cuba el día anterior. Como no dormía, habíase dado perfecta cuenta de todos los ruidos, de los pies descalzos de la Banbán andando por el pavimento, de la voz silbante del sombrerero que la llamaba desde la puerta de comunicación cerrada suavemente, y de los demás.

—Lo peor de todo es que Naná ha debido oír —continuó—, porque ella, que de ordinario duerme como un tronco, ha estado dando vueltas toda la noche; saltaba, se volvía, como si hubiera habido brasas en su cama.

A las dos mujeres no pareció sorprenderles la noticia.

—¡Cáspita! —dijo la señora Lorilleux—, muy bien puede haber empezado desde el primer día... Desde el momento en que a Coupeau le gusta, nosotras no tenemos por qué mezclarnos. De todos modos, no resulta muy honroso para la familia.

—Si yo estuviera aquí —explicó la Lerat, retorciendo el hocico— le daría un buen susto, le gritaría algo así como: ¡Que te veo! o ¡que vienen los gendarmes!... La criada de un médico me contó que su amo había dicho que esto podía dejar seca a una mujer, en cierto momento. Y si se quedaba en el sitio, sería una buena cosa y se encontraría castigada por donde había pecado.

Bien pronto supo todo el barrio que Gervasia iba todas las noches a solazarse con Lantier. La señora Lorilleux mostraba ante los vecinos una indignación ruidosa; compadecía a su hermano, ese Juan Lanas a quien su mujer ponía amarillo de la cabeza a los pies; y si ella entraba en semejante lupanar, era por su pobre madre, que se veía forzada a vivir en medio de todas aquellas abominaciones. Todo el barrio cayó sobre Gervasia. Ha tenido que ser ella la que corrompió al sombrerero. Se le veía en los ojos. A pesar de todos los rumores, aquel solapado de Lantier continuaba siendo considerado, porque ante todo el mundo se presentaba como hombre correcto; iba por las aceras leyendo el periódico, era comedido y galante con las mujeres, repartiendo siempre caramelos y flores. ¡Válgame Dios, y qué bien, representaba su papel de gallito! Un hombre es un hombre y no se le puede pedir que se resista si las mujeres

se le echan en los brazos. Ella no tenía disculpa, deshonraba a la calle de la Goutte-d'Or. Y los Lorilleux, como padrinos, atraían a Naná a su casa para saber detalles. Cuando la interrogaban con rodeos y disimulos, la chiquilla se hacía la tonta y contestaba ocultando la luz de sus ojos, bajo sus párpados. En medio de aquella pública indignación, Gervasia vivía tranquila, cansada y un tanto adormecida. En principio se había encontrado muy culpable, muy sucia, y sentía asco de sí misma. Siempre que salía del cuarto de Lantier, se lavaba las manos, humedecía un trapo y se frotaba los hombros hasta despellejarlos como para quitarse tanta suciedad. Si a Coupeau le daba por bromear, se enfadaba, echaba a correr, tiritando, a vestirse al fondo de la tienda, y no toleraba mucho más que el sombrerero la tocara cuando su marido acababa de besarla. Habría querido cambiar de piel cuando cambiaba de hombre. Lentamente se fue acostumbrando. Resultada muy molesto refregarse cada vez. Sus perezas la enervaban, su necesidad de ser feliz la llevaba a extraer toda la dicha posible de sus embrutecimientos. Mostrábase complaciente consigo misma y con los demás, trataba únicamente de arreglar las cosas de manera que nadie se encontrara molesto. ¿No es cierto? Con tal de que su marido y su amante estuvieran contentos, que la casa marchara con su pequeño ritmo, que se divirtiesen desde por la mañana hasta por la noche, orondos y satisfechos de la vida, viéndola transcurrir apaciblemente. En realidad, no había por qué quejarse. Después de todo no debía de ser tan grande el daño, ya que todo se arreglaba divinamente y a plena satisfacción de todos y cada uno. Generalmente, cuando se hace mal, surge el castigo. Su desvergüenza se había convertido en costumbre. Todo se había arreglado como el comer y el beber; cada vez que Coupeau volvía con su melopea, ella entraba al cuarto de Lantier, lo que sucedía por lo menos el lunes, martes y miércoles de cada semana. Compartía sus noches y hasta había concluido, cuando el plomero roncaba demasiado fuerte, por dejarle en la mitad de su sueño para marchar a continuarlo tranquila sobre la almohada del vecino. No era porque experimentase más cariño por el sombrerero, sino simplemente, porque lo encontraba más limpio y descansaba mejor en su cuarto, donde se le figuraba tomar un baño. En resumen, parecíase a las gatas que les gusta acurrucarse en la ropa blanca.

Mamá Coupeau no se atrevió a hablar de aquello claramente; pero tras de las disputas, cuando la planchadora la había insultado, la vieja no regateaba las alusiones. Decía que sabía de hombres bien tontos y de mujeres sinvergüenzas; y mascullaba otras expresiones más vivas, con la libertad de palabra de una antigua chalequera. Las primeras veces Gervasia la miró fijamente, sin contestar, después, evitando también precisar, se defendía en términos generales. Cuando una mujer tenía por marido a un borracho, un cerdo que se revuelca en la podredumbre; aquella mujer está excusada buscando la limpieza en otro sitio; iba aun más lejos; daba a entender que Lantier era su marido tanto como Coupeau, y tal vez más. ¿No le había conocido a los catorce años? ¿Es que no tenía dos hijos de él? Pues bien, en estas condiciones, todo se perdonaba, nadie podía lanzarle la primera piedra. Decía que obraba con arreglo a la

ley de la naturaleza y terminaba afirmando que no se la aburriese más porque acabaría mandando a todos a paseo. ¡La calle de la Goutte-d'Or no relumbraba por lo limpia! La pequeña señora Vigouroux hacía equilibrios sobre el carbón desde por la mañana hasta la noche. La señora Lehongre, mujer del almacenero, dormía con su cuñado, gran baboso al que no se le podía recoger ni con pala. El relojero de enfrente, aquel señor tan estirado, por poco no va a los tribunales por una aberración; se entendía con su propia hija, una cualquiera que rodaba por los bulevares. Y con el gesto airado indicaba al barrio entero, y tenía para una hora solamente con sacar a relucir la ropa sucia de todos ellos, las gentes revueltas como animales, en montón, padres, madres, hijos, revolcándose en su suciedad. ¡Ella sabía demasiado; la porquería rezumaba por todos los sitios emponzoñando todos los hogares! ¡Sí, sí!, ¡cuánta limpieza entre hombres y mujeres de aquel rincón de París donde están hacinados los unos sobre los otros, a causa de la miseria! Machacados los dos sexos en un mortero se habría obtenido como resultado la cantidad de porquería suficiente para abonar todos los cerezos de la llanura de Saint-Denis.

—Mejor harían en no escupir al cielo, porque les iba a caer en la nariz —gritaba cuando le apuraban la paciencia—. Cada cual en su casa. Que dejen vivir a la gente de bien a su manera, si ellos quieren vivir a la suya... Yo lo encuentro todo a las mil maravillas, con la condición de no ser arrastrada al arroyo por gente que se pasea en él, a la cabeza.

A mamá Coupeau, hablando más claro un día, llegó a decirle, con los dientes, apretados:

—Está en la cama y por eso se aprovecha... Escuche; se equivoca, ya ve que soy amable, pues nunca le he echado en cara su vida. La conozco, linda historia, con dos o tres hombres a un tiempo, en vida de papá Coupeau... No, no tosa usted, que ya termino. Sólo he hablado para que me deje en paz, y se acabó.

La anciana por poco se ahoga. Al día siguiente, habiendo venido Goujet a recoger la ropa de su madre, durante una ausencia de Gervasia, mamá Coupeau lo llamó y lo tuvo largo rato sentado ante su cama. Bien sabía ella el cariño del herrero, le veía sombrío y taciturno desde hacía algún tiempo, por la sospecha de las feas cosas que pasaban. Y, por charlar, por vengarse de la disputa del día anterior, le dijo la verdad crudamente, llorando, quejándose como si la mala conducta de Gervasia la llevase a mal traer. Cuando Goujet salió de la habitación, tuvo que apoyarse en las paredes, ahogándose de pena. Más tarde, cuando volvió la planchadora, mamá Coupeau le gritó que la llamaban con urgencia de casa de la señora Goujet para que llevase la ropa planchada o no. Estaba tan animada, que Gervasia se figuró lo ocurrido, adivinó la triste escena y el triste dolor con que se encontraba amenazada.

Muy pálida, con los miembros destrozados de antemano, puso la ropa en un cesto y salió. Hacía años que no devolvía ni un céntimo a los Goujet. La deuda continuaba siendo de cuatrocientos veinticinco francos. Reclamaba siempre el dinero del planchado hablando de sus apuros. Gran vergüenza era para ella, porque parecía que

se aprovechaba de la amistad del herrero para engañarle. Coupeau, menos escrupuloso ahora, bromeaba, diciendo que con seguridad la habría abrazado por los rincones y que por lo tanto ya estaba pagado. Pero ella, a pesar de las pecaminosas relaciones en que había caído con Lantier, se sublevaba y preguntaba a su marido si estaba dispuesto a comer de aquel pan. No se podía hablar mal de Goujet delante de ella; su ternura por el herrero constituía un resto de su amor. Así es que cada vez que llevaba la ropa a casa de estas buenas gentes se encontraba con el corazón oprimido en cuanto pisaba el primer peldaño.

—¡Por fin ha venido usted! —le dijo secamente la señora Goujet al abrirle la puerta—. Cuando tenga necesidad de la muerte la enviaré a usted a buscarla.

Gervasia entró, turbada, sin atreverse a balbucear una excusa. Ya no era exacta, jamás venía a su hora y se hacía esperar durante días. Poco a poco se abandonaba a un gran desorden.

—Hace una semana que la espero —continuó la encajera—. Usted miente y me envía su aprendiz a contarme historias: que está usted tras de mi ropa, que me la va a entregar la misma noche, o bien que ha sucedido un accidente, como el de que el lío de ropa se ha caído en un cubo... Yo, durante todo ese tiempo, pierdo el día sin verla llegar y atormentándome el espíritu. No es usted como debe... Vamos a ver, ¿qué le trae usted en la cesta? ¿Me trae el par de sábanas que tiene hace un mes y la camisa que se quedó retraída en la última colada?

—Sí, sí —murmuró Gervasia—. Aquí está la camisa.

Pero la señora Goujet dijo que esa camisa no era suya y que no la quería. ¡Ya era el colmo, cambiarle su ropa! La semana pasada le había entregado dos pañuelos que no llevaban su señal. No le hacía ninguna gracia que le llevara ropa que no sabía de dónde venía, y, en resumidas cuentas, ella tenía apego a sus cosas.

—¿Y las sábanas? —repuso—. Se han perdido, ¿no es cierto?... Pues bien, hija mía, se las compondrá como pueda, porque yo las quiero mañana mismo por la mañana, ¿lo oye usted?

Se hizo silencio. Lo que acababa de turbar a Gervasia era sentir, tras de ella, la puerta del cuarto de Goujet entreabierto. Allí debía estar el herrero, lo adivinaba; y qué pena si escuchaba todos aquellos merecidos reproches, a los cuales no podía responder. Se hacía la humilde, muy dulce, bajando la cabeza, colocando la ropa sobre la cama lo más de prisa posible. Pero la cosa se empeoró cuando la señora Goujet se puso a examinar una a una las piezas. Las iba tomando y las rechazaba diciendo:

—Va usted perdiendo la fama. No se le puede alabar todos los días... Ahora ensucia la ropa... Venga, mire esta pechera, está quemada, la plancha ha quedado marcada sobre los pliegues. Los botones están arrancados, no sé cómo se las arregla usted para que no quede nunca un botón... ¡Oh, vaya una camisa! No se la pagaré. ¿Ve usted esto? Aún se ve el sudor, no ha hecho más que extenderlo..., ¡muchas gracias! Si ni siquiera la ropa viene limpia... Se paró contando las piezas, y exclamó:

—¡Pero cómo!, ¿esto es todo lo que trae?... Faltan dos pares de medias, seis servilletas, un mantel, trapos... ¿Se está burlando de mí? Le he mandado a decir que me lo devolviera todo, planchado o sin planchar. Si dentro de una hora no está aquí su aprendiz con el resto, nos enfadaremos señora Coupeau, se lo advierto.

En aquel instante, Goujet tosió en su cuarto. Gervasia sintió un ligero estremecimiento. ¡Cómo la trataban en su presencia, Dios santo! Se quedó en medio del cuarto, confusa, molesta, esperando la ropa sucia. Pero después de haber sacado la cuenta, la señora Goujet había vuelto tranquilamente a su sitio cerca de la ventana y se puso a trabajar en el arreglo de su chal de blonda.

—¿Y la ropa? —preguntó tímidamente la planchadora.

—No, gracias —respondió la anciana—. No hay nada esta semana.

Gervasia palideció. Se quedaba sin parroquiana. Entonces perdió completamente la cabeza, tuvo que sentarse en una silla, porque le fallaban las piernas. No trató de defenderse y sólo pudo decir esta frase:

—¿El señor Goujet está enfermo?

Sí, estaba enfermo; había tenido que volver en lugar de irse a la fragua, y acababa de echarse sobre la cama para reposar. La señora Goujet hablaba seriamente; vestida de negro, como siempre, con su blanca faz encuadrada por su cofia monacal. Habían rebajado más el sueldo de los fundidores de pernos; de nueve francos lo habían dejado en siete, a causa de las máquinas que ahora hacían toda la tarea. Por eso decía que tenían que hacer economías; quería lavar su ropa de nuevo. Claro que si los Coupeau le hubieran devuelto el dinero prestado por su hijo no les hubiera venido mal. Pero no sería ella quien le mandara los alguaciles si no estaban en disposición de pagarlo. Gervasia, con la cabeza baja, parecía seguir el ágil juego de su aguja, recomponiendo las mallas una a una.

—Sin embargo —continuaba la encajera— esforzándose usted un poco llegaría a saldar la deuda. Pues ya sé que comen ustedes muy bien, gastan demasiado, estoy segura de ello... Con que nos diera solamente diez francos por mes...

Se vio interrumpida por la voz de Goujet que la llamaba.

—¡Mamá, mamá!

Cuando volvió a sentarse, casi en seguida, cambió de conversación. El herrero la había suplicado, sin duda, que no le pidiera el dinero a Gervasia. Pero, a su pesar, al cabo de cinco minutos hablaba de nuevo de la deuda. Ya había previsto ella lo que pasaba: el plomero se bebía la tienda y llevaría a su mujer muy lejos. Si su hijo la hubiera escuchado, no les hubiera prestado nunca los quinientos francos. Hoy estaría casado y no se moriría de tristeza, ante la perspectiva de ser un desgraciado toda la vida. Se animaba, se hacía cada vez más dura, acusando claramente a Gervasia de haberse puesto de acuerdo con Coupeau para abusar del tonto de su hijo. Sí, había mujeres que desempeñaban el papel de hipócritas durante años enteros y cuya mala conducta acababa por salir a la luz del día.

—¡Mamá, mamá! —llamó por segunda vez la voz de Goujet violentamente.

Se levantó, y, cuando volvió, dijo, volviendo a tomar su labor:

—Entre usted, la quiere ver.

Gervasia, temblando, dejó la puerta abierta. Aquella escena la emocionaba, porque era como una confesión de su ternura ante la señora Goujet. Encontró el cuarto tranquilo, decorado con estampas, con su camita de hierro, parecida a la habitación de un muchacho de quince años. El hercúleo cuerpo de Goujet, con los miembros rotos por las confidencias de mamá Coupeau, yacía tendido en el hecho sobre la cama, con los ojos enrojecidos y con su hermosa barba dorada humedecida aún. Debió haber destrozado su almohada con sus terribles puños en el primer momento de rabia, pues la tela, agujereada, dejaba escapar las plumas.

—Escúcheme, mamá se equivoca —dijo él a la planchadora, con voz casi imperceptible—. No me debe usted nada, no quiero que se hable de eso.

Se había incorporado y la miraba fijamente. Gruesas lágrimas subieron a sus ojos.

—¿Sufre usted mucho señor Goujet? —murmuró ella—. ¿Qué tiene usted, dígame, se lo suplico?

—Nada, gracias. Me he fatigado demasiado ayer. Voy a dormir un poco.

Luego, con el corazón destrozado, no pudo dominarse y exclamó:

—¡Ah, Dios mío, Dios mío! Eso no debía haber sucedido nunca... Usted había jurado... Y, sin embargo, es, es... ¡Ah, Dios mío! No sabe el mal que me hace. ¡Váyase!

Con la mano la despedía, con suplicante dulzura. No se aproximó a la cama, se fue como él le pedía, atontada, no encontrando nada que decir para aliviarle. En el cuarto de al lado agarró su cesto, pero no se decidía a marchar, quería encontrar algo que decir. La señora Goujet continuaba su labor sin levantar la cabeza. Fue ella misma quien dijo por fin:

—Eh, buenas tardes. Mándeme la ropa, que ya ajustaremos cuentas.

—Sí, eso es, buenas tardes —balbuceó Gervasia.

Cerró la puerta lentamente, lanzando una ligera ojeada a aquella casita tan limpia y arreglada, donde le parecía dejar algo de su honradez. Llegó a la tienda con la estupidez de las vacas que vuelven al establo, sin darse cuenta del camino que había seguido. Mamá Coupeau, en una silla, junto al hornillo, había dejado la cama por primera vez. La planchadora no le hizo el menor reproche; estaba demasiado cansada, con los huesos quebrantados como si le hubieran dado una paliza; pensaba que la vida era demasiado dura y que, a menos de reventar al instante, no podía arrancarse el corazón por sí misma.

Ahora Gervasia se burlaba de todo, hacía un gesto vago con la mano para enviar a paseo a todo el mundo. A cada nuevo enojo, se sumergía en el solo placer de preparar sus tres comidas diarias. La tienda podía hundirse con tal de que a ella no la pillara debajo; se hubiera ido de buena gana, sin llevarse una sola camisa. La tienda se hundía, no de un solo golpe, sino un poco cada semana y cada noche. Una tras otra, las parroquianas se enfadaban y se llevaban su ropa. El señor Madinier, la señorita

Remanjou, los Boche mismos, habían vuelto a casa de la señora Fauconnier, donde encontraban más exactitud. La gente se cansaba de tener que reclamar un par de medias durante tres semanas y de devolver camisas con las manchas de grasa del domingo anterior. Gervasia, sin perder bocado, les decía «buen viaje», contestando descaradamente que se quedaba satisfecha por no ensuciarse más con su porquería. Todo el barrio podía dejarla, esto la desembarazaría de un montón de basura; y, a fin de cuentas, tendría menos trabajo. Entretanto se quedaba solamente con los malos pagadores, con las correntonas, con mujeres como la señora Gaudron, de cuya ropa ninguna de las planchadoras de la calle nueva quería encargarse, por lo mal que olía. La tienda estaba perdida. Tuvo que despedir a su última obrera, a la señora Putois; se quedó sólo con su aprendiz, aquella bizca de Agustina, que se atontaba más cuanto mayor era; y ni aun para las dos solas había trabajo suficiente; arrastraban su trasero sobre los taburetes tardes enteras. Era una zambullida completa; aquello olía a ruina.

Naturalmente, a medida que la pereza y la miseria entraban, la suciedad entraba también. No se podía reconocer aquella linda tienda azul, color de cielo, que antaño era el orgullo de Gervasia. Las molduras y los cristales del escaparate, que se olvidaba de limpiar, se veían de arriba abajo salpicados por el barro de los coches. En los estantes, y en el alambre de latón, se veían tres harapos grises, dejados por clientes muertos en el hospital. El interior causaba aún mayor lástima: la humedad de la ropa secándose en el techo había despegado el papel; el persa pompador caía a pedazos, que colgaban parecidos a telas de araña llenos de polvo; el fogón, roto y agujereado por las tenazas, exhibía en un rincón dos restos de vieja ferretería como se ven en las tiendas de prenderos; el mostrador parecía haber servido de mesa a toda una guarnición, manchado de café y de vino, emplastado de confitura y grasiento por las comilonas de los lunes; añadíase a esto un olor de almidón agrio, hedor producido por el moho, por la bazofia y por la mugre. Pero Gervasia se encontraba allí divinamente. No había visto que la tienda se ensuciaba; se abandonaba a ello y se habituaba al papel desgarrado, a las molduras grasientas, en igual medida que había llegado a llevar las faldas rotas y a no lavarse las orejas. Hasta la misma suciedad era como un cálido nido donde se complacía en acorrucarse. Dejar las cosas desordenadas, esperar que el polvo tapase los agujeros y lo aterciopelara todo, sentir que el peso de la casa caía sobre sí mientras se agrandaba en un letargo de holgazanería, todo ello constituía una verdadera voluptuosidad donde se embriagaba. Su tranquilidad primero; lo demás le importaba muy poco. Las deudas, que entretanto aumentaban, no la atormentaban ya. Su probidad se desvanecía; se pagaría o no se pagaría, la cosa quedaba indecisa, y preferible era no saber nada. Cuando le cerraban un crédito en una casa, pronto habría otro en la casa de al lado, así iba recorriendo el barrio, encontrándose con alertas cada diez pasos. Tan sólo en la calle de la Goutte-d'Or no se atrevía ya a pasar delante del carbonero, ni del droguero, ni de la frutera; lo que le obligaba a dar la vuelta por la calle de Poissonniers, cuando tenía que ir al lavadero, una carrera de diez minutos. Los proveedores iban a su casa a

tratarla de tramposa. Una noche, el hombre que había vendido los muebles de Lantier, alborotó a los vecinos; vociferaba que le levantarían las faldas y se cobraría en su persona si no le daban el dinero. Tales escenas la dejaban temblorosa, pero acababa sacudiéndose como un perro apaleado, y hasta otra; no por eso cenaba peor al llegar la noche. ¡No la molestaban poco aquellos insolentes! Si no tenía dinero, no podía fabricarlo. Además, bastante robaban los tenderos, y ya estaban acostumbrados a esperar. Volvía a tenderse en su agujero, procurando no pensar en lo que habría de suceder un día u otro. El salto lo iba a dar, pero no quería que la fastidiasen.

Mamá Coupeau se había restablecido. Por espacio de otro año la casa se fue sosteniendo. El verano, naturalmente, siempre traía más trabajo, con las faldas blancas y los vestidos de percal de las busconas del bulevar exterior. No obstante, se iba a la bancarrota; con la nariz cada vez más y más en el cieno, con altos y bajos, sin embargo, en noches en que se rascaba la tripa delante del aparador vacío, y otras en que se comía ternera hasta reventar. No se veía en las aceras a nadie más que a mamá Coupeau, ocultando paquetes bajo su delantal, yendo lentamente al Monte de Piedad de la calle Polonceau. Encorvaba la espalda, con el semblante meloso de la devota que va a misa, pues no le disgustaban aquellas cosas, los embrollos de dinero la divertían, y los asuntos de preñera halagaban sus pasiones de vieja comadre. Los dependientes de la calle Polonceau la conocían muy bien y la llamaban la tía «Cuatro francos», porque pedía siempre cuatro francos cuando ellos le ofrecían tres por sus paquetes tan voluminosos, como un grano de trigo. Gervasia habría ignorado la casa entera; se habría apoderado de ella el furor del empeño, y se habría dejado rapar la cabeza si hubiera habido alguien que le prestara sobre sus cabellos. Era muy cómodo, no podía por menos de ir allí a buscar dinero cuando hallábanse en espera de un pan de cuatro libras. Todo lo que podía valer algo pasaba por allí; la ropa blanca, los vestidos, hasta las herramientas y los muebles. En los comienzos, se aprovechaba de las buenas semanas para desempeñar lo que volvería a empeñar la semana siguiente. Después se burló de todas sus cosas y las dejó perder, vendiendo las papeletas. Sólo una le partió el corazón, fue el tener que llevar su reloj de mesa para pagar veinte francos a un alguacil que la venía a embargar. Hasta entonces había jurado morir antes de hambre que tocar a su reloj. Cuando mamá Coupeau se lo llevó en una cajita de sombreros, cayó en una silla, con los brazos inertes y los ojos llenos de lágrimas, como si le robasen su fortuna. Pero cuando mamá Coupeau volvió con veinticinco francos, aquel préstamo inesperado, aquellos cinco francos de beneficio la consolaron; sin perder momento envió a la vieja a comprar veinte céntimos de aguardiente en un vaso con el único objeto de festejar la moneda de cinco francos. Con frecuencia ahora, cuando se entendían a las mil maravillas, se echaban su traguito en un extremo de la mesa de trabajo, una mezcla mitad de aguardiente y mitad de grosella. Mamá Coupeau tenía una maña especial para traer el vaso lleno en el bolsillo de su delantal, sin derramar una sola gota. Los vecinos no tenían necesidad de saberlo. La verdad era que éstos lo sabían todo perfectamente. La frutera, la

tripicallera, los dependientes de los almacenes, decían: «¡Toma! La vieja va a casa de “mi tía”» (Monte de Piedad), o bien: «¡Toma! La vieja lleva su traguete en el bolsillo». Y todo esto predisponía al barrio contra Gervasia. Todo se lo iba engullendo, y bien pronto acabaría con la tienda entera. Sí, sí, tres o cuatro bocados más y el sitio quedaría limpio.

En medio de aquella demolición general, Coupeau prosperaba. Aquel condenado borrachín tenía una salud envidiable. El peleón y el aguardiente le engordaban positivamente. Comía mucho y se burlaba de aquel encanijado de Lorilleux, que decía que la bebida mata a la gente, y le contestaba dándose golpecitos en el vientre, que ostentaba la piel bien estirada por la gordura, semejante a la de un tambor. Las vísperas de una comilona ejecutaba en ella una gran música compuesta de redobles y golpes de bombo capaz de hacer la fortuna de un sacamuelas. Pero Lorilleux, molesto por no tener vientre, decía que aquello era grasa amarilla, gordura fofa. De todas maneras, Coupeau se emborrachaba cada vez más, por su salud, como él decía. Sus cabellos, color de sal y pimienta, cuando los agitaba el viento, flameaban como una llama. Su faz de borracho, con su quijada de mico, se endurecía, tomando tonalidades de vino azul. Era un niño alegre; empujaba a su mujer, cuando a ésta se le ocurría contarle sus apuros. ¿Es que han nacido los hombres para descender a estas tonterías? Si en la casa no había pan, eso no le importaba que le llenaran la andorga por la mañana y por la noche, y no se inquietaría en lo más mínimo por averiguar de dónde salía. Cuando pasaba semanas enteras sin trabajar, se hacía más exigente todavía. Por lo demás, continuaba dando golpecitos amistosos en las espaldas de Lantier. Era indudable que ignoraba la conducta de su mujer; por lo menos, personas como los Boche y los Poisson, juraban por todos los santos que no sabía nada, y que sucedería una gran desgracia si lo supiera. Pero la señora Lerat, su propia hermana, movía la cabeza diciendo que conocía a muchos maridos a los cuales no les molesta eso grandemente. Una noche la propia Gervasia, al volver de la habitación del sombrerero, se quedó helada al recibir en la oscuridad un azote en el trasero; pero luego concluyó por tranquilizarse, creyendo que había tropezado contra la cama. La situación era más que terrible; su marido no podía divertirse gastando esas bromas.

Tampoco Lantier se desmejoraba. Se cuidaba mucho y medía su vientre por la cintura del pantalón, con el continuo temor de tener que ajustar o aflojar la hebilla. Se encontraba divinamente, no quería engordar ni adelgazar, por coquetería. Esto le hacía exigente en cuanto a la alimentación, ya que estudiaba todos los platos en modo y forma que no le cambiasen su talle. Hasta cuando no había ni un céntimo en la casa, necesitaba huevos, costillas, cosas nutritivas y ligeras. Desde que compartía la patrona con el marido, se consideraba de la familia; recogía las monedas de un franco que veía por cualquier parte, tratando a Gervasia de mala manera; gruñía, gritaba, pareciendo que estaba más en su casa que en la del plomero. Aquello era una casa con dos amos, y el amo de lance, el más pillo, tiraba hacia sí de la manta y se apoderaba de lo mejor; de la mujer, de la mesa y de todo lo demás. ¡Desnataba a los

Coupeau! No se molestaba ya en batir la manteca en público. Naná continuaba siendo su preferida, porque le gustaban las niñas bonitas, ocupándose cada día menos de Esteban, porque los muchachos, según él, debían aprender a desenvolverse. Cuando alguien iba a preguntar por Coupeau, encontrábase siempre allí, en chancletas, en mangas de camisa, saliendo de la trastienda con el aburrido semblante de un marido a quien se molesta; contestaba por Coupeau, diciendo que igual daba uno que otro.

Entre aquellos dos caballeros, Gervasia no se divertía todos los días. A Dios gracias no tenía por qué quejarse de su salud. También ella estaba engordando. Pero eso de llevar dos hombres a la espalda, dos hombres a quienes cuidar y contentar, sobrepasaba sus fuerzas a menudo. Con un marido basta y sobra. Lo peor era que ellos se entendían muy bien. Nunca disputaban, y andaban de broma por la noche después de la cena, acodados en el borde de la mesa; durante todo el día estaban restregándose el uno con el otro, como los gatos que buscan y cultivan su satisfacción. Los días en que volvían furiosos, era sobre ella sobre la que descargaban sus iras. ¡Siga la juerga, y palos al borrico! Ella tenía buenas espaldas; chillar todos a un tiempo les hacía mejores camaradas. ¡Cuidadito con que ella se desmandara! Al principio, cuando el uno gritaba, ella suplicaba al otro con el rabillo del ojo, como para pedirle una palabra amable. Sólo que no siempre alcanzaba el resultado apetecido. Sufría con paciencia, encogía sus gruesas espaldas, comprendiendo que se divertían empujándola de acá para allá; tan redonda se había puesto, que era una verdadera bola. Coupeau, hombre muy mal hablado, la trataba con palabras abominables. Lantier, por el contrario, escogía sus necedades, rebuscando las palabras que a nadie se le ocurrían y que la herían más todavía. Felizmente uno se acostumbra a todo; las malas palabras, las injusticias de los dos hombres, acabaron por resbalar sobre su fina piel como por un hule. Había llegado, incluso, a preferirles encolerizados, porque las veces en que se las daban de finos la molestaban mucho más, siempre detrás de ella, no dejándola planchar ni una cofia tranquilamente. Entonces le pedían platitos delicados; tenía que poner sal y no ponerla, decir blanco y decir, negro, mimarlos y acostarlos, uno tras otro, entre algodones. Al cabo de la semana tenía la cabeza y los miembros molidos, permanecía como atontada, con ojos de loca. Un oficio semejante desgasta a cualquier mujer.

Sí, Coupeau y Lantier la agotaban, esta era la palabra; la quemaban por los dos extremos como una candela. Desde luego, el plomero carecía de instrucción; pero el sombrerero tenía demasiada, o por lo menos, poseía una instrucción como las personas nada limpias tienen una camisa blanca con la suciedad por debajo. Una noche soñó que estaba al borde de un pozo; Coupeau la empujaba de un puñetazo, mientras que Lantier le hacía cosquillas en los riñones para hacerla saltar más de prisa. ¡Pues bien!, aquello era su vida misma. En buena escuela se encontraba; no tenía nada de extraño que se pusiera hecha una vaca. Las gentes del barrio no eran muy justas cuando le reprochaban los malos modales que iba echando; su desgracia no provenía de ella. Muchas veces, cuando reflexionaba, un estremecimiento le

recorría toda la piel. A continuación pensaba que las cosas podían haber ido peor todavía. Mejor era tener dos hombres que perder los dos brazos; y encontraba su posición natural, una posición como tantas otras. Trataba de procurarse dentro de eso un poco de felicidad. Lo que probaba lo natural y llano que resultaba aquello, era que no detestaba ya a Coupeau más que a Lantier. En el teatro de la Gaité había visto, en una comedia, una golfa que, aborreciendo a su marido, lo envenenó por su amante. Ella se había enfadado porque era incapaz de sentir lo mismo en su corazón. ¿No era más razonable vivir los tres en buena armonía? No, no, nada de necedades, eso estropeaba la vida, que, de por sí, no tenía nada de divertida. En fin, a pesar de las deudas, a pesar de la miseria que les amenazaba, se hubiera declarado muy tranquila y muy contenta si el plomero y el sombrerero le hubiesen gritado y pegado menos.

Hacia el otoño, aquello iba de mal en peor. Lantier aseguraba que adelgazaba y que la nariz se le afilaba a cada momento. Rezongaba por todo, armaba escándalos por las cazuelas de patatas, aquella bazofia que él no podía comer, decía, sin que le diera cólico. Ahora las menores peloterías acababan en verdaderas batallas, donde se tiraban los trastos a la cabeza; y no costaba poco trabajo hacer las paces antes de irse cada cual a la cama. Donde no hay harina todo es mohína, ¿no es así? Lantier olfateaba el derrumbamiento; le exasperaba sentir la casa ya comida, y tan limpia de todo, que veía llegar el día en que habría de coger el sombrero y marchar a otro sitio a buscar el cocido. Se encontraba muy bien en sus costumbres, mimado por todo el mundo, verdadero país de ensueño para él, al que no encontraría nunca sustituto. ¡Por la gran!... ¿Puede uno llenarse hasta las orejas y que le queden aún pedazos sobre el plato? Se encolerizaba contra su barriga porque, después de todo, la casa a esta altura estaba toda en ella. Pero él no raciocinaba así; alimentaba un fiero rencor contra los otros, que se habían quedado sin nada en dos años. Verdaderamente, los Coupeau no fueron previsores. Acusó a Gervasia de despilfarradora, ¡caramba!, ¿qué iba a ser de todos ellos? Precisamente los amigos le abandonaban cuando iba a concluir un soberbio negocio, seis mil francos de sueldo en una fábrica, con lo que podría poner a toda la familia nadando en la abundancia.

Un día de diciembre hicieron como que comían. No había en casa ni un rábano. Lantier, taciturno, salió temprano a corretear las calles, para tratar de encontrar un sitio donde el olor de la cocina le desarrugase el ceño. Se estaba horas enteras reflexionando junto al hornillo. De golpe y porrazo empezó a demostrar una gran amistad por los Poisson. No embromaba ya al guardia municipal llamándole Badinguet; incluso llegaba a concederle que el emperador era un buen muchacho. Sobre todo, parecía sentir gran estimación por Virginia, una mujer con cabeza, decía él, y que seguramente sabría llevar el timón. Bien clara estaba su adulación. Hasta podría pensarse que quería tomar pensión en su casa. Pero había una maniobra de doble fondo, mucho más complicada que esto. Habiéndole comunicado Virginia su deseo de establecerse, siempre andaba dando vueltas a su alrededor, diciendo que su proyecto era magnífico. Sí, desde luego, ella había nacido para el comercio, era buena

moza, agradable, activa. Seguro que ganaría lo que quisiera. Puesto que el dinero estaba a punto desde hacía mucho tiempo —la herencia de una tía—, le sobraba razón para dejar los cuatro vestidos que cosía en cada estación y para lanzarse a los negocios; citaba personas que estaban en camino de hacer fortuna, la frutera de la esquina de la calle, la del comercio de porcelana y loza del bulevar exterior, pues el momento era soberbio; se podrían vender hasta las barreduras de los mostradores. Sin embargo, Virginia dudaba; quería alquilar una tienda en el mismo barrio; no se decidía a abandonarlo. Entonces Lantier la llevó a un rincón y estuvo charlando con ella en voz baja durante diez minutos. Parecía imponerle algo a la fuerza, a lo que ella no decía que no; más bien entreveíase que lo autorizaba a obrar. Era como un secreto entre ellos, acompañado de guiños de ojos, palabras rápidas, una sorda maquinación, en fin, que se dejaba ver hasta en sus apretones de manos. Desde este momento el sombrerero, mientras comía su pan seco, acechaba a los Coupeau y los aturdía con su palabrería y sus continuas lamentaciones. Durante todo el día, Gervasia andaba entre esta miseria que él se complacía en hacer ostensible. Él no hablaba por sí mismo, ¡Dios lo libre! Sabría morir de hambre entre sus amigos hasta que ellos quisieran. Únicamente que la prudencia indicaba que se dieran cuenta a tiempo de la situación. Debían por lo menos quinientos francos en el barrio; al panadero, al carbonero, a la tienda de comestibles y a todo el mundo. Además, se encontraban sin pagar dos meses de casa, lo que ascendía a la suma de doscientos cincuenta francos. El propietario, señor Marescot, hablaba incluso de expulsarles, si no le pagaban antes del primero de enero. Por último, el Monte de Piedad se había comido todo, y no podrían llevar ya ni tres francos de baratijas, puesto que la limpia de la casa era total; no quedaban más que los clavos en las paredes, unas dos libras a quince céntimos. Gervasia, petrificada al oír tales cosas, se enfadaba y daba puñetazos en la mesa, o terminaba llorando como una idiota. Una noche dijo:

—Sería mucho mejor ceder el local si se encontrara quien lo quisiera —dijo cazarraamente Lantier—. Si los dos os decidís a dejar la tienda...

Ella le interrumpió violentamente:

—¡En seguida, en seguida!... Menudo peso se me quitaría de encima.

El sombrerero, entonces, se presentó la mar de práctico. Cediendo el local, se obtendría, sin duda, que el nuevo inquilino abonase los dos meses de retraso. Se arriesgó a hablar de los Poisson, diciendo que buscaban una tiendecita y que seguramente les convendría. Recordaba haberles oído decir que les gustaría una tienda semejante. Pero la planchadora, al oír nombrar a Virginia, había recuperado su calma súbitamente. Ya vería; cuando montaba en cólera tiraba todo por los aires, pero en cuanto reflexionaba, la cosa no parecía tan fácil.

Los días siguientes Lantier tuvo buen cuidado en recomenzar sus letanías, pero Gervasia respondía que se había visto más baja y había podido salir con bien. ¡Buena cosa haría en cuanto se quemara sin la tienda! Se le acabaría el pedazo de pan. Iba, por el contrario, a tomar obreras y hacerse una nueva clientela. Hablaba así para

escapar a las argumentaciones del sombrerero, que la hacía ver su miseria, aplastada bajo los gastos, sin la menor esperanza de subir, de rehacerse. Pero tuvo la torpeza de pronunciar otra vez el nombre de Virginia y entonces su terquedad subió de punto. ¡No, no, nunca! Ya no había dudado nunca del corazón de Virginia: si Virginia ambicionaba la tienda era para humillarla. Habría cedido el local a la primer mujer que encontrara en la calle antes que a esa hipócrita que, seguramente, estaba esperando hacía años dar el salto. Esto lo explicaba todo. Ahora comprendía bien por qué echaban chispas los amarillos ojos de gato de aquella p... Sí, Virginia guardaba en su conciencia la escena del lavadero, conservaba su rencor en las cenizas. Obraría prudentemente guardando su rescoldo entre cristales, si no quería recibir una segunda paliza. Y la cosa no tardaría, por lo que podría ir preparando el trasero. Lantier, ante este desbordamiento de dicterios, empezó por meterse con la misma Gervasia; la llamó cabeza de chorlito, parlanchina, señora Fuguillas, y se lanzó hasta llegar a tratar a Coupeau de calzonazo, acusándole de no saber obligar a su mujer a que respetara a un amigo. Pero, en seguida, comprendiendo que la cólera lo iba a echar todo a perder, juró que no se ocuparía nunca más de las cosas de los otros, pues siempre salía uno mal parado; y, en efecto, pareció no ocuparse más de la cesión de la casa y quedó acechando una nueva ocasión para volver a la carga y convencer a la planchadora.

Con el mes de enero llegó un tiempo malo, húmedo y frío. Mamá Coupeau, que había tosido y estuvo ahogándose durante todo diciembre, tuvo que meterse en la cama después de Reyes. Aquélla era su maldición y, como de costumbre, la esperaba cada invierno. Según decían, no pasaría de éste más que con los pies por delante; tenía, en verdad, un raro estertor que llamaba al coche fúnebre por momentos, a pesar de su gordura, con un ojo medio cerrado y con media cara torcida. A punto fijo, sus hijos no habrían acabado con ella; tan pesada, estaba y arrastraba su enfermedad desde tan largo tiempo que, en el fondo, deseaban su muerte, como una liberación para todos. Hasta para ella misma sería mejor, pues ya había vivido lo suficiente, y cuando se ha vivido sus años no hay nada que echar de menos. El médico, a quien llamaron una vez, no había vuelto. Le daban tisana, como por no abandonarla completamente. A cada momento entraban a ver si vivía aún; no hablaba ya, tal era su ahogo; pero con el ojo que le quedaba sano, vivo y claro, miraba con fijeza a las personas, ¡y eran tantas las cosas que se leían en aquel ojo! Añoranzas de su juventud, tristeza por ver a los suyos tan solícitos para desembarazarse de ella, rabia contra aquella viciosa de Naná, que ya no se ocultaba al ir por la noche, a atisbar, en camisa, por la puerta vidriera.

Un lunes por la noche, Coupeau entró bebido. Desde que su madre estaba en peligro de muerte, vivía enternecido continuamente. Cuando se acostó, roncando con los puños cerrados, Gervasia dio algunas vueltas aún por la tienda; velaba a mamá Coupeau una parte de la noche. Además, Naná se mostraba muy valiente, durmiendo todos los días cerca de la vieja, y decía que si la sentía morir avisaría a todo el

mundo. Aquella noche, como quiera que la pequeña dormía y que la enferma daba cabezadas apaciblemente, la planchadora acabó por ceder a los requerimientos de Lantier, que la llamaba desde su cuarto, aconsejándole que fuese a reposar un poco. Se quedaron únicamente con una vela encendida, que pusieron en el suelo detrás del armario. Pero a eso de las tres, Gervasia saltó bruscamente de la cama tiritando y como presa de una gran angustia. Creyó sentir un hálito frío que le recorría el cuerpo. El cabo de vela se había gastado, y tenía que anudarse las enaguas en la oscuridad, aturdida, con las manos calenturientas; una vez en la pieza, después de haber tropezado con todos los muebles, pudo encender una lamparita. En medio del abrumador silencio de las tinieblas, únicamente los ronquidos del plomero ponían dos notas graves. Naná, tendida boca arriba, exhalaba un débil suspiro entre sus gruesos labios. Gervasia, que había bajado la lámpara que hacía bailotear a las sombras, iluminó la cara de mamá Coupeau, y la vio completamente blanca, con la cabeza echada sobre un hombro y con los ojos abiertos. Mamá Coupeau había muerto.

Dulcemente, sin lanzar un grito, helada y prudente, la planchadora volvió al cuarto de Lantier, éste se había dormido. Se inclinó murmurándole:

—Todo ha concluido; ha muerto, ha muerto.

—Déjame en paz, acuéstate. ¡Qué le vamos a hacer si se ha muerto!

Luego se apoyó sobre un codo, preguntando:

—¿Qué hora es?

—Las tres.

—¡Nada más que las tres! Acuéstate, pues te vas a poner enferma... Cuando se haga de día, ya veremos lo que se hace.

Ella siguió vistiéndose sin escucharle, y él entonces se envolvió en la colcha, de cara a la pared, rezongando por la tozudez de las mujeres. ¿Tanta prisa tenía en anunciar a la gente que había un muerto en la casa? Eso no tenía ninguna gracia a medianoche, y se sentía exasperado de ver interrumpido su sueño por ideas tan fúnebres. No obstante, cuando ella hubo llevado a su cuarto sus cosas, hasta sus horquillas, se sentó, sollozando a su gusto, no temiendo ya que la sorprendieran con el sombrerero. En el fondo quería bien a mamá Coupeau y experimentaba gran pena, después de no haber sentido en el primer momento más que miedo y fastidio por haber escogido tan mal hora para dejar este mundo. Lloraba sola, muy fuerte en el silencio, sin que el plomero dejara de roncar; no oía nada, le había llamado y sacudido, y, por último, se decidió a dejarle tranquilo, reflexionando que sería un nuevo estorbo si llegara a despertarse. Cuando volvió al lado de la difunta, encontró a Naná, incorporada, que se frotaba los ojos. La pequeña comprendió, alargó el cuello para ver mejor a su abuela con su curiosidad de chicuela viciosa; no decía nada, estaba un poco temblorosa, asombrada y satisfecha en presencia de aquella muerte que esperaba desde hacía dos días, como cosa fea, oculta y prohibida a los niños; y ante aquella máscara blanca, adelgazada en el último momento por la pasión de la vida, sus pupilas de gatita se agrandaban, con ese adormecimiento del lomo que la

tenía clavada detrás de los vidrios de la puerta cuando iba a espiar lo que no deben mirar las niñas.

—Vamos, levántate —le dijo su madre en voz baja—. No quiero que te quedes aquí.

Se dejó caer de la cama a disgusto, volviendo la cabeza y sin despegar la vista del cadáver. Gervasia estaba muy atareada con ella, no sabiendo dónde meterla en espera de que pase el día. Se decidió a vestirla cuando Lantier, en pantalón y pantuflas, entró al cuarto; ya no podía dormir y se sentía un poco avergonzado por su conducta anterior. Así que todo se arregló.

—Que se acueste en mi cama, dijo por lo bajo. —Tendrá sitio.

Naná levantó sus grandes ojos claros hacia su madre y hacia Lantier; poniendo cara de boba, cara de niña chica cuando se le dan pastillas de chocolate. No hubo necesidad de impulsarla, no por cierto; apretó a correr, en camisa, con los pies descalzos, sin rozar apenas el suelo; deslizóse como una culebra en la cama, que estaba aún calentita, y allí se mantuvo estirada, hundida, con su cuerpecillo abultando apenas bajo la colcha. Cada vez que su madre entraba, la veía con los ojos relucientes en su semblante mudo, sin dormir, sin moverse, muy arrebatada y como si reflexionase sobre grandes asuntos.

Entretanto Lantier había ayudado a Gervasia a amortajar a mamá Coupeau; cosa no muy fácil, por su peso. Nunca se hubiera creído que esta anciana fuera tan gorda y tan blanca. Le pusieron medias, enaguas blancas, una chambrá y una cofia; en fin, su mejor ropa. Coupeau seguía roncando, dando dos notas, una grave que bajaba y otra seca que iba en aumento; parecía la música de iglesia que acompaña las ceremonias del viernes santo. En cuanto la muerta estuvo amortajada y extendida como es debido, sobre la cama, Lantier se echó al colete un vaso de vino para reponerse, pues no andaba muy católico. Gervasia registraba en la cómoda, buscando un pequeño crucifijo de cobre que trajo de Plassans; pero se acordó de que la misma mamá Coupeau debía haberlo vendido. Encendieron la estufa y pasaron el resto de la noche cabeceando, sentados en sillas, terminando la botella empezada, aburridos y con aire culpable.

Hacia las siete, antes de apuntar el día, se despertó por fin Coupeau. Cuando supo la desgracia, se mantuvo al principio sin derramar una lágrima, tartamudeando, creyendo vagamente que se le hacía objeto de una broma. A continuación se tiró al suelo, fue a caer ante la muerta, la abrazaba, lloraba como un becerro con tan gruesas lágrimas, que humedecía las sábanas al secarse las mejillas. Gervasia se había puesto de nuevo a sollozar, muy conmovida por el dolor de su marido, con quien había hecho las paces; tenía mejor fondo de lo que ella creía. La desesperación de Coupeau se mezclaba con un violento mesarse de cabellos. Pasaba los dedos entre sus pelos, tenía la boca aún pastosa, como los días que seguían a los de borrachera, hallándose aún un poco *alumbado*, a pesar de sus diez horas de sueño. ¡Por Dios Santo! ¡Su pobre madre... a quien tanto quería, se había marchado para siempre! ¡Cómo le dolía

el cráneo! ¡Aquello acabaría con él! ¡Sentía que la cabeza le daba vueltas y como si le arrancaran el corazón! ¡No, la suerte no era justa encarnizándose así con un pobre hombre!

—Vamos, valor amigo —dijo Lantier levantándolo—. Hay que sobreponerse.

Le acercó un vaso de vino, pero Coupeau se negó a tomarlo.

—¿Qué es lo que tengo? Tengo cobre en el gaznate... Es mamá; en cuanto la vi, sentí el gusto del cobre. ¡Mamá! ¡Dios mío! ¡Mamá, mamá!...

Se volvió a echar a llorar como un niño. A pesar de todo, se bebió el vaso de vino, para extinguir el fuego que le quemaba el pecho. Lantier se marchó en seguida, con el pretexto de ir a prevenir a la familia y de pasar a la Alcaldía a hacer la declaración. Necesitaba tomar aire. Así es que no se apresuró gran cosa y siguió andando, fumando cigarrillos y saboreando el fresco ambiente de la mañana. Al salir de casa de la señora Lerat entró en una lechería de Batignolles para tomar una taza de café bien calentito. Y allí permaneció una hora larga reflexionando.

A partir de las nueve, estuvo toda la familia reunida en la tienda, cuyas puertas dejaron cerradas. Lorilleux no lloró; además tenía trabajo que corría prisa, y subió casi en seguida a su taller, después de haberse condolido un instante poniendo cara de circunstancias. Tanto la señora Lorilleux como la señora Lerat habían abrazado a los Coupeau y se llevaban el pañuelo a los ojos donde brotaban escasas lágrimas. En cuanto la primera hubo echado una ojeada rápida alrededor de la muerta, alzó bruscamente la voz para decir que no tenía sentido común dejar cerca del cuerpo de la difunta una lámpara encendida; lo que había que poner era una vela. Se envió a Naná a comprar un paquete de las más grandes. ¡Se podía uno morir en casa de la Banbán, que ella lo arreglaría de una bonita manera! ¡Qué majadera, no saber ni siquiera atender a un muerto! ¿Acaso no había enterrado a nadie en toda su vida? La señora Lerat tuvo que subir a casa de las vecinas para pedir prestado un crucifijo; trajo uno demasiado grande, una cruz de madera negra, donde estaba clavado un Cristo de cartón pintado, que cubrió todo el pecho de mamá Coupeau, y cuyo peso la aplastaba. En seguida fueron a buscar agua bendita, y como nadie tenía, tuvo que ir Naná corriendo a la iglesia para llenar una botella. En un abrir y cerrar de ojos la habitación tomó otro aspecto; sobre una mesita ardía una vela, al lado de un vaso de agua bendita, en el cual se humedecía una ramita de boj. Si ahora viniera gente encontraría todo arreglado, cuando menos. Se colocaron las sillas alrededor de la tienda para recibir visitas.

Lantier no volvió hasta las once. Había ido a informarse a la oficina de pompas fúnebres.

—El ataúd es de doce francos; si queréis una misa, costará diez francos más; y si, por último, viene el coche, que se paga según los adornos...

—Todo es inútil —murmuró la señora Lorilleux, levantando la cabeza con sorpresa e inquietud—. No con eso se la hará volver, ¿no les parece?... Hay que obrar según el bolsillo.

—Sin duda, eso es lo que yo pienso —repuso el sombrerero—. Únicamente me he informado para gobierno de ustedes... Díganme lo que desean, y después de comer iré a hacer los encargos.

Se hablaba a media voz, entre la escasa claridad que iluminaba la habitación por las rendijas de las maderas. La puerta de la pieza estaba abierta de par en par; y por aquella gran abertura salía el terrible silencio de la muerte. Risas infantiles entraban por el patio; un corro de chicuelos giraba en el pálido sol de invierno. De repente oyeron a Naná, que se había escapado de la casa de los Boche, adonde la enviaron. Mandaba con su voz aguda, dando patadas en el suelo, mientras cantaban con gorjeo de pajarillos:

*«Nuestro asno, nuestro asno
Tiene malita la pata.
La señora le ha mandado hacer
Una linda cataplasma,
Y zapatos lila, la, la
Y zapatos lila».*

Gervasia esperó para decir a su vez:

—No somos ricos; pero quisiéramos portarnos como es debido. Si mamá Coupeau no nos ha dejado nada, no es una razón para echarla al hoyo como a un perro... Hay que rezarle una misa y ponerle un coche bastante bonito.

—¿Quién pagará? —preguntó furiosa la señora Lorilleux—. No seremos nosotros, que hemos perdido dinero la semana última; ni vosotros tampoco, porque no tenéis ni cinco... ¡Ahora veréis dónde os lleva el tratar de deslumbrar a todo el mundo!

Consultado Coupeau, inició un gesto de profunda indiferencia y se volvió a dormir sobre su silla. La señora Lerat dijo que pagaría su parte. Era del parecer de Gervasia; había que mostrarse decentemente. Entonces las dos calcularon sobre un pedazo de papel: en total aquello ascendería alrededor de noventa francos, porque decidieron, después de largas discusiones, que el coche llevara unos estrechos lambrequinos.

—Somos tres —concluyó diciendo la planchadora—. Daremos treinta francos cada una; eso no hace pobre a nadie.

Pero la señora Lorilleux estalló furiosa:

—¡Pues yo me niego, me niego! No es por los treinta francos. Daría cien mil si los tuviera y si pudieran resucitar a mamá; pero es que no puedo tragar a los orgullosos. Tenéis una tienda y no os gusta más que echárosla de potentados ante el barrio. Pero nosotros no pasamos por eso... Allá vosotros. Poned plumas en el coche, si eso os divierte.

—No os pedimos nada —acabó por contestar Gervasia—. Aunque tuviera que venderme, no quiero tener nada que reprocharme. Sin ti he alimentado a mamá Coupeau, sin ti la enterraré también... Ya te canté las verdades una vez; recojo el reto, no voy a dejar a vuestra madre tirada en cualquier rincón.

Entonces la señora Lorilleux se echó a llorar, y Lantier tuvo que impedir que se marchara. La bronca se hacía tan ruidosa que la señora Lerat, lanzando ¡chis, chis! enérgicos, creyó un deber entrar despacito al cuarto y dirigir a la difunta una mirada enfadada e inquieta, como si temiera encontrarla despierta, escuchando lo que se discutía a su alrededor. En este momento el corro de las chiquillas se dejaba oír de nuevo en el patio, y el hilillo de voz de Naná que dominaba a los otros:

*«Nuestro asno, nuestro asno,
está malito del vientre.
la señora le ha mandado hacer
una linda cataplasma,
y zapatos lila, la, la
y zapatos lila».*

—¡Dios mío!, ¡qué pesados son esos críos con su canción! —dijo Gervasia a Lantier, estremecida y a punto de llorar de impaciencia y de dolor—. Diles que se callen, y lleva a Naná a casa de la portera, a patadas.

Las señoras Lerat y Lorilleux se fueron a comer, prometiendo volver. Los Coupeau se sentaron a la mesa a comer unas salchichas, sin ganas y sin atreverse apenas a tocar los tenedores. Sentíanse muy contrariados, atontados con aquella pobre mamá Coupeau que les pesaba sobre los hombros y parecía que llenaba todas las piezas. Su vida se había complicado. En el primer momento andaban de un lado para otro sin dar pie con bola; sentían un desmadejamiento como al día siguiente de una francachela. Lantier se marchó en seguida para volver a las pompas fúnebres, llevándose los treinta francos de la señora Lerat y los sesenta que Gervasia había ido a pedir prestados a casa de Goujet, con el cabello despeinado, como una loca. Por la tarde llegaron algunas visitas, vecinas picadas de curiosidad, que se presentaban suspirando y moviendo de un lado a otro los ojos llorosos; entraban en la pieza, mirando a la muerta y haciendo la señal de la cruz y movían la ramita de boj mojada en agua bendita; luego se sentaban en la tienda, donde hablaban de la buena mujer, sin dejar de repetir las mismas frases horas y más horas. La señorita Remanjou se dio cuenta de que el ojo derecho de la difunta se había quedado abierto; la señora Gaudron insistía que para su edad tenía hermosas carnes, y la señora Fauconnier se mostró asombrada, pensando que tres días antes la había visto tomar su café. Estaba visto que se marchaba uno demasiado pronto; así es que ya podían ir engrasando las botas. Hacia la noche los Coupeau empezaron a cansarse de las visitas. La verdad es que resultaba enojoso para una familia tener que guardar un cuerpo tan largo tiempo.

El gobierno debía de haber dictado alguna ley sobre el particular. Toda una tarde, toda una noche y toda una mañana, así no se acaba nunca. Cuando se han acabado lágrimas, ¿para qué? La pena se trueca en aburrimiento y acabaría una por ser una mal educada. Mamá Coupeau, muda y rígida en el fondo de la estrecha pieza, iba llenando cada vez más toda la casa, llegando a representar un peso que sofocaba a todo el mundo. La familia, a pesar suyo, continuaba su vida ordinaria perdiendo ya todo respeto.

—Tomaréis un bocado con nosotros —dijo Gervasia a las señoras Lerat y Lorilleux cuando volvieron de nuevo—; estamos demasiado tristes y no nos separaremos.

Pusieron la mesa sobre el mostrador. Todos, al ver los platos, pensaban en las comilonas que allí se habían hecho. Lantier estaba de vuelta y Lorilleux bajó. Un pastelero acababa de traer una torta, pues la planchadora no tenía la cabeza para ocuparse de cocinar. Cuando tomaban asiento, Boche entró a decir que el señor Marescot pedía permiso para pasar; el propietario se presentó muy grave, con su gran condecoración en la levita. Saludó sin decir nada y fue derecho a la pieza donde se arrodilló. Era muy religioso; se puso a rezar con recogimiento de sacerdote, y trazó una cruz en el aire, rociando el cadáver con agua bendita con la rama de boj. Toda la familia, que había dejado la mesa, se mantenía de pie, fuertemente impresionada. Cuando el señor Marescot acabó sus devociones entró en la tienda y dijo a los Coupeau:

—He venido por los dos trimestres atrasados. ¿Los pueden pagar?

—No, señor, de ninguna manera —dijo Gervasia muy contrariada al oír hablar de aquello delante de los Lorilleux—. Comprenda usted, con la desgracia que se nos viene encima...

—No lo dudo, pero todos tenemos nuestras penas —repuso el propietario, extendiendo sus anchos dedos de antiguo obrero—. Estoy muy molesto, ya no puedo esperar más... Si no me pagan mañana por la mañana me veré obligado a desalojarlos.

Gervasia cruzó las manos llorando a lágrima viva, muda y suplicante. Con un enérgico movimiento de la gruesa y huesuda cabeza, el propietario hízole comprender que las súplicas eran inútiles. Pero como el respeto a los muertos prohibía toda discusión, se retiró discretamente andando para atrás.

—Mil perdones por haberles molestado. Pasado mañana, no lo olviden.

Como al irse pasó de nuevo por delante de la pieza, saludó por última vez el cuerpo con una genuflexión devota, a través de la puerta, completamente abierta.

Comieron de prisa para que no pareciese que lo hacían por placer; y cuando llegaron a los postres se retardaron, dominados por una necesidad de bienestar. A cada momento, con la boca llena, Gervasia o cualquiera de las dos hermanas, se levantaban para ir a echar una ojeada a la pieza, sin soltar siquiera la servilleta, y cuando se volvían a sentar, terminando su bocado, las otras la miraban un segundo

para cerciorarse de que todo marchaba bien en el cuarto de al lado. Poco a poco las visitas ralearon más, hasta que la relegaron al olvido. Habían hecho un cubo de café, y del más fuerte, a fin de estar despabilados toda la noche. Los Poisson llegaron después de las ocho y se les invitó a beber un vaso de vino. Entonces Lantier, que observaba la cara de Gervasia, pareció encontrar la ocasión esperada por él, desde por la mañana. Aludiendo a la indecencia de los propietarios que entraban a pedir el dinero en la casa donde había un muerto, dijo bruscamente:

—¡Es un jesuita, ese puerco, con su cara de sacristán!... Pero yo, en el lugar de ustedes, le dejaría su tienda.

Gervasia, medio muerta de fatiga, enervada y molida, respondió dejándose llevar:

—Desde luego no esperaré a la justicia... No puedo más, no puedo más.

Los Lorilleux, gozosos porque la Banbán abandonase la tienda, le mostraron su aprobación. Nadie sabía lo que costaba tener una tienda. Si en otro sitio no ganaba más que tres francos, por lo menos no tenía gastos y no estaba en peligro de arriesgar grandes cantidades. Hicieron repetir este argumento a Coupeau, pinchándole; bebía mucho y se mantenía en un enternecimiento continuo, llorando solo sobre su plato. Como la planchadora parecía dejarse convencer, Lantier guiñó los ojos mirando a los Poisson, y la buena moza de Virginia intervino mostrándose muy complaciente:

—Ya ves; podríamos entendernos. Yo la arrendaría y arreglaría tu asunto con el propietario. En fin, estaríais siempre más tranquilos.

—¡No, gracias! —exclamó Gervasia sacudiéndose, como atacada por un escalofrío—. Yo sé dónde encontrar el dinero, si quiero. Trabajaré; tengo mis dos brazos, gracias a Dios, para salir del atolladero.

—De eso se hablará más tarde —se apresuró a decir el sombrerero—. No es conveniente esta noche... Más tarde, mañana, por ejemplo.

En aquel momento la señora Lerat, que entraba al gabinete, lanzó un pequeño grito. Había tenido miedo, porque encontró la candela apagada, quemada hasta el final. Todo el mundo se preocupó de encender otra; y moviendo la cabeza repetían que no era buena señal que la luz se apagara cerca de un muerto.

La velada dio principio. Coupeau se había tendido, no por dormir, decía él, sino para reflexionar; pero estaba roncando cinco minutos después. Cuando enviaron a Naná a acostarse a casa de los Boche, lloró; pues se regodeaba desde por la mañana en la esperanza de tener un sitio bien caliente en la cama de su buen amigo Lantier. Los Poisson se quedaron hasta media noche; habían terminado por preparar vino a la francesa, en una ensaladera, porque el café ponía demasiado nerviosas a las señoras. La conversación derivó hacia las tiernas efusiones. Virginia hablaba del campo: le hubiera gustado ser enterrada en el extremo de un bosque, con flores silvestres sobre su tumba; la señora Lerat guardaba en su armario la sábana que había de envolverle, y la perfumaba todos los días con un ramito de espliego; le gustaría oler bien cuando se comiera las florecillas por la raíz. Luego, sin transición, el guardia municipal contó que había echado el guante por la mañana a una buena moza que acababa de robar en

la tienda de un salchichero; al desnudarla en la Comisaría se le habían encontrado diez salchichones colgados alrededor del cuerpo, por delante y por detrás. Y como la señora Lorilleux dijera, con cara de asco que ella no probaría esos salchichones, la reunión se echó a reír despacito.

La velada se regocijaba de lo lindo, guardando las conveniencias.

Pero cuando se daba fin al vino a la francesa, un ruido singular, un chorrear continuo, salió de la pieza. Todos levantaron la cabeza y se miraron.

—No es nada —dijo tranquilamente Lantier, bajando la voz—. Se está vaciando.

La explicación tranquilizó a todos, y dejaron los vasos sobre la mesa.

Por último se retiraron los Poisson, y Lantier marchó con ellos; dijo que iba a casa de un amigo para dejar su cama a las señoras, y que de ese modo pudieran descansar cada cual una hora, por turnos. Lorilleux subió a acostarse solo, repitiendo que eso no le había vuelto a pasar desde su casamiento. Gervasia y las dos hermanas se quedaron con Coupeau, que estaba medio dormido, y se situaron alrededor de la estufa, donde pusieron café caliente. Estaban allí apelotonadas, dobladas en dos, con las manos bajo sus delantales, la nariz encima del fuego, charlando muy bajo, por el gran silencio del barrio. La señora Lorilleux gimoteaba; no tenía vestido negro ni mucho deseo de comprarlo, pues andaban muy mal, muy mal, y preguntaba a Gervasia si mamá Coupeau no había dejado una falda negra, aquella que le regalaron para su santo. La planchadora tuvo que ir a buscar la falda. Con un pliegue en el talle podría servir. Pero la señora Lorilleux quería también ropa blanca vieja, hablaba de la cama, del armario, de dos sillas, buscaba con los ojos las chucherías que había para repartir. Poco faltó para que riñeran. La señora Lerat tuvo que poner paz; ella era más justa; los Coupeau habían soportado la carga de la madre, y por lo tanto bien habían ganado sus cuatro trastos. Y las tres se acurrucaron de nuevo en la estufa, entre gruñidos monótonos. La noche les parecía terriblemente larga. A cada momento se sacudían, bebían café, echaban un vistazo al cuarto, donde la vela, que no se debía despabilar, ardía con una dama roja y triste, agrandada por las partículas carbonizadas de la mecha. Hacia la mañana estaban tiritando, a pesar del fuerte calor de la estufa. Una angustia, un decaimiento por haber hablado más de lo conveniente las sofocaba, les secaba la lengua y les irritaba los ojos. La señora Lerat se echó sobre la cama de Lantier y se puso a roncar como un hombre, mientras que las otras dos, con la cabeza caída tocándose las rodillas, dormían ante el fuego. De madrugada las despertó un escalofrío. La vela de mamá Coupeau acababa de apagarse. Y como en la obscuridad volvía a sentirse el sordo chorrear, la señora Lorilleux dio la explicación en alta voz, para tranquilizarse a sí misma.

—Se está vaciando —repitió, encendiendo otra vela.

El entierro estaba señalado para las diez y media. Una buena mañana que añadir a la noche y al día anterior. Es decir que Gervasia, sin tener un céntimo, habría dado cien francos al que hubiera venido tres horas antes a llevarse a mamá Coupeau. Por

mucho que se quiera a las personas, son demasiado pesadas una vez muertas, y cuanto más se las quiere más de prisa querría uno desembarazarse de ellas.

Por fortuna, una mañana de entierro está llena de distracciones. Hay que hacer toda clase de preparativos. Desayunaron primero. Después, el mismo tío Bazougue, el empleado de la funeraria del sexto, fue quien trajo el ataúd y con él el saco de salvado. No estaba sereno nunca aquel buen hombre. A las ocho de la mañana decía aún tonterías a causa de la merluza atrapada la víspera.

—¿Es por aquí, verdad? —preguntó.

Y puso en el suelo el ataúd, que resonó como caja nuevecita.

Pero al colocar el saco de salvado al lado de la caja, se quedó con las cejas enarcadas y la boca abierta, al ver a Gervasia delante de él.

—Perdón, excúseme, me he equivocado —balbuceó—. Me habían dicho que era para su casa.

Había vuelto a coger el saco, y la planchadora tuvo que llamarle a voces:

—Deje eso; si es para aquí.

—¡Rayos! Hay que explicarse —repuso golpeándose en el muslo—. Ya comprendo, es la vieja...

Gervasia se quedó pálida. El tío Bazougue había llevado el ataúd para ella.

El empleado de la funeraria continuaba mostrándose galante y buscando excusas:

—Decían ayer que en los bajos había una de viaje; yo me había figurado... Ya comprende usted, en nuestro oficio esas cosas entran por un oído y salen por otro. Le pido mil perdones. Eso hay que hacerlo lo más tarde posible, aunque la vida no tiene nada de divertida, no por cierto, ¿no le parece?

Mientras le escuchaba retrocedía, con el miedo de que no la atrapara con sus manazas sucias para meterla en la caja. Ya una vez, la noche de su boda, le había dicho que había mujeres que le daban las gracias si subía a llevárselas. Pero ella no se hallaba en aquel caso; aquello le producía un estremecimiento en la espina dorsal. Su existencia se había frustrado, pero no sentía ganas de irse tan pronto; prefería morir de hambre durante años enteros que vérselas de frente con la muerte, aunque no fuera más que un segundo.

—Está ebrio —murmuró con un gesto de disgusto mezclado de espanto—. La administración, al menos, no debía enviar borrachos. Bastante caro lo cobran.

Entonces el sepulturero se mostró audaz e insolente.

—Escuche, madrecita, otra vez será. A su disposición ¿entiende usted? No tiene más que hacerme una seña. Soy el consolador de las damas... Y no escupa al tío Bazougue que ha tenido en sus brazos a otras más elegantes que usted, que se han dejado arreglar sin quejarse, y muy contentas de poder continuar su sueño en la sombra.

—¡Cállese, tío Bazougue! —dijo severamente Lorilleux, que había acudido al ruido de las voces—. No son bromas a propósito. Si nos quejáramos, le despedirían... Vamos, largo de aquí, ya que no respeta los principios.

El sepulturero se alejó, pero se le oyó durante largo rato refunfuñar sobre la acera: —¡Qué principios!... No hay principios..., no hay principios...; no hay más que la honradez.

Por fin dieron las diez. El coche se retrasaba. Ya había empezado a llegar la gente a la tienda, amigos y vecinos, el señor Madinier, Mes-Bottes, la señora Gaudron, la señorita Remanjou; y a cada momento, por entre las puertas de madera, asomaba una cabeza de hombre o mujer para ver si aquel retrasado coche fúnebre acababa de llegar. La familia, reunida en la habitación del fondo, repartía apretones de mano. De cuando en cuando se hacía el silencio, cortado por cuchicheos rápidos, por una espera molesta y febril, con bruscos movimientos de faldas, ya porque la señora Lorilleux hubiera olvidado su pañuelo, ya porque la señora Lerat buscara un libro de misa que pudieran prestarle. Todos, a medida que llegaban, veían en medio de la pieza el ataúd abierto; y, a pesar suyo, cada uno calculaba que la gruesa mamá Coupeau no cabría allí dentro. Todo el mundo se miraba con este pensamiento en los ojos, sin comunicárselo. Se notó movimiento en la puerta, y el señor Madinier vino a anunciar con voz grave y contenta, arqueando los brazos:

—¡Ya están aquí!

No era todavía el coche. Eran cuatro empleados de la funeraria, que entraron en fila, con paso apresurado, con sus rostros rojos, sus gruesas manos de mozos de mudanza y sus uniformes de color ala de mosca, desgastados y blanquecinos por el roce de los ataúdes. El tío Bazougue marchaba el primero, muy borracho, pero muy tieso; en cuanto estaba en su tarea recobraba su aplomo. No pronunciaron una palabra, con la cabeza un poco agachada, pesando con la vista a mamá Coupeau. Todo se desenvolvió sin dificultad, y la pobre vieja fue encerrada en menos tiempo que se necesita para estornudar. El más pequeño, un joven que bizqueaba, había metido el saco de salvado en el féretro y lo extendía, amasándolo como si quisiera hacer pan. Otro muy delgado, con aspecto bromista, acababa de extender la sábana por encima. Y diciendo: «¡A la una, a las dos y...!», entre los cuatro levantaron el cuerpo, dos por la cabeza y dos por los pies. No se da vuelta más rápidamente a un buñuelo. Los que alargaban el cuello para ver, casi creyeron que mamá Coupeau había saltado por sí misma dentro como perico por su casa, justo, justo, de manera que hasta se oyó el roce de la ropa con el ataúd. Parecía un cuadro con su marco. Pero, en fin, allí cabía, cosa que asombró a todos los asistentes, seguros de que había disminuido desde la víspera. Entretanto, los sepultureros se habían levantado y esperaban; el bizco tomó la tapa e invitó a la familia a que se despidiera; mientras que Bazougue se ponía los clavos en la boca y preparaba el martillo. Entonces Gervasia, Coupeau, sus dos hermanas y algunos más se pusieron de rodillas para besar a mamá, que se iba llorando a todo trapo lágrimas cálidas, que caían y rodaban sobre aquel rostro rígido y frío como un mármol. Se oía un ruido prolongado de sollozos. La tapa se cerró, el tío Bazougue clavó sus clavos con la maestría de un embalador, dando

dos golpes por cada punta, y ya no se oyó llorar más a nadie, entre el estrépito de muebles en reparación. Se había terminado. El cortejo marchaba.

—¡Parece increíble que se pueda hacer tanta algarabía en semejantes momentos! —dijo la señora Lorilleux a su marido, al ver el coche ante la puerta.

El carruaje revolucionó a todo el barrio. La tripicallera llamaba a los muchachos del almacén de comestibles, el relojero había salido a la acera, los vecinos se asomaban a las ventanas. Y toda aquella gente hablaba del lambrequino con franjas blancas de algodón. ¡Mejor hubieran hecho los Coupeau en pagar sus deudas! Pero como declaraban los Lorilleux, cuando se tiene orgullo sale por todas partes.

—¡Es vergonzoso! —repetía en el mismo instante Gervasia, hablando del cadenista y de su mujer—. ¡Mira que esos roñosos no haber traído ni un ramo de violetas a su madre!

Los Lorilleux, en efecto, fueron con las manos vacías. La señora Lerat había llevado una corona de flores artificiales, e incluso pusieron sobre la tapa una corona de siemprevivas y un ramo, comprado por los Coupeau. Los sepultureros tuvieron que dar un buen espaldarazo para levantar y cargar el cuerpo. El cortejo tardó en organizarse. Coupeau y Lorilleux, con levitas, el sombrero en la mano, presidían el duelo; el primero con su enternecimiento, que dos vasos de vino blanco tomados tempranito habían conservado, iba del brazo de su cuñado, con las piernas flojas y la cabeza dolorida. Detrás marchaban los hombres, el señor Madinier, muy grave, vestido de negro; Mes-Bottes, con gabán sobre la blusa; Boche, cuyo pantalón amarillo llamaba la atención; Lantier; Gaudron; Bibi-la-Grillade; Poisson, y algunos más. Las señoras iban detrás; en primera fila, la señora Lorilleux, que arrastraba la falda recompuesta de la difunta; la señora Lerat, ocultando bajo un chal de luto improvisado, una especie de gabán ceñido, con aplicaciones color lila; y en la fila Virginia, la señora Gaudron, la señora Fauconnier, la señorita Remanjou y varias otras señoras. Cuando el coche se puso en movimiento y descendió lentamente por la calle Goutte-d'Or, en medio de gentes que hacían la señal de la cruz o se quitaban los sombreros, los cuatro funerarios tomaron la delantera, dos delante y los otros dos detrás, a derecha e izquierda. Gervasia se quedó para cerrar la tienda. Confió a Naná al cuidado de la señora Boche y se unió al cortejo corriendo, mientras que la pequeña, sujeta por la portera bajo el dintel, miraba con profundo interés cómo su abuela desaparecía en el fondo de la calle, en aquel lindo coche.

Justamente en el momento en que la planchadora, sofocada, alcanzaba al cortejo, Goujet llegaba por otro lado. Se puso con los hombres; pero se volvió y la saludó con un movimiento de cabeza, tan cariñoso, que la hizo sentirse muy desgraciada, y se le saltaron las lágrimas. No lloraba sólo por mamá Coupeau, lloraba por algo abominable, que no habría podido confesar y que la ahogaba. Durante todo el trayecto sostuvo su pañuelo apoyado en los ojos. La señora Lorilleux, con las mejillas secas e inflamadas, la miraba de reojo, acusándola de hacer comedia.

En la iglesia la ceremonia se acabó pronto. La misa se prolongó un rato, porque el sacerdote era muy viejo. Mes-Bottes y Bibi-la-Grillade se quedaron fuera, para huir de la colecta. El señor Madinier, durante todo el tiempo que duró aquello, estuvo estudiando a los curas y comunicando sus observaciones a Lantier; aquellos farsantes, al escupir su latín, no sabían siquiera lo que decían; enterraban a una persona como la habrían bautizado o casado, sin conservar el menor sentimiento en el corazón. A continuación el señor Madinier renegó de aquel montón de ceremonias, de aquellas luces, de aquellas tristes voces y del aparato aquel, ante la familia. Verdaderamente uno perdía a los suyos dos veces, una en casa y otra en la iglesia. Todos los hombres le daban la razón, sobre todo cuando acabada la misa, se produjo un momento penoso, un verdadero gruñir de oraciones al desfilar ante el cadáver echándole agua bendita. Felizmente, el cementerio no estaba lejos, el pequeño cementerio de la Chapelle, un pedazo de jardín que se abría en la calle Marcadet. Llegaron desorganizados, golpeando el suelo con los pies y hablando cada uno de sus asuntos. La endurecida tierra resonaba, y todos, de buena gana, hubieran echado a correr. El hoyo abierto, cerca del cual habían dejado la caja, estaba ya todo helado, blancuzco y pedregoso como una cantera de yeso, y los asistentes, alineados alrededor de los montículos de cascotes, no encontraban muy divertido esperar con un frío semejante, aburridos ya de mirar el hoyo. Por fin, un sacerdote con sobrepelliz salió de un pabelloncito; iba tiritando y se veía el vaho de su aliento humear a cada «de profundis» que soltaba. En cuanto hubo hecho la señal de la cruz se marchó sin ninguna gana de volver a empezar. El enterrador tomó su pala, pero a causa del hielo no podía sacar más que gruesos terrones, que producían una desagradable música en el fondo, un verdadero bombardeo sobre el ataúd, una descarga de cañonazos que parecían que iban a hundir la madera. Por muy indiferentes que nos mostremos, esta música nos destroza el estómago. Los llantos recomenzaron. Mientras se iban, y una vez fuera, siguieron oyendo las detonaciones. Mes-Bottes, soplándose los dedos hizo notar a todos:

—¡Por la gran p...!, ¡lo que es la pobre mamá Coupeau no iba a tener mucho calor!

—Señoras y señores —dijo el plomero a los amigos que quedaron en la calle con la familia—, si quieren aceptar un refrigerio...

Y entró el primero en una taberna de la calle Marcadet. Al volver del cementerio. Gervasia, que se había quedado en la acera, llamó a Goujet que se alejaba, después de haberla saludado con un nuevo movimiento de cabeza. ¿Por qué no acepta un vaso de vino? Pero él tenía prisa, tenía que volver al taller. Se miraron durante unos instantes sin decirse nada.

—Ruego que me perdone por lo de los sesenta francos —murmuró por fin la planchadora—. Estaba como loca y pensé en usted.

—No hay por qué; está perdonada —interrumpió el herrero—. Y ya sabe, a su disposición, siempre que le suceda alguna desgracia... Pero no diga nada a mamá,

porque ella tiene sus manías y no quiero contrariarla.

Ella no le quitaba la vista de encima, y viéndole tan bueno, tan triste con su hermosa barba rubia, estuvo a punto de aceptar su antigua proposición de irse con él, para ser felices juntos en cualquier parte. Pero en seguida se le ocurrió otro mal pensamiento: el de pedirle prestados los dos trimestres que debía, a no importa qué precio. Temblando, continuó con voz acariciadora:

—No estamos enfadados, ¿verdad?

—Claro que no: nunca nos enfadaremos... Sólo que usted comprenderá: todo ha terminado entre nosotros.

Y se alejó a largos pasos, dejando a Gervasia aturdida, al escuchar sus últimas palabras repercutir en sus oídos como zumbido de campana. Al entrar en la taberna oía sordamente en su interior: «Todo ha terminado entre nosotros».

Pues bien, todo ha concluido, ya no tengo nada que hacer. Se sentó y engulló un bocado de pan y queso y vació un vaso lleno que encontró delante de ella.

Hallábase aquella taberna en un subsuelo, donde había una gran sala de techo bajo, ocupada por dos enormes mesas. Botellas, pedazos de pan y grandes trozos triangulares de queso de Brie en tres platos. Los invitados comían con los dedos, sin platos ni cubiertos. Más allá los cuatro empleados fúnebres, colocados cerca de la estufa que roncaba, terminaban de desayunar.

—¡Dios mío! —explicaba el señor Madinier—. A cada uno le llega su turno. Los viejos dejan el sitio a los jóvenes... Al volver a casa vais a encontrar un gran vacío.

—Hermano mío, deja la casa —dijo vivamente la señora Lorilleux—. Es una ruina esa tienda.

Habían trabajado a Coupeau. Todo el mundo le empujaba para que cediera él alquiler. La misma señora Lerat, que ahora estaba muy bien con Lantier y Virginia, seducida por la idea de que debían de sentirse encaprichados el uno por el otro, hablaba con cara aterrorizada de quiebra y de prisión. De repente, el plomero se enfadó, su entendimiento trocóse en furor, demasiado regado con tanto líquido.

—Escucha —le gritó a su mujer en las mismas narices—. Quiero que me escuches. Tu tozudez siempre hace de las tuyas. Pero esta vez haré mi santa voluntad, te lo advierto.

—Con ella son inútiles las buenas palabras —dijo Lantier—. Haría falta un martillo para meterle eso en la cabeza.

Y los dos se pusieron a cargar sobre ella, lo que no era óbice para que las mandíbulas no dejaran de trabajar. El queso y el vino desaparecían como por encanto. Gervasia flaqueaba bajo los ataques. No decía nada, con la boca siempre llena, comiendo como si tuviera mucha hambre. Cuando ellos se cansaron, levantó lentamente la cabeza y dijo:

—¡Basta ya! ¡Me río de la tienda! Ya no la quiero... ¿Comprendéis? ¡Me río de todo! ¡Sí, de todo! ¡Se acabó!

En vista de eso pidieron más pan y queso y se pusieron a hablar seriamente. Los Poisson tomaban el alquiler y se ofrecían para responder de los dos trimestres atrasados. Boche, por su parte, aceptaba el arreglo, en nombre del propietario, dándose importancia. Incluso alquiló, desde aquel momento, a los Coupeau el cuarto del sexto piso, que estaba vacante, en el mismo pasillo de los Lorilleux. En cuanto a Lantier, le gustaría quedarse con su cuarto, si no molestaba a los Poisson. El guardia municipal se inclinó, aquello no le molestaba en absoluto; entre amigos siempre se entiende uno, a pesar de las ideas políticas. Y Lantier, sin mezclarse más en la cesión, como un hombre que ha concluido por fin su asunto, se preparó una enorme rebanada de queso de Brie; se repantigó en la silla y la comió devotamente, colorado como un pimiento, ardiendo en júbilo marrullero, entornando los ojos para guiñárselos una vez a Gervasia y otra a Virginia.

—¡Eh! ¡Tío Bazougue! —gritó Coupeau—. Acérquese a beber una copita. No somos fieras, somos todos trabajadores.

Los cuatro mozos, que ya se iban, entraron para brindar con la concurrencia. No era un reproche, pero la señora que acababan de enterrar pesaba lo suyo, y bien valía un vasito de vino. El tío Bazougue miraba fijamente a la planchadora, pero sin soltar palabras inconvenientes. Ella se levantó, molesta, y abandonó a los hombres que se estaban poniendo hechos una uva. Coupeau, totalmente borracho, comenzaba a lloriquear, diciendo que era por la pena.

Al anochecer, cuando Gervasia se encontró en su casa, se echó abatida sobre una silla. Le parecía que las habitaciones eran inmensas y que estaban desiertas. En verdad, aquello era un gran desahogo. Desde luego, no había dejado sólo a mamá Coupeau allá abajo, en el jardincito de la calle Marcadet. Le faltaban demasiadas cosas, un pedazo de su vida, su tienda, su orgullo de ama, y aun otros sentimientos, había enterrado en ese día. Sí, las paredes estaban vacías y su corazón también: era una mudanza completa, una súbita caída a la sepultura. Se sentía demasiado cansada; ya se levantaría más adelante, si podía conseguirlo.

A las diez, cuando se estaba desnudando, Naná se echó a llorar y a patalear. Se quería acostar en la cama de mamá Coupeau. Su madre trató de infundirle miedo; pero la pequeña era demasiado precoz, y los muertos no le causaban más que una gran curiosidad. Y, por último, para que no escandalizara, tuvieron que dejarla que se acostase donde había dormido su abuela. A la chicuela le gustaban las camas grandes; allí se extendía y se revolcaba a su sabor. Aquella noche durmió encantada al calorcito y al suave cosquilleo del colchón de plumas.

CAPÍTULO X

La nueva vivienda de los Coupeau estaba en el sexto, escalera B. Después de pasar por delante de la puerta de la señorita Remanjou, se tomaba el pasillo, a la izquierda, y a continuación había que volver a torcer. La primera puerta era la de los Bijardt. Casi enfrente, en un agujero sin ventilación, bajo una pequeña escalera que subía al tejado; dormía el tío Bru. Pasando dos cuartos más se llegaba al del tío Bazougue. Y, por último, al lado del de Bazougue, estaban los Coupeau, en un cuarto y un gabinete que daban al patio. Y ya en el fondo del corredor no había más que dos puertas antes de llegar a la casa de los Lorilleux, al final de todo.

Una sala y un gabinete, nada más. Allí era donde ahora habitaban los Coupeau. La sala era como la palma de la mano. Allí había que hacer todo, dormir, comer y todo lo demás. En el gabinete apenas cabía la camita de Naná; tenía que desnudarse en el cuarto de sus padres, y por la noche dejaban la puerta abierta para que no se ahogara. Era todo tan pequeño, que Gervasia tuvo que ceder sus trastos a los Poisson por no haber medio de colocarlos allí. Con la cama, la mesa y cuatro sillas, la habitación estaba llena. Con el corazón destrozado, no teniendo valor para desprenderse de su cómoda, la metió en casa, ocupando buena parte de ella. Una de las puertas de la ventana quedaba condenada y quitaba de entrar un poco de luz y alegría. Cuando quería mirar al patio, apenas podía hacerlo, ya que cada día estaba más gorda y no tenía sitio ni para apoyar los codos, por lo que tenía que asomarse de medio lado, torciendo el cuello.

Los primeros días la planchadora se los pasó llorando. Le parecía muy duro eso de no poder moverse en su casa, después de haber estado con holgura. Se ahogaba y permanecía en la ventana las horas muertas, como aplastada entre la pared y la cómoda, a riesgo de coger tortícolis. Allí era donde únicamente respiraba. Y, sin embargo, el patio no le inspiraba más que ideas tristes. Enfrente de ella, por el lado donde daba el sol, veía su sueño de otras veces, aquella ventana del quinto, donde las judías verdes enroscaban cada primavera sus delgados tallos, sujetos por una red de cuerdas. Su cuarto estaba del lado de la sombra, y los tiestos de reseda se morían en él en ocho días. ¡La vida no marchaba muy bien, y desde luego no era esa la existencia que ella había soñado! En lugar de tener flores a su vejez se revolcaba en la suciedad. Un día, al inclinarse, se vio acometida por una extraña sensación; creyó verse en persona, allá abajo, bajo el vestíbulo, cerca de la portería, con la cara levantada, examinando la casa por primera vez; y este salto de trece años atrás le hizo dar un vuelco al corazón. El patio no había cambiado, las fachadas desnudas, apenas más negras y más leprosas; un fuerte olor ascendía de las cañerías roídas por la herrumbre; de las cuerdas de las ventanas pendían piezas de ropa, pañales de niño llenos de porquería; abajo el pavimento hundido estaba sucio por los desperdicios de

carbón del cerrajero y las virutas del carpintero; incluso en el húmedo rincón de la fuente un reguero procedente de la tintorería, ofrecía un bello tinte azul, de un azul tan suave como el de antaño; mas ella sentíase cambiada y decaída. Ya no se veía allá abajo, mirando al cielo, contenta y ambicionando un lindo piso. Estaba bajo el tejado, en el rincón de los piojosos, en el hueco más sucio, en el sitio donde nunca se recibía la visita de un rayo de sol. Esto explicaba sus lágrimas; no podía estar contenta de su suerte.

No obstante, cuando Gervasia se fue acostumbrando un poco, los comienzos de la nueva vida en la actual vivienda no se presentaron mal. El invierno tocaba a su fin. Los cuatro cuartos de los muebles cedidos a Virginia habían facilitado la instalación. En cuanto llegaron los días buenos, Coupeau tuvo suerte y se contrató para salir a trabajar en provincias, en Etampes; y allí estuvo tres meses, sin emborracharse y casi curado por los aires del campo, aunque no fuera más que momentáneamente. Nadie duda de la eficacia que, para quitar la sed, ejerce en los borrachos el abandonar los aires de París, donde las calles están llenas de humo de aguardiente y de vino. A su regreso estaba fresco como una rosa, y traía cuatrocientos francos, con los que pagaron los dos trimestres que debían de la tienda, de los cuales habían respondido los Poisson, así como de otras pequeñas deudas contraídas en el barrio, las más apremiantes. Gervasia volvió a presentarse en dos o tres calles por donde no pasaba ya. Se puso a jornal como planchadora.

La señora Fauconnier, bonísima mujer y muy amiga de adulaciones, la había tomado de nuevo. Le pagaba tres francos, como a primera oficiala, en atención a su antigua posición de patrona. Al parecer, el matrimonio podía ir tirando, e incluso Gervasia pensaba que con trabajo y economía llegaría un día en que podrían pagarlo todo y acomodarse en un tren de vida aceptable. Esto lo pensaba en la fiebre que le proporcionaba la suma ganada por su marido. En frío aceptaba los hechos como venían, diciendo que las cosas buenas no duran nada.

Lo que más hizo sufrir a los Coupeau fue el ver instalarse en su tienda a los Poisson. No eran muy envidiosos por naturaleza, pero les molestaba que las gentes se maravillasen y se hiciesen cruces de las mejoras introducidas por sus sucesores. Los Boche y los Lorilleux se hacían lenguas. A creerles, nunca se había visto tienda más bonita. Hablaban del estado de suciedad en que habían encontrado los rincones, diciendo que solamente la limpieza había costado treinta francos. Virginia, después de dudar un poco, se había decidido por poner una tienda de comestibles finos, con bombones, chocolate, café y té. Lantier le había aconsejado vivamente que lo hiciera, pues según él había sumas enormes a ganar con las golosinas. La tienda fue pintada de negro con filetes amarillos, dos colores a cual más distinguido. Tres carpinteros estuvieron trabajando durante ocho días solamente para adornar los cajones y vitrinas; el mostrador tenía estantes para los potes, como en las confiterías. La pequeña herencia que Poisson tenía reservada hubo de sufrir rudo golpe. Pero Virginia triunfaba, y los Lorilleux, ayudados por los porteros, no dejaban de contar a

Gervasia todo cuanto podían: ya de un cajón, ya de una vitrina o de un tarro; y se divertían al verla demudarse. Bueno es no ser envidiosa, pero se reniega siempre cuando se ve a los demás calzarse nuestros zapatos y pisarnos con ellos.

También había en este asunto cuestión de pantalones. Afirmábase que Lantier había abandonado a Gervasia, y el barrio declaraba su conformidad con ellos. Menos mal que por fin iba a haber un poco de moralidad en la calle. Y el honor completo de la separación recaía sobre ese pillo de sombrerero, en quien las mujeres creían a ojos cerrados. Daban pelos y señales; había tenido que sacudir a la planchadora para hacerla estar tranquila, pues no le dejaba en paz. Naturalmente, nadie decía la verdad; los que habrían podido saberla la juzgarían demasiado sencilla y poco interesante. Lantier había dejado a Gervasia de cierta manera, y en el sentido de que no estaba con ella día y noche, pero seguramente subía a verla en el sexto cuando se le ocurría pues la señorita Remanjou lo encontraba cuando salía de la casa de los Coupeau a horas intempestivas. Las relaciones continuaban, de vez en cuando y sin que ni uno ni otro pusieran en ellas ninguna ilusión; un resto de costumbre, complacencias recíprocas, nada más... Lo que venía a complicar la situación era que la gente metía en el mismo lío a Lantier con Virginia. En esto el barrio se apresuraba demasiado. Sin duda, el sombrerero andaba tras la morena, y hasta estaba indicado, puesto que reemplazaba a Gervasia en todo y por todo en la vivienda. Corría incluso una historieta a propósito de ellos; decíase que una noche había ido a buscar a Gervasia a la cama del vecino, y que había tomado y guardado a Virginia sin reconocerla antes del alba, a causa de la obscuridad. El cuento hacía desternillar de risa a todos, pero en realidad las cosas no iban tan avanzadas, apenas si se permitía pellizcarle las caderas. Los Lorilleux no perdían ocasión de hablar de ello a la planchadora, esperando ponerla celosa. Los Boche también daban a entender que no habían visto nunca una tan linda pareja. Lo más gracioso de todo era que la calle de la Goutte-d'Or no parecía tomar muy en serio al nuevo matrimonio de tres; no, la moral, dura y severa para Gervasia, se mostraba indulgente para Virginia. Quizás la benignidad sonriente de la calle provenía de que el marido era guardia municipal.

Felizmente, los celos apenas atormentaban a Gervasia. Las infidelidades de Lantier la dejaban tranquila, porque su corazón, desde hacía mucho tiempo, no entraba para nada en sus relaciones con él. Se había enterado, sin querer, de historias sucias, líos del sombrerero con toda clase de mujeres: las primeras perras peinadas con que tropezaba por la calle; y esto le había hecho tan poco efecto, que pudo continuar sus complacencias sin encontrar siquiera bastante coraje para romper. Sin embargo, no aceptó tan conforme el nuevo capricho de su amante. Con Virginia era otra cosa. Habían inventado aquello con el único objeto de molestarla; y si le importaba un bledo el hecho en sí, no por eso dejaba de poner atención. Cuando la señora Lorilleux o cualquier otra mala pécora decía en su presencia que Poisson no podía pasar ya por la puerta de Saint-Denis, se quedaba blanca completamente, parecía que le arrancaban el pecho y le quemaban el estómago. Se mordía los labios

evitando enfadarse para no dar ese gusto a sus enemigos; pero debió reñir con Lantier, porque la señorita Remanjou una tarde creyó distinguir el ruido de una bofetada. Desde luego, algo cierto debió de haber en ello, puesto que Lantier dejó de hablarla durante quince días, mas después volvió, y todo siguió, como si nada hubiera pasado. La planchadora prefería tomar su resolución echándose para atrás ante un posible tirón de moños, deseosa de no atormentar más su vida. Ya no tenía veinte años y no le gustaban los hombres hasta el punto de distribuir azotainas por sus bellos ojos, y además arriesgar su puesto; únicamente iba agregando esto a lo demás.

Coupeau estaba siempre de broma. Este marido cómodo, que no había querido verse los cuernos, bromeaba de lo lindo a propósito de los de Poisson. En su casa aquello no contaba; pero en la de los demás le parecía entusiasmarle, y pasaba grandes apuros por atisbar estos hechos cuando las señoras de los vecinos iban a mirar la hoja del revés. ¡Qué Juan Lanas el tal Poisson! Y un hombre semejante usaba espada y se permitía empujar a la gente en las aceras. ¡Y luego Coupeau tenía la desfachatez de ponerse a bromear con Gervasia! ¡Vaya con su enamorado, la abandonaba! No tenía suerte, estaba visto; no había podido triunfar de los herreros la primera vez, y la segunda habían sido los sombrereros los que se le escapaban de la mano. Y todo porque ponía sus ojos en oficios nada serios. ¿Por qué no se fijaba en un albañil, un hombre de arraigo, acostumbrado a amasar sólidamente el yeso? Él decía estas cosas por pura broma, pero Gervasia no por ello dejaba de ponerse de mil colores, porque la sondeaba con sus ojillos grises, como si quisiera meterle las palabras con un barreno. Cuando abordaba el capítulo de suciedades, ella no sabía nunca si hablaba en broma o en serio. Un hombre que se emborracha desde el principio al fin del año no tiene la cabeza en su sitio, e incluso hay maridos muy celosos a los veinte años, que la bebida vuelve muy complacientes a los treinta, en cuanto a la fidelidad conyugal se refiere.

¡Había, que ver a Coupeau fanfarroneando en la calle de la Goutte-d'Or! Llamaba a Poisson el cornudo, y así cerraba el pico a los parlanchines. Ya no era él el cornudo. Él sabía lo que sabía. Si en otro tiempo había hecho como que no entendía, era probablemente porque no le gustaban los chismes. Cada uno conoce lo suyo y se rasca donde le pica. A él no le picaba nada y no podía rascarse por darle gusto al mundo.

Y el guardia municipal, ¿oía o no? La cosa era cierta esta vez, habían visto a los enamorados juntos, así que no se trataba de inventos. Y se enfadaba, no comprendiendo cómo un hombre, un funcionario de gobierno, sufría en su casa un escándalo semejante. Seguramente al municipal le gustaban las sombras de los otros, eso era todo. Las noches en que Coupeau se aburría solo con su mujer en su agujero, bajo los tejados, bajaba a buscar a Lantier y lo subía por la fuerza. Encontraba triste la casucha desde que el camarada no estaba allí. Los ponía en paz, a Gervasia y al sombrerero, si los veía enfadados. ¡Caray! ¿No hay que enviar al mundo entero a freír espárragos? ¿Por ventura está prohibido divertirse como a uno le plazca? Se reía para

sí y se encendían sus ojuelos de borracho ante la necesidad de compartir todo con el sombrerero para embellecer la vida. Sobre todo en estas noches, era cuando Gervasia no sabía sí su marido hablaba en serio o en broma.

En medio de este ambiente Lantier se daba gran importancia. Se mostraba paternal y digno. Por tres veces había impedido que se enemistaran los Coupeau y los Poisson. Las buenas relaciones entre los dos matrimonios entraban de lleno en su satisfacción. Gracias a las tiernas y firmes miradas con las que vigilábanle a las dos mujeres, éstas afectaban siempre sentir una tierna amistad. Y él, reinando sobre la rubia y sobre la morena, con una tranquilidad de pachá, seguía echando carnes con su falta de vergüenza. Aquel mastín aún estaba haciendo la digestión de los Coupeau y ya se comía a los Poisson. ¡Eso apenas le apuraba! Una tienda comida, empezaba con la otra. No hay como los hombres de esta clase para tener suerte.

En junio de aquel año Naná hizo su primera comunión. Ya iba por sus trece años; crecía como un espárrago, y en su cara ya se veía el desparpajo; el año anterior la habían echado del catecismo por su mala conducta, y si el cura la había admitido esta vez era por miedo a no dejar en el arroyo una descreída más. Naná bailaba de alegría pensando en su traje blanco. Los Lorilleux, como padrinos, habían prometido el vestido, regalo del que hablaban a toda la vecindad; la señora Lerat daría el velo y la cofia; Virginia, el bolso, y Lantier el libro de misa; de manera que los Coupeau esperaban la ceremonia sin apurarse demasiado. Hasta los Poisson, que querían celebrar su instalación, aprovecharon aquella ocasión, a instancias sin duda del sombrerero. Invitaron a los Coupeau y a los Boche, cuya pequeña también hacía la comunión. Por la noche tomarían en su casa un guiso de carnero y algunas cosillas más.

La víspera, en el momento en que Naná, maravillada, contemplaba sus regalos colocados en la cómoda, entró Coupeau en un estado abominable. El ambiente de París volvía a apoderarse de él; la tomó con la madre y la hija diciéndoles razones de borracho y palabrotas que no eran lo más a propósito para semejante situación. Naná, por su parte, se iba haciendo mal hablada, a causa de las sucias conversaciones que oía a su alrededor constantemente. Los días de lío bien sabía tratar a su madre de zorra y de gallina.

—¿Y el pan? —vociferaba el plomero—. ¡Quiero mi sopa, pedazo de m...! Ya están las mujeres con los trapos. Como no esté mi sopa me sentaré sobre esas porquerías...

—¡Qué impertinente cuando está borracho! —murmuró Gervasia impaciente. Y volviéndose a él le dijo:

—Se está calentando; no nos molestes...

Naná se hacía la prudente, porque lo encontraba gracioso en un día como aquel. Continuaba mirando los regalos en la cómoda, bajando los ojos y afectando no oír las bajezas de su padre. Pero el plomero, los días en que estaba así, se ponía de lo más quisquilloso. Le hablaba casi encima del cuello.

—¡Ya te daré yo ropitas blancas! ¿Acaso las quieres para ponerte pelotitas de papel entre el corsé como el domingo pasado? ¡Sí, sí, espera un poco! ¡Ya te veo mover bien el culito! Los trapos bonitos se suben a la cabeza... ¿Quieres largarte de ahí, mal bicho? ¡Guarda tus atavíos, mételos en un cajón o te refriego con ellos!

Naná, con la cabeza baja, no respondía nada. Tenía en la mano la cofia de tul y le preguntaba a su madre cuánto costaba. Y como Coupeau alargase la mano para arrancársela, la misma Gervasia le empujó gritando:

—¡Deja en paz a la niña! Está formalita y no hace nada malo.

Entonces el plomero soltó cuanto le quedaba dentro.

—¡Ah, las zorras, madre e hija! ¡Vaya pareja! Bonito estaba ir a tomar al buen Dios haciendo guiños a los hombres. ¡Atrévete a negarlo, putilla! Te voy a poner un saco a ver si te araña la piel. Sí, con un saco, a ver si os parece bien a ti y a tus curas. ¿Necesito yo que te lleven al vicio? ¡Vive Dios! ¿Queréis escucharme las dos?

De repente volvióse Naná furiosa, mientras Gervasia extendía los brazos para proteger los adornos que Coupeau hablaba de desgarrar. La chiquilla miró a su padre fijamente, y a continuación, olvidando la modestia recomendada por su confesor, dijo con los dientes apretados:

—¡Cerdo!

En cuanto el plomero tomó su sopa se puso a roncar. Al día siguiente se despertó muy alegre. Conservaba algo de la víspera, pero justamente aquello que le hacía falta para estar amable. Asistió al tocado de la pequeña, enternecido por el vestido blanco, pareciéndole que con cualquier trapito tenía aspecto de una verdadera señorita. En fin, como él decía, un padre en un día semejante era lógico que se enorgulleciera de su hija. Y había que ver la gracia de Naná, con sus pudorosas sonrisas de desposada, con su traje demasiado corto. Cuando bajaron y vio en la portería a Paulina, igualmente vestida, Naná se paró, envolviéndola con una mirada serena, y en seguida se mostró muy cariñosa, al verla peor vestida que ella; estaba hecha un fardo. Las dos familias fueron juntas a la iglesia. Naná y Paulina marcharon juntas delante, con el libro de misa en la mano, sujetando sus velos que el viento agitaba; no hablaban, reventando de gozo al ver a las gentes salir de las tiendas haciendo gestos devotos y oír decir a su paso que estaban muy bonitas. Las señoras Boche y Lorilleux se retrasaban, porque se estaban comunicando sus reflexiones sobre la Banbán, una comelotodo, cuya hija no habría comulgado nunca si no hubiera sido por los parientes que le habían dado todo, sí, todo, hasta una camisa nueva, por respeto a la sagrada misa. La señora Lorilleux se ocupaba sobre todo: del vestido, su regalo, fulminando a Naná, y llamándola «cochina» cada vez que recogía polvo con la falda al arrimarse demasiado a las tiendas.

Coupeau estuvo llorando todo el tiempo en la iglesia. Era una tontería, pero no podía contenerse. Aquello le conmovía: ver al cura extendiendo los brazos y a las niñas, semejantes a ángeles, desfilando con las manos juntas; la música del órgano le repercutía en el vientre, y el agradable olor del incienso le obligaba a andar

sorbiendo, como si le hubieran aplicado un ramo de flores a la nariz. Todo lo veía azul, se sentía tocado en el corazón. Entonóse especialmente un cántico suave, mientras que las pequeñas recibían al buen Dios, que le pareció que se le deslizaba por el cuello, produciéndole un estremecimiento, a lo largo de la espina dorsal. A su alrededor las personas sensibles mojaban también sus pañuelos. En realidad era un bello día, el mejor de la vida. Al salir de la iglesia y acercarse a tomar un vasito con Lorilleux, que había permanecido con los ojos secos y que le tomaba el pelo, se enfadó, acusando a los cuervos de quemar en sus casas hierbas malas para ablandar a los hombres. Después de todo, no tenía por qué ocultarse, sus ojos habían dejado escapar lágrimas, pero eso no probaba sino que no tenía un ladrillo en el pecho. Y pidió otra ronda.

Por la noche la cena fue muy alegre en casa de los Poisson. La amistad se manifestó sin el menor percance desde el principio hasta el final. Cuando los malos tiempos vienen no faltan veladas agradables, horas en que llegan a quererse hasta gentes que se detestan. Lantier, teniendo a Gervasia a la izquierda y a Virginia a la derecha, les prodigaba por igual ternuras de gallo que no quiere alborotos en su gallinero. Enfrente, Poisson conservaba su apariencia tranquila y severa de guardia municipal, acostumbrado a no pensar en nada, con los ojos entornados durante sus largos paseos por las aceras. Pero las reinas de la fiesta fueron las niñas, Naná y Paulina, a las que se había permitido que no se mudaran; estaban tiesas, por temor a manchar sus vestidos blancos, y tenían que gritarles a cada momento para que levantaran la barbilla y comieran como es debido. Naná, aburrída, acabó por echarse un vaso de vino sobre el vestido; se armó un escándalo y hubo que desnudarla y lavar inmediatamente aquello con un vaso de agua.

En los postres se habló seriamente sobre el porvenir de las niñas. La señora Boche ya había elegido. Paulina entraría a un taller de caladora de oro y plata; ganaban en eso cinco y seis francos por día. Gervasia no sabía todavía; Naná no mostraba ninguna preferencia; su único gusto era el de andar correteando; para todo lo demás tenía manos de manteca.

—Yo, en su lugar —dijo la señora Lerat—, la haría florista. Es un oficio limpio y bonito.

—Las floristas —murmuró Lorilleux— son todas unas busconas.

—¿Y yo? —repuso la viuda con los labios fruncidos—. ¡Sí que está galante! Pues yo no soy ninguna perra, ya lo sabe; ¡no soy de esas que se ponen patas arriba en cuanto oyen silbar!

Todos la hicieron callar, diciendo:

—¡Señora Lerat, señora Lerat!

Y le indicaban con el rabillo del ojo a las dos niñas, que metían las narices en los vasos para no echarse a reír. Hasta los hombres, por respeto a las conveniencias, habían estado escogiendo las mejores palabras. Pero la señora Lerat no aceptó la lección. Lo que acababa de decir lo había oído a gente muy buena. Y además se

enorgullecía de hablar a su modo; a menudo la alababan por la manera que tenía de hablar de todo, hasta delante de niños, sin herir nunca la decencia.

—¡Hay mujeres muy decentes entre las floristas, para que lo sepan! —gritó—. Están hechas como las demás mujeres; no tienen piel por todos los sitios, sólo que saben contenerse y escogen con gusto cuando cometen una falta... Sí, esto les viene de las flores. Para mí ha sido mi defensa...

—¡Válgame Dios! —interrumpió Gervasia—; no siento ninguna repugnancia por las flores. Lo que hace falta es que le guste a Naná; no hay que contrariar la vocación en los niños... Veamos, Naná, no te hagas la tonta, contesta: ¿Te gusta ese oficio?

La pequeña, inclinada encima de su plato, recogía con su dedo húmedo miguitas de pastel, que se comía en seguida. No se dio ninguna prisa. Tenía una sonrisilla viciosa.

—Sí, mamá, me gusta —terminó por declarar.

Entonces el asunto quedó pronto arreglado. Coupeau quiso que la señora Lerat llevase a la niña a su taller de la calle del Cairo, desde el día siguiente. Y todos se pusieron a hablar de los deberes de la vida. Boche decía que Naná y Paulina eran mujercitas, desde que habían comulgado. Poisson añadía que tenían que aprender a cocinar, a zurcir los calcetines y saber llevar una casa. Se habló incluso de sus matrimonios y de los hijos que podrían tener un día. Las muchachitas escuchaban y se divertían para sus adentros, codeándose muy satisfechas de ser ya mujeres, coloradas e inquietas en sus vestidos blancos. Pero lo que más las halagó fue cuando Lantier, bromeando, les preguntó si no tenían ya sus mariditos. Y Naná tuvo que confesar que quería mucho a Víctor Fauconnier, el hijo de la patrona de su madre.

—Pues bien —dijo la señora Lorilleux delante de los Boche, cuando se retiraban—; es nuestra ahijada, pero desde el momento en que la quieren hacer florista no queremos oír hablar más de ella. Una trotera más... Ya les dará qué hacer antes de seis meses.

Al subir a acostarse, los Coupeau convinieron en que todo había estado muy bien y que los Poisson no eran mala gente. Gervasia hasta encontraba la tienda bien arreglada. Había pensado pasar muy mal rato al transcurrir la velada en su antigua vivienda, donde otros se lucían ahora, y estaba maravillada de no haber renegado ni un segundo. Naná, que se estaba desnudando, preguntó a su madre si el vestido de la señorita del segundo, que se había casado el mes último, era de muselina como el suyo.

Éste fue el último día agradable del matrimonio. Transcurrieron dos años, durante los cuales se fueron hundiendo cada vez más. Los inviernos sobre todo, les dejaban sin nada. Si comían pan en el buen tiempo, las abstinencias llegaban con las lluvias y el frío, los paseos ante la despensa, las comidas de fantasía en la pequeña Siberia que era su tugurio. El malvado de diciembre entraba en su casa por debajo de las puertas y traía todos los males, el paro de los talleres, las holganzas aumentadas por las heladas, la negra miseria del tiempo húmedo. El primer invierno encendieron fuego

alguna vez, agrupándose alrededor del fogón, prefiriendo tener calor a comer; el segundo ni siquiera se limpió la herrumbre; antes parecía que helaba más la habitación con su lúgubre aspecto de mojón de hierro. Y lo que más les privaba de todo, lo que acababa con ellos, era el tener que pagar el alquiler. ¡Oh!, el alquiler de enero, cuando no había ni un rábano en casa y se presentaba el tío Boche con el recibo. Y como un viento de muerte, como una tempestad del norte era la llegada del señor Marescot el primer sábado, cubierto con su buen gabán y con sus garras metidas en guantes de lana; tenía constantemente la palabra expulsión en la boca, mientras fuera caía la nieve, como si les estuviera preparando un mullido lecho sobre la acera, con sábanas blancas. Para pagar el alquiler hubieran vendido su carne. Eso era lo que vaciaba la despensa y apagaba la estufa. En la casa entera había lamentaciones. Lloraban en todos los pisos, un concierto de desventuras se extendía por todos los pasillos. Si hubiera tenido cada uno un difunto en su casa no habría habido semejante ruido de órgano. Era aquello un verdadero día del juicio final, el fin de los fines, la vida imposible, el aplastamiento del pobre mundo. La mujer del tercero iba a ser llevada por ocho días a la cárcel. Un obrero, el albañil del quinto, había robado en casa de su patrón...

Sin duda, los Coupeau no podían echar la culpa a nadie sino a ellos. Por muy dura que fuese la existencia, sale uno a salvo de ella con orden y economía, y si no, bien podían decirlo los Lorilleux, que pagaban su cuarto regularmente, envuelto el dinero en pedazos de papel sucio; pero, en realidad, llevaban una vida de arañas, capaz de hacer aborrecer el trabajo. Naná no ganaba nada todavía con las flores y gastaba más de lo justo en su persona. Gervasia, en casa de la patrona, acabó por estar mal mirada. Su obra desmerecía más cada día. Estropeaba las prendas hasta el punto de que la patrona le había rebajado el jornal a dos francos, lo que ganaba una principiante. Además era muy susceptible y orgullosa, tirando a la cara de todo el mundo su antigua posición de mujer establecida. Faltaba días enteros, abandonaba el taller cuando se le ponía en la cabeza; así, una vez se encontró tan vejada al ver que la señora Fauconnier había tomado a la señora Putois y que tenía que trabajar codo con codo con su antigua obrera, que no volvía a aparecer en quince días. Después de estas ventoleras la volvía a tomar por lástima, lo que la agriaba más todavía. Lógicamente, al cabo de la semana, el jornal no era muy grande, y decía amargamente que acabaría un sábado por tener que pagar ella misma al ama. En cuanto a Coupeau, trabajaba quizás, pero seguramente hacía regalo de su trabajo al gobierno, pues Gervasia, después de lo de Etampes, no había vuelto a ver el color de la moneda. Los días de cobro ni le miraba las manos al llegar. Volvía con los brazos colgando, los bolsillos vacíos y, muy a menudo, sin pañuelo. ¡Caramba! Parecía que lo había perdido o que algún bigardón de compañero se lo había quitado. Las primeras veces daba sus cuentas, inventando mil embustes, diez francos que había tenido que dar para una suscripción, veinte francos que se le habían escurrido por un agujero del bolsillo, cincuenta francos con los que pagaba deudas imaginarias. Más adelante ni aun eso

decía. El dinero se evaporaba, eso era todo. No lo tenía ya en el bolsillo, lo tenía en el vientre, otra manera no muy divertida de llevárselo a su mujer. La planchadora, siguiendo los consejos de la señora Boche, iba a veces a esperar a su hombre a la salida del taller, para atrapar el huevo acabadito de poner; pero con aquello no adelantaba nada, los compañeros avisaban a Coupeau y el dinero se escondía en los zapatos o en otro sitio menos limpio todavía. La señora Boche estaba más avispada sobre el particular, porque Boche le escamoteaba monedas de diez francos para correr sus juerguecitas con señoras de su conocimiento; registraba los más escondidos rincones de su ropa y encontraba generalmente la moneda que faltaba a la llamada, en la visera de la gorra, entre el cuero y la tela. No era el plomero el que escondía entre sus harapos el oro. Lo metía en la carne. Así que Gervasia no podía tomar sus tijeras y descoserle el vientre.

Culpa era del matrimonio, si cada vez se hundían más. Pero son cosas que no se dicen nunca, sobre todo cuando se está enfangado. Acusaban a su mala suerte y achacaban la culpa a Dios. La casa era un infierno. Se pasaban el día entero insultándose. Pero, a pesar de ello, aún no habían llegado a las manos; apenas si alguna bofetada escapada en el ardor de la disputa. Lo más triste era que habían abierto la jaula del cariño y los sentimientos se habían volado como pajarillos. El calorcillo de padres, madres e hijos, cuando se mantienen en apretado haz, se apartaba de ellos, los dejaba tiritando, cada uno por su lado. Los tres, Coupeau, Gervasia y Naná, estaban siempre de punta, comiéndose por cualquier cosa, con los ojos llenos de odio; parecía que algo se había roto en la familia, el mecanismo que, entre las gentes felices, hace latir los corazones al unísono. Lo que era ahora, Gervasia no se emocionaba como otras veces cuando veía a Coupeau en el borde de los aleros, a doce o quince metros de la acera. Ella no le hubiera empujado, pero si se hubiera caído de por sí, se habría desembarazado la superficie de la tierra de una bien pequeña cosa. Los días en que el ambiente andaba caldeado, ella le gritaba que cuándo llegaría el día en que le trajeran en una camilla. Ella esperaba esto, sería su felicidad verlo así. ¿Para qué servía ese borracho? Para hacerla llorar, para comerle todo, para empujarla al mal. Los hombres tan poco útiles debían echarlos lo más pronto posible al hoyo, para danzar sobre ellos la polka de la libertad. Y cuando la madre decía: «¡Mátate!» la hija respondía: «¡Aplástate!». Naná leía en los periódicos los accidentes, y hacía reflexiones de hija desnaturalizada. Su padre tenía tal suerte que un ómnibus lo había atropellado sin haberle quitado ni la borrachera. ¿Cuándo reventará semejante burro?

En medio de aquella existencia enfurecida por la miseria, Gervasia sufría por su hambre y por la de los que oía estertorar a su alrededor. Aquel rincón de la casa era el de los piojosos, donde tres o cuatro matrimonios parecían haberse puesto de acuerdo para no tener pan todos los días. Ya podían abrirse las puertas, que no dejaban escapar ningún olor a cocina. A todo lo largo del pasillo había un silencio de muerte, y las paredes sonaban a hueco, como vientres vacíos. De vez en cuando se oían

palizas, llantos de mujer, alaridos de pequeñuelos hambrientos, familias que parecían devorarse unas a otras para engañar sus estómagos. Vivíase en un continuo calambre de los gástricos y oíanse los bostezos de todas aquellas abiertas bocas. Con sólo respirar aquel aire enrarecido, donde los moscardones no podían vivir a falta de cosas que comer, los pechos se hundían. Pero lo que más pena daba a Gervasia era el tío Bru, en su hueco, bajo la escalera. Se retiraba a él como una marmota, haciéndose una bola para tener menos frío; estaba días enteros sin moverse, sobre montón de paja. Ni el hambre era suficiente para hacerle salir, pues consideraba inútil ir en busca de apetito, cuando nadie le había invitado a comer fuera de casa. Si no aparecía en tres o cuatro días, los vecinos empujaban la puerta y miraban al interior, por miedo a que se hubiera muerto. Pero aun vivía, no mucho, pero algo, con un ojo sombríamente ¡hasta la muerte le olvidaba! Cuando Gervasia tenía pan, le echaba cortezas. Si se hacía mala y detestaba a los hombres, a causa de su marido, se compadecía siempre, en cambio, de los animales; y el tío Bru, aquel pobre viejo que dejaban morir porque ya no podía ser útil, era para ella como un perro, como un animal inútil, cuya piel y grasa no querrían ya ni los descuartizadores. Sentía un peso en el corazón cada vez que se acordaba de que permanecía allí, al otro lado del pasillo; abandonado de Dios y de los hombres, alimentándose únicamente de sí mismo, reduciéndose a la talla de un niño, arrugándose y apergaminándose como las naranjas que se contraen en las chimeneas.

También la hacía sufrir la vecindad del tío Bazougue, el sepulturero. Un simple tabique muy delgado separaba los dos cuartos. No podía hacer ningún movimiento sin que ella se enterara. Desde que entraba por la noche, seguía, a su pesar, todos sus movimientos: el sombrero de piel negra, que sonaba sordamente sobre la cómoda, como una paletada de tierra; la capa negra, colgada y rozando la pared con ruido de alas de ave nocturna, y toda la ropa negra, tirada en medio del cuarto, dándole la apariencia de escaparate de duelo. Oíale andar de acá para allá, inquietándose si tropezaba con algún mueble o si atropellaba su vajilla. Aquel borrachín era su constante preocupación, tenía un miedo sordo, mezclado a una gana de saber. Él, alegre, con una «merluza» diaria, con la cabeza trastornada, tosía, escupía, cantaba *La tía Godichon*, soltaba palabrotas, chocaba con las cuatro paredes antes de encontrar la cama. Y Gervasia se quedaba pálida pensando qué negocios se traería entre manos; tenía delirios atroces, se le metía en la cabeza que debía haber llevado un muerto y que lo colocaba bajo su cama. ¡Dios mío! Los periódicos habían publicado un acontecimiento referente a un empleado de pompas fúnebres que coleccionaba en su casa los ataúdes de los niños, con objeto de no hacer más que un viaje al cementerio. Desde luego que en cuanto llegaba Bazougue, se extendía el olor a muerte a través del tabique. Podía uno creer que estaba alojado frente al Père-Lachaise, en pleno reino de los topos. Era espantoso aquel animal, riéndose continuamente solo, como si su profesión le divirtiese. Incluso cuando había terminado su alboroto y caía de espaldas, roncaba de una manera extraordinaria que cortaba la respiración a la

planchadora. Se pasaba las horas muertas con el oído en tensión, imaginándose que en la habitación del vecino había procesión de entierros.

Sí, lo peor era que con sus terrores, Gervasia se sentía atraída de tal manera que llegaba a pegar el oído en la pared, para mejor darse cuenta. Bazougue le hacía el mismo efecto que los hombres guapos a las mujeres honradas; querrían gustar de ellos, pero no se atreven; la buena educación se lo impide. Y si el miedo no la hubiera contenido, habría querido tocar la muerte; para ver cómo estaba construida. A veces estaba sin aliento, atenta, esperando la palabra que había de revelar el secreto a cualquier movimiento de Bazougue, hasta que Coupeau le preguntaba en broma si tenía capricho por el sacamuertos de al lado. Ella se enfadaba y hablaba de mudarse; tanto le repugnaba aquella vecindad; y, a pesar suyo, en cuanto el viejo llegaba con su olor a cementerio, volvía a sus reflexiones, con el aire encendido y temeroso de una esposa que piensa en engañar a su marido. ¿No le había ofrecido dos veces embalarla, llevársela con él a un sitio, donde el goce del sueño es tan fuerte que se olvidan de golpe todas las miserias? ¿Quién sabe si aquello, en efecto, era bueno! Poco a poco, una tentación de probar se iba apoderando de ella. Hubiera deseado probar por quince días, un mes, ¡oh!, ¡dormir un mes, sobre todo en invierno, el mes del alquiler, cuando las molestias de la vida la saturaban! Pero no era posible; había que dormir para siempre si se empezaba por hacerlo una hora; y este pensamiento la helaba, su capricho por la muerte se esfumaba ante la eterna y severa amistad que exigía la tierra.

Sin embargo, una noche de enero, golpeó con los puños en el tabique. Había pasado una semana espantosa, empujada por todo el mundo, sin un céntimo, agotado el ánimo. Aquella noche estaba mal, tiritaba de fiebre y veía danzar llamas. Entonces, en vez de tirarse por la ventana, como le dieron ganas por un momento, se puso a golpear y a llamar:

—¡Tío Bazougue, tío Bazougue!

El empleado fúnebre se quitaba sus zapatos cantando *Eran tres lindas mozas*. Seguramente no debía de haber sido floja la tarea, pues parecía más conmovido que de costumbre.

—¡Tío Bazougue, tío Bazougue! —gritó Gervasia alzando la voz.

¿No la oía? Ella se entregaba en seguida; podía tomarla en sus brazos y llevársela donde llevaba a sus otras mujeres, pobres y ricas a quienes consolaba. Le molestaba la canción *Eran tres lindas mozas*, porque veía en ella el desdén de un hombre que tiene demasiadas amantes.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa? —gruñó Bazougue—, ¿quién se encuentra mal?... ¡Anda, la madrecita!

Pero, al oír aquella enronquecida voz, Gervasia se despertó como de una pesadilla. ¿Qué había hecho? Había golpeado en la pared, seguramente. Aquello fue como un bastonazo sobre los riñones, el miedo la contrajo y refuló, creyendo ver las manos del sacamuertos pasar a través de la pared para agarrarla por el moño. No, no;

ella no quería, no estaba lista todavía. Si había llamado fue con el codo al volverse, sin darse cuenta. Y un gran terror subíale de las rodillas a la espalda, con sólo pensar verse tambaleando entre los brazos del viejo, rígida y la cara blanca como un plato.

—¿Ya no hay nadie? —repuso Bazougue en el silencio—. Espere, uno es siempre complaciente con las señoras.

—Nada, no es nada —dijo por fin la planchadora, con voz ahogada—. No tengo necesidad de nada. Gracias.

Mientras que el empleado fúnebre se dormía gruñendo, ella se quedó ansiosa, escuchando, no atreviéndose a moverse por miedo a que se imaginase oír la llamar de nuevo; ahora se juraba proceder con más cautela; podía estar agonizando, que no volvería a pedir socorros al vecino. Y decía esto para tranquilizarse, pues, a ciertas horas, a pesar de su miedo, conservaba su pasión terrible.

En su rincón miserable, en medio de sus cuidados y de los de los demás, Gervasia encontraba un buen ejemplo de valor en casa de los Bijardt. La pequeña Lalie, aquella muchachilla de ocho años, no más grande que un comino, cuidaba la casa con una formalidad de persona mayor; y eso que la tarea era ruda, pues tenía a su cargo dos chicos, su hermano Julio y su hermana Enriqueta, dos pequeñines de tres y cinco años, a los que debía atender durante todo el día, además de fregar la vajilla y barrer. Desde que el tío Bijardt había matado a su mujer de una patada en el vientre, Lalie se había hecho la madrecita de todos. Sin decir nada, saliendo de ella misma, hasta el punto de que el bestia de su padre, para completar, sin duda, el parecido, pegaba hoy a la hija como había pegado a la madre otras veces. Cuando venía borracho, necesitaba mujeres a quienes matar. No se daba cuenta de lo pequeña que era Lalie; golpeaba igual que lo habría hecho sobre un cuero viejo. De una bofetada le cubría la carita entera, y la carne era tan delicada que los cinco dedos se quedaban marcados durante dos días. Aquello era una indigna lluvia de golpes, palizas por un sí o por un no, un lobo rabioso cayendo sobre un gatillo tímido, cariñoso y delgado, hasta hacer llorar, y que recibía aquello con sus bellos ojos resignados, sin quejarse. Nunca se rebelaba Lalie. Doblaba un poco el cuello para proteger la cara, y se resistía sin gritar para no alborotar la casa. Cuando ya el padre estaba cansado de pasearla a puntapiés por los cuatro rincones de la casa, ella esperaba tener fuerzas para levantarse y ponerse a trabajar; lavando a sus niños, haciendo la sopa, no dejando ni un ápice de polvo en ningún mueble. Las palizas entraban en su tarea diaria.

Gervasia sentía un gran afecto por su vecinita. La trataba de igual a igual, como a mujer que ya conoce la existencia. Hay que decir que Lalie tenía una carita pálida y seria, con expresión de muchacha mayor. Se le habrían calculado treinta años cuando se la oía hablar. Sabía muy bien comprar, arreglar ropa, llevar su casa, y hablaba de los pequeños como si ella hubiera tenido dos o tres en su vida. Hacía gracia a la gente, con sus ocho años; pero en seguida se apretaban las gargantas y tenían que marcharse para no llorar. Gervasia le traía cuanto podía, le daba de comer cuando tenía algo, y aun ropas viejas. Un día, al estarle probando un viejo gabancito de Naná,

se quedó sin aliento, viéndole la espina dorsal amoratada, el codo raspado y sangrando aún. Toda su carne inocente martirizada y pegada a los huesos. ¡Ya podía el tío Bazougue ir preparando la caja, porque a ese paso la pobrecita no iría muy lejos! La pequeña rogó a la planchadora que no dijera nada. No quería que molestaran a su padre por su culpa. Le defendía, diciendo que si no bebiera no sería tan malo. Estaba loco, no sabía lo que hacía. Ella le perdonaba, porque a los locos todo debe perdonárseles.

Desde entonces, Gervasia estaba atenta y trataba de intervenir en cuanto oía al señor Bijardt subir la escalera. Pero la mayoría de las veces no conseguía otra cosa que atrapar algún pescozón. Durante el día, cuando entraba, encontraba frecuentemente a Lalie atada a los pies de la cama; un capricho del cerrajero que, antes de salir, le ataba las piernas y el vientre con gruesas cuerdas, sin que nadie supiese por qué; una desviación del cerebro trastornado por la bebida, sin duda para tiranizar a la pequeña, hasta cuando él no estaba allí. Lalie, rígida como un poste, con hormigueos en las piernas; permanecía atada días enteros; hasta una vez que Bijardt no volvió, estuvo así una noche. Cuando Gervasia, indignada, hablaba de desligarla, la pequeña la suplicaba que no tocara ni una cuerda, porque su padre se ponía furioso si no encontraba los nudos hechos de la misma manera. Además, no se encontraba mal, así descansaba y decía esto sonriendo, con sus piernecitas de querubín hinchadas y como muertas. Lo que sí la apenaba era ver que el trabajo de la casa no avanzaba nada mientras ella estaba así. Ya podía su padre haber inventado otra cosa. Vigilaba igual a los niños, se hacía obedecer, llamaba a su lado a Enriqueta y a Julio, para sonarles las naricitas. Como tenía las manos libres, hacía calceta en espera de ser liberada, para no perder del todo su tiempo. Cuando más sufría era cuando Bijardt la desataba; tenía que arrastrarse por el suelo durante un cuarto de hora, porque no podía tenerse en pie por la mala circulación de la sangre.

El cerrajero había imaginado otra pequeña diversión. Ponía monedas en la estufa hasta que estaba al rojo y a continuación las colocaba en un rincón de la chimenea. Llamaba a Lalie y le decía que fuera a comprar pan. La pequeña, sin desconfianza, agarraba el dinero, pero tenía que soltarlo en seguida, lanzando gritos y sacudiendo su manita quemada. Entonces él se enfurecía. ¿Por qué le había dado aquella ventolera? ¡Poníase ahora a tirar el dinero! Y la amenazaba con remangarle las enaguas si no lo recogía más que de prisa. Si la pequeña dudaba, recibía un primer aviso: una bofetada tan fuerte que le hacía ver las estrellas. Muda, con dos gruesas lágrimas en el borde de los ojos, recogía los céntimos y se iba, haciéndolos saltar en la mano para enfriarlos.

Nadie puede darse idea de las feroces intenciones que pueden germinar en el cerebro de un borracho. Una tarde, por ejemplo, Lalie, después de haber arreglado todo, jugaba con sus hermanitos. La ventana estaba abierta, había una gran corriente de aire, y el viento, colándose por el pasillo, movía la puerta con ligeras sacudidas.

—Es el señor Atrevido —decía la pequeña—. Entre, señor Atrevido. Moléstese en entrar.

Y hacía reverencias ante la puerta, saludando al viento. Enriqueta y Julio, detrás de ellas saludaban también, encantados con este juego, retorciéndose de risa como si les hubieran hecho cosquillas. Estaba encantada de verles divertirse de tan buena gana, y ella misma pasaba buen rato, cosa que le sucedía cada muerte de obispo.

—Buenos días, señor Atrevido; ¿cómo está usted, señor Atrevido?

Pero una mano brutal empujó la puerta, y el tío Bijardt entró. La escena cambió repentinamente; Enriqueta y Julio cayeron de espaldas contra la pared, mientras que Lalie, aterrorizada, se quedó a medias con su reverencia. El cerrajero tenía un látigo de carretero en la mano, de largo mango de madera blanca, y una tirilla de cuero terminada en una cuerda delgada. Colocó el látigo al lado de la cama, no dio la patada de costumbre a la niña, que se preparaba ya, presentando las espaldas. Una mueca mostraba sus negros dientes, estaba contento, muy borracho, con la imaginación llena de regocijadas alucinaciones.

—¡Eh! —dijo—. No te hagas la humildita, que ya te he oído bailar desde abajo... Vamos, ven. Más cerca, ¡caramba!, y de frente; no tengo necesidad de olerte el trasero. ¿Acaso te toco yo para que tiembles como un monigote?... ¡Quítame los zapatos!

Lalie, asombrada de no recibir la paliza de costumbre, muy pálida, le quitó los zapatos. Él se había sentado en el borde de la cama, se acostó vestido; permaneció con los ojos abiertos, siguiendo los movimientos de la pequeña por la habitación. Ella daba vueltas, abatida por aquella mirada, con los trabajados miembros tan entorpecidos que dejó caer una taza. Entonces él, sin moverse, agarró el látigo y se lo enseñó diciendo:

—Mira, becerrita, mira esto: es un regalo para ti. Dos francos y medio más que me cuestas... Con este juguete no me veré obligado a correr, y a ti te será inútil esconderte por los rincones; ¿quieres probarlo? ¡Ah, rompiendo las tazas!... ¡Vamos, hala! Danza, pues, haciendo reverencias al señor Atrevido.

No tuvo necesidad de levantarse; tendido panza arriba, con la cabeza hundida en la almohada, hacía chasquear el látigo por la habitación, con estrépito de postillón, que estimula a los caballos. Después, bajando el brazo, pegó a Lalie en mitad del cuerpo, la enrolló y la desenrolló como una peonza. La niña cayó, quiso huir a cuatro patas; pero la alcanzó de nuevo y la puso en pie.

—¡Up, up! —vociferaba—. ¡La carrera de los borricos!... ¿Qué tal? Muy agradables las mañanitas de invierno; me duermo y no me acatarro, atrapo a las ternerillas desde lejos, sin que se me revienten los sabañones. En este rincón te cogí, ¡pícara! Y en aquel otro lado te cogí también. ¡Ah!, y en aquel otro una vez más te toqué; y si te metes debajo de la cama te aporrearé con el mango... ¡Up, up!, ¡corre, corre!

Una ligera espuma le aparecía en los labios, y sus ojos amarillentos parecían salirse de las órbitas. Lalie, alocada, aullando, saltaba por los cuatro ángulos de la habitación, apelonándose en el suelo, pegándose a las paredes; pero el delgadito bramante del látigo la alcanzaba en todos los sitios, chasqueando en sus oídos con ruido de cohete, y desollándole la carne con grandes quemaduras. Una verdadera danza salvaje de animal a quien se le enseñan habilidades. ¡La pobre gatita danzaba que había que ver! Los talones en alto, como las niñas que juegan al salto de la cuerda gritando: ¡Uno, dos y tres! No podía ya respirar y rebotaba sin darse cuenta, como una pelota, dejándose pegar, ciega y cansada de buscar agujero... Y el bandido de su padre estaba triunfante, la insultaba, preguntándole si ya tenía suficiente y si comprendía que debía desechar toda esperanza de escapar a su nuevo sistema.

Gervasia se presentó de repente atraída por los alaridos de la pequeña. Ante tan atroz espectáculo, sintióse llena de furiosa indignación.

—¡Ah, carroña! —gritó—. ¿Quiere usted dejarla, bandido? Le voy a denunciar a la policía.

Bijardt lanzó un gruñido de animal a quien se molesta. Balbuceó:

—Dígame, pata coja, ¿por qué no se ocupa usted un poco de sus asuntos? ¡Todavía tendré que ponerme guantes para pegarle!... Es con el único objeto de advertirla, simplemente para mostrarle que tengo brazo largo.

Lanzó un último latigazo y alcanzó a Lalie en la cara. Partióle el labio superior y empezó a manar sangre. Gervasia agarró una silla y quiso arrojarla sobre el cerrajero. Pero la pequeña tendió hacia ella sus manitas suplicantes, diciendo que no era nada, que ya estaba terminado. Se limpiaba la sangre con la punta de su delantal y hacía callar a sus hermanitos que lloraban fuertemente, como si hubieran recibido ellos la ensalada de latigazos.

Cuando Gervasia pensaba en Lalie, no se atrevía ya a quejarse. Habría querido tener el valor de aquella pequeña de ocho años que soportaba ella sola tanto como todas las mujeres de la escalera reunidas. La había visto estar a pan seco durante tres meses, sin comer ni siquiera mendrugos, tan delgada y tan débil que tenía que apoyarse en las paredes para andar, y cuando ella, ocultándose, le llevaba sobras de carne, sentía fundirse su corazón al verla comer, con gruesas lágrimas silenciosas, a pedacitos pequeños, porque su garganta contraída no dejaba ya pasar el alimento. Siempre tierna y abnegada, a pesar de todo, con un juicio superior al que le correspondía por su edad, llevando sus deberes de madrecita, hasta morir por su maternidad, despierta demasiado pronto su inocencia delicada de niña. Gervasia tomaba ejemplo de sufrimiento y de perdón de esta querida criatura, tratando de aprender de ella a callarse su martirio. Lo único que Lalie no perdía en su mirada muda, sus grandes ojos negros, resignados, en el fondo de los cuales se adivinaba una noche de agonía y de miseria. Jamás pronunciaba ni una sola palabra de reproche; solamente sus grandes ojos negros, completamente abiertos, traslucían su inmenso dolor.

En la casa de los Coupeau, el matarratas de la taberna comenzaba también a hacer sus estragos. La planchadora veía aproximarse la hora en que su hombre agarraría un látigo, como Bijardt, para hacerla bailar. Y la desgracia que la amenazaba, la hacía naturalmente más sensible todavía a la de la pequeña. Coupeau iba por mal camino. Había pasado la fecha en que la bebida le daba por todo lo bueno; ahora ya no bromeaba, golpeándose el torso y diciendo que el «soplar» le engordaba; aquella su villana gordura amarillenta de los primeros años se había disipado, volviéndose delgaducho, de color terroso, con entonaciones verdes de cadáver pudriéndose en un pantano. Inclusive el apetito le había desaparecido; poco a poco fue aborreciendo el pan, y hasta la carne le hacía escupir. Habrían podido servirle el guiso mejor condimentado, y su estómago lo hubiera rechazado, negándose hasta sus dientes a masticarlo. Para sostenerse, tenían que proporcionarle su cuartillo de aguardiente diario; era su ración, su comida y su bebida; el único aumento que digería. Por la mañana, en cuanto saltaba del lecho, permanecía un cuarto de hora largo doblado en dos, tosiendo y crujéndole los huesos, agarrándose la cabeza, lanzando flemas amargas como el acíbar, que le deshollinaban la garganta. Aquello no le faltaba nunca; tenían que prepararle la escupidera de antemano. No conseguía ponerse a plomo sobre sus piernas, hasta que había tomado su primer vaso de consuelo, verdadero remedio, cuyo fuego le cauterizaba por dentro. Pero durante el día le volvían las fuerzas. Primero había sentido cosquilleos, escozores en la piel, en los pies y en las manos; y lo tomaba a broma, diciendo que le hacían monadas y que su costilla debía de ponerle cerdas de cepillo entre las sábanas. Después, sus piernas se fueron poniendo pesadas; los cosquilleos habían terminado por cambiarse en calambres espantosos, que le retorcían la carne como en un torno. Esto le parecía menos divertido, no se reía ya, se paraba en seco en la acera, aturdido, con zumbidos en los oídos, y los ojos cegados por vivo centelleo. Todo le parecía amarillo, las casas bailaban, festoneaba unos segundos, con miedo de caerse cuan largo era. Otras veces, cuando le daba el sol por detrás, sentía un escalofrío como si le hubieran echado agua helada por las espaldas. Lo que más le encorajinaba era el temblorcillo de sus dos manos; la mano derecha, sobre todo, debía haber cometido grandes pecados: tantas eran sus pesadillas. ¡Dios mío! ¡Ya no era un hombre; convertíase en una viejecilla! Dilataba furiosamente sus músculos, agarraba su vaso y apostaba que lo sostendría inmóvil, como si se encontrase en una mesa de mármol; pero, a pesar de su esfuerzo, el vaso bailaba un can-can, saltando a derecha e izquierda con temblorcillo apresurado y regular. Entonces lo vaciaba de un golpe, furioso, chillando que le hacían falta docenas y docenas y que se encargaría en seguida de sostener un tonel sin mover un dedo. Gervasia le aconsejaba que abandonase la bebida si quería dejar de temblar. Pero él se burlaba de ella, bebía sin cesar, comenzando de nuevo el experimento, encolerizándose y acusando a los ómnibus que pasaban de hacerle caer el líquido.

En el mes de marzo, Coupeau regresó una noche mojado hasta los huesos; venía de Montrouge con Mes-Bottes, donde se habían embaulado una sopa de anguilas y les pilló un gran chaparrón desde la barrera de Fourneaux hasta la barrera de Poissonniers, un buen paseíto. Durante la noche se vio acometido por una maldita tos; se puso rojo, con una fiebre muy alta, que le hacía jadear como fuelle agujereado. Cuando el médico de los Boche le vio por la mañana y le hubo auscultado, movió la cabeza, llamando a Gervasia aparte, para aconsejarla que sin pérdida de momento llevase a su marido al hospital. Coupeau tenía pulmonía.

Como era natural, Gervasia no se disgustó. En otro tiempo se habría dejado picar antes que confiar a su marido a los practicantes. Cuando ocurrió el accidente de la calle de la Nación, gastó sus ahorrillos para tratarle con mimo. Pero aquellos buenos sentimientos no perduran cuando los hombres caen en el vicio. No, no; no pensaba volver a darse un ajeteo semejante. Podían llevárselo y no volverlo a traer, y ella daría las gracias. Sin embargo, cuando llegó la camilla y cargaron en ella a Coupeau, como a un mueble, se quedó muy pálida, mordiéndose los labios, y si por un lado rezongaba, diciendo que lo merecía, por otro, su corazón no andaba en ello y habría querido tener siquiera diez francos en su cómoda para no dejarle marchar. Le acompañó al hospital Lariboisière, vio a las enfermeras cómo le acostaban, en el extremo de una gran sala, donde los enfermos, en hilera, con caras de difuntos, se incorporaban y seguían con la vista al compañero que les llevaban: un ambiente de muerte había allí dentro; un fuerte olor de fiebre, que sofocaba, y una música de tísicos capaz de hacer arrojar los pulmones a cualquiera; esto, sin contar con que la sala tenía el aspecto de un reducido Père-Lachaise bordeado de lechos blancos: una verdadera alameda de sepulturas. Como Coupeau se quedase amodorrado sobre la almohada, ella se marchó, no encontrando nada que decir, no teniendo desgraciadamente nada en el bolsillo para aliviarle. Fuera, enfrente del hospital, se volvió y echó una mirada al edificio. Pensaba en los días pasados, cuando Coupeau, colgado en el borde de los canalones, colocaba en la parte alta sus planchas de cinc, cantando al sol. Entonces no bebía, tenía cutis de jovencita. Ella, desde su ventana del hotel Boncœur, le buscaba y le veía en medio del cielo; los dos agitaban sus pañuelos, enviándose risitas como por telégrafo. Sí, Coupeau había trabajado allá arriba, sin sospechar que trabajaba para él. Ahora ya no estaba sobre los tejados, semejante a un gorrión, vivaracho y enamorado: estaba debajo, había construido su nicho en el hospital, y allí venía a morir con su piel arrugada. ¡Dios mío, qué lejana se aparecía la época de sus amores!

A los dos días, cuando Gervasia se presentó para tener noticias, encontró la cama vacía. Una hermana de la Caridad le dijo que tuvieron que transportar a su marido al Asilo de Santa Ana, porque el día anterior se había puesto a delirar. Un trastorno completo, con intenciones de estrellarse la cabeza contra la pared y lanzando aullidos que impedían dormir a los demás enfermos. Al parecer, aquello provenía del alcohol. La bebida, que fermentaba en su cuerpo, se había aprovechado para atacarle y

retorcerle los nervios en el mismo instante en que la pulmonía le tenía sin fuerzas, boca arriba. La planchadora volvió desconcertada. ¡Su hombre seguramente estaba loco! ¡Qué divertida iba a ser su vida si lo soltaban! Naná gritaba que había que dejarlo en el hospital, porque si no acabaría por matarlas a las dos.

Hasta el domingo, Gervasia no pudo ir a Santa Ana. Era un verdadero viaje. Felizmente, el ómnibus del bulevar Rochechouart a la Glacière pasaba cerca del asilo. Bajó en la calle de la Santé y compró dos naranjas, para no ir con las manos vacías. Otro edificio monumental, con patios grises, corredores interminables y con olor de medicina rancia, que no era muy a propósito para inspirar alegría. Pero cuando la introdujeron en una celda se quedó sorprendida al ver a Coupeau casi de buen humor. Hallábase sentado en el «trono», una caja de madera muy limpia, que no despedía ningún mal olor; se echaron a reír de la mejor gana por encontrarse en tales funciones, con las piernas al aire. Ya se sabe lo que es un enfermo. Se contoneaba allí encima como un pavo, con su charla de otros tiempos. ¡Oh!, ya estaba mejor, pues los intestinos volvían a su estado normal.

—¿Y la pulmonía? —preguntó la planchadora.

—¡Se fue! —respondió—. Me la han quitado como por encanto. Toso todavía un poco, pero es el fin del deshollinamiento.

En el momento de dejar el «trono» para meterse en la cama, volvió a bromear.

—¡Qué narices tan sólidas las tuyas, no tienes miedo de tomar de este rapé!

Se rieron más. En el fondo estaban contentos. Era una manera de probar su satisfacción, sin hacer frases, el bromear así, juntos, sobre la porquería. Preciso es haber tenido enfermos para saber la satisfacción que se experimenta al verlos funcionar en todos sentidos.

Cuando estuvo en su cama, ella le dio las naranjas, lo que le produjo ternura. Se hacía amable, desde que bebía tisanas y desde que no podía dejar hasta el corazón sobre los mostradores de los tugurios. Terminó ella por atreverse a hablarle de su delirio, sorprendida de oírle razonar como en los buenos tiempos.

—¡Ah, sí! —dijo burlándose de si mismo—. ¡Buena la he pasado!... Imagínate, veía ratas y corría en cuatro patas para meterlas un grano de sal debajo de la cola. Y tú me llamabas, porque había hombres que querían abusar de ti. En fin, toda clase de tonterías y de fantasmas en pleno día... ¡Oh, me acuerdo muy bien; la azotea está todavía sólida!... Ahora se terminó; desvarío un poco cuando me duermo, tengo pesadillas, pero todo el mundo las tiene.

Gervasia permaneció allí hasta la noche. Cuando se presentó el interno para la visita de las seis, le hizo extender las manos; apenas temblaban, sólo un ligero estremecimiento agitaba la punta de sus dedos. Sin embargo, a medida que avanzaba la noche, Coupeau fue sintiéndose inquieto, se incorporó dos veces y miró al suelo, por los rincones sombreados de la habitación. Bruscamente estiró el brazo, como si aplastara algún animal contra la pared.

—¿Qué es eso? —preguntó Gervasia asustada.

—¡Las ratas, las ratas! —murmuró Coupeau.

Después de un breve silencio, y medio durmiéndose, se puso a forcejear, lanzando palabras entrecortadas.

—¡Dios mío! ¡Me agujerean la piel!... ¡Qué puercos de animales!... ¡Mantente firme!... ¡Agárrate bien las faldas!... ¡Desconfía del cerdo que tienes detrás de ti!... ¡Truenos, ya cayó patas arriba!... ¡Y esos canallas se divierten!... ¡Hato de canallas, de cochinos, de bandoleros!

Daba golpes en el vacío, tiraba de la manta y se la arrollaba en el pecho, como para protegerla contra las violencias de los hombres barbudos que creía ver. A la llegada de un enfermero, Gervasia se retiró, helada ante esta escena, pero cuando volvió algunos días más tarde, lo encontró completamente curado. Las pesadillas se habían ido por completo, dormía como un niño sus diez horas, sin moverse. Así fue que le permitieron a su mujer llevárselo. El interno le dio a la salida buenos consejos, diciéndole que los meditara. Si volvía a beber recaería y se moriría. Eso dependía exclusivamente de él; ya había visto cómo se ponía uno buen mozo y amable cuando no se bebía; por tanto debía continuar en su casa la prudente vida de Santa Ana, imaginándose que estaba bajo llave y que no existían tabernas.

—Tiene razón este señor —respondió Gervasia en el ómnibus que los llevaba a la calle de la Goutte-d'Or.

—Sin duda, tiene razón —respondió Coupeau.

Pero después de haber pensado un minuto, repuso:

—¡Ah! Pero tú sabes que un vasito aquí y otro allá no matan a un hombre, sino que le facilitan la digestión.

Y aquella misma noche se bebió un vasito de aguardiente para hacer la digestión; durante ocho días se mostró razonable. Era miedoso en el fondo, y no le hacía gracia terminar en Bicetre. Pero su pasión le arrastraba, el primer vasito le conducía, a su pesar, al segundo, al tercero, al cuarto: al terminar la primera quincena ya había vuelto a su ración completa; su cuartillo de retuercetripas por día. Gervasia, exasperada, se había dado de pescozones. ¡Y pensar que había sido tan tonta de haber soñado con vivir de nuevo honradamente cuando le vio en el asilo en todo su juicio! ¡Una hora más de alegría esfumada, la última, seguramente! Pero ahora, puesto que nada podía corregirle, ni siquiera el miedo de su muerte próxima, juraba no volver a preocuparse; la casa sería un infierno, ella no se preocuparía, burlándose de todo y hablando de buscar también ella placer donde lo encontrara. Entonces el abismo abrió de nuevo sus simas; una vida más hundida en el fango, sin la menor esperanza, con vista a otros tiempos. Naná, cuando su padre le había cruzado la cara, preguntaba furiosa por qué aquel bruto no se quedó en el hospital. Esperaba ganar dinero para pagarle el aguardiente y adelantarle la muerte. Gervasia, por su parte, un día que Coupeau se quejaba de su matrimonio, se sublevó. ¡Ah, conque ella le había llevado los residuos de los demás!... ¡Conque la recogió del arroyo, porque le había seducido con su carita de buena!... ¡Por la gran p..., qué desvergüenza! Cuanto hablaba era

mentira, ella no le quería, esa era la verdad. Él se arrastraba a sus pies para decidirla, mientras que ella le aconsejaba que reflexionara. Si las cosas se hicieran dos veces, ¡con qué energía diría que no! Se dejaría antes cortar un brazo. Ella había caído antes que él, pero una mujer que ha caído y es trabajadora vale más que un hombre holgazán, que mancha su honor y el de su familia en todos los tabernuchos...

Aquel día, por primera vez, en casa de los Coupeau hubo porrazos en regla, se golpearon tan fuerte que deshicieron hasta un viejo paraguas y la escoba.

Gervasia mantuvo su palabra. Se fue abandonando más; faltaba al taller más a menudo, se pasaba charlando los días enteros y se hacía floja como un trapo para el trabajo. Cuando se le caía algo de las manos, en el suelo quedaba, pues no era ella quien se inclinara para recogerlo. Las costillas le crecían en longitud. Quería salvar su grasa. Se cuidaba cuanto podía y no daba una escobada sino cuando las basuras estaban tan amontonadas que le hacían caer. Los Lorilleux, a la sazón, aparentaban taparse las narices cuando pasaban por delante de su cuarto; aquello era un foco de infección, decían. Ellos vivían solapadamente, en el fondo del corredor, poniéndose al abrigo de todas las miserias que gemían en aquel rincón de la casa, encerrándose para no verse obligados a prestar monedas de un franco. ¡Qué buenos, corazones, vecinos tan serviciales! No había más que llamar para pedir fuego, un puñadito de sal o una jarra de agua, para tener la seguridad de ser recibido con la puerta en las narices. Además de esto, ¡qué lenguas de víboras! Decían a voces que no se ocupaban nunca de nadie, cuando se trataba de socorrer al prójimo; pero cuando se trataba de morder a la gente con toda su fuerza, se ocupaban desde la mañana hasta la noche. Con el cerrojo echado y con una manta colgada para tapar las rendijas y el ojo de la cerradura, se regalaban a cuerpo de rey, sin abandonar sus hilillos de oro ni un segundo. La caída de la Banbán les hacía regocijarse el día entero. ¡Qué tumbo, qué descenso, amigos míos! La acechaban cuando iba a comprar provisiones, y se reían de los trocitos de pan que traía bajo el delantal. Calculaban los días en que no tenía qué llevarse a la boca, estaban enterados del espesor de polvo que había en su casa y del número de platos sucios dejados a un lado, en abandono creciente de miseria y de pereza. Su atavío, harapos repugnantes, que ni una traperera había recogido. ¡Dios de bondad, cómo le iban las cosas a aquella linda rubia, a aquella presuntuosa que se contoneaba tanto en otros tiempos en su bonita tienda azul! Ahí tenían adónde le conducía la pasión por el lujo y las comilonas y los buenos tragos. Gervasia, que sospechaba de la manera como la criticaban, quitábase los zapatos y pegaba su oído contra la puerta, pero la manta le impedía oír. Les sorprendió un día cuando la llamaban «la de las tetazas», porque su delantera estaba un poco desarrollada, a pesar de la mala alimentación que la hacía adelgazar. Por lo demás, no les daba importancia; continuaba hablándoles, para evitar comentarios, no esperando de aquellos puercos más que injurias, y sin tener fuerzas para responderles, dejándolos como fardos de tonterías. Después de todo, ella buscaba su dar vueltas a sus pulgares, moverse cuando se trataba de pasar un buen rato, pero nada más.

Un sábado le prometió Coupeau llevarla al circo. Ver a unas amazonas galopar sobre caballos y saltar a través de aros de papel... Por eso valía la pena de molestarse. Precisamente, Coupeau acababa de trabajar una quincena, y podía darse el gusto de gastarse dos francos e incluso irse a comer los dos afuera, ya que Naná tenía que velar aquella noche en casa de su patrón, a causa de un pedido que corría prisa. Pero llegadas las siete, Coupeau no apareció; dieron las ocho y tampoco. Gervasia estaba furiosa. Su borracho seguramente gastaba la quincena con los compañeros en las tabernas del barrio. ¡Ella que había lavado una cofia y se había roto la crisma, desde por la mañana, tapando los agujeros de un traje viejo, en su deseo de estar presentable! Al llegar las nueve, con el estómago vacío, azul de cólera, se decidió a bajar para buscar a Coupeau por los alrededores.

—¿Busca usted a su marido? —le gritó la señora Boche, viéndola con el semblante trastornado—. Está en casa del tío Colombe. Boche acaba de tomar unas guinditas con él.

Le dio las gracias. Marchó rápida por la acera, pensando en saltarle a los ojos. Caía una fina lluvia, lo que hacía el paseo menos divertido todavía. Pero cuando llegó ante la taberna, el miedo de ser ella también la que tuviera que danzar si molestaba a su hombre, la calmó bruscamente y la hizo más prudente; la tienda resplandecía con el gas encendido, con llamas blancas como soles y con los frascos y los botes iluminando las paredes con sus vidrios de colores. Se quedó parada un instante, inclinando la espalda, con los ojos pegados al vidrio, entre las botellas del aparador, al atisbo de Coupeau, que se hallaba en el fondo de la sala. Espiaba sentado con unos camaradas en torno a una mesita de cinc, aparecían todos entre nubes, y azulados por el humo de las pipas; como no se les oyese gritar, hacía un gracioso efecto el verlos esforzarse con la mandíbula hacia adelante y los ojos fuera de su sitio. ¿Era posible que los hombres pudiesen abandonar a sus mujeres y a sus hogares para encerrarse así en un agujero irrespirable? La lluvia le iba cayendo a lo largo del cuello; se enderezó y dirigióse al bulevar exterior, reflexionando y no atreviéndose a entrar. ¡Pues sí que la hubiera recibido bien Coupeau, que en modo alguno quería que se le hostigase! Además, en verdad, aquello no le parecía muy a propósito para una mujer honrada. Entretanto, bajo los árboles que chorreaban agua, le dio un ligero escalofrío, y pensó, dudando aún, que era seguro que iba a atrapar alguna mala enfermedad. Por dos veces volvió a plantarse delante del cristal, pegando los ojos de nuevo, molesta por encontrar a aquellos malditos borrachos a cubierto, siempre vociferando y bebiendo. La claridad de la taberna se reflejaba en los charcos de la calle, donde la lluvia producía un estremecimiento de líquido que cuece. Se marchaba, chapoteaba por allí en cuanto la puerta se abría o se cerraba con ruido metálico. Por fin, llamándose tonta, empujó la puerta y se dirigió a la mesa de Coupeau. Después de todo, ¿por qué no? Era a su marido a quien venía a buscar y estaba autorizada a hacerlo, puesto que la había prometido llevarla esa noche al circo. ¡Tanto peor! No tenía ninguna gana de deshacerse como una pastilla de jabón en la acera.

—¡Hola!, ¿eres tú, vieja? —exclamó el plomero con una carcajada estrepitosa—. ¡Qué graciosa es!... ¿No es verdad que sí?

Todos reían, Mes-Bottes, Bibi-la-Grillade y Bec-Salé. En verdad que aquello les parecía gracioso, sin explicarse por qué. Gervasia se quedó de pie, sobrecogida. Le pareció que Coupeau estaba de buen talante y se arriesgó a decirle:

—¿No te acuerdas? Vámonos. Tenemos que arreglarnos. Aún llegaremos a tiempo para ver algo.

—¡Si no puedo levantarme!... Estoy pegado, sin bromas —repuso Coupeau, sin cesar de reír—. Para que te convenzas, prueba; tírame del brazo con todas tus fuerzas... Más fuerte aún... ¡Alza!... Ya lo ves, ese jumento de tío Colombe es el que me ha atornillado en el banquillo.

Gervasia se había prestado a aquel juego, y cuando le soltó el brazo, los compañeros encontraron la broma tan divertida, que se echaron los unos sobre los otros, rebuznando y frotándose las espaldas como asnos a quienes se almohaza. El plomero tenía tan abierta la boca por la risa, que hasta se le veía la campanilla.

—¡Pícara bestia! —dijo por fin—. Ya puedes sentarte un minuto. Mejor se está aquí que chapoteando ahí afuera... Si no he vuelto a casa es porque tenía algo que hacer. Con poner esa cara no adelantarás nada. Haced sitio vosotros.

—Si la señora quisiera aceptar mis rodillas, estaría más blanda —dijo con galantería Mes-Bottes.

Gervasia, para no llamar la atención, tomó una silla y se sentó a tres pasos de la mesa. Miró lo que bebían los hombres; un aguardiente de color de oro derretido; había un charquito en la mesa, y Bec-Salé, alias Boit-sans-Soif, sin dejar de hablar, mojaba allí su dedo y escribía un nombre de mujer: «Eulalia», en grandes letras. La planchadora encontró a Bibi-la-Grillade muy estropeado y más flaco que un espárrago. Mes-Bottes tenía una nariz floreciente, una verdadera dalia azul de borgoña. Los cuatro estaban muy mugrientos, con las barbas sucias, descuidadas, tiesas y húmedas, como escobilla de orinal; con sus andrajosas blusas y sus negras manazas con las uñas de luto. Podía una quedarse en su reunión, pues si en realidad estaban trasegando desde las seis, no habían perdido la razón hasta el punto de hacer reír a la gente. Gervasia vio a otros dos ante el mostrador, en vísperas de hacer gárgaras, tan borrachos, que se echaban las copas bajo la barbilla, mojando sus camisas, creyendo enjuagarse el garguero. El gordo tío Colombe, alargando sus enormes brazos, los mantenedores del respeto de su establecimiento, repartía con gran tranquilidad las rondas. Hacía mucho calor, y el humo del tabaco ascendía en la claridad cegadora del gas donde se cernía como un polvo, anegando a los consumidores en una humareda que se espesaba lentamente; de aquella humareda salía un estrépito ensordecedor y confuso, voces cascadas, chocar de vasos, juramentos y puñetazos semejantes a detonaciones. Por tanto, Gervasia ponía su cara como un gendarme, pues un espectáculo semejante no tenía nada de atractivo para una mujer, sobre todo si no está acostumbrada. Se ahogaba, los ojos encendidos, la

cabeza atontada por el olor del alcohol que se exhalaba por la sala entera. Bruscamente le acometió una sensación de malestar más inquietante a su espalda. Volvióse y vio el alambique, la máquina de emborrachar, que funcionaba bajo el cobertizo del estrecho patio, con la trepidación profunda de su cocina de infierno. Por la noche las calderas de cobre estaban más lúgubres, alumbradas solamente en su redondez por una dilatada estrella roja; la sombra que proyectaba el aparato contra la pared del fondo componía figuras deformes, figuras con colas, monstruos abriendo las bocas, como para tragarse al mundo.

—Dime, doña santita, no vengas poniendo esa cara —gritó Coupeau—. Ya sabes, aquí los aguafiestas van a la fresca..., ¿qué quieres tomar?

—Nada, de veras —contestó la planchadora—. No he comido todavía.

—¡Razón de más; una copa de cualquier cosa ayuda a sostenerse!

Como no cambiara de gesto, Mes-Bottes volvió a mostrarse galante.

—A la señora le deben de gustar las cosas dulces —dijo por lo bajo.

—Me gustan los hombres que no se emborrachan —repuso Gervasia, enfadándose—. Me gusta que lleven el salario a casa y que se cumpla la palabra cuando se ha hecho una promesa.

—¡Eso es lo que te molesta! —dijo el plomero bromeando—. ¿Quieres lo que te corresponde? Entonces, alma de cántaro, ¿por qué rechazas una copita?... Tómala, que en eso irás ganando.

Ella le miró fijamente, muy seria, con una arruga que le surcaba la frente, como una oscura raya, y contestó lentamente:

—Mira, tienes razón, es una buena idea. Nos beberemos el dinero juntos.

Bibi-la-Grillade se levantó para traerle una copa de anís. Ella acercó su silla y se arrimó a la mesa. Mientras que paladeaba su anisete se acordó de repente de aquella ciruela que se había comido con Coupeau, en otros tiempos, junto a la puerta, cuando le hacía el amor. Entonces ella prefería el jugo de las frutas al aguardiente, y ahora se daba a éste. ¡Bien se conocía a sí misma! No tenía ni dos adarmes de voluntad. No habrían tenido más que darle una palmada en la espalda para meterla en la bebida. Hasta le parecía muy bueno el anisete, algo dulce, y un tanto repugnante. Lo saboreaba, escuchando a Bec-Salé, llamado Boit-sans-Soif, referir su lío con la gorda Eulalia, aquella que vendía pescado en la calle, una mujer atrozmente cargosa, una individua que le olfateaba en las tabernas, mientras arrimaba el carro a la acera; ya podían sus camaradas darle la voz de alerta y ocultarle, ella le pescaba a cada momento, y el día anterior le había tirado un pescado a la cara, para enseñarle a faltar al taller. ¡Qué cosa más divertida! Bibi-la-Grillade y Mes-Bottes, reventando de risa, daban palmaditas a Gervasia en las espaldas, quien, por fin, se había puesto a bromear, a pesar suyo; la aconsejaban que imitase a la gorda Eulalia, que trajese sus planchas y planchase las orejas a Coupeau sobre el cinc de las tabernas.

—¡Muchas gracias! —gritó Coupeau, volviendo la copita de anís vaciada por su mujer—. ¡Soplas esto que es un gusto! Como veis, mi cara mitad no anda con

remilgos.

—¿Repite la señora? —preguntó Bec-Salé.

No; no quería más. Sin embargo, dudaba. El anisete le estropeaba el estómago. Tomaría mejor cualquier cosa más fuerte, para ponérselo bien. Dirigía de soslayo miradas a la máquina de emborrachar que estaba detrás de ellos. Aquella condenada marmita, redonda como un vientre de gruesa caldera, con su nariz que se alargaba y se engarabataba, le producía un estremecimiento en los hombros, algo así como un miedo mezclado de deseos. Si se le habría tomado por la asadura de metal de una vagabunda, de alguna bruja que soltase gota a gota el fuego de sus entrañas; lindo manantial de veneno, una operación que debía de haber encerrado en una cueva, de tan abominable y desvergonzado como era el espectáculo. Pero aquello no impedía que ella quisiera meter su nariz allí dentro para aspirar el olor, saboreando tanta porquería, aunque su abrasada lengua se hubiera pelado de repente como una naranja.

—¿Qué beben ustedes? —preguntó a los hombres, haciéndose la distraída, con la mirada encendida por el bello color de oro de sus vasos.

—Esto, pequeña —contestó Coupeau—, es el alcanfor del tío Colombe... No te hagas la tonta, te lo voy a hacer probar.

Cuando le hubieron traído un vaso de matarratas, como al primer sorbo se le contrajeran las mandíbulas, repuso el plomero, golpeándose los muslos:

—¿Qué tal? ¡Parece que hace mella!... Adentro, de un solo trago. Cada ronda quita seis francos del bolsillo del médico.

Al segundo vaso, Gervasia no volvió a sentir el hambre que la atormentaba. Hasta se había reconciliado con Coupeau y no le guardaba ningún rencor por su falta de palabra. Ya irían al circo otro día; al fin y al cabo la cosa no era para tanto; ¡amazonas dando vueltas sobre caballos! En la tienda del tío Colombe no llovía, y si el salario se iba en aguardiente, a lo menos se lo echaban entre pecho y espalda y se lo bebían limpio y reluciente cual hermoso oro líquido. ¡Con qué gusto mandaba al mundo a paseo! La vida no le ofrecía tantos placeres; además le servía de consuelo el contribuir a consumir el dinero. Ya que se encontraba bien, ¿por qué no se había de quedar? Ni a cañonazos se hubiera movido, cuando tan a gusto se hallaba. Le agradaba aquel calorcillo, pegábasele la camisa a la espalda, invadida de un bienestar que le entumecía los miembros, bromeaba consigo misma, con los codos sobre la mesa, extraviada la mirada, muy divertida, contemplando a dos clientes, uno muy grande y grueso y otro pequeñín, que se encontraban en una mesa vecina, casi comiéndose a besos en la ternura de su borrachera. Se reía en la taberna, delante del tío Colombe, verdadera vejiga de manteca; de los consumidores que se fumaban sus «quema-gaznates», gritando y escupiendo; de las grandes llamas de gas que iluminaban los espejos, y de las botellas de licor. El olor ya no la molestaba; por el contrario, sentía cosquillas en la nariz, y encontraba que hasta olía bien; poco a poco se le iban cerrando los párpados y acortábasele la respiración, sin sofocarse, gustando el goce del lento sueño de que se sentía invadida. Después de su tercer vasito, dejó

caer su barbilla entre sus manos y ya no vio más que a Coupeau y a los camaradas; y allí permaneció mano a mano con ellos, muy cerquita, calentándose las mejillas con sus alientos, mirando sus sucias barbas, como si quisiera contarles los pelos. Estaban completamente ebrios a aquella hora. Mes-Bottes babeaba con la pipa entre los dientes y con el aire mudo y grave de un buey amodorrado. Bibi-la-Grillade contaba una historia: la manera como vaciaba una botella de un trago dándole un beso tal, a chorro, que se le veía el culo. Bec-Salé había ido a buscar el molinete al mostrador para jugarse más bebida con Coupeau.

—¡Doscientos! Eres un tramposo, acaparas los números más altos.

La flecha del molinete arañaba la imagen de la Fortuna, una mujer alta y colorada, colocada bajo un cristal que daba vueltas dejando una mancha redonda semejante a las de vino.

—¡Trescientos cincuenta!...

—¡Te han metido dentro, pillastrón! ¡Ya no juego más!

Gervasia se interesaba por el molinete. Bebía sin medida, llamando a Mes-Bottes «hijito mío». Detrás de ella, la máquina de emborrachar continuaba funcionando con su murmullo de arroyo subterráneo; y se desesperaba por no poder detenerla, agotarla, enfurecida contra ella misma, llena de cólera, dándole ganas de saltar encima del alambique como sobre un animal, para hartarla de puntapiés y reventarle el vientre. Todo se le embrollaba en la imaginación, veía la máquina en movimiento y se sentía cogida por sus patas de cobre, mientras que el riachuelo fluía ahora a través de su cuerpo.

La sala se puso a danzar con los mecheros de gas que desfilaban como estrellas. Gervasia estaba borracha. Oía una discusión terrible entre Bec-Salé y aquel pillo de tío Colombe. ¡Vaya un patrón más ladrón, que apuntaba las cuentas con los dedos! No estaban en una cueva de bandidos. Bruscamente se armó la gran camorra, hubo alaridos, empujones, ruido de mesas caídas. Era que el tío Colombe echaba fuera a los parroquianos, sin apenas molestarse, en un abrir y cerrar de ojos. En la puerta se pusieron a vociferar y a llamarle ladrón. Continuaba lloviendo, soplaba un vientecillo helado. Gervasia perdió a Coupeau, lo volvió a encontrar y volvió a perderle. Quería irse a su casa, tentando las tiendas para conocer el camino. Aquella oscuridad repentina la dejó asombrada. En la esquina de la calle de Poissonniers se sentó en la acera creyéndose en el lavadero. Toda el agua que corría le daba vueltas en la cabeza y la ponía enferma. Por último llegó, se puso muy tiesa ante la portería, donde vio a los Lorilleux y a los Poisson, sentados a la mesa, los cuales hicieron gestos de asco al verla en aquel estado.

Nunca supo cómo pudo subir los seis pisos. Arriba, en el momento que entraba en el corredor, la pequeña Lalie que oyó sus pasos, corrió con los brazos abiertos, acariciadora y sonriente, diciendo:

—Señora Gervasia, papá no ha vuelto, venga a ver dormir a mis niños... ¡Están tan bonitos!

Pero al ver el embrutecido semblante de la planchadora, retrocedió temblando. Ya conocía aquel aliento aguardentoso, aquellos ojos pálidos, aquella boca convulsa. Gervasia pasó; tambaleándose, sin decir una palabra mientras que la pequeña, de pie ante el umbral de su puerta, la seguía con su mirada negra, muda y grave.

CAPÍTULO XI

Naná iba creciendo, se ponía hecha una moza. A los quince años habíase desarrollado como una ternera; muy blanca de carnes, muy gruesa, tan rolliza como una pelota. Si, tenía quince años, todos sus dientes, y no llevaba corsé. Un verdadero pollo, blanca como la leche, un cutis aterciopelado de melocotón, una nariz picaresca, labios de rosa, ojos tan relucientes que daba deseos a los hombres de encender su pipa en ellos. Su mata de rubios cabellos, color de avena fresca, parecía echarle polvo de oro sobre las sienes; sus tonalidades rojas le ponían como un nimbo de sol. ¡Qué linda muñeca! Como decían los Lorilleux, una mocosa acabada de salir del cascarón y cuyos fornidos hombros tenían redondeces de plenitud, un olor maduro de mujer hecha.

Ahora Naná no se metía bolas de papel en el corpiño. Le había brotado el pecho, de raso blanco, nuevo, y aquello no le molestaba en absoluto; habría querido, por el contrario, tenerlos de ama de cría, tan inconsiderada y avarienta es la juventud. Lo que sobre todo la hacía apetitosa era la pícara costumbre que había tomado de sacar la puntita de la lengua entre sus dientecillos blancos. Sin duda que al mirarse en los espejos debió encontrarse hermosísima de aquella manera. Desde entonces se pasaba el día entero sacando la lengua, para hacerse la interesante.

—¡Tapa esa embustera! —le gritaba su madre.

A menudo tenía que intervenir Coupeau, dando puñetazos mezclados con maldiciones.

—Naná, ¿quieres guardar ese trapo rojo?

Naná era muy coqueta. No se lavaría siempre los pies, pero se compraba las botas tan estrechas que pasaba las de Caín; si le preguntaban, al verla ponerse amoratada, contestaba que tenía cólicos, para no confesar su coquetería. Cuando faltaba el pan en su casa le era difícil engalanarse. Entonces hacía milagros; traía cintas del taller, se arreglaba los vestidos, vestidos sucios, cubiertos con lazos y borlas. El verano era la estación de sus triunfos. Con un vestido de percal de seis francos pasaba todos los domingos, llenando el barrio de la Goutte-d'Or con su belleza rubia. La conocían desde los bulevares exteriores hasta las fortificaciones y desde la calzada de Glignacourt a la calle mayor de la Chapelle. Llamábanla «la pollito», porque en realidad tenía la carne tierna y la frescura de una pollita.

Un vestido, sobre todo, le sentaba a maravilla. Era uno blanco de pintas rojas, muy sencillo y sin ningún adorno. La falda, un poco corta, permitía ver sus pies; las mangas, abiertas de arriba abajo y caídas, descubrían sus brazos hasta los codos; el escote del cuerpo, que abría en forma de corazón, con alfileres en un rincón oscuro de la escalera, para evitar los sopapos de papá Coupeau, mostraba la nieve de su cuello y la sombra dorada de su garganta. Y nada más, nada más que una cinta rosa anudada

alrededor de sus cabellos rubios, cuyos extremos revoloteaban sobre su nuca. Tenía la frescura de un ramillete. Aspirábase en ella la juventud, el desnudo de la niña y el de la mujer.

Los domingos fueron para ella, en esta época, días de cita con la multitud, con todos los hombres que pasaban y que la contemplaban. Los esperaba la semana entera, excitada por pequeños deseos y como ahogándose, ansiosa de respirar aire libre y de pasear al sol, en la barahúnda del arrabal endomingado. Vestíase desde por la mañana, permaneciendo horas enteras en camisa ante el pedazo de espejo colgado encima de la cómoda; y como la podía ver toda la casa por la ventana, su madre se enfadaba, preguntándole si no acabaría pronto de pasear en ese traje. Pero ella, sin inquietarse, se pegaba ricitos en la frente con agua azucarada, recosía los botones de sus botines o arreglaba algún roto de su vestido, con las piernas al aire, la camisa cayéndosele de los hombros y con los cabellos revueltos. ¡Estaba encantadora de aquella manera!, decía papá Coupeau, riendo y echándolo a broma... ¡Una verdadera Magdalena desolada! Habría podido servir de mujer salvaje y exhibirse por diez céntimos. Le gritaba: «¡Esconde tu carne, que me estoy comiendo el pan!». Estaba adorable, blanca y fina bajo la cascada de su cabellera rubia, enfureciéndose de tal manera que su tez se teñía de rojo, no atreviéndose a contestar a su padre y rompiendo el hilo con los dientes, con golpe seco y furioso, que agitaba con un estremecimiento su desnudez de joven hermosa.

En seguida, después del desayuno, se marchaba, bajaba al patio. La sosegada quietud del domingo adormecía la casa; abajo, los talleres estaban cerrados, los aposentos bostezaban por sus ventanas abiertas, mostrando sus mesas, ya puestas para la noche, en espera de las familias que paseaban por las fortificaciones para hacer apetito; una mujer del tercero empleaba el día en lavar su cuarto, arrastrando su cama, empujando sus muebles, cantando durante horas enteras la misma canción, con voz dulce y lastimera. En aquel reposo de los oficios, en medio del patio vacío y sonoro, empeñábanse partidas de volante entre Naná, Paulina y otras grandulonas. Eran cinco o seis que habían crecido juntas, que se hacían las reinas de la casa y compartían las ojeadas de los hombres. En cuanto uno atravesaba el patio se oían risas aflautadas, y los frú-frús de sus enaguas almidonadas susurrando como el soplo del viento. Por encima de ellas, el aire de los días de fiesta flameaba, pesado y ardoroso, como ablandado de pereza y blanqueado por el polvo de los paseos.

Pero las partidas de volante no eran más que una disculpa para escapar. De repente, la casa se quedaba silenciosa. Acababan de escurrirse a la calle y ganar los bulevares exteriores. Las seis, cogidas del brazo, ocupando toda la anchura de la calzada, iban y venían con sus vestidos claros y sus cintas anudadas alrededor de sus cabellos. Con sus ojos vivos, dirigían miraditas de reojo, viéndolo todo y echando el cuello hacia atrás para reírse, mostrando sus barbillas. Cuando un jorobado pasaba o cuando una viejecilla esperaba su perro al volver de la esquina, su fila se rompía, con su estrepitosa alegría; las unas se quedaban atrás, mientras que las otras tiraban de

ellas violentamente; balanceaban las caderas, se agrupaban, se volvían a separar, buscando pretextos para atraer a la gente y hacer crujir los corpiños bajo sus nacientes formas. La calle les pertenecía; en ella se habían desarrollado, levantándose las faldas a lo largo de las tiendas; aún ahora se las levantaban hasta los muslos para sujetarse las ligas. En medio de la muchedumbre despaciosa y descolorida, entre los árboles esmirriados de los bulevares, la pandilla corría desde la barrera Rochechouart a la de Saint-Denis, empujando a la gente, cortando los grupos en zig-zag, volviéndose y parloteando entre sus incesantes carcajadas. Sus vestidos, agitados por el viento, dejaban detrás de ellas la insolencia de su juventud; se mostraban al aire libre, bajo la luz, con la grosería del pillete, apetitosas y tiernas como vírgenes que salen del baño con la nuca humedecida.

Naná iba en el centro, con su traje rosa, que se encendía al sol. Daba el brazo a Paulina, cuyo vestido de flores amarillas sobre fondo blanco resplandecía también con vivas llamaradas. Como eran las más gruesas, las más mujeres y las más descaradas, dirigían la cuadrilla y se ponían muy huecas con las miradas y los piropos; las otras, las pequeñas, iban a la cola, a derecha y a izquierda, tratando de estirarse para que las tomasen en serio. Naná y Paulina, en su interior, abrigaban complicadísimos planes de astutas coquetas. Si corrían hasta perder la respiración, era para mostrar sus medias blancas y para hacer flotar las cintas de sus moños. Cuando se detenían, haciendo que estaban sofocadas, con la garganta hacia atrás y palpitante, se podía observar y encontrar seguramente a alguno de sus conocimientos, a algún muchacho del barrio que andaba por allí cerca y entonces se ponían a andar lánguidamente, cuchicheando y riendo entre ellas, acechando con los ojos bajos. Se desvivían sobre todo por aquellas citas casuales en medio de los empujones de la calzada. Había mocetones, endomingados con levita y sombrero hongo, que las retenían en el borde del arroyo para bromear e intentar pellizcarles la cintura. Había obreros de veinte años, despechugados con sus blusas grises, que charlaban lentamente con ellas, con los brazos cruzados, echándoles en la nariz el humo de sus pipas. Aquello no tenía consecuencias, los muchachos habían crecido al mismo tiempo que ellas en el arroyo. Pero entre todos, éstas hacían su elección. Paulina se encontraba siempre con uno de los hijos de la señora Gaudron, un carpintero de diez y siete años, que la convidaba con manzanas. Naná, desde cualquier extremo de una avenida, veía a Víctor Fauconnier, el hijo de la planchadora, con el que se besaba por los rincones oscuros. La cosa no iba más lejos, sabían demasiado para cometer una tontería. Se limitaban a conversaciones más o menos picarescas. Cuando el sol se ponía, la gran alegría de aquellas picaruelas consistía en pararse ante los malabaristas. Llegaban escamoteadores y hércules que extendían sobre el suelo de la avenida una alfombra raída por el uso. Los papanatas se agrupaban, hacían corro, mientras que los saltimbanquis, en medio, hacían resaltar su musculatura dentro de sus mallas estropeadas. Naná y Paulina se estaban las horas muertas en lo más espeso de la muchedumbre. Sus bellos y nuevos trajes se aplastaban entre los gabanes y las blusas

sucias. Sus brazos, su cuello, sus cabellos al aire, se caldeaban con pestilentes alientos, con emanaciones de vino y de sudor. Ellas se reían, divertidas, sin el menor asco, más sonrosadas aun y como si se encontrasen en su elemento. A su alrededor se oían palabras gruesas, crudezas y reflexiones de hombres alcoholizados. Aquél era su propio lenguaje, sabían todo y se volvían sonrientes, con su tranquilo impudor, sin que se alterase la palidez delicada de su piel de raso.

La única cosa que les contrariaba era encontrarse allí con sus padres, sobre todo si éstos habían bebido. Ambas vigilaban y se advertían.

—¡Mira, Naná —gritaba de repente Paulina—, allí está papá Coupeau!

—Sí, pero no está achispado —decía Naná molesta—; yo me largo, no tengo ganas de que me sacuda las liendres. ¡Anda! ¡Se ha caído! ¡Dios, Dios, si se estrellase de una vez!

Otras veces, cuando Coupeau negaba derecho a ella, sin dejarla tiempo de escapar, se acurrucaba muy bajito y decía:

—Escondedme vosotras...; me busca, ha prometido darme un puntapié si me pilla paseando. Después, cuando el borracho había pasado, se levantaba, y todas le seguían, desternillándose de risa. ¡La encontrará, no la encontrará!... Aquello era un verdadero juego al escondite. Un día, sin embargo, Boche fue a buscar a Paulina y se la llevó de las orejas y Coupeau a Naná, a puntapiés.

Atardecía, daban el último paseo, regresaban con el crepúsculo pálido, en medio de la muchedumbre fatigada. El polvo que levantaba el aire se había espesado, oscureciendo el cielo. La calle de la Goutte-d'Or se la habría podido tomar como un rincón de provincias, con las comadres en las puertas, con sus voces corriendo el silencio del barrio desprovisto de coches. Ellas se paraban un instante en el patio, volvían a coger sus raquetas para hacer creer que no se habían movido de allí. Subían a sus casas, preparando una historia de la cual no se servían muchas veces, cuando encontraban a sus padres demasiado ocupados en zurrarse la badana por una sopa mal salada o medio cruda.

En esta época Naná era obrera, ganaba dos francos en casa de Titreville, en la calle del Cairo, donde había hecho su aprendizaje. Los Coupeau no querían cambiarla, para que estuviera bajo la vigilancia de la señora Lerat, que ocupaba el primer lugar en el taller desde hacía diez años. Por la mañana, mientras que la madre miraba la hora en el cuclillo, la pequeña se marchaba sola con aire desenvuelto, cubiertos sus hombros por su viejo traje negro demasiado estrecho y demasiado corto; la señora Lerat estaba encargada de comprobar la hora de su llegada, la que comunicaba en seguida a Gervasia. Le daban veinte minutos para ir de la calle de la Goutte-d'Or a la calle del Cairo, cosa que era suficiente, ya que aquellas endiabladas muchachas tenían piernas de ciervo. Algunas veces llegaba justito, pero tan roja, tan jadeante, que seguramente había recorrido la barrera en diez minutos, después de haber andado entreteniéndose por el camino. Por lo general, llegaba con siete y ocho minutos de retraso; hasta la noche se mostraba muy zalamera con su tía, con ojos

suplicantes, tratando así de conmoverta para que no hablara. La señora Lerat, que comprendía a la juventud, mentía a los Coupeau, pero sermoneaba a Naná en charlas interminables donde hablaba de su responsabilidad y de los peligros que una joven corría en las calles de París. ¡Dios de misericordia! ¿No la perseguían también a ella? Acogía a su sobrina con los ojos encendidos por continuas preocupaciones licenciosas, inflamándose ante la idea de guardar incólume la inocencia de aquella gatita.

—Mira —le repetía—, tienes que decírmelo todo. Soy demasiado, buena para ti, y si te sucede una desgracia no tendré otro remedio que arrojarme al Sena. Fíjate bien, gatita mía, si los hombres te hablan, es preciso que me lo repitas todo, sin olvidar una palabra. ¿No te han dicho nada todavía? ¿Me lo juras?

Naná se reía entonces con una risa que le cosquilleaba la boca. No, no; los hombres no le hablaron. Ella iba demasiado de prisa. Además, ¿qué le iban a decir? Ella no tenía nada que ver con ellos. Explicaba sus retrasos, haciéndose la boba; se había detenido para mirar estampas o había acompañado a Paulina, que sabía la mar de historietas. Si no le creían, podían seguirla; siempre iba por la acera de la izquierda, y andaba de prisa, adelantando a las demás compañeras, como si fuera un coche. Para decir la verdad, la señora Lerat la había sorprendido un día en la calle del Petit Carreau mirando hacia arriba, riendo con otras tres buenas piezas de floristas, porque un hombre se afeitaba en una ventana; pero la pequeña llegó a enfadarse, jurando que entrara precisamente en la panadería de la esquina para comprar un panecillo de cinco céntimos.

—Yo la vigilo, no tengáis miedo —decía la respetable viuda a los Coupeau—, os respondo de ella como de mí misma. Si cualquier majadero intentase pellizcarla, antes me pondría yo de por medio.

El taller en casa de Titreville era una gran habitación en el entresuelo, con un ancho tablero colocado en caballetes, ocupando la parte central de la pieza. A lo largo de las cuatro paredes vacías, cuyo papel grisáceo mostraba el yeso por las desgarraduras, se veían unos estantes atestados de viejas cajas de cartón, de paquetes, de modelos de desecho olvidados allí, bajo una espesa capa de polvo.

En el techo, el gas había pasado como un brochazo de hollín. Las dos ventanas eran tan anchas, que las obreras, sin dejar el tablero, veían desfilar a todo el mundo por la acera de enfrente. La señora Lerat, para dar ejemplo, llegaba la primera. Después, la puerta se golpeaba durante un cuarto de hora y todas las floristas entraban a la desbandada, sudorosas y despeinadas. Una mañana de julio, Naná se presentó la última, lo que acostumbraba a hacer a menudo.

—¡Cuando yo tenga coche, esto no sucederá! —dijo.

Y sin quitarse siquiera su sombrero, una especie de gorrillo negro que ella llamaba su gorra y que ya estaba harta de reformar, se aproximó a la ventana, mirando a derecha e izquierda para ver la calle.

—¿Qué miras? —le preguntó la señora Lerat, desconfiada—. ¿Te ha acompañado tu padre?

—No, no... —respondió Naná tranquilamente—. No miro nada. Solamente miraba el buen tiempo que hace. Corriendo así, en verdad que atraparé una enfermedad.

La mañana fue de un calor sofocante. Las obreras habían bajado las celosías, a través de las cuales atisbaban el movimiento de la calle. Se pusieron por fin al trabajo en los dos lados de la mesa, en la cual la señora Lerat ocupaba sola un extremo. Eran ocho, y cada una tenía ante sí el bote de colar sus pinzas, sus útiles y su almohadilla de imprimir. Sobre la mesa se veía una mezcla de alambres, bobinas, algodón, papel verde y marrón, hojas y pétalos cortados en seda, en satén o en terciopelo. En el centro, y en la boca de una garrafa grande, una florista había colocado un ramito de diez céntimos, que desde la víspera se marchitaba en su corpiño.

—¿No sabéis? —dijo Leonie, una linda morena, inclinándose sobre su almohadilla en la que ponía pétalos de rosa—. Resulta que la pobre Carolina es muy desgraciada con aquel muchacho que venía a esperarla por la noche.

Naná, disponiéndose a cortar delgaditas tiras de papel verde, exclamó:

—¡Caramba!, un hombre que le hace pifias todos los días.

El taller se llenó de alegría, y la señora Lerat tuvo que ponerse seria. Arrugó la nariz, murmurando:

—¡Qué palabras tan indecentes usas, hija mía!; se lo contaré a tu padre y veremos si le gusta.

Naná infló los carrillos reteniendo la risa. ¡Su padre! ¡Pues no decía él pocas! Pero Leonie, de repente, dijo con rapidez y muy bajo:

—¡Cuidado, la maestra!

Efectivamente, la señorita Titreville, una mujer seca y alta, entró. Por regla general se quedaba en la tienda. Las obreras la temían mucho porque no bromeaba nunca. Dio lentamente la vuelta alrededor del tablero donde se hallaban agachadas todas las cabezas, silenciosas y activas. A una obrera la trató de chapucera, obligándola a rehacer unas margaritas. Luego se fue tan rígida como había venido.

—¡Up, up! —repitió Naná en medio de un gruñido general.

—Chicas... Chicas. Verdaderamente... —dijo la señora Lerat poniéndose muy seria—. Me obligaréis a tomar medidas.

Pero no la temían. Se mostraba demasiado tolerante, lisonjeada por aquellas pequeñas a quienes salía la alegría por los ojos, a las que llevaba siempre aparte para sonsacarles las cosas de sus amantes; escribiéndoles las cartas, cuando un extremo del banco quedaba libre. Su piel dura, su osamenta de gendarme, se estremecía con alegría de comadre, en cuanto se llegaba al capítulo de las bagatelas. Se ofendía con las palabras de excesiva crudeza, pero con tal de que no se empleasen expresiones de verde subido, podían decir cuanto quisieran.

De Naná podía decirse que completaba en el taller una linda educación. No le faltaban disposiciones, pero acababa perfeccionándose con el trato de aquel montón de muchachas, ya agotadas de miseria y de vicio. Reuníanse las unas con las otras, corrompiéndose mutuamente; la eterna historia de los cestos de manzanas, cuando hay alguna podrida. Es indudable que ante la gente evitaban parecer demasiado desvergonzadas, ni con expresiones desagradables. Guardaban las apariencias como verdaderas señoritas. Pero allá, en los rincones, al oído, las suciedades andaban a la orden del día; no se podían encontrar dos juntas sin que, en seguida, se desternillaran de risa, diciéndose obscenidades. Se acompañaban por la noche, aquel era el momento de las confidencias, relatos que hacían poner los cabellos de punta y que retrasaban en las aceras a las dos muchachas, enardecidas en medio de los codazos de la gente. Para las muchachas que, como Naná, no estaban corrompidas, se respiraba en el taller un olor de tugurio y de noches poco católicas, llevado allí por las obreras busconas en sus moños mal recogidos y en sus enaguas tan arrugadas que parecían haberse acostado con ellas. Las voluptuosas perezas de los días siguientes a las noches de juerga, los ojos rodeados de aquellos círculos negros que la señora Lerat llamaba honestamente los puñetazos del amor, los desmadejamientos, las voces enronquecidas, exhalaban perversión por encima del tablero, entre la brillantez y fragilidad de las flores artificiales. Naná aspiraba con delicia, se embriagaba cuando sentía a su lado a alguna de estas muchachas que ya habían visto las orejas al lobo. Tiempo hacía que se había colocado junto a Lisa, la gran moza, a quien se creía embarazada, y fijaba sus relucientes miradas en su vecina, como si esperara verla inflarse y estallar de repente. Parecía difícil aprender cosas nuevas; la pícara lo sabía todo, todo lo había aprendido en la calle de la Goutte-d'Or. En el taller simplemente veía hacer, y poco a poco iba sintiendo el deseo y el atrevimiento de querer obrar a su vez.

—Aquí nos ahogamos —murmuró ella, aproximándose a una ventana como para bajar la celosía.

Mas lo que hizo fue inclinarse y mirar de nuevo a derecha e izquierda. Al propio tiempo Leonie, que miraba a un hombre parado en la acera de enfrente, exclamó:

—¿Qué hace allí aquel viejo? Hace un cuarto de hora que está mirando hacia acá.

—Algún moscón —dijo la señora Lerat—. Naná, ven a sentarte. Te he prohibido que estés en la ventana.

Naná volvió a tomar los rabos de violetas que enroscaba, y todo el taller se ocupó de aquel hombre. Era un caballero bien vestido, con gabán, de unos cincuenta años; tenía el rostro pálido, muy serio y muy digno, con barba gris, correctamente cortada. Durante una hora se mantuvo en la puerta de un comercio, con la vista fija en las celosías del taller. Las floristas lanzaban risitas que se ahogaban con el ruido de la calle; se inclinaban muy atareadas, por encima del trabajo, pero sin perder de vista al caballero.

—¡Anda! —hizo notar Leonie—. Lleva monóculo. Es un hombre «chic»... Seguramente espera a Agustina.

Pero Agustina, una rubia alta y fea, respondió agriamente que a ella no le gustaban los viejos. La señora Lerat, moviendo la cabeza, murmuró con sonrisa afectada, llena de segunda intención:

—Te equivocas, querida mía, los viejos son mucho más tiernos.

En aquel momento, la vecina de Leonie, una pequeña y regordeta, le soltó al oído una frase, y Leonie, de repente, se tiró sobre su silla en un acceso de risa, revolcándose, lanzando miradas hacia el señor y riendo más fuerte. Balbuceaba:

—¡Eso es, eso es!... ¡Qué sucia es esa Sofía!

—¿Qué ha dicho, qué ha dicho? —preguntó todo el taller, ardiendo de curiosidad.

Leonie se limpiaba las lágrimas sin responder. Cuando se calmó, volvió a su tarea y dijo:

—No se puede repetir.

Insistían, y ella rechazaba con la cabeza, atacada por accesos de risa. Entonces, Agustina, su vecina de la izquierda, le suplicó que se lo dijera por lo bajo, y Leonie accedió, contándoselo con los labios pegados al oído. Agustina se echó atrás a su vez, retorciéndose. Y ella misma repitió la frase que corrió así de oreja en oreja, en medio de las exclamaciones y de risas ahogadas. Cuando supieron todas la suciedad de Sofía, se miraron y se echaron a reír juntas un tanto coloradas y confusas. Sólo la señora Lerat lo ignoraba, por lo que estaba muy contrariada.

—No es de buena educación lo que estáis haciendo, muchachas —dijo—. No se habla nunca en voz baja, cuando hay gente... Alguna indecencia, ¿no es cierto? Es natural.

No se atrevió, sin embargo, a pedir que se lo repitieran, a pesar de las ganas que tenía. Durante un instante, con la cabeza baja, haciéndose la digna, se estuvo regalando con la conversación de las obreras. Ni una de ellas podía pronunciar una palabra; la palabra más inocente a propósito de su obra, era tomada con una doble intención; retorcían el sentido de las cosas, dándole una significación indecente, poniendo alusiones extraordinarias en simples palabras como ésta: «Mis alicates están rajados», o bien: «¿Quién ha andado en mi pucherito?». Y todo lo aplicaban al caballero que estaba de plantón en frente, y fuese como fuese, siempre era él el blanco de sus bromas. ¡Debían de zumbarle los oídos! Terminaban por decir tonterías de tanta picardía como querían demostrar, lo que no les impedía encontrar aquel juego muy divertido. Estaban excitadas, con los ojos alocados, subiendo cada vez más el tono. La señora Lerat no tenía por qué incomodarse, pues no decían nada con crudeza. Hasta ella misma les hizo desternillar de risa al preguntar:

—Luisa, mi fuego está apagado, dame el tuyo.

—¡El fuego de la señora Lerat se ha apagado! —gritó todo el taller.

Quiso dar una explicación:

—Cuando tengáis mis años, muchachas...

Pero nadie la escuchaba, se hablaba de llamar al caballero para que reavivase el fuego de la señora Lerat.

En aquel barullo de risa, Naná se regocijaba hasta más no poder. Si se le escapaba alguna palabra de doble sentido, había que escucharla a ella misma soltarlas, apoyándolas con un movimiento de la barbilla. Se encontraba en el vicio como el pez en el agua, y enroscaba muy bien sus rabillos de violeta, sin dejar por ello de moverse en la silla. Los enrollaba con verdadera elegancia en menos tiempo del necesario para liar un cigarrillo; bastaba el ademán de tomar una estrechita tira de papel verde, y ¡jala!, el papel se enrollaba en el alambre; en seguida, una gotita de goma en el extremo para pegarlo, y ya estaba hecho, resultaba una brizna de verdura fresca y delicada, muy a propósito para ser colocada en el seno de las damas; la gracia estaba en los dedos, en aquellos deditos de chiquilla, que parecían deshuesados, flexibles y acariciadores. No había podido aprender más que esto del oficio. Así es que le daban a hacer todos los talles del taller de bien que los hacía.

Entretanto, el caballero de la acera de enfrente se había marchado. El taller se calmaba, trabajando en aquel sofocante calor. Cuando dieron las doce, hora del almuerzo, todas se sacudieron. Naná, que se había precipitado hacia la ventana, les gritó que iba a bajar a hacer los recados si querían. Y Leonie le encargó diez céntimos de langostinos. Agustina un cucurucho de patatas fritas, Lisa un manojo de rábanos. Sofía una salchicha. Después, cuando bajaba, la señora Lerat, a quien extrañaba la predilección de su sobrina por la ventana, le dijo, alcanzándola con sus largas piernas:

—Espera, que voy contigo; me hace falta una cosa.

Mas he aquí que una vez en la calle, vio al caballero, plantado como una vela, guiñándose los ojos con Naná. La pequeña se puso colorada. La tía le cogió el brazo de una sacudida y la hizo trotar por la acera, mientras que el caballero iba paso a paso. ¡Con que el adefesio venía por Naná! Muy bien, a los quince años y medio llevaba así a los hombres tras las faldas. Y la señora Lerat empezó a preguntarla. ¡Ay, Dios mío! Naná no sabía nada; la seguía desde hacía cinco días solamente, y no podía sacar la nariz fuera sin tropezarse con él; ella creía que era comerciante o fabricante de botones de hueso. La señora Lerat se quedó muy impresionada. Se volvió mirando al caballero con el rabillo del ojo.

—Desde luego se ve que es hombre de dinero —murmuró ella—. Escucha, gatita mía, me tienes que contar todo. Ahora ya no tienes nada que temer.

Hablando, anduvieron de tienda en tienda, fueron a casa del salchichero, de la frutera, del repostero. Los encargos, envueltos en sus papeles, se apilaban en sus manos. Pero mostrábanse amables, contoneándose, lanzando risitas y ojeadas detrás de sí. La misma señora Lerat se las echaba de graciosa, haciéndose la jovencita, a causa del fabricante de botones que no dejaba de seguirlas.

—Es muy distinguido —declaró cuando volvían a su calle—. Si llevara intenciones honradas...

A medida que iban subiendo la escalera, pareció acordarse de repente de algo:

—A propósito, dime, pues, lo que tus compañeras se decían al oído; ya sabes, la porquería de Sofía.

Y Naná no se anduvo con ceremonias. Agarró a la señora Lerat por el cuello, la obligó a bajar dos peldaños, porque ni en la escalera podía decirse en alta voz, y le refirió la frase. Era tan gruesa, que la tía tuvo que bajar la cabeza cerrando los ojos y tapándose la boca. Ya lo sabía, y no pasaría curiosidad.

Las floristas comían sobre sus rodillas para no ensuciar la mesa. Se daban prisa en comer, porque se aburrían y preferían emplear la hora de la comida mirando las gentes que pasaban o haciéndose confianzas por los rincones. Aquel día trataron de saber dónde se ocultaría el señor de por la mañana; decididamente había desaparecido. La señora Lerat y Naná cambiaron ojeadas, sin decir nada. Era ya la una y diez minutos y las obreras no parecían muy dispuestas a reanudar el trabajo, cuando Leonie, con un ruido especial de los labios, el ¡prout! con que se llaman los pintores, señaló la proximidad de la maestra. En seguida se sentaron en sus sillas y se pusieron a trabajar. La señora Titreville entró y dio la vuelta con severidad.

A partir de aquel día la señora Lerat se regocijaba con la primera aventura de su sobrina. No la dejaba ya, la acompañaba tarde y noche, poniendo por delante su responsabilidad. Aquello aburría un poco a Naná; mas la engreía el verse así guardada como un tesoro, y las conversaciones que tenían por la calle, con el fabricante de botones detrás de ellas, la excitaban y le daban cada vez más ganas de dar el salto. Su tía comprendía lo que era el sentimiento del amor. Hasta la enternecía el fabricante de botones, aquel señor viejo y conveniente; pues al fin y al cabo los sentimientos en las personas maduras tienen siempre raíces más profundas. Ella únicamente vigilaba. Antes pasaría él por su cuerpo que llegar a la pequeña. Una noche se acercó al caballero y le dijo a boca de jarro que lo que hacía no estaba bien. Él la saludó cortésmente, sin decir nada, como viejo corrido, habituado a los bufidos de los parientes. En verdad, ella no podía enfadarse, porque él demostraba muy buena educación. Y aquí venían los consejos prácticos sobre el amor, alusiones sobre las cochinas de los hombres, toda clase de aventuras de muchachuelas de las que habían tenido que arrepentirse. Con todo esto, Naná languidecía con ojos de perversidad en su blanco rostro.

Un día, en la calle del Arrabal Poissonniers, el fabricante de botones se atrevió a meter su nariz entre la tía y la sobrina para susurrar al oído cosas que no eran para dichas. La señora Lerat, espantada y repitiendo que ni por sí misma estaba tranquila, soltó el paquete a su hermano. Entonces todo mudó de aspecto. En casa de los Coupeau hubo peloterías tremendas. Primero el plomero dio una paliza a Naná. ¿Quién se lo enseñaba? ¡Aquella busconcilla dedicándose a los viejos! ¡Que se dejara sorprender un día y podía prepararse; le cortarían el pescuezo, sin más ni más! ¡Habrás visto! ¡Una mocosa deshonrando a la familia! Y la sacudía diciendo que anduviera derecha, pues sería él quien la iba a vigilar en adelante. En cuanto entraba, la miraba de frente para adivinar si tenía sonrisas en los ojos, o algún besito de esos

que se escurren sin ruido. La olfateaba, le daba la vuelta. Una noche recibió una tunda, porque le encontró un cardenal en el cuello. La pícara se atrevió a decir que aquello no era un chupetón, sino que era un cardenal, sencillamente un cardenal que le había hecho Leonie jugando. Ya le daría él cardenales. La impediría campar por sus respetos; le rompería las patas. Otras veces, cuando estaba de buen humor, se burlaba de ella y le decía tonterías. ¡Lindo bocado para los hombres, un lenguado por lo aplanada, y agréguese a esto los hoyos que tenía en las espaldas donde cabían los puños! Naná, sacudida por las cosas indecentes que no había cometido, arrastrada por la crudeza de las acusaciones abominables de su padre, demostraba la sumisión disimulada, al par que furiosa, de los animales atacados.

—¡Déjala en paz! —repetía Gervasia, más razonable—. Acabarás por meterla en gana, a fuerza de hablarle de ello.

¡Ay, sí por cierto, le entraban grandes deseos! Es decir que le ardía el cuerpo en deseos de marcharse y de entregarse, como decía papá Coupeau. La hacía vivir demasiado en aquella idea con la cual una muchacha decente se habría enardecido. Hasta con su manera de expresarse llegó a enseñarle cosas que aun no sabía, lo que era bien extraño. Entonces, poco a poco fue adquiriendo costumbres muy peregrinas. Una mañana la pescó su padre hurgando en un papel para ponerse algo en la cara. Eran polvos de arroz, con los que tenía el maldito gusto de enyesarse el delicado raso de su piel. Le refregó la cara con el papel hasta desollarle el rostro, llamándola hija de molinero. En otra ocasión, ella trajo unos lazos encarnados para reformar su gorra, aquel viejo sombrero negro que tanto la avergonzaba. Preguntóle furiosamente que de dónde venían aquellas cintas. Seguramente las había ganado echándose de espaldas o las había comprado en la feria de las zorras. Sucia o ladrona, o quizá las dos cosas juntas. En varias ocasiones le vio en las manos baratijas, una sortija de cornalina, un par de puños con su encajito, un guardapelo en dúblé de forma de corazón; los «Toque V.» que las muchachas suelen ponerse entre los dos pechos. Coupeau quería romperlo todo; pero ella lo defendía con furor, pertenecía a unas señoras que se lo habían regalado; o bien provenían, de cambios hechos en el taller. El corazón, por ejemplo, se lo había encontrado en la calle Aboukir. Cuando su padre se lo destrozó de una patada, se quedó rígida, blanca y crispada, mientras que una rebelión interior la impulsaba a abalanzarse sobre él para arrancárselo. Desde hacía dos años soñaba con aquel corazón, ¡y su padre se lo aplastaba! Encontraba aquello demasiado fuerte y tendría que concluirse.

Coupeau empleaba más testardez que rectitud en la manera que empleaba para conducir a Naná. Con frecuencia no tenía razón, y sus injusticias exasperaban a la chiquilla. Llegó a faltar al taller, y cuando el plomero le suministró la paliza correspondiente, se burló de él, diciendo que no quería volver a casa de la Titreville, porque la colocaban detrás de Agustina que debía haberse comido los pies de tan mal que le olía el aliento. Entonces Coupeau la condujo en persona a la calle del Cairo, rogando a la maestra que la tuviese siempre al lado de Agustina, en castigo. Durante

quince días, cada mañana se tomó el trabajo de bajar a la barrera Poissonniers para acompañar a Naná a la puerta del taller; y se quedaba cinco minutos en la acera para asegurarse de que había entrado. Pero una mañana, habiéndose detenido con un compañero en una taberna de la calle Saint-Denis, divisó a la pícara, diez minutos más tarde, que marchaba de prisa calle abajo, sacudiendo su transportín. Ya llevaba quince días en que subía dos pisos en lugar de entrar en casa de la Titreville; se sentaba en un peldaño y esperaba a que se hubiese marchado. Cuando Coupeau quiso tomarla con la señora Lerat, ésta le gritó hecha una furia que no aceptaba lecciones; ella ya había dicho a su sobrina toda lo que tenía que decir de los hombres, y no era culpa suya si la mocosa tenía afición por esos marranos; ahora ella se lavaba las manos, jurando no volverse a mezclar en nada, porque sabía lo que sabía, líos de familia, sí; de personas que se atrevían a acusarla de perderse con Naná y de gustar del sucio placer de verla ejecutar ante sus ojos el gran traspíe. Por lo demás, Coupeau supo por la maestra que Naná estaba pervertida por otra obrera, aquella zorra Leonie, que acababa de dejar las flores para tirarse a la calle. Sin duda la muchacha que deseaba andar correteando por las calles, aún podía casarse con corona de azahar en la cabeza, pero ¡diantres!, habrá que darse prisa si querían entregársela a un marido, sin nada roto, limpio, en buen estado y completa; en fin, como las señoritas que se respetan.

En la casa de la calle de la Goutte-d'Or, se hablaba del viejo de Naná como de un señor a quien todo el mundo conocía. Era muy cortés, incluso un poco tímido, pero porfiado y paciente como un demonio. La seguía a diez pasos, con un aire de obediente chuchó. A veces hasta entraba en el patio; la señora Gaudron lo encontró una noche en el rellano del segundo cuando iba escaleras arriba con la cabeza baja, muy encarnado y miedoso. Y los Lorilleux amenazaban con mudarse si la pérdida de su sobrina traía hombres en su seguimiento, pues ya resultaba repugnante ver la escalera siempre llena, y no se podía bajar sin advertirlos en todos los escalones, como quien olfatea y espera; había que creer que se encontraba allí un animal atacado de locura en aquel rincón de la casa. Los Boche se compadecían de la suerte que esperaba a aquel pobre señor, un hombre tan respetable, que se había enamorado de una busconcilla. Era un comerciante, habían visto su fábrica de botones, en el bulevar de la Villette; habría podido hacer la fortuna de una mujer si hubiera tropezado con una chica honrada. Gracias a los detalles facilitados por los porteros, todas las gentes del barrio, hasta los mismos Lorilleux, demostraban la más señalada consideración por el viejo cuando le veían pisar los talones a Naná, con el labio colgante en su pálida cara y con su collarete de barba gris correctamente cortado.

Durante el primer mes, Naná se divirtió de lo lindo con su viejo. Había que verle, haciendo el oso a su alrededor, un verdadero «mátalas callando» que le echaba mano a las faldas por detrás, entre la multitud, como quien no hace nada. ¿Y sus piernas?, ¡secas como palo, verdaderas cerillas! Nada de cabello en la cabeza, cuatro pelillos pegados en el cogote, hasta tal punto que siempre tenía intención de preguntarle la

dirección del peluquero que le hacía la raya. ¡Qué vejestorio! ¡Se las echaba de enamorado!...

A fuerza de verlo allí no le parecía ya tan adefesio. Sentía por él un miedo instintivo, y habría gritado si se hubiese acercado a ella. Con frecuencia, cuando se detenía ante el escaparate de un joyero, le oía en seguida balbucear cosas a su espalda. Lo que le decía, en verdad, lo hubiera querido tener: una cruz con terciopelo para ponérsela al cuello, o bien unos pendientes de coral tan pequeñitos que parecieran gotas de sangre. Aun sin ambicionar joyas, no podía estar toda la vida hecha un pingo; estaba harta de arreglarse con los desechos del taller de la calle del Cairo. Bastante tenía con su gorra, especie de casquete en el cual las flores robadas en la casa Titreville hacían el efecto de pelotitas, como campanillas en el culo de un pobre. Había veces en que trotando por el barro, salpicada por los coches, cegada por el resplandor de los escaparates, la asaltaban deseos que le repercutían en el estómago; algo así como tentaciones violentas de verse bien vestida, comer en los restaurantes, ir al teatro, tener un aposento propio con ricos muebles. Se paraba, pálida de deseo, y sentía alzarse del pavimento de París un calor a lo largo de sus muslos, un apetito feroz de morder en los goces a que se sentía empujada, en la gran barahúnda de las aceras, y nunca faltaba, precisamente en aquellos momentos, su viejo que le susurraba proposiciones al oído. Con cuánto gusto le hubiese pegado en la mano si no le hubiera tenido miedo; una rebeldía interior la envalentonaba en su negativa, furiosa y disgustada, por lo que ignoraba de aquel hombre, a pesar de lo viciosa que era.

Pero cuando se presentó el invierno, la existencia se hizo imposible en casa de los Coupeau. No pasaba noche sin que Naná recibiese una solfa. Cuando el padre estaba cansado de pegarle, la madre le daba buenos pescozones para enseñarle a portarse como era debido. A menudo aquélla se convertía en danzas generales; cuando uno le pegaba y el otro la defendía tanto y tan bien, que los tres acababan por rodar por el suelo en medio de la vajilla hecha pedazos. A todo esto, el hambre hacía de las suyas y se morían de frío. Si la pequeña compraba alguna cosa bonita, una corbata de cintas o gemelos para sus puños, sus padres se lo quitaban y lo vendían. No tenía nada suyo más que la renta de cachetes antes de arrebujarse en el pedazo de sábana donde tiritaba bajo su vestidillo negro que extendía a modo de colcha. No, aquella condenada vida no podía continuar, no estaba dispuesta a dejar allí el pellejo. Su padre desde hacía mucho tiempo, como si no existiera; cuando un padre se emborracha como lo hacía el suyo, ya no es padre, es una mala bestia de quien querría uno verse libre; y ahora su madre igualmente iba decayendo en su cariño. Ella bebía también iba por gusto a buscar a su hombre a la taberna del tío Colombe para que la convidara, y se acercaba a la mesa de la mejor gana, sin andarse con remilgos como la primera vez, soplando los vasos horas enteras y saliendo de allí con los ojos fuera de las órbitas. Cuando Naná, al pasar por delante de la taberna, divisaba a su madre en el fondo con las narices en la copa, embrutecida en medio de las

asquerosidades que decían los hombres, se sentía invadida de una cólera extraordinaria, porque la juventud que se siente atraída por otros placeres, no comprende el de la bebida. ¡Buenos cuadros se le ofrecían esas noches! El papá borracho, la mamá borracha; un endiablado cuchitril donde no había pan y que emponzoñaba el aire. Ni una santa hubiera permanecido allí. Tanto peor. Si tomaba las de Villadiego cualquier día, ya podrían sus padres entonar el «mea culpa» y decir que ellos mismos la habían empujado a la calle. Un sábado, al volver Naná, encontró a su padre y a su madre en un abominable estado. Coupeau, atravesado en la cama, roncaba, y Gervasia, medio caída en una silla, movía la cabeza con ojos inquietantes, mirando al vacío. Se había olvidado de calentar la comida, unas sobras de bazofia. Una vela que no habían despabilado iluminaba la mísera vergüenza del tugurio.

—¿Eres tú, pecorilla? —tartamudeó Gervasia—. Ya te compondrá tu padre.

Naná no contestó; permaneció pálida, mirando el hornillo apagado, la mesa sin platos, la lúgubre habitación donde aquel par de borrachos ponía el pálido horror de su embrutecimiento. No se quitó el sombrero, dio una vuelta por el cuarto, y, con los dientes apretados, abrió la puerta y se fue.

—¿Vuelves a bajar? —preguntó su madre sin poder volver la cabeza.

—Sí, olvidé algo, subo en seguida; buenas noches.

No volvió más. Al día siguiente los Coupeau, libres ya de la embriaguez, se asombraron, echándose el uno al otro en cara el vuelo de Naná. ¡No estaría ya poco lejos si no había dejado de correr! Como suele decirse a los muchachos, tratándose de los gorriones, sus padres podían ir a ponerle un grano de sal en el trasero, que de fijo la volverían a pescar. Aquel terrible golpe aplastó más a Gervasia, pues a pesar de su embrutecimiento, se daba muy bien cuenta de que la caída de su pequeña, en vísperas de arrojarse a la calle, la hundía más, no teniendo ya hija a quien respetar, por lo que podía rodar más bajo. Sí, aquella golfilla desnaturalizada le llevaba el último pedazo de su honradez en sus propias faldas. Y se emborrachó tres días seguidos, furiosa, con los puños cerrados y la boca henchida de las palabras más abominables contra la zorra de su hija. Coupeau, después de haber recorrido los bulevares exteriores y mirado de cerca a todos los pingos que pasaban, se fumaba su pipa, tan tranquilo; solamente algunas veces, cuando estaba en la mesa, se levantaba con los brazos en alto, un cuchillo en el puño, gritando que estaba deshonorado...; y se volvía a sentar para terminar la sopa.

En aquella casa donde cada mes se marchaba una chiquilla, como pajarillos cuyas jaulas se dejasen abiertas, el accidente de los Coupeau no asombró a nadie. Pero los Lorilleux triunfaban. Ya habían dicho ellos que la chiquilla les daría que sentir. Bien les estaba; todas las floristas acababan mal. Los Boche y los Poisson disfrutaban igualmente haciendo derroche de extraordinarias virtudes. Únicamente Lantier defendía socarronamente a Naná. Sin duda, declaraba él, con su aire puritano, una señorita que se disponía a correrla, ofendía a todas las leyes; luego, añadía echando

chispas por los ojos: ¡qué caramba, la muchacha era demasiado bonita para afrontar la miseria a sus años!

—¿No saben ustedes? —dijo un día la señora Lorilleux en la garita de los Boche, donde la camarilla tomaba su café—. Pues tan cierto como la luz del día, que ha sido la Banbán quien ha vendido a su hija... Sí, la ha vendido; tengo pruebas...

Aquel viejo que se veía mañana y tarde en la escalera, subía ya a hacer sus adelantos. La cosa era ya sabida; y ayer mismo los han visto juntos en el Ambigú, a la doncella y al adefesio: ¡Palabra de honor! Se han juntado.

Acabaron el café hablando de esto. Después de todo, era posible; cosas más raras se veían. En todo el barrio las personas más caracterizadas acabaron por repetir que Gervasia había vendido a su hija.

Gervasia, cada día más pobre, se ponía el mundo por montera. Ya le podían haber llamado ladrona en la calle, que ni habría vuelto la cabeza. Desde hacía un mes no trabajaba en casa de la señora Fauconnier, que tuvo que ponerla en la puerta para evitar disputas. En varias semanas había recorrido los talleres de ocho planchadoras; estaba dos o tres días en cada taller, y en seguida la despedían, porque estropeaba todas las piezas; sin poner ningún cuidado, sucia, perdiendo la cabeza hasta olvidar el oficio. Por fin, dándose cuenta de que se había hecho una chapucera, abandonó la plancha. Lavaba unos días en el lavadero de la calle Nueva; chapoteaba, andaba entre la inmundicia, se rebajaba hasta lo que el oficio tiene de rudo y zafio; pero así y todo se sostenía, aunque descendiendo poco a poco por la pendiente del abismo. Desde luego, el lavadero no la embellecía ni poco ni mucho. Al salir de allí parecía un perro enlodado, enseñando su carne amoratada. A pesar de todo seguía engordando, pese a sus vigiliyas, y su pierna se le torcía de tal manera que ya no podía andar al lado de nadie sin que le faltara poco para echarlo a rodar, de tanto como cojeaba.

Naturalmente, cuando se decae hasta ese punto, todo el orgullo de una mujer desaparece. Gervasia había prescindido de su antigua dignidad, sus coqueterías, sus necesidades de sentimientos, de conveniencias y consideraciones. Ya podían darle zapatazos por cualquier parte, por delante, por detrás, que ella no los sentiría pues volvía cada vez más floja y más débil. Lantier la abandonó por completo; ni por cumplir la pellizcaba siquiera; y ella parecía no haberse dado cuenta de aquel fin de sus largas relaciones, lentamente arrastradas y que se habían deshecho en una laxitud de hastío mutuo. Aquello era para ella una carga menos. Hasta los amoríos de Lantier y Virginia la dejaban del todo tranquila. Le eran perfectamente indiferentes todas aquellas simplezas que la hacían renegar en otro tiempo. Hasta les hubiera tenido la vela si ellos lo hubieran querido. Para nadie era ningún secreto, el sombrerero y la tendera andaban a las mil maravillas. Les era muy cómodo, porque aquel cornudo de Poisson tenía servicio una noche sí y otra no, lo que le hacía tiritar en las aceras desiertas en tanto que su mujer y el vecino mantenían sus pies calentitos. No se preocupaban lo más mínimo, oían sus botas resonar lentamente a lo largo de la tienda, en la calle negra y solitaria, sin que por ello se les ocurriera sacar las narices

de debajo de la manta. Un guardia municipal no se aparta de su deber, ¿no es eso? Y ellos permanecían muy tranquilos hasta rayar el alba, ensuciándole el honor, mientras que aquel hombre severo velaba por la propiedad ajena. Todo el barrio de la Goutte-d'Or retozaba de risa. Encontraban muy graciosa la cornamenta de la autoridad. Por lo demás, Lantier había conquistado aquel rincón. La tienda y la tendera iban a la par. Acababa de comerse a una planchadora y ahora masticaba a una tendera de comestibles; y si se fueran estableciendo por turno merceras, papeleras, modistas, etc., él tenía quijadas bastante desarrolladas para irse comiendo a todas.

Nunca se había visto a un hombre revolcarse de tal manera en el azúcar. Lantier había estudiado perfectamente lo que le convenía, al aconsejar a Virginia poner un comercio de golosinas. Era demasiado provenzal para no adorar las cosas dulces, es decir que, con alma y vida, estaría tomando caramelos, bolas de goma, grajeas y chocolates. Las grajeas, sobre todo, a las que él llamaba almendras azucaradas, le hacían una espumilla en los labios, cosquilleándole agradablemente el gáznate. Hacía un año que no vivía más que de bombones. Abría los cajones y se llenaba, cuando Virginia le rogaba que tuviese cuidado de la tienda. Con frecuencia, si hablaba delante de cinco o seis personas, quitaba la tapadera de un bote del mostrador, metía la mano, y masticaba alguna cosa; dejaba el bote abierto y lo vaciaba. No se daba cuenta; decía que era una manía. Además había inventado un catarro perpetuo, una irritación a la garganta, que había que dulcificar. Seguía sin trabajar, teniendo siempre a la vista negocios muy considerables; entonces estaba madurando un invento soberbio, el sombrero-paraguas, un sombrero que se transformaba, en la misma cabeza, en un paraguas monumental a las primeras gotas de chaparrón; prometía a Poisson la mitad de los beneficios, y hasta le sacaba monedas de veinte francos para los experimentos. Entretanto, la tienda se iba deshaciendo en su lengua, todas las mercancías pasaban por allí, hasta los cigarros de chocolate y las pipas de caramelo rojo. Cuando se hartaba de golosinas, y rebosando ternura, se regalaba con alguna caricia a la patrona, por los rincones, ésta le encontraba todo azucarado, los labios como de almendras garrapiñadas. ¡Un hombre encantador para besarlo! ¡Era todo miel! Los Boche decían que bastaba con que mojase su dedo en el café para convertirlo en verdadero jarabe.

Lantier, enternecido por aquel postre continuo, se mostraba paternal para Gervasia, le daba consejos y la reñía porque ya no tenía amor al trabajo. ¡Qué diantre! Una mujer, a su edad, debía saber componérselas. La acusaba de haber sido siempre golosa. Mas, como hay que tender la mano a las personas, aun cuando no lo merezcan, procuraba proporcionarle algunos trabajillos. Decidió que Virginia la hiciese ir una vez por semana para limpiar la tienda y las habitaciones; ya estaba familiarizada con el agua de potasa, y cada vez ganaba un franco y medio. Gervasia llegaba el sábado por la mañana con un cubo y un cepillo, sin que le doliera, al parecer, ir de aquel modo a hacer una sucia y humilde tarea, la tarea de las fregonas, en aquella casa donde había reinado como hermosa dueña rubia.

Aquella era la última humillación, el fin de su orgullo.

Un sábado, la tarea fue muy dura. Había llovido durante tres días y los pies de las parroquianas parecían haber llevado al almacén todo el lodo del barrio. Virginia estaba en el mostrador, dándose aires de señora, bien peinada, con un cuellecito y mangas de encaje. A su lado, sentado en una banqueta de pana roja, Lantier se pavoneaba, como si estuviera en su casa, como verdadero amo de la tienda; y, como al descuido, metía la mano en un bote de pastillas de menta, para chupar azúcar y no perder la costumbre.

—¡Oiga usted, señora Coupeau! —gritó Virginia, que vigilaba el trabajo de la fregona, mordiéndose los labios—. Está dejando porquería en aquel rincón. Restriéguelo un poco más.

Gervasia obedeció. Volvió al rincón y fregó de nuevo. Arrodillada en el suelo, en medio del agua sucia, se doblaba en dos, con los hombros salientes y los brazos amoratados y rígidos. Su vieja falda empapada, se le pagaba a las nalgas. Daba la sensación de un montón de algo nada limpio, despeinado, enseñando por los agujeros de su blusa la carne de su cuerpo, desbordamiento de carnes blandas que se movían, doraban y saltaban por las rudas sacudidas de su tarea; y sudaba de tal manera, que de su rostro inundado caían gruesas gotas.

—Cuanto más aceite de codo se emplea, más reluce —dijo sentenciosamente Lantier con la boca llena de caramelos.

Virginia, repantigada, con aire de princesa, los ojos medio cerrados seguía con la vista el fregado, haciendo observaciones.

—Un poco a la derecha. Ponga atención en las molduras... No quedé muy contenta el sábado pasado; no quitó usted las manchas.

Y los dos, el sombrerero y la confitera, se arrellanaban más, como en un trono, mientras que Gervasia se arrastraba a sus pies sobre el negro fango. Virginia la gozaba, pues sus ojos de gato se llenaron un instante de lucecitas amarillas, y miró a Lantier sonriendo. ¡Por fin estaba vengada de la antigua paliza del lavadero, que no había podido apartar de su memoria!

Entretanto, de la pieza del fondo, cuando Gervasia dejaba de restregar, salía un ligero ruido de sierra. Por la puerta abierta se veía, destacándose sobre la pálida claridad del patio, el perfil de Poisson, libre ese día y aprovechándose a su placer en confeccionar las pequeñas cajitas de madera. Estaba sentado en una mesa y cortaba con minuciosidad arabescos en la caoba de una caja de cigarros.

—¡Escuche, Badinguet! —gritó Lantier, que había vuelto a darle aquel apodo por amistad—; me quedo con esa cajita para regalársela a una señorita.

Virginia le pellizcó, pero el sombrerero, galantemente, sin dejar de sonreír, le devolvió bien por mal, haciéndola el ratón a lo largo de su rodilla, bajo el mostrador, y retiró la mano de una manera natural, cuando el marido levantó la cabeza dejando ver su perilla y sus rojos bigotes erizados en su cara terrosa.

—Justamente —dijo el guardia—, trabajaba para obsequiarle. Augusto. Se lo ofrezco como recuerdo de amistad.

—¡Caramba! Entonces me guardaré su artefacto —repuso Lantier riendo—. Ya lo sabe usted, me lo pondré al cuello con una cinta.

De repente, como si esta idea le trajese otra, exclamó:

—A propósito, anoche encontré a Naná.

La emoción que aquella noticia produjo en Gervasia la hizo sentarse en mitad del charco de agua sucia que llenaba la tienda. Quedóse sudorosa, sin aliento, con el cepillo en la mano.

—¡Ah! —murmuró solamente.

—Sí, yo bajaba por la calle de los Mártires cuando me llamó la atención una jovencita que se contoneaba del brazo de un viejo delante de mí, y yo me dije: «Esa popa la conozco». Entonces apreté el paso y me encontré de manos a boca con el diablo de Naná... Vaya, no tienen por qué compadecerla: es feliz, y ¡qué vestido de lana tan bonito llevaba!, ¡y qué cruz de oro al cuello!, ¡y qué aire tan seductor!

—¡Ah! —repitió Gervasia con voz más ahogada todavía.

Lantier, que había terminado los caramelos, tomó otro confite de un frasco distinto.

—¡Pero es tan viciosa esa criatura! —prosiguió—. Figúrese que, con gran aplomo, me hizo señas para que la siguiera. En seguida dejó a su viejo, no sé dónde, en un café... ¡Despampanante el viejo!..., y ella vino a mi encuentro en un portal. Una verdadera culebrilla, monísima y moviéndose y lamiéndole a uno como un perrillo. Pues sí, me besó, y quiso saber noticias de todo el mundo... Me alegré de encontrarla.

—¡Ah! —dijo por tercera vez Gervasia.

Estaba callada, escuchando. ¿Y su hija no había tenido ni una palabra para ella? En medio del silencio se oía de nuevo la sierra de Poisson. Lantier, divertido, chupaba con rapidez su caramelo con un silbido de labios.

—Pues bien, si yo la veo, me iré a la otra acera —repuso Virginia, que acababa de pellizcar por segunda vez al sombrerero, con mano feroz—. Sí, el rubor me subiría a la frente de ser saludada, en público, por una de esas ramerillas... No es porque esté usted aquí, señora Coupeau, pero su hija es una verdadera podredumbre. Poisson recoge todos los días a muchachas como ella y que valen más.

Gervasia no decía nada, no se movía, con los ojos fijos en el vacío. Acabó por mover lentamente la cabeza como para responder a los pensamientos que guardaba en ella, mientras que el sombrerero, con su cara de goloso, murmuraba:

—De podredumbres como esa, tomaría de buena gana una indigestión. Es tierna como una pollita.

Pero la tendera le miraba con unos ojos tan terribles que tuvo que detenerse y sosegarla con una fineza. Miró al guardián municipal, viéndole con la nariz pegada a

su cajita, y aprovechóse de ello para meter un confite en la boca de Virginia. Entonces ésta se sonrió complaciente y desplegó su cólera contra la fregona.

—¡Dése usted prisa, esto no adelanta nada! Si sigue así como un poste... Vaya, muévase; no tengo ganas de chapotear en el agua hasta la noche.

Y añadió más bajo, con maldad:

—¿Acaso es culpa mía que su hija se haya dado a la vida?

Gervasia, sin duda, no la oyó. Se había puesto otra vez a frotar el suelo, doblado el espinazo, arrastrándose por el piso, con movimientos entumecidos de rana. Con sus dos manos crispadas sobre la madera del cepillo, empujaba ante sí una ola negra, cuyas salpicaduras la manchaban de barro hasta los cabellos. No le faltaba más que enjuagar, después de haber barrido las aguas sucias del arroyo.

Al cabo de un rato de silencio, Lantier, que se aburría, alzó la voz para decir:

—¿No sabe usted, Badinguet, que vi ayer a su patrón en la calle de Rívoli? ¡Qué arruinado está!... ¡No tiene ni para seis meses!... ¡Claro, con la vida que hace!

Hablaba del Emperador. El guardia respondió con tono seco, sin levantar los ojos:

—Si usted fuera gobierno no estaría tan gordo.

—¡Oh, amigo mío! Si yo fuera gobierno —repuso el sombrerero afectando una repentina gravedad—, las cosas andarían un poco mejor, se lo aseguro a usted. Su política exterior, a decir verdad, les debe hacer sudar desde algún tiempo a esta parte. Yo, yo a quien usted ve, si conociese siquiera a un periodista para inspirarle con mis ideas...

Se iba animando, y como había terminado de mascar su caramelo, abrió un cajón de donde tomó pedazos de pasta de malvavisco, que iba chupando mientras hacía gestos.

—La cosa es muy sencilla... Ante todo, reconstruiría Polonia, establecería un gran Estado Escandinavo, que mantendría con respeto al gigante del Norte; en seguida formaría una República con todos los pequeños reinos alemanes. En cuanto a Inglaterra, no es de temer, si se movía, enviaría cien mil hombres a la India; agregue usted a esto, que conduciría, con el cayado del obispo a la espalda, al gran turco a la Meca y al Papa a Jerusalén..., ¿qué tal? Europa quedaría limpia bien pronto. Fíjese bien, Badinguet.

Se interrumpió para coger un puñado de pedazos de pasta de malvavisco.

—No se emplearía más tiempo que el necesario para tragar esto.

Y metía en su abierta boca los pedazos, uno tras otro.

—El Emperador tiene otro plan —dijo el municipal al cabo de dos minutos de reflexiones.

—¡Déjeme en paz! —repuso violentamente el sombrerero—. Ya conocemos su plan. Europa se burla de nosotros... No pasa un día sin que los lacayos de las Tullerías recojan a su amo de debajo de la mesa entre dos *cocottes* de alto copete.

Pero Poisson se levantó y avanzó con la mano puesta sobre su corazón, diciendo:

—Me ofende usted, Augusto. Discuta sin dirigirse a personalidades.

Entonces intervino Virginia, suplicándoles que la dejaran en paz. A Europa la tenía ella en cierta parte. ¿Cómo era posible que dos hombres que en todo iban al unísono anduvieran a la greña por la política? Durante un instante mascullaron palabras sordas. A continuación, el municipal para demostrar que no guardaba rencor, trajo la tapadera de su cajita que acababa de terminar; se leía encima, en letras taladradas: «A Augusto, recuerdo de amistad». Lantier, muy lisonjeado, se echó hacia atrás, de tal manera que casi lo hizo sobre Virginia, y el marido miraba aquello con su cara color de pared vieja, en que sus turbios ojos no decían nada; pero los pelos de sus bigotes se agitaban a ratos, de tan singular manera, que hubieran podido inquietar a un hombre menos seguro de sí que el sombrerero.

Ese animal de Lantier tenía aquel desparpajo que agradaba a las señoras. Cuando Poisson volvió las espaldas, se le ocurrió la idea de dar un beso en el ojo izquierdo a la señora. De ordinario mostraba una prudencia solapada, pero cuando discutía de política lo arriesgaba todo, sin más afán que triunfar sobre la mujer. Aquellas caricias voraces, robadas descaradamente a espaldas del guardia, le vengaban del Imperio, que hacía de Francia una porquería. Pero esta vez había olvidado la presencia de Gervasia. Acababa de limpiar la tienda y estaba de pie, cerca del mostrador, esperando que le dieran su franco y cincuenta. El beso en el ojo la dejó tan tranquila, como la cosa más natural, en la que no tenía que mezclarse. Virginia se quedó un poco azorada, arrojó el franco y cincuenta sobre el mostrador, delante de Gervasia. Ésta no se movió, como si esperase algo más, sacudida por la tarea, mojada y fea, como un perro de aguas.

—¿Conque no le dijo a usted nada? —preguntó al sombrerero.

—¿Quién? —exclamó él—. ¡Ah, sí, Naná!... No, nada. ¡Y tiene una boca! ¡Un cestillo de fresas!

Y Gervasia se fue con su franco y cincuenta en la mano. Sus zapatos, calzados a modo de chancletas, escupían como bombas, verdaderos zapatos de música que dejaban sobre la acera las húmedas huellas de sus anchas suelas. En el barrio, las borrachas de su calaña referían que bebía para consolarse de la caída de su hija. Ella misma, cuando se echaba su copita en el mostrador, tomaba aspecto de drama, recostándose sobre el cinc, deseando que aquello la hiciese reventar. Y los días que volvía completamente borracha, decía que era la pena. Pero las buenas gentes alzaban los hombros; ya sabían que las turcas que pescaba en la taberna iban a cuenta de la pena; lo que debía de llamarse aquello era «penas embotelladas». Sin duda, en un principio, no había podido acostumbrarse a la fuga de Naná. Lo que quedaba en ella de honradez se sublevaba; además, generalmente a una madre no le gusta decirse a sí misma que su hija, quizá en aquel momento, se está dejando tutear por el primero que se le acerca; pero sentíase ya demasiado embrutecida, con la cabeza enferma y el corazón aplastado, para conservar mucho tiempo esta vergüenza. Aquello entraba y salía en ella. Pasaba ocho días sin volverse a acordar de la chiquilla; y de repente se veía invadida de ternura o de cólera; a veces, en ayunas, a veces con la andorga llena,

la metía una furiosa necesidad de pellizcar a Naná en un sitio donde quizá la hubiera besado o quizá molido a golpes, según los deseos del momento. Terminaba por no tener una idea clara de la honradez. Pero Naná le pertenecía, ¿no era cierto? Pues bien, cuando se tiene una propiedad, nadie quiere que se le evapore.

Cuando se apoderaban de ella esos pensamientos, iba mirando por todas las calles, con ojos de gendarme. ¡Si se hubiera tropezado con su pendoncillo de hija, de qué buena gana la hubiera acompañado a casa!

Aquel año se hallaba el barrio revuelto. Estaban abriendo el bulevar Magenta y el bulevar Ornano, que hacía desaparecer la barrera Poissonniers y atravesaba el bulevar exterior. Aquello quedaría desconocido. Todo un lado de la calle de Poissonniers estaba en el suelo. Ahora, desde la calle de la Goutte-d'Or, se veía un inmenso espacio, sol en abundancia y aire libre; y en lugar de las casuchas que quitaban la vista, por aquel lado, se alzaba en el bulevar Ornano un verdadero monumento, una casa de seis pisos, esculpida como una iglesia cuyas ventanas claras y con cortinajes bordados olían a riqueza. Aquella casa toda blanca, situada enfrente de la calle, parecía iluminada con una ráfaga de luz. Cada día era objeto de disputa entre Lantier y Poisson. El sombrerero no paraba de hablar de las demoliciones de París, acusaba al Emperador de poner palacios en todos los sitios, para que los obreros se fueran a provincias; y el guardia municipal, pálido y con fría cólera, respondía que, al contrario, el Emperador pensaba primero en los obreros y que arrasaría París si fuera necesario, con el solo objeto de darles trabajo. También Gervasia se encontraba enojada con aquellos embellecimientos que echaban a perder el negro rincón del arrabal al que ya estaba acostumbrada. Su disgusto se fundaba en que precisamente el barrio se embellecía cuando ella ya estaba en ruina. A nadie le gusta, cuando está en el fango, recibir un rayo de luz en la cabeza. Así, pues, los días en que iba a buscar a Naná, renegaba por tener que saltar aquellos materiales, chapotear a lo largo de las aceras en construcción y tropezar contra las empalizadas. La bella construcción del bulevar Ornano la ponía fuera de sí. Edificios semejantes eran tan sólo para pérdidas como Naná.

Había tenido en varias ocasiones noticias de la pequeña. Siempre hay almas caritativas que se apresuran a comunicar las malas noticias. Le habían dicho que la pequeña acababa de plantar a su viejo, gesto de muchacha sin experiencia. Ella estaba muy bien en casa del vejestorio, mimada, adorada, y hasta con libertad si hubiera sabido aprovecharla. Pero la juventud es inexperta; seguramente se habría ido con alguno de poco más o menos, no se sabía a ciencia cierta. Lo que parecía seguro era que una tarde en la plaza de la Bastilla había pedido a su vejete quince céntimos para una pequeña necesidad y que aún la estaba esperando. Entre la gente de armas tomar eso se llama «mear a la inglesa». Otras personas juraban haberla visto después, bailando un can-can en el *Grand Salon de la Folie*, en la calle de la Chapelle. Y entonces se le ocurrió a Gervasia frecuentar los bailuchos del barrio. No volvió a pasar ya ante la puerta de un baile sin entrar. Coupeau la acompañaba. En un

principio, se conformaron con dar la vuelta a las salas, mirando a las arrastradas que allí se zarandeaban. Otro día, que tenían dinero, se sentaron a la mesa y bebieron una fuente de vino a la francesa, para refrescarse y esperar a ver si Naná llegaba. Al cabo de un mes habían olvidado a Naná, pagaban los bailes por su propio placer, gustándoles contemplar a las danzantes. Permanecían las horas muertas, con los codos en las mesas, embrutecidos en medio del temblor del suelo, divirtiéndose, sin duda, siguiendo con sus ojos pálidos las contorsiones de aquellas golfillas, en la sofocación y la claridad rojiza de la sala.

Una noche de noviembre, entraron al *Grand Salon de la Folie* para calentarse. Fuera hacía un vientecillo que cortaba la cara de los transeúntes. La sala estaba repleta; había una agitación de mil demonios, gente en todas las mesas, en medio, en el aire, un verdadero montón de carne; en verdad que a los que les gustasen los callos al estilo de Caín, allí podían satisfacerse. Cuando hubieron dado dos vueltas sin encontrar una mesa, tomaron el partido de quedarse de pie, esperando que algún grupo se levantara. Coupeau se balanceaba con su blusa sucia y una vieja gorrilla de paño sin visera, aplastada en la coronilla. Como obstruía el paso, vio que un jovencito delgado se limpiaba la manga de su abrigo a continuación de haberle rozado con el codo.

—¡Oiga usted! —gritó furioso, retirando la pipa de su negra boca—. ¿No podría pedir perdón?... ¡Y todavía parece que le disgusta que lleve blusa!

El joven se volvió, mirando de arriba abajo al plomero, que continuaba:

—Has de saber, cerdo, que la blusa es el más bonito de los trajes, sí, porque es el traje del trabajo... Voy a limpiarte con un par de bofetadas... ¡Se habrá visto maricas semejantes insultando a los obreros!

En vano trató Gervasia de calmarle. Erguía en sus harapos, golpeando sobre la blusa y gritando:

—¡Aquí dentro hay un pecho de hombre!

Entonces el joven se perdió entre la muchedumbre murmurando:

—¡Pedazo de bruto!

Coupeau quiso alcanzarlo. ¡Estaría bueno que se dejase atropellar por un gabán! ... ¡Quién sabe si lo habría pagado!... Valiente mequetrefe para llevarse una mujer sin soltar un céntimo. Si lo volviera a encontrar le haría ponerse de rodillas para hacerle saludar a la blusa. Pero la sofocación era enorme; apenas si se podía andar. Gervasia y él daban vueltas con lentitud entre los que bailaban; una triple fila de curiosos se aplastaba con las caras encendidas cuando un hombre se exhibía o una mujer lo enseñaba todo, levantando la pierna; y como los dos eran bajos, se empinaban sobre la punta de los pies para ver algo, los moños y los sombreros que saltaban. La orquesta, con sus instrumentos, de metal cascado, tocaba furiosamente un rigodón, una tempestad con la que temblaba la sala; mientras que los bailarines, golpeando con pies, levantaban un polvo que ensombrecía la luz del gas. El calor era asfixiante.

—¡Mira! —dijo de repente Gervasia.

—¿Quién?

—Aquel sombrerito de terciopelo, allá abajo.

Se estiraron cuanto pudieron, era a la izquierda; veíase un viejo sombrero de terciopelo negro con dos plumas estropeadas que se balanceaban; verdadero plumero de coche fúnebre. Pero no alcanzaban a ver más que aquel sombrero, bailando un can-can de todos los diablos, haciendo cabriolas, arremolinándose, hundiéndose y resurgiendo. Lo perdían entre la confusión de las cabezas y lo volvían a encontrar balanceándose por encima de otras, con tan gracioso descaro, que las personas que estaban alrededor se morían de risa sólo con ver bailar aquel sombrero, sin saber lo que había debajo.

—¿Y qué? —preguntó Coupeau.

—¿No reconoces aquel moño? —murmuró Gervasia sin respirar—. Apuesto la cabeza que es ella.

El plomero de un empujón apartó a la multitud. ¡Demonio!, ¡sí!, ¡era Naná!, ¡y en tan lindo traje! No tenía para taparse el trasero más que un vestido viejo de seda, todo lleno de mugre de haber ido limpiando las mesas de los cafetines, y cuyos volantes, desprendidos del gabán por todas partes. Además, iba a cuerpo, sin ninguna toquilla, enseñando su corpiño con los ojales rotos. ¡Y pensar que aquella rapaza había tenido un viejo lleno de atenciones y que había llegado a ese extremo seguramente por seguir a cualquier mamarracho que incluso le pegaría! ¡Así y todo se mantenía tan fresca y apetitosa, desmelenada como un perrillo, con sus labios de rosa y su porquería de sombrero!

—Espera que te la voy a hacer bailar —contestó Coupeau.

Naná no desconfiaba de nada. ¡Había que ver cómo se movía! Y vengan contoneos de las nalgas hacia la izquierda y contoneos del trasero a la derecha, genuflexiones que la dividían en dos, puntapiés lanzados a la cara de su pareja como si fuera a partirse. Formaban círculo y la aplaudían, y ya lanzada, recogía sus faldas, subiéndolas hasta la rodilla, en movimiento continuo por el can-can, azotada y dando vueltas como una peonza, inclinándose hacia el suelo a impulso de los trapiés que daba, después hacía la danza más suave, con un contoneo de caderas y de garganta de una elegancia despampanante. Había para llevársela a un rincón y comérsela a caricias.

Entretanto, Coupeau, cayendo en plena danza, hacía gestos y recibía empujones.

—Les digo a ustedes que es mi hija —gritaba—. ¡Déjenme pasar!

Naná, en aquel momento, andaba hacia atrás de espaldas, barriendo el suelo con sus plumas, redondeando su trasero y sacudiéndolo ligeramente, para que resultase más llamativo. Recibió una patada maestra, justamente en el buen sitio, se enderezó rápidamente y palideció al reconocer a sus padres. ¡Qué mala suerte!

—¡A la calle! —chillaban los bailarines.

Pero a Coupeau, que acababa de reconocer en la pareja de su hija al joven delgadito del abrigo, le importaba muy poco.

—Sí, somos nosotros. ¡No te lo esperabas!, ¿eh?... En buen sitio te cogemos ¡y vaya con qué mequetrefe, que me ha faltado al respeto hace un momento!

Gervasia, con los dientes apretados, le empujó diciendo:

—¡Cállate!... No hay por qué dar tantas explicaciones.

Y avanzando, largó dos soberanas bofetadas a Naná. La primera le torció el sombrero de plumas, y la segunda se quedó marcada en rojo en su blanca mejilla. Naná, estupefacta, las recibió sin llorar, sin rebelarse. La orquesta continuaba, y la concurrencia se enfadaba y repetía violentamente:

—¡A la calle! ¡A la calle!

—¡Vamos, camina! —repuso Gervasia—. Anda delante y no trates de escaparte, porque te meteré en la cárcel.

El jovencito desapareció prudentemente. Naná echó a andar delante, muy rígida, y aún bajo la impresión de su mala suerte. Cuando hacía ademán de encontrarse molesta, un pescozón por detrás volvía a poner en el camino de la puerta. Así salieron los tres, en medio de las rechiflas y de los abucheos de la gente, mientras que la orquesta terminaba la pastorela, con tal estrépito que los trombones parecían vomitar metralla.

Reanudóse la antigua vida. Después de haber dormido doce horas en su antigua habitación, Naná mostróse amabilísima durante una semana. Se había arreglado un vestidito modesto y llevaba una cofia cuyas cintas se ataban bajo el moño. Poseída de un loable celo, hasta dijo que quería trabajar en su casa. Se ganaba lo que se quería en casa de uno, y, además, no se oían las suciedades del taller. Buscó trabajo y se instaló en una mesa con sus útiles, levantándose a las cinco de la mañana los primeros días, para enrollar sus ramitos de violetas. Pero en cuanto hubo entregado algunas gruesas empezó a cruzarse de brazos ante la labor, con las manos llenas de arañazos por la pérdida de costumbre de hacer tallos y ahogándose por estar encerrada, ella que se había aficionado al aire libre después de una correría de seis meses. El tarro de cola se secó, los pétalos y el papel verde se llenaron de manchas de grasa; el patrón vino en persona a promover escándalos por tres veces; reclamando sus materiales echados a perder. Naná volvía a arrastrar aquella vida, recibiendo trastazos de su padre continuamente, enzarzándose con su madre mañana y noche en disputas en las que las dos mujeres se lanzaban los más groseros insultos. Aquello no podía durar; a los doce días la golfilla se marchó, llevando por todo equipaje su modesto vestidito a la espalda y su cofia sobre las orejas. Los Lorilleux, a los que la vuelta y el arrepentimiento de la pequeña habían sorprendido, estuvieron a punto de caerse patas arriba de tanta risa que les entró. Segunda representación: ¡Eclipse número dos! ¡Señoritas para Saint-Lazare, al coche! ¡Aquello era muy cómico! ¡Tenía tal gracia Naná para estirar las piernas! ¡Si los Coupeau querían guardarla ahora, no tenían más que coserla o meterla en la cárcel!

Los Coupeau, ante todo el mundo, afectaron haberse quedado muy tranquilos. En el fondo estaban rabiando; pero la rabia no es eterna. Bien pronto supieron, sin pestañear, que Naná rodaba por el barrio. Gervasia, que la acusaba de hacer eso para deshonrarles, se sobreponía a los chismes; ya podía encontrar a su doncella en mitad de la calle, que no se ensuciaría la mano dándole una bofetada; sí, bien terminado estaba, aunque la hubiera encontrado muriéndose en el suelo, desnuda por la calle, pasaría sin decir que aquella zorra había salido de sus entrañas. Naná animaba todos los bailes de los alrededores; la conocían desde *La Reine Blanche* al *Grand Salon de la Folie*. Cuando entraba en *L'Elysée Montmartre*, se subían a las mesas para verla ejecutar en la pastorela el cangrejo que gruñe. Como quiera que en el *Château Rouge* la habían echado dos veces, no pasaba de la puerta, esperando a sus conocidos. *La Boule Noire*, en el bulevar, y el *Grand Turc*, calle de Poissonniers, eran cómodas y distinguidas salas, donde iba cuando tenía ropa limpia. Pero de todos los tugurios del barrio, ella prefería el *Bal de l'Ermitage*, en un patio húmedo, el *Bal Robert*, pasadizo de Cadrán, dos infectos saloncillos alumbrados con media docena de quinqués colocados estratégicamente, de manera que, todos contentos y libres, señoras y caballeros, pudieran besarse por los rincones sin ser molestados. Naná tenía altos y bajos, verdaderos cambios de varita mágica, tan pronto equipada a la moda, como barriendo el lodo cual un pingajo. ¡Buena vida llevaba!

Varias veces los Coupeau creyeron distinguir a su hija en sitios nada limpios. Volvían la espalda y marchaban por otro lado para no verse obligados a reconocerla. Ya no estaban de humor para que una sala entera se riese de ellos por llevarse a su casa una viborilla semejante. Pero una noche, hacia las diez, cuando se acostaban, sintieron golpes en la puerta. Era Naná, quien tranquilamente venía a pedir que la dejaran acostarse. ¡Y en qué estado, santo cielo! Con la cabeza al aire, el traje hecho jirones, las botinas en chancletas, vestimenta a propósito para que la recogieran y la llevaran a la Comisaría. Recibió una rociada, pero en seguida se lanzó hambrienta a un pedazo de pan duro y se durmió, deshecha, con el último bocado en los dientes. Desde entonces continuó con aquel género de vida. En cuanto se sentía un poco repuesta, se evaporaba. Ni vista ni oída, el pájaro había volado. Y transcurrían semanas y meses, la daban por perdida, cuando reaparecía un buen día sin decir nunca de donde venía, tan sucia a veces, que ni con pinzas se la podía agarrar, y arañada desde la cabeza a los pies; otras veces, bien vestida, pero tan estropeada y tan lánguida por la vida que llevaba, que no se tenía de pie. Los padres tuvieron que acostumbrarse. Las palizas no le hacían mella. Hasta la pateaban, lo que no impedía que siguiera tomando su casa como una posada donde se dormía por semanas. Ya sabía que pagaba su cama con una tunda, lo reflexionaba y se presentaba a recibirla si con ello salía ganando. Por otra parte, también se cansa uno de tanto pegar. Los Coupeau acabaron por transigir con las escapatorias de Naná. Que volviera, que no volviera, con tal de que no dejase la puerta abierta, bastaba. ¡Dios mío, de qué manera el hábito desgasta la honradez como cualquiera otra cosa!

Una cosa sola ponía a Gervasia fuera de sí. Era cuando su hija se presentaba con vestidos de cola y sombreros llenos de plumas. Aquel lujo no podía tragarlo. Que Naná la corriese si quería, pero que, cuando viniera a casa de su madre, al menos se vistiese como una obrera debe hacerlo. Los vestidos de cola revolucionaban la casa: los Lorilleux se reían de lo lindo; Lantier, encalabrinado, daba vueltas alrededor de la pequeña, para aspirar su buen olor; los Boche habían prohibido a Paulina que se tratase con ella, con sus oropeles. Y Gervasia se enfadaba igualmente de los sueños de Naná cuando después de una de sus fugas dormía hasta mediodía, con su blanco pecho al aire, el moño deshecho y lleno de horquillas, y con respiración tan fatigosa que parecía una difunta. La sacudía cinco o seis veces durante la mañana, amenazándola con echarle sobre el vientre un puchero de agua. Aquella hermosa y holgazana muchacha, semidesnuda, llena de vicio, la exasperaba durmiendo así el amor del que su carne parecía henchida, sin poder ni siquiera despertarse. Naná abría un ojo, volvíalo a cerrar y seguía durmiendo.

Un día en que Gervasia, con toda crudeza, le reprochaba su vida y le preguntaba si andaba también con los pantalones colorados, ya que venía estropeada hasta ese punto, ejecutó por fin su amenaza, sacudiéndole la mano mojada sobre el cuerpo. La muchacha, furiosa, se envolvió en la sábana gritando:

—¡Basta ya, mamá! No hablemos de los hombres, valdrá más. Tú has hecho lo que has querido y yo hago lo que quiero.

—¿Cómo, cómo? —balbuceó la madre.

—Sí, nunca te he hablado de ello, porque ni me iba ni me venía; pero no te importaba mucho, yo te he visto andar muy a menudo en camisa, allá, abajo, cuando papá roncaba... Esto no te agrada, pero agrada a los demás. ¡Déjame en paz! Más valdría que no me hubieses dado el ejemplo.

Gervasia se quedó pálida, con las manos temblorosas, dando vueltas de un lado a otro sin saber lo que hacía, mientras que Naná, boca abajo, estrechando la almohada entre los brazos, caía de nuevo en el entorpecimiento de su sueño de plomo.

Coupeau gruñía sin ocurrírsele ya repartir bofetadas. Perdía el control completamente y, en realidad, no había que tratarle de padre sin moralidad, pues la bebida le quitaba toda conciencia del bien y del mal.

Ahora ya se sabía. No se quitaba la borrachera de encima en seis meses, recaía y volvía a Santa Ana; ¡una temporada de campo para él! Los Lorilleux decían que el señor duque de Retuercetripas se iba a sus propiedades. Al cabo de algunas semanas salía del asilo, reparado, remachado y recomenzaba a desvencijarse, hasta el día en que volvía a recaer y sentía necesidad de otra reparación. En tres años entró varias veces de este modo en el hospital. En el barrio decían que se le tenía reservada su celda. Pero lo peor del caso era que aquel borracho porfiado se estropeaba más cada vez; de tal forma que, de caída en caída, podía preverse la cabriola final, el último estallido de aquel tonel enfermo, cuyos aros crujían los unos contra los otros.

No había que olvidar su físico; parecía un fantasma. El veneno le iba minando despiadadamente. Su cuerpo, embebido de alcohol, se encogía como los fetos encerrados en frascos que se ven en las farmacias. Cuando se ponía delante de una ventana, veíase la claridad al través de sus costillas de flaco que estaba. Con las mejillas hundidas, los ojos repugnantes, llorando la cera suficiente para suministrar una catedral, no conservaba más que su nariz floreciente, hermosa y colorada, semejante a un clavel en medio de su devastada carátula. Los que sabían su edad, cuarenta años cumplidos, sentían cierto escalofrío cuando le veían pasar, encorvado, vacilante, viejo como las calles. El temblor de sus manos iba en aumento, sobre todo su mano derecha temblaba de tal manera que, algunos días, tenía que agarrar su vaso con las dos para llevárselo a los labios. ¡Aquel diablo de temblor!... Era lo único que le molestaba en medio de su embrutecimiento general. Oíasele dirigir feroces injurias a sus manos. Otras veces se le veía durante horas enteras contemplando la danza de ellas, mirándolas saltar como ranas, sin decir nada, sin ni siquiera enfadarse, como si quisiera buscar el mecanismo interior que las hacía jugar de aquella manera. Una noche Gervasia lo encontró así con dos gruesas lágrimas corriéndole por sus tostadas mejillas de borracho.

El último verano, durante el cual Naná arrastró en casa de sus padres los restos de sus noches, fue muy malo, sobre todo para Coupeau. Su voz cambió completamente, como si el aguardiente hubiera puesto una música nueva en su garganta. Se quedó sordo de un oído. Transcurridos algunos días se le acortó la vista; tenía que agarrarse a la ranura de la escalera si no quería rodar. En cuanto a su salud, se estancaba como suele decirse. Tenía dolores de cabeza espantosos, vértigos que le hacían ver las estrellas. De repente le acometían dolores agudos en los brazos y en las piernas; palidecía y tenía que sentarse, permanecía en una silla, embrutecido, durante horas enteras; incluso después de una de aquellas crisis había tenido un brazo paralizado durante todo el día. Muchos fueron los días en que tuvo que guardar cama; se hacía un ovillo y ocultábase bajo las sábanas, con la fuerte respiración de un animal que padece. Entonces, las extravagancias de Santa Ana recomenzaban. Desconfiado, inquieto, atormentado por una fiebre ardiente, se revolcaba en furiosas locuras; desgarraba la blusa, mordía los muebles con su quijada convulsa; o bien le asaltaba un gran enternecimiento, haciendo exclamaciones de niña, sollozando y lamentándose de que nadie le quería. Una noche en que Gervasia y Naná volvían juntas, no le encontraron en la cama; en su lugar había acostado a la almohada. Cuando dieron con él, estaba escondido entre la cama y la pared, dando diente con diente y diciendo que unos hombres iban a venir a asesinarle. Las dos mujeres tuvieron que acostarlo y tranquilizarlo como a un niño.

Coupeau no reconocía otra medicina que echarse al colete su cuartillo de aguardiente, un bastonazo en el estómago que le ponía de pie. De aquella manera se curaba la flema todas las mañanas. Su memoria había huido desde hacía mucho tiempo, su cráneo estaba vacío; y en cuanto se tenía de pie se burlaba de la

enfermedad; él nunca se había sentido enfermo. Estaba en ese punto en que, aun reventando, diría que se hallaba bien. Para todo andaba lo mismo. Cuando Naná regresaba después de un paseo de seis semanas, parecíale que volvía a hacer un recado en el barrio. Muy a menudo, apoyada en el brazo de algún hombre, le encontraba y bromeaba con él, sin que la reconociera. En fin, para ella como si no existiera; si no hubiera encontrado silla se podía haber sentado encima de él.

Fue durante las primeras heladas cuando Naná hizo otra escapatoria con el pretexto de ir a ver si la frutera tenía peras cocidas. Olía al invierno y no quería dar diente con diente delante de la apagada estufa. Los Coupeau la trataron tan sólo de animal, porque estaban esperando las peras. Sin duda volvería. El invierno anterior había empleado tres semanas para ir por diez céntimos de tabaco. Pero los meses transcurrieron y la pequeña no aparecía. Aquella vez debía haber emprendido un buen galope. Cuando junio llegó, tampoco vino con el sol. Decididamente había terminado; habría encontrado pan blanco en alguna parte. Los Coupeau, un día de gran miseria, vendieron la cama de hierro de la muchacha, seis francos juntos que se bebieron en Saint-Ouen. Aquella cama les estorbaba.

Una mañana de julio Virginia llamó a Gervasia, que pasaba por delante de la puerta, y le rogó que echara una mano para lavar la vajilla, porque la víspera Lantier había traído a dos amigos a comer. Y mientras Gervasia lavaba sus platos, bien llenos de grasa con el festín del sombrerero, éste que aún estaba haciendo la digestión, gritó de repente:

—¿No sabe usted, señora madre, que vi a Naná el otro día?

Virginia, sentada en el mostrador, con cara preocupada y mirando a los frascos y a los cajones que se vaciaban, movió furiosamente la cabeza. Se contenía para no hablar demasiado; pues aquello ya empezaba a oler mal. Lantier veía a Naná demasiado a menudo. No habría puesto las manos en el fuego; aquel hombre era capaz de todo cuando unas faldas se le metían en la cabeza. La señora Lerat, que acababa de entrar, muy amiga de Virginia entonces y cuyas confidencias recibía, hizo su mueca llena de desenvoltura y preguntó:

—¿Y en qué sentido la vio usted?

—En el buen sentido —contestó el sombrerero, halagado, riendo y retorciéndose el bigote—. Iba en coche y yo andaba chapoteando por el arroyo... ¡Se lo juro! No hay que asustarse, pues los hijos de familia que la tratan de cerca son la mar de felices.

Su mirada se había animado, se volvió hacia Gervasia que permanecía de pie en el fondo de la tienda fregando un plato:

—Sí, iba en coche y con un traje precioso... Me costó trabajo reconocerla, de tal modo se parecía a una dama de rango, con sus dientes blancos en la carita fresca como una flor. Ella fue la que me saludó con el guante... Creo que tiene un vizconde, ¡muy lanzada! Ya puede reírse de nosotros; le rebosa la dicha por encima de la cabeza, a esa monada... No tienen idea de una gatita semejante.

Tanto tiempo estuvo Gervasia limpiando el plato que quedó reluciente por mucho tiempo. Virginia reflexionaba inquieta por dos pagarés que no sabía cómo liquidar al día siguiente; mientras que Lantier, gordo, sudando el azúcar de que se alimentaba, llenaba con su entusiasmo por las mocitas bien vestidas de la tienda de confitería fina que se había comido ya en sus tres cuartas partes y donde se sentía el olor de ruina. Apenas había algunas almendras que roer, algunos terrones de azúcar que chupar para terminar con el comercio de los Poisson. De repente vio en la acera de enfrente al guardia que estaba de servicio y que pasaba abotonado hasta el cuello y con el sable golpeándole los muslos. Aquello le divirtió mucho y obligó a Virginia a mirar a su marido.

—Muy bien, ¡qué buena cabeza tiene hoy Badinguet! ¡Atención! Aprieta demasiado las nalgas, se conoce que se ha pegado un ojo de cristal en cierta parte para sorprender a la gente.

Cuando Gervasia subió a su casa encontró a Coupeau sentado en el borde de la cama, sumido en la estupidez de una de sus crisis. Miraba al suelo con sus ojos mortecinos. Entonces se sentó ella también en una silla, con los miembros rotos y con las manos cayéndole a lo largo de su sucia falda. Y durante un cuarto de hora permaneció así delante de él, sin decir nada.

—He tenido noticias —murmuró por fin—. Han visto a tu hija... Sí; tu hija es muy elegante y ya no tiene necesidad de ti. ¡Ella sí que es feliz!... ¡Válgame Dios, cuánto daría yo por verme en su lugar!

Coupeau seguía mirando al suelo. Después levantó su extenuado semblante, con una risa idiota, balbuceando:

—Pues mira, paloma, yo no te retengo... No estás del todo mal cuando te lavas la cara. Ya sabes, como se dice: ¡no falta un roto para un descosido! Vaya, ¡si aquello nos sacara los pies de las alforjas!

CAPÍTULO XII

Debió de ser el sábado después del vencimiento del alquiler, sobre el 12 o el 13 de enero, Gervasia no lo recordaba a punto fijo. Perdía la noción de todo, porque hacía siglos que no entraba nada caliente en su cuerpo. ¡Qué semana tan trágica! Limpia completa, dos panes de cuatro libras el martes, que habían durado hasta el jueves; después una corteza seca encontrada la víspera, y ni una miga de pan desde hacía treinta y seis horas. Lo que sabía es que sentía a sus espaldas un tiempo de perros, un frío negro, un cielo plomizo como el culo de una sartén, lleno de nieve que se obstinaba en no caer. Cuando se tiene el invierno y el hambre metido en las tripas ya se puede uno apretar el cinturón, con eso no se alimenta gran cosa.

Tal vez por la noche Coupeau traería dinero. Decía que trabajaba. Era posible, aunque engañada, muchas veces había terminado por contar con aquel dinero. Ella ya no encontraba ni un trapo para lavar en todo el barrio; hasta una vieja señora, en cuya casa hacía la limpieza, acababa de despedirla, acusándola de que se bebía sus licores. No la querían en ninguna parte, porque ya la conocían, lo que no le molestaba, pues estaba ya embrutecida de tal modo que prefería morir a mover los dedos. Si al fin Coupeau llevase su salario comerían algo caliente. Y, entretanto, como no habían dado aún las doce, permanecía echada sobre el jergón, porque así sentía menos frío y menos hambre.

Gervasia llamaba a aquello jergón, pero a decir verdad no era más que un montón de paja tirado en un rincón. Poco a poco la cama había desfilado por la casa del prendero del barrio. Primero, en los días más apurados, había descosido el colchón del que sacaba puñados de lana que se llevaba bajo el delantal y vendía a medio franco la libra en la calle de Belhomme. A continuación, el colchón vacío, lo vendió por un franco y medio, una mañana, para pagar su café. Siguieron las almohadas y el almohadón. Quedaba la madera de la cama, que no podía llevar bajo el brazo, por los Boche, que habrían alborotado la casa si hubieran visto que volaba la garantía del propietario. A pesar de eso, una noche, ayudada por Coupeau, atisbó a los Boche, que iban a cenar, y sacó con toda tranquilidad la cama, pieza por pieza; los banquillos, las cabeceras y el tablero, de fondo. Con los diez francos de esta limpia guisaron tres días. ¿Acaso no bastaba con el jergón? Hasta la tela de éste fue a reunirse con la del colchón; así acabaron de comerse la cama, tomando una indigestión de pan, después de un hambre de veinticuatro horas. Amontonaban la paja de un escobazo, revolvían el polvo y aquello no resultaba más sucio que otra cosa cualquiera.

Sobre el montón de paja, Gervasia, completamente vestida, se mantenía como gatillo de escopeta, con las piernas recogidas bajo sus andrajos para tener más calor. Y hecha un ovillo, con los ojos abiertos completamente, daba vueltas a ideas nada divertidas aquel día. ¡No se podía seguir viviendo así, sin comer, Virgen Santa! Ya no

sentía hambre, sólo sentía un peso de plomo en el estómago, en tanto que el cráneo le parecía vacío. Como era natural, entre aquellas cuatro paredes no podía encontrar motivos de alegría, una verdadera perrera donde los perrillos que llevan su piel a modo de gabán por las calles no hubieran permanecido ni un momento. Con sus pálidos ojos miraba las paredes desnudas; desde hacía mucho tiempo el Monte de Piedad había acabado con todo. Quedaba la cómoda, la mesa y una silla, y de eso, los cajones y el mármol de la cómoda se habían evaporado de la misma manera que la cama. Un incendio no habría limpiado mejor todo aquello: las baratijas se habían fundido, comenzando por el reloj de doce francos, hasta las fotografías de la familia cuyos marcos se los había comprado una prendera muy complaciente a la que llevaba una cacerola, una plancha, un peine, y le daba veinte, quince, diez céntimos, según el objeto, con lo que podía subir a casa un pedazo de pan. Ya no quedaba más que un par de despabiladeras rotas, por las que la prendera no le quería dar ni un céntimo. ¡Si pudiera vender la basura, el polvo y la suciedad, habría abierto tienda, pues el cuarto era todo una porquería! No veía más que telas de araña por los rincones, que quizá sean buenas para las cortaduras, pero que no hay todavía comerciante que las compre. Entonces, con la cabeza rota, sin ninguna esperanza de vender algo, se acurrucaba más en el jergón, prefiriendo contemplar por la ventana el cielo cargado de nieve en un día triste que le helaba la médula de los huesos.

¡Qué vida! ¿Para qué pensar y trastornarse el cerebro? ¡Si siquiera hubiera podido dormir! Pero su asquerosa pocilga le daba vueltas por la cabeza. El señor Marescot, el propietario, había venido la víspera, para decirle que los echaría si no pagaban los dos trimestres en ocho días. Pues bien, que los expulsara, no estarían peor en la calle. ¡Hay que ver ese marrano, con su abrigo y sus guantes de lana, subiendo a hablarles de alquileres, como si tuviesen una bolsa oculta en algún lado! ¡Hijo de perra! En lugar de ahogarle, ella hubiera comenzado por meterle algo entre pecho y espalda. A aquel tío panzudo lo tenía sentado donde ya se figurarán; lo mismo que al animal de su marido, que no podía volver a casa sin pegarla; se lo metía en el mismo sitio que al propietario. En aquel momento, tal sitio debía estar enormemente ancho, pues enviaba allí a todo el mundo, de esa manera habría querido desembarazarse de todos. Siempre salían a golpes. Coupeau tenía un garrote que llamaba su abanico de borricas, y abanicaba a su mujer que había que ver. La hacía sudar hasta salir nadando. Ella, que tampoco era muy buena, mordía y arañaba. Entonces, en la vacía habitación se pegaban a gusto, de manera que hasta se les pasaba la gana de pan. Pero ella terminó importándole tan poco aquello como lo demás. Ya podía Coupeau hacer el vago semanas enteras, echar canas al aire durante meses, volver a casa completamente bebido, quererle pegar...; ¡ya se había acostumbrado! Lo encontraba pesado, nada más. Y precisamente aquellos días era cuando más se lo metía en el trasero. Sí, en el trasero, a aquel puerco de hombre, en el trasero a los Lorilleux, a los Boche y a los Poisson; en el trasero al barrio entero que la despreciaba. Todo París

entraba allí, y ella lo hundía más con una palmada, con gesto de suprema indiferencia, feliz y vengada a un tiempo, por tenerlos metidos en semejante lugar.

Por desgracia, aunque a todo se acostumbre uno, no ha habido nadie que se acostumbre a no comer. Y esto era lo único que molestaba a Gervasia. Nada le importaba ser la última de las últimas, ni hallarse al borde del arroyo, ni ver a la gente limpiarse la ropa cuando pasaba a su lado; los malos modales ya no la molestaban, mientras que el hambre le retorció siempre las tripas. Ya se había despedido de los delicados platos, había descendido a devorar todo lo que encontraba. Los días gordos se permitía comprar al carnicero piltrafas de carne a veinte céntimos la libra. Cansada de arrastrarse y de ennegrecer en un plato, mezclábala con una cucharada de patatas y la revolvía en el fondo de una cacerola; otras veces guisaba un corazón de buey, guiso con el que se chupaba los dedos; otras, cuando tenía vino, se regalaba mojando pan, verdadera sopa de loro. Los diez céntimos de queso de Italia, algunas manzanas blancas, los cuarterones de habichuelas secas cocidas en su jugo, constituían verdaderos manjares con los que no pedía regalarse a menudo. Iba también a los bodegones de peor clase, en los que compraba, por cinco céntimos, un montón de espinas mezcladas con desperdicios de asado. Aún caía más bajo, mendigando en casa de un hotelero caritativo las cortezas de los clientes, haciendo con ellas una especie de empanada, y dejándolas cocer el mayor tiempo posible sobre el horno de algún vecino. Algunas mañanas el hambre era tal, que iba con los perros a buscar en las puertas de las tiendas, antes de que llegaran los basureros; de esta manera obtenía a veces platos de ricos, melones podridos, pescado pasado y chuletas, cuyo hueso examinaba por temor a los gusanos. Hasta ese extremo había llegado; este pensamiento repugna a las personas delicadas, pero si estas personas delicadas no hubieran tomado nada en tres días, ya veríamos si la pegaban contra su vientre; se pondrían a cuatro pies y comerían en la basura como sus congéneres. ¡La muerte de los pobres, las entrañas vacías que gritan de hambre, la necesidad de las bestias castañeteando los dientes y gustando de cosas inmundas, en este gran París tan dorado y tan resplandeciente! ¡Y pensar que Gervasia se había dado buenas panzadas de bien cebado pato! Ahora ya podía limpiarse la nariz. Un día en que Coupeau le había quitado dos bollos de pan para revenderlo y bebérselos, poco le faltó para matarlo de un paletazo, hambrienta, furiosa por aquel robo de su pan.

A fuerza de mirar aquel cielo mate se quedó dormida en un sueño penoso. Soñaba que aquel cielo cargado de nieve caía sobre ella, de tanto frío que sentía en su interior. De repente se puso de pie, despertándose sobresaltada con un escalofrío de angustia. ¡Dios mío! ¿Era que se iba a morir? Tiritando, extraviada la mirada, vio que aún era de día. ¡Aún no llegaba la noche! ¡Qué largo es el tiempo cuando se tiene el vientre vacío! Su estómago se despertaba también y la torturaba; tumbada en la silla, la cabeza baja y las manos entre los muslos para calentarlas, pensaba en la comida que prepararía cuando Coupeau trajera el dinero: un pan, una botella de vino, dos raciones de callos a la lionesa. Dieron las tres en el chiquillo del tío Bazougue. ¡No

eran más que las tres! Se echó a llorar. No le quedarían fuerzas para esperar siete horas. Sentía un temblor en todo su cuerpo, como el balanceo de una niña que acuna su gran dolor, doblada en dos, aplastándose el estómago para no sentirlo. ¡Es preferible parir que tener hambre! Como no sintiera alivio, levantóse llena de rabia y se puso a patalear, esperando dormir el hambre como a niño que se pasea. Durante media hora se estuvo golpeando contra las cuatro paredes del cuarto vacío. De repente se paró, con la mirada fija, ¡tanto peor! Dijeran lo que dijeran les lamería los pies si querían, pero iba a pedir medio franco prestado a los Lorilleux. Durante el invierno, en aquella escalera de la casa, la escalera de los piojosos, eran cosa corriente los préstamos de medio franco, de un franco, pequeños servicios que aquellos muertos de hambre se hacían unos a otros. Solamente que antes se habrían dejado morir que dirigirse a los Lorilleux, porque ya sabían que tenían el corazón muy duro. Gervasia, yendo a llamar a su casa, demostraba un gran valor. Tanto miedo tenía en el pasillo, que experimentó ese repentino alivio de las personas que van a casa de los dentistas.

—¡Entre! —gritó la agria voz del cadenista.

¡Qué tiempo bueno hacía allí dentro! La fragua ardía e iluminaba el estrecho taller con su blanca llama, mientras que la señora Lorilleux ponía a recocer un ovillo de hilo de oro. Lorilleux delante de su mesa sudaba de tanto calor que hacía; estaba preparándose a soldar las mallas con el soplete. Y olía bien, una sopa de coles ardía sobre la estufa, exhalando un vaporcillo que repercutía en el estómago de Gervasia y la hacía desvanecerse.

—¡Ah!, ¿eres tú? —gruñó la señora Lorilleux, sin mandarla siquiera que se sentara—. ¿Qué quieres?

Gervasia no contestó. Aquella semana no estaba muy reñida con los Lorilleux, pero la petición del medio franco se le quedaba en la garganta, porque acababa de ver a Boche sentado a sus anchas en la estufa, dispuesto a cotillear. ¡Qué aspecto tenía de reírse del mundo aquel animal! Se reía como un culo, con la boca en redondo y los carrillos inflados de tal manera que le ocultaban la nariz; ¡un verdadero culo!

—¿Qué quieres? —repitió Lorilleux.

—¿No habéis visto a Coupeau? —acabó por tartamudear Gervasia—; creí que estaba aquí.

Los cadenistas y el portero se echaron a reír. No por cierto, no habían visto a Coupeau. No ofrecían ellos bastantes vasos de vino para ver a Coupeau así como así Gervasia hizo un esfuerzo y repuso:

—Es que me había prometido volver..., como tiene que traerme dinero y yo tengo necesidad de algo...

Reinó un prolongado silencio. La señora Lorilleux soplaba fuertemente el fuego de la fragua, Lorilleux había bajado la cabeza sobre la cadena que se alargaba entre sus dedos, mientras que Boche seguía con su risa de luna llena, con el agujero de la boca tan redondo que daban ganas de meter el dedo para ver qué pasaba.

—Si tuviera siquiera medio franco —murmuró Gervasia, en voz baja.

El silencio continuó.

—¿No podrían prestarme medio franco?... ¡Os lo devolveré esta misma noche!

La señora Lorilleux se volvió y la miró fijamente. Menuda sinvergüenza que venía a engatusarles. Hoy les sacaba medio franco, mañana sería uno y no podrían pararla. No, no; nada de eso, que volviera cuando la rana criara pelo.

—Pero, querida mía —gritó ella—, ya sabes que no tenemos dinero. Mira el forro de mi bolsillo. Puedes registrarnos... Lo haría de muy buena gana...

—La buena intención no falta nunca —gruñó Lorilleux—, sólo que cuando no se puede, no se puede.

Gervasia, muy humilde, asentía con la cabeza. Sin embargo no se iba, miraba con el rabillo del ojo los montones de oro, las madejas de oro colgadas de la pared, el hilo de oro que la mujer sacaba del carrete con toda la fuerza de sus cortos brazos, las mallas de oro amontonadas en las manos nudosas del marido. Y pensaba que sólo con un pedacito de aquel vil metal negruzco bastaría para regalarse con una buena comida. Aquel día, por muy sucio que estuviera el taller, con sus hierros viejos, su polvo de carbón, y con la grasa de los aceites mal limpiados, lo veía resplandeciente de riqueza, como la tienda de un cambista. Así es que se arriesgó a repetir en voz baja:

—Te los devolveré, te los devolveré...; medio franco no os hará mucha mella.

Tenía el estómago hinchado, pero no quería confesar que se cepillaba la barriga desde el día anterior. Sintió que las piernas se le doblaban y tuvo miedo de echarse a llorar, y aún balbuceó:

—¡Si fuerais tan buenos!... No os podéis imaginar... ¡A esto he venido a dar, Dios mío! ¡A esto!...

Entonces los Lorilleux se mordieron los labios y cambiaron una mirada. La Banbán pedía ya limosna... La caída era completa. Aquélla no les hacía ninguna gracia. Si lo hubieran sabido habrían atrancado la puerta, porque debe estar uno siempre prevenido contra los mendigos, gentes que se introducen en las habitaciones, con cualquier pretexto, y que se marchan llevándose objetos de valor. Tanto más que en su casa había cosas que robar; podía meter los dedos por cualquier parte y llevarse treinta o cuarenta francos, nada más que cerrando la mano. Ya habían desconfiado varias veces, viendo la cara de Gervasia cuando se paraba delante del oro. En aquella ocasión había que vigilarla. Y como ella se aproximara más, con los pies sobre el polvillo, el cadenista le gritó con aspereza, sin contestar a su petición:

—¡Oye, fíjate un poco, te vas a llevar briznas de oro en las suelas!... Cualquiera diría que has puesto grasa en ellas para que se peguen.

Gervasia lentamente se echó para atrás; se había apoyado un instante en un aparador y viendo a la señora Lorilleux mirarle las manos, las abrió completamente y las enseñó, diciendo con voz débil, sin enfadarse, como mujer caída que acepta todo:

—No he cogido nada, podéis mirar.

Y se fue, porque el fuerte olor de la sopa de coles y la buena temperatura del taller la ponían enferma.

¡Desde luego no la detuvieron los Lorilleux! ¡Buen viaje y que el diablo se los llevara si le abrían otra vez la puerta! Habían visto su cara bastante y no querían en su casa miserias de otros, cuando esta miseria era merecida. Y la dejaron marchar, con gran alegría egoísta, encontrándose bien alimentados, bien calentitos y con la perspectiva de una deliciosa sopa. Boche también se regocijaba, inflando más sus carrillos de manera que su risa iba resultando desagradable. Todos se encontraban de sobra vengados de las antiguas costumbres de la Banbán, de la tienda azul, de las comilonas y de todo lo demás. El triunfo había sido superior a lo que esperaban; aquello probaba adonde conduce el amor por la glotonería. ¡Al diablo las golosas, las perezosas y las desvergonzadas!

—¡Tiene gracia! ¡Venir a mendigar medio franco! —exclamó la señora Lorilleux en cuanto Gervasia se fue—. En eso estaba yo pensando, te voy a prestar medio franco en seguida para que te vayas a tomar una copita.

Gervasia arrastró sus zapatos por el corredor, con pesadez, doblando las espaldas. Cuando llegó a su puerta no entró, su habitación le daba miedo. Se echaría a andar, tendría más calor y se armaría de paciencia. Al pasar, alargó la cabeza para mirar en la pocilga del tío Bru, bajo la escalera. Otro más que debía tener un buen apetito, pues comía y cenaba con la imaginación desde hacía tres días; pero no estaba allí, y ella experimentó envidia de pensar que podían haberlo invitado a comer en cualquier parte. Cuando llegó a la puerta de los Bijardt oyó lamentos, la llave estaba puesta en la cerradura y entró.

—¿Qué pasa? —preguntó.

La habitación estaba muy limpia. Bien se veía que Lalie, por la mañana, había barrido y arreglado todo. Ya podía la miseria soplar allí dentro extendiendo sus porquerías, que Lalie vendría detrás limpiándolo todo y dando a las cosas un aspecto agradable. Si allí no había riqueza, se olía, por lo menos, la mano de una buena ama de casa. Aquel día sus hermanitos Enriqueta y Julio habían encontrado unas estampitas viejas que cortaban tranquilamente en un rincón. Gervasia se quedó sorprendida al ver a Lalie acostada en su estrecho catre, con la sábana hasta la boca, muy pálida. ¡Ella acostada! ¡Bien enferma debía de estar para eso!

—¿Qué tienes? —preguntó Gervasia.

Lalie no se quejaba ya. Levantó lentamente sus párpados blancos y quiso sonreír con sus labios agitados por la fiebre.

—No tengo nada —suspiró muy bajo—; de verdad, nada en absoluto.

A continuación, cerrando los ojos y haciendo un esfuerzo, dijo:

—Estaba muy fatigada estos días atrás, así es que me entrego a la pereza, me cuido, como usted ve.

Pero su carita de nena, cruzada con manchas lívidas, tomaba tal expresión de dolor extraordinario, que Gervasia, olvidando su suprema agonía, juntó las manos y

cayó de rodillas cerca de ella. Desde hacía un mes la veía agarrarse a las paredes para caminar, inclinada y con una tos que sonaba a madera de ataúd. La pequeña ya ni podía toser. Le entró una especie de hipo y algunos hilillos de sangre se vieron en las comisuras de sus labios.

—No es culpa mía, me siento tan débil —murmuró como aliviada—. Me arrastré para poner un poco de orden... Está bastante limpio, ¿no es cierto?... Quería limpiar los cristales, pero las piernas me han fallado. ¡Qué rabia! En fin, cuando una ha terminado se acuesta.

Se interrumpió para decir:

—Mire usted a mis niños; no se vayan a cortar con las tijeras.

Se calló temblorosa, escuchando unos pasos sordos que subían la escalera. Brutalmente, el tío Bijardt empujó la puerta. Traía su borrachera, como de costumbre, con los ojos llameando por la locura furiosa que le producía el aguardiente. Al ver a Lalie acostada se golpeó los muslos con una risotada, descolgó el látigo gruñendo:

—¡Maldita sea!... ¡Esto es demasiado! ¡Vamos a reírnos todos!... Las vacas se tumban en la paja a mediodía... ¿Te burlas del Evangelio, grandísima holgazana?... ¡Vamos!, ¡up! ¡Arriba!

Hacía chasquear el látigo por encima de la cama. Pero la niña suplicante repetía:

—No papá, te lo ruego, no me pegues... Te juro que tendrás que arrepentirte... No me pegues.

—¿Quieres saltar? —chilló más fuerte—. ¿O deseas que te acaricie las costillas? ... ¿Quieres saltar, sinvergüencilla?

Entonces dijo dulcemente:

—No puedo, ¿comprendes?... Me voy a morir.

Gervasia se había echado sobre Bijardt y le quería quitar el látigo. El embrutecido estaba de pie al lado de la cama. ¿Qué decía aquella mocosa? ¿Es que se muere uno tan joven, cuando no se ha estado enfermo? ¡Alguna tontería para hacerse mimar! ¡Iba a informarse, y si mentía...!

—Ya verás como es verdad —continuaba ella—. Mientras he podido te he evitado molestias... Sé bueno ahora y dime adiós, querido papá.

Bijardt retorció la nariz, con temor de que se le engañase. En verdad tenía mala cara, una cara alargada y seria de persona mayor. El soplo de la muerte pasaba por la habitación quitándole la borrachera. Paseó la mirada a su alrededor, como un hombre que sale de un profundo letargo, vio la casa en orden, a los dos niños lavados jugando y riendo y cayó sobre una silla balbuceando:

—Nuestra madrecita, nuestra madrecita...

No podía decir más que esto, pero ya era lo suficientemente tierno para Lalie que jamás había estado tan mimada. Consoló a su padre. Lo que la entristecía era irse así, sin haber acabado de criar a sus niños. Él se ocuparía, ¿verdad? Con su vocécita de moribunda le dio detalles de la manera de cuidarlos y de tenerlos limpios. Él, embrutecido, dominado de nuevo por los vapores del alcohol, movía la cabeza

viéndola pasar con sus ojos redondos. Aquello removía en él un sin fin de cosas, pero tenía la conciencia demasiado quemada para poder llorar.

—Escucha —repuso Lalie después de un silencio—. Debemos cuatro francos y treinta y cinco céntimos al panadero; habrá que pagar esto. —La señora Gaudron tiene una plancha nuestra, que tú le reclamarás... Esta noche no he podido hacer sopa, pero queda pan, y tú pondrás a calentar las patatas...

Hasta su último estertor, aquella gatita seguía siendo la madrecita de toda su gente. ¡No se la podría reemplazar, desde luego! Moría por haber tenido a su edad el raciocinio de una verdadera madre, con el pecho aún demasiado tierno y demasiado estrecho para contener una tan amplia maternidad. Y si se perdía este tesoro, culpa era de su feroz padre. Después de haber matado a la madre de una patada, mataba a su hija. Los dos ángeles buenos se irían a la fosa, y él no tendría más que hacer que dejarse morir en un rincón.

Gervasia se contenía para no estallar en sollozos. Extendía la mano con el fin de aliviar a la pequeña; y como el pedazo de sábana se caía, quiso cogerlo y arreglar la cama. El pobre cuerpecillo de la moribunda quedó al descubierto. ¡Ay, Señor, qué miseria y qué pena! Hasta las piedras hubieran llorado al ver este cuadro. Lalie estaba desnuda, sin más que un jirón de chambra en los hombros, a guisa de camisa; toda desnuda y de una desnudez sangrante y dolorosa de mártir. Ya no tenía carne; los huesos le agujereaban la piel. Desde las costillas, delgadas rayas violetas bajaban hasta los muslos; eran las señales del látigo impresas allí en la carne viva. Una marca lívida rodeaba el brazo izquierdo como si la rueda de un torno hubiese triturado aquel miembro tan tierno, no más grueso que una cerilla. La pierna izquierda mostraba una desgarradura mal cerrada, algún mal golpe, que se abría cada mañana al hacer la limpieza. Desde los pies a la cabeza no era más que un cardenal. ¡Aquel infanticidio, aquellas patadas de hombre aplastando a aquella criatura, la abominación de tanta debilidad cargada con tan pesada cruz! Se adora en los altares a las santas azotadas, cuya desnudez es menos pura que ésta. De nuevo Gervasia se había encogido, no pensando en subir la sábana, desolada a la vista de aquel ser lastimoso, hundido en la cama; y sus trémulos labios buscaban oraciones.

—Señora Coupeau —murmuró la pequeña—, se lo ruego...

Con sus brazos pequeñitos quería levantar la sábana, púdica, llena de vergüenza delante de su padre. Bijardt, con cara estúpida, mirando a aquel cadáver que él mismo había hecho, movía la cabeza, con el lento movimiento de un animal que se siente aburrido.

Y cuando Gervasia cubrió a Lalie, no pudo permanecer más tiempo. La moribunda se debilitaba por momentos, ya no hablaba, no le quedaba más que su mirada, su vieja mirada negra de niñita resignada y soñadora que se fijaba sobre los dos pequeños que cortaban estampitas. El cuarto se llenaba de sombras. Bijardt dormía su embriaguez en el embrutecimiento de aquella agonía. ¡La vida era demasiado abominable! ¡Qué cosa tan sucia! Gervasia salió, bajó la escalera, sin

saber cómo, la cabeza extraviada, tan llena de inmundicia que se habría echado de muy buena gana bajo las ruedas de un ómnibus para acabar de una vez.

Corriendo y maldiciendo su suerte, se encontró ante la puerta del patrón, donde Coupeau decía que trabajaba. Sus piernas la habían conducido allí; su estómago volvía a su canción, el lamento del hambre en noventa coplas, un lamento que se sabía de memoria. De aquella manera, si agarraba a Coupeau a la salida, podría coger el dinero y comprar provisiones. Una horita de espera a lo sumo, y comería algo, ya que desde la víspera se chupaba los dedos.

Era la calle de la Charbonnière, en la esquina de la calle de Chartres, una maldita encrucijada en la cual el viento jugaba a las cuatro esquinas. ¡Maldito sea!... No se notaba ni el más mínimo calor en aquella calle. ¡Si tuviera abrigo de pieles! El cielo estaba de un sucio color plomo, y la nieve, amasada allá arriba, peinaba al barrio con peluca de hielo. No caía nada, pero había un pesado silencio en la atmósfera, que suministraba a París un disfraz completo, un hermoso traje de baile, blanco y nuevo. Gervasia levantaba la cabeza rogando a Dios para que no soltase su muselina en seguida. Daba golpes con los pies, mirando a un almacén que había enfrente, y luego volvía atrás, porque encontraba inútil excitarse de antemano la gana de comer. La plazoleta no ofrecía distracciones. Algunos paseantes marchaban rápidos, arrebujaos en sus bufandas; pues, naturalmente, no se pasea cuando se tiene el frío metido en los huesos. Gervasia se fijó en cuatro o cinco mujeres que montaban la guardia, igual que ella, a la puerta del maestro plomero; otras desgraciadas, seguramente, esposas acechando el salario para impedir que se quedara en la taberna. Había entre ellas una grandona, con cara de gendarme, pegada a la pared, presta a saltar sobre la espalda de su hombre. Una pequeñita, de negro, con aire humilde y delicado se paseaba por el otro lado de la calzada; otra, embarazada, arrastraba a dos pequeñines, uno a derecha y otro a izquierda, tiritando y llorando. Y tanto Gervasia como sus compañeras de paseo, pasaban y repasaban lanzándose ojeadas oblicuas, sin hablarse. ¡Buen encuentro para el gato! No tenían necesidad de entablar conversación para saber dónde vivían. Habitaban todas en el mismo recinto, en casa de «Miseria y Compañía». Aquello de verlas pasear y cruzarse silenciosamente en esta terrible temperatura de enero, daba más frío todavía.

Ni una rata salía de casa del patrón. Al fin apareció un obrero, después dos, después tres; pero aquéllos, sin duda, eran buenos muchachos que llevaban fielmente a casa su salario, pues movieron la cabeza a un lado y a otro al ver a las mujeres, como sombras rondando, ante el taller. La grandona se arrimaba cada vez más a la puerta; y de repente cayó sobre un hombrecito paliducho que asomaba la cabeza prudentemente. ¡Pronto quedó todo arreglado! Ella le registró y le quitó el dinero. Despojada de todo se le acabó la esperanza de echar una copa. Entonces el hombrecillo, vejado y desesperado, siguió a su gendarme llorando lagrimones como un niño. Seguían saliendo obreros, y cuando la mujer embarazada con sus dos pequeños se hubo aproximado, uno alto, moreno, con aire de matón, que la vio, entró

a avisar al marido; cuando éste llegó balanceándose, había escondido dos piezas de cinco francos nuevas, una en cada suela del zapato. Tomó a uno de los pequeños en brazos y marchó contando a su mujer mil embustes. Había algunos de buen humor que salían de un salto para ir a comerse la quincena con sus amigos. Había otros tristes con la cara miserable, apretando en su mano crispada los tres o cuatro días que habían trabajado en la quincena, tratándose de holgazanes ellos mismos y haciendo juramentos de borracho. Lo más triste era el dolor de la mujercita de negro, humilde y delicada; su hombre, un guapo mozo, acababa de pasar a su lado de una manera tan brutal, que poco faltó para que la tirase al suelo; y ella volvía sola, tambaleándose a lo largo de las tiendas, derramando todas las lágrimas de su cuerpo.

El desfile terminó. Gervasia, tiesa en medio de la calle, miraba la puerta. Aquello comenzaba a oler mal. Aún salieron dos obreros retrasados, pero ninguno era Coupeau. Y al preguntarle si Coupeau no salía, ellos, que estaban en el asunto, le contestaron bromeando que el compañero acababa de salir en aquel momento por una puerta trasera con un amigo para sacar los pollos a mear... Gervasia comprendió. Una mentira más de Coupeau. Ya podía irse a ver si llovía. Lentamente, arrastrando su par de chancletas destalonadas, bajó por la calle de Charbonnière. Su comida iba corriendo delante de ella, y ella la veía alejarse en el crepúsculo amarillo con un pequeño estremecimiento. Aquella vez se había terminado. Ni la más pequeña esperanza, sólo la noche y el hambre. ¡Una buena noche de muerte, aquella noche sucia que caía sobre sus hombros!

Subía pesadamente la callea de Poissonniers, cuando oyó la voz de Coupeau. Estaba allí, en la *Petite-Civette*, en el momento en que Mes-Bottes le iba a invitar. Aquel tunante de Mes-Bottes, hacia el fin del verano, había tenido la buena idea de casarse de verdad, con una señora, muy estropeada ya, pero que poseía unos cuartitos. Una señora de la calle de los Mártires no era una cualquiera. Y había que ver a aquel feliz mortal, viviendo como un burgués, con las manos en los bolsillos, bien vestido y bien alimentado. No había quién le conociera, de gordo que se había puesto. Los compañeros decían que su mujer tenía cuanto trabajo quería en casa de señores conocidos suyos. Una mujer así y una casita de campo es cuanto se puede desear para embellecer la vida. Así Coupeau le miraba con admiración. ¿No llevaba el muy fresco hasta un anillo de oro en su dedo?

Gervasia apoyó la mano en el hombro de Coupeau en el momento en que salía de la *Petite-Civette*.

—Oye, te esperaba... Tengo hambre. ¿Es a esto a lo que convidas?

Pero él la paró el resuello diciendo:

—Si tienes hambre cómete un puño... Y guarda el otro para mañana.

Él era el que encontraba muy poco agradable que le fueran a hacer escenas delante de la gente. ¡No había trabajado! Bueno, ¿y qué? Los panaderos amasaban igual. ¿Lo tomaba acaso por un fabricante de nodrizas para venir a intimidarles con esas historias?

—¿Quieres que robe? —murmuró ella con voz sorda.

Mes-Bottes se acariciaba la barbilla con aire conciliador.

—No, eso está prohibido —dijo él—. Pero cuando una mujer sabe desenvolverse...

Y Coupeau le interrumpió para decir «¡bravo!». Eso es, una mujer debía saber desenvolverse. Pero la suya había sido siempre una galera, un montón de carne. Suya era la culpa si dormía en un montón de paja. Luego siguió admirando a Mes Bottes. ¡No era poco afortunado el animal! Un verdadero propietario; ropa blanca, zapatos a la moda ¡Caracoles! Y nada comprado de lance. He aquí uno a quien su mujer sabía dirigir bien sus asuntos.

Los dos hombres bajaban hacia el bulevar exterior. Gervasia los seguía. Al cabo de un rato de silencio, dijo detrás de Coupeau:

—Tengo hambre, ¿sabes?... Había contado contigo. Es preciso que me encuentres algo de masticar.

Él no contestó y Gervasia repitió con tono de agonía:

—¿Es a todo eso a lo que convidas?

—¡Diantre! ¡Si no tengo nada! —gruñó volviéndose furioso—. Déjame o te sacudo.

Levantaba el puño. Ella se echó para atrás, y como tomando una decisión, dijo:

—Bien, te dejo, ya encontraré a un hombre.

Por el momento el plomero se echó a reír. Afectaba tomar la cosa en broma y la empujaba sin darse cuenta. La idea no podía ser mejor. Por la noche ya la luz artificial aún podía hacer conquistas. Si llegaba a encontrar un hombre le recomendaba el restaurante *Capucin*, donde había pequeñas cabinas en las que se comía perfectamente. Y cuando ella se alejaba por el bulevar, pálida y huraña, acabó por decirle:

—Escucha, tráeme postre, me gustan los pasteles... Y si tu señor está bien equipado pídele un abrigo, que me vendrá bien.

Perseguida por aquella charla infernal, andaba de prisa. Cuando se encontró sola en medio de la muchedumbre acortó el paso. Estaba bien resuelta. Entre robar y hacer aquello, prefería esto, porque al menos no causaría daño a nadie. No iba a disponer más que de sus bienes. Sin duda no era muy limpio, pero lo limpio y lo sucio se barajaban enormemente en su cabeza; cuando se está uno muriendo de hambre, no filosofa uno tanto, se come el pan que se presenta. Había llegado a la calzada Clignancourt. La noche no acababa de llegar. Esperando, siguió por los bulevares como una señora que toma el aire antes de ir a cenar.

Aquel barrio donde ella experimentaba vergüenza, de tanto como se embellecía, se abría ahora por todos los sitios al aire libre. El bulevar Magenta, subiendo del corazón de París, y el bulevar Ornano, internándose en el campo, habían perforado la antigua barrera con gran demolición de casas: eran dos amplias avenidas, aún blancas de yeso, que conservaban a sus lados las calles del arrabal Poissonniers y de la calle

Poissonniers, cuyos extremos se hundían, mutilados, retorcidos como oscuros intestinos. Desde hacía mucho tiempo, el derribo de la pared del resguardo había ensanchado ya los bulevares con las calzadas laterales y el terraplén en medio, para los peatones, con cuatro hileras de plátanos plantados en medio. Era una plaza inmensa, que desembocaba allá lejos, en el horizonte, con interminables vías, rebosantes de multitud, anegándose en el caos de las construcciones. Pero entre las elevadas casas nuevas, muchas casuchillas quedaban en pie; entre las fachadas esculpidas veíanse negros hundimientos; verdaderas perreras que parecían bostezar, ostentando los harapos de sus ventanas. Bajo el lujo creciente de París, la miseria del arrabal reventaba y ensuciaba a aquel taller de una ciudad nueva y apresuradamente construida.

Perdida en la marea de la ancha acera, a lo largo de los plátanos, Gervasia se sentía sola y abandonada. Aquellas improvisadas avenidas, allá abajo, le vaciaban más el estómago; ¡y pensar que entre aquella ola humana, donde había gentes bien acomodadas, ni un cristiano adivinaba su situación y le deslizaba medio franco en la mano! Aquello hubiera sido demasiado grande, demasiado bello; su cabeza daba vueltas y sus piernas le flaqueaban, bajo aquel cielo gris extendido por encima, en tan vasto espacio. El crepúsculo tenía aquel sucio color amarillo de los crepúsculos parisienses, un color que daban ganas de morirse, de feo que parecía la vida por las calles. La claridad se ponía plomiza y las lejanías se teñían de color de lodo. Gervasia, cansada, caía de lleno a la salida de los talleres. A aquella hora, las señoras de sombrero, los señores bien vestidos que vivían en casas nuevas, se veían confundidos con el pueblo; procesiones de hombres y mujeres, pálidos todavía por el aire viciado de los talleres. El bulevar Magenta y la calle Poissonniers los echaban a bandadas, sofocados por la subida de la cuesta. Entre el ruido ensordecedor de los ómnibus y de los coches, entre los carromatos, los carros de mudanza, y los que venían vacíos al galope, veíase continuamente un hormigueo creciente de blusas y de chaquetas que cubría la calzada. Los recaderos volvían con sus instrumentos al hombro. Dos obreros, alargando el paso, daban uno al lado del otro grandes zancadas, hablando muy fuerte, con gestos, sin mirarse; otros solos, con abrigo y gorra, iban al borde de la acera con la cara baja; grupos de cinco o seis seguían y no cambiaban una palabra, con las manos en los bolsillos, los ojos mortecinos. Algunos conservaban sus pipas apagadas entre sus dientes. Albañiles, en un carricoche que habían pagado entre cuatro y sobre el que danzaban sus artesas, pasaban enseñando sus blancos rostros por las ventanillas. Pintores balanceando sus botes de colores; un plomero llevaba una larga escala, con la que poco faltaba para que saltara los ojos a la gente; mientras que un fontanero, retrasado, con su caja a la espalda, silbaba la canción del buen rey Dagoberto, con su pequeña trompeta poniendo una nota de tristeza en el crepúsculo melancólico. ¡Música harto triste que parecía acompañar el paseo del rebaño, y el lento caminar de las bestias de carga deslomadas! Un día más transcurrido. Los días eran muy largos y recomenzaban demasiado a menudo. Apenas había tiempo de

comer y digerir, y ya tenían otro día encima, había que tomar de nuevo su collar de miseria. Los mozos, sin embargo, silbaban, golpeando con los pies, y caminaban con toda prisa olfateando la cena. Y Gervasia dejaba pasar la muchedumbre, indiferente a los empujones, recibiendo codazos a derecha y a izquierda, rodando en medio de la ola; pues los hombres no tenían tiempo de mostrarse galantes cuando estaban rotos de fatiga y azuzados por el hambre.

De repente, levantando los ojos, vio delante de ella al antiguo hotel Boncœur. La casita, después de haber sido un café sospechoso, que cerró la policía, se encontraba abandonada, con las puertas cubiertas de carteles, con la linterna hecha pedazos, desmigajándose y pudriéndose de arriba a abajo por la lluvia, con el enmohecimiento de su innoble pintarrajo color borra de vino. Nada parecía haber cambiado a su alrededor. El papelerero y el tabernero seguían en el mismo sitio. Detrás, por encima de las construcciones bajas, se veían aún las fachadas leprosas de casas de cinco pisos, levantando sus enormes siluetas destrozadas. Únicamente el baile del *Grand Balcón* no existía ya; en la sala de las diez ventanas, llenas de luz, acababa de establecerse una refinería de azúcar, cuyos silbidos se oían continuamente. Y era aquí, en el fondo de aquel chiribitil del hotel Boncœur, donde empezó su desesperada vida. Se quedó de pie contemplando la ventana del primero, donde colgaba una persiana arrancada; y recordaba su juventud con Lantier, sus primeros embustes y la manera repugnante como la había abandonado. No importaba, entonces era joven, todo aquello le parecía alegre visto de lejos. ¡Veinte años solamente, buen Dios!, y caía en el arroyo. Entonces la vista del hotel la hizo daño y subió el bulevar por el lado de Montmartre.

En los montones de arena, entre los bancos, jugaban unos niños en la noche que se venía encima. El desfile continuaba, las obreras pasaban, trotando, dándose prisa para recuperar el tiempo perdido en los escaparates; una muchacha alta, parada, abandonaba su mano en la de un joven que la acompañaba hasta tres puertas antes de su casa; otras, al despedirse, se daban citas para la noche en el *Grand Salon de la Folie*, o en la *Boule Noire*. En medio de los grupos, algunos sastres volvían con sus trajes doblados al brazo. Un fumista, uncido a unos correones y que tiraba de un carro lleno de cascotes, le faltó poco para ser aplastado por un ómnibus. Entre la muchedumbre, cada vez más escasa, corrían mujeres sin sombrero, que habían vuelto a bajar después de encender el fuego, apresurándose para hacer la comida; empujaban a todo el mundo, entraban en las panaderías y carnicerías, y se volvían sin detenerse, con las provisiones en las manos. Había criaturas de ocho años haciendo recados, que salían de las tiendas, estrechando contra el pecho grandes panes de cuatro libras tan altos como ellas, semejantes a bellas muñecas amarillas y que se olvidaban durante cinco minutos de ir a casa, frente a las estampas, con la mejilla apoyada en los panes. Por último la ola iba disminuyendo, los grupos se espaciaban y la gente trabajadora volvía a sus hogares; y ya, al resplandor del gas, después del día terminado, alzábbase la sorda revancha de las perezas y de las juergas que se despertaban.

¡Gervasia había terminado el día! Ella estaba más agotada que todos aquellos trabajadores cuyo paso acababa de sacudirla. Ella podía acostarse allí y morir, pues el trabajo no quería nada con ella. Había penado demasiado en su vida para decir: «¿A quién le toca ahora?». «¡A mí ya estoy cansada!». Todo el mundo comía en aquel momento. Llegó el fin, el sol había apagado su luz, la noche sería larga. ¡Dios mío! ¡Extenderse y no levantarse más! ¡Pensar que se han dejado las herramientas para siempre y que se vivirá holgando por toda la eternidad! ¡Esto sí que es bueno, después de haberse estado rompiendo la cabeza durante veinte años! Y Gervasia, en medio de los calambres que le retorcían el estómago, pensaba, a su pesar, en los días de fiesta, en las comilonas y en los regocijos de su existencia. Un día, sobre todo, con un frío de perros, un jueves de cuaresma, se había divertido enormemente. Estaba muy bonita, rubia y fresca. Su lavadero, en la calle Nueva, la había proclamado reina, a pesar de la pierna. Pasearon por los bulevares, en carros adornados, en medio de la gente que la ensalzaba por hermosa. Los caballeros se ponían sus lentes para mirar, como si se tratase de una verdadera reina. Por la noche se celebró un banquete sin reparar en gastos, y hasta que amaneció estuvieron bailando. ¡Reina, sí, Reina! Con su corona y su banda, durante veinticuatro horas, dando dos veces las manillas la vuelta al cuadrante. Y atontada, con las torturas de su hambre, miraba al suelo, como si buscase el arroyo donde había dejado perder su caída majestad.

Alzó de nuevo la vista. Se encontraba enfrente de los Mataderos en derribo; la fachada medio demolida mostraba patios sombríos, hediondos, y aun húmedos de sangre; y cuando bajó al bulevar vio también al hospital Lariboisière, con su gran paredón gris, sobre el que se desplegaban en abanico las sombrías alas taladradas por ventanas regulares; una puerta, en el muro, aterrorizaba al barrio: era la puerta de los muertos, cuyo sólido maderamen, sin el menor adorno, tenía la severidad y el silencio de una piedra sepulcral. Entonces, para huir de allí, se fue más lejos y bajó hasta el puente del ferrocarril. Los altos parapetos de fuerte plancha remachada le ocultaban la vía; distinguía solamente en el luminoso horizonte de París el ángulo ensanchado de la estación: una vasta techumbre, negra del polvo de carbón; en aquel amplio espacio claro oía silbidos de las locomotoras, los movimientos rítmicos de las planchas giratorias, toda una actividad colosal y oculta. Luego pasó un tren, que salía de París y llegaba con el resoplido de su aliento y su rodar, poco a poco acelerado. No vio de aquel tren más que un penacho blanco, un brusco resoplido que sobresalió del parapeto y se perdió de vista. Pero el puente había temblado, y ella continuaba en medio de la trepidación de aquella marcha a todo vapor. Se volvió, como para seguir a la locomotora invisible cuyo gruñido se desvanecía. Por aquel lado adivinaba la campiña, el cielo libre en el fondo de un boquete, con altas casas a derecha e izquierda, aisladas, situadas sin orden y ofreciendo fachadas y paredes sin blanquear, paredes pintadas con anuncios gigantescos, sucios, con la misma pintura amarillenta por el hollín de las máquinas. ¡Si ella hubiese podido partir también, irse allá abajo, fuera de aquellas casas de miseria y de sufrimiento!... Tal vez habría vuelto a

empezar a vivir. Después se volvió, leyendo estúpidamente los anuncios pegados en la plancha. Los había de todos los colores; uno pequeño, de un lindo azul, ofrecía cincuenta francos de recompensa por una perra que se había perdido. ¡Un animal a quien debían haber querido mucho! Gervasia emprendió lentamente su marcha. En la niebla de sombra humosa que caía, los mecheros de gas se encendían; y aquellas largas avenidas, poco a poco anegadas y ennegrecidas, reaparecían brillantes, extendiéndose aún y cortando la noche, hasta las perdidas tinieblas del horizonte. Soplaban un fuerte viento, el ensanchado barrio hundía cordones de lucecitas bajo el cielo inmenso y sin luna. Era aquella la hora en que de un extremo a otro de los bulevares, las tabernas, los figones, los tugurios en fila, brillaban alegremente en el regocijo de las primeras vueltas y del primer barullo. La paga de la quincena entera llenaba la acera de una multitud de gente que echaba una cana al aire. Aquello olía a francachela, una francachela imponente, pero graciosa todavía, un comienzo de borrachera, y nada más. Los estómagos se llenaban en el fondo de los bodegones. A través de todos los cristales iluminados se veía a gentes comiendo con la boca llena, sin tomarse siquiera el trabajo de masticar. En las tabernas, los borrachos se instalaban ya, chillando y gesticulando. Subía un ruido de trueno, voces aflautadas, voces gruesas, en medio del continuo golpeteo de los pies sobre la acera. «Dime, ¿vienes a tomar un pisolabis?... ¡Anda, fresca, yo pago una copita de vino!... ¡Anda, allí va Paulina!».

Las puertas se abrían y cerraban dejando pasar olores de vino y resoplidos del cornetín de pistón. Formaban cola ante la taberna del tío Colombe, iluminada como catedral en misa mayor; y ¡diantre! se habría tomado aquello por una verdadera ceremonia, pues los buenos muchachos cantaban allí dentro con caras de sochantres en el facistol, con los carrillos inflados y la panza hecha una bola. Celebrábase a San Cobro, un santo muy amable que debe tener su caja en el paraíso. No había más que ver el entusiasmo con que aquello comenzaba; los pequeños rentistas que iban de paseo con sus esposas, repetían, moviendo la cabeza, que no sería flojo el montón de borrachos que habría en París aquel día. La noche estaba sombría, muerta y helada, por encima de aquella zarabanda, interceptada únicamente por las hileras de luces de los bulevares, en los cuatro puntos del cielo.

Detenida delante de la taberna, Gervasia pensaba que si hubiera tenido diez céntimos habría entrado a beberse una copita, quizá ésta le hubiera quitado el hambre. ¡Que no había bebido pocas! A pesar de todo, le parecía cosa buena. Y desde lejos contemplaba la máquina de emborrachar, pensando que su desgracia provenía de allí, y soñando en acabar su vida con aguardiente el día que tuviese medios. Un escalofrío sintió por los cabellos, vio que la noche había cerrado por completo. La buena hora llegaba. Acercábase el instante de armarse de valor y mostrarse amable si no quería reventar en medio de la alegría general. Tanto más, cuanto que el ver tragar a los demás no le llenaba el vientre precisamente. Contuvo más el paso, miró a su alrededor. Bajo los árboles las sombras se extendían cada vez más espesas; poca

gente pasaba por allí, gente apresurada que marchaba rápidamente hacia el bulevar. En la ancha acera, sombría y desierta, donde iban a morir las alegrías de las calzadas vecinas, algunas mujeres, de pie, esperaban. Permanecían largos ratos inmóviles, pacientes, rígidas; después, lentamente, se ponían en movimiento, arrastrando sus zapatos por el helado suelo, andando diez pasos y parándose de nuevo, como pegadas al suelo. Había una de busto enorme, con piernas y brazos de insecto, que parecía andar rodando, envuelta en un harapo de seda negra y cubierta la cabeza con una seda amarilla; había otra, allá, seca, sin nada en la cabeza, que llevaba un delantal de criada; y otras más, viejas enjabelgadas, jóvenes muy sucias, tan sucias, tan miserables que ni un traperero las habría recogido. Gervasia, sin embargo, no sabía, trataba de aprender haciendo como ellas. Una emoción de niña le oprimía la garganta; ya no sabía si tenía vergüenza. Obraba impulsada por un torpe sueño. Durante un cuarto de hora se mantuvo en pie. Los hombres pasaban sin volver la cabeza. Entonces movióse a su vez, se atrevió a uno que silbaba con las manos en los bolsillos y murmuró con voz ahogada:

—Caballero, oiga usted...

El hombre la miró de soslayo y se fue silbando más fuerte.

Gervasia iba tomando alas. Se olvidó de sí misma en la ansiedad de aquella caza; el vientre vacío, encarnizándose tras de su comida que se alejaba, la acuciaba. Durante bastante tiempo anduvo de un sitio para otro, ignorando la hora y el camino. En torno de ella, las mujeres mudas y negras, sombrías, bajo los árboles, iban de una a otra esquina, limitándose a andar con el va y viene regular de los animales enjaulados. Salían de la sombra con la vaga lentitud de fantasmas; pasaban por el rayo de luz de un mechero de gas donde sus pálidos rostros se dibujaban claramente; y se sumergían de nuevo, atraídas por la sombra, balanceando la blanca raya de sus enaguas y recobrando el encanto estremecedor de las tinieblas de la acera. Había hombres que se dejaban parar, hablaban, por broma, y se marchaban riendo. Otros, discretos, ocultos, se alejaban diez pasos detrás de alguna de ellas. Se oían murmullos, disputas en voz ahogada, tremendos regateos que terminaban de repente en grandes silencios. Y Gervasia, cuanto más se internaba, veía más mujeres haciendo guardia en la noche como si de un extremo a otro de los bulevares exteriores se hubiesen ido plantando mujeres. Siempre a veinte pasos una de otra, la fila se perdía de vista. París entero estaba guardado. Ella, desdeñada, se enfurecía, cambiaba de sitio, y acababa por irse a la calzada de Clignancourt en la calle mayor de la Chapelle.

—Señor, escuche usted...

Pero los hombres pasaban. Se marchaba de los mataderos cuyos escombros olían a sangre. Lanzó una mirada al antiguo hotel Boncœur cerrado y oscuro. Pasaba por delante del hospital Lariboisière. Contaba maquinalmente a lo largo de las fachadas las ventanas donde había luz, ardiendo como mariposas de agonizante, con luces pálidas y tranquilas. Atravesaba el puente del ferrocarril, con la trepidación de sus

trenes, gruñendo y desgarrando el aire con el silbar de sus sirenas. ¡Qué tristeza daban en la noche todas aquellas cosas! Después volvía atrás y se llenaba los ojos con las mismas casas, con el desfile siempre igual de aquel trozo de avenida, y esto, diez, veinte veces, sin tregua, sin reposo de un minuto en un banco; no, nadie que ría nada con ella. Su vergüenza parecía que se agigantaba con aquel desdén. Volvía a bajar con él y subir en dirección al hospital. Aquél era su último paseo; patios sangrientos, donde degollaban; las pálidas salas donde la muerte ponía rígidas a las personas en la sábana de todo el mundo. Su vida había transcurrido por allí.

—Caballero, escuche usted... De pronto vio su sombra en el suelo. Cuando se aproximó a un mechero de gas, la sombra vaga se recogía y se precisaba: una sombra enorme, gruesa, grotesca de tan gorda que estaba. Se veía el vientre, la garganta, las caderas, flotando juntas. Cojeaba tanto que, en el suelo, la sombra parecía caerse a cada paso. ¡Un verdadero guiñol! Cuando se alejaba el guiñol se hacía más grande, gigantesco, llenaba el bulevar con reverencias que le aplastaban la nariz, contra los árboles y contra las casas. ¡Dios mío! ¡Qué espantosa y graciosa estaba! Nunca comprendió tan bien su embrutecimiento. Entonces no pudo evitar mirar aquello, cada vez que pasaba por un mechero de gas, siguiendo con los ojos su sombra. ¡Buena compañera llevaba a su lado! Aquello debía atraer a los hombres en seguida. Bajaba la voz, no atreviéndose ya más que a balbucear a las espaldas de los transeúntes.

—Señor, escuche usted...

A todo esto, debía ser muy tarde. Se notaba en el barrio. Los cafetines estaban cerrados, el gas enrojecía en las tabernas, de donde salían voces pastosas de borrachera. El júbilo acababa en querellas y golpes. Un mocetón desarrapado chillaba: «Te voy a derruir, vete numerando los huesos». Una jovencueta se había agarrado con su amante a la puerta de un baile llamándole sucio y marrano enfermo, mientras que el amante repetía: «¿Y tu hermana?» sin encontrar otra palabra que decir. La embriaguez agitaba fuera una necesidad de pegarse, algo feroz que ponía en los transeúntes aspectos pálidos y convulsos. Por fin hubo una batalla. Un borracho cayó patas arriba, mientras que su camarada, creyendo haberle ajustado la cuenta, huía más que de prisa. Se oían canciones sucias, después silencio, cortado por hipos y caídas sordas de borrachos. La juerga de la quincena acababa siempre así; el vino corría en tan gran cantidad desde las seis, que comenzaba a pasearse por las aceras. Bonitos cohetes, colas de zorro extendidas en medio del pavimento de las gentes trasnochadoras se veían obligadas a saltar para no ir pisando. ¡Qué limpio estaba el barrio! Un extraño que hubiera venido a visitarlo antes de la limpieza mañanera, se hubiera llevado una buena idea de aquello. Pero a aquella hora los borrachos estaban en su casa, se burlaban de Europa. Los cuchillos salían de los bolsillos y la fiestita se acababa en sangre. Las mujeres andaban de prisa; los hombres rondaban con ojos de lobo; la noche se espesaba, llena de abominaciones. Gervasia seguía cojeando con el solo pensamiento de andar sin reposo. A veces la sorprendía el sueño, y se adormecía

acunada por su pierna; luego miraba a su alrededor y advertía que había dado cien pasos sin darse cuenta, como muerta. Sus pies, sobre los que podía dormirse, se ensanchaban más en sus zapatos agujereados. No se daba cuenta de sí misma, tan cansada y vacía se sentía. La última idea clara que la sostuvo fue que la zorra de su hija, en aquel mismo momento, quizá estaría comiendo ostras. En seguida todo se nubló, se quedó con los ojos abiertos; pero le era preciso hacer un gran esfuerzo para pensar. La sola sensación que persistía en ella, en medio del aniquilamiento de su ser, era la de un frío de perros, de un frío agudo y mortal como nunca lo había sentido. Seguramente los muertos debajo de la tierra no tienen tanto frío. Levantó pesadamente la cabeza y recibió en la cara un latigazo glacial. Era la nieve, que se decidía por fin a caer del humoso cielo. Una nieve fina, abundante, que un ligero viento llevaba en torbellinos. Hacía tres días que se la esperaba y no podía caer en mejor momento.

Al sentir aquella primera ráfaga, Gervasia se espabiló y se puso a andar más de prisa. Había hombres que corrían, apresurándose por llegar a sus casas, con las espaldas ya blancas. Y como viese a uno que se acercaba lentamente bajo los árboles, se aproximó y le dijo:

—Caballero, escuche usted...

El hombre se había parado. Pero pareció no comprender, porque extendió la mano y murmuró en voz baja:

—Una limosna, por favor...

Se miraron. ¡Gran Dios! Estaban allí los dos, el tío Bru mendigando y la señora Coupeau haciendo la carrera. Quedáronse con la boca abierta uno enfrente del otro. En aquella ocasión podían haberse dado la mano. Durante toda la noche había andado el viejo obrero dando vueltas sin atreverse a abordar a la gente, y la primera persona que le detenía era una muerta de hambre como él. ¡Señor!, ¿no era una lástima aquello? ¡Haber trabajado durante cincuenta años y mendigar! ¡Haber sido una de las mejores planchadoras de la calle de la Goutte-d'Or y acabar en el arroyo! No se perdían de vista. Y por fin, sin decir nada, se fueron cada uno por su lado bajo la nieve que los azotaba.

Era una verdadera tempestad. En aquellas alturas, en medio de aquellos espacios tan dilatadamente abiertos, la fina nieve se arremolinaba y parecía soplar de los cuatro puntos del cielo. No se veía nada a diez pasos, todo quedaba oscurecido dentro de aquel polvo volante. La gente del barrio había desaparecido; el bulevar parecía muerto, como si la racha acabase de extender el silencio con su sábana blanca sobre los hipos de los últimos borrachos. Gervasia, penosamente, no dejaba de andar, cegada, perdida. Tocaba los árboles para saber dónde estaba. A medida que avanzaba, los mecheros de gas salían de la palidez de la atmósfera, semejantes a antorchas apagadas. Y de repente, cuando atravesaba una encrucijada, hasta aquellas luces se extinguían. Y se encontraba cogida en un pálido torbellino, sin distinguir nada que la pudiera guiar. Bajo ella, el suelo de una blancura vaga, huía. Paredes grises la

enterraban. Y cuando se detenía vacilante, volvía la cabeza y adivinaba detrás de ella aquel velo de nieve, la inmensidad de las avenidas, las filas interminables de los mecheros de gas, todo aquel infinito, negro y desierto, de París adormecido.

Ella se encontraba allí en el cruce del bulevar exterior y de los bulevares de Magenta y de Ornano, pensando en acostarse en el suelo, cuando oyó ruido de pasos. Echó a correr, pero la nieve le cerraba los ojos y los pasos se alejaban sin que pudiese apreciar si iban a derecha a izquierda. Por último, distinguió las anchas espaldas de un hombre, una mancha oscura y movable que se hundía en la niebla. ¡Oh, a aquel sí que no lo dejaría escapar! Y corrió más de prisa, lo alcanzó y le agarró de la blusa.

—Señor, señor, escuche usted, por favor...

El hombre se volvió. Era Goujet.

¡He aquí que a quien encontraba era a Gueule-d'Or! ¿Pero qué había hecho ella al buen Dios para ser así martirizada hasta el final? Aquél era el golpe de gracia, echarse entre las piernas del herrero, ser vista por él como prostituta de arrabal, pálida y suplicante. Y aquello sucedía a la luz de un mechero de gas, y distinguía su sombra deforme, que parecía jugar con la nieve como una verdadera caricatura. Se la hubiera tomado por una mujer beoda. ¡Dios mío, no tener una miguita de pan ni una gota de vino en el cuerpo, y ser tomada por una mujer borracha!... ¡Culpa suya era!... ¿Por qué se emborrachaba? Seguramente Goujet creería que había bebido y que estaba haciendo una gracia de borracha.

Goujet, entretanto, la contemplaba, mientras que la nieve deshojaba margaritas en su bella barba rubia. Como ella bajase la cabeza retrocediendo, él la detuvo.

—Venga usted —le dijo.

Echó a andar él primero, ella le siguió. Los dos atravesaron el barrio mudos, desfilando sin ruido a lo largo de las paredes. La pobre señora Goujet había muerto en el mes de octubre de un reumatismo agudo. Goujet continuaba habitando en la casita de la calle Nueva, sombría y solitaria. Aquel día se había retrasado por haber estado velando a un camarada herido. Cuando abrió la puerta y encendió la luz se volvió hacia Gervasia, que se había quedado, humildemente en el rellano. Y dijo en voz baja como si su madre hubiera podido oírle:

—Entre usted.

La primera habitación, la de la señora Goujet, estaba conservada piadosamente en el mismo estado en que ella la dejó. Cerca de la ventana, sobre una silla, se encontraba colocado el bastidor, al lado del gran sillón que parecía esperar a la anciana encajera. La cama estaba hecha y habría podido acostarse si hubiera dejado el cementerio para venir a pasar la noche con su hijo. La habitación guardaba un recogimiento y un olor de honradez y bondad.

—Entre —repitió más alto el herrero.

Penetró miedosa, con el aspecto de una chiquilla que entra en un lugar respetable. Él estaba pálido y tembloroso al introducir de aquella manera a una mujer en la estancia de su madre muerta. Atravesaron la pieza con pasos ahogados, como para

evitar la vergüenza de ser oídos. Cuando introdujo a Gervasia en su cuarto, cerró la puerta. Allí estaba en su casa. Era el estrecho gabinete que ella conocía, un cuarto de pensionista, con una camita de hierro guarnecida de cortinas blancas. En las paredes estaban las estampas recortadas que subían hasta el techo. Gervasia, en aquella pureza, no se atrevía a avanzar, se retiraba, lejos de la luz. Entonces, sin una palabra, lleno de rabia, quiso cogerla y aplastarla entre sus brazos; mas ella sintiéndose desfallecer murmuró:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío!

La estufa, cubierta de polvo del cok, estaba encendida aún, y un resto de guisado, que el herrero había dejado al calor, creyendo volver más temprano, humeaba delante del cenicero. Gervasia, desentumecida por el intenso calor, se hubiera puesto a cuatro patas para comer en la cazuela. Era más fuerte que ella, su estómago se desgarraba y se inclinó dando un suspiro. Pero Goujet, que había comprendido, puso el guisado en la mesa, y cortó pan y le puso de beber.

—¡Gracias, gracias! —decía ella—. ¡Qué bueno es usted!... ¡Gracias!

Baluceaba, y apenas podía pronunciar palabra. Cuando empuñó el tenedor temblaba de tal manera que lo dejó caer. El hambre que la estrangulaba le producía un senil movimiento de cabeza. Tuvo que cogerlo con los dedos; a la primera patata que se metió en la boca prorrumpió en sollozos. Gruesas lágrimas rodaban a lo largo de sus mejillas, caían en su pan. Comía, comía, devoraba, ansiosamente su pan mojado en lágrimas, respirando muy fuerte, con la barbilla convulsa. Goujet la obligó a beber para que no se ahogara; y el vaso resonó ligeramente entre sus dientes.

—¿Quiere usted más pan? —le preguntó a media voz.

Ella lloraba, decía que no, decía que sí, no sabía. ¡Ay, señor! ¡Qué bueno y qué triste es comer cuando se muere uno de hambre!

Y él, de pie enfrente de ella, la contemplaba. Ahora la veía bien, bajo la viva claridad de la pantalla. ¡Qué vieja y ajada parecía! El calor fundía la nieve sobre sus cabellos y sus vestidos; estaba chorreando. Su pobre y temblorosa cabeza estaba completamente gris, mechadas grises que el viento había desordenado, el cuello hundido en los hombros, se amontonaba, fea y gorda que daba ganas de llorar. Él se acordaba de sus amores cuando aún era una rosa, manejando sus planchas, mostrando el pliegue de bebé que le ponía tan lindo collar en la garganta. Él iba en aquellos tiempos a contemplarla durante horas, satisfaciéndose con verla. Más tarde, ella había venido a la fragua donde habían saboreado enormes goces, mientras que él machacaba sobre el hierro y ella permanecía allí viendo la danza de su martillo. Cuántas veces había mordido su almohada por la noche ansiando tenerla así en su habitación. La hubiera estrujado si la llegara a tener en sus brazos. ¡Tanto la deseaba! Y ahora era suya, podía tomarla. Acababa de comerse el pan, dejaba caer sus lágrimas en el fondo de la cazuela, sus gruesas lágrimas silenciosas que continuaban cayendo en la comida.

Gervasia se levantó, ya había terminado. Permaneció durante un instante con la cabeza baja, molesta, no sabiendo si el herrero querría algo de ella. Después, creyendo ver encenderse una llama en sus ojos, se llevó la mano a la blusa y desabrochó el primer botón; pero Goujet se había puesto de rodillas, le tomaba las manos diciendo dulcemente:

—Yo la amo a usted, señora Gervasia, la amo a usted a pesar de todo. ¡Se lo juro!

—No diga eso, señor Goujet —exclamó enloquecida por verle así a sus pies—. No me diga eso, que me da mucha pena.

Y como él repitiese que no podía tener dos amores en su vida, ella se desesperaba más.

—No, no, yo no quiero ya; estoy demasiado avergonzada... Por amor de Dios, levántese usted. Soy yo quien debo arrastrarme por los suelos.

Él se levantó, estaba tembloroso y con voz balbuceante dijo:

—¿Me permite usted que la bese?

Ella, desconcertada por la sorpresa y la emoción, no sabía qué decir. Dijo que sí con la cabeza. ¡Dios mío! Era suya, podía hacer de ella cuanto quisiera, pero se limitó a acercar los labios.

—Entre nosotros basta con esto, señora Gervasia —murmuró él—. Ésta es toda nuestra amistad, ¿no es así?

La besó en la frente, sobre un mechón de cabellos grises. No había besado a nadie desde que murió su madre. Sólo su buena amiga Gervasia le quedaba en la existencia. Una vez que la hubo besado con tanta respeto, fue retrocediendo hasta caer atravesado en su cama con la garganta hinchida de sollozos. Y Gervasia no pudo quedarse allí por más tiempo; es demasiado triste y demasiado abominable encontrarse en esas condiciones cuando se ama. Le gritó:

—Yo le amo también a usted, señor Goujet, le amo mucho también... ¡Oh! Yo comprendo que no es posible... Adiós, adiós... nos ahogaría a los dos.

Atravesó corriendo el cuarto de la señora Goujet y se encontró en la calle. Cuando se dio cuenta de la realidad, ya había llamado en la calle de la Goutte-d'Or, y Boche tiraba del cordón. La casa estaba en sombras y entró allí como en su duelo. En aquella hora de la noche, el portal, amplio y deteriorado, parecía una boca abierta. ¡Y pensar que antaño ella había ambicionado un rincón de aquel caparazón de cuartel! ¿Tenía sus oídos tapados para no escuchar el concierto de desesperación que roncaba tras de las paredes? Desde el día en que puso allí los pies empezó a descender. Sí, aquello debía traer desgracia, por hallarse hacinados los unos, sobre los otros en aquellas enormes casas obreras; por fuerza se atraparía allí el cólera y la miseria. Aquella noche parecía que todos hubieran reventado. Sólo se oía a los Boche roncar a la derecha; mientras que Lantier y Virginia, a la izquierda, hacían un runrún como gatos que no duermen, pero que gozan del calorillo con los ojos cerrados. En el patio se creyó en medio de un verdadero cementerio; la nieve hacía en el suelo un blanco cuadro; las altas fachadas subían, de un gris lívido, sin una luz, semejantes a ruinosos

paredones, y no se percibía ni un suspiro, como si fuera el entierro de todo un pueblo tieso de hambre y de frío. Tuvo que saltar un arroyo negro, por el charco que se formaba con la tintorería, humeante y abriéndose un lecho de barro cenagoso en la blancura de la nieve. El agua era color de sus pensamientos. ¡Ya habían pasado aquellas bellas aguas azul y rosa claro!

Al subir los seis pisos, en la oscuridad, no pudo menos de echarse a reír; risa horrible que le hacía mal. Se acordaba de su antiguo ideal: trabajar tranquila, comer siempre pan, tener un agujero limpio donde dormir, educar a sus hijos, no ser pegada, morir en su cama. Aquello resultaba cómico por la manera en que se desarrollaba. Ya no trabajaba, no comía y dormía sobre la basura. Su hija andaba por la calle tirada, su marido le zurraba la badana, no le quedaba ya más que reventar en la calle, y aquello sucedería en seguida, si encontraba el valor de tirarse por la ventana a la entrada de su casa... ¿No habrían dicho que ella había pedido al cielo treinta mil francos de renta y atenciones? En esta vida no se adelanta nada con ser modesto, porque no se obtendrá nada, ni siquiera el rancho y la cama: ésta es la suerte común. Lo que redoblaba su risa, era el acordarse de su risueña esperanza de retirarse al campo, después de veinte años de planchadora. Pues bien, ya iba al campo. Quería su rincón de verdor en el Père-Lachaise.

Cuando penetró en el corredor, estaba como loca. Su pobre cabeza daba vueltas. En el fondo de su gran dolor acababa de decir un adiós eterno al herrero. Todo se acababa entre ellos, ya no se verían más, y, tras de esto, todos los demás pensamientos de desgracia se sucedían y terminaban de romperle el cráneo. Al pasar, alargó la cabeza en casa de los Bijardt; vio, a Lalie muerta y como satisfecha de estar allí extendida, durmiendo para siempre. ¡Los niños tenían más suerte que las personas mayores! Y como la puerta del tío Bazougue dejaba pasar un rayo de luz, entró derecha a su casa, llena de rabia y queriendo hacer el mismo viaje que la pequeña.

Aquel divertido tío Bazougue había vuelto aquella noche en un estado extraordinario de alegría; tenía tal borrachera que roncaba en el suelo, a pesar de la temperatura; y, sin duda, aquello no le impedía tener un sueño delicioso, pues durmiendo y todo se reía. La vela se había quedado encendida, iluminaba su traje, su sombrero negro abollado en un rincón, su capa negra que había estirado sobre sus rodillas a guisa de manta.

Gervasia, al verle, empezó a lamentarse tan fuerte que él se despertó:

—¡Maldita sea!... ¡Cierre usted la puerta! ¡Entra un frío!... ¡Ah!, ¿es usted?... ¿Qué quiere? ¿Qué quiere usted?

Entonces Gervasia, con los brazos extendidos, no sabiendo ya lo que decía se puso a suplicarle con energía:

—¡Oh!, ¡lléveme usted!, ¡ya no puedo más, me quiero ir!... ¡No me guarde rencor!... ¡Dios, Dios, yo no sabía! Nunca se sabe hasta que no está una dispuesta... ¡Oh, llega un día en que una está muy contenta de marcharse!... ¡Lléveme usted, lléveme! Y yo le gritaré gracias.

Y se ponía de rodillas, agitada por un deseo que la hacía palidecer. Nunca se había arrastrado de tal manera a los pies de un hombre. La careta del tío Bazougue, con su boca torcida y su cuero curtido por el polvo de los entierros, le parecía hermosa y resplandeciente como un sol. Entretanto, el viejo, mal despierto aún, creía que se estaba burlando de él.

—Oiga usted —murmuraba—. Tío hay que tomarme el pelo.

—Lléveme —repetía Gervasia más ardientemente—. Usted debe acordarse de que una noche yo golpeé en el tabique; después dije que no era cierto, porque aún era demasiado boba...; pero ahora... déme sus manos, ya no tengo miedo. Lléveme a dormir y ya verá como ni siquiera me muevo... ¡No deseo otra cosa!... ¡Le querría a usted tanto!

Bazougue, siempre galante, pensó que no debía rechazar a una dama que parecía haberse encaprichado por él. Estaba algo estropeado, pero aún conservaba algo de su hermosura, sobre todo cuando se perfilaba.

—Usted está en lo cierto —dijo con acento convencido—. Hoy, precisamente, he embalado a tres, que seguramente me habrían dado una propina si hubieran podido echarse la mano al bolsillo...; pero, madrecita, esas cosas no se pueden arreglar así como así...

—¡Lléveme, lléveme! —seguía gritando Gervasia—. Quiero irme...

—¡Caramba! Hay que hacer antes una pequeña operación... Ya sabe usted, «¡guij!...».

E hizo un esfuerzo con la garganta como si se tragara la lengua. Y a continuación, pareciéndole graciosa la broma, se echó a reír.

Gervasia se había levantado lentamente. ¿Tampoco él podía hacer nada por ella? Volvió a su cuarto, estúpida, y se echó en la paja, imaginándose que había comido. ¡Ya estaba visto, la miseria no mata tan de prisa!

CAPÍTULO XIII

Coupeau hizo una escapatoria aquella noche. Al día siguiente Gervasia recibió diez francos de su hijo Esteban, que era mecánico en un ferrocarril. El pequeño le enviaba monedas de cinco francos, de cuando en cuando, sabiendo que en su casa no nadaban en la abundancia. Puso un puchero y se lo comió sola; aquel rocín de Coupeau no volvió al día siguiente. El lunes tampoco, ni el martes. Pasó toda la semana. ¡Diablos! ¡Si se lo hubiera llevado alguna mujer, qué suerte hubiera sido! Pero precisamente el domingo Gervasia recibió un papel impreso que empezó por asustarla, porque al parecer era una carta del comisario de policía. En seguida se tranquilizó, era sencillamente para decirle que el cerdo de su marido estaba a punto de reventar en Santa Ana. El papel decía aquello de modo más fino, pero para el caso venía a ser lo mismo. Sí, era una mujer la que se había llevado a Coupeau, y aquella mujer se llamaba Sofía Cierraolajo, que era la buena y última amiga de los borrachos.

Por cierto que Gervasia no se molestó. Él conocía el camino, ya volvería solo del Asilo; tantas veces le habían curado que le harían una mala faena poniéndole de pie otra vez. ¿Acaso no acababa de saber por la mañana mismo que durante ocho días habían visto a Coupeau borracho perdido en todas las tabernas de Belleville, en compañía de Mes-Bottes? Perfecto. Mes-Bottes pagaba. Sin duda había metido el guante en las economías de su mujer, ganadas de la linda manera que ustedes saben. ¡Limpio dinero bebían; a propósito para atrapar todas las enfermedades malas! Tanto mejor si Coupeau había atrapado cólicos. Gervasia estaba furiosa, sobre todo pensando que, aquellos dos bribones egoístas ni siquiera se les había ocurrido venir a buscarla para convidarla a una copita. ¿Habíase visto cosa igual? ¡Una juerga de ocho días y ni una galantería con las señoras! Cuando se bebe solo se revienta solo, y todo terminado.

No obstante, el lunes, como Gervasia tuviera una buena comida para la noche, unas sobras de habichuelas y su cuartillo, pensó que un paseíto le abriría las ganas de comer. La carta del Asilo, en la cómoda, le molestaba. La nieve se había derretido, hacía un tiempo regular, gris y dulce con un fondo vivo en el aire que vigorizaba. Marchó a mediodía, pues el camino era largo; tenía que atravesar todo París, y su cojera la hacía retrasar. Además, había mucha gente por las calles; pero como ésta la distraía llegó contenta. Cuando dio su nombre le contaron una buena: al parecer habían pescado a Coupeau en el puente nuevo, se había tirado al agua por encima del parapeto, creyendo ver a un hombre barbudo que le obstruía el camino. Bonito salto, ¿no les parece? En cuanto a saber por qué Coupeau se encontraba en el puente nuevo era una cosa que ni él mismo se la podría explicar.

Un enfermero condujo a Gervasia. Subía la escalera cuando oyó unas voces que le helaron los huesos.

—¿No oye? ¡Vaya con la música! —dijo el enfermero.

—¿Quién? —preguntó Gervasia.

—¡Su marido! Grita así desde anteayer. Y baila, como usted verá.

—¡Oh, qué espectáculo! Se quedó de una pieza.

La celda estaba acolchada de arriba abajo. En el suelo había dos esteras, una sobre otra y en un ángulo se hallaba un colchón y un edredón, sin nada más. Allí danzaba y gritaba Coupeau. Una verdadera máscara de la Courtille, con su blusa en pedazos y sus miembros al descubierto; pero no una máscara divertida, sino que horrorizaba y hacía erizar los cabellos. Parecía vestido de moribundo. ¡Sagrado nombre! ¡Qué danzarán sin pareja! Chocaba contra la ventana y rebotaba marcando el compás con los brazos, sacudiendo las manos como si hubiera querido romperlas y tirarlas al rostro de la gente. En los bailes se encuentra a ciertos pillos que imitan esto; pero lo imitan mal, es preciso ver saltar este rigodón de los borrachos si se quiere juzgar qué elegancia tiene, cuando se ejecuta bien. El canto tiene también su carácter; un chillido continuo de Carnaval, con la boca completamente abierta, lanzando durante horas las mismas notas de trombón enronquecido. Coupeau tenía el grito de una bestia a la que se ha aplastado la pata, y, ¡adelante la orquesta!, ¡a bailar, señoras!

—Señor, ¿qué es lo que tiene?... ¿Qué es lo que tiene? —repetía Gervasia llena de miedo.

Un interno, joven robusto, rubio y sonrosado, con bata blanca, tranquilamente sentado, tomaba notas. El caso era curioso, el interno no abandonaba al enfermo.

—Quédese un instante, si quiere —dijo a la planchadora—; pero estése usted tranquila...; trate de hablarle, no la reconocerá.

Coupeau, en efecto, pareció no darse cuenta de su mujer. Ella apenas le había visto al entrar, de tanto como se retorció. Cuando le miró cara a cara, dejó caer los brazos. ¿Era posible que tuviese una cara semejante con los ojos sanguinolentos y los labios llenos de costras? Seguro que no lo habría reconocido. Hacía demasiadas contorsiones, sin decir por qué, retorciendo de repente la boca, frunciendo la nariz, las mejillas estiradas, un verdadero hocico de animal. Tenía la piel tan ardiente que el aire humeaba a su alrededor; y su piel estaba como barnizada, desprendiéndose de ella un sudor pesado que removía el estómago. En su bailoteo furioso, bien se veía que no se hallaba muy a gusto: tenía la cabeza pesada y horribles dolores en los miembros.

Gervasia se acercó al practicante, que golpeaba una canción con las puntas de sus dedos en el respaldo de su silla.

—¿Dígame, señor, va en serio esta vez?

El practicante movió la cabeza sin contestar.

—Diga usted, ¿no habla en voz baja? ¿Qué es lo que dice?

—Las cosas que ve —murmuró el joven—. ¡Cállese y déjeme escuchar!

Coupeau hablaba con voz entrecortada. Sin embargo, un destello de alegría le iluminaba los ojos. Miraba al suelo, a derecha e izquierda, y daba vueltas como si estuviera paseando, en el bosque de Vincennes, hablando solo.

—¡Qué cosa tan bonita!... ¡Hay chalets, una verdadera feria! ¡Y la música es juguetona! ¡Qué banquete, tiran la casa por la ventana!... ¡Cómo está iluminado todo, globos rojos en el aire, y saltan y corren!... ¡Cuántos farolillos en los árboles!... ¡Qué tiempo tan bueno!... Por todas partes sale agua, fuentes, cascadas, agua que canta con una voz de monaguillo... ¡Qué asombrosas cascadas!

Y se enderezaba como para oír mejor la canción deliciosa del agua; aspiraba el aire fuertemente, creyendo beber la lluvia fresca que se escapaba de las fuentes. Pero, poco a poco, su cara tomó una expresión de angustia; entonces se encorvó y anduvo más rápido a lo largo de las paredes de la celda, profiriendo sordas amenazas.

—¡Más embustes todavía!... ¡Ya desconfiaba yo!... ¡Silencio, montón de haraganes!... Sí, os estáis burlando de mí. Estáis bebiendo y rebuznando con vuestras queridas, sólo para ponerme en ridículo... Voy a haceros polvo vuestro chalet... ¡Vive Dios! ¿Queréis dejarme en paz?

Apretaba los puños; después lanzó un grito ronco, y cayó a todo lo largo. Tartamudeaba, con los dientes castañeteando de espanto:

—Lo hacen para que me mate. ¡No, yo no me tiraré!

Las cascadas, que huían cuando él se aproximaba, avanzaban cuando se iba para atrás. Y de repente, mirando estúpidamente a su alrededor, balbuceó con una voz apenas perceptible:

—No es posible, han embaucado a los físicos en contra mía.

—Me voy, señor; buenas tardes —dijo Gervasia al practicante—. Estoy muy trastornada, ya volveré.

Estaba blanca, Coupeau continuaba su baile solitario, de la ventana al colchón y del colchón a la ventana, sudoroso, deslomándose, llevando siempre el mismo compás. Gervasia se marchó. Pero por mucho que corriera escaleras abajo siguió oyendo el grito de su hombre.

¡Qué bien se sentía uno fuera!

Por la noche toda la casa de la Goutte-d'Or hablaba de la extraña enfermedad de papá Coupeau. Los Boche, que trataban a la Banbán de mala manera, le ofrecieron, no obstante, una copa de grosella en su portería, para obtener más detalles. La señora Lorilleux y Poisson llegaron. Se hicieron comentarios interminables. Boche había conocido a un carpintero que se había quedado desnudo en la calle de San Martín y que murió bailando la polka; aquél era bebedor de ajenjo. Aquellas señoras se desternillaban de risa, porque, aunque era triste, les parecía gracioso. Como no comprendieran bien a Gervasia, ésta los apartó, para que le dejaran sitio y, en medio de la portería, mientras que los otros miraban, imitó a Coupeau chillando, saltando y dislocándose con terribles muecas.

—Sí, palabra de honor, así era. Los otros se quedaron asombrados. ¡No era posible! Nadie podría resistir tres horas de una manera semejante. Pero ella lo juraba por lo más sagrado, Coupeau estaba así desde el día anterior, treinta y seis horas ya. Podían ir a verle, si no lo creían. Pero la señora Lorilleux declaró que «¡Gracias!», pues ella ya había estado en Santa Ana e impediría poner a Lorilleux los pies allí. En cuanto a Virginia, cuya tienda iba de mal en peor y que tenía cara de entierro, se contentó con murmurar que la vida no era siempre alegre. Acabaron la grosella, y Gervasia dio las buenas noches a la compañía. Cuando dejaba de hablar, parecía su cabeza la de una alienada de Chaillets con los ojos desorbitados. Sin duda veía a su hombre en disposición de valsear. Al día siguiente, cuando se levantó, se propuso no volver más al Asilo. ¿Para qué? No quería perder la cabeza a su vez. Sin embargo, cada diez minutos volvía a reflexionar; no estaba en sus cabales; como se dice. Sería curioso si él continuara con sus piruetas. Cuando dieron las doce no pudo aguantar más ni se dio cuenta de lo largo del camino, de tanto deseo y miedo que tenía por lo que le esperaba allí.

No tenía necesidad de pedir noticias. Desde la parte baja de la escalera oyó la canción de Coupeau. La misma que la vez pasada. El mismo baile. Podía hacerse la idea de que acababa de bajar hacía un momento y que subía de nuevo. El de guardia, que llevaba tazas de tisana por el corredor, le guiñó el ojo al encontrarla para mostrarse amable.

—¿Sigue lo mismo? —dijo ella.

—Igual —respondió el otro sin pararse.

Entró, pero se quedó en el umbral de la puerta, porque había gente con Coupeau. El interno rubio y rosa estaba de pie, habiendo cedido su silla a un anciano señor condecorado, calvo y con la cara con hocico de garduña. Seguramente era el médico jefe, pues tenía miradas agudas y penetrantes, como barrenos. Todos los que se entienden con la muerte tienen esta mirada.

Además, Gervasia no había venido por aquel señor, y se levantó por detrás de su cráneo, comiéndose a Coupeau con los ojos. Aquel enfurecido bailaba y chillaba más fuerte que la víspera. Ya había visto bien otras veces, en los bailes de la Mi Carême, a mozos de lavadero, sólidos, entregarse durante toda una noche a la juerga; pero jamás de los jamases se habría imaginado que un hombre pudiera entregarse placer por tan largo tiempo. Cuando ella decía entregarse al placer era por hablar; pues no puede encontrarse placer, dando, a su pesar saltos de carpa como si se hubiese tragado un polvorín. Coupeau, empapado en sudor, despedía cada más humo. Su boca parecía grande, a fuerza de gritar. Las señoras embarazadas hacían bien en quedarse fuera. Tanto había ido del colchón a la ventana, que se veían las huellas de su paso; la estera estaba gastada por sus zapatos.

En verdad, aquello no aspecto agradable, y Gervasia temblorosa, preguntábase por qué había vuelto. ¡Y pensar que la víspera, en casa de los Boche, la acusaban de exagerar el cuadro! ¡Pues ni siquiera había dicho la mitad! ¡Ahora veía mejor cómo

Coupeau se las componía! No lo olvidaría nunca, y menos aquellos ojos completamente abiertos mirando al vacío. Ella se enteraba de algunas frases cruzadas entre el practicante y el médico. El primero daba detalles de la noche con palabras que no entendía. Toda la noche, su hombre la habían pasado charlando y haciendo piruetas, esto es lo que sacó en limpio. A continuación el anciano señor calvo, no muy fino, por cierto, pareció darse cuenta, por fin, de su presencia; y cuando el practicante le dijo que era la mujer del enfermo se puso a interrogarla con el malévolo ademán de comisario de policía.

—¿El padre de este hombre bebía?

—Sí, señor, un poquitín como todo el mundo... Se mató cayendo de un tejado un día que estaba algo chispo.

—¿Y su madre, bebía?

—¡Caramba, señor, como todo el mundo, una copita aquí, otra copita allá!... ¡Oh, la familia está muy bien!... Un hermano murió muy joven en medio de convulsiones.

El médico la miraba con ojos penetrantes. Repuso con su acento brutal:

—¿Usted bebe también?

Gervasia balbuceó defendiéndose y se llevó la mano al corazón para dar palabra de honor.

—Usted bebe. Tenga cuidado, porque ya ve adonde lleva la bebida... Un día u otro se morirá así.

Entonces se quedó pegada contra la pared. El médico había vuelto la espalda. Púsose en cuclillas, sin preocuparse si recogía polvo de la estera con su levita, y estudió largo tiempo el temblor de Coupeau, esperándolo cuando pasaba, siguiéndolo con la mirada. Aquel día, las piernas saltaban también, el temblor había descendido de las manos a los pies; un verdadero polichinela a quien se tiraba de los hilos, retozándole los miembros y manteniendo el tronco rígido como un madero. La enfermedad avanzaba poco a poco. Habríase dicho que en su interior había una música; cada tres o cuatro segundos andaba un instante; luego se paraba y volvía como el escalofrío que sacude a los perros perdidos bajo una puerta cuando tienen frío en el invierno. En el vientre y en los hombros tenía un estremecimiento, como el agua cuando empieza a hervir. ¡Qué manera de caminar tan singular!; ¡marchar retorciéndose como una muchacha a la que se hacen cosquillas!

Coupeau, entretanto, se quejaba con voz sorda. Parecía sufrir mucho más que el día anterior. Sus quejas entrecortadas dejaban adivinar toda clase de males. Millares de alfileres le pinchaban. Sentía por la piel una cosa pesada; como un animal frío y húmedo que se arrastrara por sus muslos y que le hundía las garras en la carne. Luego era otra clase de animales que se pegaban a sus hombros, arrancándole la espalda a fuerza de arañazos.

—¡Tengo sed, tengo sed! —gruñía continuamente...

El practicante tomó un jarro de limonada de una tabla y se lo dio. Cogió el bote con las dos manos, sobrio glotonamente, tirando la mitad del líquido sobre sí; pero lo

escupió todo, con un disgusto furioso gritando:

—¡Qué asco, es aguardiente!

Entonces el practicante, a una señal del médico, quiso hacerle beber agua, sin soltar la botella. Aquella vez se tragó el sorbo, gritando como si hubiera tragado fuego.

—¡Es aguardiente, es aguardiente!

Desde la víspera, cuanto bebía le parecía aguardiente. Aquello redoblaba su sed y no podía ya beber, porque todo le abrasaba. Le habían llevado una sopa, pero decía que trataban de envenenarle, pues la sopa olía a matarratas. El pan estaba agrio y podrido; no había más que veneno a su alrededor. La celda apestaba a azufre. Hasta acusaba a la gente de frotar cerillas bajo su nariz para envenenarle.

El médico acababa de incorporarse y escuchaba a Coupeau, que ahora veía fantasmas en pleno día. ¿Acaso no divisaba en las paredes telas de araña tan grandes como velas de barco? Después, aquellas telas se convertían en redes, con mallas que se estrechaban y se extendían como un gracioso juguete. Bolas negras andaban por las mallas, verdaderas bolas de prestidigitador; primero, gruesas como bolas de billar; después, como bolitas chicas; y se inflaban y se desinflaban para molestarle. De repente gritó:

—¡Las ratas, ya están aquí las ratas!

Las bolas se convertían en ratas. Aquellos sucios animales engordaban, pasaban a través de la red y saltaban por el colchón donde se desvanecían. Había también un mono que salía de la pared, y volvía a entrar en ella, aproximándose tanto a él, que retrocedía por miedo a que le masticara la nariz. Una vez más, volvió a cambiar aquello; las paredes debían moverse, pues él repetía muerto de miedo y de rabia:

—¡Quitadme de aquí!... ¡El bodegón que se cae al suelo!... Sí, tocad las campanas. ¡Un montón de cuervos! ¡Tocad el órgano para que no llame a la guardia! ... ¡Han puesto una máquina detrás de la pared esos canallas! La oigo, muy bien, ronca, van a hacernos saltar... ¡Fuego, fuego! Gritan fuego. ¡Eso está en llamas! ¡Todo está en llamas, cómo se aclara! ¡Se quema todo el cielo! ¡Fuegos rojos, fuegos verdes, fuegos amarillos! ¡A mí, socorro, fuego!

Sus gritos se perdían en un estertor. No hablaba más que palabras incoherentes, tenía espuma en la boca, y la barbilla llena de saliva. El médico se frotaba la nariz con la mano, tic que le era sin duda habitual, cuando se encontraba frente a casos graves. Se volvió hacia el practicante y le preguntó a media voz:

—Y la temperatura, ¿siguen los cuarenta grados?

—Sí, señor.

El médico hizo un gesto. Se quedó allí dos minutos más con la vista fija en Coupeau. Después levantó los hombros, añadiendo:

—El mismo tratamiento: caldo, leche, limonada, extracto blando de quina para beber... No le abandone y hágame llamar...

Salió. Gervasia le siguió para preguntarle si no había esperanza. Pero iba tan rígido por el corredor que no se atrevió a abordarlo. Se quedó de pie un instante, dudando si volver a entrar a ver su marido. La sesión le parecía ya demasiado fuerte. Le seguía oyendo gritar que la limonada olía a aguardiente, y entonces se marchó con rapidez, porque ya tenía bastante con haberlo visto una vez más. En las calles, el galope de los caballos y el ruido de los coches, le hicieron creer que todo Santa Ana la seguía. ¡Y aquel médico que la había amenazado! En verdad, ya creía estar enferma.

En la calle de la Goutte-d'Or, los Boche y todos los demás la esperaban. En cuanto apareció por la puerta, la llamaron a la portería:

—¿Vivía todavía el tío Coupeau?

—Sí, todavía vivía.

Boche parecía estupefacto y consternado: había apostado una botella diciendo que el tío Coupeau no llegaría a la noche.

—¡Cómo, y duraba todavía!

Y todos se asombraron, golpeándose en los muslos. «¡Vaya mozo resistente!». La señora Lorilleux calculó las horas: treinta y seis y veinticuatro, sesenta horas.

—¡Caracoles!, ¡sesenta horas ya, jugando con las piernas y aullando! No se había visto nunca un caso semejante de resistencia. Pero Boche, que se reía entre dientes, a causa de su perdida apuesta, preguntaba a Gervasia con dudas si estaba bien segura de que no había estirado la pata cuando ella volvió.

Entonces Boche le rogó que le imitara, para ver.

—¡Sí, sí, un poco! —fue la petición general.

Todos le decían que sería muy amable si lo hacía, pues habían llegado dos vecinas la habían visto el día anterior y que bajaron expresamente para ver la escena. El portero gritaba a la gente que se alinease, y dejaban libre el centro del patio empujándose con el codo con un estremecimiento de curiosidad. Gervasia bajaba la cabeza. Creía ponerse enferma. Deseando que no creyeran que se hacía rogar, comenzó dando dos o tres saltitos; pero sintió algo extraño y se echó para atrás; palabra de honor que no podía. Un murmullo de contrariedad se dejó oír: «Era una lástima, lo imitaba a la perfección».

—¡En fin, si no podía!

Y al marchar Virginia hacia su tienda, olvidáronse pronto del tío Coupeau para hablar del matrimonio Poisson, una verdadera trapionda; la víspera habían venido los alguaciles; el guardia municipal iba ya a perder la plaza; en cuanto a Lantier rondaba a la hija del dueño del restaurante de al lado, una mujer, magnífica que hablaba de establecerse como tripicallera. «¡Canastos!». Ya veían bromeando a una tripicallera instalada en la tienda; después de las golosinas lo sólido. El cornudo de Poisson tenía una buena cabeza. «¿Cómo diablos un hambre cuyo oficio era el de ser muy avisado se mostraba tan torpe en su casa?». Pero se callaron bruscamente al darse cuenta de que estaba allí Gervasia ensayando ella sola en el fondo de la portería

las muecas de Coupeau y haciendo temblar los pies y las manos. «¡Bravo!». Aquello era, no se podía pedir más. Ella se quedó atontada, como si saliera de un sueño. En seguida se marchó.

—¡Buenas noches a todos!

Subía para tratar de dormir.

Al día siguiente, los Boche la vieron marchar a mediodía como los días anteriores. La deseaban buena suerte. Aquel día en Santa Ana, el pasillo temblaba con los chillidos y patadas de Coupeau. Estaba aún en la escalera y oyó aullar:

—¡Cuántas chinches!... ¡Acercaos un poco por aquí para que os aplaste los huesos!... ¡Ay, quieren acabar conmigo! Soy más listo que vosotras... ¡Largo de aquí!

Durante un instante ella se quedó en la puerta. Parecía que se las había con un ejército. Cuando entró, aquello crecía y tomaba desagradables aspectos. Coupeau estaba loco, furioso como un evadido de Charenton. Él se ponía en medio de la celda, alargando sus manos a todos los sitios, sobre él, sobre las paredes, al suelo, dando tumbos, golpeando en el vacío. Quería abrir la ventana, se ocultaba, defendiéndose, llamaba, contestaba solo, con el aspecto exasperado de un hombre mareado por una ola humana. En seguida comprendió Gervasia que creía encontrarse sobre algún tejado, colocando planchas de cinc. Imitaba el soplete con la boca, removía los hierros en el infiernillo, se ponía de rodillas para pasar los dedos por el borde de la alfombra, creyendo que soldaba. Le volvía la afición por su oficio en el momento de morir; y si gritaba tan fuerte, si se movía sobre el tejado, era porque algo raro le impedía ejecutar limpiamente su trabajo. Sobre todos los tejados vecinos había fantasmas que le pinchaban. Además le echaban bandadas de ratas a las piernas.

—¡Ah, las sucias bestias, las seguía viendo!

Buen trabajo tenía con aplastarlas dando con sus pies en el suelo, con todas sus fuerzas; el tejado estaba negro.

—¡Sí también había arañas!

Estrujaba fuertemente su pantalón para matar contra sus muslos, gruesas arañas, que se habían escandido allí.

—¡Diablos coronados! No acabaría en todo el día; se habían propuesto perderle; su patrón iba a enviarle a Mazas.

Entonces creyó que tenía una máquina de vapor en el vientre; con la boca completamente abierta soplaba tan fuerte, que un humo espeso llenaba la celda y salía por la ventana; y él, inclinado, soplando siempre, miraba fuera la cinta de humo subir al cielo donde ocultaba al sol.

—¡Anda! —gritó—. Si es la pandilla de la calzada Clignancourt, disfrazados de osos...

Permaneció acodado en la ventana como si viera un desfile por una calle, desde lo alto de un tejado.

—¡La cabalgata de leones y panteras que hacen muecas!... Hay momias vestidas de perros y gatos... Y está Clemencia, la alta, llena de plumas. ¡Atiza! ¡Da una voltereta y enseña cuanto Dios le dio!... ¡Eh, frescos, animales, dejarla estar!... ¡No tiréis, rayos! ¡No tiréis!...

Su voz ascendía ronca, espantada, y se agachaba vivamente, repitiendo que los pantalones rojos estaban abajo, y hombres que le apuntaban con fusiles. En la pared veía el cañón de una pistola apuntando a su pecho. Venían a robarle a su hija.

—¡No tiréis, en nombre de Dios! ¡No tiréis!...

Luego se hundían las casas, él imitaba el estrépito de un barrio que se derrumba, y todo desaparecía, todo volaba. Pero no tenía tiempo ni de soplar cuando nuevos cuadros pasaban por su cabeza, con una rapidez extraordinaria. Le invadía una necesidad furiosa de hablar, llenándose la boca de palabras que iba soltando sin ilación, con gruñidos de garganta. Seguía alzando la voz.

—¡Anda si eres tú!... ¡Buenos días! No bromees, no me hagas comer tus cabellos.

Se pasaba la mano por la cara y soplabla para apartar los pelos. El interno le interrogó:

—¿A quién ve usted?

—¡Pardiez!, ¡a mi mujer!

Miraba a la pared, volviendo la espalda a Gervasia.

Ella se sobresaltó, y miró también a la pared para ver si se reflejaba allí. Él continuaba hablando.

—Ya lo sabes, no pretendas seducirme... No quiero que me ate... ¡Caramba, qué lindo atavío! ¿Dónde has ganado para eso? ¿Vienes de correrla, zorra? ¡Espera que ya te arreglaré yo! ¡Ah!, ¿conque escondes a tu señor bajo tus faldas? ¿Quién es ése? Agáchate, para que le vea... ¡Truenos, otra vez él!

—¿Qué ve usted? —preguntó el practicante.

—¡Al sombrerero! ¡Al sombrerero! —aulló Coupeau.

Y como el practicante preguntase a Gervasia sobre aquello, ésta no pudo hacer otra cosa que balbucear; pues aquella escena le removía todos los tropiezos de su vida. El plomero alargaba el puño:

—¡Nosotros dos, hermano mayor! ¡Te voy a limpiar por fin! ¿Acaso vienes así para burlarte de mí en público? ¡Voy a estrangularte, sí, sí, yo! ¡Y sin ponerme guantes!... No hagas ruido. ¡Guarda eso!

Daba puñetazos en el vacío. Un loco furor se apoderó de él. Habiendo tropezado con la pared, al recular, creyó que le atacaban por la espalda. Se volvió y la emprendió con el acolchado. Saltaba de un lado a otro, golpeaba con el vientre, con las piernas, con un hombro; rodaba, se levantaba. Sus huesos se ablandaban, sus carnes producían el ruido de la estopa mojada. Y acompañaba aquel juego con frases atroces, gritos guturales y salvajes. Se conocía que la batalla no se desarrollaba muy

bien para él, pues su respiración se hacía fatigosa, sus ojos se salían de las órbitas y poco a poco le iba invadiendo una cobardía infantil.

—¡Al asesino! ¡Al asesino! Marchaos los dos... ¡Oh los puercos se burlan! ¡Mírala con las patas al aire esa zorra!... No tiene más remedio que pasar por ello... ¡Ay, el bandido, la mata! La corta una pierna con el cuchillo. La otra pierna está en el suelo, el vientre está partido en dos, está lleno de sangre... ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío!...

Y bañado en sudor, con los cabellos revueltos por la frente, espantoso, iba retrocediendo, agitando violentamente los brazos como para rechazar la abominable escena. Lanzó dos quejidos desgarradores y se cayó boca abajo sobre el colchón, en el que se le habían enganchado los pies.

—¡Señor, señor! ¡Está muerto! —dijo Gervasia juntando las manos.

El practicante avanzó y arrastró a Coupeau al medio del colchón. No, no estaba muerto. Lo descalzaron; sus pies desnudos sobresalían del borde y bailaban solos, uno al lado del otro, al compás de un son apresurado y regular.

El médico entró en aquel momento. Llevaba dos colegas, uno delgado y otro grueso, condecorados como él. Los tres se inclinaron, sin decir nada, mirando al hombre sin hablar; a continuación, rápidamente, a media voz cambiaron unas palabras. Descubrieron a Coupeau desde los muslos a los hombros. Gervasia, empinándose, vio a aquel torso desnudo. Era completo, el temblor había bajado de los brazos y subido las piernas; hasta el tronco mismo entraba en danza ahora. Positivamente hasta con el vientre lo hacía aquel polichinela. Eran risitas a lo largo de las costillas, una sofocación del abdomen, que parecía reventar de risa. ¡Y todo se movía que había que ver! Los músculos se retorcían, la piel vibraba como un tambor, el vello valsaba saludándose. En fin, aquello debía ser el último gran zafarrancho, quizá el golpe final. Como cuando apuntando ya el día, todos los bailarines se cogen de las manos y golpean con el talón en el suelo.

—Duerme —murmuró el médico jefe.

Les hizo observar la cara del hombre a los otros dos. Coupeau, con los párpados cerrados, tenía pequeñas sacudidas nerviosas que le contraían toda la cara. Estaba más horrible todavía, así, aplastado con la mandíbula saliente como máscara deformada de un muerto que hubiera tenido mareos. Pero los médicos, al observar los pies, pusieron a examinarlos de cerca con profundo interés. Seguían bailando. Coupeau podía dormir tranquilo, pero sus pies no le dejarían en paz. Su amo podía roncar, que a ellos no les importaba, continuaban en movimiento sin apresurarse y sin cesar. Verdaderos pies mecánicos, pies que se entregaban a su diversión donde la encontraban.

Viendo Gervasia que los médicos ponían sus manos sobre el cuerpo de su marido, quiso tocarlo también ella. Se acercó despacio y le aplicó la mano sobre el hombro. La dejó allí durante un minuto. ¿Qué pasaba allí dentro, Dios mío? Hasta el fondo de la carne bailaba y hasta los huesos debían saltar. Se percibían lejanos

estremecimientos, ondulaciones que corrían semejantes a un río bajo la piel. Cuando apretaba un poco, oía los gritos de sufrimiento de la médula. A simple vista, se veían pequeñas olas que abrían hoyuelos como en la superficie de un torbellino; pero en el interior debía haber gran estrago. ¡Maldita tarea de topo! Era el matarratas de la taberna que daba golpes de pico allí dentro. El cuerpo entero estaba empapado de él. Preciso era que aquel trabajo acabara, llevándose a Coupeau con el temblor general y continuo en todo su almacén.

Los médicos se fueron. Al cabo de una hora, Gervasia, que se había quedado con el practicante, repitió en voz baja:

—Señor, señor..., está muerto.

Pero el practicante, que no perdía de vista los pies, dijo que no con la cabeza. Los pies, al aire, fuera de cama, no cesaban de bailar. Estaban sucios, con las uñas cocidas. Aún pasaron varias horas. De repente quedaron inmóviles. Entonces el interno se volvió a Gervasia y le dijo:

—Ya murió.

Sólo la muerte pudo parar los pies.

Cuando Gervasia entró en la calle de la Goutte-d'Or, encontró a un montón de comadres que cotorreaban con gran animación, en la garita de los Boche. Creyó que la esperaban para saber noticias como los demás días.

—Ya terminó —dijo empujando la puerta tranquilamente, con el semblante cansado y embrutecido.

Pero nadie la escuchaba. Toda la casa estaba revuelta. ¡Un chisme formidable! Poisson había pillado a su mujer con Lantier. No se sabían las cosas a punto fijo, pues cada uno contaba aquello a su manera. Por fin había caído sobre ellos cuando no le esperaban. Hasta añadían detalles que las mujeres repetían mordiéndose los labios. El ver cosa semejante había hecho salir de sus casillas a Poisson. ¡Un verdadero tigre! Aquel hombre tan poco charlatán que parecía andar con un palo en la espalda, se había puesto a dar botes al rojo.

Después ya no habían oído nada. Lantier se vio obligado a dar explicaciones al marido. Pero de todas formas aquello no podía seguir adelante. Y Boche anunciaba que la hija del hotelero de al lado se quedaba, desde luego, con la tienda, para poner tripicallería. Aquel endiablado sombrerero se enternecía por los callos.

Al ver llegar a las señoras Lorilleux y Lerat, Gervasia repitió suavemente:

—Ya terminó... ¡Virgen Santa! ¡Cuatro días saltando y chillando!

Entonces las dos hermanas no pudieron evitar echar mano a los pañuelos. Su hermano había cometido muchas faltas; pero al fin y al cabo era su hermano. Boche se encogió de hombros, diciendo bastante alto para ser oído por todo el mundo:

—¡Bah, un borracho menos!

A partir de aquel día, como Gervasia perdía la cabeza por minutos, una de las atracciones de la casa era hacerla imitar a Coupeau. No había necesidad de insistir mucho, daba el espectáculo gratis, temblores de pies y manos, lanzando grititos

involuntarios. Era indudable que había tomado aquel tic en Santa Ana, por contemplar tanto a su hombre. Pero ella no tenía tanta suerte, no reventaba como él. Se limitaba a hacer muecas como un mono escapado, lo que le valía que los chicuelos, al pasar, le tirasen tronchos de berza.

Gervasia anduvo así durante varios meses. Llegó a hundirse aún más bajo; aceptaba las últimas injurias y se moría de hambre un poco cada día. En cuanto tenía cuatro céntimos se iba a beber y cogía su merluza. Se le encargaban los recados más sucios del barrio. Una noche apostaron a que se comería cierta cosa repugnante, y ella se la comió para ganar medio franco. El señor Marescot se decidió a expulsarla del piso sexto. Pero como acabasen de encontrar muerto al tío Bru en su pocilga, bajo la escalera, el propietario cedió aquel rincón a Gervasia. Y allí dentro, sobre paja vieja, tiritaba con el vientre al vacío y los huesos helados. Al parecer, la tierra no quería nada con ella. Se iba idiotizando, ya ni siquiera pensaba en tirarse del sexto piso al suelo del patio para terminar. La muerte debía llevársela poquito a poco, pedazo por pedazo, arrastrándola así hasta el fin, en la maldita vida que ella se había forjado. Ni siquiera se supo nunca de qué murió. Se habló de un enfriamiento, pero la verdad era que se había muerto de miseria, de suciedad y de fatiga de su existencia estragada. Reventó de embrutecimiento, según decían los Lorilleux. Una mañana que sintieron mal olor en el pasillo, se acordaron de que hacía dos días que no se veía a Gervasia, y la descubrieron verde, en su agujero.

Precisamente fue el tío Bazougue quien vino, con la caja de los pobres bajo el brazo, para embalarla. Seguía enormemente borracho, pero buen muchacho a pesar de todo, y alegre como unas sonajas. Cuando reconoció a la parroquiana con la que tenía que habérselas, lanzó unas filosóficas reflexiones mientras preparaba el viajecito:

—Todo el mundo pasará por allí... No hay que apresurarse, hay sitios para todos... Es tonto apresurarse, porque se llega más despacio... Yo no pido más que complacer a todos. Los unos quieres, los otros no. Arréglole quien sepa, y ya veremos... He aquí una que no quería, y después quiso. Y se le ha hecho esperar. Por fin ya está, y bien que lo ha ganado. ¡Vamos alegremente!

Y cuando agarró a Gervasia entre sus manazas negras, le acometió una ternura que le hizo levantar dulcemente a aquella mujer que había tenido tan largo capricho por él. Después, acomodándola en el fondo del ataúd con cuidados paternos, murmuró, entre dos hipos:

—Escucha bien... Ya sabes, soy yo, Bibí-la-Alegría, llamado el consuelo de las damas... Vamos, ya eres feliz... ¡Duerme, hermosa mía!

FIN DE LA TABERNA